

Tomás Ramos Orea

MUJERES,
LUGARES, FECHAS ...

IV

(África – Suramérica – Pacífico)

Madrid, 2007

Senegal
Brasil
Argentina
Chile
Bolivia
Perú
Colombia
Isla de Pascua
Paraguay
Uruguay
Islas Galápagos
Ecuador

**Rokia: Dakar (Senegal); Sonia e Ivette; Carla y Jussa:
Río de Janeiro (Brasil): marzo 1978.**

En algún otro sitio de mis Memorias he dejado señal de la frondosidad de realizaciones que, afectadas a mí, tuvieron lugar a lo largo de aquel tremendo año de 1978. ¿Tremendo? Pues sí, tremendo en el más enaltecido de los sentidos. Tras la culminación de mi preceptivo examen de Licenciatura de Derecho en noviembre 1977, había reservado yo el primer cuatrimestre de 1978 para liquidar, en las variadas formas y contenidos que todo ello llevara consigo, los seis cursillos de Doctorado, como trámite previo al asalto definitivo y directo a la Tesis. No es cuestión ahora de insistir, ya que, repito, aquí y allá he ido dedicando a cada pasaje específico la oportuna explicitación. Pero sólo como recordatorio de compendio, con el fin de servirnos de él como referente inmediato, tenga en cuenta el lector que, además de todo lo ya referido, ese verano lo dediqué a mi tercera estancia de ocho semanas con el Goethe Institut, esta vez en Berlín; y a mi también tercera visita a la URSS. Entre la conclusión de los citados cursillos de Doctorado y mis viajes a Berlín y la URSS, había colocado yo mes y medio de portentoso esfuerzo heurístico sobre mi tema de Derecho civil matrimonial, dándome maña a fichar más de cien obras fundamentales, y a trazar desde ellas un esbozo de plan de trabajo riguroso y válido. Ya a fines de año, y para adentrarme en las fechas iniciales de 1979, acometería mi segunda visita mayor a las Españas de América...

Pues bien, esto sobre lo que todavía no he hablado; esto que queda por referir y que se desarrollaría, de momento, en el mes de marzo de 1978, como solamente parte de mi primer gran encuentro con Suramérica..., esto es el objeto de la presente

viñeta o capítulo de *Mujeres, lugares, fechas...* ¡Se imagina el lector, de nuevo, el siguiente botín: seis cursillos de Doctorado; un ambicioso viaje a la América del Sur; cimentación sólida de una Tesis doctoral jurídica; ocho semanas en Berlín, en el Goethe Institut; una semana, a continuación, en Moscú; segunda gran excursión a Suramérica repartida entre los días finales de 1978 y primeros de 1979! A esto llamo yo un año tremendo de realizaciones. Y acaso me quede corto en rotundidad terminológica.

Pero como casi siempre suele ocurrir, las motivaciones más eficaces, más decisivas, residían en unos estratos más profundos de mi conciencia y de mis inquietudes, y pertenecían a un linaje, por así decirlo, más insobornable y menos sujeto a la transacción de lo que un asunto de viaje supuestamente parecido hubiese dado a entender. Por aquel entonces me hallaba en posesión, valga la fórmula, de buena parte de los países de Europa, incluyendo mis dos primeras visitas a la URSS; mi expedición a África de 1969 había incorporado aspectos substanciales e inéditos de Marruecos, Argelia, Malí, y Níger; o sea, que de negritud había yo tomado un buen curso de iniciación. La América anglosajona del Norte había sido mi residencia y lugar de trabajo durante diez cursos académicos; allí me había encontrado con decenas y decenas de “españoles” de las Américas; ciudadanos y ciudadanas hispano-parlantes, aspecto éste que exacerbaba aún más si cabe la profunda disfunción que suponía para mi espíritu haber coincidido con tantos portadores de la substancia hispánica, y sin haberme, por otra parte, trasladado a ninguno de sus países. Se trataba en todo caso de un vicio de criterio enquistado inconscientemente en mis presupuestos vitales. Estudioso de la cultura y de la forma de ser anglosajonas, la parte de Reino Unido de Gran Bretaña en

Europa, y los Estados Unidos de América del Norte, y Canadá, habían establecido la cota máxima en cuanto a instancias desiderativas respecto de todo aquello que, desde la óptica de un español nacido en 1936, bien podía considerarse el compendio de lo apetecible.

Por otro lado, África se conformaba en realidad a lo que nos habíamos imaginado, y en ese aspecto el juego de adecuaciones quedaba establecido. Iberoamérica resultaba clausurada, a modo de emparedado, entre las dos cotas maximalistas anteriormente citadas, como un “in between”. El atraso y desinterés que la proyección especulativa de un posible viaje a las repúblicas hispanas me habían inspirado desde América del Norte, por ejemplo, acaso se debiera a ese mismo hecho de aplicar un tipo de medidas erradas, y desde la perspectiva errada, a unos países cuyas realidades transcendían mucho más allá de la posible entidad o inanidad que algunos de sus nacionales pudieran haber despertado en mi espíritu durante nuestros encuentros en ambientes tan neutrales y exigentes como los de América del Norte ya referidos. La verdad es que nunca pude proporcionarme una justificación satisfactoria para mi negligencia, para mi dejadez de fobia por las naciones de la Hispanidad. Hoy, ahora, me es grato confesar mi abultado error; y me es aún más grato alegrarme de que si bien dediqué mi primer viaje a América del Sur pasados los cuarenta, a partir de entonces sería una secuencia variada, insistente, persuasiva, con la que espero haber llevado a cabo mi reconciliación con esos magníficos pedazos de tierra y alma de nuestra hermandad espiritual.

Las formidables y soterradas convocatorias del azar que como instancia zapadora se encarga de socavar y suscitar, ni fueron excepción en este caso mío, ni se hicieron esperar. Ante

mí, aquella vacación de Semana Santa de 1978 desplegaba una llamada de invitación a la que muy difícilmente podía yo negarme. Desde el año anterior en que había superado las pruebas de Profesor Adjunto numerario de Universidad, por concurso-oposición libre nacional para Filología inglesa (Lengua y Literatura), ya era prácticamente funcionario, a falta del preceptivo y simbólico “nombramiento”, toma de posesión y esas zarandajas del varieté administrativo de nuestro procedimiento. Podía, pues, dedicarme a trabajar y a estudiar con el desahogo que proporciona saber que una cosa inevitable acababa de ser hecha. También, lo que dije antes: los tres primeros cursillos de doctorado en Derecho habían “caído”. Y a todo esto, yo estaba cansado y con cierto grado de satisfacción y me dispuse a concederme una recompensa; un obsequio de mi espíritu a mí; o al revés, que tanto monta.

Un día de primeros de año, siempre en 1978, me encontraba yo por el centro de Madrid y decidí dejarme caer por el Ministerio de AA.EE, sito en el Palacio de Santa Cruz, para interesarme por el paradero de Juan Nieto, nuestro benefactor en Sofía en aquella excursión del verano de 1972, y al que, al tiempo, en homenaje íntimo e institucional, había yo dedicado mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*, que vería la luz con un sobretítulo espurio, imposición unilateral del belitre y chorizo del editor, nada menos que en 1997, en Granada, España.

Pues bien, tras las oportunas pesquisas y comprobaciones, he aquí que me informan de que don Juan Nieto está destinado en el Consulado General de España de Río de Janeiro, sito en la Rua Duvivier, en el mismo corazón de Copacabana. Otra de las cuestiones que durante todo aquel primer trimestre de 1978 me tuvieron la mente exacerbada de curiosidad fue el desarrollo en alza de la red tentacular de destinos que el avión supersónico

Concorde anglo-francés iba estableciendo. Las dos grandes metrópolis, Londres y París, se repartían los despegues y las llegadas de los vuelos. El Concorde, que había iniciado su “voladura” el mismo año del primer alunizaje humano-terrestre (o sea, en 1969), en 1978, aparte de los dos destinos por antonomasia de New York y Washington, alcanzaba las ciudades de Caracas, Tokyo..., y Río [Algo más tarde, y antes de su declive definitivo en razón de la feroz competencia de las megacasas voladoras de las empresas norteamericanas, el Concorde en su época más estelar también llegaría a Ciudad de Méjico, Dallas (USA), Singapur, Sydney (Australia), etc. con las oportunas escalas, y conforme a un reparto congruo de los destinos a cargo de British Airways y de Air France, en virtud de sus áreas de interés y de influencia].

Pero a lo que íbamos. He dicho bien: Río. La Air France protagonizaba un vuelo desde París a Río, con escala técnica en Dakar (Senegal). Lo único que yo sabía entonces del Concorde es que disponía de una autonomía máxima de vuelo por debajo de los 7,000. kilómetros. De ahí que en los desplazamientos hacia el más lejano Este, la isla de Bahrain en el Golfo Pérsico sirviera de escala, y de paso, de recogida y dejada a los magnates del petróleo. Los destinos de Dallas y de Méjico quedaban asegurados mediante los servicios previos tanto a New York como a Washington. El vuelo de Caracas no sé si se llevaba a cabo sin escalas, apurando al máximo la autonomía del pajarraco; o si la escala técnica, de producirse y en todo caso, se realizaba en Santa María de las Azores. En lo tocante a Río se imponía una escala intermedia (la de Dakar), y con un mapa siquiera mostrando aproximadamente el peralte curvo y de todo el espacio de globo terráqueo comprendido entre el África Occidental y las Américas, es decir, la totalidad del Atlántico

Norte y la manga del mismo océano pegada a la costa oriental de América del Sur..., se visualiza perfectamente esta escala, permitiendo así al Concorde volar por encima del agua prácticamente todo el tiempo, y al máximo de prestaciones, o sea, a una velocidad de crucero de dos veces la del sonido. Ni que decir tiene que España quedaba fuera, no sólo de conexiones tan superferolíticamente selectas, sino aun de la gran mayoría de aquéllas que trasladaran al viajero a cualquier país del Extremo Oriente asiático. El españolito se veía en la necesidad de iniciar el viaje propiamente dicho en alguna de las grandes capitales europeas, más o menos por este orden: Frankfurt; Londres; París; Roma... Y en lo que respecta a mi pretendida arribada en Concorde a Río de Janeiro [so pena, por ejemplo, de subir hasta París y duplicar gastos, extremos éstos que no entraban en mis cálculos logísticos, mucho menos financieros], la única combinación era la de esperar al Concorde de la Air France en su escala de Dakar, con la particularidad añadida de que para tal conexión en cualquiera de sus fechas de vuelo había que llegar a Dakar con dos días de anticipación. Como lo digo: Había que volar a Senegal, hacer dos noches allí y esperar al Concorde de la Air France, para ya acompañarlo en la segunda mitad de su vuelo desde París a Río.

El viajero por naturaleza [y entonces a mí me parecía que dicho síndrome me afectaba decididamente] hasta encuentra satisfacción en el hecho de que..., de la pura dinámica de las situaciones se produzcan motivos de... poder ser más viajero. Yo no había buscado lo de la escala en Senegal, pero puesto que no había más remedio... pues a Senegal!! Por aquel entonces Meliá me agenciaba todos mis asuntos relativos al turismo. En Granada su pequeño cuchitril situado dentro de las dependencias del Hotel homónimo [antes Nevada Palace] y regentado por los

Fermín Ramírez, Espejo, Miguel Manzano, etc., era un formidable búnker de gestión, con su mostrador principal abierto al Hall del Hotel, y su única puerta a la calle Ganivet. Como entonces la Agencia Meliá tenía predicamento, y yo también la encargaba mis papeles en Alcalá de Henares a la oficina del Paseo de la Estación, no choca que tramitara mi billete a Río con los de Meliá en Granada. Fermín Ramírez me dijo sentirse muy satisfecho por la oportunidad que se le presentaba de expedir el primer billete en su vida para un vuelo Concorde [Creo que no despachó ninguna más ya]. Hasta Dakar se nos presentaban dos únicas alternativas: Vía Casablanca con Air Maroc; o vía Las Palmas con Iberia, ambas con idéntico coste y con horario muy parecido. Opté por la segunda. El precio para las 3 horas 30 minutos de vuelo desde Dakar a Río, 80,000.- pts. que entonces era una cantidad importante. Considerando que aquél sería mi único vuelo en avión supersónico, porque ya nunca se me presentó una oportunidad lógica parecida a la que estamos tratando; considerando que la red de los Concorde, tanto por parte de British Airways como de Air France se iría reduciendo drásticamente hasta descartar por mi parte toda virtualidad de viajar a ningún punto servido por este tipo de aparatos; considerando todo lo considerable, ahora, siempre con la debida perspectiva, me felicito por aquel tremendo acierto, por aquella inusual experiencia. Pero, bueno; de todo esto es de lo que precisamente estamos hablando.

Despego para Las Palmas y Dakar el 10 de marzo de 1978, a bordo de un Boeing 727 de Iberia. Las advertencias que la amable, rubita, guapa y comunicativa azafata me iba dando sobre Dakar, mientras ella comía algo que le dejaba un espolvoreo blanco en las comisuras de la boca, sacudieron hacia atrás mi memoria. Claro que yo conocía algo de África; quiero

decir África... África, no el África de pacotilla que se halla a tiro de piedra del Estrecho; ni tampoco el África algo más distanciada, bajo anterior tutela española, que toma el nombre equívoco de Sahara. Parte de ésa mi África era precisamente el Territorio de Malí, vecina de Senegal, a donde ahora nos encaminábamos [El avión culminaba en Monrovia su recorrido antes de volverse a España]. La azafata rubia, mi amiga de circunstancias, tomó respiro y siguió mientras aventaba de unos suaves tientos el rastro blanco de su comida...

--¿Sabe? No puede Vd. salir a la calle. Le persiguen, le acosan, ¿verdad? -- buscaba confirmación en una compañera-- Se tiene que quedar en el hotel sin más remedio. Por la calle no hay más que vendedores que le ofrecen a Vd. todo tipo de cosas.

Bien. Hasta aquí la amable azafata, rubia, bonita y comunicativa. Y ahora empezaba mi recuerdo tercamente horadando todo un muro de tiempo atrás, nueve años ya, nada menos. Pero todo lo que pudiera hilvanar sobre aquella pasada peripecia estaba escrito y bien escrito; y no era cosa de volver a ello. Así que me arrellané en el asiento y disparé mi imaginación hacia delante: Dakar, Senegal, que era lo que estaba próximo, como mi punto de destino y escala de dos días. Miro por la ventanilla y en efecto, al tiempo que el avión está decididamente en descenso, observo la geografía típica del semidesierto africano: vegetación rala sobre una tierra cremosa y yerma. Hay nubes de polvo que parecen hacer el papel de nubes de las otras; como si por debajo de nosotros soplase un siroco. Pero ya hemos aterrizado. Ya estamos en Dakar, capital senegalesa, escala obligatoria del Concorde en su ruta a Río de Janeiro. La mitad, o más, de los pasajeros permanecen en el avión, por ser Monrovia, la capital de Liberia, la sede africana de la negritud más negra, su término de viaje. Es el caso que la llegada a Dakar de nuestro

avión es algo pasada la hora local de comer y funcionan pocos servicios en el aeropuerto. Ni oficinas de Air France, ni mucho menos de Iberia, a las que, sobre todo a las primeras, me han recomendado que me dirija para la reconfirmación de mi vuelo del Concorde dos días más tarde. Una negrita de detrás de un mostrador de Información General me da los primeros detalles sobre cómo hacer: Además, se ofrece a reservarme habitación desde allí, a lo que accedo gustosamente. Resulta que el hotel recomendado por la tripulación de Iberia viene a salir por unas 6,500.- pts. diarias, pensión completa, me dicen. Se trata del Hotel Teranga, el primero en rango de Dakar; pero allí no hay sitio, y la empleada opta por reservarme otro aún más céntrico, el Cruz del Sur, a unas 5,000.- pts. Según se desarrollaron los acontecimientos, ahora constato que tuve que reservar alojamiento tan sólo, sin ningún tipo de comida, para más independencia de acción.

Hay dos medios normales de ir a la ciudad de Dakar desde el aeropuerto: el autobús, que cuesta 50 francos CFA; y el taxi, que cuesta 1,200. Las veinticuatro veces más de precio están, creo, justificadas. Una peseta en el aeropuerto equivale a 2'80. francos CFA; y el franco francés, consiguientemente, a unas 18 pesetas, y a 50 francos CFA. En teoría aceptan cambiar pesetas, supongo que por el hecho de que Iberia toca en este país. Cogí el autobús por la cosa de hacerme con una experiencia más. Y tengo que decir que lo logré de sobra. Los 15 kms. de recorrido duraron 45 minutos entre paradas, desvíos y revueltas. Dentro del autobús, de pie, la gente se apilaba sin compasión, y allí, pegado a los cogotes y a las cabezas de los pasajeros, pude observar a mis... ¡estrechas! las fisonomías de esta gente. Lo más encantador son las caras de los pequeñines, monísimos; tanto, que a uno le dan ganas, si pudiera, de llevárselos, quiero decir,

traérselos, a casa y hacer una colección con un millón de ellos. Ya ha empezado a inundarme el olor característico de badana negra o cuero al que hubieran remojado y dejado liberar su tufillo especial por efecto del sol. El “personal” por la calle araña un palito con los dientes, mascándolo, y escupe con mucha gracia. Parece que tal es el medio más natural de higiene odontológica. Llego al hotel, me aseo y me salgo a la calle. Nubes de chavales, en efecto, le asaltan a uno, intentando venderme cosas, sobre todo collares y algo así como nueces que ellos dicen ser nada menos que de oro, y no es sino una capa de estaño con purpurina. Lo primero que hago antes de que cierren las tiendas es acercarme a la oficina de Air France y re-confirmar mi billete para el Concorde. Por fortuna, no tengo más que continuar la Avda. Albert Sarraut, donde se encuentra el Cruz del Sur. Reparo en que me he puesto la camisa caqui militar que me compré en El Rastro de Madrid hace nueve años, para el viaje de entonces al Sahara. Es algo basta pero funcional, porque tiene dos bolsillos grandes con solapa y botón. Siento, así, la satisfacción de haber encontrado una salida a la prenda que permanecía colgada en un armario de mi casa tanto tiempo. El empleado, al reparar que se trata de un vuelo Concorde, y lo mismo la empleada, que me había visto con amabilidad pero no había exteriorizado ningún síntoma de diligencia hacia mí..., el empleado, digo, me atiende con marcada solicitud. Resulta que se llama Ramos también y es de las Islas Cabo Verde, portuguesas hasta hacía bien poco. Empieza a accionar las teclas de un ordenador-computador hasta que su sonrisa refleja el éxito. Estoy en lista y desde ese momento mis acciones suben. Además le pregunto si puede reservarme hotel en Río, cosa a la que accede complacido. Manipula en la máquina y me dice que en el Meridien, de Copacabana, tengo habitación. Resuelto el asunto

del billete, regreso un momento al hotel para ponerlo a buen recaudo en la caja fuerte. Mi billete del Concorde es ahora el documento por excelencia. El recepcionista me informa de que también admiten pesetas, a 2'50 francos CFA. Ya se ha devaluado treinta céntimos desde la paridad del aeropuerto!

Me pongo a pasear y a ver cosas. Con el fin de no desairar las ofertas de los mozalbetes que me asaltan, les saco del bolsillo una tarjeta de esas de magnificación turística que acabo de comprar en el vestíbulo de mi hotel, con la foto típica de una muchacha joven negra, de bellos y amplios senos, y les digo que eso es lo que quiero, y que se dejen de pretender limpiarme el calzado y de venderme chismes. Por supuesto que mi estado de ánimo no requería, y mucho menos urgentemente, proveerme en aquel momento de compañía fornicadora; pero la práctica me había puesto de manifiesto que la mejor manera de desembarazarse de ofertas oficiosas y cargantes es demandando algo discriminantemente especial. Y tal era el modelo de chica de la cartulina de colores. Se suceden las parlamentaciones entre ellos y les dejo que discutan mientras me acerco a los soportales de la Plaza de la Independencia, desde la que arranca la Avda. de mi hotel. Allí se hallan todas las compañías aéreas y todos los sitios de aparente importancia comercial. Veo una agencia de viajes, con publicidad sobre excursiones, y me apunto a una para el día siguiente. Cuesta, 2,200. francos CFA [recuérdese que el valor es de 1 franco francés= 50 CFA; y que una peseta ahora en plena ciudad sólo consigue 2'50 CFA] y consiste en visitar la Isla Gorée, antiguo punto de reunión y almacenamiento de esclavos, a veinte minutos de barcaza desde el muelle de Dakar. A mi regreso al hotel veo en la puerta a un viejo que se encarga de espantar a los chavales pedigüeños: me acerco a él y le digo en mi más elemental francés [no se olvide, lengua social en todos

los ámbitos oficiales] que me parece muy buena su labor de proteger a los visitantes de las importunaciones de los callejeros. Y él me hace entender que ni habla ni oye, pero que lo capta todo. Se señala a la pechera de su delantal-chilaba raída de donde penden algo así como insignias, trozos de latón, o lacitos de condecoraciones: Me dice que son de la guerra, ¡vaya Vd. a saber de cuál!, pum, pum, pum... dispara con los brazos. Me recuerda al artista Edward Fox en su personificación de asesino en la película “Chacal”, cuando se disfraza de pobre mutilado, usando el rifle como muleta, y lleno su andrajoso abrigo de las bandas y medallas patrióticas que anteriormente se había comprado al peso en un puesto de mercadillo. Yo, a mi vez, y un poco por divertirme con su forma de gesticular, le doy a entender que de tiros no quiero saber nada..., nada de pum..., pum; sino que lo que quiero es follar: y le hago la sacudida de la mano derecha con el puño cerrado. El viejo se ríe complacido, y poniéndose los pulgares debajo de los sobacos me recuerda con el resto de las manos las tetas de una gachí, y me dice que eso..., que él ya no. Nos reímos los dos a conciencia. En esto, uno de los chavalillos a los que despaché con el encargo imposible de procurarme algo parecido a la belleza de la postal..., me hace señas y me señala a... una moza, más bien parecida a un tanque, con un culo como una meseta semoviente. No me atrevo a decirle a la chica que no me va la fiesta, y me hago el desentendido, pretextando no entender. Les doy una propina a cada uno de los rufianes y les despido. Pero en África nada que tenga que ver con las relaciones de servicios humanos es simple: resulta ahora que un grupo de presuntas candidatas a merecer mi compañía me ofrecen sus encantos. Probablemente se consideren igual de atractivas que la beldad del reclamo turístico. Me hacen signos de que compruebe la calidad de la mercancía que portan

en sus chasis, y tengo que tocarles las tetas a un par de ellas para comprobar la bondad de sus pretensiones. Y cuando dudo del volumen y de la tiesura de la que me pide 2,000.- F. CFA (40.- francos franceses) por chupármela, ella se dispone a desajustarse la túnica que la cubre el torso. La consigna más internacional para abordar a los extranjeros es decir por las buenas: “Fuckie, fuckie”. Inequívoco y expeditivo.

Como son ya las ocho y no he comido desde el último refrigerio del avión, me paso al restaurante del Hotel Cruz del Sur. Pero no sin observar antes, que un par de mujeres que transitan por allí van mascando el palito ése de marras y escupiendo con mucha gracia hacia adelante, con ruido de chisporroteo de surtidor. Es viernes 10 de marzo de 1978, y estoy en Dakar, uno de los dos días que voy a consumir antes de embarcarme en el Concorde rumbo a Río de Janeiro. Lo más probable es que no vuelva a pisar nunca más tierra senegalesa. Estoy comido y descansado. La verdad es que no siento urgencia; pero otra cosa muy distinta es la curiosidad, la empatía que, en la tierra en la que esté uno en cada momento, no está nunca de más celebrar con alguna mujer. Y por eso, tan sólo por eso, por curiosidad, por responsabilidad estética, le pregunto al recepcionista de mi hotel, un señor europeo y ducho en relaciones humanas, le pregunto que... qué posibilidades hay de procurarse una chavala para un rato, ya sabe, asunto de trámite. Me dice que si la quiero blanca, la cosa es algo más elaborada; pero que si la quiero local, negra, me puede pedir una sin compromiso..., en unos minutos. Bueno, asiento Estoy en el país de lo negro y nada más congruo que consumir productos autóctonos. Cada cosa en su sitio. Al cuarto de hora o así llega una negra larguirucha, supongo que atractiva a su manera. Su

chocho parecía un higo gigantesco y arrugado. Mientras la follaba se estaba hurgando la nariz y miraba a otro sitio.

Sábado 11 de marzo 1978. Me levanto y me visto de pantalón corto, tipo explorador, con bolsillos por todas partes. En mi cuaderno de apuntes tengo literalmente consignado: “Sistema de maderones, controlados por dos barras transversales, a modo de parapeto contra la luz”. Ahora, a casi 21 años de separación de los hechos, no me es posible visualizar si me estoy refiriendo a algún artilugio dispuesto en las habitaciones del hotel con el fin de procurarse una oscuridad, o se trata de un modelo de persianas o defensas contra el sol, visible de manera más general. En la inspección que llevé a cabo el día anterior en las tiendas de la Plaza de la Independencia pude comprobar que los precios del alimento que un europeo pudiera considerar como más cercano y natural a sus apetencias, eran carísimos. Seguía cumpliéndose la regla a rajatabla, a saber: que vivir en África como un africano es barato para un europeo; pero vivir a la europea es carísimo porque todos son productos y servicios importados, selectos, a la medida del consumidor; y eso hay que pagarlo. No puedo enhebrar con exactitud la secuencia temporal relativa a ciertos detalles. Sé -- pues así lo tengo reseñado -- que ese sábado 11 de marzo descubrí una cafetería-restaurantecito recoleto, acaso en la calle Camot, donde me tomé dos de los mejores huevos fritos con jamón que recuerdo haber comido en muchos años como desayuno. Sus dueños eran franceses y parecían regentarlos un poco por sentimentalismo, como por no dejarlos y marcharse definitivamente del país. La gran Francia de nuevo me sorprendía con ese toque de “fineza” tan característica, ahora en África. Guardo de aquel pequeño establecimiento el impacto espontáneo e iniciático de la revelación agradable, del impensado oasis. No recuerdo, no; no puedo recordarlo.

Vagamente, sólo que saliendo del hotel Cruz del Sur tiraba hacia la derecha, hacia la Plaza de la Independencia, luego a la izquierda, y un poco más adelante, a la derecha, a lo largo de una calle ancha, de tierra esa africana, parecida al albero, polvo de color clarito, como canela; que luego, siempre flanqueado por árboles espinosos de hojas pequeñas como las que había visto en mi viaje al Níger de 1969..., luego, en la mano izquierda, se hallaba el bar-cafetería, con el mostrador también en la margen izquierda del recinto. Recuerdo que me senté y que me atendió la francesa, la dueña, con un exquisito “savoir faire” distendido, elegante, coqueto. Una bendición de sitio. Un inconmensurable recuerdo. También tengo entre mis notas: “El estupendo restaurante que descubro después de mi fallido intento de probar el *tiebusiano* (tiébou dieune), plato senegalés típico de arroz y pescado”. ¿Me refería al mismo sitio del desayuno? Una lástima no poder asegurarlo ahora. Es un vacío terco el que me impide horadar en más detalles; una muralla sin asideros. Acaso mi deseo de probar tal característica culinaria senegalesa estuviera teñida de curiosidad por establecer el parentesco que dicha comida pudiera tener con aquella especialidad mía del arroz y de las sardinas en aceite de lata de mis tiempos de Market Harborough.

Pero ya es hora de dejarme recoger por la organización de la visita a la “Isla de los esclavos”. Así que regreso al hotel y espero el transporte. Entre los turistas se encuentra una francesa madura con dos de los senos más torneados y más airosos que haya visto en mi vida. Había una pareja de enamorados europeos: iban vestidos de blanco y rubio, nieve y oro como contraste para el cordobán de la negritud. Elocuente. Sin embargo, con quien formé grupo nada más terminar la recogida de excursionistas fue con un equipo de empresarios canadienses,

de Toronto, para más señas, concentrando en uno, Mr John M. Curtis, por todos, mi incumbencia y mi amistad improvisada. Aquello, por circunstancial que pareciera y que, acaso, realmente fuese, no dejó de resultar mi experiencia más bienhechora y gratificante de Dakar. Aquí tengo nada menos que las dos tarjetas que me dejó el Sr. Curtis: la profesional y la privada. Trabajaba como Export Dpt. Manager para la International Customs Brokers Limited. Se trataba en todo caso de uno de estos tipos sesentones, baqueteados, grandazos, expertos, bonachones, investidos de esa clase de conocimiento regado por el sentido común y por la observación de las leyes de la experiencia que siempre han hecho, e hicieron entonces, las delicias del espíritu mío. Lo de menos era que Canada constituyera para ambos una amplísima plataforma de concernimiento, porque ello no dejaba de ser casual, meramente adventicio. Lo de más fue... eso que digo: que yo con mis 41 años, y él con veinte o veinticinco más formamos equipo de compañía, de conversación y de amenidades. Fue todo un flechazo de acomodo a primera vista.

En efecto, la excursión nos llevó a la Isla Gorée, donde se conservan las edificaciones funcionales que servían de dependencias a las remesas de esclavos que esperaban destino. En su momento, y desde Canada, Mr Curtis me enviaría una preciosa foto que me tomó a mí solo en el pequeño patio o centro de una doble escalinata que converge en un piso superior dedicado a los compartimientos. Todo muy tristemente, muy célebremente inhumano, comenzando por el hecho -- olvidado con tanta frecuencia -- de que la esclavitud arrancaba del momento en que los colectivos o tribus africanas peleaban entre sí; se sojuzgaban los unos a los otros, y los vencidos pasaban a ser objeto de venta para los mejores postores europeos o

americanos. El negro ha sido mucho peor para él mismo, para el negro, que el blanco. Conviene no olvidar esta desabrida evidencia. La instantánea que me hizo Mr Curtis es un primor de simetría que capta con magistral fotogenia la tenebrosidad de las galerías que quedan a mis espaldas. Yo me encuentro hasta guapo con mis zapatos Gorila, mi camisa de soldado, y mi pantalón corto. En la isla viven también un pequeño contingente de nativos: los pequeñines correteando con juguetes primitivos, como dos palitos adosados a uno y otro lado del buje de una rueda de bicicleta y cosas así. Me recordaban los mismos o parecidos desarrollos de los chavales de Ansongo, en el Malí de 1969 que yo conocí.

Resulta que Mr Curtis y sus amigos venían comisionados a hacer una serie de gestiones tanto en Senegal como en Gambia; y con la mayor naturalidad del mundo me habían invitado a irme con ellos los días que se quedaran en Bathurst, capital de Gambia, o visitando otros puntos del país; y ello absolutamente gratis, pues me hubieran considerado como parte técnica de su encomienda y de su comisión, acomodándome dentro de su grupo. Claro que la contrariedad de no poder aprovecharme de ocasión tan magnífica, tan galana de hacer turismo, quedaba contrapesada por las razones de mi partida en Concorde. Pocas veces en mi vida he percibido mayor congruencia y veracidad que en la espontánea invitación de Mr Curtis. Son de esas cosas en que resplandece lo auténtico y el más riguroso broche del pensamiento y la expresión. La visita a la Isla Gorée tocó a su término y nos devolvieron a cada uno a nuestros hoteles. Mr Curtis me invitó a tomar con él una copa en el Teranga, donde se hospedaba con sus amigos:

-- How about in one hour or so? [¿Qué tal dentro de una hora o así?]

-- Fine, in one hour.

Me di un buen baño, me cambié de ropa y me fui paseando hacia el Hotel Teranga, sin duda el mejor de Dakar en aquellas épocas. Las calles de todas estas ciudades africanas suelen ser amplias; trazadas por las potencias colonizadoras sin atender a más principios que los de la proporción y conveniencia. Era ya de noche y la iluminación se iba haciendo más tenue a medida que me alejaba del centro. No guardo mediciones precisas. Sólo retengo que el Teranga estaba en la parte más alejada de la Place de l'Indépendance, un poco como al suroeste, y que cuando se divisaba al final del alumbrado escaso, uno sentía el alivio del reencuentro con la atmósfera adecuada. Era, sin lugar a dudas, el hotel de los ejecutivos, de los pilotos, de los... de todos aquellos, quiero decir, que acaso no tuvieran que pagarlo de su bolsillo. Durante todo el rato que había durado mi paseo fui pensando en la cantidad de sitios que uno descubre y a los que nunca se regresa. El quid de los viajes radica en si se hacen solo o acompañado. Mi sino me ha regalado siempre la experiencia de la autonomía, de la independencia, de la soledad. Toda mi vida me la he pasado abriéndome y abriendo camino para los demás hasta sitios a los que no he de volver nunca. ¿Nunca? Sí, nunca, probablemente nunca. No es comparable el viaje arropado en una organización, en una compañía, en un plan trazado de antemano, que el llegar a un sitio y aguantar el tirón de tenerse que sustentar uno de golpe y desplegar también de golpe el abanico de recursos que le permita entrar en contacto y en condiciones razonablemente ventajosas con el haz de posibilidades que se extiende enloquecedor en el horizonte de nuestra primera experiencia recién llegados. El esfuerzo es agotador, absolutamente sobre-humano y la

recompensa sólo es apreciada por espíritus magnánimos, amplios y selectos.

Mr Curtis se hallaba allí, en el lounge, no lejos del “piano-bar” con una copa de zumo en la mano. Nos volvimos a saludar con confianza distendida, y al preguntarme que... qué quería beber le dije que lo mismo que él; que yo no bebía prácticamente alcohol y que el tabaco me parecía abominable y mortífero. Por intercambio de opiniones y noticias, que habíamos llevado a cabo durante la excursión, yo no tuve empacho en declararle que me gustaba procurarme compañía de una porción de “eterno femenino” siempre que ello fuera posible y “for no reason at all other than pure curiosity” [sin un por qué especial, excepto la pura curiosidad]. Mr Curtis recuerdo que se sonreía comprensivamente y con toda la orquestación ponderada de su criterio. Hablando como estábamos, se nos puso delante de nosotros, a una distancia de cortesía, una chica negra de alterne, con apariencia y planta de alto “standing”. Indudablemente se había fijado en mí y había especulado en su conciencia con la virtualidad de contarme como cliente. “Do you mind if I approach her for a second?” -- le dije a Mr Curtis. “Go ahead, my friend”. Efectivamente se trataba de una chica esbelta, algo enjuta de senos pero razonablemente atractiva; digamos pasable para un lugar como el “piano-bar” del hotel Teranga de Dakar, Senegal. Otra vez el factor de la aventura me impulsó a intercambiar la escueta ronda de conversación. Me pedía -- bien lo recuerdo -- 10,000.- F CFA; o sea, 200.- FF; o sea, unas 3,600.- pesetas al cambio oficial, con el pequeño inconveniente añadido de que, en el caso de haber concertado los servicios de la negrita, la paridad que se facilitaba en el Hotel Teranga para la peseta era de *un franco y medio* CFA, un mísero y desfavorable abuso que hubiera subido el precio a unas 6,600.- pts. excesivo y

fuera de lugar a todas luces. No se olvide que estamos en 1978. Así que desistí en mi interior, hice un gesto conciliador de despedida y me reintegré a Mr Curtis, el cual me preguntó: “Is she not available?” [¿No está disponible?] -- “I’m the one who is not available” [Yo soy el no disponible] -- le contesté. Probablemente la chica me tomara por algún magnate de las finanzas. Lo que quedó claro es que los baremos de todo tipo que imperaban en el Hotel Teranga eran, con mucho, los más costosos de todo Dakar. En estos sitios el que es pobre, pobre, lo es; y el que es rico, rico, también lo es, sin que lo cual ni siquiera especule con una sanción valorativa sobre la calidad real de vida de uno y otro colectivo con arreglo a las mediciones europeas. Mr Curtis y yo nos acercamos al piano al que se hallaba sentado un alemán interpretando el típico elenco de melodías perceptibles por prácticamente todo el mundo y convertibles también para el espíritu de cada cual conforme a su más propicio estado de ánimo. Me acerqué más y me puse a canturrear desde el principio cualquiera que fuese la melodía que el pianista interpretase. Del sonsoneo por lo bajo pasé a la exteriorización de mi conocimiento exhaustivo de las canciones elegidas por el alemán; después hice mis propias peticiones..., y a los pocos minutos me encontraba cantando yo, si no para toda la sala, sí para los que se habían aproximado al mueble del piano propiamente dicho y hacían descansar sus copas sobre la brillantez de su superficie esmaltada. ¡Qué voy a decir! Un éxito personal. Mr Curtis me felicitó por mi faceta sobresaliente de “crooner”, y yo tan contento de haber colaborado con mi inevitable “numerito”.

Pero había que cortar. Era hora de recogerse, de volver al hotel Cruz del Sur y prepararse para recibir al Concorde al día siguiente. Mr Curtis y yo nos encargamos hacer uso de las

tarjetas de direcciones que ya nos habíamos intercambiado [y que tan magníficamente cumplimentó mediante el envío de la estupenda fotografía que me sacó en la Isla Gorée] y salí del Teranga en dirección a mi hotel. Fue a mitad del camino, en un punto pasado una intersección de calles. Tuvo que venir de la transversal que yo acababa de rebasar, probablemente la Mohamed V en su encuentro con la Felix Faure. Mi problema de orientación en Dakar ha revestido caracteres de excepcionalidad penosa porque a la vista de un soberbio plano que conseguí por los amables oficios del Consulado del Senegal en Las Palmas de Gran Canaria, la querencia de mi retentiva me propone distintas localizaciones de las mostradas en el plano. En todo caso se trataba de una chica de buenas proporciones y de facciones correctas, dientes blanquísimos que desafiaban a la oscuridad. Me dio un susto de muerte. La avenida aquella, probablemente no de las peor iluminadas, quedaba sin embargo sumida en casi total tiniebla, aliviada por los destellos voluntariosos de alguna bombilla distante que no llegaba a alumbrar el espacio por el que yo transitaba. Digo que aquella chica me salió de alguna parte, como una saeta, y se plantó delante de mí, sin llegar a cerrarme el paso, pero al mismo tiempo encareciéndome con sus gestos, con sus brazos... que admitiera el servicio que me ofrecía. Por 1,000. F CFA me hacía una felación. ¿Era aquello una oferta, una exigencia, una imposición? ¡Yo qué sé! Sólo recuerdo que creí prudente no hacer nada y dejarla hacer lo que quisiera. En cosa de segundos la situación se fue conjuntando y organizando conforme a un diseño de... digamos, normalidad. El terror subitáneo que me había asaltado al pensar en ese decurso de... ni siquiera un instante, en que alguien viene a perjudicarnos seriamente; eso..., y la adaptación de mis pupilas al ámbito de lo negro, como para poder distinguir la figura y el dintorno

femenino, de agraciados atributos, todo ello, digo, contribuyó dentro de la turbación ya menguante que me envolvía..., contribuyó a dejarme llevar, a dejarme coger por una mano y conducir a la parte de detrás de una camioneta o carromato desvencijado, en plan chatarra, que se encontraba al lado izquierdo de la dirección que yo llevaba y allí, ... ante los ademanes inequívocos de la chica que con los labios juntos y apretados hacia fuera ejecutaba gestos glotonos de lo que pretendía llevar a cabo..., me dejé, me abandoné. Con mi espalda en la pared terrosa, comenzó a felacionarme como si le fuera en ello la vida, con una portentosa aplicación, y a mis merodeos por sus senos se desató el blusón o corpiño de su torso y me dejó el camino expedito. Yo la acariciaba el estropajo crespo de la cabeza y la superficie como de goma granulada de su piel; y la amé; sentí amarla. Cuando le llegó el semen a la boca hizo una mueca graciosa y expresiva de acuse de recibo, y lo escupió. Le alargué los 1,000. francos, se los guardó, y antes de que terminara yo de organizar el pequeño desarreglo en mi ropa y seguir mi camino...

-- Comment tu t'appelles?

-- Rokia -- me dijo... Pues bien, Rokia se agachó acuclillada y dejó oír el rasgueo continuo y cortante de una meada. A continuación volvió a desaparecer, a espaldas mías, tragada por la misma noche que la había traído hasta mí. El eterno principio de que el alma de los países y de los sitios se deja aprehender de forma imprevista, me pareció incontrovertible, iba yo pensando mientras caminaba. Lo que hay que hacer en todo caso es cortejar y propiciar ese surgimiento, esa epifanía mediante el beneplácito a ciegas, mediante esa disposición de ánimo tendencial.

12 de marzo 1978, domingo. Me levanto tarde, desayuno en el hotel y el resto del tiempo lo paso descansando y escribiendo hasta que me venga a recoger un coche de Air France, cosa que se produce a eso de las 13:30 hora local. Es cierto que los pasajeros del Concorde reciben un trato altamente etiquetero. Desde el momento en que se acerca uno al mostrador a facturar el equipaje que se lleve, un empleado se hace cargo de pasarlo a uno de los puestos de control y, pisando ya siempre sobre alfombra con el logograma de Air France, introducirle en una sala de estar especialmente destinada a dicho pasaje de super primera, con aire acondicionado y con panorámica sobre las pistas. Por desgracia los cortinones contra el sol impiden una total amplitud de miras; sólo a través de una abertura suficientemente ancha espero poder ver aterrizar el Concorde que tiene su llegada a las 15:00 pm. y que... efectivamente lo hace con una puntualidad inexorable e... insultante !! ¡Ahí está! Había dirigido yo la vista a través de la cristalera, entre los cortinones, hacia el trozo de pista divisable y... ¡ahí está!, taladrando con su pico, de izquierda a derecha, el espacio de visibilidad de tar-mac que las defensas contra el sol me permiten desde dentro de la sala de espera... ¡Ahí está!, haciendo su entrada, con puntualidad de artificio cibernético, rodando ya sin más y a punto de estacionarse. Al momento una legión de servicios nodrizas se pone en movimiento para rendir pleitesía a Su Majestad el Concorde: camiones cisterna, escaleras móviles, grúas automáticas, autobuses, trolleys. Pero, ¿qué es en realidad el Concorde; quiero decir, cuáles son las características que hacen de él un aparato especial? Nada más fácil que leer algunas de sus particularidades en el folleto o programa de mano "Itinéraires Concorde / Concorde Network", tal y como reza el ejemplar que yo tengo, publicado en octubre de 1977: "*Mach 2*.

Mach 1 corresponde a la velocidad del sonido (1,100 kms/h). Vd. volará a Mach 2 (2,200. Kms/h). A bordo Vd. no se percatará de esta velocidad (2,200 kms/h). Únicamente el machmetro instalado en la cabecera de cada cabina la delatará. *Paso de la barrera del sonido.* Ninguna sensación, ningún ruido, ninguna vibración; únicamente lo sabrá mirando el machmetro, cuando rebasa M 1.00. *Bang* sónico. El Concorde atraviesa la barrera del sonido y vuela a velocidad supersónica únicamente por encima de los mares y zonas desérticas. El “bang”, por otra parte moderado, no crea ninguna perturbación en tierra”. Luego, de los demás detalles técnicos, sobre los ya señalados, y de que vuela entre los 16,000 y 19,000, metros de altitud, destaca lo siguiente: “Peso máximo al despegue: 181,440 kgs. Peso máximo al aterrizaje: 111,130. Kgs”. Es decir, unos 70,000 kilos de diferencia correspondientes a otros tantos litros de combustible, todo ello calculado muy a bulto. Si se nos dice que la autonomía máxima del Concorde es de unos 6,500 kms., sacamos la conclusión de que -- siempre con cuentas aproximadas y de escuela primaria -- el aparato viene a consumir unos 11 litros de... lo que sea por kilómetro y cada menos de dos segundos! Y que siga el lector aficionado haciendo números.

Creo que somos nada más que cuatro pasajeros los que embarcamos en Dakar para Río: un matrimonio joven, europeos, con un niño; y yo. Los viajeros en tránsito también vienen a la sección reservada del aeropuerto, para refrigerarse durante la escala de unos 45 minutos que hace el avión. En la sala han dispuesto de todo para beber, además de lo que parece el refresco más original de la escala: una naranja vaciada y llena de helado. Lo primero y más jocoso que se me viene a la cabeza es que por mucho que consuma uno gratis, todo lo que quiera, en ningún caso [y menos en el mío, que tan sólo pruebo el alcohol] se

puede enjugar en especie el costo crecido de un vuelo en Concorde: ya dijimos que ochenta mil pesetas de 1978 por menos de tres horas y media de vuelo desde Dakar a Río de Janeiro. El pasaje es muy internacional: brasileños, franceses, alemanes. Todo el mundo con pinta de ejecutivos con mucho “push”. Señoras maduras que pasean su indolencia y sus dineros a dos veces la velocidad del sonido. Los pantalones de los hombres, y el calzado, y las camisas, cualquiera que sea su clase, se ve a la legua que no son de saldo sino todo lo contrario: cómodos los zapatos, de horma ancha; los pantalones, de pana fina, por ejemplo; y las camisas con bolsillos en ambos lados del pecho.

Pero por fin embarcamos. Las particularidades interiores del aparato también las conocíamos ya: cien plazas organizadas en cuatro por fila, con pasillo en medio; ventanillas proporcionalmente más pequeñas que las de las otras grandes superfortalezas voladoras. El despegue es ya toda una experiencia categorial. Supone un verdadero “pegarse” al respaldo, de tan rotunda aunque inocuamente progresiva como es la aceleración. Nada vibra, nada se siente; tan sólo una como seguridad indefinible de que uno está volando a bordo de la máquina comercial y accesible al público más perfecta, más simple y al tiempo más sofisticada del mundo. Yo dejo que el españolito sandio y gregario se inocule todas esas consignas consumistas y publicitarias de tres al cuarto, tipo “es otra cosa”, “es otra historia” como lo del pasar de conducir un botecito de coche a otro coche un poco menos botecito, pero igual de cacharro, por ejemplo.

A los pocos minutos del despegue había alcanzado altitud preceptiva, normal de crucero; si bien muy poco después se nos anuncia que si tal es nuestro deseo miremos en el ‘machmetro’ el

de mis conocidos, etc! Nunca se me ocurriría a mí ni siquiera pretender restarles cuota de beatitud en sus menesteres de padre, de marido de mujer morcillona, raída y de colmillo retorcido, nunca; Nunca intentaría yo detraerles complacencia de sus partidas de 'dominó' en la urbanización El Serrallo [en Granada, y en lo que atañe específicamente a algunos compañeros de Universidad, siempre como ejemplo]; o en las de póker; o en sus sanedrines de tabaco y alcohol delante del televisor con ocasión de un "Madri-A(t)leti". Nunca. Arrastraría mi compungida contricción todos los días de mi vida si me hubiera propuesto interferir con los mundos selectos de ocio de tanto 'progre' hortera que arrastran su barriga y su chatedad mental por las salas de bingo; que tiran de su foca y de su prole lo mismo que podrían tirar de un manojito de candados para ponérselos a chupar en cualquier chaflán. Nunca. Como lo digo. Nunca me atrevería yo a menguarles una porciúncula de su felicidad. Siga yo quedándome con mis pobres experiencias de volar en Concorde y cosas así; y sigan ellos en su existencia de dicha santificante, en su limbo estulto.

Mi compañero de asiento, a todo esto, me ha saludado; nos hemos saludado, y nos hemos puesto a conversar. Otro tremendo golpe de suerte que la fortuna caprichosa tuvo a bien concederme. Se trata del Sr. Queiroz [en la tarjeta suya con la que nos intercambiamos direcciones rezaba: Edson Queiroz. Norte Gas Butano. Rua Major Facundo 844. Fortaleza. Ceará. Brasil. Fone...], un hombretón de unos 55 años. No había reparado en su existencia durante el refrigerio en la escala de Dakar. Pero eso era lo de menos: ahora estaba allí, de compañero de asiento mío en el Concorde, y cuánto celebré aquel regalo del azar. El Sr. Queiroz era el típico super millonario con esa envidiable amplitud de miras que da el dinero cuando se tiene y

se gasta y se emplea, sin por ello dejar de dar juego a los demás. Yo, pobre de mí, funcionario docente-investigador, con un sueldo mensual que acaso no llegara a los ingresos del Sr. Queiroz en... una hora!; yo, sin embargo, por esas cosas de la vida, me iba a beneficiar del tratamiento de tú a tú con un hombre tan singular. El Sr. Queiroz venía de Suiza, y charlamos de todo. Le dije que era mi primera visita a Brasil (Río, específicamente), y al descubrir en mí una disponibilidad abierta a la aventura y al encuentro espontáneo..., ya se me entiende, a partir de ahí, y sin que ninguno de los dos abandonásemos un tono de cierto protocolo y cumplido respeto, el Sr. Queiroz fue una formidable fuente de información y de sabios consejos. Me cambió dinero en plan favorable para mí, como nada más tocar tierra brasileña vería. No dejará de permanecer en mi retina el “flash” instantáneo que me deslumbró cuando al abrir su maletín de ejecutivo pude apreciar que entre otros papeles, y así, como si se tratara de restos de propinas, de “pocket money” sobrante y “negligible”, había una cuantiosa variedad de billetes de diferentes divisas: francos suizos, francos franceses, marcos alemanes, dólares USA. ¿Para qué querría el hombre otros \$ 100.- o \$ 200.- USA que yo acaso le cambiaría? Fue un puro acto de liberalidad por su parte, que yo le agradecí.

Con el paso de los minutos nuestra conversación se fue soltando. Le dije que en Dakar me habían reservado alojamiento en el Hotel Meridien, de Copacabana. Precisamente él se hospedaba allí: pensaba pasar con su mujer un par de días antes de volar a Fortaleza. No me lo expresó abiertamente pero me dio a entender que para mi esquema de turista por libre, abierto a cualquier encuentro interesante que me pudiera venir de las “garotas” o chavalas..., me dio a entender que había mejores sitios. Pero no pasó de ahí. El vuelo, una seda. Parece que a esa

altitud son inexistentes la mayoría de las perturbaciones atmosféricas convencionales que afectan a los demás aviones. El aterrizaje, una perfección. La puntualidad, al minuto: Oí explicar que el grado de computerización lleva consigo, entre otras prestaciones, la de armonizar, sobre todo, tiempo / espacio. El Sr. Queiroz me llevó con él, en el taxi que alquiló, al Meridien. Allí, para sorpresa mía, yo no aparecía en pantalla. El mensaje enviado por el Sr. Ramos, el oriundo de Cabo Verde, desde Dakar no parecía haber llegado. “Mejor” -- me dijo don Edson, que ya me había indicado que el Meridien no era el sitio adecuado para mí, y que ahora me lo recalaba, alegrándose de que no me hubiesen reservado habitación [¡Cuán cierto estaba!] Recuerdo que se encargó él mismo de llamar desde allí a los Apartamentos, o sea, el Anexo del Copacabana Palace Hotel, ochocientos o novecientos metros más arriba, a lo largo siempre de la Avda. Atlántica, junto a la playa; o bien con entrada por la Avda. paralela e interior de Nuestra Señora de Copacabana. Me despedí del Sr. Queiroz. Su seguridad y su bonachona confianza me ayudaron mucho. Jamás le olvidaré los favores que me prestó, y sus sabias recomendaciones. Otro taxi me llevó a los Apartamentos o Anexo propiamente dicho del Copacabana Palace Hotel que tenían su entrada, como dije, tanto por el número 1702 de la Avda. Atlántica, con vistas a la piscina y a la línea de playa, como por el 313 de la Avda. de Copacabana, justo de espaldas a todo ese panorama descrito, y dando a esta última calle. Me fue imposible ocupar uno de los apartamentos mejores, y me tuve que conformar con acomodarme en el ala interior.

Yo estaba deseoso de lanzarme a la calle, ver cosas, pulsar el ambiente, etc. y en esos minutos de llegada, dejada de equipaje y orientación de supervivencia, tan sólo me percaté de

que el empaque de aquel tipo de alojamiento era algo muy... muy fuera de serie. Cada apartamento se componía de dos habitaciones grandes -- cuarto de estar y dormitorio con dos camas de 1'35, respectivamente -- cuarto de baño amplísimo y completo; dos roperos o trasteros, especie de "closets" con puertas y donde se puede estar de pie; un armario ropero grande convencional; TV color; y una amplia terraza-balcón, además de una entrada-hall que conecta el pasillo general y el 'living': este habitáculo resultó de capital importancia, ya que fue ahí donde coloqué el colchón para poder zafarme de parte del ruido que me entraba de la calle. Tomé buena nota para cuando fuese mi próxima vez, de ocupar un apartamento de los que dan a la piscina; o sea, lo más alejados del tráfico de la Avda. Atlántica, y sin privarme de las vistas del mar. Techos altos, construcción sólida, parámetros de amplitud primando en todos los aspectos.

Sonia e Ivette fueron las dos primeras chicas a quienes encontré en Río, en Brasil, quiero decir en Suramérica entera, con toda la carga iniciática que uno quiera adherir a ese lance original de estreno prístino. Luego, años más tarde, tal vez semanas más tarde sólo, ya en España, y con la debida perspectiva, me percaté de que fueron Sonia e Ivette como podían haber sido otra cualquier pareja de 'garotas' de entre prácticamente miles, he dicho bien, miles de ellas. Había terminado de tomar posesión de mi apartamento, me había aseado convenientemente y me lancé a la calle, a dar un paseo, a ver, a familiarizarme con mi recién inaugurado hábitat. Salí, bien lo recuerdo, por la fachada de la Avda. de Copacabana a la que daba mi alojamiento. Una de las primeras cosas que quería comprobar era, efectivamente, la providencial cercanía del Consulado General de España, casi allí mismo, en la rua Duvivier, dos transversales saliendo del Hotel hacia la izquierda.

La visita a Juan Nieto -- me dije -- quedaba asegurada con creces.

Probablemente se trató de la Plaza Bernardelli. Yo iba respirando la novedad de los olores, la textura del aire. He machacado hasta la saciedad en mis escritos, lo he repetido y constatado por activa y por pasiva, lo de que los países huelen, las culturas huelen, las maneras de ser y hasta de pensar. Huelen. Y a mí aquel trocito urbano de Río, de Brasil, de Iberoamérica comenzó a olerme a uñe, a brea, a carne de mujer en sazón en cuantiosas disponibilidades..., en cantidades infinitas, de absoluta inagotabilidad. Estaban las dos sentadas en un velador redondo, tomando refrescos. Fue vernos, mirarnos, celebrar ese pequeño ritual de la sonrisa curiosa... y ya estaba yo junto a ellas. Me dijeron llamarse, como antes apunté, Sonia, la más espigada de las dos; e Ivette, dos o tres años todavía más joven que su amiga; ambas de color café clarito. Como digo, las primeras, las germinales, a partir de cuyo encuentro todo haría de ellas las inevitables referentes, las piedras de toque. Yo pedí un vaso de leche y las invité a sus consumiciones allí mismo en la terraza donde las encontré. Como mi andadura en el abordaje de la mujer brasileira acababa de dar el primer paso, dejé que respirasen ellas, seguro yo como estaba de que cualquier sugerencia suya encontraría acomodo en mis posibilidades... Les expliqué que terminaba de llegar; que me hospedaba en tal y tal sitio... y que me gustaría disfrutar de la compañía de las dos... -- “Tú nos presentas” -- me dijo Sonia. -- Tardé una fracción de segundo en percatarme de tan maniobrero y marchoso anglicismo como me había dedicado... “Pues claro que os haré un buen regalo [to present someone with: hacer un regalo, un ‘presente’ a alguien] a las dos” -- contesté. Me quedé pasmado una vez más del juego maravilloso de referencias y de estados

emocionales que se atesora entre los pliegues entremezclados del lenguaje.

A continuación nos fuimos a mi flamante apartamento, a poner a prueba las prestaciones que para estos menesteres ya me había anticipado unas cuantas horas antes el Sr. Queiroz. Las dos se complementaban y las dos me gustaban. Mantener el equilibrio perfecto en la exteriorización de mis solicitudes hacia ellas no era nada fácil. Cuando la corriente de mi deseo parecía encaminarse hacia Sonia, viraba así como atolondradamente y como sin darme cuenta hacia Ivette. Las hice levantar a las dos para tenerlas de pie y repasarlas verticalmente con caricias y con besos por todo el torso. Aún vestidas, me daba pena, rencor de mí mismo, desnudarme y desnudarlas. Cuando Ivette, la más niña de las dos, se despojó del vestido, dejó lucir dos torneados y dóciles senos que merecieron la atención solícita de mis besos. Pero ellas -- en lo que comprobaría yo a partir ya siempre de entonces como rutina normal, automática de todas las chicas -- pasaron al cuarto de baño a tomar una ducha y aparecieron minutos más tarde envueltas en sendas toallas grandes. Los tres nos pasamos al dormitorio, a las dos camas gemelas que arrimamos entre sí. Allí, después de algunos jugueteos, me ví acosado por la urgencia que decididamente se iba encrespando, y resolví flanquear los límites de Ivette. Mientras la cubría amorosamente, Sonia, a nuestro lado acariciaba los senos de su amiga, de mi amante en ese momento. Creo que fue la primera vez o una de las primeras veces en que follé con la luz encendida, mientras que una de las chicas me miraba cómo lo hacía con la otra. Besar así a Ivette me proporcionaba la misma dulzura que hacer pie en un fondo de arena limpia. La insistencia suave sin embargo de mis besos propició prontamente mi nupcia. Luego, después de esta cumplimentación me quedé a solas con

Sonia mientras Ivette miraba la TV en color del cuarto de estar. Sonia Regina, pues tal era su nombre completo, quiere que se la meta por el culo. Me dice: “Es preciso vagar” [esperar; hacerlo poco a poco; despacio]. Pero a mí el forcejeo continuado me produce pequeños dolores que a la postre terminan por acarrear me el arrugamiento. Vi claro entonces que la modalidad así llamada “griega” necesita de la erección primera y principal; y que pasada ésta, tal vez el grado de dureza y enhestamiento del falo no esté a la altura de las circunstancias. Acaso me precipité; acaso calculé con demasiada prisa la celebración de dos penetraciones, casi seguidas. Tenía 41 años y acababa de culminar un viaje, todo lo placentero e inocuo que se quiera; pero en tales casos el tributo neuronal de energías es indiscutible. No, no pude taladrar a Sonia por detrás. Se me arrugaba, de los intentos; así que desistí. Pero mi optimismo sentimental permitió que Sonia me galopara, y mientras que ella devoraba las distancias que cubren el punto de partida de la nada, al orgasmo, yo me enternecía mirando sus ojos y su larga melena. Yo no me corrí, pero ella sí que lo logró; lo cual compensó mi, de otra manera, posible desencanto.

13 de marzo, lunes. Ha sido mi primera noche en América del Sur, concretamente Brasil, concretamente Río, Copacabana. Había quedado con Sonia e Ivette en encontrarnos dos días más tarde; es decir, ya sería la jornada siguiente sólo, el martes 14. Pero entretanto tenía que ponerme a hacer cosas, tomar la medida a la situación. Lo inmediato, comprobar definitivamente que los Apartamentos que dan a la Avda de Nuestra Señora de Copacabana no pueden evitar que les atravesase el ruido. A partir de aquella noche iría yo asumiendo, con más inequívoca evidencia cada vez, que las partes del planeta limitadas por los trópicos o acomodadas entre sus aledaños consienten una forma

de vida que incorpora componentes de ruido, de bullanga, de comunicación directa con lo externo, de difícil asimilación para un europeo. Se dice y se habla mucho sobre cierto tipo de gentes pobres, sin hogar establecido, sin ese recuadro telúrico de propiedad por diminuto que sea, al cual poder replegarse y llamarlo suyo. Es cierto y todo cuanto se predique de esa versión de la indigencia quedará humillado por la pujanza palmaria de la propia realidad. Ahora bien, tampoco estaría de más intentar una precisión aproximada sobre el valor que concurre en todo aquel que puede dormir en una playa; o sobre el banco de algún paseo; al aire libre; y no digamos con las ventanas abiertas de la habitación que dé a una arteria urbana bulliciosa y deje pasar el equivalente a una gigantesca feria de charangas y de estrépitos. No, por supuesto que tal no era mi caso y en consecuencia apunté el dato; y puesto que la superficie de mi apartamento era más que sobrada, elegí el 'office' o entrada que comunicaba la puerta principal con el salón grande de estar, para tender el colchón a partir de la segunda noche. Se lo advertí al servicio de habitaciones con el fin de que no se llevaran un susto, y no hubo problemas.

Una de las cosas agradables con la que contaba uno por la mañana era el desayuno, que se dejaba pedido la noche anterior y que lo podían servir en la habitación entre las 06:00 y las 11:00. No sé si ya en aquella primera excursión cobró hábito en mí lo de hacer un buen desayuno y una buena comida tardía, y prácticamente prescindir de la cena; pero en todo caso aquello de salir bien pertrechado de energías; dedicar las horas de la mañana y del mediodía a excursionar; volver al hotel, hacer una comida donde fuere y contar con el resto de la jornada para... lo que se terciase, se fue estableciendo como uno de los diseños más válidos, al menos en lo que respecta a Río de Janeiro. El

desayuno lo traían en una mesa, y era un verdadero espectáculo. Terminé por prescindir de la cumplimentación del pedido, ya que en todo caso la abundancia y variedad de los productos hacían ociosas las especificaciones. Cualquiera que fuese la opción elegida le traían a uno bollería variada; zumo (preferentemente de papaya o pomelo); tostadas con tabletas de mantequilla; cereales (corn flakes); fruta (plátanos, sobre todo); yogur, si se pedía; café con leche; o chocolate; o té, etc. Pero todo sin escatimamiento, con largueza.

En fin, salí del hotel aquella mañana y ya pude tomar una buena instantánea de la situación: la playa de Copacabana viene a estar flanqueada en cada uno de sus extremos por los Hoteles Meridien y Río Palace respectivamente, a modo como de atalayas o construcciones mastodónticas de referencia visible, teniendo asimismo al cerro del Pan de Azúcar y al Fuerte Copacabana como cotas geográficas terminales. Con una longitud de unos 4,000. metros, la de Copacabana es una de las playas más abiertas de Río, notoria también por su resaca. El dibujo en ondas de color blanco y oscuro que forma el empedrado de su boulevard se veía a todas horas, especialmente las mañaneras, transitado por amantes del “jogging” o correteo gimnástico; así como una profusión de bancos con anillas para hacer abdominales; barras transversales, trapecios, artilugios de hierro sencillos y funcionales para cualquier tipo de ejercitación de los músculos, dejando a un lado, por incontables, las porterías acotadoras de imaginarios campos de fútbol, y redes de volley-ball sobre la arena..., todo ello y cualquier cosa relativa a la interacción del carioca con la naturaleza por medio del deporte..., podía verse esparcido por Copacabana. Si cada soldado, según Napoleón, albergaba en su mochila una posible estrella de mariscal, así cada chaval carioca tenía como tope de sus sueños

futbolísticos la idea de un Pelé [En excursiones de años posteriores haría yo igual que los nativos: correr unos cuantos kilómetros antes del desayuno y empezar así el día libre de toxinas, y en comunión con el espíritu ambiental]. Río es, por encima de todo, el “melting pot” o “rompeolas” de Brasil. En los siete viajes que le he dedicado hasta la fecha he comprobado la dificultad añadida que le adviene al turista animoso, por muchas ganas que tenga de conocer la mayor cantidad posible de Brasil. Claro: el Amazonas está allí, con su mítico recorrido en barco desde Manaus hasta Belem; y la reserva ecológica de El Pantanal; y las playas de Santa Catalina al sur; y las entrañas del Matto Grosso; y la ciudad de Brasilia, como formidable réplica de la voluntad del hombre de crear una urbe futurista en mitad de la nada; y tántas cosas y lugares y motivos como se quieran en un país de casi ocho millones de kilómetros cuadrados...

Sí, de acuerdo, todo eso está muy bien. Pero no es menos cierto que en Río se da una muestra de casi todo lo que hay en el país; un refrendo troceado de la variedad portentosa del coloso iberoamericano [El tiempo me iría confirmando las razones que yo albergaba: en lo tocante al tema de la oriundez de las chicas que esmaltaron mis diversos ratos de compañía, por ejemplo, tuve oportunidad de conocer en Río de Janeiro prácticamente a criaturas provenientes de cada punto característico del país: mulatas, indiecitas cubriendo todo el cromatismo desde el café clarito americano al cortado; descendientes de europeos al cien por cien, etc.] ¿Para qué salir, pues, de Río? Al pasar por Recepción me encontré con una tarjeta de bienvenida de la joyería H. Stern, una de las mayores firmas del mundo, si no la mayor, en lo relativo a ese negocio. La invitación incluía una visita a sus instalaciones allí en Río: sus centros de fabricación, tallado, pulido, etc. de las piedras. “Bueno -- pensé -- éstos se

han creído que por el hecho de albergarme en un cinco estrellas emblemático, los dineros que yo destine a joyas corren parejos a dicho signo externo. Cuanto más tarde se desengañen, mejor”. Tiendas de venta de pedruscos de esos decorativos, a base de rocas de adorno y cristales de formaciones inimaginables, ...por docenas [a cientos, colegiría más tarde]. Río es la meca mundial de las piedras... preciosas, y supongo que también de pega. Stern y Roditi eran las dos empresas de joyería más sobresalientes, por lo que pude apreciar. Los bajos del Hotel Copacabana Palace acomodaban dependencia de cada una de las firmas y entre las dos disponían de más de media docena de establecimientos abiertos al público sólo en aquel barrio. El Hotel quedaba justo a un tercio de la longitud total de la playa, tomando como comienzo la intersección de la Avda. Princesa Isabel con la Avda. Atlántica, donde estaba emplazado el Hotel Meridien, punto a partir del cual y a lo largo de no más de un kilómetro se extendía la playa de Leme hasta los montículos del distrito Urca con el cerrete del Pan de Azúcar sirviendo de eminencia visible. Ahora, recomponiendo las imágenes de la jornada anterior y ensamblándolas a las recién incorporadas en este mi comienzo del segundo día, el panorama se me hacía del todo comprensible. Desde el aeropuerto Galeão, sito en la Isla del Gobernador, lo primero que divisaba uno era el puente Niteroi, de 14 kilómetros, que conecta dicha ciudad con el “downtown” de Río, cortando el cuello de botella, o mejor de saco atado por la boca, de la Bahía de Guanábara, ahorrando de esa manera la formidable vuelta que supondría rodear la cresta de todas las protuberancias, entrantes y salientes de la dicha Bahía hasta alcanzar la ciudad de Niteroi justo enfrente. El viajero que llegue en avión y quiera dirigirse a Copacabana, por ejemplo, normalmente toma la Avda. del Presidente Vargas, y va dejando las playas de Flamengo, y

Botafogo a su izquierda, para acceder ya al distrito de Copacabana a través de los túneles de Río Sul hacia la Avda. Princesa Isabel ya citada. No bien recorridos los primeros tramos de un paseo circunstancial por la Avda. Atlántica se constata el paso continuo de aviones... a ya poca altitud, como llegando a Río. Se trata del “shuttle service” entre São Paulo y Río, que se sirve del aeropuerto Santos Dumont para tales menesteres, además de otros servicios domésticos, nacionales.

Mi encuentro con Juan Nieto en el Consulado General de España [que, como digo, se hallaba en la rua Duvivier, muy cerca del Copacabana Palace Hotel] es todo un éxito y una gratificación de máximo rango añadida al capítulo de mis complacencias. Lo que manifesté cuando lo de Sofía (Bulgaria) en 1972 lo confirmo ahora: este Nieto es un tío estupendo, competente y generoso, rarísimas cualidades todas ellas puestas juntas para un español. Desde nuestro encuentro en Sofía, acaso le hubiera yo escrito alguna carta desde España. También, en la contingencia verbal de los estados de ánimo que rebosan reconocimiento y gratitud, le habría dado yo a entender que el libro que me había hecho la idea de escribir sobre mis aventuras en las Bulgaria, Turquía, y Rumanía de 1972, se lo pensaba dedicar. Si mal no recuerdo, para 1978 claro es que yo disponía de la primera versión de *Amor se dice obitcham en búlgaro*, versión que tres o cuatro años más tarde volvería a escribir por entero, imprimiendo a la redacción una coherencia y equiparabilidad terminológica y estilística de que la variante inicial carecía. Juan Nieto no sabía nada de todo esto. Por no saber, no sabía que yo andaba en Río, y ahora...

-- “Que pase Vd. enseguida” -- me dijo uno de los empleados españoles del Consulado a los dos minutos escasos de haberle dado mi tarjeta. Exuberante sorpresa; cordialísimo encuentro,

todo a estrenar, presto para el comentario. Le expliqué entre otros muchos detalles sobre mi vida, sobre España, sobre... yo qué sé..., le expliqué que había escrito ya la novela sobre nuestras aventuras en Bulgaria, y que a su debido tiempo sabría de ello; que ahora sólo quería yo asegurarme de que estaba en Brasil y que... lo demás vendría..., pues eso, por su paso y en su momento. Le dije, bueno, un montón de cosas: que mi cota máxima en aquel presente viaje era Chile, y que desde allí, ya de regreso a España, no tenía todavía idea fija de las escalas intermedias que haría. Y repare bien el lector en esto... me dice Juan que aquel don Luis Aznar, el diplomático jefe de la Representación española en Sofía en 1972, y con el que yo hablé por teléfono, y que de resultas de mis explicaciones nos envió a él, a Juan, para arreglarnos la papeleta..., que ese don Luis Aznar se hallaba en Santiago de Chile como Embajador con todas las de la ley, y que si era como yo anticipaba y tenía oportunidad, que podía ir a verle y saludarle, etc, etc. Juan me proporciona un cambio preferencial para los \$ USA a través del Consulado. Una verdadera joya de hombre. Le digo donde me hospedo y le prometo pasar a verle otra vez antes de marcharme de Río, que calculo que va a ser dentro de tres o cuatro días.

Ya por la noche, recordé que había oído al Sr. Queiroz mencionar el nombre de Lucy's Bar, en la Avda. Princesa Isabel, quiero creer que a media distancia entre la Avda. de Copacabana y la rua Barata Ribeiro. Era tan grande el predicamento que don Edson había establecido para mi conciencia que no quise descartar su sugerencia concreta, y hasta allí me encaminé. No era mi estilo. No es que no hubiera alguna chica atractiva, de notable; era que los bares no me van, porque el ambiente es mucho más cerrado que en otros sitios, quiero decir que no hay mucho lugar, y ya sabe quizás el lector o irá sabiendo que yo no

soy hombre de alcohol, y que en lugares así lo primero con que se choca uno es la barra, y el camarero que por muy contemporizador que pueda ser, le tiene que preguntar al cliente que... qué va a beber. No me convenció. No era mi estilo. Había una o dos chicas, bueno, que hubiesen justificado mi solicitud, pero que además -- creo que pregunté a una -- requerían una cantidad por abandonar el local, igual a la de su propia prestación.

Me volvía de retirada a mi hotel cuando entre las calles Duvivier y Rodolfo Dantas me encuentro paseando a una negrita que al contestar a mi sonrisa espontánea y sobre la marcha, dejó que destacase una hilera de dientes blanquísimos que tanto daba decir que subrayaban la badana azabache de su piel, como que ésta resaltaba aún más el lampo de la porcelana de su boca. Se llama Jossie. La subí a mi apartamento y se quedó perpleja y divertida al contemplar el tinglado que yo armaba con el colchón de una de las dos camas, que retiraba al punto menos vulnerable a los ruidos de todo el piso. A partir del día siguiente prometí ya engancharme a las excursiones más inevitables que se le ofrecen al turista en Río.

Martes 14 de marzo 1978. En efecto, la noche anterior, al despedir a Jossie hasta la puerta de los Apartamentos aproveché para coger dinero del "safe" y reservar la excursión al pico Corcovado donde se erige la gigantesca estatua de Cristo Redentor que con sus brazos abiertos parece acoger todo el espacio de ámbito posible en los corazones de los cariocas y de todo aquel que lo visite. Por cierto que las cajas de seguridad están en una habitación independiente de las dependencias del vestíbulo de entrada. Los recepcionistas visten con una chaquetilla color crema claro, muy simple, muy poco ostentosa, y siempre recordaré la cara de uno de ellos que por lo menos en

mis tres visitas consecutivas de 1978-79-80 seguía trabajando allí: serio, amable, servicial, muy profesional. Me abría el “safe”, me hacía una reverencia y me decía “obrigado”... La excursión al Corcovado, bien. Una de tantas. En el autobús coincidí con una pareja de argentinos a los que todo se les hacía hablar de pesos en millones. Estaban sufriendo uno de los bailes de devaluación más escandalosos de su historia, y por muchos ceros que el gobierno restaba de las denominaciones de los billetes de banco, era imposible evitar referirse a cantidades abultadísimas de pesos-basura. El autobús de nuestra excursión nos llevó a visitar una sección de ‘favelas’ o barrios de gente que vive en casas de construcción endeble, de ésas de quita y pon, sobre todo en las laderas de las ondulaciones de los cerros de alrededor de Río, como criaturas agarradas a las faldas de la madre tierra. Se nos recordó lo desaconsejable de siquiera acercarse solo por parajes así, cosa por otra parte improbableísima para el turista que, como yo, se hospedara en uno de los sitios más ambientados y representativos de Río. La reflexión que a partir de una serie elemental de evidencias no dejaría de hacerme yo era, ¿para qué molestarse con cambios de lugar si se tiene prácticamente todo allí donde uno se halla?

Esa misma tarde comienzo a disfrutar una de las experiencias que con el paso de los años y a lo largo de las sucesivas visitas que dediqué a Río, más se incardinarian con mi sentido del ritmo de las cosas, y con la complacencia advenida que me prestaba el ambiente. Y ello era sentarme en alguna de las terrazas de la Avda. Atlántica, comer lo que fuera, y permitir ser objeto de consideración por parte de las chicas viandantes, o de toda aquella que se encontrara en una situación parecida a la mía, de independencia y de insumisión a tiranías de horarios y de menesteres impuestos. Eran muchas las terrazas que ofrecían

prestaciones parecidas, a saber: servicio de cocina abierto todas las horas del día, además de los típicos de cafetería y bar. Estaban el Maxim's; el Mirage, y más que ninguno, creo que entre las calles Fernandes Mendes y República do Perú, el Bolero. Allí solía yo sentarme, sobre todo después de que un camarero negro, negrísimo, de apellido Ramos asimismo, se hiciese amigo mío. Entre el desayuno y la otra comida fuerte que hiciera a lo largo del día acostumbraba yo a tomarme algún postre de melón, con un vaso grande de leche, por ejemplo. Las chicas, al distinguir la fachada de turista que yo debía de dejar traslucir, se acercaban con pretensiones más o menos ostensibles de ofrecer su compañía. Pero en todo caso lo que primaba en la medición de mi complacencia era la laxitud, el aire flexible y permisivo que esmaltaba a todas y cada una de esas tomas de decisión con las que uno quisiera guarnicionar el relleno de un par de horas; del rato que fuera. Aquella terraza del Bolero sería a partir de entonces mi preferida. Huelga decir que tanto este restaurante-boite como otros muchos ofrecían un show por la noche, con chicas de alterne con toda la profusión y variedad que uno pudiera imaginarse. Ahora bien, y como acaso tendrá oportunidad el lector de cerciorarse por repetidas testificaciones mías a lo largo de mis escritos, hay algunos aspectos de la realidad que yo encontré y viví en Río que por supuestamente inevitables requieren algún punto de discriminante precisión. En la vertiente negativa o, digamos, de mi carencia de aprecio, está la presunta y archi-gratuita belleza de las mulatas. No fui yo un degustador de tal tipo de chavalas. La mayoría de las que adornan los reclamos de publicidad de Carnavales, o reproducciones en el papel para los variados entretenimientos que la noche carioca ofrece al visitante, yo personalmente las encuentro grandazas, demasiado espectaculares... demasiado en

plan de sacrificar al cometido de ritmo circense, colorido desbocado y maximalismo postizo de sonrisas, lo que de feminidad comportan sus personalidades. En la vertiente de valoraciones entusiastas, y entre otras más que irán saliendo, está la de la modalidad o estilo esponjoso, suelto, no tiranizante ni rígido, en las actitudes de los regidores y empleados de estos restaurantes-cafeterías y terrazas para con los turistas. Nada de premuras ni de incitaciones a consumir; nada de prisas; todo amable, natural, como traído de la mano por la espontaneidad.

La noche de ese martes entré a cenar en la Churrasquería Leme, de la calle Rodolfo Dantas, la primera a la izquierda saliendo del edificio del Hotel Copacabana Palace. Fui en busca de un pedazo de carne, de carne a la brasa o churrasco, por lo que deben parte de su fama culinaria todos los países del así llamado “Cono Sur” de América, incluido Brasil. En el restaurante, en cada mesa, ponen de entrada una fuente, o sopera pequeña, o copa grande con trozos de zanahoria, pepino, apio, riquísimo todo. Si el cliente no da orden expresa de que se lo lleven, por no tener intención de consumirlo, se entiende que acepta el pago de dicho entremés. Aquella noche, como creí entender que ocurría todas las demás noches de la semana, había una orquestina de cuatro músicos y una cantante interpretando melodías tanto del Brasil tradicional como internacionalmente exportables. Me tomé mi churrasco con guarnición y mi vaso de cerveza. Sabrosísimo todo. Y como colofón, antes de marcharme, me acerqué a la orquestina y les pregunté si tenían reparo en acompañarme con “La barca”, popularizada por Lucho Gatica y luego por otros más, dando yo por sentado que conocían dicha pieza. Claro, dijeron; sin problema. Hicimos allí por lo bajo unos arranques de coordinación de tono... y me lancé. Bueno, siempre hay lugar para la mejora, “room for

improvement” como decimos en inglés. Pero el público se apercibió de mi espontáneo impulso, tan ingenuo como imparabile, y me dedicó una salva de aplausos y palmoteos. Por su parte la cantante y los músicos me dieron la enhorabuena.

Pero era ya hora de irse porque no olvide el lector que yo había quedado con Sonia e Ivette de nuevo. Nos encontramos en la misma Recepción de los Apartamentos, y esta vez sí que me follé bien a las dos, concienzudamente. Reinó entre nosotros una gran camaradería, una aclimatación espiritual. A Sonia le oigo decir la expresión “hacer un programa”; o sea, dedicar la tarde o el rato de que se trate a la disponibilidad de encontrarse con compañía. Suena genial, tan deportivamente descriptivo. Ya en vena de confidencialidades, me siguió enseñando Sonia alguna otra palabra de *follar*, *echar un polvo*, etc. Les hablo de que quiero continuar mi viaje, primero pasando por Argentina, Buenos Aires, donde tengo curiosidad por encontrar a unas personas; luego, casi con toda seguridad llegar a Chile; y después..., no sé, de regreso a España. Sonia dice que le gustaría acompañarme a Buenos Aires. Una propuesta así, venida de alguien tan de ocasión volandera, probablemente no hubiese merecido crédito alguno, de no haber sido esta chica concreta quien lo hubiera destapado, y de no haber sido yo el protagonista circunstancial. Lo cito con la desinteresada intención de hacer llevar al lector un tipo de estado de ánimo que en aquellos dos primeros días absolutos de vida en Brasil comenzó a gestar el núcleo inicial de lo que, a poco de continuada mi andadura en sucesivos viajes, se destacó como una de las más atractivas particularidades de la forma como entendían aquellas gentes la existencia: “Hacer un programa”, es decir, el hecho de que una gran mayoría de ‘garotas’ o chavalas jóvenes no rechazasen la compañía de un varón, a cambio de un regalo o contraprestación,

no acarrea -- al menos que yo pudiera observar a través del ejemplo de las tres primeras chicas a quienes me había follado --, ... no acarrea un desmantelamiento de su personalidad, ni un encanallamiento mercenario del sentido de integridad, de ética femenina que normalmente concurriese en ellas en razón de su cultura y de la índole de su educación. No llegó a cuajar lo de que Sonia se viniese conmigo a Buenos Aires por imposibilidad de que cuadraran mis fechas con sus obligaciones. Sonia me dejó una dirección para en caso de que alguna vez regresara a Brasil. Sin embargo la que más me encantó fue Ivette. Guardo de ella un olor perenne de niña limpia y generosa. Era una locura la forma en que aquella chavala se me entregaba. Ella tenía en Sonia la amiga mayor, y se dejaba llevar. Ivette hablaba poco: me miraba con ojos absortos, atentos, a una cuarta parte de sonrisa que comenzara a expandirse. Me dio una foto pequeña en blanco y negro, que conservo, que tengo aquí delante ahora mismo, tomada el 17-12-1977, con la siguiente leyenda en el reverso: "Ofereço esta foto com muito amor a voce Tomas. Ivete. 14-3-78". Yo seguiré escribiendo su nombre a la francesa ya que no pude calibrar su particular ortografía hasta que me lo patentizó en la foto. Es una cartulina de 3'8 x 3 cms, como de carnet. Ivette, con melenita corta y blusa jaspeada, mira límpidamente hacia los ojos de uno. Pocas veces había visto unas formas de chica joven tan recatadamente alegres, tan confiadas en quien, como yo, les prestaba una ilimitada seguridad. Quedé sumido en la boca de Ivette todo el tiempo que duró nuestra cópula...

Miércoles 15 de marzo 1978. El camarero cómplice del Copacabana se esmera aún más si cabe y me trae unos desayunos espectaculares, con zumos de un par de clases, y profusión de frutas. Hoy decido pasar un rato en la piscina, hasta eso de la una de la tarde; luego, tengo pensado hacer una inspección por ...

bueno, todo a su tiempo; y para por la noche, me apunto, siempre a través del Hotel, a una visita a una exhibición de “Macumba” o ritual afro-brasileño de magia negra. No quiero ser tacaño con el repertorio que se le ofrece al turista. Por mí que no quede. La piscina, emplazada en el hueco interior que forman el lateral del hotel propiamente dicho, y la fachada anterior de los Apartamentos, es de tipo tradicional: baldosines azules, entrada en el agua mediante escalones, y una profundidad máxima de dos metros o así. En las márgenes, profusión de veladores, sillas y hamacas para hacerse cargo del tipo más esperado de prestaciones reclamadas por la clientela de un sitio tan selecto como conservador. Paralelo a la línea de playa, una pérgola o restaurante semi cubierto limitaba y servía de cota protectora al mismo tiempo al dicho espacio interior de emplazamiento de la piscina. Como digo, clientela conservadora y madura. No hay mucha gente joven, excepto los niños que vayan acompañando a sus padres. Dejar que los ruidos de la playa, el tráfico, las ondas de significado acústico, hasta los propios olores, lleguen filtrados hasta allí, urbanizados hasta aquel enclave privilegiado de protección y ocio, no es cuestión baladí; es una comunión con las cosas bien hechas, con las decisiones tomadas acertadamente. Me subí a mi apartamento, me di una ducha y me eché la siesta un rato. En esos espacios vacantes del pensamiento llegaba yo casi siempre a las mismas conclusiones respecto de temas tan recurrentes y tópicos como lo era el de la compañía femenina; dicho de manera más conciliadora y empática, el conocimiento de los entresijos de la cultura de un pueblo, de la conformación de los hilos de su geometría convivencial. Llegaba a la conclusión de que no era necesidad, ni mucho menos, la que me acuciara en lo de procurarme una chica para pasar el rato; tampoco era ganas irreprimibles, como pudiéramos pensar que

concurrer en el drogadicto, o en el alcohólico, o en el simple fumador empedernido. No. Ni mucho menos. Más bien se trataba de curiosidad; sí, de ese tipo de curiosidad vital sin la que todo lo demás está de sobra; esa curiosidad que le permite a uno seguir vivo. Y como de eso precisamente se trataba, decidí esa misma tarde, entonces, recién levantado de la siesta, y antes de ir a la excursión de la “Macumba”..., decidí darme una vuelta e inspeccionar si en un país como Brasil, o más propiamente, si en una ciudad como Río, había pisos francos en los que, bien por mantener la confidencialidad de los usuarios, bien por comodidad, bien por lo que fuere..., un grupo de chavalas se ofreciesen para la cita ciega y subsiguiente sesión de intimidad con el cliente de turno.

Es curioso, pero no me es posible recordar, ni siquiera sugerirme ahora el método de información que seguí. Por exclusión de otras alternativas, supongo que se lo preguntaría a un taxista. Es el caso que antes de que pudiera seguir dando pábulo a ulteriores especulaciones, me encontré en un piso probablemente, creo que de la rua Gustavo Sampaio, también paralela a la Avda. Atlántica en el tramo que conforma la Playa de Leme. La dueña o gobernanta imprimía al ambiente un estilo familiar y desinhibido. Vi a un par de hombres despelotados por allí, con los que cambié unas palabras en plan muy distendido, muy de... marineros del mismo barco; sin falsos pudores ni tontos miramientos. La dueña me dice que si quiero empezar con Sandra, una rubia espigadita. Bueno. Lo hago con ella, me lavo y me visto. Pero la señora parece haber adivinado que soy hombre de doblete y me anima a que me quede; que me va a presentar a una preciosidad de mulatita joven, y que está segura de que me va a encantar. ¿Habíamos hablado de dinero? Pienso que no. Me dice que con cada chica que uno quiera estar son 800. cruzeiros,

pero que en mi caso me deja las dos por mil doscientos. No me engaña, y me alegra mucho constatar que uno de los hombres encuerados a quien he saludado nada más entrar, precisa y exactamente me ha citado la misma cifra. En fin, un poco por no desairar las expectativas tan optimistas que la gobernanta ha puesto en mí, y un mucho por la curiosidad expansiva que en todo momento me acicatea, consiento en conocer a Tania. Se trata de una mulata jovencita, preciosa, de labios gordezuelos y... crujientes; pelo compacto y crespo, apretado. La gozo sobremanera, disfruto con el encariñamiento que me dedica, con la devoción de sus besos y de los conatos de palabras o frases con que adoba sus enarcamientos de pubis, como coadyuvando a la penetración. Pero una vez más he medido mal mis fuerzas..., y no me puedo correr. Tampoco lo deploro en demasía. Era preciso pasar por esta experiencia de la caza..., concentrada en un piso y..., una cosa más hecha. La pago a la señora, me despido y me voy a mi apartamento. Dentro de media hora salíamos para la excursión y ahora que lo recuerdo se había previsto opción de cena al final del show...

Si de algo me alegro por el hecho de haber asistido a esta representación de la Macumba es de que con una vez ya tuve bastante para el resto de mi vida. En mis repeticiones viajeras de Río en años subsiguientes jamás se me ocurrió insistir con semejante asunto. Porque en definitivas cuentas, ¿en qué consiste? No estoy seguro de haberlo captado en toda su propiedad, tan poca fue la atención monográfica que presté al pastel. Los protagonistas suelen ser negras gordas y feas, y algún que otro negro, igualmente feo, arrugado y con semblante como de no pertenecer a este mundo. Ellas, vestidas como de muñecas grandes, con faldas rigurosamente blancas, de vuelo, con muchos recubrimientos, quiero decir, con muchos niveles, como de tul o

gasa, resaltando lo supurantemente grotesco del contraste. Parece que la más veterana en estas lides hace de *medium*, o sea, de antena receptora de las cualesquiera supuestas sandeces que el aquelarre en cuestión pueda convocar; y entre un griterío enardecedor se ponen todas a girar, a girar como ruletas locas, como aviones planeadores a punto de deshocicarse. El viejo, ya no recuerdo si antes o entretanto, se queda ausente, profiriendo una serie de gruñidos, resoplidos... de instancia onomatopéyica de cualquiera que sea la bestia o animalejo propiciatorio..., o emitiendo cacareos gallináceos que, de no ser por la imposición del protocolo, hubieran desatado una cabalgata de carcajadas por mi parte. Ya no recuerdo si al griterío se unía música de tambor. Cuando se alcanza el punto establecido la *medium* entra en trance y se pone a dar pataletas, como presa de un poder sobre..., o al menos, no natural. Un rollo macabeo de pesadísima digestión. Desde entonces, cada vez que a un buen documental de esos que aparecen en T.V. lo adoban con el relleno de tales o parecidas tonterías, desenchufo automáticamente o “zapneo”. Pocos ejemplos más estériles y más desprovistos de ilustración como todas estas secuencias de ritos, bailes, macumbas, vudús, y lo que que en cada caso sea. Una sola vez estuve en Haití, escenario del vudú fuera de África, y ni se me ocurrió pensar en semejante necesidad. Con todos mis respetos, vaya por delante.

En la cena opcional del programa, después del show, caigo junto a una pareja de chilenos. Les comento que mi idea es visitar Buenos Aires en cuanto salga de Río dentro de un par de días [tal vez tuviera ya el pasaje aéreo reservado para el viernes 17 definitivamente, como era el caso] y que mi destino más ulterior en este viaje, siempre midiendo desde España, quiero que sea Chile. Tenía que tratarse sin duda de temperamentos conservadores a ultranza, a favor de los valores de la autoridad y

el orden por encima de otras muchas cosas. No de otra manera se comprende que no vieses únicamente el lado negativo de los regímenes autocráticos y/o autoritarios del Videla & Company en Argentina; y de Pinochet en su propio Chile. Aquí, una vez más, había que andar con pies de plomo y no dejarse embalsamar emocionalmente por cualquiera que fuese la última y mejor dramatizada versión de las cosas. Eso de ir por la calle y de que, a expensas de quien pudiera pasar por allí, impunemente se convirtiera en un campo de tiro al blanco a manos de los “montoneros” y de otros aficionados a la barbarie, sobre todo cuando ésta parecía ser gratuita, sin fuerza humana ni razones divinas que pusieran coto..., eso, según me decían los chilenos, terminó por disgustar hasta a los más reacios a adoptar medidas serias de represión.

A mi llegada al Hotel me encuentro por la calle con las dos, claro, con las dos mujeres, bueno, una es palmariamente mayor que la otra, acaso sean hermanas, o parientes. Las había visto en la playa conforme me dirigía yo al piso de alterne. Ahora, con más parsimonia, me fijo en que una de ellas, la más joven, es bastante mona. Me la llevo al Apartamento y me la follo. Ana María, morenita mulata, limpiezita y femenina, me dijo tener 18 años. Además, me cantó “La distancia”, interpretada usualmente por Roberto Carlos. Con las mujeres empieza a pasarme lo que se recomienda respecto a la alimentación: poquito muchas veces, principio este que lamentablemente, y por lo que se refiere al segundo supuesto citado, no concurre entre los hábitos míos. El ideal es follarse dos o tres chavalas cada día, haciendo de cada encuentro una cosa independiente de todo lo demás. Cada polvo, para dejar paso a la posibilidad de otro, requiere que uno se vista, salga a la calle, descanse; en mi caso especialísimo, se tome un postre de

melón y un vaso de leche, por ejemplo, en una de las terrazas vecinas, y si es la del Bolero, servida por el camarero Ramos, mejor; y vuelva a mirar al mundo como si nada hubiera pasado. Así, siempre pensé que un hombre como yo, de vacaciones, y en rodajes como el de Copacabana, se podría follar dos o tres garotas diarias durante bastante tiempo y sin desfallecer.

Jueves 16 de marzo 1978. Hoy, último día entero de estancia en Río, voy al Consulado español a despedirme de mi queridísimo amigo Juan Nieto, uno de los muy pocos hombres cuya amistad me ha enaltecido; cuya presencia me redime de impurezas y cuya existencia, si volandera y fugacísimamente conocida por mí, ha dado siempre un máximo valor a los quilates de mi conciencia propia. Juan Nieto volvió a superarse: Activo, previsor, generoso, resolviendo los problemas del *aquí* y del *ahora* sin circunloquios ni ambages ni dilaciones ambiguas. Puedo decir para los más sensibilizados o suspicaces, que estar con hombres así es una gratificación que de sobra habría justificado el viaje a Brasil. Esto necesito dejarlo claro, aunque sólo fuese yo el único para quien lo que digo tuviera sentido alguno en la posteridad o cuando fuere.

No tengo reflejada en mis notas con detalle la secuencia de menesteres que llevé a cabo ese último día completo de estancia en Río. Además de la visita de despedida a Juan Nieto, sé que me enrolé en la excursión al Pan de Azúcar y Puente Río Niteroi, que me llevó toda la mañana. La ascensión en funicular al cerrete, que es como un tetón gracioso y montaraz que le hubiera crecido a la suave orografía en que Río se abufanda, pone su cuota de emoción expectante y abierta en quienes como yo nos sentimos erosionados, agredidos, cuando se nos despega de la tierra que pisamos. Como no podía ser de otra manera, lo que uno encuentra en la cima del Pan de Azúcar es un pequeño

cosmos de mercadeo para el turista. Lo normal es que algún espontáneo le haga cualquier señal a uno, le separe del grupo, y en un aparte, en tono confidencial, secreto, aprovechando la superficie de alguna piedra lisa o mesa libre de algún establecimiento típico de refrescos y bocadillos, allí, le desparrame un saquito de piedras de todo tipo, a las que él denomina *preciosas*, traídas de los yacimientos del Matto Grosso, de Minas Gerais, o de donde sea, y que para los legos no son sino eso: piedras, bonitas, eso sí, llenas de brillos coloreados, verdaderas concentraciones cromáticas, compactaduras apretadas de... lágrimas solidificadas, mezcla de soplo y agua, piedras, piedras..., pero eso, piedras tan sólo; piedras bonitas, piedras lindísimas, pero no preciosas: Ahí radica la clave de todo.

Desde allí nos llevaron al puente Niteroi, de 14 kms. de longitud. Parece que su construcción se cobró un número crecido de muertos por accidente laboral. Sospecho que en climas así la observancia de las reglas de seguridad es una ingenua entelequia. Llegó la tarde de mi último día en Río, de la que estaba siendo y sería mi primera visita de las muchas más por venir. Decido pasar la velada, o por lo menos la mayor parte de ella, en la terraza del Bolero, tomando todos los “choops” (cervezas) y postres de melón que hagan falta; mirando la playa, y dejando que las chicas revoloteen alrededor. Aquella tarde, bien lo recuerdo, acompañaba la mejor de las temperaturas y las glorietas y arriates de la Avda. Atlántica registraban uno de los más densos aforos de los días de mi estancia. Personajes típicos a los que siempre en posteriores viajes reconocería, se encontraban por allí vendiendo sus productos o sus habilidades: Por lo que se refiere concretamente a las sombrillas y veladores del Bolero..., el cantaor, la florista, los cacahueteros, etc. En aquella tarde percibí yo con toda la crudeza y la perplejidad que mi conciencia

podiera permitirse que el estilo de relaciones humanas imperantes en España durante tanto tiempo, había dejado unos diques de contención, unos valladares de pudor y de escrupulosidad que aun en temperamentos tan poco sospechosos como el mío, tan liberales y abiertos como el mío, significaban un distanciamiento de la realidad que allí mismo, entonces y allí mismo, en la terraza del Bolero, sólo como ejemplo, se estaban produciendo. El chispazo, la eclosión de aquel algoritmo de vivencias descansaba en el hecho de que a nosotros, europeos, españoles recién salidos de una férrea autocracia y recién echados a andar por el camino de una transición de corte más poroso en lo convivencial, no digo que mejor, pero más plural, menos monopolizado por el orden supuestamente espiritual de un nacionalcatolicismo en contubernio perpetuo de interés con el poder establecido..., a nosotros, se nos hacía sorprendente con largueza que las chicas allí, de un porte impecable, de factura tan femenina como la que más, de esmeradísimos chasis y de maneras conciliadoras y urbanas..., estuvieran disponibles al encuentro espontáneo, y posterior celebración de intimidad. Lo cual no dejaba de ser halagador. Pero me estoy adelantando y preciso es que el relato siga ciertas pautas de orden y de sazón.

Me senté en la terraza de “Bolero”, dispuesto a solazarme. Ya digo que hacía una temperatura regia, la correspondiente al punto medio de estación entre el verano alejándose y la aproximación siempre suave de lo que en Río se considera invierno. El camarero brasileiro, por lo menos los de aquellos establecimientos de la playa de Copacabana, no achucha ni instiga respecto de las consumiciones, que mantenían precios competitivos y razonables. También dije que la terraza rebosaba de gente. Me fijo de pronto en una mesa en la que se sientan dos chicas blancas, quiero decir muy claritas, una color de trigo algo

tostado, y la otra más rubilla. Tienen un increíble aspecto y en casos así, como antes apunté, uno siente el enorme lastre que la tradición de su propio país y de su propia cultura le han impuesto, y despliega unas pautas internas de comedimiento y cautela que, de una manera u otra, a través y a lo largo de un camino u otro, se concretan y se dan cita en algo así como la pregunta de... ¿estarán asequibles?, ¿y si se ofenden ante una insinuación que tomen por descortés o incivil? Pero ellas se levantan, desaparecen durante un rato, regresan, vuelven a sentarse... Ahora resulta que se han juntado a un grupo de cinco o seis mozalbetes que... ¡ah, sí!, hablan de Chile, que han venido de Chile, de vacaciones a Río, y bueno, ahí están. A mí todo eso me está consumiendo árboles enteros de neuronas; son miríadas de especulaciones que se asientan y se contradicen las que machacan y aligeran mi conciencia. Las dos chicas ahora me parecen más esplendorosas aún, más “normales”, más de como el más exigente de los varones hispánicos pudiera imaginarse a un par de chavalas jóvenes. Espléndidas. Absolutamente espléndidas. Iban vestidas de blanco; bueno, una de blanco, blanco y largo; la otra, de color de hueso. Y yo, bobo de mí, preso de miramientos y de ringorrangos procedimentales, con la cabeza y el corazón llenos de dudas y de vacilaciones. Pensaba que estaban ligadas por los mozalbetes chilenos, cuando, a medida que pasaban los segundos, en cuestión de pocos minutos, comenzaron a aclarárseme las cosas. Y la primera fue que llegué al pleno convencimiento de que aquellos chavales eran... chavales; nada más que mozalbetes. Me pareció percibir que medio en broma medio en serio se preguntaban quién pagaría las consumiciones. “Bueno -- me dije -- una bandada de colegiales que tienen lo justo para subsistir en sus días de vacaciones”. El caso es que mi tiempo de conciencia, los márgenes que

separaban la instancia incoativa mental del acto puro habían celebrado todo su recorrido y... “Oiga -- le dije a la señora renegrada, arrugada, vieja y con cara indiferente que vendía rosas por entre las mesas de los parroquianos -- oiga, mire, ¿ve Vd. a aquellas dos chicas de allí, sí, que estaban hace un momento con aquel grupo de chicos, y ahora se han mudado a la mesa vecina? Bueno, pues tenga la bondad de hacerles llegar una rosa roja a cada una. Aquí tiene Vd. el dinero”. Estoy en esta transacción de urgencia cuando llega una negrita preciosa, se sienta a mi lado, le coge otra rosa a la señora y me dice: “It’s for me; thank you”. Muy bien. Le pago a la señora la tercera rosa... y voy siguiendo con mi atención el pequeño camino de la vendedora hasta la mesa de mis dos amigas... Llega, les dice lo que sea, les hace entrega del cucurucho de papel plastificado con la rosa dentro, ejecutan las chicas una inspección a su alrededor para cerciorarse de donde pudiese venir el regalo, me detectan, se sonríen, me levanto, hago una inclinación... Bueno. Ya saben que existo, y que estoy apercebido igualmente de la existencia de ellas... que, por cierto ahora, con la rosa en la mano, se han desplazado a otro velador y se sientan con nuevos chicos. A todo esto, la negrita, que se presenta a mí y me dice llamarse Sonia, sigue aún allí, de pie. Me levanto, la aproximo la silla y la invito a sentarse conmigo un rato. La verdad es que es encantadora, francamente bonita y muy proporcionada. Me agradece que le acerque la silla con un gesto en el que se contienen todas las instancias del reconocimiento fervoroso, además del inevitable “obligada”. El cantante espontáneo de la terraza nos ameniza con unas cuantas melodías que le pido: “El reloj”, “La barca”, “Perfidia”... Pero, en fin, Sonia me gusta lo suficiente como para invitarla a subirse conmigo. Acepta complacida, y al ir abandonando la terraza y dirigiéndonos hacia el Copacabana Palace, por su entrada de la

piscina, me cruzo con una de las dos amigas, las de la rosa quiero decir, y con la mayor naturalidad se detiene junto a mí y me pregunta que si voy a volver al Bolero, o que si voy a estar simplemente por allí..., que a su amiga y a ella les gustaría charlar conmigo. Serían entonces sobre las 18:00, y quedamos para las 20:30 allí, en la misma terraza. En un cuaderno de notas tengo registrado lo siguiente: “Jueves 16: primero me acuesto con Sonia, la negrita que resulta ser sentimental. Luego me voy con Carla (estupenda) y con Jussa, también estupenda, que me montan toda clase de números y me consumen 3,500.- pts. de bar !! Sin embargo, ésta ha sido la “highlight” de mi estancia en Río”. Tal es la reseña de compendio que aparece en mi cuaderno para notas de urgencia.

Con Sonia la negrita, bien. La doy consejos sobre cómo cuidarse la dentadura y hasta la regalo un paquete de bicarbonato que había comprado esa misma mañana. Me quedaba casi una hora hasta mi próxima cita y decido darme una vuelta. Me había comentado Juan Nieto que en la ya citada plaza Bernardelli, en un club por nombre ‘Don Juan’, uno de los cuadros del show consiste en que dos chavalas se hacen el amor, o fingen que se lo hacen, a lametones de coño, delante del público. A mí personalmente ni me van ni me conmueven en especial ese tipo de demostraciones, pero en todo caso me acerqué por el ‘Don Juan’ donde, eso sí, a las chicas que se disponían a hacer de go-go girls, con muy buena pinta, las vi andar en cueros por el local. Pero son ya cerca de las 20:30 y regreso a la terraza del Bolero. No veo a mis niñas. Me temo lo peor. Un plantón en mi último día de estancia en Río, y con las altísimas expectativas que se han generado en mi conciencia, sería fatal. Por suerte, a las 20:40 hacen su aparición, una detrás de la otra, vestidas igual que antes; joviales, festivas. Procedemos a las presentaciones...

oficiales. Ellas son Carla y Jussa; y yo, pues Tomás. En la *nota* que antes transcribía, sacada de mi cuaderno, me adelanté al curso ordenado de las cosas, declarando que mi encuentro con estas dos *garotas* había sido mi highlight en Río. Lo reconfirmo ahora. Fue una locura: compacta por lo que tuvo de unidad de ejecutoria, entre nosotros tres; y dilatada, porque estuvimos en mi apartamento todo el tiempo que nos dio la gana, disfrutando de la más absoluta de las coberturas, con todas las comodidades del mundo. Fue uno de los mejores triángulos amorosos de toda mi vida. Me puse a atormentarme banalmente intentando resolver el acertijo de quién sería la primera y más aconsejable de follar. El recurso de picotearlas a las dos mediante taladros alternos, para depositar mi semen en una de ellas, me parece demasiado convencional, escasamente satisfactorio. Al principio creí que Jussa era la más atractiva; luego pensé que no; por fin me di cuenta de que la una sin la otra no eran nada. Me decido por Jussa, con las dos en la cama, pero descubro la fecunda modalidad de follar con Jussa, al tiempo que me entrego a Carla por medio de hondísimas y fragantísimas besadas, sorbiéndola. La nupcia se arranca a buen paso y llega a término. Nos trasladamos los tres al “sitting room” o “living”, sin dejar de jugar. Ahora la emprenden con la nevera-bar del apartamento y empiezan a descorchar botellitas de güisqui (whisky) a cien cruzeiros cada una [No se olvide: a cinco pesetas el cruzeiro, arriba o abajo] ¡Qué le vamos a hacer! Puesto que hemos quedado en que van a cobrar 800.- cruzeiros para las dos, es, con todo, y anticipándome una vez más, la velada que me está resultando más completa. Jugamos, jugamos. La exquisita particularidad de que dos muchachas sean lesbianas entre ellas -- según me parece entender -- y ferozmente sensibilizadas al sexo varón se da en estas chicas. Tanto para distraerme y enardecerme

a mí como para divertirse ellas, me hacen en exclusiva un numerito de coito mediante lamidas de coño [¿Ve el lector? No me hizo falta asistir al show del club ‘Don Juan’] mientras que las sobo más por cortesía que por otra cosa, puesto que lo que más necesito es un relax de por lo menos una hora. Pero eso son planes inviábiles. Carla se me destaca ahora como una criatura llena de primores y de rasgos tiernos: dice que tiene 19 años, y Jussa 22. Las dos me encuentran cariñoso y simpático. Mi lunar en el ápice de la nariz les hace mucha gracia. Sé que no me va a salir un segundo polvo, y sin embargo me retiro al dormitorio con Carla, mientras Jussa se tumba indolente y adormilada en el chesterfield del sitting...

¡Cuánto, cuantísimo disfruté la total entrega de Carla! Estuve enguilado con ella por encima, por debajo, por detrás, más de treinta minutos, hasta que nuestra piel entera chorreaba sudor y complacencia. No me corrí, no. Pero la hice gozar, sobre todo tirándomela por detrás, pues al parecer así el falo la horadaba áreas un tanto descartadas en las posturas más convencionales. Me gozó, me gozó mucho diciéndome “tesoro”, “amor”, “gostooso” y mil ternezas más.

Tanto a ellas como antes a Sonia, la negrita, las regalé las chucherías y obsequios que me quedaban del Concorde: agua de colonia empaquetada, loción concentrada, una baraja de un juego raro a base de nombres de ciudades y letras. Todas las chicas, y por supuesto Carla y Jussa, por muy profesionales de la calle que puedan parecer, tienen rasgos acertados y magníficos de ternura, compostura y feminidad. A todas les gustaba, casi les emocionaba, que las acompañase hasta la salida del hotel, a la calle, después de haber estado conmigo. Con Carla me ocurrió todavía más, y es que al abandonar el apartamento nada más acceder al pasillo, no bien cerrada la puerta, y por motivos que

yo insisto en llamar emocionales, espiritualmente enardecientes, como por ejemplo acercarme a ella y limitarla con mi vientre alguna parte de su cuerpo, aderezarla el pelo, diseñar un esbozo de caricia por su mejilla..., que por algo así se me volviera a poner tiesa. Las fascinó comprobar que seguía emocionado, excitado, aun después de haberme pegado aquel hartazgo de follar con ellas.

Me despedí de Jussa y Carla y me quedé solo, paseando en aquél que sería mi último rato de noche del día postrero de estancia en Río de Janeiro, a lo largo de la Avda. Atlántica, flanqueada por el mar y por la línea combada de los edificios nobles y cordiales de la playa de Copacabana. Pensaba en el esfuerzo de la independencia y de la autonomía al viajar solo. Copacabana es sensacional [en otro estilo al de Moscú, claro, pero equiparable en resultado] para el paseo de noche; para el abordaje de *garotas* (chavalas). Que yo sepa, sólo se cuenta con tres tipos de situaciones para entrar en contacto con una chica: la calle; el establecimiento que sea (bar, cafetería, boite, discoteca, etc.); y el piso. De los tres, es el primero sin ninguna duda el más recomendable en Copacabana: andar tranquilamente por las calles paralelas a la playa, o por la calle que da a la misma playa, e iniciar el abordaje sin más. Y no digamos las sentadas en las terrazas: eso es con mucho, con mucho, lo mejor. Así, mi visita al piso de las niñas de la calle Gustavo Sampaio, aunque un desacierto logístico, me sirvió ya como referencia perenne, inequívoca, respecto de realidades preferibles, mucho mejores, mucho más deseables cuales eran las de la caza al aire libre, al dejarse ver, sin más, anunciando con la actitud, con el rostro, con todo el ámbito de cobertura que le tocase a uno por frontera, la disponibilidad de buena fe, la propensión a la aventura, la entrada al trapo que la garota de turno nos tendiese. Hago un

listado mental de las chavalas con las que he compartido intimidad, y con cada una celebro un misterio de agradecimiento y simpatía recordables: Sonia, Ivette, Jossie, Sandra, Tania, Ana María, la segunda Sonia, Jussa, Carla... Pero más allá de los recuentos concretos se impone una consideración general, a modo de palió sobre mi corazón y sobre mi conciencia.

Siempre pensaré que mi visita inicial a las Américas hispanas, Iberoamérica, se produjo en el tramo de madurez de mi existencia, rebasados ya con cierta holgura los cuarenta años. De haber comenzado antes la cala en un trasunto tan gigantesco de vivencias y de tan iniciáticas realidades, acaso me hubiera encontrado inmerso en un estilo de vida distinto al que me ha tocado vivir. No lo siento. Ni lo aplaudo. Simplemente lo consigno. Brasil significó una dimensión necesaria, deslumbrantemente inédita. La manera, el modo de sus gentes se transformaba en estilo. Las mujeres transportaban en la arquitectura de sus templos el algoritmo mágico que hacía de la realidad somática algo transcendido de neuma; y a éste, al vaho espiritual o psíquico que animara cada uno de los nombres de sus portadoras, tan sólo la almendra oculta, el licor secreto recubierto de la carnosidad cromática desde el rubio al endrino, pasando por todas las tonalidades de tonos trigueños, cafetoides, castaños, marroncitos preciosos. Brasil desde entonces pasó a ser materia olorosa en el espectro de mis percepciones. El salitre de la playa de Copacabana, la carne de papaya de las mozas, el aroma despedido desde su pigmentación, la persuasiva actitud de ofertorio de sus sonrisas, rasgaron el biombo de mis horizontes y me permitieron vislumbrar escenarios desconocidos, dolorosamente ignorados. Aquella primera visita de marzo de 1978 sería la inicial de una secuencia de siete en total que verifiqué entre esa cota de arranque de 1978 ya dicha y 1990. De

todo se dará cuenta en su momento oportuno, porque la presente viñeta sólo tiene voluntad de cubrir los países que sirvieron de punto de partida y término de mi vuelo en Concorde.

En España ya, recibo de Air France la siguiente carta:

AIR FRANCE
DIRECCIÓN GENERAL EN ESPAÑA

TORRE DE MADRID - MADRID 13 - TELÉFONO 247.20.00
(CENTRALITA) -DIRECCIÓN TELEGRÁFICA AIRFRANS
MADRID

MAD.PS 21 240 LGM/MP

Madrid, 28 Marzo 1978

Sr. Don Tomás RAMOS OREA
Hotel Casablanca
Calle Frailes, 3
GRANADA

Distinguido amigo:

Nuestra Dirección General en París me envía su Certificado nominal del paso de la barrera del sonido, que tengo mucho gusto en adjuntar a esta carta.

Mucho deseo que su vuelo en el Concorde haya merecido su entera aprobación, y le agradezco la atención que dedica a las líneas de nuestra Compañía. Nuestros supersónicos "CONCORDE" vuelan de París a RIO, CARACAS,

WASHINGTON y NEW YORK. Esperamos que estas rutas se complementen con nuevos destinos de nuestra red mundial.

Estamos a su entera disposición para ayudarle en la preparación y ejecución de sus próximos viajes.

Disponga incondicionalmente de nuestros servicios y de su s.s.,

EL DIRECTOR GENERAL EN ESPAÑA

Y. AUDOLI

junto a una llamativa y elegante cartulina de tono azul y blanco con el logotipo de Air France y la reproducción de un ... como pájaro de contornos disueltos, desleídos, dentro de un dintorno de ámbito adivinado, por la rotundidad aerodinámica, violenta y gloriosamente captada. El texto dice: “Tenemos el placer de certificar que el Sr. D. Tomás Ramos Orea ha traspasado la barrera del sonido el 12 de marzo 1978 AF-085 a bordo del Concorde. El Presidente”. Probablemente fuese en algún momento del verano de ese mismo 1978, y después de regresar de Berlín y Moscú en todo caso, cuando me pasé por las Oficinas Centrales o Dirección General de Air France en Madrid, sitas en La Torre de la Plaza de España. Allí me recibió el Sr. D. Luis González de Mendoza, Director de Promoción en España, como reza la tarjeta que amablemente me entregó, junto con un bolígrafo reproduciendo en su forma una réplica del avión supersónico.

Delia: Buenos Aires (Argentina), 1978

Mi viaje a Buenos Aires tuvo lugar a inmediata continuación de mi salida de Río de Janeiro el día 17 de marzo de 1978. Tanto por la propia entidad de los contenidos que pretendo dejar aquí reflejados, como por las características irrepetibles de mi excursión a Río, considérese que uno y otro capítulo van convenientemente aparte formando unidades independientes. La conciencia del lector puede seguir fácilmente el nexos temporal a través del puente de las fechas. Para esta visita mía a Argentina me es imprescindible echar mano de un pequeño sistema de referencias informativas sobre mi familia, concretamente mi padre. La naturaleza excepcional de estos datos espero que haga resaltar aún más si cabe la particularidad más insoslayable de mi narración, a saber: la concentración monográfica en mi persona prácticamente de todas las ocurrencias advenidas con las que me ocupó.

Para todos los efectos yo siempre me he considerado hijo único varón [tengo una sola hermana]. Nuestro padre fue también hijo único varón con los matices que siguen. Referirme a estas cuestiones me acarrea algún que otro esfuerzo de atención fijativa ya que pocos asuntos en la historia total de mi experiencia me han inspirado menos interés. Si acaso que, en clave de ludismo chocarrero, y mientras me miraba a la región de mis partes pudendas, haber asegurado que “en mi mano” estaba lo de que el apellido Ramos se continuase o no. No obstante, ya de mozo y sin haber mediado por lo que a mí respecta, y como digo, ninguna iniciativa de curiosidad, supe que mi abuelo paterno en primeras nupcias había tenido a mi padre como hijo único; y que en segundas nupcias había tenido... a otro hijo varón, único asimismo de dicho matrimonio; y en fin, que este

hijo único, hermanastro de mi padre, había tenido..., seguía teniendo también a un solo hijo varón, que vivía en Argentina y que sería posiblemente unos cuantos años más joven que yo. Parece que mi padre, por una secuencia de acontecimientos que siguen cayendo en mi total desinterés, no llegó a convivir más que muy someramente con sus progenitores; y que nunca, obsérvese bien esto, nunca conoció a su hermanastro. Tal es el planteamiento o escenario, absolutamente inusual si comparado con el del cuerpo mayoritario de mis escritos, pero desde el que, en todo caso, nos es preciso partir si queremos entender el devenir de este capítulo de mis Memorias.

Mi padre murió relativamente..., bueno, francamente joven, a los 62 años en 1967, cuando yo tenía 31 y me hallaba en la cresta de la ola en lo tocante a disponibilidades viajeras y operativas, ya que el sistema universitario canadiense [yo profesaba entonces en la Queen's de Kingston, Ontario] propiciaba de hecho una concentración de las actividades obligatorias de docencia en las 13 semanas finales de cada año natural -- mediados de septiembre a mediados de diciembre -- y en los otros tres meses y medio del nuevo y siguiente -- comienzos de enero a mediados de abril. Exceptuadas esas fechas de inexcusable presencia, el resto del tiempo académico se justificaba con menesteres de investigación que cada cual podía desempeñar como mejor creyera conveniente. En mi caso, regresaba a Europa, llevaba a cabo la adquisición de libros para las bibliotecas de nuestra Universidad, en lo concerniente a nuestro Departamento, y procedía a la vez al propio remozamiento y recarga de baterías, en sentido amplio y humanístico.

Debió de ser por 1965 o así. No tengo ahora forma humana de puntualizar las fechas; sólo que fueron... dos, todo lo más tres años antes de que mi padre muriese. Un día de verano, para sorpresa de todos nosotros, resulta que se presenta en nuestra casa del número 13 de la calle de Santiago de Alcalá de Henares un matrimonio argentino por el que recibimos noticias concretas y fehacientes del hermanastro de mi padre y tíastró (si la palabreja no es del todo disonante), por nombre Nicolás, que vive en Argentina y que al cabo de los años y por esas cosas que pasan, así, sin más intentos académicos de razonar la realidad..., se ha sentido espoleado por la curiosidad, por la llamada de la sangre... y se ha propuesto enterarse de si su hermanastro Tomás Ramos Martínez -- o sea, mi padre --, vive. ¿Que si vive? Pues claro que vivía mi padre; vivíamos todos, y con una carga medio de incredulidad, medio de desconfianza esperanzada y abierta recibimos a aquella pareja y a sus noticias. Las cosas se sucedieron en el típico y esperado remolino de apresuramientos. En el espacio de pocos meses mi padre y mi tío Nicolás parece... [luego, y como parte de esta viñeta, el lector podrá comprobar lo acertado de mis conjeturas] que se intercambiaron información, retratos y todo ese tipo de señales con las que desde la cortesía y desde la perplejidad estrenada, querían aprovechar todo el tiempo por venir que les fuera posible, ya que lo perdido era de todo punto irrecuperable.

Huelga decir que a mí la reaparición del personaje de mi tío, al menos en su virtualidad más hacedera, me pareció un formidable golpe de suerte que ponía a la máxima presión las calderas de mis ansias de aventura y de viaje.

Mapa en mano y abundancia de fechas en cualesquiera que fuesen las modalidades del cálculo, comencé a diseñar un ambicioso recorrido, frondoso de destinos, que nos hubiera

llevado a mi padre y a mí, descontando Argentina como primero y principal cometido, a tantos puntos de las Américas hispanas como fuerzas hubiésemos querido emplear. Pero por mucho amor y mucho enfervorecimiento que prestemos a los seres queridos, no podemos negarnos, no podemos cerrar los ojos al declive que acaece a ciertos temperamentos. Fuese acaso porque mi padre entró en la discutible dinámica de creerse insustituible; fuese porque..., bueno, eso, era insustituible; fuese porque le sobrevino con celeridad pavorosa el origen de su muerte, es inútil especular con causas posibles, con culpabilidades remotas, y el caso es que aquel viaje no sólo no se realizó cuando mis entusiasmos estaban pertrechados de las mejores disponibilidades de tiempo y de dinero [cosa esta última, bien hay que decirlo, la menos determinante de todas], sino que mi padre moría en 1967, y todo lo relativo al viaje con él quedaba convertido en reliquia del pasado y para el recuerdo y el comentario.

Yo llegué a ver una carta que mi tío Nicolás nos envió y que, -- muerto mi padre -- guardó mi madre por el tiempo que fuere. Los términos en que se condolía sonaban a sinceros y de buena ley. Todos los planes de encontrarse y conocerse los hermanastros de padre se habían venido abajo por la inexorabilidad de las circunstancias. Lo que sí que tengo, y aquí delante precisamente, es una foto de mi tío Nicolás, en blanco y negro, tamaño carnet, de 4'5 x 4'5 cms. A mí se me antoja un hombre bien parecido, robusto. Luce bigote; carencia acusada de pelo sin llegar a la calvicie; unos 55 años. En el reverso reza la siguiente leyenda: "Para Tomás, con el cariño de tu hermano Nicolás. 19/12/1967". Tuvo necesariamente que enterarse de la muerte de mi padre y escribir acusando recibo de tan negativa noticia. A todo esto, pasados unos cuantos años más, digamos

cuatro o cinco, a mediados de los setenta, e ignoro por qué conducto si bien infiero que por los señores que en primer término nos visitaron en Alcalá de Henares y nos trajeron nuevas de... los Ramos de Argentina..., sí, pasados unos cuantos años y por los medios que fuesen, nos enteramos de la muerte de mi tío Nicolás, viudo desde hacía tiempo, por si no lo había dicho antes. Salvo aquella noticia, los únicos datos con que contábamos eran una dirección perteneciente ahora a ... Jorge Ramos, único hijo de mi tío Nicolás y único primo y pariente mío... directo, si así se puede decir, sobre la tierra [Mi madre sí que fue hija única absoluta].

Cuando el avión procedente de Río aterrizó en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires aquel 17 de marzo de 1978, viernes, la impresión que inundó todos los resortes de mi conciencia fue más bien de moderado desencanto. Aquel sitio me pareció destartalado, deslustrado, enconado todo el panorama aún más si cabe por la situación de obras de supuesta mejora que con motivo de los Mundiales de fútbol se estaban acometiendo en lugar tan ineluctablemente a la vista como el aeropuerto principal del país. Me fijo en que el modelo de coche más moderno que anda por allí es el Ford Falcon americano, de casi veinte años atrás. Me subo a uno de estos automóviles y el taxista resulta ser un joven dicharachero y comunicativo. Albergo serias dudas sobre si concederle el margen de confianza preceptivo en estos casos, y sugerirle que me sirva de cicerone, si no privativamente en exclusiva, por lo menos que se avenga a ser mi transporte, en principio y primordialmente durante los días que vaya a estar yo en Buenos Aires. Me lleva al Hotel Columbia en la Avda. Corrientes: se queda enterado de mi número de habitación y me hace saber su teléfono, y que en caso de no estar él, que deje el recado con su mujer. Así lo

acordamos. Parece algo parlanchín y desenfadado en demasía este taxista, bueno, rozando la cara dura, pero no quiero que mi entrada en Buenos Aires quede desvirtuada por recelos de pusilanimidad de los que más tarde me tuviese que arrepentir. El Hotel Columbia, a unos 500 ó 600 metros de la explanada, o boulevard o plaza (todo junto) del Obelisco o Avda. 9 de julio, es un tres estrellas tan sólo regular. Una de las camareras, la que me conduce a mi habitación, es una mujer gallega, y me dice llevar allí no sé cuantos años. Tomo nota de todo. La Avda. Corrientes me he fijado que está toda descascarillada, llena de baches y desconchones por las aceras, de ese tipo que pregona haberse producido hace mucho tiempo y no haber experimentado reparación alguna. De momento la carrera en taxi desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad me ha costado el equivalente a 1,400. Pts. Me abstengo de hablar en pesos porque verá pronto el lector la galopante escalada inflacionista que aquejaba a la economía argentina. En cuanto a precios y su proporción con la calidad de los productos, mis únicas referencias eran en este momento Rafa Tena y Pepi del Amo que habían estado hacía sólo unos pocos años y se fueron cargados a Alcalá con adquisiciones de cuero, ropa, etc., a un precio muy asequible y tentador. Parece que todo eso es cosa de la prehistoria. En lo poco -- o mucho, según se considere -- que me estoy dando prisa por mirar se me está poniendo de manifiesto que aquí la espiral de los precios hace que pocas cosas resulten ya baratas.

Ese primer día me voy a dar una vuelta por la calle Corrientes y a diseñar el esquema para las siguientes jornadas. Me hago la cuenta de que tengo que hacer por ver, sin falta, a tres personas, o grupos de personas: en primer lugar, a mi primo Jorge; luego, a Jorge Héctor Paladini, el amigo de La Plata con el

que a través de la hermandad de comunicación poética que supusieron *Llanura* y *Aldonza*, me he venido carteardo e intercambiando libros todos estos años atrás; y por último, a Héctor Germán Delfino, mi amigo del Goethe Institut en Passau, de quien también conservo una dirección y un teléfono. Pero tiempo al tiempo. Aquel 17 de marzo, viernes, día de mi llegada a Buenos Aires, quiero dar tan sólo una vuelta y orientarme..., lo normal en estos casos. Salgo y constato el abandono que impera prácticamente en todo. Los edificios, deslustrados y faltos de mantenimiento. Los coches, ya lo dije, del año de maricastaña. Como por abrumadora unanimidad impera el Ford Falcon como modelo más de última hora. Los otros, cacharros europeos antiquísimos y en estado de conservación regular. Se ve que esta gente han estado demasiado ocupados con sus problemas de guerra civil -- o sea, montoneros peronistas y gente de mal vivir, exaltados, contra la autocracia militar actualmente en el poder, etc. -- como para dedicar tiempo a obras públicas. El tipo de hoyos por aceras y calzadas patentiza su existencia durante largo tiempo: los bordes han adquirido el redondeamiento resignado y sucio de la pura dejadez, del abandono más indigente. Lo poco (o mucho) que pude captar de Buenos Aires en aquel primer día me colmó de una evidencia que perduraría ya para siempre: y es que comparaba a aquella gran ciudad con un... digamos, gigantesco Puente de Vallecas madrileño que se extendiese desde su actual emplazamiento hasta Guadalajara; o sea, 50 kilómetros de edificaciones viejas, descuidadas, descoloridas. Precisamente por aquellos años habíamos visto en España proyectada la película "La Raulito" protagonizada por Marylina Ross. Nada me pudo entonces ilustrar tanto como aquella adecuación entre lo que, a efectos del guión cinematográfico de turno y finalismo artístico perseguido se plasmaba en dicha

película, y lo que mis ojos vieron, que no era otra cosa sino la plena y absoluta constatación de que Buenos Aires era comparable a un “Puente de Vallecas” madrileño que llegase hasta Guadalajara. La Avda. Corrientes parece tener público a todas horas. Está situada en la zona noble de Buenos Aires que se organiza en manzanas o “cuadras” como dicen ellos, tiradas con regla y cartabón. Abundan las librerías de viejo, “de lector”, magníficas: en días sucesivos pude comprobar la ingente labor que editoras como Losada, Sur, etc. habían desarrollado respecto de ciertas literaturas extranjeras, especialmente la francesa. Los libros estaban en cajones grandes, para que los interesados pudieran revolver a su gusto; y estos establecimientos de libros de segunda mano se hallaban abiertos creo que las 24 horas del día. Ese aspecto fabuloso de la cultura argentina me impactó sobremanera y lo consideré entonces y lo sigo considerando la aportación más sobresaliente con la que un español, yo por ejemplo, con rodaje e inclinaciones librescas y curiosas en el mundo de la bibliografía, pueda encontrarse. No podemos olvidar que Argentina, junto con Méjico, fue la gran proveedora de libros..., libros sin más apellidos ni filiaciones, libros de todas clases, cuando después de la guerra civil de España se censuraba prácticamente todo lo que no viniera adobado en el nacionalcatolicismo vencedor en la contienda. Sí, definitivamente aquellas tiendas de libros de ocasión, abiertas al público todo el día y toda la noche, por lo menos las que yo vi en la Avda. Corrientes, fijaron en mi conciencia, y por arriba, la cota de valores rescatables de la realidad argentina de 1978.

Seguí paseando aquella primera tarde, ya casi noche, del día de mi llegada. Bajé hasta la Avda. 9 de julio y regresé Corrientes arriba por la mano contraria. Allí, más o menos enfrente del Hotel Columbia entré a cenar en un restaurante que

se anunciaba como sitio de especialidades en carne, y con el propósito de comerme un succulento churrasco. Tengo que decir que sufrí una marcada decepción: No es que la carne no estuviera buena, no; aunque tampoco se trataba de nada del otro mundo. Era simplemente que al precio de lo que uno se hubiera comido y bebido se le añadían toda suerte de “laudos”, convenios, porcientos de servicio y mesa, impuestos de la denominación más variopinta y zandunguera que yo jamás imaginase, con el resultado de que se duplicaba exactamente la cantidad a pagar por el plato o producto elegido según menú. Sin duda consistía en una política de parcheo y de hacer frente a la inflación, evitando lo más posible tocar los precios *base* de las vituallas. Una chapuza y un fraude. En resumidas cuentas: Un solomillo de res en Argentina, meca mundial de la carne de vacuno, salía más o menos igual que en España. Me di por satisfecho con todo lo que había visto y experimentado aquel día, y me fui a la cama.

Sábado 18 de marzo 1978. Había que ponerse a funcionar, y rápido. Tenía pendientes los contactos personales y reseñados. El de Héctor Germán Delfino podía esperar, pero el de mi primo Jorge, sobre todo, y el de Paladini los consideraba yo como de prioridad primerísima. Con tan sólo la dirección de mi primo como dato informativo, pregunto en el hotel y me dicen que lo mejor es hacer las indagaciones telefónicas desde una Central, la que justamente se halla en la calle que continúa la Avda. Corrientes una vez atravesada la 9 de julio, hacia abajo, hacia la Avda. L.N. Alem, cerca ya del estuario del Río de la Plata. Me voy fijando en que Buenos Aires es paletillo: los hombres piropean a estilo albañil a las chicas por la calle. 1978 marcaba ya el tercer año de la así llamada transición española, y no era cosa de blasonar de formas totalmente aperturizadas, ni mucho

menos. Pero al contacto con aquellos semblantes, con aquellas expresiones “porteñas”, España podía considerarse sin exageración como una potencia de progreso y modernidad en lo que a usos y costumbres se refiere. La impresión que me causaban los tipos por la calle, su vestimenta, sus gestos, el aire que formalizaban sus ademanes, la kinesia de sus personas, todo ello patentizan a una buena parte de la población bonaerense como una masa de horteras. En los días restantes de estancia tendría tiempo de percatarme más y más: el argentino, en general, es vago: todo el mundo aquí, por lo menos en Buenos Aires, persigue un puestecillo, un empleílllo, de lo que sea: de chupatintas, portero, recadero, corresponsal, vendedor, mancebo, dependiente, representante, etc. De los 33 millones en que más o menos se cifra la población de este país, una tercera parte, o sea, once millones, residen en el Gran Buenos Aires que, como dije, quitando la zona central bien organizada urbanísticamente, lo demás son suburbios inmensos, depauperados. Aquí no parece querer trabajar nadie. Repito: un tercio de la población total del país reside en Buenos Aires. Al campo que lo den por culo!

En mi recorrido hacia la central telefónica seguía constatando que cuando un bache se abría o se producía, cuando una zanja se abría o se producía, ya no se vuelve a cerrar. Los kioskos me voy dando cuenta de que están llenos de revistería rosa, tipo Corín Tellado, muy como de los años cincuenta en España. Tenga en cuenta el lector que 1978 sigue siendo uno de los momentos más representativos en lo que a “destape” y carne a la vista se refiere, conforme a la permisividad instrumentada por el consenso social de “la transición”. Por todo ello, aquellos productos que los rotativos ofrecían en los lugares públicos de venta en Buenos Aires me hacían sonreír y añadían un nuevo dato más a la hortera de costumbres que presidía la vida de los

argentinos. Me vuelvo a fijar, hasta el hartazgo, en que el coche más usado es el Ford Falcon, modelo americano, probablemente ensamblado en el país. Eso da idea de la vejez de las cosas. Pero, en fin, ya he llegado a la central telefónica. Pido una guía del Distrito Federal de Buenos Aires y al comprobar que se trata del año 1974, la devuelvo con una sonrisa y hasta excusándome por haber detectado el error y tener que molestarles de nuevo...

-- No, no, señor. Ella es la última publicada hasta el momento -- me dicen, con la fuerte y raspadora palatalización de la *elle*. Sin comentarios. Dejo que el lector juzgue. Tomo la guía, qué remedio, y me pongo a buscar ... Ramos..., no sé cuántos ... Ramos, ... no sé qué... Ramos, J. Oribe 129. Sí, ésta es, coincide. Anoto el teléfono y llamo...

-- Hola... -- Era una voz de mujer, agradable y urbana, comedida, de timbre grato. Imposible reproducirlo ahora. Explico como mejor puedo quien soy: mi nombre; que acabo de... prácticamente llegar de España, y que... -- Ahora es cuando se produce el más acabado de los silencios al otro extremo de la comunicación...

-- Un momento, señor -- me dice por toda explicación -- A los pocos segundos se pone el que infiero que debe ser mi primo. No recuerdo si medió entre nosotros alguna otra instancia explicativa, además de lo que ya habíamos intercambiado la voz de mujer y yo. Creo que dimos por sentado sin duda alguna que cada cual era quien era y que toda glosa o detalle sobre tal cuestión era ociosa. Quedamos en que al día siguiente, domingo, iría yo a verles, a la dirección que yo tenía y que seguía siendo buena. Jorge me matizó algunos pormenores: coger el tren en tal sitio, llegar a tal estación, fijarme en tal y tal punto como referencia, etc. De acuerdo. A eso de las 17:00, con flexibilidad, dada mi condición de desconocedor de las distancias y de las

contingencias..., sí, a eso de las 17:00 haría todo lo posible por encontrarme con... quien fuera; allí, en la dirección especificada ahora al máximo. Cuando solté el teléfono percibí que mi alma había perforado ámbitos vivenciales desconocidos. La suerte estaba echada. Se trataba de ponerme en contacto nada menos que con la única criatura en la tierra, varón para más señas, con quien compartía linfa, radiantes o nebulosas complicidades genéticas. A continuación, y no sin concederme un rato de reajuste mental, llamo a Paladini, a La Plata, prácticamente un barrio de Buenos Aires, a unos 40 kms. del centro. No está. Pero hablo con alguien y le recalco quien soy; que voy a quedarme unos cuantos días más, que me hospedo en el Columbia, y que don Jorge Héctor... no deje de contactar conmigo.

Curioso personaje éste. Casi desde el nacimiento de *Llanura*, la primera de las dos revistas alcalaínas de poesía, y sin ahora poder precisar los modos ni las maneras, yo me había estado carteaando con este hombre, quien, con una diligencia y una regularidad generosísimas me enviaba libro tras libro de su biblioteca surtida de ese tipo de publicaciones baratísimas y no por ello menos meritorias de las grandes editoriales Sur, Losada, Emecé, etc... que llenaban a rebosar las librerías de ocasión, de segunda mano, ya mencionadas. Paladini me había estado abrumando con constantes atenciones, en el dicho sentido de mandarme cosas, libros -- que yo a veces ya tenía o que, por supuesto conocía, pero que en todo caso ilustraban el grado de potencia cultural que Argentina había representado, o al menos administrado, con simultaneidad a la peor época de censura en España. Tan sólo muy de vez en cuando lograba yo enviarle, por vía de reciprocidad, alguna de sus peticiones. Era como si el hombre, siendo el generador y el ejecutor del 90% del tráfigo de obsequios se sintiera honrado y enaltecido por el hecho de

comunicarse con alguien como yo que a sus ojos tenía por fuerza que encarnar una serie de capacidades y de potencialidades de las que él parecía distar enormemente. Ahora, al cabo de más de quince años de carteo, y de papeleo va y papeleo viene, sentía yo que la forma de corresponder era encontrándome con él. No podía hacer más. Hubiera sido a todas luces un desacato mendaz esgrimir que mi presencia en Buenos Aires tenía su más acuciante motivación en mi deseo de conocer a Paladini. Claro que no se me hubiera ocurrido semejante valoración. Pero no era menos cierto que una vez en Argentina hubiera incurrido en cualquier tipo de gestión, gasto y menester con el fin de encontrarme con mi hombre. Si conseguí hablar con él por teléfono, o fue él quien dejó el recado en el hotel, no puedo precisarlo ahora. Lo que sí aseguro con toda la fehcencia que conforme a parámetros humanos a uno le es dable disponer, es que quedamos en que Paladini se encontraría conmigo también al día siguiente, domingo, ya sabemos, a eso de las 13:30 en mi hotel. Perfecto. Así tendríamos tiempo de comer juntos y acompañarnos por espacio de más de dos horas hasta el momento en que yo tomara el tren para trasladarme a la dirección de mi primo. Estupendo. Así quedamos.

En el Hotel Columbia se hospedaba un argentino parlanchín exageradamente. Al saber que yo era español, el hombre se desvivió por atraerme a algunos de sus gustos y de sus inclinaciones. Estaba obsesionado con la comida “macrobiótica” que según él era la mejor del mundo; y a mí, nada más comenzar a escuchar su supuesta constitución, a base de verde, plantas, y cosas así al por mayor, a poco estuvo en que me entraran arcadas. Otra de sus recomendaciones, ésta en plan todavía más ferviente, más apasionada, era que yo debería visitar San Carlos

de Bariloche. Como si no hubiera visto yo en mi vida estaciones de esquí y paisajes nevados o equivalentes, ¡el muy macarra!

Ya por la tarde, después de comer, llamo al taxista del día anterior. ¿Qué puedo perder? -- me digo. Por lo menos es simpático; algo caradura, eso sí, pero me temo que no hay mucho de donde elegir. ¿Cómo demonios se llama? No lo dejé registrado y no hay forma de que me acuerde. En cualquier caso importa poco. El cincuenta por ciento de los nombres de varones argentinos se reparten entre Raúl, Héctor, y Óscar. La fantasmagoría jactanciosa de este pueblo ha hecho que sus sueños de merecer ser considerados como los clásicos, los próceres de América del Sur, les hayan llevado a elegir con pueril y empalagosa insistencia tales nombres sonoros, de héroes troyanos, de prosapia culturalista de la Europa clásica. Y si no, fíjese el lector: mi amigo del Goethe, Héctor Germán; Paladini, Jorge Héctor; mi primo, y que yo supiera, Jorge tan sólo. Sin embargo, pongámosle Carlos al taxista, porque quiero perforar ahora en la memoria y creo que tal era su nombre.

Nos encontramos y le planteo el asunto de quererme follar a alguien que él conozca; quiero decir, de su confianza. Recuerde el lector: necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad, toda. No era cosa de estar en Argentina y no echar una firma, por eso de la ética y de la estética. Carlos debió de ver el cielo abierto, porque me presentó el asunto como si se tratara de alta estrategia. Reparen Vds: para empezar, la subida de una moza a la habitación de un hotel era algo permitido... con salvedades. En mi caso porque desde el primer momento supieron de mi condición pacífica y cívica; y eso, en una tierra de paleticos les imponía cierto deferente respeto. Quedamos en que me llama a una conocida suya y así lo hace. Llega Alejandra, ni guapa ni fea; simpática; robusta, eso sí que lo recuerdo, con ropa interior

equivalente a la de las españolas de los años cuarenta... Charlando, charlando, me informa de que los 70.- \$ USA en que hemos estipulado la fiesta se van a repartir por igual entre ella y Carlos. Ya me parecía a mí! Bueno, como digo, la echo un polvo sin grandes pretensiones, por cubrir el expediente, y doy por terminado el tema. El resto de la velada, dando alguna vuelta por el centro de Buenos Aires una hora y media más, lo paso con Carlos que, como liberalidad estudiada, me lo considera incluido en el precio de toda su gestión.

La mayoría de los grandes edificios parecen esforzarse por recrear un tipo de clasicismo francés; pero como se caen a pedazos, de viejos y de falta de conservación, pues resulta que deslucen. La Casa Rosada o Casa del Gobierno es justamente eso: un mazacote pintado de rosa... donde por aquel entonces el triunvirato de coroneles manejaba las riendas del país. Por cierto que ya no recuerdo cuándo, ni con ocasión de qué, pero es el caso que en una de las contadas veces en que pude ver el rostro del Sr. Videla en T.V., a preguntas del entrevistador de turno, se refirió a que en cuestiones de guerra civil se trata, o bien de sobrevivir a costa de los otros; o bien que los otros sobrevivan a costa de que a uno lo hagan papilla; que les había tocado ganar a ellos, y que eso era todo lo que se podía decir. La simpatía que un personaje así, y cualquier otro de parecida laya y menesteres, despierta en mi alma, está por debajo de cero. Ahora bien, aquella declaración estaba envuelta en incontestable sentido común. No se me olvida el rostro de pajarraco triangular, pomuloso y chupado del tal Videla. Carlos, el taxista, para redondear los 70 \$USA, me dio una vueltecita por el Teatro Colón. Recuerdo haber oído decir a mis paisanos los alcaláinos que allí en aquel teatro solía actuar Angelito Vilches, el que antecedió en edad a su hermano José Mari, y por lo tanto cuatro

o cinco años mayor que yo. Ambos, hermanos de Lourdes, una de las bellezas oficialmente establecidas de los tiempos de la post-guerra. Me despedí del taxista con el propósito interior de no servirme de él, si acaso, hasta el momento en que me llevara al aeropuerto. Di por concluido mi segundo día en Argentina.

19 de marzo, domingo. Supongo que por la mañana me llegaría a una cualquiera de las librerías “de lector” de la Avda. Corrientes. En efecto, ésa me pareció la característica más sobresaliente de Buenos Aires. La propia decrepitud de sus locales, de los inmuebles en que se alojan, guardan una perfecta correlación con el aspecto exterior del producto ofertado. Recuerdo, ya lo dije, mesas y tableros enteros, inmensos, llenos de cajones y éstos llenos de libros. Un primer ojeo me permitió captar que toda la literatura francesa está allí, original y traducida. Sabido es que Argentina siempre miró a Francia como la meca de todas sus aspiraciones en el mundo del arte y de la cultura. Eran las horas bajas de España, la época de guerra y post guerra, y el argentino pensó que con su neutralidad en todos los conflictos mundiales; sus más de dos millones y medio de kms. cuadrados de país, y sus inagotables recursos, podía prescindir de la “Madre Patria” y adoptar a Francia como madrastra. Y así, los años treinta y cuarenta presenciaron un “boom” prodigioso en lo tocante a la labor de sus casas editoras. Los españoles teníamos que agenciarnos “de extranjis” copiosas producciones argentinas. Losada, entre otras muchas, y por todas, constituía un emporio de lanzamiento de libros.

Pero con lo que no contaban los analistas políticos ni los más sagaces arúspices, era con la gandulería de este pueblo, ni con la epidemia de demagogia que les inculcó el peronismo, haciendo que Argentina se convirtiera en un gigante andrajoso con pies de barro; y por eso de la espiral del mal en peor, llegara

a donde había llegado en 1978. Ahora bien, lo hecho, hecho estaba, y los millones y millones de obras salidas de las prensas en todos aquellos decenios de bonanza se podían ver ahora en las tales librerías de viejo, por poco dinero. No creo desvelar nada sensacional, pero un buen negocio supongo que habría sido haber hecho adquisiciones masivas de todos estos restos de editoriales argentinas y montar en España una mega-empresa de libros de segunda mano. En cualquier caso, aquí queda la sugerencia. Así pasaría buena parte de la mañana. Tomos y tomos de las literaturas francesa y rusa en traducción, sólo como ejemplo, de Rafael Cansinos Asséns; todo Neruda y todo Chile; todo Vallejo y todo Perú; todo Borges y toda Argentina... toda América del Sur; todo de todo. Una fiesta, ciertamente. Una borrachera. A cada cosa, lo suyo. Y lo que también ví, en un nivel parecido de existencias, fueron cantidades y cantidades de discos, de cuyo interés si a la hora de adquirirlos se tratara, ya no me atrevería a estar tan seguro como con los libros.

Me doy una vuelta arriba y abajo de la Avda. Corrientes, llegando por una perpendicular hasta la Avda. Rivadavia. Sigo fijándome en que la mujer argentina está todavía en periodo colonial. Parece que la represión impuesta por la Junta Militar ha dado cien mil vueltas hacia atrás a las manillas del reloj del progreso y del avance histórico del país. Una buena lección para el narcisismo fantasioso de sus habitantes.

Pero se va haciendo hora de regresar al hotel y esperar a Paladini. El empleado de la Recepción es otro gallego. Me ha tomado cierto afecto y se sincera conmigo. Tanto él como la señora de la limpieza querrían volverse a España. Pero las condiciones presentes en Argentina impiden que nadie pueda ahorrar... nada; ni siquiera para costearse el pasaje; mucho menos para contar con un remanente con el que poder tirar un

tiempo en España hasta encontrar algo. Argentina se ha convertido en el ataúd anticipado de mucho español...

Pero con la charla, habían pasado de las 13:30. Le cuento a... Manuel, sí, creo que se llama Manuel el recepcionista..., sí, le cuento que estoy esperando al Sr. Paladini, con quien me unen tantos y tantos años de relación epistolar y de intercambio de libros. Son ya las 14:00. Media hora es media hora aunque, bueno, tratándose de un desplazamiento de 40 kilómetros hay que dar el margen de contingencia que fuere. Procuero sacudirme de la cabeza la posibilidad de que a Paladini le haya pasado algo. Además, tiene mi teléfono, seguro. Sabe donde estoy: la cita ha quedado confirmada y reconfirmada. Habría llamado. Así, pues, no hay más que esperar... Manuel y yo hablamos de España... y de Argentina. 1978 es el año de los Mundiales de fútbol, y el personaje Maradona es preferible al personaje Videla, siempre por ejemplo. Las 14:30. Una hora de retraso comienza a ser preocupante. Ha sido un acierto que Paladini me propusiera nuestro encuentro a la una y media. Así, en el peor de los casos siempre tendremos suficiente holgura para charlar y para tomar yo el tren a Ituzaingó, que tal es el nombre de la localidad, dentro de la Provincia de Buenos Aires, donde vive mi primo. En esto que llega el amigo parlanchín del día anterior, el de la dieta macrobiótica, y no me deja más alternativa que prometerle que algún día probaré la supuesta succulencia esa de que me habla. Las 15:00. Cómo sería mi ya incipiente grado de concernimiento que, en un amago de pusilanimidad, o de simple instancia desiderativa de creer que por compartir con otro mi pesar, éste menguaría sus efectos sobre mí, o por lo que fuere, el caso es que le participo a Manuel la causa de mi intranquilidad visible. “Ah, claro -- me decía él -- acaso su amigo el Sr. Paladini haya tenido problemas con el transporte, hoy domingo”. Pero mi

frustración iba alcanzando esas cotas de las que uno no puede regresar sin haber echado a perder todo el tinglado de que se trate. ¿Cómo es posible -- pensaba yo -- que un asunto de tan altas y tan cordiales expectativas se trunque y se convierta en tema acibarado? ¿Cómo es posible que por virtud de un retraso -- todo lo inevitable que se quiera, si de ello se tratara, pero retraso al fin -- lo que hace un par de horas era motivo de jubilosa aquiescencia ahora se esté transformando en enfadosísimo contratiempo, en un descrédito imparable que mi alma dedica al bueno, por decir algo, de Paladini? Porque mi tema fundamental era la cita con mi primo, de eso no había duda. Las 15:30. Brutal y deshumanizadamente, sin apenas hacer el suficiente acopio de entereza de ánimo para creérmelo, empiezo a plantearme el marcharme..., marcharme y dejar que Paladini, el pobre desgraciado éste, sea quien sea, me explique cuando pueda lo que tenga a bien explicarme. Yo no puedo esperar más. Dos horas son mucho tiempo. Voy a perder toda posibilidad de llegar a tiempo con mi primo. Le ruego a Manuel que si llama alguien, o viene alguien, pues eso, que me haga el señalado favor de decirle, más que decirle, de significarle que he estado esperando dos horas, lleno de concernimiento, de tensión, de interés, y que me he tenido que ir. Manuel me detalla la parada del autobús que me debe llevar a la estación de ferrocarril, ya no sé si la Sarmiento, la Retiro o la Constitución. Me voy, salgo del hotel a toda marcha, llego a la parada de autobús y me quedo esperando...

Y ahora, una dosis de esas cosas que suelen ocurrir en las películas. No bien llevo tres o cuatro minutos esperando, cuando de la esquina superior de la calle transversal, que yo también había tomado para venir del hotel, oigo, veo... veo y oigo a un Manuel gritando... “Sr. Ramos, Sr. Ramos”, seguido de un

hombre, vestido de negro absoluto, cojeando, sirviéndose de un bastón, ambos alterados, cada cual en su papel... “Un millón de gracias, Manuel” -- le digo. Y aquel pobre desgraciado era Paladini, don Jorge Héctor Paladini. Disponíamos de un ratito, unos minutos para hablar. Nuestras dos horas y media largas que yo me prometía al abrigo de una comida, o refrigerio, se han ido al garete; todo se ha ido a pique... ¡Pobre hombre, pobre menesteroso! Terminó dándome lástima. Me contó, nos contamos lo que pudimos. Pasamos a un café destartado pero acogedor de allí cerca, y yo ante un vaso de leche y él ante un refresco... nos vomitamos en catarata lo que buenamente pudimos. Se trataba de un pobre plumífero, uno de los muchos hombres cultos, acaso cultísimos, a quien la poquedad y la cicatería de miras de sus conciudadanos, de su país, de su sociedad..., tal vez las suyas propias, le habían relegado a eso., lo que era, un oscurísimo auxiliar administrativo de la oficina de un juez. El hombre malvivía, como la mayoría de sus paisanos, con un sueldo de mierda. Me habló de horrores cuando la represión; de muertos por las calles de La Plata, como si se tratara de una campaña de desratización. El hombre parecía haber salvado la pellica de puro milagro. Hablaba con fervoroso pánico, con temor reverencial... ¿Que qué le había pasado para tardar tanto? Me arrepentí de hacerle tal pregunta, tan improcedente, tan inútil y tan inoportuna nada más acabada de formular... Pues nada, que... Bien, entiendo..., que cuando un perro es flaco todo se le vuelven pulgas. Le conté lo de mi primo, como pude, para darle idea de que las dos horas de espera de cortesía que había esgrimido con él podrían haberse convertido en tres o en cuatro, o en las que hubiera hecho falta... que yo, que por mí, encantado, pero que la oportunidad de mi vida de encontrarme con mi único pariente de... sangre, pues que

era todo un acontecimiento, y que nadie, ni el propio Paladini en primer lugar, había contado con aquel tremendo contratiempo del retraso.

Hablamos de lo que pudimos, a trompicones, en raptos de expresión contenida. El hombre me llevó de regalo un cuaderno preciosamente editado por el Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires. Delegación La Plata. XI Jornada Notarial Bonaerense, en tamaño de folio grande, *Ciudad de los poetas*. Almafuerte, el insigne Pedro B. Palacios nació allí precisamente, y el desdichado Paladini lloraba de asombro emocionado cuando me oyó declamarle directamente el celeberrimo “Dios te salve”...

Pero yo me tenía que ir; quedarme más era inútil; en realidad, no debíamos haber hecho más que saludarnos, reconocernos y seguir cada cual nuestro camino, porque mi primo tenía que estar ya pensando que yo podría aparecer de un momento a otro. Eran las 16:30 y me faltaba todo el recorrido del autobús, del tren... y lo que fuere por añadidura. Nos despedimos Paladini y yo con la seguridad, quién sabe, obscena, absoluta de que no nos volveríamos a encontrar nunca más, ni casi tan siquiera comunicarnos, ¿para qué? Tan sólo conservo una carta propiciada por Paladini en la que se me justifica un proyecto de invitación que él mismo me había sugerido hacía algún tiempo para que diera yo un par de conferencias sobre Vicente Aleixandre y/o algún otro poeta de la preferencia del auditorio..., y la imposibilidad de llevarlo a cabo por incompatibilidad de fechas o algo así, todo junto, muy a estilo compadre. Bien, buena gana de citar por referencias. Esta es la carta en cuestión:

Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires
Secretaría: Calle 61 N° 662 - La Plata

La Plata, 28 de Marzo de 1978

Señor
Prof. Tomás Ramos Orea
GRANADA (España)

De nuestra mayor consideración:

Nos es grato allegar estas líneas a Ud. para agradecerle la visita que oportunamente nos hiciera.-

Por razones de organización no fue posible realizar las charlas programadas sobre el poeta Vicente Aleixandre y el prosista Antonio Enrique, dado que en el mes de Marzo corriente, nuestra entidad no ha realizado actos culturales, pero sería para nosotros un honor contar con Ud en la tribuna en fecha venidera, circunstancia que nos permitirá programar los actos con mayor comodidad y eficacia.-

Pensamos que esta colaboración suya ha de enriquecer nuestra tarea de divulgación cultural y de afirmación de los verdaderos valores literarios. Esperando su visita próxima, hacemos propicia la ocasión para saludarle con nuestra más atenta consideración.

Ing. CARLOS ALBERTO GUZMÁN
SECRETARIO

Y efectivamente, jamás he vuelto a saber nada más de este pobre diablo.

Llega mi autobús, llego yo a la estación... que ahora creo que es la de Once, y me subo en el primer tren con rumbo a mi destino. Nada mejor que el ferrocarril para calibrar el paisaje, el

pulso de un país. Lo dicho: El Gran Buenos Aires pueda ser que tenga de diámetro unos cincuenta kilómetros que excepto el cogollito alrededor de, y confluente en, la inevitable Avda. 9 de julio, lo demás..., un arrabal inmenso, unos suburbios cada vez más mordidos por el tiempo y por el abandono; vaya, un “Puente de Vallecas” desde Madrid hasta Guadalajara, igual que la España de los años cuarenta. Alcancé el punto en que debía bajarme del tren. Eran ya las 17:45, retraso más que considerable y de todo punto mortificante para mi sentido de la puntualidad, pero en cualquier supuesto, leve teniendo en cuenta las penosas circunstancias acaecidas. Y menos mal que al tren llegué justo a tiempo. Nada más bajar del tren veo un taxi y me acerco; le pregunto si me puede llevar a... ¡Ah, sí, Oribe 129, junto a Paisandú, que parece ser una calle más conocida! Se trata, quiero entender, de un chalecito, “Villa Ariza” según reza la dirección. Venga, deprisa, que todo segundo que se pierda es doblemente ofensivo. Tira por allí, tira por allá..., por suerte no estaba muy lejos. El taxista vacila, encontramos Paisandú..., sí, estamos en el buen camino... a ver, a ver, “Villa Ariza”... De pronto se destaca un mozarrón moreno que parece esperar a alguien mientras pasea desde la esquina hasta media calzada, como avizorando, un poco así con esa cuota de brusquedad que presta el punto de desazón en que uno se halle incurso. No caben muchas explicaciones. Le digo al taxista que se detenga allí, y... En efecto, se trataba de mi primo...

Nuestras primeras palabras, o frases, escuetas, acaso.. “Jorge, ¿no?” -- “Eso es, y tú Tomás”, no recuerdo si contaron con la guarnición de un simple apretón de manos de pura cortesía aunque cálida y en abundante efusión. Andamos hasta su casa. Se trata del chalecito “Villa Ariza”, como dije, una edificación pequeña y modestísima en estado de descuido y de

falta de esmeros, pero independiente y por lo que luego me enteraría, propiedad de Jorge por herencia familiar. Menos es menos -- pensé. Pasamos al comedor, hall-vestíbulo, todo junto, y aparece...

-- Mira, Tomás, ésta es Delia -- Se refería a una chica, más o menos de la edad de mi primo, el cual en realidad ahora se me aparecía con menos años de los que en principio supusimos todos en razón de los cálculos de los nacimientos y fechas familiares. Jorge no aparenta más de 28 ó 30 años, y Delia pues por ahí, o alguno menos. Es una mujer absolutamente atractiva, y ahora más si cabe, porque a su domesticidad femenina se le ha adherido una carga de emocionada dulzura en clave de curiosidad por... mí; por la llegada de un primo suyo ! Delia es morena clara, no recuerdo bien en este momento la minuciosidad de sus rasgos, se me ha desdibujado el recorrido detallado de su entorno, las cotas de la encarnadura de su semblante. Sólo distingo que la encontré bonita, muy proporcionada y muy discreta. Eran las 18:00 horas. Les conté como pude mi malhadada cita con Paladini. Lo entendieron, lo entendieron todo y lo disculparon...

Pero en esto, no bien entrado que hube a la casita, allí mismo, en el umbral de la sala-comedor que daba directamente a la calle, en la pared de enfrente veo el retrato que hizo Cerezo a mi padre un año o así antes de morir..., la mejor foto de todas las que le hayan hecho [la misma que veinte años más tarde decoraría, junto con la de Fernando Garcés y la de Antonio Martín Sobrino, una de las paredes, la más frontalmente visible por donde discurre la escalera principal entre los dos pisos del Colegio Santo Tomás en su nueva configuración en Alcalá de Henares]. Nunca sabré si aquello había estado allí desde siempre, o sea, desde el principio; vaya, quiero decir desde el momento en

que mi padre poco antes de morir, se lo hubiera mandado a su hermano Nicolás; o si lo habían puesto como homenaje a mi visita. Nunca se lo pregunté; nunca lo sabré, pero quiero pensar en que mi padre y el padre de Jorge habían compartido durante ese tiempo inmediatamente posterior a la constatación de su existencia mutua, por mor de los buenos oficios de aquel matrimonio que nos visitó en Alcalá de Henares, ... quiero pensar que entre mi padre y su hermano se produjo una copiosa incumbencia, justificada por una profusión de envíos epistolares, etc., y que no pudo llegar a materializarse con la comparecencia física, real, y tangible de ellos.

Es difícil relatar el contenido de las diez horas durante las que estuvimos hablando... y comiendo y bebiendo, primero, Delia, Jorge y yo; y a eso de las 22:00, o sea, después de nuestras cuatro horas iniciales de despegue (y despeje) temático, también con Raúl y Gracia, una pareja amiga de mis primos que al calor de la especialísima ocasión de que se trataba, estuvieron en casa de Jorge y Delia hasta casi las tres de la madrugada. Hablamos de todo. ¿De todo? Pues sí; y si no de todo..., casi. Aquello no tenía fin. Los temas entre nosotros estaban vírgenes, intocados, y por mucha que fuese la facundia desplegada por todos y cada uno de nosotros, no podíamos dar abasto, no podía ser. De vez en cuando, y al conjuro, a la sola mención de algún detalle de tipo personal sobre nuestros respectivos padres, Jorge se levantaría para abrir el cajón central de una especie de cómoda-
aparador inmenso, y sacar tal o cual documento, tal o cual legajo o fajo de cartas o papeles de que se tratase con el fin de apuntalar la aseveración del tramo o detalle de nuestro discurso sobre el que versáramos. El tema que más me emocionó fue... el que antes descubrí, a saber: que la intención de encontrarse y de conocerse de nuestros progenitores, en los pocos años antes de

morir el mío, había sido, por lo que parecía, intensísima. Jorge me mostraba, bien una carta, bien una señal en forma de retrato o recuerdo que siempre apuntaban al mismo cuerpo de evidencia. Por un momento tuve la poco edificante tentación de pensar que todo ello estaba estudiado..., que Jorge había estado ensayando por lo menos todo el día anterior, desde el mismo instante de mi telefonazo, todo el temario que con la máxima probabilidad tendría que surgir entre nosotros.

A las 19:00 horas, o sea, una después de haber llegado yo, la labor callada pero eficaz de Delia se hizo notar con un levantamiento general de la mesa alrededor de la cual nos habíamos puesto a charlar, y la colocación de mantel, servilletas y demás cacharrería propia del que se dispone a comer. Yo no había dicho nada, pero tenía apetito, ya que con los trajines de marras no había tomado más que el vaso de leche con Paladini en aquel cafetucho de junto a la parada del autobús. Así que cuando Delia comenzó a llenar la mesa de pedazos de carne asada de primera, acompañados de dos botellas de vino rojo, espeso..., y cuando nos pusimos a engullir de entrada aquella remesa de comida, el espíritu aumentó de temperatura. En realidad no paramos ya en todo el tiempo de tener la mesa ocupada por nuevos refuerzos y sustitución básicamente de lo mismo: churrascos compactos pero tiernos y sabrosísimos, y ensalada; y el vino tinto que hubiera hecho falta, intercalado con alguna que otra cosa que a Delia se le fuera ocurriendo. Como dije, a eso de las 22:00 llegaron Raúl y Gracia, y la conversación se hizo más porosa, más general al albergar los puntos de vista ahora de dos nuevos comensales.

Mi primo trabajaba en una fábrica de... cartones, y vivía más que al día, a la hora, como la mayoría de los argentinos. Ya en clave de broma en serio me contaron de no sé quién que en

plan lúdico empapeló la casa con billetes de banco de menguada denominación, en un momento en que el metro cuadrado de papel pintado costaba algo más que la superficie de papel-moneda equivalente. Me decía Raúl -- que era ingeniero, al parecer, y vivía con más desahogo que mi primo -- que las empresas pasaban por una época ya larga en que eran necesarias las subidas de sueldo cada quince días a los operarios, con el fin de combatir la inflación. Cosas todas disparatadas pero que en el fragor de una buena mesa y de los abundantes sorbos de aquella sangre de toro espesa que era el vino que nos puso Delia, hacían estragos de voluptuosidad respecto de los argumentos de los que yo tendría que servirme a la hora de historiar mis vivencias. Argentina había sido un fabuloso caos tan sólo hasta hacía un poco de tiempo, casi recientemente, y ahora en 1978, con la dictadura del triunvirato de “milicos” las cosas comenzaban a enderezarse paulatinamente. Aquí, más que inflación, lo que había era una locura institucionalizada; un puro chiste; una verbena. En los últimos años el peso había experimentado un reajuste de cuatro ceros !! ... ¿se imagina el lector?; o sea, que lo que había sido diez mil, ahora era un uno, la unidad; diez mil pesos, equivalentes a uno. Pero lo gracioso era que los argentinos, por no quererse apejar de su fantasiosa indiosincrasia, seguían hablando con arreglo a las magnitudes y cifras antiguas. De ahí la zarabanda -- ahora lo veía yo a la recta y justa luz de la perspectiva --..., la zarabanda de millones que barajaba aquella pareja con los que había coincidido en Río de Janeiro, en la visita al Corcovado, tan sólo unos cuantos días antes. Yo les oía hablar de diez millones, y era propiamente *mil* lo que estaban significando. En marzo de 1978, quiero decir, cuando yo me encontraba en Buenos Aires, el peso andaba equiparado a la lira italiana, y el dólar USA rondaba las 800.- unidades, ganando

cada día unos cuantos pesitos. Se trataba de cambiar también *cada día* lo que uno fuese a gastar aproximadamente, y en caso de quedarse corto pagar con billetes de \$ USA de pequeña denominación. La única manera de regular precios y normas era ir colocando añadidos a los ya existentes, que resultaban envejecidos a los pocos días. Por cierto que al menos entonces, y al igual que en Brasil, en los Bancos como tales no se cambiaba el dinero, sino en unas casas de cambio especialmente destinadas a ello. Y sin embargo, la gente vive, bueno, malvive; pero están vivos, hacen las mismas cosas que hacemos los que no padecemos la economía circense, de ficción científica, que golpea a los argentinos.

Por lo bajo, quiero decir sin exagerar, creo que Jorge y Delia se gastaron en aquella invitación el salario de medio mes. Tanto más para que yo se lo valorase con todos los quilates que la gema del corazón mío pudiera esconder. Fue una merienda-cena de ocho horas seguidas. Fue una conversación de diez horas seguidas. A eso de las 03:00 am. Delia se retiró, y Raúl y Gracia nos llevaron a Jorge y a mí a la estación. Allí esperamos un tren de esos de madrugada y no pude hacer desistir a Jorge de que no se tomara ya más molestias. Se vino conmigo y me dejó en la puerta del hotel Columbia. Ignoro si... ya esa misma mañana tendría que irse a trabajar. Era lunes de Semana Santa y acaso hubieran pactado en su empresa alguna jornada no-laboral. No se lo pregunté. Le recuerdo a mi primo como un chico fuerte, centrado en sus capacidades y muy apto para enfrentarse a cualesquiera condiciones que su país le acarrease, por muy penosas que pudieran ser. Por eso no sentí ninguna preocupación, porque los atributos de reciedumbre, buena salud y claridad mental con que se aderezaba su persona eran suficientes para hacerse cargo de aquel trabajo añadido; de aquel

consumo de energías que con ocasión mía había llevado a cabo. No, no sentí concernimiento pusilánime ni paternalismo protector respecto de mi primo, porque comprobé gratísimamente que podía hacer frente con éxito a aquellos imprevistos. Las andanadas de mi espíritu las empleé en agradecerle virilmente la tremenda, la monumental velada que me había dedicado; elogiar el recato y la eficacísima y bella labor de su compañera Delia..., y asegurarles que, aunque tarde, el encontrarme con ellos había justificado todas las dilaciones, todos los malentendidos entre nuestros respectivos padres, y que ..., bueno, que el mundo seguía; que yo tenía que continuar mi camino y eventualmente pasados unos cuantos días más, regresar a España; que Argentina permanecía ahí, y que a pesar de todas las dificultades y de todas las barbaridades de... quienes fueren, los capaces sobrevivirían y de ellos sería el triunfo. Nos dimos un fortísimo abrazo y entré en mi hotel. Eran las cuatro en punto de la madrugada.

20 de marzo, lunes. Me estoy en la cama hasta cerca del mediodía, y al levantarme lo primero que hago es reservar un billete de avión a Santiago de Chile para el próximo jueves, tres días después. Una vez realizado el cometido especial de encontrarme con mi primo, lo demás pasaba con mucho a un plano preferente pero renunciable. Quiero hacer un par de cosas más: dejarme llevar por agencia a uno de los típicos tours dirigidos de algún aspecto de la ciudad de Buenos Aires, entiéndase, en su faceta más noble y más inequívocamente argentina; y en segundo lugar, en uno de los dos días restantes, hacer una visita a Héctor Germán Delfino. Lo de volar el jueves 23 a Santiago tuvo necesariamente que discernirse en función de la conveniencia del vuelo; quiero decir, de la hora de salida y de la hora de llegada, y del hecho de ser un solo tramo, pues alguna

combinación menos recomendable quiero recordar que hacía escala en Mendoza.

A través del mismo hotel Columbia me enrolé para aquella noche en una excursión que incluía cena, recorrido por Buenos Aires “a la nuit”, y un show que en su momento se nos daría a elegir pero que en todo caso, según me dijeron, incluía un famoso espectáculo parecido, digamos, a lo que entenderíamos en Madrid por el del Meliá Castilla; y otro que solía consistir en presenciar el baile de tangos en algún figón o taberna típica. Bueno, me dije, como suelo hacer en estos casos. Ya veremos. Ambas cosas tienen su encanto y cuando llegue el momento me decidiré. Desde luego que yo esgrimo una suerte de prevención contra todo lo que venga lastrado de afectación y amaneramiento. El argentino cuando habla parece que canta tangos. Yo, tan amante de la musicalidad y de las cancionerías sentí que..., eso, hasta ahí podríamos haber llegado; sospeché que se me había pegado algo del deje argentino en aquellos pocos días. Todos esos rabos o estribillos elocutivos... de los “che”..., de los “mijito”; el cargantísimo expletivo de ilación “este”... y dale con el... “este”... me sacaban de quicio porque prestaban a sus dicentes una cuota añadida de fantochería idioléctica, machacona y cargante. Aquí se anda a vueltas con el “señor” por arriba, “señor” por abajo cuando se dirigen a uno, lo cual sin dejar de ser correcto y deferente, termina por empalagar.

Probablemente, y hasta las 19:00 en que debía pasarse el autobús a recogerme, dejara transcurrir el día, descansando algún rato, escribiendo algún otro rato, y echando siempre un vistazo a las librerías de viejo que junto con los cafés y los bares que están siempre abiertos [me recordaban a Berlín, donde se puede comer a cualquier hora del día o de la noche] constituyen las dos facetas más sobresalientes de Buenos Aires. Algo pasadas las 19:00

llegaron ya de la Agencia a recogerme. Luego continuamos el recorrido por un par de sitios más hasta que tan sólo se medio llenara el autobús. No presté gran atención a los lugares por donde íbamos discurriendo. Miraba en bloque, con voluntad de globalidad, siempre con la imparable constatación de lo ya repetido: que Buenos Aires, excepto su zona noble urbana comprendida entre la Avda. Corrientes y su paralela Rivadavia (continuada por la Avda. de mayo, y las dos perpendiculares al este, también casi paralelas entre ellas, la Avda. L.N. Alem y la 9 de julio); excepto eso, suburbios, arrabales, periferia.

Nos llevaron a El Poncho Argentino, un restaurante de la zona de San Telmo, y en la confluencia de las calles Defensa y Garay. Tengo aquí delante un mini-plano sacado de la Enciclopedia Larousse, y uno se percata de la enorme extensión del “Gran Buenos Aires” al comprobar que el distrito de San Telmo en el plano está a escasamente un centímetro de escala del corazón ya aludido de la ciudad, y sin embargo bien recuerdo que el recorrido en autobús no dejaba de cubrir varios kilómetros. Imagine el lector las distancias hasta los diversos barrios inmediatamente contiguos, digamos, La Boca, Flores, Retiro, Palermo, etc. En el restaurante me vi sentado a una mesa rectangular con tres mujeres: dos brasileñas y una alemana. No sé de quién partió la iniciativa, pero el caso es que conservo una fotografía, de esas de consumo turístico, en blanco y negro, con mis tres compañeras de excursión. Una de las brasileñas -- su rostro y la parte de su chasis que recoge la foto lo atestiguan -- me dio la impresión de mujer apasionada y volcánicamente ardiente. La alemana, bastante mayor, supongo que más o menos de mi edad, era regordeta y potente; tenía ganas de aventura y me tiró los tejos más de una vez; pero el hecho es que yo miraba a la brasileña, intentando por mi parte calibrar su valía con la de

sus demás compatriotas de quienes yo me había separado tan sólo unos días antes. Más mal que bien, pero la verdad es que estaba suficientemente follado de Alejandra tres días antes y me encontraba algo cansado. Así que desistí de hacer cualesquiera abordajes; pero lo que sí que me propuse fue desembarazarme de la alemanota, y ello fue que cuando la guía nos preguntó que dónde queríamos ir después de la cena, si a una exhibición de tangos o al show “Michelangelo”, yo me callé, decidido a optar en el último instante por el lugar distinto del que eligiera la teutona. Y así fue. El autobús llegó al establecimiento de los tangos, y nuestra amiga, que había expresado su voluntad de quedarse allí contando con que yo también la acompañaría, conforme terminaba de bajar del autobús se vio sola porque todos los demás aseguramos entonces nuestra preferencia por el otro espectáculo. Fue una mala pasada, lo comprendo, pero una mujer mayorcita con furor uterino puede resultar una carga insostenible. Probablemente con la brasileña hubiera yo tenido éxito, pero...

Regresando por un momento al restaurante “El Poncho Argentino”, mientras cenábamos, había reparado yo en una mesa algo alejada de la que mis compañeras y yo ocupábamos. En aquella mesa había un grupo de seis o siete personas, pero entre las que destacaba inequívocamente un chico joven, con pinta de americano USA, a lo Troy Donohue, vestido con chaqueta blanca de “smoking”, o como dicen ellos, “evening dress”, con pajarita. Sí, seguro que era norteamericano USA, porque además capté alguna palabra o frase con la impronta inconfundible del inglés gringo. Estaba entre medias de dos chicas vistosas, atractivas, francamente bonitas: una de ellas, la que parecía más bajo la órbita conversacional del muchacho, contestaba en inglés con parquedad elementalísima a las intervenciones de su

acompañante. ¿De dónde serían? La otra chica, la que no hablaba y que asimismo flanqueaba uno de los lados del yanqui, era igualmente bonita, nada espectacular, pero bonita, de un rubio tostadito muy grato a la vista. Dejo la consignación de este dato que podría haber resultado absolutamente neutro de no haber sido porque al llegar a la “boite-teatro” Michelangelo quiso el puro azar que cayésemos prácticamente juntos, alrededor de la misma mesita. Las brasileñas se habían desglosado: me pareció entender que sólo habían contratado la cena y el “sight-seeing trip” de noche, y que se habían retirado. Así que del grupo de cuatro comensales en origen, tan sólo quedaba yo; y ahora, por coincidencias organizativas, me había tocado compartir espacio con aquellos otros participantes de la excursión...

Pero antes, alguna palabra sobre el “show”. La boite aquella pasaba por ser la más internacional, la mayor, la mejor, la más ostentosa... la más de todo, de toda Argentina. Se trataba ciertamente de un lugar amplio, uno de esos espacios habilitados para ‘varietés’ y que la industria del turismo explotaba a tope. Mediante la modalidad del *show* y un vaso de agua azucarada con burbujas, o poco más, incluido en el precio, el local se llenaba de forma inmisericorde, hasta los topes, de gentes provenientes de las numerosas agencias que tenían convenio de asistencia con la empresa. Aquello comenzaba a poblarse y era cuestión de cerrar los ojos y visualizar lo que podría ocurrir en caso de incendio, por ejemplo. Recuerdo que en París, en el verano de 1973, durante el par de días que allí paramos Carmita y yo, de paso para Inglaterra, también desde el hotel nos enrolamos en una excursión nocturna de París, en la que se incluía un espectáculo y la típica copa de... champagne o lo que fuere. En aquella ocasión se trató de “Le Lido”, uno de los cabarets o “music-halls”, probablemente junto con “Folies...”, de

más raigambre y predicamento de toda Francia, que es tanto como decir del mundo entero. Pues bien, estando allí dentro recuerdo que me acometió un arrebató de claustrofobia como jamás en mi vida lo había experimentado, ni como nunca ya jamás volvería a experimentar. Se trataba de que allí metían a una cantidad increíble de personas, calculando tanto los decímetros de espacio como los virajes y esquivamientos que los camareros ejecutaban cargados con ocho copas de champagne en cada mano, y todas conteniendo la cantidad estipulada de líquido, gota más, gota menos. No de otra forma podía ser aquello rentable, a un precio que sobre el papel, en el paquete total de la excursión le parecía a uno cualquier cosa menos exagerado. No se me olvidará nunca, jamás, nunca aquella masa de gente ocupando exhaustivamente, centímetro a centímetro, el local de “Le Lido”. A mí y a mi compañera nos habían colocado en una posición intermedia desde la que, sin embargo, y en caso de producirse tan sólo una alarma de fuego o de estrago advenido, tendríamos como unos veinte metros y más de 500 personas que superar para alcanzar el acceso a la salida correspondiente. Se me representó vívidamente el panorama de morir aplastado, asfixiado, pisoteado, comprimido, quebrado..., y lo pasé muy, pero que muy mal. Lo de Buenos Aires no era igual pero se le acercaba. El truco no podía radicar más que en el hecho de hacer reventar de cuerpos el salón; colmarlo hasta los bordes... y ya se sabe: es preferible vender mil unidades al precio de equis, que cien a cinco equis. El “show” incluía un poco de todo: música de tango, baile de tango, danza, escenas gauchescas, malabarismos. Pero lo más “argentino”, lo más espectacularmente fatuo e hinchado era el presentador, un señor entrado en años que micro en mano derramaba toda la jactancia pueril y rimbombante, pedantesca y esquizofrénicamente

esperable de un porteño. Lo de menos -- con ser mucho -- era que nos dijese que el show que él presentaba pasaba por ser el más importante *del mundo*; he dicho bien del mundo. Menos mal que no añadió... “y parte del extranjero”. Lo más pringoso era su forma de hablar y de mirar al público, como si el contenido de su discurso, quiero decir, de las sandeces estereotipadas de sus valoraciones, continuase su recorrido de triunfalismo incontestable en el reto mudo que su mirada imponía entre los que allí estábamos presenciando *la cosa* ...

La hermana de la que parecía la interlocutora más cualificada del chico yanqui, al ir a acomodarse en su sillita -- porque el espacio no daba más que para mini-sillas -- no encontraba la forma de hacerlo, y yo, que había tomado posesión de mi sitio un minuto antes, la ayudé a separar la mesa, a expedirla el camino y a acercarla el pequeño asiento. Suficiente presentación. Teníamos que estar de todas maneras juntos, casi pegados, así que aquellos extremos de cortesía venían sobreentendidos. Les dije que era español. Ellas eran hermanas, de Guayaquil. “Oh, Ecuador, Guayaquil!” -- dije yo por decir algo. No, nunca había estado; aquélla, la presente quiero decir, era mi primera visita a Suramérica... Pues claro que tendría que ir a Ecuador, sobre todo si la muestra de feminidad y atractivo que ellas encarnaban prevalecía en su país... El muchacho yanqui, con un tremendo parecido, ya lo dije, al artista Troy Donohue, era un guaperas, simpático. No hablaba más que inglés, lo típico, lo esperado, y su interlocutora le correspondía con unos recursos elementalísimos. Parece que se habían conocido hacía un par de días, y que el señuelo de que el chico le ayudase a la ecuatoriana a buscar un empleílllo, un entretenimiento, al menos por una temporada en los USA, les había agilizado su simpatía mutua. Impera en mi conciencia un

olvido absoluto de sus nombres, tan de trámite debió de parecerme mi encuentro con ellos. ¿Podríamos llamar Mark al chico; Ana a su amiga; y Rosa a la hermana de Ana? Pues venga, así quedan. A lo largo del show Rosa me pidió que la acompañara a los lavabos: probablemente cumplía con su cuota mensual de feminidad. Fueron dos, justamente dos veces las que se encaminó hacia el toilette y yo me presté a escoltarla. Era tan poco, tan endeble el pendúnculo de complicidad que me unía a ella que no me resolvía a pedirla que nos fuésemos de allí [verá el lector unos cuantos lances más adelante que Mark, no sin parte de razón, me lo echó en cara]; no, no lo hice; probablemente pudo en mí más la estética que otra cosa, si es que yo me paré a dilucidar el papel que la estética podía jugar en aquella coyuntura [Luego, muy poco después, Mark me haría saber que lo esperaba]. Terminado el espectáculo, Rosa y yo, por exclusión, como desecho de tiente de protagonismos, formábamos pareja, tan de circunstancias. No, no contaba yo con una base de despegue medianamente aceptable ni siquiera como para romper la lámina de incumbencia que separaba el limbo de Rosa de mi normal y constante disponibilidad para la aventura. Mark y Ana se dijeron lo que tuvieran que decirse; y yo me despedí de Rosa... en un sentido de, bueno, puesto que nos habíamos encontrado por puro azar, no tenía sentido la despedida, y que tan operativo era decir “hasta luego”, hasta mañana, hasta siempre o hasta nunca.

Mark y yo nos quedamos solos. Me dijo que era abogado. Me dijo que esperaba que yo me hubiese llevado “por ahí” a Rosa, con el fin de haberse podido quedar él a solas con Ana. No le faltaba razón. “Divide and conquer” -- divide y vencerás -- hasta se animó a citarme. Nos caímos moderadamente bien el uno al otro. Me dijo también que él abrigaba esperanzas de que

Ana se acostara con él en el término de uno o dos días. Me dijo que le acompañase a tomar un *güisqui* por un bar de aquellos; pero resulta que después de tomarse el tío no uno, sino cinco o seis, servidos directamente de una botella con rayitas marcadoras del consumo, Mark se encontraba bastante beodo; y lo peor del caso es que sólo llevaba tarjetas de crédito que no aceptaban en aquel establecimiento. Tuve que pagar yo sus güisquis y mi vaso de leche. El hombre, con suficiente raciocinio auestas, me dijo que al día siguiente, bueno, dentro de unas horas, puesto que ya era de madrugada, que había quedado con Ana en la boutique del Hotel Sheraton a eso de las 12:00; y me pedía que me dejara caer por allí, un poco antes, para hacernos los encontradizos una vez que Ana apareciese; que tal vez Rosa acompañaría a su hermana y entonces podía yo intentar algo, al tiempo de liberarle a él de la carabina. Así quedamos. Le metí en un taxi, y yo tomé otro para el Columbia.

Martes 21 de marzo. No bien recuperado del todo de aquellos dos trasnochones consecutivos, a las 12:00, un poco antes, según lo acordado, me dirigí a la boutique del Sheraton, sita en su planta baja. Fue fácil encontrarnos, aunque el acento que puso Mark fingiendo la casualidad me pareció suficiente para que hubiera suspendido la primera prueba de arte dramático. Ana no sospechaba nada y Mark, allí mismo, comentó lo que había pasado: que la noche anterior nos quedamos charlando y tomando una copa; que había pagado yo su fiesta y que él pensaba dejarme lo que me debía en mi hotel Columbia esa misma tarde; pero puesto que nos habíamos encontrado... que, a ver, eran \$ 15.- USA, que hacen... Me entregó la equivalencia en pesos y asunto zanjado. Pregunté por Rosa y me dijo Ana que se encontraba en la cama; que sus “periodos” la duraban dos o tres días y que era de todo punto imposible contar con ella. Pretexté

cualquier cosa, me despedí de mis amigos y creo que regresé al hotel. Probablemente de aquel encuentro, volandero y desarraigado donde los haya, naciera mi curiosidad por visitar Ecuador, ¡yo qué sé! Me quedaban dos noches más de estancia y si acaso, únicamente y con toda seguridad había hecho idea de telefonar a Delfino y saludarle..., cosa que, ¿para qué dejarlo para más tarde?, hice nada más llegar al hotel. Marco y... un ¡hola! en voz femenina al otro lado de la palabra, seguido de un “casa del ingeniero Delfino”. Bueno, al menos no me había equivocado. Se trataba de su mujer. Le dije quién era y que iba a estar un solo día más en Buenos Aires. Me parece que ella, aunque con tanteos y vacilaciones sabía de mí; no en vano en Passau a Héctor Germán le había llevado en mi coche una infinidad de veces... Sí, sabía de mí. Me dijo que por favor, que si me podía llamar por la noche, porque su marido no estaba; que en principio les gustaría invitarme a cenar, y que tenía que saber con toda seguridad los planes de Héctor. Yo, encantado, de acuerdo. Por la noche a partir de tal hora yo debía estar ya en el hotel; así que hasta entonces...

No tenía ganas especiales de hacer nada especial. Insisto en que, una vez visto a mi primo, nada me retenía; mi billete del jueves para Santiago de Chile seguro que se debió a la magnífica conveniencia de que se trataba de un vuelo directo, sin escalas, y por la mañana. De ahí que consumiese un día más en Buenos Aires. Así también, me decía, cumplimentaba una visita a alguien, a cuyo través acaso hiciese yo acopio de algunos datos nuevos para enjuiciar la realidad argentina. Llevaba entre los papeles de direcciones la de un tugurio o garito que me había dado Angelito Hernández en Alcalá. ¿De qué se trataba? No lo sabía entonces. Entendía yo que era una cervecería, o una casa de tangos, con chavalas de alterne. Parece que tanto él como

Fernando Bartolomé conocían allí a los responsables del negocio, y en cualquier caso, bien Ángel, bien Fernando me habían sugerido que si alguna vez me encontrase yo en Buenos Aires, y tal era el supuesto, que no dejara de pasarme por allí, les llevara sus recuerdos, y que al mismo tiempo me procurase contactos, bien, ... ya se sabe, respecto de niñas, “minas” que dicen allí, *achá*, y cosas por el estilo. Una vez más: necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad, la suficiente. Cogí un taxi y me trasladé hasta el sitio. Creo que estaba por la Avda. Rivadavia arriba, en dirección al distrito Flores. Llegué. Ya no me sorprendió la pinta de cuchitril cochambroso y depauperado del local. Había allí unos hombres ensayando como piezas de música, y el establecimiento podía pasar por cabaret, casa de putas, cervecería o algo parecido, pero dentro de dicha calaña. Mis credenciales eran muy endebles: presentarme como amigo de alguien a quien acaso no conocían; o dijeran que no recordaban, con el fin de zafarse de patrocinios y de cheques en blanco extendidos a un forastero. Pero sí, alguien de aquel grupo llamó a una mujer que después de mirarme, calibrar mi aspecto pacífico y mis intenciones curiosas, y sobre todo y siempre no pidiendo nada sino dispuesto a dar, dar dinero, se entiende, pues en vista de eso se dignó ser algo más comunicativa, y me dijo saber de lo que yo estaba hablando. Hasta me enseñó una fotografía en la que supuestamente aparecía el bueno de Ángel..., bueno, sí, podría pasar por él. Uno de los hombres, un poco más tranquilizado ante los títulos de credibilidad que la foto en que aparecía Ángel prestaba respecto de mi persona, ya, en actitud sebosa y zalamera me preguntó si me pensaba quedar “un tiempito” por “achá” (por allá). No sé lo que le dije. Me dio todo malísima impresión, de decrepitud y abandono. Aquella gente parecía esperar a alguien, a cualquiera que llegase de fuera para

desplumarle. Me despedí de todos los que había en aquel tugurio de la manera menos comprometida que pude, y me marché al hotel, ya de recogida. Nada más entrar en la habitación suena el teléfono. Era, de nuevo, la mujer de Héctor: Que había hablado con su marido; que todavía no había llegado a casa pero que la había encarecido comunicarme que estarían encantados de tenerme a cenar con ellos la noche siguiente; que Héctor pasaba a recogerme..., a lo cual me negué rotundamente; ya daría yo con el sitio, sobre todo tratándose de una dirección fácil y yendo en taxi! Muy bien. Quedamos para el día siguiente. Eso fue todo.

Miércoles 22 de marzo. Sobre el mediodía de aquella jornada que iba a ser la última en Buenos Aires de aquel primero... y único viaje mío hasta la fecha, sí, antes de la hora de comer me encontré con una chica que había estado en Granada y que era amiga del gran Antonio Enrique. No quiero ser cruel con la solidaridad, ni mucho menos conmigo mismo. No recuerdo su nombre, ni recuerdo tampoco si ya nos habíamos visto en Granada. Creo que no. Creo más bien que se trataba de alguien, metida asimismo en estos tejemanejes de la literatura, que había permanecido una buena temporada en España; que encontrándose en Granada había tomado parte en un congreso o conciliábulo de escritores jóvenes, o monsergas así; y que al saber A.E. de mis intenciones irrevocables de visitar Buenos Aires, me había dado su dirección, y acaso su teléfono, aunque esto último lo dudo. Puedo asegurar que busqué el número y que la llamé temprano dicha mañana del miércoles. No estaba. Se puso su madre y me dijo amablemente que... su hija no estaba pero que a tal hora estaría. Ni siquiera quise yo incomodarla con la sobreentendida onerosidad de que me llamara ella, mediante el señuelo de hacerles creer que tenía algo importante que comunicarla de sus amigos de Granada. No. Quedé en volver a

llamar yo, y así lo hice. Esta segunda vez sí estaba [Mientras esto escribo me estoy comprometiendo yo mismo a rebuscar en alguna agenda de direcciones antiguas, de las ya abandonadas en casa por inoperativas, y ver de distinguir el nombre de la chica]. Hablar de España, de Granada, de A.E., y de poesía expeditaron la comunicación y propiciaron un tono menos distante y áulico del que en un principio me pareció captar. Por supuesto, mi mayor garantía y credencial era “Bueno, ¿y a mí, qué?”. La cuota de españolidad y de europeísmo que yo representaba entonces en Argentina me colocaba muy... por encima, muy en predios de selección y de calidad si comparados a los de toda aquella gente. Así que yo lo veía muy claro. Si alguien tenía algo que ganar eran ellos; yo sólo podía perder tiempo y humor poniéndome a su altura y siendo condescendiente con ellos. Con estas premisas y porque aunque no tuviera nada que ganar, tampoco tenía mucho que perder..., convine en verme con ella en la misma Avda. Corrientes a la que dijo tener que desplazarse con el fin de comprar algo. Nos encontramos en el lugar y a la hora previstos.

Se trataba de una chica menudita, ni guapa ni... no guapa; menudita; universitaria, culta con arreglo a los parámetros argentinos -- a eso voy. La llevé recuerdos de A.E. y de los demás amigos de Granada. Paseamos durante una hora o así por la Avda. Corrientes, y lo que hablamos vino a servirme de perfecto ejemplo de lo que otros argentinos y argentinas, en foros diversos e impensados, respecto de temas igualmente variados, me han ilustrado casi siempre, a saber: la tremebunda cultura de falsete de que se aqueja ese pueblo. Si se habla de traducción poética -- tal fue mi caso -- ellos se sienten ofendidos si se les pregunta si alguna vez en su vida han traducido algo, lo que sea, aquello por lo que más rabia sientan. ¿Cómo? ¿Preguntarles a ellos que si han traducido? ¿Con quién se cree

uno que se está hablando? El intelectual argentino pontifica hasta la extenuación sobre las “maneras de traducir”, todo en plan teórico, gaseoso; aunque en su vida haya traducido nada. Bueno, pues tal era el caso de mi amiga respecto de las cuestiones literarias que abordamos. Ella no parecía haber leído una sola página de nadie, quiero decir de la fuente primaria y directa de que se tratase, de la obra original; todo se le iban en teorías de tal sobre cual, de refritos sobre refritos. Es curioso: la pseudo-cultura de estas gentes, incardinada en y representada por la persona de mi amiga lo entendí como un fiel trasunto de la bobería inflada, del fatuo “gaseosismo” [a ver si tengo suerte y acuño el término y me lo admite la RAE] que lastra a este pueblo. Parecía estar escuchando las palabras de Ortega proferidas más de medio siglo atrás: “Argentinos, a las cosas, a las cosas... Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos” (“Meditación del pueblo joven”, *Obras completas*, VIII, pg. 390) Pues así era. Con todo, sentí que había realizado un acto de decencia y de cortesía saludando y encontrándome con nuestra chica, la señorita licenciada.

Dejé transcurrir lo que faltaba de día hasta mi cita con la familia Delfino. Ya no me quedaba prácticamente nada por hacer. Mi encuentro con Jorge había marcado “the highlight” de todo mi viaje, y el resto eran flecos de contingencia convivencial: el último, el que me aprestaba a complimentar. A la hora prevista me presenté en su casa. Héctor estaba muy bien, con la misma complexión que cuando Passau. Su mujer... (se me centrifugó irremediabilmente su nombre, pero tengo propensión intuida por Anabel) se había puesto un vestido largo para cenar. Yo llevé un ramo de rosas. Héctor tenía una niña ya de unos nueve años, educada y graciosa, que estuvo con nosotros buena parte del tiempo. Cuando se despidió para acostarse, su madre la

instó para que me diera un beso, cosa que la chiquilla hizo de manera muy diligente y con una demostración personal de beneplácito. Anabel había montado la mesa con cierto protocolo: velitas, vajilla esmerada, buen vino. Héctor..., estoy seguro que le tuvo que hablar altamente, elogiosamente de mí. Nuestra conversación se hizo cálida y fluida. Respecto de la situación social Héctor me hizo ver que sólo los que se hubieran metido en asuntos de política “pura y dura”, inestabilizadora, habrían tenido que responder de sus cargos. Los demás, como él por ejemplo, jamás habían sufrido la menor molestia. Me comentaba que Argentina carecía de infraestructuras: entonces, en aquellos momentos, con el Mundial de fútbol avecinándose, se estaba lavando la cara a lo más imprescindible, pero que se hallaba todo hecho una pena. Abundaba en la creencia de que cosas como ir por la calle y que le disparasen a uno desde tal o cual sitio, por ejemplo, a estilo “montonero”, antes de poner orden,... pues que no podían terminar en nada bueno. Héctor trabajaba para una multinacional, y lo mismo que la mayoría en condiciones parecidas, cobraba en divisas. El valor del peso argentino le era indiferente. Si por un dólar USA le habían dado hoy cinco pesos más que ayer, lo que quería decir es que tal era justamente la subida que había experimentado los precios y el mordisco de la inflación.

Fue una cena agradable, cordial. En mi caso concreto Héctor se sentía en deuda y conforme a ese criterio se comportó. Anabel al despedirse me dio un beso muy cálido, muy de saber que su marido no había invitado a alguien cualquiera sino a un espécimen probablemente cualificado. Héctor insistió en llevarme de vuelta al hotel, y esta vez sí me pareció razonable aceptar. Disponía de una espaciosa plaza de garage en el propio inmueble o bloque de pisos, y su coche era un modelo Fiat, de

tipo medio, casi nuevo. En suma, un status elevadamente minoritario para lo que se cocinaba en el país. Cuando nos despedimos nos pareció transmitirnos mutuamente una sensación de congruo agrado por el curso y el tenor de nuestras incumbencias compartidas. Nos dimos un abrazo y nos separamos.

Jueves 23 de marzo. Esto se ha terminado. Presiento que mi partida de Argentina va a ser para no regresar. Geográficamente Brasil, Río, quedaba mucho antes y su ambiente y atractivo hacían de lo que había visto en Buenos Aires una verdadera birria desdeñable. Mi gran aventura de empatía y curiosidad vivencial con Jorge se había llevado a cabo a plena satisfacción, y por ese lado no había nada que objetar. Mi visita había sido un éxito y nada más podía pedirse. Ahora me faltaba Chile como cota más ulterior de este mi primer viaje a Iberoamérica. Se presentó Carlos el taxista a la hora acordada la noche anterior. Debí de pensar el hombre que no era bastante la ganancia que le había yo propiciado por medio de Alejandra, la putita que me proporcionó, y al ir a pagarle la carrera me dice que los precios estaban subidos *desde el día anterior* un 20%. Sobraban unos cientos de pesos por arriba para completar el cambio que debía darme de un billete, y le dije: “Quédate con todo, hombre, a ver si así sales de pobre”. Ya en el avión para Chile me arrepentí de haber ensayado aquella forma de humillación. Se lo merecía.

Isabel Undurraga: Santiago de Chile, marzo 1978

Fue una deferencia rutinaria, supongo, por parte del capitán de nuestro vuelo Buenos Aires-Santiago de Chile el llamarnos la atención sobre la perspectiva, allí hacia la derecha, que se nos ofrecía del Aconcagua. Antes de eso, lo único digno de fijación, quiero recordar que se trataba de Mendoza, la ciudad argentina al pie de los Andes, como si se hubiera caído rodando desde lo alto de las cimas, faldas abajo, hasta quedarse asentada allí, desparramada. Los Andes, como tantas otras realidades, nos eran familiares desde nuestra más temprana infancia; eran parte de la Hispanidad geográfica, y por los libros de Primaria éramos capaces de dejar caer media docena de nombres, porque de eso se trataba, sólo de nombres, de cumbres, conformasen o no volcanes más o menos extintos o no. Desde la increíble peripecia de aquel célebre avión uruguayo y la supervivencia de algunos de sus ocupantes unos cuantos años atrás, los Andes habían cobrado una significación de cercanía vivencial, tanto para el público inglés como para el español, sobre todo por el libro de un tal Paul, *Alive*, y la subsiguiente traducción al castellano, *Viven*, además de una primera película sobre el tema producida en Méjico. No ya los Andes y en particular su cima más eminente, el Aconcagua, eran objeto de la recreación de mi conciencia ahora, sino también la secuencia mitad objetiva, mitad imaginada, de lo que aquellos viajeros tuvieron que pasar allá arriba -- allá abajo, si medido desde el avión -- en un embudo de alturas de entre las cuales el nombre Tinguiririca parece haber incorporado mayor protagonismo. Inútil hubiera sido pretender ni siquiera una aproximada precisión de dicho punto desde la ventanilla de mi asiento. Tampoco era cosa de incordiar a... ¿quién?, la azafata, tal vez; o al segundo de a

bordo; o al mismísimo capitán. Cualquiera de los modernos jets mantenían su curso y su velocidad de crucero a una altitud rutinaria de alrededor de 10,000 metros, mientras que el avión fletado por aquel grupo de rugby uruguayo con destino asimismo a Santiago, aunque se tratara de una buena máquina parece que contaba con capacidades algo justas, casi menguadas a la hora de remontar con holgura la cordillera, y menos tratándose, como al parecer se trató, de hacer frente a una tempestad. No, no era posible pormenorizar sobre aquella sábana blanca picuda e hinchada el punto que pudiese corresponder al del impacto de la aeronave de nuestros héroes. Así que volví a mirar al Aconcagua que ya lo íbamos dejando atrás y me preparé para la aproximación, cosa de media hora más, al aeropuerto de Pudahuel.

¿Por qué y para qué viajaba yo a Chile? Ambas tonalidades de la misma pregunta convergían en una idéntica instancia; y es que había hecho idea de ello y a partir de ahí se sobreentendían por abundantes y sobradas las motivaciones. Había, eso sí, un dato o plataforma concreta de referencia, de excusa argumental. En noviembre de 1977, y con ocasión del Examen de Licenciatura de la carrera de Derecho, había yo coincidido con Eduardo Martín Letelier, joven chileno que llevaba en España varios años, concretamente en la Costa del Sol de Andalucía, y que estaba dando remate a la carrera de Derecho en Granada. Pero quiero aún recordar que antes de aquel encuentro formal, en el que formamos equipo para realizar el caso práctico jurídico en el que se fundamentaba la parte escrita de nuestra prueba, sí, antes de aquella circunstancia en cierta manera protocolizadora de una premisa de amistad, antes de eso, digo, y en sus venidas a Granada para tal o cual examen de alguna materia ya de quinto curso, final, liquidadora de la

Licenciatura, se había hospedado Eduardo una o dos veces en el Hostal Versailles, de la Plaza de Gracia. Con un hombre como él era muy fácil y muy gratificante entrar en conversación. Su padre era burgalés y llevaba en Chile treinta y tantos años, prácticamente desde después de nuestra guerra civil; su madre, chilena. Pocos apellidos más araucanamente, más absolutamente chilenos que Letelier. En aquella época heroica del Hotel/Hostal Versailles es el caso que Eduardo y yo coincidimos y que charlamos de viajes. Yo le hice saber que una de mis “asignaturas pendientes” era conocer Iberoamérica y, ¿por qué no?, Chile como país más alejado y más... exótico dentro de las nomenclaturas en clave hispánica. Chile, el vencedor de la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia; el experimentador del socialismo de Allende que no llegó a cuajar; con su vecina pero nunca amiga Argentina..., Chile, albergador de una autocracia golpista de corte militar... Baste decir que a nuestro primoroso y romántico cantante Camilo Sesto, por haber aceptado ir a actuar en Chile, la progresía indocumentada lo llamó Camilo-chet!

A Eduardo le pregunté por Chile, bien lo recuerdo, mientras esperábamos el veredicto que de nuestros ejercicios escritos del Examen de Licenciatura hiciera público el benemérito y bondadosísimo don Antonio Mesa Moles, que oficiaba de Presidente del Tribunal de tres miembros; veredicto que, por lo que se refiere a aquella parte que hubiera supuesto, siempre en teoría, el farragosísimo trámite de leer cada uno de nosotros el examen, ... consistió en una amnistía general. Sentados en uno de aquellos pupitres corridos, descalabrados y renegridos de una de las aulas de nuestra Facultad de Derecho, Eduardo me comentó que Chile en aquellos momentos gozaba de estabilidad ambiental en todos los sentidos turísticos y viajeros, sin hacer ninguna cala de intención política ni ninguna otra

valoración que no entrara en consonancia con mis indagaciones de tipo general y relativas a alguien que, cual yo, deseara llegarse hasta allí. Me dijo que las cosas funcionaban correctamente; que los hoteles mantenían un standard aceptable de calidad, y que estaba seguro de que yo tendría motivos de alegrarme de haber visitado su país si, como parecía mi intención, me decidía. Como bonificación a sus palabras, y aun dudando mucho de que yo me sirviera de nada que no fuese mi propia iniciativa, mis propios recursos, y mi tendencia a ir por libre completamente, el bueno de Eduardo me dio la dirección de su casa, y su teléfono; y hasta casi se atrevió a asegurarme que “sus hermanas”, sin especificar nada más, ... que sus hermanas estarían encantadas de conocerme y de acompañarme.

Pues bien, con aquel bagaje de expectativas premonitorias, que era tanto como decir que por el solo impulso de mi iniciativa y de mi curiosidad, era como yo me encontraba viajando hacia Chile, habiendo dejado detrás de mí seis primeros días gloriosos en Río, y otros segundos seis días, tan especiales, de Buenos Aires. Ahora, aquel 23 de marzo, jueves, de 1978, mientras miraba ya rebasado el cono nevado del Aconcagua, y mientras pensaba en la portentosa hazaña de supervivencia del grupo de uruguayos en el Tinguiririca..., mientras todo eso me pasaba por la mente, quise no pensar en nada y prepararme nada más, nada menos, para el descenso hacia Santiago y eventual aterrizaje en Pudahuel. ¿Cuántas veces he dicho eso de que los países huelen; de que su aroma se traduce en palabras, y de que la impresión original que nos causan puede medirse por el peso que trasladan al corazón nuestro? Pues así con Chile nada más llegar a su aeropuerto de Santiago. Las miradas y las sonrisas de las primeras mujeres con quienes me crucé, o con las que tuve que intercambiar las inevitables frases de rigor administrativo ya

me predispusieron positivamente. Si Argentina me olía a tufo de entontecimiento y vanagloria general, Chile, quiero decir, lo que me dio tiempo a percibir en tan subitáneo aunque compacto golpe de vista, me pareció más cordial, dentro de una modestia aseada, de una compostura más espontánea, mucho menos envanecida que la de los argentinos. Pasadas las rondas de encuentros con las mujeres que serán del caso en los primeros días, y que el lector está a punto de comprobar, mi espíritu comenzó a trazar unas rayas de conexión entre Chile y nuestra vecina Portugal. En uno y otro caso mi alma percibiría que sus gentes adoptaban una actitud de esperanzada curiosidad por todo visitante que se les acercara, que les viniera de lejos. Portugal, con el Atlántico por fachada, alimentador de lejanías imposibles plasmadas en fados saudadosos; y Chile, encajonado entre la más alongada de las cordilleras y el mayor océano del planeta, no podía por menos de mirar con expectación, de otorgar el beneficio de la duda a todo aquel que se hubiera decidido a trasladarse hasta su tierra, superando tan abultadas coordenadas de espacio y tiempo. De todo ello seguiremos hablando.

Por consideraciones que ahora escapan de mi escrutinio, es el caso que me hospedé en el Hotel Foresta, un tres estrellas de características algo singulares ya que se había construido sobre el armazón original y apenas retocado de otro inmueble anterior, de forma que algunas de las habitaciones carecían por completo de semejanza con las correspondientes contiguas en lo tocante a diseño. Sin embargo, me gustó. Me asignaron una pieza del primer piso al que había que acceder por una escalera algo angosta. La planta baja se destinaba a servicios de administración; sala de cofres de seguridad; Recepción, etc. Los términos “señor” y sobre todo “caballero” se usan aquí mucho para referirse a personas tanto presentes como no. El dólar USA

parece que recibe un cambio bastante estable de 30 pesos chilenos. Por lo que me dicen en el hotel se puede pagar directamente con \$ USA en cualquier parte. Las camareras del hotel, vestidas de azul, son atractivas en extremo. No me atrevo aún a pasar a definitivos mis juicios sobre lo que llevo vivido en Chile en aquellas primeras horas, pero la impresión es óptima, sobre todo por comparación con Argentina. Era alucinante enfrentar una y otra realidad. Acababa de salir del país vecino donde [siempre con la excepción de mi encuentro con Jorge que por su unicidad irreplicable no cabe en ninguna nomenclatura valorativa] tanto las personas como las instituciones me habían transmitido una sensación de agotamiento empalagoso de lo que, acaso, no lo pongo en duda, hubiera constituido el mayor timbre de gloria en otro tiempo, pero que en la actualidad había devenido obsoleto e inoperante. En Argentina todo olía y sabía a viejo. Y Chile, no obstante, con muchos menos recursos; con un tercio de la población de aquella, se había dado maña, o al menos así me parecía a mí apreciarlo, a presentar ante los ojos del viajero, yo en este caso, un panorama de atrayente cordialidad, de simpatía.

Debí de llegar al hotel a eso de las dos o las tres de la tarde. Decidí para esa misma noche enrolarme en una excursión de Santiago lo más completa posible, y así lo hice a través de los servicios del hotel. A la hora oportuna un mini-bus de la agencia contratada llegó para recogerme. El equipo de apoyo turístico se compone de tres chicos, uno sirviendo de chófer, y los otros dos como guías propiamente dichos. Para sorpresa y agrado míos resulta que en aquella ocasión era yo el único viajero. La agencia, sin embargo, desplegaba todos sus servicios como si el mini-bus se hubiera llenado. La excursión comprendía un recorrido variado y general por Santiago, ciudad que al acumular

mis impresiones de ahora a las de unas horas antes al venir del aeropuerto, me pareció bastante extensa, por ausencia de grandes bloques de rascacielos, aunque compacta, sin nada comparable a las vastas magnitudes de Buenos Aires. Me llevan a la enoteca, recuerdo que una edificación muy al estilo rural pero con refinamiento y buen gusto, en una eminencia desde la que Santiago ofrece una buena vista nocturna. Allí probé un par de sorbos de vino. Chile es un gran productor de fruta en general, y de uva en particular: de ahí la excelencia de sus vinos. De la enoteca me trasladan a la sala de fiestas o de espectáculo típico chileno “La Ermita” en la calle Catedral, en pleno centro. Me doy cuenta de que mi situación de viajero único de la excursión a cargo de aquella agencia me permite saborear los detalles con excepcional intensidad. Cualquier cosa que se me viene a la cabeza sólo tengo que preguntársela a mis guías. Me entero de que la propina está legalizada. Sigo constatando en todos los ademanes de las mujeres un predominio de la sobriedad con un toque de melancolía: mi hermanamiento improvisado de Chile y Portugal en razón de las meditaciones que necesariamente tiene que comportarles su vivir enfrente del mar, teniendo a sus espaldas una formidable cordillera, de un lado; y a Castilla, de otro, respectivamente..., va cobrando fuerza. Mi imaginación trenza teorías interpretativas de la idiosincrasia chilena en razón de lo, todavía, exiguo que he observado en el rostro de algunas de sus mujeres. Ausculto el grado de abordabilidad de mis guías y compruebo que son chicos despiertos y discretos. Les pregunto que si pueden proporcionarme una chica, sí, una chica para que me acompañe todo el tiempo restante de mi excursión, empezando por... ¡ya mismo!; o sea, alguien que quiera estar conmigo el resto de la velada en “La Ermita” y un rato más cuando la agencia haya considerado su cometido llevado a

término. No se me olvidarán los miramientos que puse en un principio para hacerles entender que se trataba de alguien que, sin desmerecer en su apariencia de señorita sociable y presentable, me proporcionase las naturales e ilimitadas prestaciones del caso. Mi cautela y mis recelos venían propiciados por el recientísimo precedente de Argentina donde por comparación con el también inmediato y anterior de Brasil, tan escasamente parecía haber evolucionado la desenvoltura para este tipo de situaciones. Pero Chile no era Argentina, comprobaría yo para sorpresa y beneplácito míos. Por los condicionamientos sociales que fuere, o por las razones de idiosincrasia histórica de que pudiera tratarse, es el caso que Chile en aquellos cuatro días que entonces le dediqué, se me presentó como una ciudadanía mucho más receptiva, mucho más porosa y liberal que la de Argentina, y en el aspecto que aquí nos ocupa ya estaba yo empezando a constatar la veracidad operativa de dichos asertos. Los dos chicos se miraron entre sí como preguntándose si yo hablaba en broma; es decir, si yo instrumentaba tal cantidad de ingenuidad o de desconocimiento de la sociedad chilena, o ambas cosas, como para andarme con tales circunloquios y con tales cautelosas aproximaciones. Me dicen que van a telefonar. A los pocos minutos regresan y me informan de que una chica se halla en camino y de que llegará todavía a tiempo de cenar conmigo, si tal es mi deseo, y de quedarse ya acompañándome el resto de la velada...

Las “blind dates” o “citas a la ciega” entrañan el inevitable riesgo de que pueda o no coincidir, ni siquiera de lejos, la preferencia que cada cual esgrima en un momento determinado, con el criterio instrumentado por los demás. Yo recuerdo que hice especial hincapié, cortés pero enérgicamente, sobre este extremo; y que mis guías me dieron toda suerte de

garantías de que no había problemas; que la chica se marcharía sin ninguna contraprestación por mi parte si a mí no me parecía adecuada, sin entrar en detalles. Siempre se llega a una solución negociada dentro de la propia conciencia de cada cual, en el sentido de conceder un margen de credibilidad a los otros, a los que no son uno mismo: ¿Y si ellos conocen alguna cualidad de la chica que a mí nunca me hubiera sido posible detectar en circunstancias convencionales? Bueno, pues cosas así son las que hacen de estos temas realidades en que la expectación se combina en proporciones congruas con la flexibilidad y con el optimismo... Y eso fue más o menos lo que me ocurrió con Patricia, la chica que los de la agencia me facilitaron como compañera que yo les pedí. Patricia es como una mujer de Rubens: más bien rellenita y no muy alta, pero enormemente servicial, informativa y educada. Me da direcciones de casas de niñas de Santiago. Según sus cálculos hay unas 5,000. chicas que se dedican a dar compañía. Como dato curioso me dice que Robert Kennedy en su visita tiempo atrás fue a follar a uno de los sitios que ella me recomienda concretamente. Hago cálculos: cinco mil chavalas de alterne para una población de tres millones y medio, sale a 1'5 por mil. No es nada del otro mundo. Otra cosa es que tal mercadería se organice profesionalmente en pisos francos... y en establecimientos abiertos al público. Ya digo que la liberalidad de Chile en este aspecto lo ponía muy por encima del empantanamiento e inmovilidad de costumbres que aquejaba a Argentina. En "La Ermita" cenamos y presenciamos un show que contenía entre otros números "la danza del pañuelo" que en sucesivas visitas a Chile tendría ocasión de ver en plan más monográfico. Se trataba de un tipo... de corrido en que los bailarines, ellos y ellas, forman círculos, dejando caer y pasándose un pañuelo que viene a ser como el elemento ilativo

de la representación. Patricia me dice que una vez que ha salido de la casa donde está prestando sus servicios se queda conmigo ya hasta el día siguiente: que no hay problema con el hotel, ya que es costumbre institucionalizada que las chicas acompañen al cliente por la misma tarifa que si se tratara de un rato. Así fue: Ninguna pega por parte de los del hotel Foresta. Patricia se fue a la mañana siguiente no sin antes haberme informado de un montón de cosas. Recuerdo que me costó el equivalente a 7,500. Pts. de entonces, precio que encontré razonable.

24 de marzo 1978, Viernes Santo. He decidido ir a Valparaíso y Viña del Mar y dedicar el día entero a dicha gira. Con la información de Patricia y con la que me prestan en el hotel tengo bastante. Con toda seguridad la ida la voy a hacer en ferrocarril y la vuelta en autobús. Así que me acerco a la estación ferroviaria Mapocho. Allí, y antes de subirme al tren, veo a tres chicas, jóvenes, bastante bonitas, sentadas en uno de los bancos. Parecen universitarias o por lo menos colegialas de los últimos grados de la segunda enseñanza. No voy a tener tiempo -- me digo. Pero algo envalentonado por el ritmo que van tomando las cosas aun en el ... menos de un día que llevo en el país, me arriesgo a abordarlas. Sé que es azaroso, meritorio en extremo lo de abrir brecha así por las buenas, a palo seco, en tres colegialas con las que uno se encuentra en una estación ferroviaria, sin más actos previos, ni presentaciones, ni credenciales. Pero me acerqué a ellas, pretextando alguna pregunta boba y ociosa. Se llamaban Jennie, Rosa, y Ana. Iban a Valparaíso y nos subimos juntos al tren. Mi mejor recurso en estas ocasiones era intentar meter baza con alguna cuestión poética de Pablo Neruda, con la evidente azarosidad de que alguien con mente "pinochetista" a ultranza encontrase en la figura del gran poeta [muerto al poco tiempo de advenido el golpe militar, como recordará el lector] un

motivo más que sobrado para no dirigirme la palabra. Las chicas y yo ocupamos un compartimiento o módulo abierto de cuatro plazas. Pero ocurrió que una señora que había subido al tren después que nosotros no tenía asiento ya que aquella línea solía ser muy concurrida, y yo..., rumboso y sobrado de energías la cedí el mío todo el trayecto, que eran más de dos horas. La señora sí había conocido personalmente a Pablo Neruda y también estaba familiarizada con algo de su poesía. Yo invariablemente solía referirme a lo menos comprometido de él, sobre todo a alguna muestra de su *Veinte poemas de amor...* Las chicas me miraban con extrañeza como sin llegar a otorgarme una catalogación que les pudiera servir de hipótesis de trabajo, y por su parte, la señora me pareció portadora de cierta melancolía por las cosas que mi mención del nombre de Neruda parecían regresarle a su memoria...

El paisaje entre Santiago y Valparaíso, visto desde el tren, no es muy atractivo; más bien terroso, impersonal, algo hosco, falto de verde. El tren, regular; parecido al que cogí en Buenos Aires para ir a ver a mi primo. La sinuosidad del recorrido hace que la velocidad media no pase de los 60 kms./h., parecida a la española. Las tres amigas (o hermanas, que también pudo ser, aunque no lo recuerdo) se despiden de mí al llegar a Valparaíso. Acaso las sorprendí en demasía, como para tomarme en serio. Pero de una realidad sí que quedé yo bien traspasado en evidencia, y era que cualquier mujer chilena le concedía el beneficio de la duda a también cualquiera que como yo viniera desde tan lejos como España y no mostrara más actitud que la impulsada por las naturales y legítimas tendencias que forman la motricidad espiritual, la voluntad de un hombre en su saludable juicio. Estoy seguro de que con aquellas tres niñas podría haber yo soldado una incumbencia frondosa de contenidos de no

habernos encontrado en una circunstancia de fragilidad tan fluyente como la de un viaje, cada uno de nosotros compelido por la tiranía de horarios y de puntos de destino. Creo que hasta llegué a recitarlas el “Me gustas cuando callas”..., en parte porque es uno de los poemas nerudianos que me sé de memoria de principio a fin. Me despedí asimismo de la señora, la cual me repitió encarecidamente su gratitud por la cesión que le hice de mi asiento en el tren. Y me quedé solo. Contaba con tres o cuatro horas para vagar por allí. Me acerqué a Viña del Mar. Vi el parterre inclinado con el reloj de flores; los coches de caballos en el boulevard de palmeras; la Playa de las Salinas, etc. Viña del Mar, como apéndice de Valparaíso en su parte norte es la salida natural de Santiago en lo que a *glamour* turístico y veraniego se refiere: es como si dijéramos lo que Santander y Valencia, como dos modalidades de puerto natural, son para Madrid. En Valparaíso le dije a un taxista que me diese una vuelta panorámica por la ciudad, como a mí me gustaba hacerlo, sin bajarme del coche; y que me explicara cosas. Desde Cerro Alegre la perspectiva de curva de cimitarra que forman la bahía y la ensenada es realmente notable. Valparaíso es la primera salida hacia el mar de los productos chilenos. Ciudad relativamente pequeña en términos comparativos blasonaba del tráfico comercial portuario más importante del país. Los cuellos alargados de las grúas -- “grullas” asimismo, que no otra cosa significa el término inglés “crane” -- prestaban el aspecto activo al panorama. Como dije, la vuelta había decidido hacerla en autobús y hasta emprenderla me sobraban dos horas. Le dije al taxista que me recomendara una buena marisquería, no por lo cara, sino por la relación calidad/precio. Quería hacer una comida tardía, o una merienda-cena temprana y decidí probar el artículo por el que Valparaíso era conocido a nivel culinario

internacional. Seré breve: salí defraudado. Es algo tan simple como la constatación de que cada tipo de aguas propicia la formación, albergue y continuidad de un tipo de marisco cuya carne tiene un sabor distinto en cada caso. Recuerdo que en Valparaíso pedí de los mejores langostinos, y un pedazo del mejor tipo de langosta en existencia: me supieron neutros; no me supieron a casi nada; los adobé con salsa a la vinagreta, y con mahonesa, y ni con lo uno ni con lo otro. Parece que las aguas del Pacífico por su frialdad y por las muchas corrientes que se generan y se desarrollan en sus senos, dan lugar a una carne dura, compacta, y al tiempo menos sabrosa que el marisco venido de las aguas mediterráneas, por ejemplo. Bueno, la prueba quedó hecha y no me quedaron ganas de repetir. Se trataba de experimentar directamente y sin intermediarios.

Ya de regreso en Santiago, me encaminaba desde la estación de autobuses hacia el hotel Foresta, cuando me encuentro con tres mujeres, mejor dicho, con una señora joven en estado visible de gestación, y otras dos chicas; y eso es precisamente a lo que antes me he venido refiriendo; a que sea cual sea la actitud improvisada que una mujer pueda adoptar respecto de un hombre en circunstancias tan volanderas y subitáneas, tan frágiles por provisionales como volatizables por la falta de arraigo de su origen; sea cual sea la reacción, me pareció que nunca podría ser considerada desatenta, ni lesiva, ni de mal gusto hacia el hombre. En la ocasión que nos ocupa y en el haz de segundos que mediaron desde que me vieron, nos aproximamos todos mutuamente y me rebasaron quizás uno o dos metros hasta ponérseme a mis espaldas..., en ese tramo espacio-temporal tan exiguo me pareció oírles decir con esa perfecta seriedad de intención de fondo que soportan las cosas en

broma..., me pareció oírlas decir algo como que... “qué bien estaría que aquel caballero nos invitara a un bocadillo”...

-- “¿Han dicho Vds?” -- me volví yo. Pasamos los cuatro a una especie de confitería-bocadillería de allí al lado. Se trataba de unos encantos de mujeres. Elena, la embarazada, era vecina y amiga de las otras dos chicas: Anamaría e Isabel. Ninguna guardaba parentesco con ninguna de las otras. Habían salido a dar una vuelta, y vivían no lejos de allí. ¡Qué preciosidad de encuentro y qué golpe de fortuna tan espectacular! Las invité a lo que quisieron tomar que, ya puestas y a instancias más, se animaron a comer algo más formal y más de mantel y plato. Las tres me gustaban. La que se hallaba en estado de buena esperanza, o sea, Elena, era una chica joven preciosa, agraciada en sus rasgos. Quedaba fuera de mis conjeturas y proyectos amorios, en primer lugar por su estado, y porque ella con toda naturalidad me dijo que se llevaba bien con su marido. Pero nada más comenzar a estar con ellas, a hablar con ellas, percibí que una profunda pleamar de empatía me estaba adviniendo. Elena resultó ser mi mejor aliada, y ya que la particularidad de su circunstancia, tanto fisiológica como espiritual no hacían aconsejable ni siquiera explorar nuestras posibilidades de encuentro íntimo, sí fue ella la que mejor se encargó de que su entusiasmo por mí, la confianza que le prestó mi persona se transmitiera por duplicado a sus compañeras...

Esa misma noche, la de Viernes Santo, me acuesto en mi hotel con Anamaría, mediante la consabida modalidad de que la chica se queda toda la noche, sin que la Dirección del Foresta ponga el menor reparo ni arguya la menor objeción. Por la mañana la invito a tomar conmigo el desayuno, y me doy cuenta ya más de cerca, más en plan de distendida observación, de que Anamaría es una buena niña, de no más de veinte años. A través

de ella voy coligiendo que la gente ha aceptado que la Junta Militar haya puesto orden en la nación. Yo no llamaría pobreza a lo que golpea a Chile en estos momentos, ni mucho menos. Lo llamaría sobriedad. Anamaría me cuenta cosas desde su óptica no contaminada por ideario político alguno, sino por tener que vivir al día y con ciertas estrecheces. Pronunciada por ella oí por primera vez la graciosa expresión “al tiro”, es decir, ahora, al momento, enseguida, con diligencia, con celeridad: Estábamos incorporados dentro de la cama, dio un salto y me dijo: “Me voy a limpiar al tiro”, y al captar yo erróneamente *el* por *al* pensé que el término *tiro* correspondía a cualquier parte del cuerpo en idiolecto chileno. Cuando después de un exordio justificativo la regalé una cantidad en el entendimiento y la promesa suya de que lo emplearía en algo de necesidad, es decir, en algo que ella habría tenido que adquirir de todos modos, Anamaría no daba crédito a su conciencia. Ella me confesó estarme agradecida en extremo por la invitación del día anterior y me aseguró que se había venido conmigo porque la encantaba mi conversación y todas las cosas que yo podía contarla sobre España, y sobre Europa..., y aun hasta de Argentina y de Brasil. Así que cuando la insistí para que aceptara mi regalo la chica lloraba de emoción y de reconocimiento.

Los del hotel Foresta parecen estar satisfechos conmigo. Llevo dos noches y en cada una de ellas he albergado a una chavala distinta. Noto que me miran y me saludan con una clave cómplice como de estar en el secreto. ¿Y qué otro secreto sino el de que me gustan las tías y que a través de ellas entiendo que es como mejor se asoma uno a la idiosincrasia de un país? Ya voy haciendo acopio de palabras inequívocas, pertenecientes al acervo más consuetudinario chileno. La gente “ubica” no sólo en el sentido posicional de espacio, sino en el sentido de entender,

captar: “No lo ubico”=No lo centro; no lo entiendo. Al taxista de Valparaíso le oí emplear la palabra *mina*, término asimismo netamente argentino, refiriéndose a una chica. Por cierto que durante el desayuno a que invité a Anamaría en el comedor del piso segundo y último del hotel Foresta, muy luminoso y muy acogedor, una de las camareras era francamente atractiva, sostenida por dos preciosas bielas y portando una cara con rasgos de cierta adusta altivez. Tuvo que ocurrir que se le olvidara alguna cosa de nuestro pedido, y que yo, probablemente por el placer de oírla hablar, dado su hermetismo, le tuve que decir algo al señor camarero, encargado y jefe. El diálogo que se desarrolló entre nosotros lo tengo consignado en mi cuaderno y lo transcribo al pie de la letra:

“Camarero.- Claro, se le ha olvidado porque anda enamorada.

Nosotros [Yo, mientras Anamaría escuchaba y miraba].- ¿Es verdad lo que dice este señor, que está Vd. enamorada?

Ella.- Ya pasó”. Aquellos giros captados en toda la riqueza simple de su espontaneidad hacían las delicias de mi alma.

Estamos ya a 25 de marzo de 1978, sábado. Le había prometido a Patricia pasarme por la casa o piso donde ella alternaba, y aquel día lo encontraba yo tan adecuado como otro cualquiera. Recuerdo que me fui al centro de Santiago. Pasear lo percibí como lenitivo. El ambiente es del tipo que gusta; del que accede espontáneo al caminante sin rumbo fijo como yo. Iba pensando en muchas cosas. Pensaba en que con toda probabilidad yo haría algún que otro viaje ulterior a Chile; hice idea de visitar la isla de Pascua, donde me dicen que toda la población forma como una gran familia y que con el extranjero hacen cama redonda. Seguramente se trata de tonterías abultadas. En otro orden de cosas he llegado a una generosa conclusión que dirime todos los melindres y todas las ambigüedades al respecto:

y es que no consiento que una chica que se acuesta conmigo no reciba algo a cambio. Lo primero es que toda contraprestación ha de acarrear una naturaleza económica. Lo segundo es que me es indiferente que la chica me lo pida o no para que yo sienta la correcta justicia de compensarla por su tiempo, por su fluido, por el hecho de estar referida a mí y con ocasión mía. Había consumido buena parte del mediodía y decidí ya ir directamente al piso de Patricia, por tener una idea de cómo podía ser un sitio así en Chile. La dueña del piso, o por lo menos del negocio, era una señora instruida con la que hablé nada menos que del poeta norteamericano Longfellow. No recuerdo los canales que condujeron a tan sorprendente encuentro literario, pero tal fue el caso. Me alegré de que Patricia no estuviera entonces en el piso, porque yo quería probar a alguien distinto. La dueña, de todas maneras, por la propia Patricia tenía magníficas referencias mías. Pasé con Vicky, una preciosa chavala, morena, con pelo de color vino de Burdeos. Sin embargo, tenía más de profesional que lo que Patricia me había mostrado dos días antes. Vicky era muy bonita, algo viciosilla, espigada y con un estupendo chasis. Di por cumplimentado el trámite que en realidad sólo perseguía dejar un saludo para Patricia con la gente de su casa. Probablemente regresara yo al hotel a descansar y a comer algo. Recuerdo que una vez allí recibo un telefonazo. ¿Quién puede ser -- pensé -- a menos que sea de Recepción? Se trataba de Anamaría, mi amiga del día anterior. Me dio una gran alegría que el proyecto de amistad tan volanderamente estructurado en aquel encuentro de improvisación no hubiera caído en tierra baldía. Pero su llamada contenía..., bueno, era para consultarme si yo tenía inconveniente en que Isabel, la segunda de las amigas [recordemos que la que queda es Elena, la embarazada], que si a mí me importaría que Isabel fuera al hotel, a verme, a estar

conmigo. Confieso que yo, por pecar de ingenuo y por pretender ser respetuoso al máximo, a punto estuve de resultar cruel. La pregunté que... a qué se debía aquel deseo, o algo parecido, indagación de toda suerte estúpida en aquel momento, tal vez porque yo esperaba el socorrido y fácil halago de oírle a Anamaría dedicarme un piropo o una pequeña vanagloria a mi personalidad, cosas todas ellas que, de ser ciertas, se justificarían por sí solas y se habían ya justificado en el curso de nuestro estar juntos. No había que hacer ningún esfuerzo para percatarse de que Anamaría después de acompañarme la noche anterior había hablado excelencias de mi personalidad y de mi comportamiento; que Anamaría había quedado impactada de mi generosidad que en aquellas circunstancias de estrecheces para el chileno de a pie, como era su caso, representaba una ayuda significativa; y que siendo como eran buenas amigas, querían repartirse el pastel de mi compañía; y que esto lo habían dispuesto, así, con la mayor de las avenencias y con la más coincidente de las armonías. No, no debí hacer ninguna pregunta estúpida a Anamaría sobre las supuestas razones. ¿Por qué no iba a desear Isabel mi compañía si ello sería fuente de beneficios para ella, igual que lo había sido para su amiga? Con todo, con una leve violencia, como superando la indiscreción de mi pregunta, como reconviniéndome por la inutilidad de mi indagación, Anamaría me contestó que “a Isabel le encantaría recibir el mismo *regalo* que yo le había hecho a ella”. Anamaría empleaba idéntico término con el que yo esa misma mañana, antes de despedirnos, la había cumplimentado, tras las aclaraciones de rigor de que no lo tomara como pago de... lo impagable, pues impagable era como yo veía su intimidad. Y si por mi parte aquello que le decía era cierto, de una elementalísima certeza y verdad, que ha formado parte de mi

código de creencias, tuve la fortuna de que Anamaría lo admitiera de buen grado. Y si en razón de lo espiritual no me había objetado nada; y al mismo tiempo mi regalo la estaba haciendo un servicio canjeable por algo concreto, resulta que estar conmigo sólo contenía instancias deseables. Bueno, para qué seguir. Le dije a Anamaría que, por mí, estupendo; que sería delicioso recibir a Isabel, y que desde ese momento quedaba yo en el hotel esperándola. Esta consecuencia de pequeños factores que arranca del día anterior, de mi encuentro casual con las tres amigas, daría el mayor y más querido de los contenidos a aquella primera visita mía a Chile en marzo de 1978.

Isabel se presentó vestida, muy modestamente pero con elegancia, de azul. Estoy seguro de que se puso la ropa más apreciada por ella, de entre todo lo que constituyera su ajuar entero. ¿Me adelantaré glotonamente al ritmo del relato, declarando desde ahora que me enamoré de aquella criatura? ¿Llamaré la atención del lector en el sentido de que repare en el hecho de que la Isabel del título de esta viñeta es... *esta* Isabel? Aquella chavala me resultó un amor, un pozo de encariñamiento, una portentosa referencia ya a partir de entonces, y para siempre que yo pensara en Chile. Isabel llevaba puesto un vestido azul, muy sencillo, muy como de saldo de grandes almacenes. El día anterior vestía aún más sencillamente si cabe, pero en color marrón. No me cabe duda de que para aquella ocasión de verme había empleado lo más selecto de su ropa interior. Llevaba un sujetador calado, de color negro, que hacía juego con su slip. La encontré preciosa en su modestia, en su recato, en su feminidad. Era delgadita, más delgada que Anamaría, pero más alta; igual de dulce, más si cabe. Cuando nos abrazábamos, su calidez se mostraba en todo el esplendor de sus efectos, porque quedaba yo como injertado en una complacencia térmica que se me antojaba

novedosa, desconocida hasta entonces. Yo amé a aquella chica, creo que no he dejado de amarla desde entonces. Sí, siempre recordaré su cuerpo finito que se enroscaba a todos los meridianos del mío, como una banda amoldable a mis caricias. En el trance de la grapa que unimismaba nuestros alientos, me apretaba y hacía de su ofertorio algo buscado con tanta devoción como ahínco. No era muy habladora. Después de solazarnos en mi habitación subimos a la cafetería del segundo piso. Descubrí que a Isabel le encantaba el “pisco sour”, algo que yo compararía, salvadas las diferencias, con el “mojito de ron” cubano. Entonces sí que recuerdo que la dediqué algunos de los poemas que llevo siempre en la cabeza y que en aquel rato los esgrimí a sabiendas de que su mensaje impactaba de lleno en la conciencia de Isabel. Antes de marcharse me preguntó si me podía volver a ver al día siguiente. Yo la dije que... encantado!; que deseaba con toda mi alma volver a verla, estar con ella, amalgamar mis raptos de transcendencia con la temperatura de su feminidad.

Al quedarme solo en mi habitación advino a mi alma la gratitud dolorosa y única del viaje. Tumbado en mi cama, la radio por azar difundía la canción esa de... “Mi corazón por bandolera”..., interpretada por Salvatore Adamo, y oyendo dicha melodía sentí la convocatoria de la soledad más suficiente y más frondosa de todo lo que hasta entonces hubiera yo considerado como vivencia. A más de diez mil kilómetros de mi residencia habitual, me sorprendí invadido de una pujante dejadez, de una ilusión de tránsito, de una melancolía mezclada con entusiasmo. No pensaba en nadie en especial, ¿para qué? El hondón de mi separación de Isabel había tirado de mí hacia una fosa de concentrada comunión conmigo mismo. Sentí vértigo, vahídos de mareo y puse todo mi empeño en regresar a... la superficie de

las cosas, de lo que fuere con lo que tendría que habérmelas. Lo que quedaba de sábado no podía proporcionarme más -- pensé. Bajé a Recepción, salí un rato a la calle, mejor dicho, a la Avda. Subercaseaux, a la puerta del hotel. Era ya de noche. En ese momento se despedía de los de Recepción una de las camareras a la que en otra ocasión había yo saludado. Se trataba de una chica más bien menuda, morenita y dulce, y se llamaba Corina. Me dijo que por restricciones del transporte aquella noche de Sábado Santo (o de Resurrección, como en cada caso quieran llamarlo) se veía precisada a tomar un taxi hasta su casa. Yo tenía ganas de charlar con alguien distendidamente, intentar apartarme la marejada de melancolía que me había advenido el rato anteriormente descrito, y así, la pregunté que si la podía acompañar; que lo haría con mucho gusto, y que la invitaba. No dijo nada, se sonrió, y nos subimos al taxi que en ese instante había llegado. Era un buen trecho el que teníamos que hacer. El taxista, buen conversador también, se percató de que viajar conmigo sólo podía reportarle ventajas. Me fijé en que Corina era... casi, casi bonita, porque atractiva y empática lo era sin lugar a dudas. Yo me atreví, así, muy de pasada a preguntarla, mejor, a dejar caer algún comentario cuya respuesta por parte de ellos, quiero decir, tanto del taxista como de Corina, tuviera que incluir necesariamente cierta opinión fundamentada, si no juicio de valor. Así, me dijeron que la queja más general respecto al régimen de Allende es que había que hacer colas para comprar cualquier cosa simple que siempre estuvo y que ahora seguía estando al alcance de todos. Me di cuenta una vez más del agrado expansivo que generaba la mujer chilena, encarnado en las dos, tres... o cuatro con las que yo había tenido ocasión de cambiar impresiones, y sí, me daba cuenta de que aquel muestreo era mínimo, irrisoriamente menguado como para alzarlo a

módulo portador de validez para todo un país. Pero al mismo tiempo no dejaba de ser una sospechosa casualidad el hecho de que criaturas tan distantes y tan distintas entre sí, en lo que a formas de vida se refiere, en lo que a menesteres se refiere..., como las tres chicas de la estación; Patricia, y sobre todo, Anamaría, Elena, Isabel..., sí, no dejaba de comportar una tremenda coincidencia el hecho de que todas ellas me hubieran mostrado un fondo de sorprendida gratitud, un crédito confiado respecto de la instrumentación de mis intenciones... Y ahora Corina apuntalaba la regla. La complicidad emocional entre ella y yo subía de grados. Era algo carente de mediciones pero que empapaba el ámbito. Yo no daba credibilidad a mi conciencia. Tan sólo hacía un cuarto de hora que Corina y yo habíamos tomado asiento en el taxi y pasadas aquellas rondas de conversación, ya se había producido un tema de incumbencia mutua, un argumento compartido, de interés recíproco, alentado por sí fuera poco por el avispa taxista que, en las intervenciones con las que el hombre cortésmente se permitía contribuir a la conversación, se había decantado por formar alianza conmigo, en el sentido que fuere y que sólo mi alma estaba dispuesta a entender. Corina mostraba una pupita, como un arañazo gracioso e invitante en la comisura izquierda de su boca. Al llegar a su casa, es decir, a la de su madre, nos dice al taxista y a mí que su marido está en Punta Arenas !! “¿Y lo dice Vd. Ahora?” -- me pareció que la preguntamos o que quisimos preguntarla al unísono el taxista y yo. Adorable mujer esta Corina. Estoy seguro de que nos hubiéramos quedado juntos de haber mediado por parte mía instancias de más persuasivo requerimiento. Pero no podía ser: hubiera sido tensar demasiado el bramante de la estética, provocar una desazón en el alma de aquella mujercita tan aseada de domesticidad, tan amablemente

recordable. Corina me evidenció que con las mujeres chilenas en cualquier momento puede surgir la eclosión de una nupcia, de una identidad de anhelos, de una curiosidad compartida. No, no podía ser: hubiera acarreado un desgarró acaso demasiado violento para tan dulce criatura no haber llegado a casa de su madre cuando ésta la esperaba; no hallarse en el lugar en que la llamada de su marido hubiera hecho sonar el teléfono. Lo dejamos así. Puse mis labios en la mejilla de Corina y regresé con el taxi al hotel Foresta.

Domingo 26 de marzo 1978. Los ratos que pasaba en mi habitación los empleaba en recoger notas que vertía en un cuaderno maniobrero con rayas, de calidad paupérrima, pastas azuladas que se iban descolorando, de 15 x 21 cms., marca Tempagka, y que me había traído de Rusia acaso como muestra de que cosas así costaban el equivalente de tres o cuatro pesetas si uno había adquirido rublos en el mercado libre. No, no sé por qué, pero el caso es que el grueso de mis apuntes para el viaje que comenzó en Brasil y que después de mis visitas a Argentina, Chile, Bolivia, Perú..., terminaría en el vuelo que hice desde Caracas a Madrid, ya de vuelta a casa..., la casi totalidad de mis notas, digo, las iba trasladando a un lugar tan poco ostentoso como un cuaderno que me había costado menos de un duro. Sí, pasaba los ratos escribiendo, pensando, escribiendo y escuchando la radio. Tengo apuntado literalmente: “Nunca he oído tanta música ligera española como en las dos tumbadas de siesta de Santiago de Chile: Julio Iglesias, Camilín, Nino Bravo, José Vélez, Perales, Raphael”. Bueno. Pues eso digo y eso transcribo ahora al pie de la letra.

No es éste el momento de enredarse con cuestiones pormenorizadas sobre coloquialismos y expresiones idiolécticas de los chilenos. El castellano que se habla en las distintas

España es uno de los más portentosos motivos para el entusiasmo que yo dediqué desde un principio a estas tierras. De todos y de cada uno de ellos, y en la latitud que les corresponda dentro de los escritos míos, se ha dado ya cuenta [hasta la fecha, por lo que se refiere a Argentina únicamente] y se seguirá dando. Chile no era excepción. Además de lo que cada cual pueda adquirir por lectura directa de literatura chilena, ahora y a efectos de estas Memorias mías, me refiero a esos términos, pocos acaso, pero incesantes en el uso de los hablantes; o en el supuesto de que trato aquí, de esas voces que bien por estar proscritas, o bien por llevar consigo un significado absolutamente distante del asignado en la lengua castellana de España..., por eso y por las razones que en cada circunstancia fuere de aplicación, a mí se me aparecían como realidades reseñables. Es muy difícil para un español peninsular prescindir de la voz *pico* en un país como Chile, tan hermanado y tan determinado por una de las cadenas de ellos, de picos, quiero decir, tan ostensibles como Los Andes. Todo el mundo sabe que dicho término traslada en “chileno” el sentido de órgano sexual masculino con toda su crudeza. Pero como justa contraprestación, en Chile y en Perú, pero sobre todo en Chile, lo que nosotros llamamos apuestas futbolísticas o quinielas, allí recibe la denominación de “Polla-gol”, realidad que no debiera infundir reproches de ningún hablante castellano, puesto que la acepción tergiversada y volcada hacia lo sexual que aquí en España recibe es absolutamente gratuita y nacida de quién sabe el cruce o avatar lingüístico que sea. Por lo tanto, son en este caso los chilenos los que con toda propiedad pueden asignar a las quinielas el nombre de polla, de grulla, ... de gallina o de lo que mejor les venga en gana. Legal. Lo que ocurre es que no es menos cierto que las cosas son como en cada caso son, por haber

estado siendo así y porque nadie las ha modificado en esa su forma y su constitución de ser. Y ocurre que un castellano puro como yo no es posible que deje de sonreírse cuando oye decir a un locutor por radio textualmente: “Quince millones de polla chilena le acaban de corresponder a Vd., señora”.

Constantemente se escucha el término “huaso, huasito”, por campesino, hombre de extracción más bien humilde, que vive en el campo; “dije” equivale a simpático, agradable, sociable, etc. Asimismo, y parecido a lo que instrumentan los catalanes, los nombres de pila de las mujeres, cuando en su ausencia se refiere alguien a ellas, suelen emplearse precedidos por el artículo: “La”... fulanita; “la”... menganita, cosa que suena extraña a alguien educado en Castilla, ya que precisamente dicho uso se nos ponía de ejemplo de zafiedad y falta de refinamiento expresivos.

A la hora de comer me fui al centro y en un restaurante-pizzería que hacía esquina entre la Avda. Providencia y la de Pedro Valdivia, me tomé una lasagna riquísima y un postre de melón y durazno [lo que en castellano de España llamamos melocotón] sabrosísimo igualmente. Continué mi vuelta por el centro y antes de regresar al hotel me pasé por la casa de niñas, de una de ellas, quiero decir, que me indicara Patricia, justamente la que mereciera la visita del Kennedy aquél de que se tratara. Me gustó: era una casa de putas tradicional, carente de lujos pero con comodidades, y dotada de habitaciones espaciosas. Me follé a Sandra, una morenita encantadora, a través de la cual envié recuerdos a Patricia pues según me dijo Sandra, se conocían. Una cosa elocuente y positiva de las hetairas chilenas, y supongo que de todas, de las que están en pisos o casas y de las que lo hagan por libre, es que cobran al final de la función, y en todo momento dan ejemplo de

compostura y de saber estar. Ya sé que estos menesteres están lastrados por una carga de contingencialidad pasajera y olvidadiza; que son remedios de urgencia, de usar y tirar para situaciones de repuesto... Sí, lo sé; y que toda pretensión de injertar ambigüedad y medias tintas en lo que está claro, es pura bobería, una instancia desiderativa fantasmagórica con flecos de imbecilidad senil. Las putas son... eso, putas. Pero siendo lo que son, una medicina, de uno depende tomarse la tal medicina como mejor crea conveniente. Si el punto fatídico que marca toda la diferencia es que al cabo de la fiesta se reciba dinero contante y sonante, dinero concreto mediante el cual el contrato de servicios se ha llevado a término, si tal es el factor inequívoco que dirime toda pretensión de confundir y de proyectar sombras donde no hay más que claridad..., no es menos cierto que a nadie le puede disgustar que las mercenarias sean educadas, que conserven como mejor puedan los quilates de su feminidad; cuantos más, mejor; que no empleen expresiones soeces, y que esgriman ese protocolo de buen gusto como entiendo que es, por ejemplo, no hablar en absoluto de dinero y recibirlo en todo caso cuando haya concluido la sesión de compañía. Pues eso era precisamente lo que encarnaban las jóvenes chilenas: compostura, simpatía, comprensión..., sin dejar de ser putas. Una vez más, siempre una vez más, se entretenía mi conciencia repasando lo paradójico de la vida. Yo, como casi todos los hombres, no sentía empacho en confesar haberme topado con multitud de putas que se comportaban como decentes; y con multitud de “decentes” que se comportaban como putas. Y aquellos que decían haber encontrado a una decente que se comportaba como tal [no hablo de excepciones, porque ya se sabe que apuntalan y reafirman la regla], la evidencia me demostraba que mentían. Ellos sabrían por qué. Yo tan sólo lo imaginaba, y es que el sentido absurdo

que el españolito tiene del ridículo le insta a pretender negar la evidencia, con la estúpida ilusión de creer que de esa forma se salva él... y se hunde todo lo demás. Al españolito le engañan como a un chino: le venden el mejor coche supuestamente del mundo, que resulta ser un cacharro: averías, gastos, desfases, etc. Que no pierda nadie el tiempo preguntándole cómo le va el coche. Antes de reconocer que lo han engañado, o que se ha engañado él solo -- ¿engañarle a él; engañarse él? -- defenderá a ultranza que su coche le funciona a las mil maravillas. Y empleo el ejemplo del coche porque ninguno como él ilustra mi aserto.

Regreso al hotel y en la tumbada que constituye mi siesta sigo escuchando con la radio bajita buena parte del cancionero de moda español. Tengo en mi cuaderno de apuntes: “Este mismo domingo me vuelvo a acostar con Isabel que va a mi habitación a las 19:15”. Y así fue. Llegó a mí vestida con el mismo atuendo del día anterior: azul. Su ropa interior era negra. Para qué hablar de más: Preciosa mujer; preciosas sus entregas, su dulzura exacta. Como sabía que la gustaba, después de nuestra sesión de intimidad subimos a la cafetería-bar del hotel y la invité a un “pisco-sour”, de Martini doble que --acabé probándolo yo -- estaba francamente rico.

En este momento debo participar al lector un blanco absoluto, y es que no recuerdo cuándo ni a través de qué servicios había yo gestionado el vuelo para La Paz (Bolivia) el día siguiente, lunes 27 de marzo, a eso de las 14:30 pm. Dudo que lo trajera ya abrochado desde Buenos Aires, pero no lo descarto. Probablemente lo confirmara el sábado por la mañana allí en Santiago. No es importante a efectos del argumento del relato. Sólo tengo que mencionarlo porque Isabel me aseguró que Anamaría y ella se pasarían por el hotel antes de que yo saliera para el aeropuerto, con el fin de despedirse de mí. ¿Qué

iba a decir yo? Pues que aunque la cordialidad que tanto ella como Anamaría habían desplegado conmigo era más que suficiente para hacerme sentir gratificado y dichoso, si tal era su voluntad de despedirme..., pues que, bueno; que se lo agradecía doblemente. Y así quedamos.

Es curioso que sólo hacia el final absoluto de la estancia de cuatro días que en esta primera ocasión dediqué a Chile fue cuando se produjo el contacto del que germinaría el desarrollo más trabado y más duradero de mi relación con este país. Me quedaba en la recámara un único cartucho que había estado remiso de usar, como dudoso de que fuera el momento; albergando la vacilación de que en aquella cala que yo había efectuado por libre, a mi manera, “a lo maverick”, pudiera no encajar la familia de Eduardo. Me parecía que ello constituiría mezclar lo asentado institucionalmente con lo independiente individual. Pero el caso es que pudo más la curiosidad, siempre la curiosidad, que ninguna otra instancia. Y ese mismo domingo por la noche, después de que se marchara Isabel y antes de retirarme a mi cuarto, llamé al número que en Granada me había dado Eduardo Martín Letelier el día de nuestro examen de Licenciatura en Derecho. Esos momentos en que el teléfono, mediante los pitidos que fueren, mediante las percusiones que fueren, o ruiditos, o timbrazos, desempeña su cometido..., están preñados de esperanzada perplejidad, de una impaciencia desasida de todo atisbo de razón, o de proyecto, o hasta siquiera de lógica. No, no es fácil así de sopetón y por teléfono hacer de emisario de uno mismo; hacer de presentador y de cosa presentada... En fin, lo mejor que pude, dije quien era, dije que era amigo de Eduardo. Era presumible que al pronunciar este nombre y dejar caer algún que otro detalle más sobre las actividades que compartíamos en España, en Andalucía, y que

habíamos compartido en Granada, quienquiera que fuese quien atendiera al otro cabo del teléfono se sintiera más que cumplimentado por las credenciales tan de primer orden que yo esgrimía... Bueno, fue muy poco en realidad lo que tuve que aducir, porque nada más comenzar el hilo de mi presentación, la voz de mujer que había respondido al teléfono expeditó al máximo, quiero decir, dio como por sabido todo lo que yo pudiera aportar como certificaciones de mi personalidad..., y del hecho de hallarme en Santiago de Chile. Al enterarse de que al día siguiente volaba a Bolivia..., la voz de mujer, ya no recuerdo si en aquel punto del tramo de nuestra conversación, me dijo que se trataba de [uno u otro nombre]... pero que en cualquier caso era hermana de Eduardo, pues bien, aquella voz de mujer pasó el teléfono a una segunda voz de mujer, al parecer con mayor capacidad de decisión que la primera... ¿El amigo español de Lalo? Claro! Me conocían de oídas. ¿Que me marchaba ya mañana? [momentos de consulta... previo ruego de que no me retire del teléfono]..., que, ¿en qué hotel estoy? ¿En el Foresta? ¿Y que a qué hora sale mi vuelo? Venga, que a eso de las 12:30 me van a recoger y me llevan al aeropuerto. Que... encantadas, y hasta el día siguiente! Yo no cabía en mí de asombro y de satisfacción por el buen curso que había tomado aquella postrera gestión de cortesía con la familia Martín Letelier, que había yo dejado para el... último momento. Me alegré de que por cuestión de pocos minutos... acaso no coincidieran Isabel y Anamaría con quienes formaran la representación de la familia de Eduardo. No es que me importara, claro, pero lo encontraba poco airoso y un mucho inoportuno. Así que con todas aquellas expectativas de finalísima hornada me retiré a intentar descansar.

Lunes 27 de marzo 1978. Típico estado de ánimo de quien se va de un sitio con el que se estaba ambientando y se prepara para llegar a otro desconocido. Mucha tensión y mucho agolpamiento de emociones; concernimiento por dar un remate digno al estado de cosas que nos ha acompañado hasta ese momento. Ahora mi pequeña zozobra..., bueno, pequeña o grande, según se mire es la improbable virtualidad de que mis amistades se concentren simultáneamente y el especial protocolo iniciático de cada instancia quede deslucido. Si Anamaría e Isabel llegan a su hora, aun concediendo una holgura de hasta quince minutos de retraso, evitamos la coincidencia con... quienquiera que venga de la familia de Eduardo. Y por suerte, Anamaría e Isabel se presentan puntuales, recatadas las dos, como estando en el secreto, cordialísimas. A mí me habían caído las dos fenomenalmente bien, pero no podía esquivar que la proclividad del corazón mío, el sesgo que las centrifugacidades de mi alma habían tomado apuntasen con palmaria evidencia hacia Isabel. Y era bello saberse amado, elogiado, reconocido..., lo que cada cual quiera, por dos chicas que a su vez eran amigas y que armonizaban dentro de aquellos supuestos tan bien avenidos de amistad la referencia íntima que cada una había celebrado conmigo. Isabel en nombre de las dos me hace entrega de una cajita paralelepípeda pequeña, de madera, con tapa corrediza en su parte superior, conteniendo un juego de fichas de "dominó", con leyendas amorosas y expresiones de cariño escritas por ella misma en todos los lados. No puedo abstenerme de reproducirlas aquí: "En una noche de otoño te conocí, y en una noche de otoño te perdí. Tu amiga de siempre Isabel.- Con cariño de Isabel.- ¿Pensarás en mí? ¿Pensaré en ti? ¡Sí!.- Sé feliz en tu vida. Con cariño de alguien que nunca te olvidará. Isabel

Undurraga. 27-Marzo 1978. Santiago - Chile”. Inolvidable gesto e inolvidable criatura. Las dos, Anamaría y ella, como mujeres chilenas típicas que eran, ilustran con esta epifanía aún más si cabe el sentido que mi captación sociológica configuraba respecto de las premisas sobre las que ya especulé, a saber: que la mujer chilena, teniendo a sus espaldas el costrón empinado de Los Andes como barrera formidable entre ella y el resto del inmenso territorio del cono suramericano, ejercita una preciosa nostalgia de mirar hacia el mar; algo parecido a lo que les ocurre a los portugueses, según Unamuno. [Todas mis amigas chilenas quieren que yo las escriba, sabedoras de que la esperanza de novedad tan sólo puede venirles de fuera, de lo lejos, como el “feliz caballero” de la “Sonatina” de Rubén]

Las estreché a las dos a la tabla de mi pecho. Con Anamaría rocé mis mejillas; con Isabel, los labios. Me quedé de nuevo solo. Regreso desde unos cincuenta metros del hotel por su parte trasera, hasta donde habíamos llegado andando mis amigas y yo. Entro en Recepción y me dirijo al baño, a adecuar mi compostura para lo que se me avecinaba, intentando recomponerme de aquel agolpamiento lírico. Salgo y...

-- Sr. Ramos, dos señoras le esperan en la sala -- oigo que me dice el recepcionista. Exquisito ajuste de tiempo. Ni por ordenador se hubiera calculado mejor. Por un... pelo no nos hemos encontrado. Pero feliz y saludablemente nadie ha interferido con nadie...

Lo que presencio ahora es una dimensión absolutamente distinta de todo el diseño femenino con el que me he venido relacionando en Chile durante estos mis cuatro días de estancia. Veo a dos mujeres... ¿chicas? bueno, veo a dos hermosísimas hembras que conforme me voy acercando a ellas van dando suelta a una sonrisa cada vez más expansiva, más conciliadora.

La sala de máquinas de mi cerebro se pone a tope... ¿Quiénes son? -- me pregunto. Tienen que ser las hermanas de Eduardo..., sí, él me había hablado de “sus hermanas”, ahora lo recuerdo bien. Tendrían entre treinta y ..., no, probablemente sólo alrededor de treinta años, bien vestidas, y guapas, lo que se dice, eso, guapas, bien tratadas, bien cuidadas, si se quiere y sin entenderlo ni como rasgo minusvalorador ni como reproche *progre*, con aire de “señoritas” que siempre hubieran dispuesto de servicio, de criadas o colaboradoras domésticas o lo que cada cual y en cada caso entienda por la noción a que me refiero... ¡Vaya par de mujeres! -- parece que se dijo mi conciencia al verme en presencia de aquel dúo de regias hembras. Sí, se trataba de dos de las tres hermanas de Eduardo, Chabela (<Isabel) y Lui (<Lucía), casada la primera y con tres niños; y soltera por anulación de su único matrimonio, y sin descendencia, la segunda. Las dos hermanas conformaban una realidad sobresaliente de salud y reciedumbre estéticas. Hice lo que pude. Confieso que aquella mostración me cogió desprevenido. Pero bueno, ya digo que hice lo que pude. Nos presentamos todos dando por sabido que todos también estábamos en antecedentes de nuestras recíprocas identidades. Faltaban dos horas hasta la salida oficial de mi vuelo; así que dedicamos unos minutos allí, en el hotel Foresta, a recorrer los primeros y más imprescindibles tramos de nuestra mutua justificación de encontrarnos. Les supliqué dos, tres instantes para recoger mi equipaje y para despedirme de los empleados del hotel, que volvieron a dedicarme una sonrisa de complicidad temática, algo que traduje más o menos ya como... “hasta el mismo momento de su partida este tío está metido en faldas”. Las dos bellísimas y fragantes hermanas me invitan a subir al coche, un Toyota conducido por Chabela, y continuamos nuestra

charla, rumbo al aeropuerto. Es un verdadero disparate de cosas las que quiero decirles a las dos: Hablamos de su hermano Lalo (Eduardo); de España, de Chile, de todo. Sí, todo junto pero no revuelto, podríamos decir aquí con propiedad. Les cuento que vengo de Argentina y de Brasil, como escalas previas. Comentamos sobre los argentinos a quienes yo había conocido, y de su creencia de que Chile tenía bien ganada su notoriedad de pueblo agresor y belígero. Yo deseaba mostrarme ecuanímicamente enterado de todo aquello cuya mención me sirviera como credencial de mi interés por Chile; de mis conocimientos sobre el país que hasta dentro de un par de horas me estaría oficiando de anfitrión; y así les hice saber mi incumbencia por la crisis del Canal de Beagle, con Argentina, que ya comenzaba a enconarse; y puesto que volaba a La Paz, también les hice saber la transcendencia geopolítica que había tenido en su momento, ya hacía un siglo, la guerra entre Chile, Perú y Bolivia; y cómo este último país pugnaba por recobrar una salida al mar por el así llamado “pasillo de Arica”. Me decían las hermanas de Eduardo que Chile no podía costearse una propaganda a su favor para contrarrestar la torcida imagen que de él se tenía en el exterior, con motivo del golpe militar de Pinochet, y de la muerte de Allende; que por eso el actual gobierno favorecía la entrada de turistas para que viésemos y experimentásemos personalmente. En la media hora que más o menos duró nuestro recorrido hasta el aeropuerto de Pudahuel, y en la otra media hora que consentí que Lui y Chabela me acompañaran antes de proceder yo a la zona exclusiva de viajeros, seguimos charlando de todo lo imaginable. Hasta hubo tiempo de que me ilustraran con una frase tipificada en que los términos más obvios modificaban su sentido visual con respecto del español de... España. Así se venía a decir: “Vamos a juntar

una *vaca* (dinero) para comprar una *burra* (coche) y salir con las *cabras* (chavalas)”...

Pero se van cumpliendo los trámites del viaje y tengo que separarme. Lui y Chabela... o Chabela y Lui, para el caso, han sido un esplendoroso punto final de mi estancia en Santiago, que ha desbordado mis previsiones más optimistas. Me voy cargado de una fenomenal dulcedumbre, de un enjambre de planes, de futuro inmediato, cuyos caminos, apenas entrevistados..., cuyos procedimientos balbucientemente diseñados convergerán tercamente en una prodigiosa y exuberante realidad: Lucía Martín Letelier, “Lui” a partir de ahora.

Cargadoras de fardos: Frontera Zapana-Desaguadero entre Bolivia y Perú, marzo 1978

Aquel magnífico viaje que me estaba ocupando dos tercios completos del mes de marzo de 1978, y que me había lanzado desde Dakar (Senegal) a Brasil; de allí a Argentina; luego a Chile, y que en Santiago había experimentado su *highlight* con el encuentro de las bellísimas Lui y Chabela, hermanas de mi compañero en Granada, Eduardo Martín Letelier..., aquel recorrido espectacular y novedoso, digo, al despedirme de Chile comenzaba su repliegue de velas. Había que regresar a España, pero no sin antes acercarme a Bolivia y a Perú, para ya definitivamente enfilarse la vuelta vía Caracas. Estamos a lunes 27 de marzo. En el aeropuerto de Pudahuel (Santiago de Chile) me embarco en un avión de la Lloyd Boliviana, una de las compañías pioneras y próceres de Suramérica, sobre todo según el sentimiento nacionalista y patriótico de los bolivianos. Ahora pendo de lo que me depare La Paz en lo tocante a altitud y a las supuestas irregularidades que pueda sufrir mi organismo. Las opiniones son para todos los gustos: desde que no pasa nada hasta que se marea uno nada más bajar del avión. El jet de la Lloyd es un Boeing 727 que se comporta con suficiente normalidad. Los pilotos de estas regiones están familiarizados con el grado de excepcionalidad que comporta volar por encima y a través de los puertos y de las hendiduras de Los Andes. Me pasmaba y me avergonzaba del cortísimo conocimiento que disponía yo sobre Bolivia; bueno, quiero decir, siempre en proporción al que pudiera desplegar respecto de otros países suramericanos; prácticamente, si se me apura, hasta de sus propios vecinos. Pancho, el chaval boliviano que también asistía al Goethe Institut en Radolfzell (Alemania) a

últimos de 1971, no me había supuesto una plataforma de intereses ni de inquietudes intercambiables con los míos más allá de la solidaridad anecdótica de nuestro residir en Radolfzell, y del viaje que hicimos en mi coche al cantón de Ticino, al sur de Suiza, donde otros dos amiguitos, también del Goethe, tenían a sus respectivas familias. Medio año más tarde, ya en el verano de 1972, en Passau (Alemania) con motivo de mi siguiente curso de alemán asimismo con el Goethe, había coincidido con Emy, la bolivianita, aunque raras veces nuestras esporádicas conversaciones versaran sobre asuntos de su país y que a través de la competencia de mi compañera pudieran interesarme. Fue sólo años más tarde, esta vez en Berlín, verano 1978, y durante el curso de repaso de alemán que también me regalé con el Institut, es decir, pocos meses después de este viaje por Suramérica que ahora estoy relatando, cuando conocí a un muchacho boliviano, más formado, de mucho mayor peso intelectual que Pancho y Emy. Supongo que mi reciente visita a su país le habría significado un interlocutor válido, probablemente para sorpresa suya. En efecto, una de las realidades sobre Bolivia que sí que habían tenido cabida en mi incumbencia histórica, era la conocida como Segunda Guerra del Pacífico, o la que en alianza más o menos de circunstancias con Perú, había sostenido contra Chile, para perder todo su litoral marítimo. Las ciudades del Océano Pacífico, las dos en territorio chileno, más cercanas ahora a Bolivia desde sus puntos fronterizos de Charaña y Sajama, eran Chacalluta, por tren; y Arica, por carretera, respectivamente. Ambas comunicaciones discurren por el así y antonomásticamente llamado “pasillo de Arica”. Unos kilómetros arriba la ciudad peruana de Tacna remachaba y recordaba el cerrojazo hacia el mar de que había sido víctima Bolivia. Durante todos estos más de cien años

transcurridos Bolivia había seguido moviendo los hilos de la diplomacia internacional sin, al parecer, conseguir progreso alguno. Yo recordaba haber leído textos del peruano Manuel González Prada en una Antología de Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit, que mi colega Donald Yates gustosamente me había prestado allí en nuestro despacho de la MSU, a partir de la tan pretérita fecha de 1961. Aquella prosa incendiaria y veheméntísima de González Prada me había calado; sobre todo porque era la reacción de un perdedor, de alguien que desde el bando de su propio país, Perú, exteriorizaba una como a modo de catarsis nacional, de auto-inculpación y de auto-enardecimiento ante la tragedia que había supuesto la derrota a manos de Chile. No recuerdo bien los detalles de geo-política pero son fácilmente asumibles con sólo mirar a un mapa. Las pérdidas territoriales de Perú, más o menos significativas, no comportaban en ningún caso una modificación ni traumática ni esencial de las características de su territorio nacional. Lo de Bolivia, sí. Lo de Bolivia había supuesto una amputación en la parte más viva, más neurálgica de su territorio; aquélla que hacía posible que su país tuviera costa. Ahora la pérdida de ese pedazo, el empujón tierra adentro que le había propinado Chile había dejado a Bolivia sin más comunicación o apertura hacia el mar que la proporcionada por los ríos tributarios de la cuenca amazónica (Beni; Mamoré..., ambos afluentes del Madeira), es decir, a costa de recorrer una buena parte del mazo territorial de Brasil, que es tanto como decir de toda América del Sur. De esa realidad geo-política sobre estos países andinos sí tenía yo información prácticamente desde siempre, en razón de mis afinidades literarias y librescas en general. Mi segundo amigo boliviano, el de Berlín, recuerdo que se refería a Chile como a uno de los Estados más beligeros de toda la América hispana, y le tildaba de agresor, asesino y cosas

así. Yo, por supuesto, le escuchaba sin permitirme pasar juicio alguno de valor sobre el particular. Simplemente tomaba nota y llegaba a la conclusión de que muchas cosas habían tenido que ocurrir para haber llegado a... donde se había llegado.

La parte de esta empanada que por la secuencia temporal correspondería en aquel momento a la atención de mi conciencia, no dejaba de recrear y rellenarme todas las estancias de mi pensamiento; si bien, y con régimen de inmediatez mi concernimiento tenía suficiente con especular sobre la realidad de descender del avión y encontrarme justamente a cuatro mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Para alguien aprensivo y vulnerable como yo la cosa tenía toda la entidad imaginable. Despegar de Santiago de Chile, a menos de 1,000. metros de altitud, y aterrizar a más de 4,000. no era cualquier cosa... Esto de las altitudes se conforma con especial coherencia al principio de la inmunización adquirida. Sin ir más lejos, desde los 700 metros sobre el nivel del mar en que se encuentra Granada capital hasta los 3,400. del emplazamiento del pico Veleta en Sierra Nevada, el viajero motorizado puede experimentar el progresivo acople por el que su organismo va pasando, y el juego de recursos que automáticamente se van poniendo en marcha con el fin de contrarrestar esos más de 2,500. metros de diferencia en altitud con los que uno se enfrenta. Nada hay mejor que ascender en coche. A los dos mil es probable que los oídos negocien algún pequeño chasquido, como el golpecito de un tapón que percute dentro de la cabeza. A los tres mil es muy posible que a uno le parezca encaramarse por la parte superior o casquete de un sombrero, cuya parte ancha lo constituyeran las nubes que se van quedando abajo, con una plataforma o pradera blanquecina. Al llegar a los tres mil cuatrocientos metros, el cuerpo, sabio y natural, en esos aproximadamente cuarenta y cinco o cincuenta

minutos que dura la subida, ha tenido tiempo de hacer acopio de defensas, tan gradualmente asumidas, tan congruente dosificadas, que ninguna de las tres o cuatro veces que he llegado en coche a la cima absoluta del Veleta, he experimentado mareo, náuseas o cualquier otro tipo de desarreglo esperable. Pero, una vez más, lo de subirse a un avión en 700 metros y bajarse en 4,000. era otra cosa.

Confieso que buena parte del vuelo tuvo a mi conciencia ocupada en conjeturar lo que podría o no podría ocurrir. Conforme la llegada a La Paz se iba haciendo cada vez más inevitable, más inminente, y por ese componente pueril dentro de la condición humana de pretender obtener protección y alivio con cargo a la solidaridad de los demás, recuerdo que en una pasada que dio el segundo de a bordo por el avión, le pregunté con cierta ansiedad que... que... qué le parecía a él todo eso del asunto del mareo y de la altitud. El hombre -- ¿y qué otra cosa podría haberme dicho? -- me tranquilizó y me encareció que no me preocupara. Me dijo algo como... “¿No ve Vd. lo bien que está Vd. ahora dentro del avión? Pues hágase a la idea de que cuando baje a tierra sigue Vd. protegido por las mismas condiciones de presurización que aquí dentro”...

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de El Alto. Se abren las puertas del avión y comenzamos a desalojarlo. No éramos muchos los pasajeros; ni había ni siquiera autobuses para llegar a la terminal, porque todo era de tamaño manejable; mucho menos pensar en alguna manga o túnel elevado, uno de esos “air bridge”. Bajo del avión y quiero interpretar en el ademán y la actitud de todos los demás un algo así como: “¿Lo ve Vd. como no pasa nada? Ya se lo habíamos dicho”. Echo a andar hacia la terminal, con pinta de edificio más bien modesto. Esto es Bolivia y estamos en 1978. Al trasponer la puerta que

separa la estancia propiamente dicha del asfalto del exterior... percibo el advenimiento de una bocanada de dejación, de desasimiento, todo como muy atemperadamente, sin violencias súbitas ni traumatizantes, ... La ví venir, lo entendí, y sin perder más tiempo solté lo que llevaba en las manos y me tumbé en el suelo todo lo largo que era...

Cuando desperté tenía una mascarilla de oxígeno que sujetaba una chica joven, sonriente, empleada de la Lloyd, mientras que a mi lado, dos hombres, empleados del aeropuerto, y pertenecientes a “primeros auxilios”, me atendían. Me habían colocado en una camilla y a ésta la habían puesto sobre una hilera de asientos de la sala de espera... “Se apunó el caballero” - - oí decir a la joven con cara de india. Lo comprendí todo de golpe, en mi despertar del desvanecimiento. Mi recuperación fue inmejorable. Como mi pérdida de la conciencia ocurrió antes de que hubiese accedido al control de llegada de pasajeros; o sea, antes de mi identificación por medio de la entrega del pasaporte a las autoridades en cuestión, con todo comedimiento me preguntaron... si podía enseñarles dicho documento... y alguna cosa relativa a mi alojamiento. ¿Lo traía reservado desde Santiago? Creo que no. Allí mismo, y en la típica colecta de información y de prestaciones con que se solidariza el público con el desvalido, como era mi caso, allí mismo la azafata de tierra que hacía de enfermera, me aconsejó el hotel Sucre. Muy bien. Pues el hotel Sucre. También procedí a cambiar dinero, cosa que impactó sobremanera a mi todavía cuidadora, pues aunque me habían retirado la mascarilla de oxígeno al ver que me recuperaba; que mi pulso adquiría su ritmo de siempre, etc., la azafata, digo, quedó complacida de mi orden y concierto cuando al entregar un billete, creo que de \$ USA 100.- para cambio, procedí a apuntar su número de serie en un listado de la

divisa que iba yo cambiando y gastando... “Eso sí que es organización” -- me dijo la guapa aunque achaparradita joven. Me despedí de aquella gente del aeropuerto que tan generosamente se habían comportado conmigo, y me metí en el taxi. Como quedó dicho, el aeropuerto de El Alto está a unos 4,000. metros de altitud, y hasta llegar a La Paz hay que bajar un poco, como rodeando las circunvoluciones de un embudo, porque eso es lo que parece La Paz desde el altiplano. Es impactante el descenso. El bruñido de un sol mortecino prestaba un colorido inédito a las casas que se agarraban a las lomas, a las faldas de las colinas. Los indios luciendo sus proverbiales sombreros, como orinales del revés, sólo que sin asa. Las mujeres me doy cuenta de que llevan zapatillas planas, con lacitos, lo que pudiéramos llamar “manoletinas”. Otras van descalzas. La “movilidad” de mi transporte, o sea, el taxi me dejó en el hotel Sucre, en el mismo centro de La Paz, en la Avda. 16 de julio. Bien porque se lo dijera yo, bien porque el taxista había sido informado por las autoridades sanitarias que me habían atendido en el aeropuerto, el caso es que los de Recepción se hacen cargo de mi condición “especial” y me recomiendan que no me pegue caminatas cuesta arriba; que me lo tome con tranquilidad y que “no me canse”. Bueno. Bajo ningún supuesto pensaba yo incurrir en trabajos forzados. Vagamente aunque con puntualidad inequívoca vino a mi conciencia lo poco procedente que sería procurarme compañía femenina con quien celebrar un ‘cuerpo a cuerpo’ en boliviano. Pero ni aun mi más optimista sentido de las cosas encontró objeción alguna al principio de abstinencia que La Paz iba a significarme. Contraté para tan sólo dos fechas, prometiéndome que al día siguiente, martes 28, dedicaría todo mi tiempo a ambientarme y a merodear por donde hiciera falta. Esa misma noche, antes de retirarme a mi

habitación, cosa que el sentido común me estaba pidiendo de todas las maneras, me di una pequeña y cautelosa vuelta por los alrededores del hotel. Casi a la entrada conocí a un argentino que estaba hablando con dos chavalas, Alberto R. Osuna, de Rosario, y de profesión ‘Contador público nacional y Gerente comercial’ como rezaba la tarjeta que me entregó, con membrete de Metalúrgica Rada S.R.L. Si traigo estos detalles a mis escritos, con evidente peligro de caer en lo desproporcionado respecto de detalles tan poco relevantes, el caso es que lo encuentro obligado porque no puedo olvidar el aspecto de “don Juan” de aquel chico: rubio, alto, bien parecido, simpático como él solo. Le conté que me había mareado y que abrigaba serias dudas sobre, bueno, sobre la conveniencia de someter al corazón a un bombeo demasiado violento en caso de encontrarme con “hembra placentera”. El argentino me participó que a él le habían asaltado los mismos recelos, pero que los había desechado y que había estado “cogiendo” con una de las empleadas del hotel. Aquella versión, que contenía todos los rasgos de un relato de guaperas incontinente, la verdad es que en boca del tal Alberto me amenizó sobremanera y me subió el ánimo. Estos argentinos -- pensaba yo -- ni aun en ambientes tan poco atractivos para ciertos menesteres como indudablemente era entonces La Paz..., ni aun en ambientes así dejan de ser castigadores y presuntuosos. Celebré conocer a aquel muchacho, y la prueba es que al cabo de más de veinte años que estoy escribiendo esto, guardo con amigable respeto la tarjeta con la que él cumplimentó nuestro intercambio de protocolo. Informé a Recepción que me retiraba ya hasta el día siguiente, y recuerdo que hicieron que me acompañara un ‘botones’ que me dio a beber un “matesito de coca”, la mejor medicina contra el “apunamiento”; todo ello, claro, con los saludos de la Dirección del hotel. Tengo registrado

en mi cuaderno de notas: “La cama de mi hotel Sucre tiene unas sábanas suavísimas: es de lo más cómodo”. Comprobé que el té de coca-mate, o comoquiera que técnicamente haya que llamarlo, operaba como arma de dos filos, porque sin dejar de ser indicado para el mal de altura, a mí me desveló la primera noche de estancia en La Paz, impidiéndome descansar cumplidamente, o por lo menos como yo creo que hubiera querido, con el consiguiente quebranto.

Martes 28 de marzo 1978. Comienzo a funcionar a mi aire. Por medio de la Dirección del hotel gestiono con un taxi el servicio de un día entero, de momento. Me presentan a don Antonio Hervás, dueño de un coche de esos grandazos, modelo americano y todavía en estado aceptable. Le comento la posibilidad de que se venga con nosotros alguien, de guía, preferiblemente chica, versada en la historia de cualquiera de las particularidades que puedan surgir sobre la marcha. Tras las oportunas prospecciones, aparece la Sta. Mercedes, algo feílla, con pocas trazas de indigenismo por lo que respecta a rasgos de indio aymará; o sea, casi completamente europea pero, como digo, poco atractiva. Lo primero que me pregunta es que si conozco a Mario Vargas Llosa. ¿El escritor? Sí, claro. Le digo que de nombre, ¿quién no lo conoce?, aunque por desgracia mi nivel de lectura de los autores que constituyen el así llamado “boom” hispanoamericano deja mucho que desear; que el tremendismo costumbrista que se encierra y que se elogia en la mayoría de las publicaciones al uso, no me convence. Me entero por don Antonio de que Mercedes, que se apellida Llosa, es prima o pariente en grado más o menos equiparable de proximidad, del escritor peruano. ¡Pues qué bien! ¡Acabáramos! -- pienso. A ver si ello se traduce en algún aspecto de competencias de aplicación a las incumbencias mías. Trazamos

un esbozo de plan para la jornada. Por la mañana nos vamos a dedicar, lo primero, a arreglar todo lo relativo a mi pretendida visita de Cuzco y del Machu-Picchu; y de allí, el vuelo de regreso a Madrid, ya sin más dilaciones. Tanto don Antonio como Mercedes me consta que ponen su mejor voluntad. Me llevan a la mejor Agencia de viajes, donde barajamos las posibles alternativas. Lo del viaje a Cuzco ha de realizarse desde Puno, también ya dentro de Perú, y la manera más conveniente es en el tren que tarda 12 horas en dicho recorrido. Todo ello [estamos a martes] para el jueves, ya que el miércoles habría por fuerza que pernoctar en Puno para subirse en el tren por la mañana temprano del día siguiente. Conjugo ventajosamente la obtención del billete aéreo mediante la tarifa oficial, sin descuento alguno, pero también con derecho a modificar el horario y hasta la fecha en caso de necesidad. No las tengo todas conmigo. Hay tramos del viaje que no se pueden asegurar de antemano. El billete de Cuzco a Madrid me lo dan como reservado para el viernes 31 de marzo. Lo de mi desplazamiento hasta Puno y la obtención allí del billete de tren hasta Cuzco para el jueves, decidimos hacerlo por tierra y en mi caso, contratando al señor taxista Hervás que en las dos horas escasas que llevamos de rodaje me está dando una buena impresión. Tenemos ya el resto del día por delante y... ¿a dónde ir? Les digo que si me pueden llevar al Titicaca, a dar una vuelta por allí; a ver lo que nos vaya surgiendo por el camino. Así lo hacemos. A través del cruce con Chipamaya y de Batallas nos acercamos a Huarina. Allí conocemos a Paulino Esteban, miembro destacado de una familia dedicada de por vida a la construcción de balsas de totora, réplicas y antecedentes de las Kon-Tiki y otras con las que modernos aventureros siguen con sus especulaciones respecto de la posible travesía del océano Pacífico a cargo de

comunidades polinésicas a la costa suramericana, y al contrario. Paulino me regala, con su autógrafo, una foto en la que aparece de pie, tocado con el gorrito típico de orejeras, sosteniendo en sus brazos y como acunándolo, un modelo de juguete de balsa, allí, en una especie de dique o astillero. Nos dimos con él una vueltecita por el Titicaca. Nos contaba don Antonio, el taxista, corroborado por Paulino, que Bolivia disponía de “marina de guerra”, representada por una barcaza o cañonera que prestaba sus servicios de patrulla en la parte del lago de dominio boliviano. Aproveché la concurrencia de Paulino, Mercedes y don Antonio, por el orden que se quiera, para sonsacar la mayor cantidad de información con probabilidades de veracidad, ya que, mediante el matiz y el contraste de tres opiniones, pensé que dispondría de más y mejores elementos de juicio para forjarme mi propia opinión. Hablamos de detalles pintorescos y de cosas de más calado. Me contaban que no sé qué Presidente de la República había concebido iluminar toda la cima del Illimani, de 6,462 metros, allí, a unos 45 kms. ligeramente al sureste de La Paz, aunque dicho capricho se llevara por delante buena parte del presupuesto nacional. Me decían también que Bolivia tiene el 60% de indios de un total de población de unos seis millones de habitantes. Yo, al tiempo que barruntaba lo que parecía un lugar común en los libros de geografía y en los repertorios de macroeconomía y geo-política, a saber: que Bolivia era un país muy pobre y atrasado, y que tendrían que pasar muchos años antes de que pudiera codearse con las civilizaciones más avanzadas, simultáneamente les comentaba yo a mis acompañantes que el pretendido paraíso comunista y redentor que el barbudo del “Ché” Guevara pretendió inocular allí, fracasó por completo. A mí aquello siempre me había parecido y me seguía pareciendo el mejor antídoto de sentido común y de instinto de supervivencia

contra todos los visionarios profetas de vía estrecha. Y el catecismo del castrismo, que se las prometía muy felices, pensando que iba a prender entre aquellas pobres gentes bolivianas, que andaban muchas de ellas descalzas, que hablaban aymará y quechua junto con el castellano..., aquella chapuza marxistoide de cuatro listillos que querían vender una burra que no era suya y quedarse con el dinero..., aquel proyecto de exportación del credo de los barbudos tocados de Kalasnikov, tuvo su justa correspondencia en la ráfaga de tiros que se llevó con los pies por delante al “comandante de la divina presencia”. Mis interlocutores no quisieron entrar en temas así, pero bien claro me dejaron entender que los bolivianos habían preferido seguir siendo pobres pero haciendo lo que habían venido haciendo toda su vida, que no convertirse en más pobres todavía, esclavizados y haciéndoles el caldo gordo a los avispados de turno. Confieso que el ejemplo de Bolivia es uno de los que más me han ilustrado en cuestión de filosofía sociológica y de convivencia.

Al regresar a La Paz me quedé a solas con Mercedes, después de haber concertado la hora de salida hacia Puno para el día siguiente con don Antonio. Fue a través de éste como gratifiqué los servicios de Mercedes. Y lo hice con creces. La verdad es que la chica vendió su presencia y poco más; porque el tipo de excursión al aire libre, al Titicaca, que hicimos, no requería de mayores explicaciones que las que mi vista y mi percepción pudieran proporcionarme. Mercedes hizo más que nada... bulto; pero yo me las compuse para que ella sintiera que sus servicios habían merecido la generosa compensación de los \$ USA que la dí a través de Antonio. Fue un acto de liberalidad por parte mía; para que se acordase de mí. Ahora que nos habíamos quedado solos, paseando a pie, la dije que me llevara a

un centro de comunicación. Desde allí puse un telegrama a Cristina, la venezolana-francesa, por si de pura chiripa entraba en sus posibilidades dejarse caer por el aeropuerto de Maiquetía en Caracas durante mi tránsito; y que de todas formas yo iba a estar otras quince horas más en La Paz, por si podía acusarme recibo de mi mensaje y confirmarme lo que fuere. Mercedes, a todo esto, y para sus más bien menguadas posibilidades económicas y ambientales, se hallaba deslumbrada por el “poderío” financiero y de “movilidad” que yo desplegaba: había alquilado un taxi y los servicios de una guía turística supuestamente especializada, para una jornada entera, sin escatimar gastos. Ahora enviaba un telegrama express, entrega inmediata, sin reparar en tarifas; al día siguiente acometería en taxi el viaje hasta Puno. La pobre Mercedes estaba impactada por los manejos de un simple español, de la Madre Patria, que se desenvolvía tan opulentamente. Ella no tenía por qué percatarse en toda su plenitud real del hecho de que aquéllas iban a ser mis tres últimas jornadas en Suramérica; y que todavía contaba con algunos cientos de dólares para gastar sin más miramientos. Me importaba poco llegar al aeropuerto de Barajas sin más dinero que las pesetas suficientes para tomar el par de autobuses que me trasladaran a Alcalá de Henares, si es que no me fuera posible contactar a mi amigo taxista “Tendilla” para que me fuese a recoger. Con todo, y como postrer regalo de mi liberalidad a Mercedes, la sugerí que se viniera conmigo al hotel a... eso, a estar juntos, a acompañarnos. Su temperamento pacato, su estrechez de mente... la impidieron acceder a mi invitación. No se lo reocriminé. Fue mi regalo final, además de los \$ que, en su capacidad de empleada turística, recibió de mí por no hacer prácticamente nada. Poder contar a sus amistades o a sí misma que un caballero español la había hecho proposiciones de

intimidad, y que ella las había declinado, lo sentía yo como la más cara de mis munificencias. Me despedí de ella y me fui al hotel.

29 de marzo, miércoles. Don Antonio Hervás aparece a la hora señalada. Trae su coche limpio, oliendo a ambientador silvestre. Bien. Se trata de enfilarse hacia la frontera de Zapana (Bolivia) / Desaguadero (Perú). Dejamos atrás La Paz. Me voy definitivamente sin follar de Bolivia, por miedo a las repercusiones cardiacas de los cuatro mil metros de altitud. Tengo anotado en mi cuaderno: “El viaje por tierra, en taxi, de Bolivia a Perú es épico: Sin asfalto los caminos”. Aquella anotación sin duda que tuvo que hacerse en clave de síntesis, a modo de resumen compacto. Porque lo que sí recuerdo es que el viaje en coche desde La Paz (Bolivia) a Puno (Perú), de unos 350 kms. requirió en total nueve horas. Por supuesto que todo aquel tiempo no se empleó en rodar, sino que vino desglosado en diversos menesteres. De momento, la frontera referida es el típico apaño de compadreo acomodaticio permitido por los dos países vecinos, con unas horas de operación y otras horas de cierre, más o menos estipuladas y establecidas por el funcionario de turno. Mi taxista conocía algo sobre el particular porque, como sabedor de que íbamos a llegar a una hora de no funcionamiento de la frontera, durante el camino me pareció que conducía con toda la parsimonia del mundo. Al pasar por Tiahuanaco el hombre se detuvo dando por hecho que a mí me gustaría visitar unas ruinas... incaicas, o qué sé yo! Por no desairarle me acerqué al sitio de las excavaciones: Era un enorme cuadrilátero, como los cimientos de un edificio, en el que aparecían figuras, y otros motivos de salvaguarda arqueológica. Ya digo que no quise desairarle al bueno de don Antonio Hervás,

asegurándole que no me importaban las ruinas, de tantas como había visto en mi vida.

Al llegar a la frontera ocurrió lo que ya habíamos previsto, y que el taxista, de manera bien intencionada me había escamoteado, a saber: que el funcionario del lado de Perú estaba comiendo o echándose la siesta, y que había que esperar a que el camaranchón que servía de sede de los servicios de frontera y aduana se abriera. Claro que por mi parte no había problema. Hubiera podido adentrarme andando, sin más trámite, en territorio peruano. Pero a los bolivianos se les exigía un control identificativo, y todavía más llevando un vehículo. Así que disponíamos de una hora y pico hasta acercarnos por la barraca donde le visaran el paso a mi taxista. Aquella espera constituyó una de las lecciones en vivo y en directo de sociología más memorables de mi vida. Don Antonio había colocado su taxi, no sé si por puro azar o con toda intención, pero supongo que no, que fue una pura chiripa el que el coche quedase enfrente, mirando justamente hacia el punto donde por medio de unos bidones y un palo atravesado, se producía el paso de frontera de los de a pie, aprovechando una especie de vaguada entre dos cerretes que hacían del sitio un embudo estratégico fácilmente controlable. Allí una vez más se me puso de manifiesto que el que quiera encontrar tiranos respecto de los pobres, no tiene sino que ir a buscarlos de entre los mismos pobres. Por eso de las condiciones económicas que se van forjando, y con las que los nacionales de un país tienen que vivir y habérselas en el momento histórico dado de que se trate, es el caso que los bolivianos entraban a Perú, compraban género, y regresaban a Bolivia donde la reventa de lo comprado en Perú les permitía... vivir, o acaso y por lo menos malvivir. Era impresionante ver a las mujerucas éstas del bombín negro con forma de orinal; de las

cuatro o cinco capas de enaguas o ropajes interiores; zapatillas planas o... pies descalzos... era impresionante verlas cargadas con fardos de un volumen por lo menos igual al de su propio cuerpo, a veces mayor. Parecían estas esforzadas criaturas formar parte de un bulto al que le hubieran crecido piernas... ¿De qué productos se trataba? Parece que de todo un poco: cosas de confección; artículos de limpieza, calzado, etc. Ahora bien, lo más pintoresco del caso para alguien cual yo, era contemplar cómo unos “aduaneros” con cara de perro, vestidos de uniforme como de ordenanza de noche, o todo lo más como de limpiador de cristales de una empresa de Ayuntamiento de pueblo, les “exaccionaban” a los pobres mercaderes transeúntes lo que, según me parecía ver, les daba la real gana. El diseño era más o menos siempre igual: Llegaba el importador del producto peruano al paso fronterizo; se sucedía una conversación entre él (o ella), -porque ya hemos dicho que normalmente eran mujeres las que desempeñaban este menester acemilero- y el peruanito, con cara de perro indio; y el cuadro se cerraba mediante la rebusca y entrega de la cantidad que fuere al dueño y señor del puesto. Yo no discuto que ello fuera un uso establecido, y probablemente el menos malo de los posibles; pero digo que para mí constituyó todo un cuadro de costumbrismo socio-político. Aquella frontera y aquellos cobros, a ojo, a los importadores bolivianos, a cargo de los facinerosos funcionarios peruanos, “por el puente (sic) y punto fronterizo de Desaguadero” [así lo tengo consignado en mis apuntes de viaje] fue una de las realidades que más me ilustraron. Ni recibos ni nada de nada, sino solamente la voluntad de los canes de presa que haciéndose acompañar su pose autoritaria de una varita a modo de batuta, acaso desarrollaran la más beneficiosa de las actividades, pero acaso también protagonizaran el pisoteo de derechos humanos

más rotundo, más vejante, más ultrajante y más vilipendioso del planeta.

Yo, cada vez más engolosinado con la observación de aquel tremendo show, sin querer... o queriendo, me fui acercando con el fin de no perder detalle. Ahora ya me interesaba todo: las caras, las expresiones que pudiera captar, etc., aunque el esquema tendía a repetirse: Gesto de displicente prepotencia por parte de los amos y señores de la “aduana” de salida de Perú; y caras redonditas, enrojecidas, de las mujeres bolivianas que apenas traslucían su contrariedad o su impotencia, de tan consagrado como parecía ser el sistema. Uno de los “negreros”, al constatar mi curiosidad constante entre ellos y los “contrabandistas”, me invitó a retirarme y a esperar sentado dentro del coche. Llegó don Antonio y me informó de que el funcionario que visaba los documentos ya se había reintegrado a su puesto, y hasta allí nos dirigimos. Ya dije que este tipo de oficinas de control fronterizo de parajes como el que nos ocupa estaban al cuidado de algún que otro piojoso que, mientras duraba su trago, su siesta, su comida, o lo que fuera, dejaba desatendida la garita y uno tenía que esperarse sin más. Se trataba, en efecto, de un barracón donde sin más protocolo nos pusieron un sello, a mí en el pasaporte, y a don Antonio en una especie de tarjeta de tránsito.

Y así continuamos el camino, adentrándonos en territorio peruano. Yo siempre tuve la impresión de que los bolivianos ni han olvidado ni pueden olvidar la amputación de su territorio que les supuso la Segunda Guerra del Pacífico del siglo pasado. Ahora bien, aunque tanto Bolivia como Perú lucharon teóricamente al menos en el mismo bando y en contra de Chile, lo cierto es que la victoria de este último país sobre los otros dos no perjudicó gravemente a Perú en ninguna de sus facetas o

características geo-políticas. Perú sigue disponiendo prácticamente de su inmensa cornisa al Pacífico, con -- según dicen -- algunos de los más impresionantemente ricos caladeros de pescado del mundo. En la península de Paracas algún que otro programa convencional de TV en clave de documental nos ha mostrado las gigantescas instalaciones allí montadas para proceso de los productos marítimos. Como digo, no perdieron nada irremediablemente esencial. Pero el caso de Bolivia fue, como sabemos, dramática y cualitativamente irreparable, ya que el empujón hacia arriba que pegó Chile en todo aquel territorio es como si hubiera metido el hombro a lo bestia en el vértice suroccidental de Bolivia y lo hubieran subido hacia el Titicaca, convirtiendo a Charaña, ya tierra adentro, en la ciudad más próxima al Pacífico, pero nunca a menos de 200 kms. Tal era la magnitud del zarpazo que los chilenos habían propinado a sus adversarios. Las pérdidas de Perú, más que de territorio, que lo fueron, podían considerarse de prestigio nacional, ya que todo se reducía a que en vez de formar frontera por el sur únicamente con Bolivia a lo largo de la línea del río Loa, ahora y sólo que mucho más al norte, también la formaba con Chile a lo largo del célebre “pasillo de Arica”. Así, las pérdidas territoriales de Perú, aunque nunca desdeñables, se habían reducido al colgajo a modo de preservativo bañado por el océano en toda su parte occidental, entre el citado río Loa y su actual frontera con Chile. El criterio boliviano venía a compendiarse en el resentimiento de que, si los chilenos era seguro que nunca devolverían lo ganado, los peruanos -- sus otrora aliados bélicos -- sí que podían arreglarles el problema, permitiéndoles a su vez, y dentro de su territorio, trazar otro pasillo que arrancando desde Charaña discurriese por debajo de Tacna. Sin embargo, Perú no parece conceder actualmente mucho crédito a su antigua aliada Bolivia, y de ahí

que los peruanos, en palabras de don Antonio Hervás, y sobre todo después de contarle yo mis impresiones sobre el paso de mercancías por el puesto fronterizo de Desaguadero..., los peruanos, digo, eran todos unos “fregaos”, término acrimónico que repitió en varias ocasiones y en diferentes contextos, y siempre con sentido peyorativo y contumelioso.

Pero seguimos avanzando por aquellos caminos de tierra hacia Puno. Y llegamos, ¡tan sólo después de nueve horas desde que salimos de La Paz! Considerando los aproximadamente 350 kms. de distancia y las paradas realizadas, la media horaria de la marcha del vehículo no sobrepasó los 60 kms./h. Ya en Puno comenzó el chalaneo respecto de mi traslado a Cuzco al día siguiente. No sé quién o a través de quién se me sugiere el servicio de otro taxi. Me cobraban 10,000. Soles [1\$ USA = 130, al mejor cambio oficial]; o sea, unos 75.- \$. Pero pretendían nada menos que cobrármelos por adelantado, es decir, aquella misma noche anterior a la salida de la mañana siguiente; y por si fuera poco daba la casualidad de que el coche destinado virtualmente a transportarme tenía el parabrisas roto de una pedrada. Imagínese el lector la tremenda dosis de confianza que inspira un diseño como el que estoy esbozando. Unida esta realidad a la no menos perentoria de que en Perú me parecía que todos los hombres tienen pinta agitanada: pelo como grasiento o abrigantado; patillas largas y lacias, sin cuidar; cromosoma de indio facineroso... digo que unido todo con todo, me impulsaron a declinar enérgicamente la propuesta del taxi o coche privado. Nos quedaba la más convencional y mejor: la del tren de vía estrecha. En ésta -- como me está pareciendo que funcionan buena parte de las cosas en Perú -- prima la corrupción del soborno, del sobrepago y de la gratificación. Mediante la correspondiente propina a la oficina expedidora de billetes, o a

un revendedor “oficial”, don Antonio, mi taxista, me ayuda a conseguir un billete privilegiado para el vagón buffet. De otra manera, sin propina quiero decir, uno se tendría que haber ido a otro de categoría inferior. Bueno. El tema de los transportes parece que queda abrochado hasta Madrid. Ahora lo que falta es salir ileso del portentoso viaje de tres semanas justas por Suramérica porque -- si bien materia de otras viñetas de estas Memorias mías -- Perú resultaba ser la ballesta que me lanzaba a casa después de haber saltado -- ya lo dije -- desde Senegal (donde estuve dos días) a Río; de allí a Buenos Aires; de allí a Santiago de Chile; de allí a La Paz... El resto lo ha ido comprobando el lector. De aquella noche del miércoles 29 de marzo en Puno no conservo el más mínimo registro. Tuve por necesidad que pernoctar en algún sitio, y lo que no recuerdo es si me despedí de don Antonio Hervás entonces, o también pernoctó él en Puno para acompañarme hasta el tren a la mañana siguiente, y regresar ya de día y sin más contratiempos a La Paz. Me inclino por esto segundo, sí. Quiero creer que el bueno y leal de mi taxista boliviano consumió sus funciones de transportista y me dispensó “movilidad” hasta el mismísimo tren para Cuzco.

Jueves 30 de marzo 1978. Me despido del Sr. Hervás y me subo al tren. El vagón de “super lujo”, clase extra, con buffet a que me hace acreedor mi billete es como un clase segunda español de los de los años cuarenta. Me dicen que la clase inferior tiene los asientos continuados, sin mesa, sin servicio de buffet, sin prácticamente nada. El vagón de clase superior en que me acomodo está casi en su totalidad ocupado por una excursión de italianos del Sur de Sicilia; el pasajero que se sienta enfrente de mí es un peruano joven, finito, con los típicos rasgos de gitano dado de brillantina algo dulcificados. En algo debe exteriorizarse el hecho de viajar en el compartimiento de “super-

clase”. Me subo al tren con una media hora de antelación, para asegurarme en lo posible de que mi asiento me pertenece. Entre mi vecino y yo se puede abatir un tablerito que arranca desde debajo de la ventana, y sirve de mesa. El viaje, de menos de 400. kms. me informan que dura medio día entero, es decir, doce horas cabales. Antes de que arrancara el tren, allí en el andén de la estación de Puno me fijo en que se pasea un guardia, un muchacho uniformado de verde, con ropa de confección basta: botas negras y limpias, luciendo un pistolón al cinto; el tío parecía un general con mando en plaza. Se me antojaba que estos prójimos habían heredado, en versión corregida y magnificada, la pasión del españolito por los uniformes, sobre todo en las épocas de carencia, como por ejemplo nuestra post-guerra en la que, por un irremediable parentesco con la preeminencia de los militares de profesión que, nos gustara o no, habían ganado la contienda..., por una inajenable relación entre cualquier tipo de uniforme y la clase social que ostentaba (o detentaba, acaso !) el mando..., por todo ello, digo, al españolito de las épocas de depresión tan imponente le parecía cualquier vestimenta que no fuera la de un ciudadano civil [Y si no, que se lo preguntasen a algunos de nuestros amigos “cadetes” de la Academia Militar, que en pleno verano, con los cuarenta grados justicieros al sol de Castilla, salían encorsetados y hieráticos en el blindaje de su recién ganado atavío kaki, dispensando magnánimamente sus miradas entre el bello sexo, sabedores de que de ellos era la gloria, y de que a ellos pertenecía el reconocimiento]. Al ver al peruano este, policía, vigilante, militar... todo en uno, pasearse con la mirada como indiferente a las cosas terrenales, por ocuparse en trascendencias de más alto vuelo, sí, al ver a este indio moreno, a este “morocho” pavonear su marcialidad a lo largo del andén de la estación de ferrocarril de Puno, pensé que

esto de los uniformes era algo muy serio en estas civilizaciones de bananerismo autoritario.

Nada más comenzar el viaje me percaté de que el tren era la forma más conveniente, con mucho, de trasladarse hasta Cuzco. Todo lo demás, todo aquel rollo macabeo del transporte privado despedía un tufo a estafa y a un... “si te he visto no me acuerdo”... Sí, decididamente, el tren es lo mejor. La velocidad viene a ser de entre 35 a 40 kms. a la hora. La puna, páramo o soroche es toda la planicie mesetaria de tierras altas próxima a Los Andes, el llamado altiplano, y contiene sin duda una belleza adusta, continuada. Un tipo de matojo ralo, sobrio, como en colonias, a modo de copetes desperdigados parece la única vegetación que se aviene con el despeinado del viento. Se divisan ejemplares de la fauna característica de estos parajes: llamas, o tal vez vicuñas, acaso alpacas, quizá guanacos. Por más que me esfuerzo no logro traer a mis entendederas principio o dato de conocimiento que me permita distinguir entre uno y otro tipo de animalito. Lo sigo intentando y... no lo consigo. Ya en España, y en el momento en que estoy redactando esta viñeta, sí puedo echar mano de alguna fuente de información. La llama - - aproximadamente un tercio del tamaño del camello -- es la más corpulenta de las cuatro especies, y con un peso de unos 120 kgs. Tiene casi las mismas medidas de alta que de larga, aun cuando su cuello, parecido en su trazado al del cisne, la da a veces una altura engañosa, como engañosa es también la apariencia de docilidad que le prestan sus mansos ojos, negros y suaves. Aun cuando su pelo puede ser de varios colores, las diversas tonalidades de marrón son las predominantes, existiendo algunas llamas blancas que los indios de tiempos pretéritos adoraban como dioses. La llama puede viajar hasta 30 kms. diarios con sólo un alto para pastar, ya que se niega a comer de noche.

Saciado su apetito, continúa la marcha con un gracioso balanceo del cuello completamente independiente del movimiento de sus patas. Por término medio la llama puede llevar hasta 40 kilos de peso, y es gracioso constatar que si el animal se cree sobrecargado se deja caer en el suelo y nada lo hace mover hasta que no le quitan el peso que le han puesto de más. La vicuña es la especie más pequeña de toda la familia, tanto en estatura como en fuerza y corpulencia. Con cabeza muy grande para su cuerpo, de unos cuarenta kilos de peso y mirada vacía en sus ojos mortecinos, la vicuña parece el miembro menos agraciado del clan. Pero lo que la falta en belleza y gracia de movimientos lo compensa con la finura y valor de su pelo: De color uniformemente marrón rojizo, la piel de este animal es la más suave y sedosa del mundo, así como la más valiosa...

Mientras miraba a través de la ventanilla del tren, claro es que no disponía de este repertorio informativo de doctrina erudita, que ahora acabo de verter a este escrito mediante una breve consulta bibliográfica. Pero el resultado era parecido al que muchos años atrás, en 1964, cuando al atravesar el país de Islandia desde Siglufjordur hasta Reykjavik, podía divisar normalmente en grupos o manadas, conjuntos de poneys o caballitos que a mí me parecían de juguete, y que de momento generaban en mi conciencia la pregunta de si tendrían dueño..., allí en medio de lo que a mí se me antojaba como un vastísimo y espectacular páramo; o si, por ejemplo, cualquier ciudadano que, pasando por allí, se diese maña a capturar a alguno, podría sin más considerarse dueño de él, como “res nullius” típica que accediera a su captor sin violencia de principios. Me voy enterando de que el viaje hasta Cuzco recorre el trazado de un ángulo levemente obtuso cuyo vértice se produce en La Raya, a 4,319. metros de altitud exactamente, y entre las localidades de

Santa Rosa, al sur, y Sicuani, por arriba. Hasta allí todo el recorrido se realiza en progresivo y suave ascenso, prácticamente imperceptible. A partir de ahí, y hasta Cuzco, se va bajando. Efectúo una pequeña comprobación: la ciudad de Puno a orillas del Titicaca se halla a 3,870 metros, unos cuantos más tan sólo que el lago (3,856.); y Cuzco se encuentra a 3,467... No es mucha la diferencia de ninguna manera, pero aún así se trata de 850 metros entre máxima y mínima. Probablemente fuese La Raya, y si no en Sicuani, donde además de la parada correspondiente me bajé a cambiar algunos dólares. Aquí ya, aprovechándose de la indefensión del turista, lo pagaban a 120 soles, con una ganancia de diez soles por dólar respecto de la tarifa oficial anterior atestiguada en Puno...

Pero detalles aparte, el caso es que llegamos a Cuzco, según nosotros, y Cusco según la grafía nacional peruana. Pido información sobre algún buen hotel y me mencionan el cinco estrellas Libertador / Marriott. ¡Pues, venga: al Libertador! Cuzco es una ciudad cien por cien representativa cargada de prosapia y contenido emblemático indiscutible. En tales casos lo mejor es huir de la cargazón consabida de la erudición al uso, conseguible en cualquier guía para turistas, y dejarse llevar. Que los demás se encarguen de las inevitables instancias de trasladarnos a los sitios fijados, y que uno se preocupe de mirar; de no poner filtros ni fronteras a la absorción de imágenes, impresiones, vivencias. El hotel es efectivamente imponente, de estilo colonial, precioso, como queriendo conservar la atmósfera de esa conjunción entre lo más irrenunciablemente pretérito y el confort que se espera de un establecimiento de gran lujo. Tomo posesión de mi alojamiento, un pedazo de suite por todo lo alto, y me lanzo a la calle a ver cosas. Recuerdo con cierta imprecisión, pero inequívocamente como un todo válido, que la

situación del hotel, calle San Agustín 400, se halla contigua a una plaza de sobreportales, que le prestaba a uno la impresión de encontrarse en Almagro o en cualquiera de esas localidades españolas con plazas de dichas características, con las vigas y columnas de madera ennegrecida, plenas de robustez y de valimiento histórico. Por la calle era absolutamente inviable andar unos cientos de metros sin que a uno le salieran al paso elocuentes y profusos restos de la arqueología incaica: caras, cabezotas, pedruscos, cacharrería, trozos de columnas... con los gestos de aquellos personajes incaicos tan hieráticos como poco atractivos. Recuerdo que entré en aquella plaza -- ¿acaso la Plaza de Armas? -- y que en una fonda, sí, quiero creer que más que restaurante era fonda o casa de comidas con aire colonial..., me tomé una sopa y un postre. Luego, otra vez paseando, y por ese prurito de que nada de lo humano me fuese ajeno, como reza el aforismo clásico, hallándome en una perfecta euritmia, en un total acomodo con la altitud, y sin ninguna percepción de desarreglo o anormalidad en mis constantes..., me acerqué a un taxi en el que se encontraban dos hombres jóvenes y les pregunté si por allí había alguna casa de putas... “Claro” -- me dijeron -- véngase con nosotros”... Confieso que pasé miedo. Fue la típica acumulación de pequeñas sospechas, de sutiles desconfianzas y de nacientes reparos, todo en menguadas dosis, pero acumulativas, provenientes del chalaneo que había presenciado en la frontera de Desaguadero; del supuesto taxista de Puno que me quería cobrar por adelantado; de la sisa de los diez soles por dólar en el cambio que efectué durante el viaje en tren, etc., etc... lo que me hizo sentirme gradualmente inseguro y suspicaz a medida que el taxi se alejaba de Cuzco, tiraba por una carretera ya en plena lobreguez y ponía más y más distancia por medio. Algo debieron de notar mis “chóferes”..., porque sin yo

preguntarles nada, en un momento dado me dijeron, así, para tranquilizarme, que el lugar se hallaba cerca y que estábamos llegando ya. Otro dato más para la historia de mi curiosidad: Lo que yo inferí por casa de putas y por lo mismo que pregunté, se trataba de una colonia de barracones, como casetas de Feria, pintados de colores chillones, terriblemente inhóspitos para la estética y la sensibilidad. Penoso, lastimoso. Pero yo había hecho un viaje hasta allí, estaba vivo, lleno de inquietud, y tenía un taxi a mi lado, a mi disposición, a mi entero servicio. Me horripiló el panorama. Así como de pasada, como marchándome ya, alcancé a desestimar los ofrecimientos de una mujer con pinta de india, pelo negro y largo, algo desharrapada, que a la puerta de su garito pretendía enaltecer con su presencia lo atractivo de su negocio. Me metí en el taxi y les pedí que me devolvieran al Libertador.

A partir de mi regreso al Hotel, y tratándose como se trataba de mi última noche en Suramérica, no pude dejar de percibir que un poco de disfuncionalidad y atropello se había convocado respecto de lo que me quedara por hacer. En progresión geométrica de velocidad y de lucidez las cosas comenzaron a presentármese en su justa realidad, en la contención de sus límites cabales, tal como eran. Una lástima que en aquel momento, quiero decir en aquella época, yo no conociera la formidable y manejable enciclopedia del viajero -- en un solo volumen compacto, por otra parte -- *Pan Am's World Guide*. En el mismo 1978 había aparecido la segunda edición [la primera databa de 1976], y aun suponiendo que ello hubiera sucedido a comienzos de año, yo en cualquier caso desconocía las dos. Ahora, en el instante en que esto escribo tengo delante de mí y al lado mío las ediciones de 1978 (segunda) y de 1982 (cuarta). La formidable diferencia que hubiera supuesto disponer

de dicha información entonces en Cuzco se me hace ahora más patente, más mortificadamente palmaria. Pero era el final de mi viaje; un viaje que en buena parte había ido yo confeccionando sobre la marcha, diseñando sus puntos de salida o de despedida anterior. Bolivia y Perú fueron sugerencias surgidas en Chile; y para más desafuero ahora comenzaba a comprobar que los servicios de la agencia turística de La Paz carecían de rigor y de garantía. Aquella pobre gente, tal vez temerosos de que un cliente como yo pudiera acudir a otros competidores, me parecía que se habían esforzado en prepararme todo el billete combinado hasta Madrid con una total carencia de conocimiento de las fechas y de lo que se suponía que yo quería hacer en ese tiempo. Comienzo a enterarme ya con plena fehcencia de que la excursión a Machu Picchu requiere un día, una jornada entera de doce horas, descontando la virtualidad, claro, de hacer noche allá arriba, lo cual nos llevaría a la jornada de 24 horas. Mi falta de información sobre cómo llegar a Machu Picchu es total, elemental, de origen. Pero lo que más me ofusca, lo que más me desconcierta es la comprobación de que los servicios del Hotel Libertador/Marriott no están a la altura de las circunstancias. Se me evidencia la fractura que existe entre un establecimiento de cinco estrellas y el calibre muchísimo menos estelar de sus regidores. Y el caso es que percibo buena voluntad por parte de los empleados de Recepción.... pero no dan más de sí. Es como poner al volante de un coche sofisticadísimo a alguien acostumbrado a conducir un vehículo tradicional de cuatro marchas. Como mi vuelo a Lima-Caracas-Madrid del día siguiente sale en la primera hora de la tarde, me hago la idea de que dispongo de toda la mañana, y si se hace arrancar a ésta desde temprano, quiere decirse que cuento con cuatro o cinco horas de operatividad. La noche del 30 de marzo, la que estoy

relatando ahora, me significó un gran quebranto en mis esquemas porque fueron varias las cosas y las especulaciones que se contrapusieron y que chocaron entre sí dentro del diseño entero de mi conciencia. Estaba claro que en ese final de viaje sólo podía yo tener opción a terminar todo ileso, que no era poco. Cualquier otra pretensión añadida se me tornaba instancia fantasmagórica, quimérica, inasible. Como en una cadena natural e inesquivable los despistes se iban sucediendo: Recuerdo que al tomar posesión de mi suite en el Hotel, el camarero que me acompañó, a mi requerimiento, me informa, así, con el aire más propio y complaciente del mundo, que puedo contar con él para procurarme una chavala. A fin de cuentas un establecimiento de cinco estrellas se esperaba que acogiese en su proyecto este tipo tan consuetudinario de servicios. Pues bien, el recepcionista del turno de noche emitió un rotundo mentís a semejante posibilidad y deploró con gesto agrio que alguien de entre los empleados del Libertador hubiese dado pie a que un cliente especulara con semejante clase de prestaciones. Supondrá el lector que lo único reseñable en un detalle tan trivial es justamente lo que nada tiene que ver con la existencia o no de chica de alquiler; sino la descoordinación de criterios informativos.

Como digo, esa noche del día 30 me metí en la cama, a ver si la quietud del andamiaje de mi cuerpo propiciaba un claro para mis ideas. Sí recuerdo que a eso de las 06:00 am. ya del día 31 de marzo, en la cama, me creí con elementos de juicio para proponerme mis posibilidades postreras de ascender al Machu Picchu. No puedo precisar si ya la noche anterior se me había hecho evidente la inviabilidad de hacer la excursión fuera de los esquemas de las doce horas mínimas que ya cité. Probablemente la información veraz y definitiva la adquirí en aquellas primeras horas de la mañana del día 31 de marzo, mientras me hallaba

acostado. Tengo la percepción de que el cambio de turno de personal en la Recepción y en la centralita telefónica del Hotel pudo dar lugar a versiones inéditas respecto de unas cuantas horas antes. No, a Machu Picchu no se puede ir sino por el método excepcional del helicóptero... ¿Llegué a preguntar el precio? Es igual: llevaba todavía encima una cantidad importante de dinero, más que suficiente para pagarme el pasaje de ida y vuelta. Un helicóptero para mí solo, sonaba bien. Dicha opción -- me dicen -- es operativa en cualquier momento hasta las 09:00 am., y ahora son tan sólo las 06:30. Imagínese el lector la remansada evidencia que entonces me impregnaba respecto de la falta de conocimiento de aquellos desgraciados de bolivianos de la agencia turística, que no acertaron, acaso ni se lo pensaron, ni se lo plantearon, que no se les ocurrió advertirme de lo que tendría que haberles sido obvio, todo este trajín relativo a uno de los motivos turísticos más sobresalientes de toda Suramérica, a menos de 1,000. kms. de distancia de La Paz. O no supieron; o no quisieron..., o ambas cosas. Es inconcebible que no me advirtieran, ante mi declaración de querer visitar un enclave tan representativo..., es poco digerible asumir que no se percataran de que se habían quedado cortos en una fecha de la que yo perfectamente hubiera podido hacerme cargo, tanto por tiempo como por dinero. Bueno. Los bolivianos achacan su depauperación a chilenos y peruanos; pero acaso sean ellos sus peores enemigos. De todo ello se estaba ocupando mi cabeza... Ahora, en la edición de *Pan Am's World Guide* 1982 se puede leer: "You can travel by helicopter from Cuzco to Machu Picchu, roundtrip about US \$ 175.- for the 35 minute ride each way" (pg. 941). La edición de 1978 no incorpora aún dicha información; e ignoro si lo hace la de 1980. En todo caso podrá comprobar el lector que dichos servicios reflejan el altísimo standing turístico

que desplegaba, al menos en teoría, el Hotel Libertador/Marriott cuando yo me hospedé allí. A eso de las 08:00 am., y sin haber mediado por mi parte aviso alguno ni comunicación con los empleados de Recepción del hotel, me telefonean y me dicen que debido al mal tiempo los vuelos en helicóptero se han suspendido por el momento. Sigo en la cama, y a eso de las 08:45 am. recibo otra llamada de Recepción comunicándome que tengo un helicóptero a mi disposición y a la espera...

En cosa de instantes los temores larvados en mis anteriores reflexiones parecen como convocarse. No me fio, no, de estos peruanos..., y subir en helicóptero con mal tiempo..., y el riesgo de pegarse uno un golpetazo y juntar la mierda del culo con la masa encefálica... no me seduce. Han sido muchos “poquitos” los que han formado el bulto compacto e ingenuo de mis desconfianzas. Decido soltarme de una vez por todas de esta red de indecisiones en acechanza y... digo que no; que definitivamente no quiero ir a Machu Picchu; que renuncio; que... gracias por todo el flujo de gestiones que mi caso haya generado... pero que decididamente, definitivamente, no voy. Resuelto el problema mortificante. Tampoco le falta originalidad al hecho de haber estado a... al pie de Machu Picchu y no haber llegado arriba. Lo recrearé con más nitidez en mi imaginación. ¿Quién no ha visto en película hasta la extenuación del detalle la ciudad-fortaleza de los incas? ¿Quién no ha leído, en cualquiera de las innumerables guías de viaje para el turista, la descripción de semejante sitio? Años más tarde, encontrándome en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, ni siquiera pude sustraerme a cruzarme con una página entera de *El Siglo* (jueves 2 de agosto 1990) en que, por todos, decía parte de la leyenda que acompañaba lateralmente a una reproducción de más de 50 cms. de alta por 25 de ancha, y muy artística: “Hay que estar

dispuesto a salir temprano del Hotel [de Cuzco], ya habiendo ingerido una humeante infusión de coca, y soportar el traqueteo del aventurero viaje en tren, los empujones de la muchedumbre y la tediosa espera del microbús que conduce a los visitantes a las ruinas”. Eso parece ser que sería lo que me perdí o, tal vez, me encontré! En todo caso yo había cortado amarras con los posibilismos y con las inculpaciones y decidí quedarme en la cama hasta la hora tope para bajar al desayuno, y empezar a recoger mi sucinto equipaje para la marcha. Cuando me levanté y asomé todo mi cuerpo por las afueras del hotel, comprobé que el tiempo era inmejorable. Otro despiste más de esta gente, para qué seguir. Sin lugar a dudas estos prójimos quieren estar a la altura turística que el nombre Cuzco, Machu Picchu... reclama, todo ello encapsulado bajo la vitola del Hotel Libertador/Marriott, pero no dan la talla. No se lo recrimino; sólo lo apunto. No dan la talla.

Comienzo la cuenta atrás. Desayuno, arreglo, como digo, mis pocos bártulos, y me llevo la intrascendente -- si bien, elocuente -- sorpresa de que el hotel, en contra de lo advertido la noche anterior, me cobra un sobreprecio correspondiente a habitación doble. En mi cuaderno de notas registro: “Además, los indios sarnosos esos me cobraron”... No creo que fuera para tanto pero de cualquier forma ilustra mi estado de ánimo. Antes de marcharme firmé en el libro gordo del hotel, patentizando mi disgusto por el mal servicio existente. También tengo anotado: “Me quedé corto, por emplear términos demasiado decorosos y corteses cuando lo que debí hacer es redactar la nota además en inglés, de forma que lo pudieran conocer mucha más cantidad de gente”. Con la perspectiva de los años, ahora, no estoy seguro de haber hecho lo correcto. De todas maneras, hecho quedó. Fue una forma ampulosa, de alto rango, de hacer uso de lo que en

versión más de andar por casa llamaríamos “libro de reclamaciones”...

Quiero recordar que el taxi tiró a lo largo de la Avda. del Sol, para continuar por la de Garcilaso de la Vega. El avión de Aero Perú que me lleva en una hora a Lima tiene arañado el cristal de las ventanillas; se ve que ha sufrido su baqueteo. Creo que se trata de otro Boeing 727 maniobrero que se siente en casa volando por todos aquellos parajes. Llegamos al aeropuerto de Lima, y allí se produce, quiero decir, recibo el ¿último? golpazo que las circunstancias y el ambiente peruano generan, o al menos propician. Al acercarme al mostrador de vuelos internacionales para procesar mi pasaje a Madrid, vía Caracas, me dicen que mi billete está falto del endosamiento de los impuestos de salida, ya que el vuelo propiamente internacional arranca de Perú, y lo que hubieran hecho o dejado de hacer los de Bolivia a ellos no les incumbe; a los peruanos, por supuesto. Tuve la impresión de que al menos era la postrer ocasión que me quedaba para constatar la inoperancia y desinformación de los bolivianos en las materias de referencia, y el hijoputismo de los peruanos. Estoy seguro de que cuando me reclamaron lo que me reclamaron, su proceder sería técnicamente impecable. Pero no creo que nadie con un punto siquiera de imaginación pudiese descartar la reacción de alguien normal, como yo, como cualquiera, cuando todo lo relacionado con la gestión de pasajes y de traslados había experimentado resultados tan negativos. Y así, sin violencia alguna de principios, sentí que era objeto del típico “atracó legal” y [digo literalmente en mis apuntes] “me tuve que cagar en todos los muertos de aquella caterva de piojosos hijo-putas, hasta formar corrillo de gente y hacerle temer a aquel argentino [otro pasajero que también hacía cola]... por mi misma vida. La cosa es que me cobraron \$ USA 45.- alegando que mi billete de

avión *arrancaba* de territorio peruano, como ya expliqué antes; y aunque la agencia de La Paz que me vendió el billete ya me cobró \$ USA 37.- en concepto de expedición, de despacho o lo que fuera, los indios peruanos decían que era de ley sujetarme a tal impuesto”. El texto de mis apuntes me permite globalmente, como un todo, recordar aquel berrenchín que a mí se me antojaba parte de la confabulación que las altas esferas urdían en mi contra en Perú. Ni los cuarenta y cinco dólares constituían nada irreparablemente gravoso para el más que suficiente dinero que aún llevaba encima; ni podía yo obviamente ignorar que tal medida de los aeropuertos peruanos se ajustara a derecho. Pero eran tales y tantas las circunstancias que en un par de días me habían mostrado ásperamente su cara desagradable en Perú..., que en mi alma había crecido con fuerte arraigo la flor de la susceptibilidad.

Embarqué ya, sin más penosidades, para mi vuelo de unas cuatro horas largas a Caracas. Cuando el avión salió de territorio peruano me puse a pensar en que..., bueno, de toda aquella pasada y reciente hecatombe concerniente al país de los incas, era de justicia salvar a las mujeres, con independencia de sus nacionalidades y menesteres, pero en todo caso afectadas al hecho de cruzarme con ellas en Perú: a Rosita, guía del grupo italiano que compartiera conmigo el coche-buffet de Puno a Cuzco; a una amiga suya, italiana casada con italiano y residente en Perú desde hacía 17 años: fina, guapa, rotunda en su feminidad y en su tacto, con la que coincidí en la llegada al aeropuerto de Lima, y a la que ayudé a llevar los bultos hasta que su marido la recibió; a la chica, también matrimoniada, recepcionista del Hotel Libertador de Cuzco, que vestía ponchoruana, y que me dio las gracias encendidamente varias veces ante las palabras de cortesía y halago que su presencia despertó en

mí; a la telefonista del hotel en la mañana de mi partida de Cuzco, y que con voz dulce me conectó con la información sobre el helicóptero y sobre la imposibilidad de que me plancharan los pantalones a las 06:30 am; y por el tono de comprensión que emitió o fingió emitir al conocer mi desencanto respecto del hecho de que, si en cualquier caso se realizase mi visita en helicóptero a Machu Picchu, ésta habría de llevarse a cabo sin los pantalones planchados; lo cual no era ni mucho menos una muestra pequeña de empatía por su parte.

La escala en Caracas fue de pena. La sala de espera para viajeros en tránsito -- mejor sería decir transbordo -- no tiene refrigeración y se suda tinta. En estas circunstancias hubiera sido imposible encontrarme con Cristina. Pero de todas formas se me hizo evidente que no podía estar operativa, bien porque ni siquiera recibiese mi telegrama desde La Paz; bien por lo que fuese. Casi con toda seguridad que no se hallaba en Venezuela: supongo que, por lo menos, me hubiera escrito una nota a España acusándome recibo de mi aviso de escala en Caracas. Nunca más supe ya de ella. Supongo que mejor para mí; sólo lo supongo. Aquella primera toma de contacto con el territorio venezolano fue de puta lástima; una guarrada [Las cosas cambiarían en mis otras entradas y salidas al, y desde el, continente suramericano a través del aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía-La Guaira].

El avión que me devolvió a Madrid era un DC-10, la primera vez que yo volaba en dicho tipo de aeronave: grande, con nueve asientos en línea; dos pasillos laterales y dos pantallas de cine. La película que proyectaron: "Rocky I".

La dinámica cambiante de mis peregrinaciones aventureras propició que nunca más volviese a poner los pies en los territorios de Bolivia y de Perú. Acabada de redactar esta

frase, la siento como hostil, como permeada de negativismo. No me molesto, empero, en corregirla ni mucho menos en eliminarla porque la verdad es que guardo de mis experiencias andinas en estos países un conjunto de espiritualidades, de magmas afectivos muy válidos y muy utilizables en cualquier momento, en cualquier singladura de todo el tiempo cósmico futuro en el que me toque irme consumiendo. Mucho después, ya en 1994, y con motivo de un Programa de Estudios sobre Administración y Archivos que el Gobierno español patrocinaba a favor de los países iberoamericanos, tuve la oportunidad de conocer a Sonia Sotomayor Vargas, directora del Archivo Departamental de Puno. Desde allí, fechada el 27 de octubre, me escribe en una preciosa tarjeta -- Puno. 3870 m.s.m. Balsa de los Uros [indios bolivianos] en el lago Titicaca -- “Para el Dr. Tomás: Una imagen de la altiplanicie peruana, donde ya me encuentro laborando nuevamente, con el recuerdo, siempre presente, de las bellas Alcalá y España”. Una agradable y competente señora esta Sonia. Cuatro años todavía más adelante, ya en 1998, en uno de esos ambientes de alterne típicos, alimentados por una cada vez más incontenible invasión de la “madre patria” a cargo del elemento femenino suramericano, coincidí con... la que dijo llamarse, y acaso se llame, Isabel, una preciosidad de chavala boliviana, pelo liso, ojos de lago, esmaltadísimo chasis. En la secuencia de epifanías que mis andanzas me vienen deparando, Isabel me ha supuesto, siempre por ahora, el nexos más fino y reciente con la cuota de complicidad lírica que su país me significara en 1978.

Lucía; Gabriela: Santiago de Chile. Patricia: Isla de Pascua. Niña de Bogotá. Chica suiza en el avión de regreso. Navidad 1978-Año Nuevo 1979

El frondoso e intensísimo viaje de marzo de este mismo 1978 por cinco países (Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, y Perú) me había prestado de entrada una buena panorámica sobre la cual seguir avanzando tanto en profundidad como en extensión. Se había roto el maleficio de atonía y dejadez que hasta entonces, hasta pasados mis cuarenta años hicieran del continente suramericano una parte del ecúmene desconocida y postergada para el espíritu mío. Más de una vez, posteriormente, y en los márgenes consentidos por la eutrapelia había encontrado yo sustancioso especular sobre lo que hubiera acarreado a mi vida el nunca imposible hecho de que yo hubiese descubierto Brasil, digamos, veinte años antes... Pero bueno, dejemos los posibilismos y las figuraciones, porque la realidad, tal y como se había manifestado en el momento... en que se había manifestado, tampoco se quedó corta. Aquella cata del mundo ibérico constituyó el comienzo de una fervorosa degustación de todo el producto, y que se seguiría celebrando durante doce años más, casi consecutivos, gloriosamente insistentes, persuasivamente acaparadores... El impacto de eterno femenino que mi recorrido de marzo de 1978 me había dejado -- me refiero a lo que tuviere de proceso azaroso, de libertad y multiplicidad de opciones, de proyectos con futuro, con visos de continuidad, con una posible riqueza de argumentos, de desarrollos ulteriores -- se encofraba en Lucía Martín Letelier, así como suena. Y no es que las demás criaturas de Chile y de Brasil no hubiesen dejado en mi alma una muesca suficiente de recuerdo y de admonición, no. Pero se trataban de... otra cosa. El jolgorio carioca y la cosecha a

ultranza de toda la carne templada que me propiciaba serían cumplimentados por mí muchas veces más mediante vuelos exclusivos desde Madrid, como correspondía a un destino monográfico por antonomasia. El lirismo de Isabel Undurraga, la chilena finita y entrañable de mi encuentro espontáneo a las afueras del Hotel Foresta no podía ser más que lo que había sido: una preciosa credencial que nunca dejaría de acompañar a la memoria mía. De Argentina, Bolivia y Perú ya dijimos que el botín había radicado en cuestiones de muy distinto signo, valiosísimas asimismo, pero no de un cariz tal que requiriesen mi presencia para mantener vivo el fuego del interés y del anhelo.

Así que Lucía. Nuestro coincidir, como recordará el lector, se había producido en el momento, bueno, un rato antes de salir yo de Chile. Pero se había producido con la suficiente congruencia, con el oportuno entramado de complicidad como para eso..., para que mi alma urdiese con la reglamentaria delectación todo un programa de especulaciones por venir. También recordará el lector el señalado esfuerzo, la preciada nómina de realizaciones que llevé a término aquel portentoso año de 1978 a partir de mi regreso de Suramérica el día 1 de abril y de mi incorporación en Granada a mis funciones académicas: Rematé los cursillos restantes de doctorado en Derecho; cimenté sólidamente toda la heurística de mi Tesis; y ya en verano me trasladé a Berlín para seguir el curso de alemán de ocho semanas en el Goethe, concediéndome desde allí, y como premio a mi laboriosidad, una penúltima visita a Moscú. Ya desde octubre, y echado a andar que hubo el curso académico 1978-1979, continué sobre seguro con el desarrollo afianzado y cada vez más preciso de mi Tesis de Derecho; además, claro, de mis nupcias estables y funcionariales con la Filología inglesa.

Eso en lo tocante a lo académico-intelectual, laboral, o como se quiera entender. En lo irreductiblemente personal me había intercambiado un par de comunicaciones con Lucía, siempre -- o al menos así supongo que yo lo creería -- con esa carga logística de información que le permitiese captar a ella que aun en lo más apretado de mis actividades, en lo más arduo de las atenciones que yo tuviera que dedicar a mi propia salvaguarda, al enaltecimiento de mi trabajo..., que aun en el más intensamente imaginado de los maelstroms..., pensaba en ella como la más irrenunciable connivencia con la que mi exotismo estaba gloriosamente condenado a formar pareja. Conservo una fotografía paisajística que me envió Lucía, y el reverso de la cartulina con el siguiente texto: “Chile - Constitución, julio/78. Estimado Tomás:

Te llamaré la atención otra tarjeta y por lo tanto tan “ceremoniosa” como tú dices, pero que estas vistas de mi pueblo natal valen la pena conocerlas, tiene unas rocas maravillosas y muy grandes, esta se llama “Piedra de la Iglesia” y he venido a pasar las vacaciones de invierno de mis sobrinos, nos ha llovido mucho - Cariños - Lui (Si ves a Eduardo, muéstrale esta tarjeta)”. Por lo que aquí queda reseñado, Lucía y yo nos habíamos escrito: ésta era su segunda tarjeta; al parecer, la primera había recibido de mí la distinción calificativa de “ceremoniosa”, que supongo que no sería sino una prospección retórica por parte mía en los grados de profundidad intimista en los que Lucía estuviera dispuesta a adentrarse. Ahora bien, Lucía no tenía por qué, ni siquiera entrever, ni aun sospechar, que en hombres como yo el muelle que impulsa el resorte que a su vez activa al espíritu a viajar..., más que alojarse en alguna seña o cosa concreta, se razona y se autojustifica en su propia condición, en la mera y suficiente realidad de su misma

existencia; en el propio viajar, en la tropía de la conciencia en busca de ulterioridades.

Me decidí al viaje a Chile aquellas Navidades de 1978. Chile es uno de los puntos de habla hispana más alejados de casa; en lo que a mí respecta, de Madrid. Lo más directo posible era volar de un tirón a Caracas y desde allí otro tirón sin escalas a Santiago de Chile. Así lo hice, pero con el pequeño agravante de que en esas fechas de fin de año los movimientos migratorios de masas de gentes que regresan a sus respectivos hogares copan con holgado ‘over booking’ los vuelos prácticamente de todo el planeta. El mío a Caracas, bien, normal. Pero allí, en Maiquetía, tuve que hacer una noche porque el vuelo que más me convenía era uno directo a Santiago de Chile el día siguiente. Acaso no haya olvidado el lector que mi único contacto con Venezuela se había producido en marzo de ese mismo año en una sala de espera sin refrigeración, para los pasajeros en tránsito; en mi caso, proveniente de Perú. Es decir, yo no había pisado nada de Venezuela. Tampoco en esta ocasión con destino a Chile se me presentaban grandes oportunidades de exploración. Pero una noche es algo. Recuerdo que al bajar del avión y discurrir por las dependencias del aeropuerto comencé a sentir ese calor característico del trópico marítimo. Era como un vaho oloroso de humanidad, de vegetación, de fruta mojada, bien madurando, bien descomponiéndose. A la salida de la terminal cogí un taxi, y el chófer era canario, uno de los muchos “guanches” que en su momento emigraron de las “Afortunadas” al territorio que Alonso de Ojeda peinara e incorporara al mundo hispánico. Venezuela, como país que, repito, en su momento fuese receptor de mano de obra, me refiero a cuando las vacas gordas del petróleo y de las grandes empresas públicas de construcción de carreteras, etc., por ejemplo,... Venezuela mantenía vigente, al

menos en teoría y en régimen de reciprocidad con España, la exigencia de visado para todo viajero que se detuviese por más tiempo que el estipulado como técnicamente “de tránsito”, bien en la modalidad de cambio de aviones o de escala con desalajo del pasaje para faenas de limpieza del mismo avión. Yo, por supuesto que no había observado semejante requisito, el de la visa, me refiero. ¿A mí, a un español, ponerme cortapisas cuando lo único humanamente esperable de todos mis posibles proceder es dejarme allí el dinero para que se adornaran con plumas de indio de repuesto, y luego marcharme? No, hombre. No hice ni caso. Como digo, pernocté en un hotel de allí cerca, probablemente de la Avda. del 10 de marzo o de la Avda. Soublotte, y a la mañana siguiente, con tiempo suficiente para tomar mi vuelo me presenté en el aeropuerto. Está claro que yo había accedido al espacio exterior del aeropuerto; al país Venezuela, por decirlo de manera plástica, y que ahora *regresaba* de nuevo a su ámbito internacional interior. Hubo un empleado aduanero, policía, interventor o lo que fuera o fuese, que al mirar así con la desgana rutinaria y mecánica mi pasaporte reparó en que no mostraba ningún sello de visado o formulario documental separado que hiciese las veces de visado. “¿Cómo es que ha salido Vd. del aeropuerto?”... es lo que más o menos me vino a decir. No recuerdo lo que le respondí, pero tal debió de ser la afirmación de mi españolidad; la evidencia de que cualquiera que fuese mi cometido allí nunca se trataría de quitarles nada sino de darles; tan rotundo fue mi gesto de desprecio ante la impertinencia de que un indio me importunase a mí, a mí, prócer de la Madre Patria, con cualquier tipo de sandez burocrática... que bueno, selló mi pasaporte y procedí hacia el embarque.

Volaba con VIASA y en un DC-10. Lo que dije anteriormente sobre la afluencia de viajeros en fechas tan señaladas tuvo su más cabal refrendo en la ocupación tan exhaustivamente completa de aquel vuelo. No sólo eso: La gente, además de los cualesquiera equipajes voluminosos que habían facturado y de los que se haría cargo la bodega de la aeronave, la gente, digo, llevaba encima, con ellos una terrorífica profusión de bultos y cacharros. El embarque no se produjo así como así, sino mediante el escaneo, cómputo y recuento por parte de dos miembros de la tripulación y de una azafata, que al ir pasando a bordo cada uno de nosotros configuraban un cálculo, un diseño de la distribución del peso con el fin de compaginar mejor cualesquiera otros tipos de cargamento que afectasen al avión. Quedamos todos acoplados y yo tuve la fortuna de caer en el asiento de junto al pasillo de la fila central de cinco de fondo... El oficial se rió al yo preguntarle si con todo aquel peso el avión podría despegar. Era el típico comentario de soltar lastre, de abrir el tapón de la gaseosidad medrosa de mi conciencia... por medio de la involucración del prójimo más a mano. El avión despegó como era de esperar y las seis horas de vuelo se consumaron sin más trámite. La mayoría de los viajeros volvían a sus hogares a pasar las fiestas de Navidad y de fin de año; chilenos que trabajaban en Venezuela; pero unos y otros, con indiferencia de su nacionalidad, iban cargados de paquetes, de fardos, de embalajes, cajas, en número de tres o cuatro por persona. Uno de los vuelos más apelmazados que yo recuerde...

Llegué al todavía aeropuerto de Pudahuel en Santiago y una vez más se operó la consabida comprobación de que con sólo un precedente, en tan sólo un precedente cabe la casi totalidad de información necesaria para nuestros propósitos. Normalmente, y en lo que se refiere a muchos viajes, en lo

concerniente a muchos destinos no ha existido una segunda vez; y así el regusto final en el paladar de nuestra conciencia ha sido de frustración, de carencia de medios con los que llevar a puerto óptimo nuestras inquietudes. Cogí un taxi y me fui al Hotel Foresta, en la Avda. Subercaseaux. Los de Recepción se acordaban de mí y me dedicaron una sonrisa cómplice, preñada de sobreentendidos y de claves.

También una vez más carezco de detalles. Creo haber explicitado en algún otro lugar que la cimentación de mis Memorias hasta 1980, y por lo que respecta a ciertos pasajes, se resiente de falta de especificaciones, de datos, de notas al pie de la realización o del acto que fuere. Comprendo que lo importante es la captación del bosque y no la clasificación pormenorizada de muchos de sus árboles en él contenidos. Tal es el caso de ahora. Quiero compaginar el hecho indudable de que mi cometido era encontrarme con Lucía, cuanto antes, con el otro hecho no menos elocuente de que mi memoria quiere rescatar con terquedad la realidad de que fue a media mañana cuando me pasé por la empresa de Lucía en la que ella trabajaba de secretaria ejecutiva. Al mismo tiempo, el vuelo que había arrancado de Caracas..., por muy de madrugada que lo hubiera hecho, había tardado alrededor de seis horas; o sea, que mi llegada a Santiago había tenido que producirse necesariamente a eso de las dos de la tarde; añádase a esto los trámites de la administración y mi traslado al hotel. No, no; más bien me inclino a creer que aquella tarde la pasaría descansando y preparando la estrategia del día siguiente.

Porque lo que sí recuerdo, insisto, es que había elegido yo una hora razonablemente maniobrera para que Lucía, en el peor de los casos, pudiera flexibilizar su trabajo entre los dos turnos, de mañana y tarde, y nos fuésemos a comer. Ya dije que desde

marzo hasta entonces entre Lucía y yo había mediado comunicación. Cuánta y de qué intensidad, lo ignoro, y si es que, en todo supuesto, se tratase de algo más de las dos tarjetas por parte suya ya mencionadas, y de las que lamentablemente y según todas las evidencias, sólo parece que me he dado maña en conservar la citada en este texto. Pero la cosa es que yo conocía la dirección exacta de la empresa en la que ella se empleaba. Me puse mi mejor ropa, permitiéndome recordar al lector que en Santiago de Chile era verano. El equipo pesado me había hecho falta tan sólo para llegar al aeropuerto de Barajas y me seguiría haciendo falta para trasladarme de dicho aeropuerto a casa, a mi regreso a España. Me enfundé en mi vestimenta más propia que llevaba al efecto y me encaminé a las señas de Lucía. Se trataba de una mole de edificio, con las oficinas centrales de una empresa sobre minas. Subí, pregunté por ella, me pidieron que esperase unos minutos y a continuación me introdujeron a un despacho grande donde se hallaba Lucía.

Vestía de verde, bien lo recuerdo, y se me apareció en un marco mucho más asequible a la realidad, más conformado por parámetros asumibles, que la vez anterior, primera y única hasta aquel momento, en que ella y su hermana Chabela me llevaron al aeropuerto. Sí, portaba un vestido de una pieza, de color verde, estrechado por un cinturón a la altura correspondiente, y que resaltaba los rotundos atributos que esmaltaban el torso de Lucía. Fue algo “ceremonioso” nuestro saludo... pero salí indemne de aquel primer trance. La verdad es que, estando en Chile, y en mi referencia a Lucía, el desnivel entre mis capacidades, mis posibilidades de todo tipo, como oriundo de la Madre Patria, comparado con las de los otros nacionales visitados, como podría haber sido el caso de Bolivia, Perú, etc., y más adelante lo sería de varios países hispanoparlantes más, este desnivel, digo,

quedaba algo suavizado. Yo seguía desempeñando el cometido de viajero pudiente, “conquistador”, merecedor de trato distinguido y portador de credibilidad, no en una proporción tan abultadamente superior en Chile, repito, pero siempre en cuantificaciones relevantes y visibles. Y la propia Lucía comportaba al mismo tiempo un supuesto de características especiales: Para empezar y de momento era la hermana de un buen amigo mío...

Pero, bueno, quedamos en que iba ataviada de verde, con un traje más bien largo, tradicional, púdico y bonito a la vez, estrechado por un cinturón que enarcaba el torso y prestaba autonomía a las extremidades. Creo que era temprano en términos españoles, pero en Chile a partir de las 12:30 del mediodía empezaba a considerarse franja horaria para comer. Lucía tenía que estar apercebida de mi llegada a su oficina. Entró un minuto a otro departamento y regresó haciéndome saber que disponía hasta las tres de la tarde para acompañarme. Imagino que ya en aquella primera ocasión fuimos a un acogedor restaurante sito en la confluencia de las Avdas. Independencia y Pedro Valdivia. Hacían una succulenta *lasagna* y disponían de buenos vinos espumosos. Aquella sesión conversacional tuvo que ser la continuación lógica del cambio de impresiones tan de circunstancias que celebramos en la tan citada ocasión de que ella y su hermana me despidieran en el aeropuerto el pasado marzo. Supongo que toda la materia informativa y de relleno iría quedando despachada y fijada. “Lui”, pues así me dijo que la llamaban en su familia y que, por supuesto, podía llamarla yo..., Lui decía ser secretaria... ya no podría asegurar si “ejecutiva” o secretaria “de ejecutivo”. Lo cito a fuer de honrado con los datos, no por la nula relevancia que pudiera ejercer en mi criterio. Su padre, don Eduardo, era español, burgalés para más

señas y según todos los indicios, de corte tradicional, chapado a la antigua. Se había establecido en Chile ya antes de la Segunda Guerra mundial y se dedicaba a la industria de la madera. Se casó con una Letelier, lo más chileno que darse puede. De ahí que Lucía [a mí me gustaba decir el nombre con todas las letras; me sonaba más rotundamente lírico] y sus hermanos tuviesen un fifty-fifty de españolidad pura, y de criollismo del Nuevo Mundo.

El escaso periodo del “allendismo” había significado para don Eduardo una toma de contacto con el demonio, con las fuerzas del mal, con el anticristo en política, en economía, y en convivencia. De ahí que tanto él como su yerno, el marido de Chabela, y también de nombre Augusto, fueran acérrimos partidarios, defensores a ultranza del otro Augusto por antonomasia, el autócrata Pinochet. Lucía en esto era bastante sensata: no hablaba de temas que ella desconocía de primera mano; tan sólo recordaba el caos que se produjo de la noche a la mañana cuando la accesión de Allende al poder: Las tiendas dejaron de tener las cosas, quiero decir, las vituallas, los artículos de alimentación de los que estaban repletas unas fechas atrás, y asuntos así. Allende había sido un criminal por sus intentos de cargarse la propiedad privada. Los Martín Letelier eran dueños de una casa solariega, grande, según me dio a entender Lucía, en Constitución, a unos 260 kms. al sur de Santiago. Don Eduardo era propietario de ciertas extensiones de bosques madereros y, como digo, a standards comparativos los Martín Letelier en lo económico podían considerarse pertenecientes al tercio más alto de la población. Lucía, como muchos chilenos, no se daba maña en hacer perceptibles las *eses* de detrás de *enes*; de ahí que pronunciara “*Contitución*”. La cimentación dialéctica de mi estar allí en Chile, de mi haber viajado desde España, se estaba

llevando a cabo; era un requisito inevitable, esperable y hasta cierto punto, querido. Le entregué como regalo una colección de piedras preciosas en bruto, sin tallar, con que los empresarios de la joyería Stern me habían a su vez obsequiado por hospedarme en el Copacabana Palace hotel el pasado marzo; por haberme dejado llevar a sus dependencias de preparación y fabricación de las joyas; y sobre todo, por pensar que a tenor del sitio en el que me alojaba, tendría que ser yo un potentado que hiciese con ellos un gasto significativo. Lucía celebró con verdadera alegría mi regalo y me emplazó para que la acompañara al negocio de un gemólogo conocido de su familia para que cada una de las muestras sin tallar que yo le había entregado las transformara en algo específicamente artístico. Así lo hicimos y así dejó ella hecho el encargo: esta piedra para una sortija; esta otra para un colgante; y estas otras dos para unos pendientes...

¿Me lo contó entonces o ya lo sabía yo de antes? El caso es que Lucía era divorciada de un cortísimo matrimonio con chileno; al parecer se confabularon una serie de malentendidos y de incompatibilidades sobrevenidas que desembocaron en un extrañamiento sin traumas. Tanto real como documentalmente Lucía era soltera cuando yo la conocí; y seguía más soltera aún, si cabe. Usaba un “autito”, como ella decía, VW, de los primeros, claro, tipo escarabajo, pero todavía en estado aceptable. La economía de Chile no permitía grandes dispendios ni ostentaciones, a menos de pertenecer uno a la franja del cinco por ciento superior. Así Lucía me comentó sobre la necesidad que tenía de que le recauchutaran un par de gomas de su vehículo. Supongo que aquel día terminó más o menos de esa manera: con una inmersión profunda en toda la gaseosidad de la dialéctica. Todo el raciocinio, toda la justificación, toda la guarnición que acompañaba al plato fuerte de mi presencia allí,

todo lo que no fuera -- porque no podía ser todavía -- la cosa misma, "the thing itself"... todo quedó empapado, maduro, expectante. Terminamos la velada, quedamos para el día siguiente y yo me retiré a mi hotel.

Y el día siguiente comenzó con una avalancha de urgencias por mi parte; con esa representación de las procelosidades y trampas que pueden acompañar el desarrollo de un estupendo asunto. En materias vivenciales el punto justo, la sazón indicada, el clima congruo está donde está y no es cuestión ni de apresurarse ni de retrasarse en el proceso. Ya no recuerdo si aquéllos eran días de fin de semana, o si Lucía pidió un permiso especial; o si... -- y esto me parece lo más encomendable -- se trataba de que había un periodo vacacional o semi-vacacional (es decir, con horario tan sólo de mañana) para el personal empleado en la empresa en la que Lucía trabajaba. El caso es que quiero creer que, sabedora de que yo iba a llegar, había esperado hasta verme allí en Santiago para formalizar ya con sus superiores el disfrute de los días libres a que hubiere lugar.

Creo que fue después de comer. Condujo Lucía el coche a una especie como de parque, dentro del espectro de sitios que pudieran encajar en los intereses turísticos de alguien como yo. Y allí nos detuvimos. La cápsula acogedora del VW ofició de cámara pre-nupcial. No sé lo que pudimos decir, ni me interesa. Sólo recuerdo que la preñez argumental de mi estar allí con Lucía se había enseñoreado de todos los resortes de la realidad, relegando a un plano inexistente a todas las demás cuestiones, si es que para mí existían. Se había terminado el tiempo de los preámbulos. Se había llegado ya a la cima de... donde fuera, pero desde la cual, sin duda, todo tendría ya que ser descenso, desenlace, flujo tumultuoso. En un momento dado tomé las

manos de Lucía y las dejé reposar con firmeza sobre todo el paquete frutal de mis ingles. Creo que se llevó un susto, clamorosamente halagador para mi ego; fue como si se hubiera quedado pegada a un cable de alta tensión, incruento pero definitivo. El pantalón de verano que a la sazón llevara yo puesto sólo muy imperfectamente podía amortiguar la alongada rotundidad de mi miembro. “Dureza 10 en la escala de Moss” -- me hice la idea que pasó por la mente de Lucía, aunque jamás hubiera oído hablar de dicho principio. Nos miramos, nos comprendimos, y sin ya mediar palabra puso rumbo al Hotel Foresta.

La portentosa sedación que me supuso mi conocimiento íntimo de Lucía sin duda que disipó tibiezas y escrúpulos entre nuestra comunicación, al tiempo que dejaba más expeditas y más llenas de congruencia mis expectativas de visitar la Isla de Pascua. Lucía se separaba decididamente de todo el tipo de mujer anterior que yo hubiera encontrado en Suramérica, y que con entera probabilidad pudiera encontrar. Lucía configuraba un certamen de larga duración, una carrera de larga distancia. Así, en nuestra relación era de todo punto dable esperar bonanzas y aletargamientos, incumbencias encrespadas y periodos de hibernación del espíritu. Era, repito, lo menos parecido al encuentro subitáneo y fortuito que se difumina por el simple trasladarse de lugar de, siquiera, uno de sus protagonistas. En la persona de Lucía se implicaban familia y amistad, una argamasa resistente al mero hecho de poner tierra por medio. Y por todo ello, y dado que nuestros supuestos parecían organizarse conforme a un diseño de estabilidad, con visos de duración..., entendía yo también que nuestro proyecto tenía necesariamente que consentir el juego de la flexibilidad, del extrañamiento acordado que a su vez provocara la efervescencia novedosa de

volver a encontrarnos. Yo siempre había albergado la curiosidad de visitar la Isla de Pascua. Ahora se me presentaba una ocasión incomparablemente propicia. Se lo planteé a Lucía, y a ella -- que, por supuesto, ni había estado allí, ni demostraba ningún entusiasmo por conocer aquel trocito de territorio chileno --, a Lucía, digo, le pareció bien mi idea. Los dos o tres días de conocimiento intenso que celebrásemos Lucía y yo albergaron el acierto intensísimo de propiciar entre nosotros el juego de la añoranza y del hartazgo de cercanía. Al menos, tal me lo pareció a mí. De manera que mi viaje a la Isla de Pascua se alojaba sin violencia alguna de principios en el esquema emocional que entre Lucía y yo estábamos cultivando. Supongo que iríamos a cualquier agencia de viajes, y que allí concertaría un típico paquete de billete de avión y de estancia. Quiero creer que la opción más conveniente, acaso única, era la que comprendía cuatro noches y tres días enteros, aprovechando de la forma más operativa los vuelos de LAN-Chile a la isla y regreso a Santiago. Leo en un programa oficial: “[De Santiago] parten cada lunes y jueves vuelos de LAN-Chile hacia la isla... El regreso es los martes y viernes”. Como bien recuerdo que fueron cuatro las noches que allí pasé, es inequívocamente cierto que tuve que viajar un lunes. Luego -- y acaso se lo vuelva a recordar al lector -- comprobaría que en tan solo la mitad de ese tiempo bien aprovechado, es decir, en dos días completos, hubiera podido llevar a cabo mi cometido turístico de haber existido un esquema conveniente de vuelos.

Las azafatas de mi avión resultaron ser unas verdaderas preciosidades. Ese rasgo de araucanía europeizado, con la tersura atirantada y cordial de una piel sonriente... todos esos atributos en valoración de urgencia los vi concurriendo en la retorta somática de aquellas bellísimas criaturas. A 109° 26' 15" de

longitud oeste, y a 27° 09' 30'' de latitud sur se encuentra la Isla de Pascua, o Rapa Nui, en acepción autóctona, y para mejor entendernos, a unos tres mil ochocientos kilómetros de Santiago y casi cinco horas de vuelo convencional en jet. A medio camino se suele sobrevolar el archipiélago Juan Fernández, también territorio chileno, y compuesto por las islas Alejandro Selkirk, Róbinson Crusoe, y Santa Clara. Las concomitancias que dichos parajes despiertan respecto de la clásica obra de Defoe son, por demás, inevitables. El avión iba con aproximadamente un tercio de su capacidad de pasajeros, y bien fuese por la pura casualidad de la designación de asiento, el caso es que en la fila de tres plazas en la que yo me acomodaba iba también una jovencita que me pidió que la ayudase a abrocharse el cinturón para el trámite del despegue...

Se trataba de Patricia, más bien menuda, de rostro agraciado y dócil, pelito algo rizado. Me dijo que era la primera vez que volaba y que se dirigía a Pascua a visitar a una hermana suya, que estaba casada con un cabo carabinero que servía en las fuerzas armadas, destinado durante algunos años en la guarnición de la isla. Patricia me encantó desde el primer momento; me encantó su persona y me cautivó su entereza. Con la mayor naturalidad y después de algunos tanteos con la hebilla del cinturón de seguridad, me había lanzado un S.O.S, pensando probablemente que yo era el más adecuado para resolverle el problema; y porque, en cualquier caso, las azafatas se hallaban ya en sus respectivos lugares, amarradas asimismo para el despegue. A partir de ahí la base compartida de conversación se fue afianzando. Patricia me pareció una de esas niñas con las que uno puede aliarse desde el primer momento, toda ella compuesta de substancia moldeable y moldeante. Yo tenía los compartimientos de mi corazón alquilados; me percataba de la

falta absoluta de operatividad que comportaría un proyecto ulterior de connivencia emocional con Patricia. En un relámpago compactado se me representó de golpe, en síntesis; quiero decir que vi claro que todo el tiempo que a partir de entonces pasara yo en Santiago -- y, ¿dónde si no en Santiago? -- ..., que todo mi tiempo, en una palabra, y toda mi dedicación, toda la adherencia de mi espíritu se hallaban surtas en el espectro de Lucía. De otra forma no dudo que hubiese hecho yo por ver a la tiernísima Isabel Undurraga..., amén de tolerar mi adentrarme en cualesquiera latitudes desconocidas que me pudieren propiciar mis ratos de esparcimiento y curiosidad. No sé si por suerte, tal vez para alivio de estos conatos de dudas mortificantes que el espíritu mío se encargaba de alimentar, el caso es que cuando Patricia me participó que su estancia en la isla duraría hasta después de que yo me hubiese marchado de Chile, aunque apurase al máximo mi tiempo no lectivo de ausencia de la Universidad de Granada..., cuando me dijo eso me desembarqué de un obstáculo que nadie ni nada, excepto mi diletantismo, había erigido...

Pero estamos llegando. Los aterrizajes en islas pequeñas suelen regalarle a uno la pequeña zozobra añadida de hacerle creer que el avión se va a precipitar al mar. Me había ocurrido en Santa María de Azores en mis vuelos a Nueva York; en Las Palmas de Gran Canaria y en Ibiza; en Kota-Kinabalu (territorio malayo de Borneo); me ocurriría en las islas Maldivas donde una islita entera acomoda los tres mil y pico de metros de la pista de aterrizaje y despegue; en la pequeñísima isla Baltra, a modo de goterón o verruga de las Galápagos, separada de Santa Cruz por un canal de menos de quinientos metros; en Tenerife, en su aeropuerto sur..., y me estaba ocurriendo allí, entonces mismo, al caer ya de la tarde en la lengüeta de *tarmac* de Mataverí, en

Hanga Roa, la capitalita de prácticamente casi todos los 2,000.-habitantes que pueblan Pascua. El aeropuerto se emplaza atravesado en el lóbulo suroeste de la isla que tiene forma de triángulo ligeramente isósceles; para entendernos, parecida a una de las partes que resultasen de dividir en sesgo un cuadrángulo; o casi más plásticamente, la solapa trasera triangular de un sobre levemente apaisado, con el pico hacia arriba. No hay más de tres o cuatrocientos metros desde el borde de la tierra y el agua hasta la cabecera de la pista; y respecto a su término, lo mismo. Ya hemos tomado tierra. Creo recordar que había sido Miguel de la Cuadra Salcedo uno de los primeros españoles que visitó Pascua, aprovechando la inauguración, acaso, de los vuelos en jet. También creo que se trataba de 1967, fin de año. Distingo su mostacho, su micrófono en mano, hablando para los telespectadores en España, en un blanco y negro algo defectuoso pero emocionantemente pionero, como captado desde la más ulterior de las Thules. Desde el mismo momento de aterrizar me hice a la idea de que Pascua era un trozo de Oceanía occidentalizado, europeizado; un retal de Oceanía lo más cercano al continente de base; un como estar y no estar en esa quinta parte del mundo, su más caracterizada avanzadilla de lo que entenderíamos por... América en el orden tan didáctico y aún no mejorado de Europa, Asia, África, etc., que aprendimos en nuestras iniciales rondas de geografía de escuela primaria. La propia LAN-Chile llega con sus aviones a Tahiti, a 4,600. kms. al oeste. De ahí las fechas y horarios de servicio aéreo entre Pascua y Chile continental. Ya desde Tahiti, para todo aquel que quiera continuar hacia el oeste, hasta encontrarse con Australia o con la avanzada de países del Asia más oriental, lo puede hacer con Air France como con las líneas tanto USA (vía Hawai) como con las de base en Australia (Quantas), Hong-Kong (Cathay

Pacific) y el resto de naciones desarrolladas de la mencionada cornisa asiática.

A algunos de los viajeros se les recibe con la tradicional guirnalda de flores que se les coloca como un collarín de exóticos motivos. Patricia me presenta a toda su familia que han ido a esperarla: su hermana; su cuñado y las dos niñas de ambos. Son agradabilísimos. Me dicen que viven en tal y cual sitio, y que me pase a verlos, que tendrán mucho gusto en invitarme y en hablar conmigo de España... y hasta de Chile! En eso quedamos. Por mi parte, con los bonos en la mano, me es fácil orientarme. Hay poco de donde elegir. Los dos mil y pico habitantes de la isla se concentran, repito, en la capitalita, Hanga Roa. El hotel de más categoría, por llamarlo de alguna manera, es el Honsa Hanga-Roa también, y hacia allí me encamino. El resto del alojamiento se reparte entre otro hotel, el Hotu Matua, algo más alejado del centro urbano; y una serie de “Residenciales” esparcidas por el espacio que, *grosso modo*, se comprende entre la lengüeta de tar-mac del aeropuerto y las zonas habitadas más septentrionales de Hanga Roa. El ambiente no puede ser más rústico, más... insular. Ya en el avión me informaron de que el acarreo de ciertos elementos en masa, que constituirían el tipo de prestaciones a gran escala que fueren, se realizaba una vez al año mediante la visita de un barco que atracaba en la caleta Hanga Roa. Parece que se trata del transporte de los cualesquiera vehículos pesados para uso militar, y de ingeniería, y cosas así.

Mi hotel está construido como de planchas de madera, cristal, troncos de árbol y esa guisa esperable de arquitectura liviana que caracterizan a los edificios en los que, aun estando en su interior le parece a uno estar en plena calle. Con todo, mi primera noche hice lo que pude. Me encontraba cansado de las cinco horas de viaje y de la tensión que se produce por el hecho

de viajar; me encontraba diminuto, la vez que más agua mediaba entre mí y un trozo de tierra continental. Mi paquete turístico incluía alojamiento y media pensión; así que recuerdo que justifiqué mi cena con un sandwich de algo y un zumo, y me preparé para el día siguiente. Me levanté temprano en la mañana de aquel nuevo día, martes, y gestioné una excursión panorámica y suficiente de toda la isla. Alguien tuvo que ponerme en contacto con José Miguel, un chileno rubiales, de ojos azules conforme a la más pura extracción aria. Se había establecido en Pascua hacía años, había tomado a una nativa -- mitad chilena, mitad polinésica -- por compañera, y se dedicaba... al turismo en todas sus acepciones. Charlamos: El hombre vio en mí a un cliente excepcional. Yo eché cuentas, igual que con el taxista de Roma, que tan magnífico resultado me dio; puse en práctica el aforismo de que “para ganar hay que dar también a ganar”, y aunque el acuerdo del “día entero” que habíamos cerrado siempre quedaría reducido a bastante menos de lo que en Chile y en cualquier parte del mundo se considerase jornada laboral, accedí a pagarle \$ USA 100.- por sus servicios todo el tiempo del día que yo estuviese dispuesto a ver la isla.

Creo que lo expresé antes, pero ahora lo repito: con la mitad justa de tiempo de excursión, es decir, dos días en vez de cuatro, bien aprovechados se puede cubrir con suficiencia y decoro el cometido del turista normalmente curioso e interesado. Pero también dije que los paquetes turísticos comenzaban a partir de las cuatro noches mínimas. A toro pasado las cosas se nos aparecen insultantemente claras. La prodigiosa progresión geométrica, quiero decir, hacia atrás, que se va operando respecto del interés decreciente de las cosas y realidades en ciertos sitios es... eso, prodigiosa, sencillamente increíble. Ciertos tipo de islas son, todas, muy parecidas, muy intercambiables en

lo que de ámbito particular geográfico puedan comportar. Y Pascua, además, por ser pequeña consentía más propiamente una comprobación de dicho aserto. Bueno, a mí me quedaba la baza de Patricia y tal pensamiento supongo que me aliviaría.

Preparamos una comida de picnic, cogimos su furgón semi-todo-terreno y comenzamos la jornada. “Enséñame palmo a palmo toda la isla, José Miguel” -- le dije. Y el hombre, por 100 dólares USA creo que me hubiera llevado en brazos. Y en efecto, recorrimos de punta a rabo Rapa Nui. Desde Hanga Roa en el vértice suroccidental como he dejado dicho, parten dos pistas principales de tierra que parecen encontrarse en la playa de Anakena, en la Punta Rosalía al norte. Una de las pistas bordea buena parte del lado largo o hipotenusa del triángulo; la otra discurre más por el centro. La mayoría de los conjuntos o agrupaciones de monigotes de piedra, “moais”, tienen su nombre. José Miguel iba provisto de una cámara fotográfica para color, de esas Kodak, supongo, manejera y operativa como lo requería la ocasión, y tuvo el acierto de producir en la sesión aquella nada menos que veinte fotos que salvo una, una cualquiera, de la que recuerdo que se encaprichó mi amiga coreana Yun Suk en mi casa de Alcalá de Henares, todas ellas, es decir, diecinueve, conservo y tengo aquí delante en el momento en que esto escribo. Quiero creer que con todo el tiempo del mundo por delante y con la generosísima contraprestación monetaria con que le había distinguido, José Miguel se detuvo donde hiciera falta y me hizo las fotos que también hicieran falta. Podríamos distinguir algunos tipos de entre las instantáneas, las poses, y las localidades; las hechas junto a alguna escultura aislada, como las de Rano Raraku, o Tahai-Ahu, y Kote Riku; las tomadas junto a formaciones en perfecto orden y alineamiento como las de Ahu Akivi; las

sacadas al borde del lago de la boca de algún volcán, como posiblemente fuera el Ahu Tongariki, y con toda seguridad el Rano Kau; las que me tiró un poco al buen tun-tún desde tierra adentro dándose maña a incorporar en la cartulina un buen pedazo de costa; y las que, por último, recogen grietas características formadas por las caries de los petroglifos en distintos lugares de los bordes de la isla. Esto, relatado muy así, de pasada. Los 170 kms. cuadrados de superficie de Rapa Nui conformarían uno perfecto de unos trece kilómetros de lado. Por tratarse de una forma triangular, desde uno cualquiera de los dos vértices de la hipotenusa al otro, servido por la ruta de tierra no habría más de veinte kilómetros en línea recta. Si se tienen en cuenta los recovecos, el tramo de camino que unía los dos ramales largos, y el recorrido de vuelta, calculo que todo el kilometraje de un día no habría alcanzado los 35 ó 40. Sin embargo, es la verdad que José Miguel en todo momento se adentró por lo que podrían considerarse caminos de montaña o “mountain tracks”, incrementando de esta forma nuestro rodaje sensiblemente. Yo llevaba un pantalón corto color ceniza, de tergal, y lleno de bolsillos; camisa “arrow” de manga también corta, y zapatos tipo Gorila de suela de goma. Cuando ahora, algo más de veinte años después, me contemplo en aquellas instantáneas, no alberga mi conciencia ninguna duda de que a la edad de 42, con salud, con dinero, y sobre todo con ganas, se puede remover mucho ámbito. José Miguel se quedó encantado con los cien dólares. Tengo la impresión de que aquello equivalía a lo que normalmente ganara en los cinco días y medio de trabajo de una semana entera. Me dejó bien claro que estaba a mi disposición para lo que gustara. Antes de dirigirse hacia mi hotel pasó por su casa un momento a dar un recado -- y probablemente los \$ USA 100.- también -- a su mujer, la cual me

miró entre intrigada y huidiza, como queriéndome ocultar su gesto de mitad mapuche, mitad araucana, mitad polinésica, pero que en todo caso y en una interpretación libre que yo configuré en aquel momento, me pareció que denotaba admiración por un cliente tan providencial con el que su marido se había encontrado. No quise que José Miguel me acompañara más, y decidí darme un paseo por mi cuenta. De una radio que alguien había dejado a la entrada de una vivienda salía a todo volumen una canción de las que más en boga estaban de Camilo Sesto, que por aquel entonces era popularísimo en Chile. Por un resorte empático, automático, me uní a la melodía...

Para el día siguiente, miércoles, diseñé una visita por la mañana al museo Heyerdahl, el antropólogo noruego que más ha especulado sobre si los nativos isleños del Pacífico llegaron en balsas a las costas de Suramérica, y viceversa, de un lado; y también sobre si las estatuas de piedra fueron construidas en la isla o transportadas desde otros territorios. La mayor de ellas mide 23 metros y pesa 350 toneladas. El noruego nonagenario [desconozco si aún vive en el momento presente, marzo 1999, en que esto escribo] se ha pasado buena parte de la existencia mareando la perdiz con éste o parecido juego de conjeturas. La Isla de Pascua, como digo, mantiene un Museo con un abundante muestrario de reproducciones, utensilios, documentos, y cualquier extremo que tenga que ver con alguno de los aspectos antropológicos que prestan y seguirán prestando singularidad a Rapa Nui.

Esa misma tarde hice una visita de cortesía a la casa de la familia de Patricia. Una lástima no recordar sus nombres. Ya dije que su hermana y cuñado eran padres de dos niñas, monísimas, tirando a rubias, de unos nueve o diez años; una de ellas con gafas, pero ambas con aire y gesto graciosísimo y desinhibido.

Seguro que andando el tiempo se convertirían en dos señoritas representativas del elemento femenino más válido de Chile. El cuñado, un mozo recio y noblote, algo más alto que yo, me contaba que había aceptado el trabajo en ultramar por el aumento de paga que ello llevaba consigo. Le quedaban un par de años de servicio, y luego, con los ahorros se volverían a Chile continental con la pretensión de que las niñas pudieran asistir a un buen colegio, etc. La hermana de Patricia y madre de las chavalillas, era más bien bajita, pero muy bien formada, con rostro redondeado y pelo algo crespo y de color castaño. Formaban una familia de lo más unido y armonizado, y desde un principio percibí que me trataban con especial deferencia y que se habían felicitado de que Patricia y yo hubiésemos coincidido en el vuelo desde Santiago.

La verdad es que todo parecía existir en su versión de miniatura. Observando el plano oficial más completo de Hanga Roa, y las leyendas correspondientes, bajo “Simbología servicios públicos” lo cierto es que, en la proporción que pueda afectarse a una población de unos 2,000.- habitantes, no falta de nada. Hay Gobernación; hay Ayuntamiento (aquí, Municipalidad); Banco del Estado; Juzgado; Servicio Nacional de Turismo; Correos y Telégrafo; Escuela; Mercado; Televisión Nacional; Hospital; Agencia LAN-CHILE; Centro comercial; Policía internacional y un cuerpo de carabineros un poquito por debajo y a la izquierda, es decir, al sureste del emplazamiento del aeropuerto de Mataverí, que toma dicho nombre de ese mismo distrito de Hanga Roa donde precisamente vivía la familia de Patricia, en una especie de pabellón construido por el Gobierno para militares y personal destinado a servicios de defensa de la isla...

Cuando llegué a casa de mis amigos, Patricia estaba escribiendo una carta y colegí que se trataba de alguien especial de la metrópoli. Patricia me había dicho que aquella constituía la primera vez que viajaba y, por supuesto, y aún más si cabe, la primerísima que volaba. Y sin embargo, en el avión la vi tan campante, como si nada. ¡Qué admirable criatura! -- pensé. ¡Cuánta energía y compostura en un templo de cuerpo de dimensiones tan poco ostentosas! Recuerdo un detalle que aun dentro de su diseño perfectamente serio y de cierta transcendencia, no dejó de descargar su nota de ludismo en la conciencia mía... El cuñado de Patricia -- vamos a llamarle ya Ángel desde ahora y de una vez por todas para ahorrarnos circunloquios --..., Ángel resulta que va y me dice que en las atribuciones a él conferidas, y en las correspondientes dependencias, se encontraba un español detenido allí, precisamente en la Isla de Pascua, cuando al tocar con su barco en Hanga Roa, y como escala ya no recuerdo si hacia el este o hacia más adentro del Pacífico..., pues el caso es que le habían descubierto algunos artículos de contrabando y drogas entre la carga, o un tema parecido. Lo que Ángel me sugirió rozaba lo surrealista y lo chistoso, a saber: que hablara yo con aquel muchacho, de español a español, a ver si el hombre necesitaba algo, o quería algo..., o se encontraba en disposición de dar alguna explicación que hasta entonces no hubiera encontrado conveniente dar. Como digo, algo surrealista. En fin, el bueno de Ángel me trajo al “preso” que, por supuesto, andaba por allí tan expedito y tan libre como yo; sólo que no debía abandonar los barracones donde supuestamente se ejercía su control, sin informar a los carabineros. El bueno de Ángel, digo, me sacó allí, al campo, a mi paisano el prisionero, con el fin de que me contara cosas, lo que le viniera en ganas, y de esa manera ver de

ayudarle con los problemas en que hubiere incurrido con las autoridades chilenas. El joven resultó ser un granadino que estaba como drogado, incapaz de articular un tramo medio coherente de discurso. Hice lo que pude: Me cercioré de que, por lo demás, gozaba de toda la autonomía del mundo: nada de esposas (grilletes maniatantes, quiero decir), ni de candados, ni de cerraduras. ¿Dónde iba a irse, además, si en cuanto que diera un paseo relativamente corto se encontraba con el mar? El muchacho, según me contó Ángel, esperaría allí en Pascua hasta que la autoridad civil competente se hiciera cargo de él. Una verdadera pena de chico, y una situación surrealista para mi acervo de vivencias.

La mujer de Ángel me invitó a toda suerte de golosinas que había preparado, y así fue transcurriendo la velada. Recuerdo que aquella tarde llovió algo. En aquel pedacito de tierra sub-tropical el agua pareció darse prisa a mojar para evaporarse también rápidamente; se trataba del típico aguacero templado isleño, súbitamente empapante, fugitivo, como si no hubiese nube alguna que acertara a mantenerse encima de la islita por más de un rato. Tengo dos fotos de aquella tarde, con las viviendas prefabricadas al fondo: En una estoy con Patricia y sus dos sobrinas; en la otra, Patricia, su hermana, y las niñas, formando un grupo encantador, jovial, iluminado por una sonrisa de buenas personas que hermo­seaba todos y cada uno de sus poros. Les había contado yo mi excursión del día anterior, y así, y puesto que ya podía blasonar de cierto conocimiento de la isla, y como mi haber entrado en conocimiento de José Miguel me permitía disponer de sus servicios, les dije que... que qué les parecía si al día siguiente, último mío de estancia completa en Pascua, nos íbamos de picnic a alguna parte. Les pareció una idea estupenda, y ya en vena de sugerencias las mujeres

propusieron ir hasta la playa de Anakena a bañarnos y a comer allí. Telefoneamos a José Miguel, que se hallaba en casa, y quedamos para el día siguiente. En vista de que dejé bien claro que todos los gastos del transporte y de José Miguel, en general, corrían de mi cuenta, la hermana de Patricia me encargó que no me preocupara por nada de lo demás; que ellas se encargarían de la comida...

Así que nos despedimos y yo salí andando hacia el Hotel Hanga Roa ya que se trataba de un paseo agradable y me apetecía caminar. Dije anteriormente que la vivienda de mis amigos se encontraba algo por debajo del aeropuerto; así que, antes de alcanzar la Avda. Hotu Matua, para seguir eventualmente por la Avda. Pont hasta el hotel, continué campo a través hasta interseccionarme con la pista de aterrizaje y despegue. Fue una de las impresiones más intensas, vívidas y simples al mismo tiempo. Me coloqué en mitad del tar-mac mirando enfrente, hacia los más de dos mil metros en una dirección, y los más de quinientos que me separaban del otro extremo. Un enclave tan particular como aquél; quiero decir, una islita poblada por unos dos mil habitantes poseía una formidable pista para aterrizaje y despegue de aviones, hasta de los más grandes; pero en aquel momento aquella lengüeta de alquitrán compactado me representaba algo más; a mis ojos se me aparecía como el elemento fundamental por excelencia, aquello que hacía que los viajeros pudiéramos haber llegado, y nos volviésemos a ir normalmente. Sin aeropuerto no me era posible concebir la vida en un lugar así; por un juego burlón de contrarios ensayé representarme a Pascua sin aeropuerto, y fue tal la congoja de orfandad y de claustrofobia que me advino que inmediatamente volví a sumergirme en la realidad de mirar a un lado y a otro de aquellos más de tres kilómetros de carretera inmensa. Anduve

hasta donde los aterrizajes, en un espacio aproximado de unos doscientos o trescientos metros, solían comenzar; es decir, donde el avión tocaba el suelo. El ennegrecimiento que el rasponazo de las ruedas iba dejando en esa extensión reducida me hizo jugar mentalmente con cifras y con mediciones. En efecto, era relativamente pequeña la distancia entre el comienzo absoluto de la pista y el borde del mar; probablemente no llegaría ni a los 300 metros. Encontrarme allí solo, paseando solo por un tramo de aquella colosal receptora y lanzadora de aviones, me produjo una impresión hasta entonces desconocida para mi inventario turístico. Hubiera sido fascinante que a esa misma hora llegase algún avión de los grandes..., y allí todos tenían que ser de calibre suficiente como para salvar la mínima distancia entre Pascua y Chile continental; o entre Pascua y Tahiti: en cualquier caso, más de 4,000.- kms. de autonomía, a menos que los también territorios chilenos de la isla Sala y Gómez, tan sólo ligeramente al este de Pascua, y del archipiélago Juan Fernández, mucho más cerca ya de la costa continental, dispusieran de aeropuerto, cosa que en aquel momento no ocurría. Sí, hasta allí y desde allí sólo operaban aviones jet, suficientemente grandes... Quedarme por debajo, tan sólo a unos metros por debajo de algún bicho de esos aterrizando hubiera sido una experiencia. Pero no era día de vuelos, y mi soledad y el silencio de los cielos no se vio perturbado por ninguna aparición de casa volante más o menos grande. Como digo, aquello parecía irreal: Por la dinámica de un recorrido natural yo había accedido libremente a un espacio que en otras circunstancias se consideraría restringido al público. Y aquí, nadie me vigilaba; nadie me había puesto cortapisas. Desde luego, uno de los paseos más originales e inesperados de toda mi vida.

El jueves era ya mi último día completo en la isla. Según planeamos, a la hora fijada me recogió José Miguel con su furgoneta, y el hombre, consciente de que el pago por su servicio de hacía dos días había sido excepcionalmente favorable para él, esta segunda vez... casi, casi estaba dispuesto a venirse con todos nosotros prácticamente por nada. Ajustamos, sin embargo, un precio módico y nos dirigimos a casa de la familia de Patricia. Se hallaban todos preparados en plan picnic. Las niñas exteriorizaban el mayor de los regocijos por verse tan inesperadamente regaladas con un amigo tan de circunstancias como yo, casi extraño, como caído del cielo, y en este caso nunca mejor dicho puesto que fue un gran pájaro metálico el que me había trasladado a aquel pedazo isleño del territorio de Chile, y el que me devolvería al continente de nuevo, justo al día siguiente para ser exactos. Pero entonces, aquella ya media mañana de jueves, pusimos rumbo a la playa de Anakena, por la carretera que desde Hanga Roa cruza por mitad de Pascua en su sentido más alongado. A uno y otro lado del camino íbamos dejando los conos de los volcanes apagados, o cerretes de hasta 500 metros de elevación, todos ellos con los típicos nombres de tan nativa sonoridad como Punapau, Maunga Otu, Maunga Roa, Maunga Pui, hasta el Ahu Te Pito Kura que como un verrugón en la península de Punta Rosalía se interpone entre la caleta de Anakena al oeste y la de Ovahe al este.

Llegamos a la playa y allí sentamos nuestros reales para todo el rato de excursión. Aquella ribera era de las de levísimo gradiente; había que adentrarse cien o más metros para que el agua, como caldo templado y mansurrón, le cubriera a uno por encima de la cintura. La arena, absolutamente excepcional, de inmejorables condiciones. Allí no rompía ninguna ola, sino secuencias rizadas de agua que dejaban suavemente la espumilla

con casi imperceptible chasquido [Parecidas características de playa, en lo que se refiere a temperatura del agua, calidad de la arena y moderadísima inclinación las encontraría algunos años más tarde, y sobre todo, en las Islas Maldivas, salvadas las diferencias de situación vivencial]. Cuando Patricia con pudorosa desenvoltura se despojó de su ropa de calle y se quedó en traje de baño me ofreció el precioso microcosmos de su cuerpo. Era menuda pero con una de las proporciones más halagüeñas que jamás hubiera yo contemplado. Se supo desde el primer momento objeto de mi incumbencia referencial, y simplemente se dejó mirar. Llevaba un bikini de color marrón oscuro, nada lujoso ni menguado de hechura. La parte inferior cubría lo justo, hasta con generosidad, aunque el ombligo quedase muy por encima del borde. Y las dos tazas de arriba se ajustaban por la espalda y por detrás del cuello. Patricia disponía de un pecho más bien breve pero magníficamente armonizado con el resto de sus dimensiones.

Las fotos se sucedieron, ya no sé si con la misma cámara de José Miguel o si con alguna otra que hubiese llevado Ángel. En una, sacada necesariamente por José Miguel, estamos los seis: Patricia, siempre al lado mío; la mamá y las niñas, y Ángel, al que la cartulina ha cortado medio cuerpo y ha respetado sin embargo la cabeza entera y la parte izquierda de su torso. Yo intenté ser parco en lo tocante a las fotos que me sacaran solo; me constaba que yo constituía la novedad que, andando el tiempo, más comentarios generaría al repasar el álbum correspondiente. Con todo, dejé que me hicieran una con el agua por las rodillas, en mi bañador Speedo negro con franjas amarillas laterales: Tengo buena parte de la playa a mis espaldas, y a la altura de fondo de mi cuello una olita de no más de medio metro está rompiendo dejando aparecer la raya blanquecina de

espuma por una buena sección de su cresta alargada. Por iniciativa de quien fuere, probablemente de todos nosotros en concierto tácito, dispusimos que se hicieran dos fotos para que me las llevara yo de recuerdo expreso: una, de Patricia con sus dos sobrinas, muy graciosamente cobijadas, inclinándose, a uno y otro costado de su tía, en un pequeño promontorio, con fragmento de la cala y de la tierra firme como paisaje de retaguardia; otra, dedicada palmariamente a mí, de Patricia sola, en el mismo lugar. Es una preciosidad de criatura la que se contiene en esa menudez de 8'5 x 8'5 centímetros de cartulina. Quiero recordar que Patricia, medio en broma, medio en serio, ensayó algunas poses antes de que definitivamente se quedase un poco, armónicamente, sin llegar a estar en jarras, con el brazo derecho flexionado, descansando en la cadera; pierna izquierda adelantada y asimismo doblada ligeramente y en posición de avance. No creo que ella sospechase nunca que más de veinte años después, la tarde de un ocho de marzo de 1999, en mi despacho de la Facultad de Letras de Granada yo estaría comunicándome con ella mediante una instancia literaria, y a través de aquella fotografía que, quiero pensar, ella me dedicó en cuerpo y alma. Patricia era una joya en pequeño, pero de armoniosas medidas; uno de esos encofrados que por deslizarse indemne entre procelosidades interesadas ha venido resistiendo el efecto nihilista, de trituración igualitaria del tiempo. Se sabía entonces, se supo siempre la elegida por mí para dar nombre e identidad a la excursión en la playa de Anakena, en la isla de Pascua, aquel día de diciembre de 1978.

Comimos, invitamos al bueno y algo atontado [por lo menos, aquel día: parecía tener problemas con la mujer] de José Miguel, y consumimos hasta la media tarde, entretenidos cada cual con sus especulaciones. Sí, hubiera sido demasiada

complejidad interferir en primera persona, quiero decir abiertamente, con el mundo emocional de Patricia. Ya he dicho antes que cuando el día anterior la había visto escribir, ella misma me comentó que puesto que iba a quedarse allí una temporada con su hermana y cuñado... pues que sentía ya el efecto de la añoranza de alguien con quien compartiera... lo que fuere en el continente. Pero aun eso no lo hubiera yo considerado obstáculo esencial, no. Estoy seguro de que ante los ojos de todos yo pertenecía a esa clase de españoles pudientes, capaces de tomar una decisión que condujese a buen puerto, y sostenida por una autonomía de medios y por una solvencia espiritual en todos los órdenes. Patricia me atraía, sí... pero más allá de este encuentro fortuito, cualquier escaramuza echaría por tierra todos mis planes respecto de Lucía; introduciría un elemento de tal manera distorsionante de todas mis expectativas que, prácticamente, bien podría hacerme a la idea de que se trataba de un diseño enteramente nuevo. Lucía, además, podía ir a España [como así fue], mientras que Patricia disponía de un rango de autonomía muy menguado, por no decir inexistente. Y en definitiva el problema siempre dejaba para el final de cualesquiera composiciones mentales la misma imponente realidad: Chile se hallaba, se seguiría hallando realmente lejos de España..., de donde yo tomara el primer avión. Sí, acaso, seguramente habría sido demasiada complejidad interferir con el horizonte emocionalmente vivo de Patricia...

En medio de estas divagaciones y mientras salía del agua y entraba de nuevo, solazándome y martirizándome con el pequeño rompecabezas que la figura de Patricia me significaba..., mientras todo esto ocurría, comencé a percibir que mi piel me escocía, sobre todo por los hombros, el codo y los brazos, y que había adquirido un tono de carmesí creciente. Me

había empezado a quemar. Aquel cielo claro traicionero en nada se parecía al azul rotundo y sin vetas de Castilla, o a la inmensidad del ámbito blanco de un día de verano de más de cuarenta grados al sol. El de Pascua, en su efecto cegador estaba de continuo atemperado por cuadrillas de nubes, como rebaños de cendales que sin embargo no impedían que los efectos térmicos de quemazón se operasen en su esperada crudeza. Era ya tarde cuando me cubrí con una camisa de manga corta; me blindé ya con zapatos y con calcetines un rato antes de que regresáramos. Al dirigirme a cambiarme de ropa a una especie de cabaña que había allí, supongo que al efecto, para uso de los excursionistas..., a unos doscientos metros de la línea de playa, antes de traspasar las últimas malezas y hierbajos que me separaban del entarimado de la casucha, discurrió ante mí una enorme rata polinésica de esas cuyo rabo parece que no termina nunca de desaparecer. Pegué un respingo que a buen seguro hubiera alarmado a cualquiera que en ese momento hubiera podido acompañarme: ¡He aquí -- pensé -- una de las sorpresas más desagradables que puede albergar toda realidad aparentemente inocua e idílica como esta isla de Pascua!

Ya de vuelta, creo que fue José Miguel quien me informó de que un catalán, llegado a la isla el jueves de la semana anterior, había tenido un accidente de moto y se hallaba en el hospital de Hanga Roa. Me despedí de mis amigos, los cuales, a pesar de mis ruegos de que no se molestaran, me aseguraron que estarían a la mañana siguiente en el aeropuerto para despedirme. Así quedamos. Me di un buen lavado en el hotel. Me escocía la espalda, sobre todo los hombros, algo del cuello y los brazos. Lo único que allí tenían era una crema aceitosa que, al menos, impidió que me creciera el malestar. Me dirigí al Hospital a ver de quién se trataba aquel nuevo español visitante... Y se trataba

pues de un catalán, efectivamente, Antoni Pujador, de 39 años, piloto de profesión y viajero por tercera o cuarta vez a Pascua. Resulta que había llegado en el vuelo del jueves de la semana anterior, había cogido una moto de recreo, con tan mala fortuna que una caída le había dañado seriamente una pierna. Lo encontré abultadamente vendado y en periodo de observación. La isla sólo disponía de un hospital que, aunque me pareció limpio y cuidado con primor, sin embargo no contaba con equipo para llevar a cabo cirugía mayor. Antoni estaba esperando, de momento, el veredicto sobre si su curación se podía concluir en Hanga Roa, o tendría que ser trasladado a Santiago y eventualmente a España. Cosas de la casualidad, también resulta que era medio novio o que salía con una malagueña de la familia Caffarena, prima de una amiga de Vicky Álamos y conocida mía. Al decirle yo que trabajaba en Granada, y que Málaga estaba en el radio de mis correrías, me pidió que llamase a la tal chica y le contase lo que había ocurrido, en el supuesto de que él no pudiese hacerlo antes por el medio que fuese. Me pareció un poco loco y algo simple el tal Antoni. Sacaba unas valoraciones de la realidad absolutamente erradas a la luz de la evidencia más incontestable. Bueno -- me dije -- ¡y a mí, qué! Le informé de que me iba al día siguiente; le deseaba suerte, y le prometí que tan pronto como llegase a Granada me pondría en contacto con su novia, la Caffarena [En realidad, no esperé a tanto: Nada más llegar a mi casa en Alcalá de Henares, aproximadamente unos diez días después de lo que estoy relatando, o sea, en todo caso antes de regresar a Granada para comenzar las clases del nuevo año natural 1979, telefoneé a la Caffarena y le pregunté si sabía algo de Antoni. Me dijo que ya se hallaba en España donde le habían intervenido, y que el proceso entero se desarrollaba de forma satisfactoria. No

olvidaré el tono... no de desapego, pero sí de falta de eso que pudiéramos llamar “interés monográfico” que me pareció advertir en las expresiones de la chica; algo parecido a como si Antoni se hubiera arrogado una función de incumbencia que por parte de la malagueña no fuese correspondida. ¡Yo qué sé: Algo así me pareció!] Lo que sí conservo de todos modos y no puedo precisar a través de qué concurso o mediación, si del propio interesado o de mí mismo que me preocupara de agenciármelo..., lo que sí que conseguí y conservo es un reportaje del 2 de febrero de 1987, lunes, en *El País*, “Antoni Pujador y Francesc Amorós: Primeros españoles que participan en una expedición a la isla de Pascua”. Bueno. Sin entrar ni salir en el asunto de si fueron o no los primeros [ya hablamos de la felicitación de Año Viejo que cuatro lustros antes había realizado para T.V.E. Miguel de la Cuadra], el artículo junto con los datos más conocidos del gran público rebosa de lugares comunes. En síntesis se nos informa de que los dos protagonistas se han unido a la advocación general de los estudios e investigaciones de Heyerdahl para seguir mareando la perdiz sobre el tema de los moais y de las balsas de totora: sobre si los unos fueron traídos y llevados o contruidos en la isla; y sobre si las otras fueron o habrían podido ser lo suficientemente resistentes para justificar las correspondientes migraciones entre la Polinesia y el continente suramericano.

El viernes llegó y con él el día de mi partida. Los servicios de mi agencia me llevaron al aeropuerto. Allí estaba Patricia y toda su familia, así, exactamente como digo: Toda la familia. Ángel me colgó una guirnalda de conchitas y caracolas, preciosa, que servía de motivo totémico propiamente dicho y de regalo en la acepción menos equívoca del término. Me recordaron que el sentido de aquella costumbre era propiciar el

regreso por lo menos una vez más de todo aquel que hubiera pisado la isla de Pascua. Subí al avión y sin más trámites despegamos, como confundiéndonos más, cada vez más con el mar y quitándonos de debajo aquella menudencia de isla, dejándola atrás, como una excrecencia de tierra en toda la expansión oceánica. El avión me devolvió a la mente el ritmo de actividad que yo precisaba. A ver: eran las 10:00 am. hora local. Llegaríamos a Santiago a eso de las 16:30 pm. Ya lo tenía pensado. Llamaría a Lucía desde el aeropuerto. Una vez juntos, ya veríamos. La estampa de Patricia cobraba más y más entidad literaturizante; se gasificaba ante las hechuras soberanas, portentosamente enteras y en sazón del pedazo de mujer que era Lucía. No había comparación. No había que comparar. La nubilidad primaria, aunque decidida, de Patricia, y en versión meramente virtual e imaginada respecto de mis incumbencias, cedía ante la cercana y tangible realidad de Lucía, un paradigma de hembra receptiva, hecha surco preparado para recibir los aluviones de semilla que de mí pudieran desprenderse. No, no se podía comparar. Eran cosas distintas; no había razón para compararlas; cada cosa en su sitio, cada instancia en su onda, y yo también, a mi manera, procurando no desordenar nada.

En un momento dado percibí que el ámbito de debajo había cobrado un color pardo, marrón. Volábamos ya sobre tierra y descendíamos hacia Pudahuel. Nada más superar las colas de viajeros que se agrupaban para el menester común de recoger su equipaje, me vi en el hall, me acerqué a un teléfono y llamé a Lucía. No estaba. Se puso una sirvienta y así me lo dijo. Pero debía de ser tanta la seguridad que ellos tenían de que yo iba a llamar y de que las cosas habían tomado un rumbo ya imparablemente inequívoco, que la misma sirvienta me aseguró que “la señorita” contaba con eso, con que yo la llamara; así

que..., que no debía preocuparme, porque ella, la sirvienta, me recomendaba que no me moviera del aeropuerto, porque la Señorita Lui iría a recogerme lo antes posible. Me lo dijo con ese tono melifluo pero no por ello menos seguro. No quise hacer más averiguaciones; me di por enterado; la volví a decir que, bueno, que era yo; que había llegado de la isla de Pascua, y que esperaría. Y así fue.

Tardó Lucía alrededor de una hora en llegar, pero yo no tenía nada mejor que hacer que mirar y pensar; merodear algo y reflexionar. Lucía llegó festiva y rotunda, espléndida en su papel de hembra. Cuando, en parte por cortesía de urgencia, en parte porque era la pura verdad..., cuando la dije que la había echado de menos..., que, sin haber considerado un error mi viaje a Pascua, pero que aun así, con justo la mitad del tiempo habría justificado plenamente mi propósito..., cuando apreté sus generosas y compactas redondeces contra la meseta de mi pecho, ella me miró con un mohín de madraza sabedora..., como recriminándome tiernamente con un “¡Ya te lo había dicho!” ¿Nos fuimos al hotel Foresta inmediatamente? No puedo recordarlo. Acaso nuestro mutuo conocimiento, quiero decir de Lucía y mío, de que nuestro ligamen comenzaba a discurrir por los caminos de lo esperable, con arreglo a las pautas de lo estable y reconocido, acaso eso, supongo, prestara a nuestras mostraciones y realizaciones amorosas un toque de moderación conformada y que en mi caso, así, vagamente podría configurarse o formularse mediante un... “Como esto está seguro, no hay razón para apresuramientos”. No, no recuerdo si nos fuimos al hotel Foresta a darnos una sesión de nupcias. Probablemente sí. Sí, estoy casi seguro de que sí, más que nada por poder yo contarle a Lucía lo que había visto y hecho en Pascua, rebajándolo de todo acompañamiento de exotismo

personal o de vivencia añadida, como hubiera podido interpretarse el inocente pasaje de haber conocido a Patricia y a su familia. De cualquier forma nuestros “cuerpo a cuerpo” sentía yo que quedaban a media distancia entre el rapto fulminante con la criatura fugaz que nos desaparece para siempre..., y la compañera institucional con la que no nos atrevemos a experimentar fantasía erótica alguna, ni siquiera en sus aledaños más incruentos y pueriles. Algo de eso me ocurría con Lucía. Ya en tono de confianza me contó que el primer día, el primero de todos, después de mi llegada de España en aquel viaje, ella se había percatado de que a mí “me faltaba algo” por no haberme decidido a besarla; y que una vez más, cuando en la segunda jornada la llevé la mano a mis señas de identidad, tan encrespadamente apercebidas, tuvo que rendirse a la evidencia y venirse conmigo al hotel. Y todo eso me lo decía con una gracia pudorosa pero pícaro.

Lo que sí que hicimos fue comprarme en una farmacia lo que en aquel momento me recomendaron como crema balsámica y aliviadora de las molestias por quemaduras de sol. Con toda seguridad que, después de estar juntos, nos iríamos a nuestro restaurante preferido, a comer alguna pasta o carne exquisitas, tragar un buen espumoso y regalarnos con un estupendo postre de frutas. Como noticia que se había generado en mi ausencia era que Eduardo llegaba de España al día siguiente, justo al día siguiente, a pasar las fiestas de Año Viejo con su gente chilena. Así terminaría aquel viernes, y así quedaríamos para ir a esperar a Lalo al aeropuerto.

El sábado, al levantarme y proceder a los menesteres del aseo, mientras me hallaba muy probablemente con algo, una toalla, unos pantalones, lo que fuere, que me cubriese de cintura para abajo, una de las camareras llamó a mi habitación, y al

introducirse a mi voz de consentimiento, no pudo dejar de captar el estado de mi espalda, de mis hombros y de mis brazos. Aquella hermosa mujer se llamaba Gabriela..., y en un arranque de empatía, al verme con la crema y adivinar que me la estaba aplicando, se quedó como esperando que yo... No hizo falta: me tomó el frasco de las manos y se puso a esparcirme aquella especie de leche cremosa blanca por mis superficies afectadas. Hasta en una cosa tan simple como lo de dar unas friegas en mis homoplatos pude encontrar un aroma especial en Gabriela, como representante plenipotenciaria entonces de todo el eterno femenino chileno. En el rotundo y articulado párrafo de Lucía es como si se hubiesen introducido ya, en cosa de nada, en cuestión de días, dos sugestivos paréntesis, Patricia y Gabriela, y supongo que la nómina de sorpresas tendía a lo inacabable. Gabriela, allí, en mi cuarto, acariciándome el cuerpo con un tacto providencial de hada, o bruja, madrina, ¡qué más da!, me estaba haciendo comulgar con otra muestra más de la magnífica realidad que se encarnaba en las mujeres chilenas. Me hubiera quedado allí con ella, con Gabriela; estoy seguro de que yo le gustaba, de que me miraba como a un caballero redentor y boyante, y de que en su persona, en la persona de Gabriela hubiera yo diseñado sin detrimento alguno, sin menoscabo de mis quilates, ni rebaje en la visualización de las excelencias perseguidas y contempladas, hubiera yo conseguido, insisto, un cúmulo equiparable de beatitudes líricas. Tal me pareció Gabriela. Tal me sigue pareciendo a través y a lo largo de los años.

Mi “affaire” con Lucía comenzaba a institucionalizarse. Esa misma tarde del sábado, en el aeropuerto, con ocasión de recibir a Lalo, no puedo precisar cuántos de su familia se habían dado cita allí. Recuerdo bien la tremenda sorpresa que se reflejó en la cara de mi amigo y potencial cuñado cuando, pasadas las

primeras rondas de saludos y abrazos con todos los que tenía más cerca, se fue dilatando su fijación en ámbitos cada vez más generales y menos exclusivos, y... no se lo podía creer. Pero el caso es que yo estaba allí. Que Lucía y yo habíamos conectado, lo sabía... hasta por mí, pero su gesto cordialísimo como de incredulidad estupefacta y gratificante al mismo tiempo, ilustraba a las claras que no se había imaginado que mi concernimiento hubiera sido de un calibre tal como para motivarme a viajar hasta Chile. Eduardo, “Lalo”, a partir de aquel momento dio una talla de portentosa civilidad y de altísimo compañerismo. Si por una parte su familia de Chile era la que era, la que estaba allí y a la que tenía que referirse durante su estancia en Chile, yo, por otro lado, no menos sugestivo, era su enlace testimonial, vivo con España; yo era el elemento más decisivamente fedatario de todo lo que España pudiera significar para Lalo; yo era el mejor nexo para sus dos mundos; y la conciliación y anuencia que Lalo, en su papel de hermano de Lucía, pudiera propiciarme en Chile, él sabía de sobra que todo ello estaba congruamente coonestado a la recíproca con el papel de referente válido que yo desempeñara en España. En suma, un concierto de realidades sin estridencias.

Una vez que cumplí con mi caballerosa testimonialidad de viajar a Chile para que no hubiera dudas sobre el brindis que había hecho a Lucía en mi visita anterior; además de la literatura epistolar que hubiera yo hecho discurrir en aquellos ocho meses; una vez que a efectos personales e irrenunciables de mi vocación de exotismo había echado un vistazo a la isla de Pascua, ... la verdad es que mi segunda peregrinación a Chile había cumplido plenamente su objetivo. Se había consolidado mi cabeza de playa emocional con Lucía, y ahora de lo que ya se trataba era de que las cosas siguieran su curso con arreglo a su propia naturaleza

también conforme a los condicionamientos de la alteridad. Algunas realidades sí tengo recogidas. Un día Lalo, Lucía y yo nos pasamos por la Embajada española con el fin de saludar al Señor Embajador que no era otro sino don Luis Aznar, el mismo que en su calidad de primer cargo dentro de la representación diplomática de Sofía (Bulgaria) en 1972 [creo que por entonces sin rango pleno de Embajada aún] nos había ayudado tan decididamente. Don Luis tuvo a bien recibarnos y entre nosotros cuatro dimos testimonio de esos juegos del azar generoso que en el caso que nos ocupa hacía de mí, al menos, un aprendiz de chamán agradecido, un mensajero de los dioses de la solidaridad y del recuerdo. Le comenté que tuve el gusto de hablar con él por teléfono en Sofía, hacía más de seis años; que nos envió a don Juan Nieto, el cual nos resolvió estupendamente nuestro problema; le dije también que en marzo de aquel presente año de 1978 había hecho un viaje a Río de Janeiro, y que me había encontrado de nuevo con don Juan Nieto; que al participarle yo mis perspectivas de viajar a Chile, él me había informado de que “Vd. se encontraba ahora aquí como Embajador” y me había pedido que le transmitiera sus saludos afectuosos y sus respetos profesionales. Don Luis quedó muy complacido de comprobar cómo aun en las circunvoluciones del azar más proteico ciertas corrientes de coherencia empática mantienen su curso y llegan a buen puerto. La cosa no carecía de entidad: Tras el pintoresquismo de aquel septiembre de 1972, mi enterarme de que Juan Nieto estaba en Río y vernos allí; luego, mi ulterior enterarme de que don Luis Aznar estaba en Santiago de Chile... y encontrarnos ahora. En todo este proceso había operado un trenzado de voluntad libre, sin compromisos ni intereses, y de ahí el beneplácito de todos nosotros que por no deber nada a nadie tampoco temíamos incurrir en desacato o desproporción.

¿Me llevó Lucía a su casa -- o sea, a la casa de sus padres -- de Constitución? No lo descarto, pero más bien no lo creo. Los cimientos estaban echados, y el levantamiento del edificio pertenecía a una etapa posterior, ya con todas las consecuencias. Y la temporada para llevar a cabo la construcción de lo que constituyera el monumento al negocio emocional entre Lucía y yo, eso, habría que dejarlo para el verano... español, e invierno en Chile. Lo que sí que celebramos entonces fue una invitación que la familia de Lucía me hicieron en toda regla, en la casa grandaza del número 55 de la calle Campos de Deportes. Creo que se trató de la cena de Año Viejo. Entonces conocí al resto de los Martín Letelier: don Eduardo, el burgalés; y doña Teresa, la típica señora chilena, de esmeradísimos modales. También conocí a la hermana mayor, Teresa asimismo, una esplendorosa mujer, de belleza morena, y madre de un chaval, Juanito Ramón, y de una niña [se me voló el nombre]. Teresa por lo visto sufría de depresiones; se había separado de su marido hacía muchos años y ahora vivía en la casa familiar paterna algo así como en régimen valetudinario vigilado. Su porte en cualquier caso era espléndido. Se había vestido de negro para la ocasión y sus rasgos de tez como araucana resaltaban con serena rotundidad. Nos sentaron a uno en frente del otro en la gran mesa rectangular por lo menos para acomodar a diez personas con sobrada holgura, y no pude quitarla ojo durante todo el tiempo. Fue después de aquella cena de “entrada y aceptación en sociedad” respecto de la familia de Lucía, cuando ésta, que por cierto se me quejó de que “no le había lanzado yo pelota”, me contó lo de que su hermana mayor sufría de un estado permanente de lo que en lenguaje profano entenderíamos como flojedad mental.

Ya desde mi viaje anterior en marzo pasado de ese mismo 1978 las expresiones idiolécticas chilenas me habían calado, igual que me habían calado las de los otros países visitados, y me calarían en el futuro próximo las de los otros muchos por visitar pertenecientes a la hermandad iberoamericana. La palabra “pico” en Chile, ni mencionarla, porque tal es la acepción que recibe la parte más inequívoca del aparato generador del hombre. Y a un español le es sencillamente penitencial abstenerse de emplear dicho término: además de las realidades orográficas, para las que con algún trabajo se pueden encontrar sustitutivos fáciles... como cumbres, cimas, montañas, etc, los demás usos en el sentido de magnitudes sobradas o cuantificaciones por exceso, que tan donosamente el castellano sanciona con un... “y pico”, eso es más espontáneo aún si cabe, y por lo tanto más cuesta arriba su renuncia. Pero dicho lo cual, me cumple precisar que mi mayor incumbencia se hallaba con los idiolectos chilenos que pudieran enriquecerme; con los giros y expresiones particulares que conformaran la variedad de la invitación a que uno se considere cómodo y relajado en la situación inmediata después de las presentaciones, y como el equivalente a nuestro “siéntese Vd., por favor” o “haga Vd. el favor de sentarse”, en Chile es indefectiblemente “asiento, asiento” que pronunciado por don Eduardo Martín senior desplazaba una saludable y campechana solvencia. Y ya sobre todo en boca de Lucía había escuchado la palabra “dije” como adjetivo: simpático, amable, etc. Una persona muy *dije*, alguien muy *dije*, era lo contrario a prepotente. *Gallo* era el término coloquial para hombre, varón, en sentido normalmente sano y directo; mientras que *caballero* se dirigía a la misma realidad con un toque untuoso de protocolo o reticencia cortés. Con todo, aquella cena en la que “no había tirado pelota” a Lucía, por estar yo engolosinado con la contemplación

parsimoniosa de su bellísima hermana mayor Teresa, aquella cena echó el cierre de mis menesteres en Chile por aquella vez, y me preparé para el regreso a España. Y la mejor combinación de vuelta era vía Colombia, Santa Fe, por donde, además, yo había hecho intención de pasarme con el fin de conectar con una familia alcaláina, dueños de un hotel; y ya, en plan más aleatorio, y si la ocasión lo permitía, contactar con alguna de mis referencias literarias. Mi capítulo chileno quedaba bien atado: Eduardo regresaría a España unos días más tarde. Lucía y yo habíamos hilvanado planes de que ella me devolviese la visita, de momento, yendo a estar conmigo en Granada si ello se realizaba en época lectiva; y si no, en Alcalá de Henares.

Así quedamos y así llegó el día en que, ya de retirada hacia casa, puse rumbo a Santa Fe de Bogotá donde pensaba hacer una escala, y aunque improvisada, todo lo conveniente y dilatada que demandara mi espíritu. En las aproximadamente cinco horas de vuelo desde Santiago hasta el aeropuerto Eldorado tuve tiempo de repasar mentalmente muchas cuestiones. Exceptuando la invasión pacífica de conocimiento que a partir de marzo de ese mismo año 1978 había comenzado yo a instrumentar respecto de las ya reseñadas Argentina, Chile, Bolivia y Perú, además de mi escala de una noche en Maiquetía (Caracas, Venezuela)..., Colombia me había sido tan desconocida como cualquiera de las demás repúblicas hispanoamericanas. Sin embargo, y por esas cosas de la comunicación del espíritu a lo largo y lo ancho de rutas ubicuas, el caso es que con Colombia había celebrado yo intercambios de poesía y amistad. Los contactos se habían instrumentado, ¡cómo no!, desde la realidad de nuestras revistas complutenses *Llanura* y *Aldonza*, y habían conectado nada menos que con el gran poeta Helcías Martán Góngora. Ocioso ahora e inútil tratar de

organizar detalles. Para nuestro propósito es más que suficiente reseñar aquí que yo comencé a recibir una revistilla, *Esparavel*, dirigida por Martán Góngora; que este poeta y yo permutamos una serie de publicaciones, y que como colofón de compendio tan sólo diré que en el suplemento literario de *La República* de Bogotá, de 3 de mayo de 1970, pgs. 8-9, bajo el epígrafe de “Poetas románticos ingleses”; y en el número 36 de *Esparavel*, correspondiente a agosto también de 1970, Martán Góngora escribe extensos comentarios laudatorios sobre mis facetas de poeta original, traductor y prosista. Lo fabuloso de este colombiano es que en sus reseñas de mis escritos destaca y resalta fragmentos de mi librito de viajes *En marcha*, y estrofas de mi *Vocación y destino* que ensanchan significativamente las porciones de mi obra que puedan considerarse auténticamente tales; que reciben el asentimiento del lector, por lo menos de uno. Martán Góngora, altísimo poeta colombiano, miembro de la Academia de la Lengua de su país, autor de poemas inspirados, de innumerables versos, como

Las algas marineras y los peces
testigos son de que escribí en la arena
tu bienamado nombre muchas veces..

“Declaración de amor”. Citado en
Esparavel, junio 1972. Año VI, no. 54

Si el sueño te dictara aquella estrofa
en que cada palabra respondía
al mandato interior del mar profundo.

Si alguien grabara en el silencio aquellas

voces que el agua traducir solía
en música, sin manos y sin labios...

Si en el mural del aire aprisionara
la imagen de la luz, la sombra virgen,
y el color erigiera su escultura...

Si la piedra cediera a mi conjuro,
en olvido total de las imágenes,
tu nombre solamente escribiría.

De “Acuario de febrero”, *Diario del
crepúsculo*, Bogotá 1971, pg. 5

Pues bien, este hombre, este ingente poeta, por intuición empática, solvencia espiritual o lo que fuere, es el caso que me dedicó, como digo, extensos comentarios a mis escritos, rescatando como predilectos una variedad de fragmentos:

“Genio y palabra del traductor, del poeta original y del prosista: Tomás Ramos Orea, hombre de amor y sed, caminante sin miedo al cansancio, a quien imagino en una pausa, en su villa hispánica, como un filatélico que, a trueque de estampillas, coleccionase nombres femeninos y paisajes en el mapa de su alma, en tanto que musita:

No, no hay necesidad ya de la noche
para saber que está tu Rosa de los Vientos
apuntando al abismo. ¡Oh, fuego fatuo,
envidiable tifón que envuelves todo,

la luz, la muerte, todo
desde que te posaste en mis ojeras de hombre!”

¿Podía decir con propiedad que Colombia me era desconocida? Por otra parte, una familia amiga de Alcalá de Henares se había establecido en Bogotá hacía años. Se trataba de los Buendía, vecinados también en la calle de Santiago de mi pueblo. La madre, Sarita, había regentado el estanco que ocupaba el rincón de la calle de Cervantes, pegando ya casi con la Mayor. Sarita y sus hijos se habían trasladado a Colombia hacía muchos años, cuando yo todavía era un chaval de pantalón corto; todo lo más, bombacho. Recuerdo vagamente que en todo aquel tiempo, acaso una sola vez, regresaran a España, quizá para liquidar del todo el patrimonio que tuvieran o cuestiones de parecida naturaleza; y quiero creer que necesariamente a través de la buena de Sarita, en alguna ocasión en que se pasara por mi casa para saludar a mis padres, y después de llevar algunos años en Colombia..., quiero creer que fue a través de sus testimonios como yo escuché los típicos relatos de bandolerismo y peligrosidad que casi siempre acompañaban a las experiencias de este país. Yo me engolfaba en la escucha de tales peripecias que no hacían sino dar pábulo e incentivar mis deseos más o menos futuros de conocer por mí mismo, “to see for myself” la adecuación con la realidad de tales pormenores. Si, como digo, la familia Buendía se había marchado de España a principio de los cincuenta y habían regresado a intermitencias de diez en diez años, probablemente la referencia que cito aquí sobre las historias de peligrosidad y bandidaje se produjeran a inicios de los sesenta; y es también probable que la dirección del hotel en Bogotá que había construido José Luis, y que regentaba, llegase a mi poder por medio de algún último viaje de éste ya en la

década de los setenta. Fuere como fuere, el caso es que yo iba pertrechado de las señas del Hotel Las Terrazas, de puño y letra de José Luis.

En las horas de vuelo me dio tiempo a pensar también en los especímenes iberoamericanos que había conocido, sobre todo, en mis dos años en la Universidad del Estado de Michigan, 1961-1963, en East Lansing. No se me ocultaba que la característica más asombrosa y al mismo tiempo más preponderante de los USA era y sigue siendo la de servir de apisonadora igualitaria de ciertas realidades. Lo que un colombiano tuviera de privativo respecto de un boliviano, o chileno, o peruano, o venezolano... y así hasta recorrer el elenco de la totalidad de los países hispanoamericanos, al llegar a los USA desaparecía para quedar aniquilado dentro del sistema de vida impuesto por "the American way of life" para todo el mundo por igual, sobre todo para aquellos provenientes de territorios menos prósperos, más necesitados del gran hermano del Norte. No obstante, yo bien recuerdo que la particularidad colombiana que más destacaban los nacionales de los otros países más o menos vecinos -- destaco el testimonio de un venezolano, y el de un guatemalteco, todos ellos estudiantes de MSU; y hasta el del Full Professor don Carlos Terán, peruano, también en MSU -- la característica que con más propiedad parecían endosar a los colombianos era su capacidad de reciclar trastos viejos, de arreglar mecanismos y chismes que estuviesen desechados ocupando lugar en un cementerio de coches, si se tratase de coches, o en un vertedero de chatarra. Se me decía que en Colombia hay más talleres de chapa y pintura que en ninguna otra parte del mundo; lo cual, cuando está impulsado por una voluntad de valoración imparcial, puede y debe entenderse como elogio. Pero cuando la intención apunta hacia otro cuadrante, lo

que el interlocutor desapasionado y objetivo entiende es que los colombianos son en su mayoría un colectivo de traperos, chatarreros y chalanos, o por decirlo en fino, ingenieros del alambre arregla-todo. De dichos días de Michigan State University recuerdo a aquel colombiano de carita redonda, rechonchito, que calzaba invariablemente botines y vestía de pajarita, aunque el sombreado del cuello de sus camisas delatase su falta de preocupación por ciertos aspectos de la urbanidad. Había obtenido su M. Sc. en Matemáticas y el hombre se sentía como capitán general, pues como él decía, lo había logrado en competición con los gringos, y no le faltaba razón en ello. De vez en cuando celebraba un “party” en su casa: abigarrado todo, amontonado todo, aunque él, invariablemente, por mucho calor y mucho apelmazamiento ambiental en que se desarrollasen las cosas, mantenía su pajarita y sus botines negros. Usaba un Chevrolet del año de maricastaña, que se caía a pedazos, y el ladino, muy seriecito y muy sentencioso me aseguraba que puesto que yo no tenía coche allí [no quise ni siquiera alquilarlo; y muchísimo menos comprar uno], me decía que “aquel carrito”, el suyo, me vendría a mí muy bien. El pillín quería cambiar de coche, comprarse algo decente, y al comprobar que probablemente por su cacharro no le darían nada en la modalidad del “trade in”, pensó en mí como posible cliente. Y estoy seguro de que me lo decía con buena fe, aunque la verdad es que pinchó en hueso. No me acuerdo de su nombre, pero si me lo encontrara tal y como era entonces, aun a 38 años de transcurso, lo reconocería entre un millón. Y bueno, tal era más o menos el acervo previo de vivencias y de productos del espíritu de que yo disponía sobre Colombia, que ya por entonces era el tercer país por número de habitantes de toda la comunidad hispánica, por detrás de Méjico y de España tan sólo...

Pero ya no tuve tiempo de más especulaciones porque estábamos descendiendo hacia Eldorado, aeropuerto hacia el que se dirige el avión después de sobrevolar los bloques andinos correspondientes para tomar tierra sobre la tabla lisa del tar-mac a medio camino, en lo que altitud se refiere, entre las cimas circundantes y el nivel del mar. Cojo un taxi y... para el hotel Las Terrazas, en la calle 54. De momento, y como primera impresión, Bogotá se me apareció como recubierta de una tenue calígine, un palio o vaho de neblina cuya realidad encajaba muy ajustadamente con las previsiones que mi conciencia se había trazado sobre Colombia. Se trataba del efecto producido por los escapes de los coches, junto con toda clase de vertidos de humos y restos gaseosos por cualesquiera que fuesen los conductos, en un día de calor y coincidiendo todo ello, como me apuntó el taxista, con una huelga en la recogida de basura. Bogotá presentaba el típico abigarramiento de una ciudad ya entonces de más de tres millones de habitantes y en la que, según me pareció, cada cual vivía como podía y hacía lo que le daba la real gana: yo llegué a pensar que hasta los gritos de las gentes, los ademanes, los gestos se corporeizaban, adquirían textura material y coadyuvaban a esa densidad del aire en la que Bogotá yacía. Llegué a Las Terrazas, después de hacerme una idea tanto por lo que iba viendo como por las explicaciones del taxista, de que en Bogotá el espacio estaba dividido y organizado en calles, carreras, avenidas, diagonales y transversales, sin contar plazas, parques y jardines que también contribuyen a la gran variedad terminológica en lo relativo a la identificación de los lugares de que se trate.

José Luis Buendía se encontraba en su feudo. Ya digo que nuestra última coincidencia en Alcalá de Henares podía muy bien datar de ocho o diez años atrás. Le encontré bien, con su perfil como de ave de presa, pero de sonrisa tímida, ladeada, algo desconfiada, tal vez distante. Nuestro saludo, dadas las circunstancias, creo que superó la prueba con notable. Le participé mis planes que no eran otros sino los de haber aprovechado la partición de mi regreso a España en las dos mitades del esquema de mi billete, y de ahí servirme de la escala, siempre susceptible de ampliación, para dedicarle a Bogotá los dos días y medio estipulados. Me dio una buena habitación, a precio competitivo, me consta, y además conservo desde entonces una nueva tarjeta comercial del establecimiento. En el reverso de la cartulina se especifica el precio de la habitación “con cocineta”, palabra que en plan espontáneo le hace a uno sonreír por las peculiaridades, entre traviesas y candorosas, del idiolecto hispánico. Quedamos en que ese primer día de mi llegada me llevarían José Luis y otro amigo suyo a dar una vuelta panorámica, en coche, por Bogotá; luego iríamos a saludar a Sarita, y después... ya veríamos. Tomé posesión de mi cuarto, me bañé, bajé a comer, y me tumbé la siesta. A eso de la caída del sol se pasaron José Luis y León a recogerme en un coche Ford ensamblado en Colombia. Tengo un completo blanco de nombres y de magnitudes. Recuerdo únicamente con cierta precisión que me llevaron a la cima de un cerro, acaso el Monserrate, desde donde se obtenía una panorámica impresionante de Bogotá. Todas estas ciudades parecen haber nacido de los pequeños grumos convivenciales que los conquistadores iban estableciendo en los sitios estratégicos, a lo largo de sus incansables búsquedas -- por lo que se refiere a Colombia -- de El Dorado, con toda la propiedad del término.

Por imponente e inhóspito que pudiera parecer su primitivo asentamiento, con el correr de las épocas llegaron a transformarse en megápolis más y más desparramadas, más y más acaparadoras de entidad. En lo atinente al problema de la basura aquello se presentaba de magnitudes colosales; los montones se sucedían como montañas artificiales por todas partes. Ante cosas así a uno le venían a la mente, como comparsa de abundamiento, las cuestiones sobre la seguridad ciudadana, los incontables casos de bandolerismo, secuestro y violencia en medio de la ciudad y en mitad del día. Yo le oí una vez a mi padre referir que alguien, en virtud de experiencias negativas emparentadas con cuestiones como las que acabo de mencionar, había llamado a Colombia el “culo del mundo”. Si uno se hubiese dejado llevar por una ráfaga de negativismo pesimista, lo que estaba viendo bien daba pie para arribar a semejante conclusión.

Fuimos a ver a Sarita, la cual conservaba atisbos de buena memoria. Hablamos de cosas de Alcalá de Henares; de que mi padre había muerto en 1967, y de que mi madre aún vivía; hablamos del estanco, tan recoleto y tan maniobrero, que a la salida de los Buendía había sido adquirido [no sé si en régimen de propiedad o de traspaso] por Paulina Jabardo, la tía de mis amigas de colegio, y hermana del ciclista, vecino mío en el Paseo de la Estación. Así acabó aquella velada con los Buendía. Les dije a José Luis y a León que me dejaran por el centro, y que ya volvería yo al hotel cuando me conviniera.

Ni idea de la calle. Era una zona populosa. Solo e independiente de compañías, se me fue despertando la curiosidad de conocer allí, en su salsa, a alguna mujer, chica... Eché a andar, mirando, dejándome ver, sintiéndome yo a mí mismo. Vi a dos chavalas jóvenes, atractivas, que pasaban a lo que pudiéramos

entender por una cafetería, y decidí probar suerte. Me introduje, asimismo, en el local, me detuve al lado de la mesa donde se encontraban, puse mi gesto más amable y conciliador y conseguí esa instancia de adherencia mínima como para darme un respiro y considerarme preparado para seguir avanzando. No tendrían más de 18 ó 19 años cada una. Parecían de clase media acomodada, correctamente vestidas, tan sólo como para dejar que sus atributos fueran perceptibles sin ningún tipo de procacidad. Por un momento pensé que mi dialéctica se iba enseñoreando de la situación; quiero decir..., que las cosas que yo expresaba y defendía con tan mesurada vehemencia se irían a materializar, a concretizar en actos, que no era otro tema sino el encantamiento de conseguir que las dos chavalas se viniesen conmigo a follar, a cambio de lo que ellas quisiesen; de la contraprestación que ellas creyesen oportuna en aquel allí y entonces, afectado a mi persona. Las chicas me escuchaban embelesadas, en un como éxtasis de halago y de inédito pasmo. Pero en un momento dado, sin más pre-aviso ni advertencia que un fruncir de gesto, como de horrorosa admonición, como si de estar hablando con el mismísimo Lucifer se tratara..., una de las dos, o ambas, pugnando por explicarse, quitándose la palabra, me exteriorizaron su pánico por haberme dejado hablar y por haber estado a punto de claudicar ante mis razones tan luminosas y perentorias como pecaminosas. Me dijeron que nosotros, los europeos, en estas cuestiones de relaciones humanas estábamos mucho más avanzados que ellos, los suramericanos... Se levantaron las dos al unísono, me dedicaron un saludo de despedida y se marcharon. Yo di unas cuantas vueltas más, cogí un taxi y me volví al hotel de retirada.

Al día siguiente, un poco en plan testimonial, un poco porque vieran los empleados de Las Terrazas que don José Luis

tenía amigos españoles ilustrados que le venían a ver a Colombia; un poco también porque me tentaba, me intrigaba el honesto y esperable deseo personal de contactar con quienes había mantenido correspondencia durante años, un poco por todo y por nada, el caso es que hice unas intentonas de comunicarme por teléfono con Helcías Martán Góngora, bien a través de *Esparavel* o de algún nexo intermedio que se brindara. Mis intentos fueron infructuosos. No creo que ya por entonces existiese la revista, que en los números últimos que a mí me habían llegado ofrecía por toda dirección un apartado aéreo de Palmira [muy cerca de Cali, y en la provincia de Valle]. Recuerdo que la recepcionista del hotel me miró como a alguien muy importante cuando cité de memoria que el brillante poeta Helcías Martán Góngora había escrito en *La República* de Bogotá, unos años atrás, una reseña sobre cosas mías.

Decidí salir a la ciudad y como siempre me agenciaron un taxi. Probablemente tirásemos por la Avda. Boyacá, para echar por la calle 26 hacia un poco más arriba. Aquel taxista aparece en mis notas por algunos detalles significativos. El primero, por su función de informador sobre sitios de... recreo. Nada más subirnos al vehículo le dije que me diera una vuelta por la ciudad; que se tomara todo el tiempo que quisiera y que pensara en algún buen lugar donde pudiera yo encontrarme con niñas de confianza. Aquella faceta no significaba nada anormal, quiero decir, como para haber merecido un lugar en los anaqueles de mi memoria. Pero lo que más estupefacto me dejó es que conforme conducíamos, y al haber yo terminado de hacer un apunte en un papel y querer desprenderme de él, busqué en el salpicadero del coche algún cenicero, cestito o recipiente del tipo o clase que fuere y que se hiciese cargo de un desperdicio como una bolita

de papel arrugado. Recuerdo que me preguntó el taxista que... qué quería. Se lo dije, y el hombre va, y en plan conciliador y sonriente me pide el papelito. No bien se lo pongo en la mano, va el tío, baja el cristal de la ventanilla y lo arroja a la calle, quedándose sin inmutar, como si tal cosa, satisfecho de haberme resuelto el problema que me tenía desazonado y preocupado. Así se las estilaban los colombianos.

Respecto de su capacidad como guía turístico tengo que reconocer que sus prestaciones fueron de calibre más fiable y riguroso. Conforme rodábamos a lo largo de la Avda. Jorge E. Gaitán, recuerdo que paró el coche. Nos bajamos y me dijo que le acompañara. Nos metimos en una calle y llamó a una puerta, sin ningún signo externo que pudiera dar a entender que se tratase de establecimiento especial alguno. Salió un tipo moreno, con patillas, que dulcificó un poco su gesto al saber que yo era español y que había llegado allí con la pretensión de procurarme “juntamiento con hembra placentera”. Se despidió el taxista y yo me quedé, más o menos a expensas de lo que aquel fulano que me había recibido tuviera a bien sugerirme, y de otro más que acudió al oír que se hablaba. Se enteraron de mis propósitos y me pasaron a una sala. Allí, un poco en plan de venderme caros los servicios que afectaban me dijeron que “el traguito”, se tomara o no, como era el caso mío, había que pagarlo. Bien, les dije, veamos la mercancía y ya decidiré. En aquellos minutos volanderos me percaté de que el sitio era como una casa, pensión mejor dicho, normal, como de alquiler de habitaciones en las que las chavalas estaban residiendo. Probablemente se tratara de chicas de provincias, llegadas a la capital en busca de estudios, de oportunidades, y encontraban una manera de costearse así los cualesquiera gastos en los que incurriesen. Era relativamente temprano. No serían más de las doce del día. La casa traslucía

indicios de que parte de los moradores se estaban levantando; otros seguían acostados. Por aquí, una puerta semi-abierta con alguien en bata que se aprestaba a meterse dentro de la habitación, como afectado... casi con toda seguridad, afectada de verse sorprendida por un visitante con aire algo distinto de lo consuetudinario, y tan de mañana. Creo que fue uno de los dos individuos el que me presentó a una chica, un poco en plan de que si me gustaba me quedase con ella, o que fuese ella la que me explicara más cosas, y me acompañara en todo caso en lo que durase mi estancia en aquellas dependencias.

Ocurrió entonces algo de ese tipo de cosas que suelen ocurrir en el pequeño resquicio que dejan otras realidades simultáneas, como deslizándose por puro azar en el sesgo producido por el discurrir de dos o más acontecimientos encontrados, colisionantes o paralelos. Digo que estaba hablando con la chica, la primera a quien me habían presentado, tanto para que nos acompañásemos o para que me sirviera de entretenimiento, en tanto decidiera yo el curso a seguir definitivamente..., cuando una puerta se abre y aparece en una especie de camisa larga una jovencita que me sonrío. Mirarla, calificar internamente su aspecto como de primoroso y tentador... y enamorarme fueron actuaciones simultáneas que tuvieron lugar en la conciencia mía. Se estaba como levantando, quiero decir que no había aún cogido el ritmo de lo que ella considerase como ocupación o menester de un día corriente. Mis ojos ya no vieron más chica que ella, y la tropía de mis deseos tan sólo en ella y por ella conocieron su congruencia. Ya a partir de ese momento todo se desarrolló en una secuencia, aunque esperada, inquietante para mi espíritu. El recepcionista insistió sobre el tema del “traguito”, y yo le dije que no quería nada, pero que no había problemas; que lo pagaría aunque no lo

consumiese. Le pregunté a la niña si quería o necesitaba algo; me dijo que no; sólo que me esperase allí, dentro de la habitación, mientras ella se acababa de arreglar, porque la había encontrado a medio levantarse.

Me quedé solo con ella y la verdad es que no sabía qué hacer. Pasados unos minutos se me acercó y se sentó en el borde de la cama. Llevaba las dos piezas de ropa interior debajo de una camisola sin refinamientos. Ella estaba allí para que yo la tomara, y en su expresión fue cobrando cuerpo el signo de la extrañeza, sobre por qué, acaso, no hubiese instrumentado yo de una vez los procedimientos y los actos que estaban, al menos en teoría, en consonancia con mi encontrarme allí. Comencé a besarla y a dejarme inundar por un vaho cálido de entrega sorprendida de aquella maravillosa criatura. Cuando la despojé de su camisola o batín me pareció percibir una leve prominencia en el abdomen, casi imperceptible. Me dijo que estaba preñada de cuatro meses. “¿Ves?” -- me dijo llevando una de mis manos a su seno izquierdo -- “si me aprietas me sale la leche”. Me dijo que no me preocupara, porque ella, al verme, había sentido algo especial por mí; se había dado cuenta de que era un caballero, y había deseado desde el fondo de su alma que yo pidiese a la gobernanta o al señor que me había recibido, que me ocupase con ella y que me quedase con ella. Terminó de desvestirse y me invitó a que me uniese a ella. Lo hice, pero no por el acto de la cópula; mucho menos por justificar mi presencia allí, mi haber ido a un sitio dispensador de las esperadas prestaciones así, sino por tener la seguridad de estar junto a ella. Con todo el cuidado del mundo entré en ella y me quedé surto, consorciados mis labios con los de ella todo el tiempo, dejándome invadir por la pleamar rotunda de alma que me venía de... [no recuerdo su nombre; ni quiero suplantarle con ningún otro. Será siempre para

mí “La niña de Bogotá”]. Una leve percusión crispada y un empuje anhelante de sus labios, al tiempo de enarcar su abdomen como con voluntad de salir con más vehemencia aún al encuentro de la nupcia, fue lo único que recuerdo. Quedé marcado para siempre por aquel golpe de amor, por aquella bajada a tan místicas Hespérides, a tan total y aniquiladora glorificación. Me dijo: “¿Vas a volver a verme?” La dije que sí, que regresaba a España el día siguiente por la noche, pero que me pasaría a verla con toda seguridad. Se quedó mirándome, con una de sus manos como intentando retenerme, y con la otra pulsándose, como pellizcándose el pelo. Al salir, el hombre que me había recibido en primer lugar se encargó de cobrarme y de entregarme una tarjeta, una “call-card” del establecimiento: Club turístico. English Spoken. Nice girls. Night Club. Calle 25 no. 14-33, además del teléfono y la relación de tarjetas de crédito con las que poder abonar los servicios.

El resto del día lo pasé haciendo turismo por libre, quiero decir sin requerir la mediación de nadie. Eché a andar a lo largo de la Avda. Jorge Gaitán hasta cruzarme con la Carrera 10 o Avda. de Fernando Mazuera y llegarme al Museo del Oro entre las Carreras 5 y 7 y la Avda. Jiménez de Quesada, perpendicular a ambas. Recuerdo, eso sí, que me senté en el brocal o borde de una fuente, acaso, allí en el centro de un parquecito, a la sombra de árboles grandes. En aquel sitio que me sirvió de atalaya recuerdo que estuve un buen rato. Observé que abundaban los vendedores de lotería y de todas esas formas asimiladas de fomento del azar tan típicas de las comunidades en las que no se han asentado aún unas condiciones de vida mediante las cuales el empleo y la actividad industrial se encargaran de tener ocupados responsablemente a sus nacionales. Las calles bullían de gente, la gran mayoría con pinta de meros individuos itinerantes, sin

menester fijo, población marginada. No llegué a entrar en el Museo del Oro, aunque no creo que fuesen inhábiles aquellas horas de ya bien comenzada la tarde. Quería también recordar que desde la calle el observador podía llevarse una idea suficientemente aproximada de lo que allí se exhibía, que no era otra cosa que una asombrosa multitud de piezas de oro. Según parece, el logro más efectista se produce cuando los recintos se hallan llenos de público y la dirección apaga las luces unos instantes dejando que las ingentes cantidades de oro colocado en los vasares, tras los cristales blindados, deslumbren con sus fastuosos reflejos y brillos. Tuve que comer algo en alguna parte porque de lo que estoy seguro es de que no regresé al Hotel hasta por la noche. Hay algo que sí me quedó fijo y ello es que tras andar por calles y más calles, observando tipos, cosas, gentes de todo pelaje y condición..., después de merodear por muchos y variados sitios di con mis pasos junto a un Palacio del Cine donde me metí. Estar menos de tres días en una ciudad y consumir un par de horas en una sala de cine no parece albergar mucho sentido. Sin embargo, se trataba de una película -- imposible recordar cuál exactamente -- que yo había deseado ver, y en las veces en que dicha proyección se hubiera producido en España yo no estaba disponible. Y ahora, aquí en Bogotá, Colombia, el caso es que me encontraba rendido de tanto andar, y se me aparecía la ocasión de verla. Y me metí: descansé y cubrí la pequeña satisfacción de dejar saldada mi pequeña deuda pendiente con la filmografía. A la salida continué mi camino hasta el momento en que consideré que... estaba bien de jornada; cogí un taxi y me dirigí al Hotel. Más tarde me informarían de que el barrio por el que había estado paseando despreocupadamente, llevando encima una prudencial pero holgada cantidad de dinero, ese barrio, digo, estaba reputado

como uno de los más acusadamente peligrosos y recomendados de evitar por todos los medios. Bueno, me dije, otro ejemplo más de fuerza de la inocencia y de garantía de la espontaneidad. Estoy seguro de que, de haberme introducido yo en semejantes andurriales con la conciencia viva y militante del peligro virtual que sobre mí se cernía, digo que estoy seguro de que todo ello se me hubiera traslucido en algún gesto, ademán o respingo menos natural de lo acostumbrado y que sin duda alguna hubiese atraído sospechas y la atención de algún posible delincuente hacia mi persona. Di el día por liquidado y me volví al Hotel, como digo.

La jornada siguiente era mi última en Colombia. Me marchaba ya casi de noche; así que contaba con seis o siete horas hábiles antes de dirigirme al aeropuerto. Supongo que me levantaría sin prisas y que desayunaría tarde, con el fin de hacer una comida posterior ya bien entrado el postmeridiano. Estaba claro que mi única incumbencia era la de ir a encontrarme con mi “niña de Bogotá” y que todo lo demás había pasado a un nivel prescindible. Ni siquiera hice intención de proponerme un curso de acción, un esbozo de programa distinto del alimentado por, y referido a, la visita de mi amiga. Me encaminé en taxi a la casa de encuentros, que ya parecía haberse identificado destacadamente en el espíritu mío como una suerte de castillo donde una caterva conchabada de malandrines mantenían contra su voluntad a mi preciosa princesa. Llegué allí con el corazón encharcado en una brumazón de dulcedumbres y de presagios. Me recibió una persona distinta de los del día anterior y se sorprendió de que mis explicaciones correspondieran a las de alguien que ya conoce el camino y los entresijos del asunto. No, no recuerdo el nombre de aquel amor mío colombiano, ni me atrevo ni quiero asignarle ningún otro, de tan inimitablemente único, de tan irrenunciablemente verdadero como lo percibo. Me

estaba esperando, esta vez vestida del todo, con su habitación perfectamente aseada. “¿Por qué no me llevas contigo?” -- me dijo. No era, no, momento ni espacio ni existía señal alguna que me invitara, ni siquiera que me permitiese reconocer como mínimamente oportuno el momento para hablar de la alteridad; para referirme al espejismo perturbador que nos hace suponernos dueños de la proyección de nuestros actos; de la parábola de nuestras decisiones. ¿La niña ésta y yo, solos dentro de un mundo inventado; dentro de un hábitat inédito; pobladores de un espacio aún sin señalar, y señores el uno y el otro, cada cual, de sus propios actos? ¿Ella y yo, responsables únicos ante nosotros mismos; con los topes máximos para el efecto de todas nuestras realizaciones dentro de nosotros mismos? ¿Nosotros dos, y aun contando con el proyecto de persona que ya larvaba en su templado seno? Sí, siempre; sin ninguna duda, me la hubiera traído conmigo; la hubiera arrebatado de entre las manos y las artes de aquellos mercaderes, con los cuales hubiese yo sostenido, sin más contenciosidad, un negocio de transacción de intereses, por medio del correspondiente justiprecio y a satisfacción de todos nosotros. “¿Por qué no me llevas contigo?” -- y mi respuesta, si es que la hubo, tuvo necesariamente que escorar, o bien del lado del silencio; o bien de la retórica evasiva. Nos miramos, nos estuvimos y nos contuvimos por segunda vez. Penetrándola de frente, casi levitante, sin apenas oprimirla el vientre, la observaba sus ojos cerrados como en oración, sí; cada gesto y cada modificación de la piel de su rostro. Como digo, una plegaria. Ya casi no nos dijimos nada. Prescindimos de la despedida. La dejé \$ USA 50.- como regalo personal para ella, y al ver que comenzaba a llorar, la besé en la frente, en el pelo y en los ojos, y me marché...

Una hora más tarde llegué al aeropuerto de Eldorado. Masas y masas de gente por doquier con profusión de bultos, cargadas con todo tipo de fardos, paquetes, bolsas, etc. Cuando accedí al espacio reservado a los viajeros, pasado el control de pasaportes, comencé a percibir que mi desglose se hallaba en camino de ser real. Nos llaman, por fin, a embarcar, y al acercarnos por el pasillo elevado a la puerta de entrada observo que el avión, grande sin duda, presentaba un diseño que aunque familiar lo visualicé yo como obsoleto, algo antiguo, casi olvidado. “¿Qué tipo de aparato es éste?” -- pregunto a la azafata más próxima. “Un Boeing 707” -- me dice. “¡Ah!” -- contesto yo. Así que se trata de uno de los aviones más representativos y más clásicos de la casa Boeing. Con ellos comencé yo a volar hacia USA y vuelta a partir de 1961. Llevan filas de tres asientos a cada lado y pasillo en el centro. Pocos diseños más conservadores. El vuelo a Madrid se realizaba sin escalas, en unas ocho horas o algo más. La aproximación a mi sitio me resultaba penosa por la cantidad de pasajeros aún sin acomodar que pretendían atestar los “bins” o compartimentos superiores con los equipajes de mano, además de los restantes chismes que se disponían a dejar en el suelo, debajo de los asientos, o pegando a la línea del pasillo. Cuando alcancé la fila y la letra consignadas en mi tarjeta de embarque, como me temía, no quedaba un solo hueco para colocar mi única impedimenta, mi bolso de viaje. Pero lo que era aún peor: los dos asientos restantes de nuestra media fila estaban ocupados por dos mujeres, quiero decir dos jóvenes, que así, como para colaborar en el abigarramiento ambiental, habían cubierto todo el suelo de paquetes, objetos, cajas, etc. de forma que en un principio no me fue posible sostenerme en pie dentro de lo que suponía yo como asignación de espacio, y mucho menos encontrar un claro

mínimo para encajar mi bolso. Comencé a soltar imprecaciones, y las chicas ante el panorama debieron de comprender que me asistía toda la justificación del mundo para mi malhumor, y en un arranque enérgico de decisión valorativa de las circunstancias, me miraron, se miraron entre ellas, y apresuradamente me hicieron un pequeño cobijo bajo el asiento de enfrente de mí para que colocara mis cosas. Me senté, lancé un soplido y así me quedé un rato, sin moverme. El avión terminó de llenarse: íbamos hasta la bandera y en su momento, previo el rodaje de aproximación por los ramales auxiliares, nos colocamos en cabecera de pista, aceleramos, arrancamos... y despegamos. Era ya de noche.

Lo que ocurrió a continuación, quiero decir en las primeras tres o cuatro horas de vuelo es una formidable demostración de ese juego de incrementos casi increíbles que se opera en razón de la progresión geométrica de las cosas. La típica situación de amontonamiento del equipaje y artículos varios por los que nosotros tres nos veíamos en cierto modo determinados, hizo que mi compañera, la única más a mano de las dos, la de mi inmediata izquierda, me pidiera disculpas en plan ya distendido; y que yo, obvio decirlo, las exonerase de cualquier malquerencia mía que ellas hubiesen podido sospechar, ya que, insisto, todos éramos víctimas del ambiente general de hacinamiento dentro de la aeronave; y que puesto que todos estábamos volando juntos y compartíamos el principal interés de llegar lo mejor posible a nuestro sitio de destino, pues que no había más remedio que plegarse a lo que había y tratar de que transcurriesen las horas de vuelo de la forma menos penitencial posible.

Mi amiga, cuyo nombre no apunté y tampoco recuerdo ahora, resultó ser una criatura expresiva y amable. Me dijo que

era de Zurich, y que con su compañera había pasado seis meses nada menos visitando países suramericanos, en especial los afectados a la cuenca inicial del Amazonas; y me parece ahora concretar que Ecuador y Perú habían capitalizado la mayor parte de su tiempo. Sí, ahora lo que recuerdo es que ella y su amiga, que también era de Zurich, trabajaban como secretarias allí y se habían tomado una especie de sabático a base de reunir en un periodo largo un número de vacaciones seguidas y acumuladas pero no disfrutadas. Y ahora que regresaban a casa parecían traerse más de un metro cúbico cada una de cachivaches y recuerdos, como botín consecuente del viaje. Nuestros cuerpos fueron adecuándose al severo habitáculo del asiento en forma de cuatro escaleno, y nuestros espíritus empezaron a desplegar sus resortes con el fin de hacer llevaderas las horas de viaje. Mi compañera desde luego que era una mujer comunicativa. Su amiga, que también tendría unos 25 años o así, pareció desentenderse de todo lo que no fuese acurrucarse entre su respaldo y la ventanilla e intentar dormir. Además, con alguien como mi interlocutora entre medias respecto de mí, quedaba fuera de la zona directa de conversación. Como digo, prácticamente desde el principio se desglosó del asunto que su colega y yo pudiéramos entablar y se concentró intentando arrellanarse en el reducido hábitat de su cuota de avión.

Mi vecina y yo comenzamos a hacer progresos vertiginosos. Hablaba un poquito de español, y junto con mi alemán recién repasado conformábamos la porción recíproca de conocimiento de nuestras lenguas maternas. Pero, como puede esperar el lector, la lengua franca inglesa se hizo cargo de lo que más inequívocamente quisiéramos expresarnos. Mi amiga parecía, de momento, haber declinado toda intención de dormir; y yo, huelga decirlo, en circunstancias así jamás he podido

hacerlo; sólo amodorrarme y abandonarme en el limbo de los oficios del cansancio. Pero entonces, en la situación de la que estoy hablando, aquella mujer, su conversación, su realidad, desplegaron una convocatoria suficiente de motivación como para mantenerme despierto y con todas mis antenas apercebidas operativamente. El alumbrado general del avión se apagó, como anunciando retreta. Ahora los chorritos de luz con esquema de sección de cono de los paneles de encima de cada asiento era lo único visible para aquellos que quisieran llevar a cabo algún menester privado.

No puedo recordar en absoluto el orden en que las cosas ocurrieron. Sí estoy absolutamente seguro de que hablamos de su excursión: Por lo que pude inferir, se habían ido a zonas decididamente agrestes, como queriendo compensar con una buena dosis de rusticidad de primera mano la urbanidad enlatada y enervante de su vida en Zurich; cuando mi amiga pronunció en más de una ocasión palabras, términos como “ranchero”, o “paisano” o “estanciero” o más precisamente, quiero recordar, el que mejor se atuviere al idiolecto hispánico del lugar en cuestión..., cuando esto hacía no era difícil auscultar su especie de nostalgia por aquella escapada hacia una expansión anónima de sexo vivencial y desconocido. Hablaríamos, qué duda cabe, de alguna de mis cosas, de mis propensiones. También recuerdo que mi amiga disponía de un alma sensible, dada a engolfamientos poéticos; a sumisiones a acordes de poesía transportados por la magia de alguna cita libresca de las que yo, claro, no carecía.

En un tramo de quietud en que el ambiente parecía adensarse en un decidido silencio, sólo recuerdo que me percibí asiendo la mano de mi compañera. Lo que sigue alcanzó por lo menos en mi conciencia la valoración de un proceso imparabile,

sin retorno. Amplié el campo de acción de mi tacto discrecionalmente, y al tiempo que la tropía de mi mano, la derecha ahora, escalaba las gradas hasta su pecho, se volvió ella y dejamos que nuestras bocas se consintiesen y se hollasen a placer. Al cerciorarnos los dos de que el argumento que compartíamos tenía necesariamente que aderezarse con una modificación de la compostura hacia lo que, de manera simple llamaríamos normal o esperable, y sobre todo porque alguien que pasó nos hizo recordar los predios y los límites del pudor y de la índole privada de ciertas exteriorizaciones, por lo que fuere, el caso es que acordamos arroparnos con una manta de las líneas Avianca y disfrutar de una confidencialidad total bajo la tan maniobrera excusa de nuestro cobijo abrigado. Aquella mujer resultó ser una de esas maravillas de discreción y eficacia. Yo me había desabrochado ya los pantalones por entero y expuesto a las incursiones de su mano desde el ombligo hasta los muslos. Como digo, por entero. La felación hubiera resultado ciertamente penosa por la simple razón de la falta de espacio; no había lugar, no, no lo había para que inclinara su torso. La envoltura que nos proporcionaba nuestra manta se traducía en un bulto congruo a la vista, con nuestras cabezas asomando, y cualquier forcejeo o torsión atípica hubiera desvirtuado el conjunto. Recuerdo como si me lo estuviera diciendo ahora mismo, en este momento en que estoy escribiendo... recuerdo que me dijo: “Acaríciame por todas partes: No te dejes nada”. Preciosa frase de rotundidad expresiva, de veracidad manifiesta. Traté de complacerla. La medio desnudé. Se quedó tan sólo con el recubrimiento que le significaba su ropa más exterior: brassière y slip le fueron desglosados en un principio por mis manejos, y en último término por su coadyuvación. Aquella mujer me gustaba; aquélla

era una mujer para contar con ella, y confiar en ella y declinar con ella los tiempos y los modos y los aspectos de la lealtad.

Creo que llegamos al orgasmo simultáneamente, de consuno, más que nada por un acto de fe..., fe en los encuentros administrados por el azar dadivoso; fe en la prevalencia de las palabras bellas, alentadas por el signo más y el fervor estético. No, no dejé un solo centímetro de la piel suya sin acariciar. Y yo, por mi parte, quedé perdido, hecho una sopa, lleno de pringue por... todas partes. Me levanté y me arreglé lo mejor que pude en el W.C. Regresé al asiento y con un gesto tácito nos dimos a entender lo más parecido a un “buenas noches”. Era el momento de quedarse cada uno consigo mismo, hasta dentro de algunas horas. Y así fue. Coincidiendo con la inundante levantada del telón de la noche y comienzo de la preeminencia de lo blanquiazul sobre lo oscuro anterior, también la tripulación encendió, mejor, disparó los haces de luz del interior del avión entero. Por el altavoz del teléfono se nos informó en el tono esperado que se nos serviría el desayuno en breve. Comenzaron los primeros pasajeros a poblar las cabinas de los sanitarios en procura de aseo mañanero. Así lo hicieron mis amigas. Y así lo hice yo, dejando para después del desayuno un enjuague final.

Al reconocernos de nuevo a la luz del día nos dirigimos mi amiga y yo una sonrisa de gratificación cómplice, mientras que la amiga de mi amiga [que por cierto era rubia, muy bonita pero evidentemente mucho más hermética que “mi pareja”], sentada siempre en el lado de la ventanilla, y mirando ora al exterior, ora a nosotros, nos dedicó una instancia de comprensivo escudriñamiento; algo que se me antojó entender como... “¿Qué habrán estado haciendo éstos?” Terminado el desayuno y recogidas las bandejas, todavía disponíamos de unos tres cuartos de hora. En un arranque espontáneo y absolutamente personal mi

amiga comenzó a copiar cosas de un libro: eran poemas en inglés de autores desconocidos para mí, por ejemplo, unos tetrametros pareados “Music” de Lily Hart Ingram (England) donde se leen conceptos tan directos y tan gayos como

Music hath charms, in varied ways:
Both Pop and Bach deserve our praise,

y siguen más ripios de la misma autora, bien sean de “Marriage”

On the surface marriage seems
Just a fantasy, made of dreams;
But when the truth takes over fast
It struggles hard to make it last

O de “Love”

Love is a gift, hard to work out:
The more you analyse it, the less
You know what it's about

En otro poema de un supuesto suizo, Michael Zwimpfer, y titulado “A Candle Life”, en clave de ripiosa pero inteligible transcendencia se lee:

Changing itself with its own damaging heat
Feeding the flame with own burnable meat
So it has never cried of any pain:
It just went on carrying the flame

y cosas por el estilo. En la parte inferior del folio de papel cebolla mi amiga me dedica unos dibujitos someros, básicos, de

cinco velas, de mayor a menor, como apoyatura gráfica al contenido del poema. Y lo que es más curioso para mí, al final absoluto del rincón inferior derecho del papel reparo en que me ha escrito un nombre: Erika, en el que la *i* adopta, al menos en intención, la forma repentizada de una bujía o llamita de vela difundiendo los destellos a manera de trazos. ¿Sería éste el nombre de mi amiga? Si lo fuera, me gusta; y si no, ¿qué más da? Y por último me copia en español un ramillete de aforismos o pensamientos [*refrans*, me escribe ella] a cargo de personalidades reputadas. Aquí van algunos:

“Ser bueno es fácil; lo difícil es ser justo”

Victor Hugo

“Las mujeres en extremo bellas sorprenden menos al segundo día”

Stendhal

“En la prosperidad, nuestros amigos nos conocen; en la adversidad nosotros conocemos a nuestros amigos”

Collins

He editorializado, o sea, corregido sobre la marcha algún que otro leve desliz ortográfico, pero tal es, en síntesis, el magnífico regalo que aquella complaciente y espiritual mujer me hizo, con la deportiva alegría de quien entrega algo suyo sin por ello pensar que su patrimonio de alma vaya a quedar disminuido. Conservo y conservaré los cinco folios manuscritos por... ¿Erika? ... como una de las contrapartidas más lúcidas y refrescantes para mi conciencia. Empleó todo el tiempo desde

que las azafatas nos recogieron las bandejitas del desayuno hasta que comenzamos a enfilear la pista de aterrizaje. Ellas hacían una escala en Madrid y yo me quedaba en casa. Nos despedimos en el vestíbulo de tránsito, donde ellas esperaban una conexión. No se me ocurrió pedirla detalles sobre su dirección, su teléfono, bueno, esas cosas esperables. Acaso en aquel momento capté con intuición incontestable que ni mi corazón se hallaba en disposición de abrir un nuevo frente que no podría atender; o tampoco es descartable, acaso, que en una valoración justa de la situación se me presentara como evidente el hecho de que las cosas habían ido hasta donde podían haber ido; y que pretender vulnerar esa cota de improvisada armonía era vulnerar el “dharma”. Cualquiera que fuese el impulso determinante de mi decisión, es el caso que me despedí de... ¿Erika? ... y que ahora atesoro la realidad de su amable cuerpo que se me desdibuja, y la fragantísima presencia de sus textos y el dintorno pormenorizado e indeleble de su alma.

La impronta de la vibración vivencial de Colombia en todos estos años se me ha manifestado de muy diversas maneras, y respecto de algunos casos a través de muy distintos e inesperados cauces. Cada supuesto tendrá su tratamiento, injertado en la masa de argumento que le corresponda de estas Memorias. Una mención guarnicionada con unos cuantos detalles de intención identificativa, sin embargo, los considero oportunos aquí...

Hallándome en Bangkok en julio de 1993 conozco al teniente colombiano Fernando Buitrago, que trabajaba en Campuchea como parte de las fuerzas multinacionales de pacificación de la ONU.

En Granada, y en el mismo hotel Casablanca donde me vengo hospedando desde 1977 coincido con don Antonio Uribe, matemático y especialista en Estadística de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Todo un patricio. Esto debió de ocurrir sobre 1996. Dos años más tarde le volví a saludar en el mismo hotel Casablanca. Reconozco en él una habilidad didáctica envidiable ya que ha sido la persona que más se ha aproximado a la consecución del éxito en lo relativo a explicarme lo que sea una derivada en matemáticas.

En las fiestas navideñas de 1998, y encontrándome yo con una inaplazable necesidad de conseguir un plano, un mapita de la ciudad de Bogotá para uso y aplicación en la redacción y puntualización de varios detalles y referencias de esta viñeta, me pasé por la Embajada de Colombia en Madrid, sita en el número 48 de la calle Martínez Campos. Allí fue todo una fiesta de cordialidad y colaboración. Además de saludar al Primer Secretario, don John Jairo Cárdenas, versado en poesía y crecido en admiración ante la demostración de sabiduría poética que en clave de urgencia le dediqué, tuve el placer y el privilegio de ser presentado a don Miguel Torralvo Steer, Consejero de la Embajada, el cual me regaló el plano “La guía de Bogotá” que, de momento, cubría mis expectativas y me resolvió el problema.

Y ya en un aspecto más diseminadamente vivencial, más a salto de mata, obedeciendo a la incodificable y escurridiza ley de la espontaneidad, debo decir que la imparable proliferación de “puntos de encuentro” a través de los cuales se da una salida inmediata, todo lo provisional que se quiera, pero salida al fin, a los cada vez más numerosos contingentes de iberoamericanos que ven en Europa su “Eldorado”..., digo que siempre alrededor de dicha incumbencia, he podido hablar con bastantes chicas colombianas, conocerlas. Colombia, con sus casi cuarenta y

cinco millones de habitantes resulta ser ahora, hoy, 1999, después de Méjico la segunda comunidad, organizada en país, más numerosa de castellano-hablantes. La pujanza espiritual de esta nación, si bien es cierto que se ha responsabilizado de protagonismos poco edificantes en el ámbito de la droga, en el contexto de la delincuencia, en los avatares del submundo, etc., no es menos cierto que su formidable materia prima humana consiente que de ella se extraigan provechosas y abundantes cosechas.

**Andrea; chica argentina innominada; Beatriz y
Fernanda: Río de Janeiro (Brasil), verano 1979**

Mi segunda visita a Río acaeció en julio de 1979. El destino más alejado y que yo hubiese previsto de momento lo protagonizaba entonces Chile, donde me esperaba Lucía; eso es, Lucía, la hermana de mi buen amigo Eduardo Martín Letelier; mi referencia femenina institucional ante cuya realidad todas mis otras instancias en Suramérica quedaban automáticamente etiquetadas como circunstanciales, como de paso. Pero ahí radicaba buena parte de la clave de encontrarme en Suramérica. El efecto portentosamente revelador, iniciático, que mi primer contacto con Río me había supuesto constituía una llamada imposible de desatender; y además Río era juntamente con Caracas la entrada natural por aire en la América del Sur desde España. No dudo de que en caso de haber existido un vuelo sin escalas, de un tirón quiero decir, desde Madrid a Santiago me hubiera embarcado en las más de catorce horas de su materialización. Pero no era así. Y la realidad geográfica de que mi primer punto de arribada fuera Río, de un lado; y de que entre Río y Santiago se encontrasen varios países que habían despertado mi curiosidad, de otro..., terminaron de acicalar los trazos más ambiciosos de ésta que estaba siendo ya mi tercera visita al continente suramericano. Por lo pronto, y como motivo exclusivo para la presente viñeta, me corresponde concretarme en Río de Janeiro [Como el lector en su momento oportuno sabrá, después de Río, pero antes de Santiago, yo entretendría mis ocios de varios días en Paraguay y en Uruguay].

Mi llegada a la ciudad carioca no fue esta vez a bordo de Concorde alguno sino en uno cualquiera de los vuelos regulares de Iberia o de Varig, las dos líneas que operaban directamente

sobre el Atlántico sur; si acaso, con escala circunstancial en Canarias para ciertas fechas específicas. De nuevo, siempre una penúltima y sempiterna vez más, comprobé que los países huelen; que el alma de las cosas, los dintornos de las figuras, la geometría del ambiente... huelen. Río me olió a carne templada, a fruta en sazón, a papaya que espera la excavación de la cuchara o del tenedor en su pulpa generosa. Mi anterior visita, tan sólo diez y seis meses atrás, me confería un derecho como de... conocimiento de las realidades; una patente de curso como para pasar juicio razonado sobre las manifestaciones con que tuviera que encontrarme. Sin ir más lejos, llegaba en la mejor estación del año, el invierno de entre los 20 y los 25 grados, lejos del agobio de los sofocos carnavalescos, lejos también de las torrideces húmedas. El turismo estaba en su punto más soportable, apto para temperamentos independientes como a mí me hacía ilusión imaginarme el mío. ¿Había concertado yo desde España la reserva de alojamiento en los Apartamentos del Copacabana Palace? No lo creo. Conservo multitud de facturas y recibos, precisamente conforme a mi voluntad -- algo inconsciente y errática hasta 1980 -- de rescatar la mayor cantidad posible de materiales con el que confeccionar mi cuerpo de Memorias. Con o sin reserva, me presenté allí en la puerta de los Apartamentos que da al número 313 de la calle Nuestra Señora de Copacabana. Había sitio en la parte que mira a la piscina, y más allá, a la línea de playa. Los precios habían pegado una subida espectacular, asidos a la depreciación vertiginosa del entonces *cruzeiro* [más tarde *cruzado*; luego *real*; luego creo que otra vez *cruzeiro*; y por último ni se sabría], pero aún así mis abundantes y rollizos fajos de dólares se hacían cargo de la situación. Mi conciencia asumía aquella visita segunda mía a Río como de afianzamiento y constatación. La

dimensión estrenada hacía menos de año y medio consentía un número indeterminado de recalos, de sucesivos cortejos en los que ejercitar mis resortes de satisfacción de curiosidad de contrastes, de pautas vivenciales.

Otra vez el olor a carne frutal y templada. Me instalaron en un buen apartamento; uno de los que daban a la piscina y más allá a la Avda. Atlántica; y más allá, a la línea de playa. Probablemente lo que entre las primeras cosas hiciese fue pasarme por el Consulado a saludar a Juan Nieto: magnífico personaje, en su puesto, asequible, servicial, operativo, lúcido. Me gestiona el cambio de dinero en la mejor de las condiciones y me reitera su disposición de ayuda en cualquier momento que yo lo necesitara.

Ya he dicho en otro lugar que mi entrar en conocimiento de Suramérica, por la puerta de Río, tuvo lugar después de que yo hubiera cumplido los cuarenta. Hay cosas en las que, por mucha prisa que uno pueda darse respecto de su familiarización, siempre quedará un remanente de débito, de desazón por no haberlas cumplimentado desde un principio con arreglo a ciertas pautas unánimes de afecto y de demanda de vivencialidad. Tal con Río. El estilo de vida, las modulaciones de valores sociales, el juego de relaciones entre personas me habían impactado definitivamente ya en mi viaje anterior de tan sólo, digámoslo de nuevo una penúltima vez más, hacía menos de año y medio. Sin embargo, en mí todavía predominaban módulos de conducta aclimatados durante buena parte de mi vida; formas, maneras en las que, y por lo que se refiere a la interacción de hombre y mujer, primaba la visión de la hembra siempre como objetivo más bien lejano. La fortísima teocracia nacionalcatólica que sólo a principio de la década de los setenta comenzó a aflojar sus resortes de control restrictivos, había calado y estaba ahí. En lo

que a mí atañe es claro que mis formas de vida, mi “manera de ser”, no se veían afectadas en absoluto en lo relativo a mis convicciones. Pero Brasil, Río, es cierto que representaba tal profusión de mostraciones, tal natural abundancia de lo que pudiéramos entender como “excepcionalidades” que por lo menos yo me veía desbordado para atender a tanto reclamo, esforzándome al mismo tiempo porque ello no significara menoscabo en lo que de mágico, iniciático e intransferible pueda alojarse siempre en todas y cada una de las mujeres que en clave dirimente se nos afecten. Yo nunca admití que la profusión de chicas, de situaciones, de supuestos diarios pudiera hacer descartables las amistades anteriores. Y por ello busqué a mis amigas... anteriores; por ello, aun constatando la magnífica, la inagotable cosecha de “garotas”, jugué a lo caballero, a lo don Quijote, y me lancé al entretenimiento de intentar contactar con Sonia Regina y con Ivette.

Comencé por la primera. Para ello contraté los servicios de un taxista al que llamaron desde Recepción, y que resultó ser un portugués... de Portugal, hablador y cantarín como pocos. Contaba yo con una dirección que Sonia me había dejado: Jacarepagua, y un par de datos añadidos. El taxista era un cachondo integral: soltaba el volante para mirarme y dedicarme las escalas vocales de algún que otro fado. Mi faceta de incondicional del país luso me convertía en el mejor de sus interlocutores. Creo que se llamaba Sousa, miren Vds. por dónde, igualito que María Manuela, mi musa -- carne y abrasión espiritual -- de Monte Estoril. Conducía bien pero se despistaba con las direcciones. Jacarepagua, Jacarepagua..., no había duda. Era un barrio conocido, sobre todo porque allí se hallaba enclavado un circuito para carreras automovilísticas. Sí, eso estaba claro. Pero las precisiones que incluía la dirección de

Sonia descartaban muchas posibles localizaciones y apuntaban hacia una, una que... no podía ser. No, no podía ser pero... Seguimos buscando. Sousa preguntó y preguntó. El hombre, la verdad es que se bajó del taxi varias veces y, creíble o no, no había duda. La dirección de Sonia conducía a un lugar..., a un lugar en el que ya nos encontrábamos. ¿Pero qué es esto? -- pregunté a Sousa, al ver cruzar delante de nosotros a un individuo con cara de derelicto, vestido de pijama, ausente...

Se trataba del manicomio de Jacarepagua. No había duda. Aquello era un manicomio en régimen abierto; ahora lo veía más claro, sobre todo al avanzar en coche unos cientos de metros más y tener ocasión de que otros residentes se nos acercaran, con caras... como puede el lector suponer; ninguno en plan agresivo, hay que reconocerlo; pero que no por ello dejaron de trasladar a mi espíritu una dosis alta de intranquilidad. Sousa, ya más seguro de donde estaba, como si el hombre hubiera superado toda sombra de vacilación, pareció interpretar las últimas claves de la dirección de Sonia, y se dirigió hacia una modesta vivienda que se hallaba un poco más adelante. Llamamos. Salió una señora joven de rostro amable, apacible... y ... Se trataba de la madre de Sonia. En estos países la gente, la gran mayoría de ellos por no disponer de vivienda digna se van de un sitio para otro; en régimen de alquiler temporal; o mejor, de precariedad desahuciable. Esta regla general afecta a una inmensa porción de chicas que se hospedan en los núcleos urbanos y que de otra manera tendrían que residir en el campo a muchos kilómetros de los foros de trabajo, o simplemente de los... escenarios donde buscarse la vida. El caso de Sonia no era excepción. Al pedirle yo sus señas, la única, absolutamente única referencia estable... era aquélla, la de su madre. Y allí estábamos; allí habíamos ido a parar el bueno de Sousa y yo. La señora, que estaba empleada en

aquel manicomio en calidad de una especie de vigilante, se deshizo en halagos y en expresiones de afecto hacia mi persona por aquella mostración de cortesía, tan sostenida y garantizada en el tiempo, que yo le había dedicado a su hija [Yo, andando los años llegué a entender que aquella buena mujer se estaría preguntando qué habría visto yo, un caballero español, de especial en su hija cuando con mirar a cualquier lado las chavalas estaban allí, se ofrecían a raudales]. Por supuesto, la señora sólo tenía una idea muy vaga del paradero de su hija: que se encontraba en el “downtown” Río; eso sí, se comprometía a que tan pronto como Sonia se comunicara con ella, que solía hacerlo a diario, la informaría de mi visita y de mi alojamiento, etc. En ello quedamos y así nos despedimos.

La búsqueda de Ivette se me presentaba, en teoría, más fácil, pues no sólo disponía yo de una dirección concreta, sino que llevaba yo conmigo, con toda intención, la fotillo como de carnet que ella me había regalado, dedicada cariñosamente en la porción de cartulina del reverso. “Ofereço esta foto con muito amor a voce Tomás Ivete 14/3/78”. Ivette [ella lo escribía con una solo *t*; yo prefería el grafismo a la francesa] me había llenado de encantamiento. ¿Sería por mujeres? -- volvemos a señalar lectores y yo. Pero -- también pensaba yo -- he aquí a una que realmente me gusta; que no tiene que pasar prueba alguna ni comprobación alguna, porque ya ha demostrado que me gusta. Y con tales credenciales justificaba yo el trajín de buscarla; por otra parte, una de las actividades más llamativamente vivas, como así volvía a constatar. En la dirección original Ivette no se encontraba, no. Preguntamos, enseñando la foto: sí, no ... parece. La terrible realidad de estos países con la mitad de la población careciendo de un trabajo estable, más o menos fijo, es, de momento, eso: que no tienen un domicilio medianamente

asentado; alquilan una habitación por pocas semanas, meses todo lo más; luego se van, desaparecen en la formidable marea de engullimiento de los millones de habitantes de Río. No, nadie tenía la menor idea sobre su paradero. Solamente, a modo de recompensa testimonial de empatía, una mujer, ante la foto dijo saber quién era Ivette, y al tiempo que asentía ante las expresiones que yo tuve necesariamente que proferir sobre los felices recuerdos que conservaba de su joven y discreta personalidad, se permitió manifestar su admiración ante la insistencia y persuasiva búsqueda que un señor como yo estaba desplegando respecto de una “garota” carioca. Dimos por concluida la gestión. No era sensato enfrentarse a lo imposible. Lo había intentado. Tenía la conciencia tranquila. No había reparado en gastos; no había economizado energías. Había hecho turismo del tipo que a mí me agrada, desde un taxi; había cantado fados con el amigo Sousa. ¿Qué más podía pedir? Siempre me quedaba la esperanza, esa tropía gratuita y ontológicamente irrenunciable tan propia de la condición humana; me restaba la esperanza, digo, de que a través de Sonia; bueno, ese tipo de especulaciones. Regresé al hotel. Probablemente fuese ya media tarde, y probablemente saliera yo a sentarme y hacer una comida... tardía en la terraza del “Bolero”. En la Recepción de los Apartamentos había saludado a los señores empleados del año anterior: el alto y casi calvo, con cara de intelectual o por lo menos de mayordomo inglés; el más bajo, con facciones de indio, educadísimo, respetuoso y eficiente; y el más joven de todos, Branco, magnífico, servicial e intuitivo. Toda esta dependencia iban vestidos de uniforme simple, consistente en una chaquetilla de color “beige”, como una gabardina corta y ligera. Nada había cambiado en aquella Recepción. Cuando saludé al amigo Ramos, negro, con un aire a

lo Antonio Machín, camarero del “Bolero”; cuando volví a encontrarme con los limpiabotas; con los vendedores de cacahuetes o manises [dejando un par de ellos encima de las mesas, como reclamo, por si el cliente se anima a comprar la bolsa entera]; cuando vi a los niños en la playa haciendo volar cometas; y a los vendedores de lotería merodeando por allí, instrumentando el truco de dejar caer uno de los boletos atezado por la pinza, para llamar la atención del viandante. Cuando después de respirar el olor como de yodo, como de tapizado algo húmedo de mi apartamento..., bajé a la terraza del “Bolero” y percibí convocadas en mí con renovada intensidad las vivencias que me habían advenido el año anterior, concebí a Río como “la ciudad de la continuidad”. Así lo tengo reseñado en una nota de urgencia escrita en una hojita de las que forman el taco de junto al teléfono, con membrete “Copacabana Palace Hotel. Río de Janeiro”. Río o la continuidad. En aquel transcurso de menos de año y medio las cosas parecían haber cambiado poco, a excepción de esas realidades por definición itinerantes, a las que un día encontramos por complicidad con el azar desinteresado; o también como el dinero... Pero lo que se dice el ámbito, el perfil de las vivencias, las anticipaciones del espíritu, el engolfamiento en aquellas revelaciones sobre la espontaneidad de la carne..., aquello no había cambiado, y aquello fue lo que en definitiva me impulsó a consignar, de nuevo, en una segunda hojita de notas del papel timbrado del Hotel, lo de “Río, o el concierto de la continuidad”.

Aquella misma noche se me presentó Sonia acompañada de una bella amiga. Para entonces, y en virtud de la asimilación vertiginosa que los espíritus abiertos hacen de ciertas realidades, yo me había percatado de que Sonia era una de las innumerables criaturas a mi disposición; no era la más bonita porque las había

por... cientos que la superasen; pero con ella quería yo celebrar una ceremonia personal de cortesía. Nos alegramos los dos de volver a encontrarnos. Había llamado a su madre y ésta se había esmerado en encarecerla que era yo el caballero que la buscaba. No hacía falta extralimitarse en elogios. Sonia guardaba un recuerdo muy positivo de mí, como de alguien que no causa problemas, ni molesta, y que además de jugar y de dar juego paga con religiosa generosidad. Me dio sincera alegría coincidir de nuevo con Sonia, después de todo aquel tiempo, y considerando que entre ella y yo se interponían ahora al menos virtualmente, tántas y tántas otras garotas asequibles. Sonia no fue insensible a mi actitud y me dedicó por su parte el “fair play” de llevarme, a sabiendas suyas, a una compañera que me gustaba aún más que ella. Charlamos: Me contó que Ivette se había mudado fuera de Río de Janeiro, con unos parientes; o que acaso, aunque no lo creía, se hubiese trasladado a Europa, ya se sabe, a ver si salía algo. Por aquellos años de finales de los 70 había comenzado tímidamente un flujo de chicas jóvenes brasileiras hacia Europa; hacia los países más pudientes y más en demanda de “material humano” de alterne: Italia, Holanda, y en menor medida Francia, Gran Bretaña y España inauguraron el comienzo de una portentosa era de migraciones de chavalas de buen ver hacia la madre Europa desde toda la suerte de países y paisillos iberoamericanos. [Las fortísimas avalanchas de la segunda mitad de la década de los 90 era algo que entonces, en 1979 tan sólo, parecía difícil de vaticinar y mucho menos de asumir cuantificablemente].

Hicimos un amistoso “menage a trois” más por el lado de la confraternización que por la instrumentalización de lo erótico. Quiero recordar que me dedicaron unos juegos entre ellas, que en nada incrementaron mi natural propensión. También recuerdo

que cuando me enguilé con la amiga de Sonia [cuyo nombre, por cierto, no me di maña para retener; pero sí que era una garota joven, más joven que Sonia y más atractiva], cuando estábamos penetrados, Sonia primero se quedó con su cara cerca de la de nosotros, para que de vez en cuando pudiera yo besarla también a ella; y luego metiéndome desde detrás la mano por debajo, ora me acariciaba lo que buenamente alcanzase; otra me hacía cosquillas suaves en el orificio del ano. Cariñosa y agradable criatura, Sonia me regaló la compañía de aquella nueva amiga suya, en la seguridad de que me resultaría más sugestiva y más deseable que ella misma; lo cual es el mejor detalle de desprendimiento y de altruismo, porque lo normal es que las amigas presenten a los hombres alguien que no pueda hacerles a ellas sombra. Siempre que reparo en este bonito proceder de juego limpio por parte de alguna chica lo considero como un trasunto, a lo humano, de la rumbosidad evangélica aquella en que contrariamente a lo acostumbrado se dejaba el vino mejor para el final de la fiesta, cuando el estado de semi-embriaguez de los degustadores convidados bien habría justificado el haberles servido un brebaje de ínfima calidad. Sonia se portó bien conmigo: No follé con ella sino con su amiga. Con Sonia jugué un rato, los tres juntos todo el tiempo: Se turnaron en el menester de chupármela, mirándome y mirándose la una a la otra, como pujando entre ellas mismas por el grado de excelencia de sus prestaciones. El taladro final lo realicé con la amiga. Las hice un soberano regalo, y creo que más por fortuna que por mis oficios dialécticos, aunque me esmerase sin duda respecto de éstos, ... creo que me di maña en hacerlas ver que el disfrute más inequívoco que le había advenido a mi alma procedía del hecho de haberme encontrado de nuevo con Sonia, después de más de un año, en aquella sociedad que tan provisionalmente fijaba sus

domicilios, y en la que las direcciones de un momento eran pura esfumación unos cuantos días después, acaso. Me despedí de Sonia. No volví a verla nunca jamás.

A todo esto, yo había configurado una estancia en Río de alrededor de una semana, y según se iba produciendo la dinámica de los acontecimientos muy probablemente en aquella ocasión volviera yo a percatarme de que todas las duraciones vacacionales tienden a menguarse, y aunque no conservo registros sobre fechas puedo asegurar que mi estancia en Río en aquella segunda ocasión no pudo pasar en ningún caso de siete jornadas.

Mi segundo día de permanencia se hizo cargo de una visita, por invitación, a la sede central de los joyeros Roditi que junto con Stern disponen de un buen número de establecimientos comerciales en Copacabana. De nuevo, y lo mismo que los de Stern el año anterior, ahora se engañaron los responsables de Roditi al suponerme alguien dispuesto a incurrir en gastos de joyería por el hecho de hospedarme en un sitio tan eminentemente representativo como el Copacabana Palace Hotel. Me había encontrado el tarjetón protocolario en mi habitación, por el que se me instaba a visitar las dependencias de preparación de joyas en los talleres, así como la Central de ventas: “Invitation. Bring this invitation for a personal tour of our workshops and watch our craftsmen polishing rough stones into exquisite jewels. Sip a *cafezinho* with us and receive a natural Brazilian gemstone as a souvenir. Motorista. Favor transportar este (s) passageiro (s) para a Av. Rio Branco 39. A corrida será paga no destino, a crescida de gratificação”. Pues tales eran los términos del “brochure” que, además, incluía una serie informativa sobre direcciones, vocabulario de primera

necesidad, pesos, medidas, etc., sobre todo dirigido al turista de habla inglesa.

Estoy seguro de que tuvo que mediar alguna suerte de insistencia por parte de Roditi puesto que yo, con absoluta certeza de que no iba a comprar nada, y una vez conocida la experiencia del año anterior, quiero recordar que en un principio, así, como de oficio, decliné amablemente la invitación pretextando acaso eso, que no iba a adquirir mercancía alguna y que por tanto no se justificaría el celo y la molestia por parte de la empresa Roditi. Pero más seguro estoy aún de que la oficina vigía que los de Roditi tenían instalada en el Hotel habían cursado la invitación y no consentían una negativa por respuesta, siempre en la esperanza de que tal vez rebobinara mi criterio y me aviniese a comprarles algo. El caso es que a la hora convenida llegó un coche de la empresa, me recogió y me llevó al “downtown” Río, al taller principal de joyería de Roditi en la dirección reseñada. Allí me recibió un vendedor avezado que comenzó por señalarme a unos y otros artesanos, ocupados en pulir las piedras: aquí las amatistas con su morado de belleza de Semana Santa penitencial; las turmolinas, verdosas como un mar claro y poco profundo; el topacio, pariente en colorido a la miel; la aguamarina, de un azul ya limitando con el gris suave. Las piedras correspondientes al mes de julio y en lo que pudiéramos considerar como concierto de anuencia zodiacal, eran: la rubelita, tirando a un tono de vino de Burdeos con colorante de ligero granate; la citrina de Río Grande, de un amarillo en su huida hacia el marrón; y el rubí, del matiz antonomástico de los labios... Yo iba diciendo que sí a todo, porque la verdad es que me parecía todo muy bien. Pero lo que se adueñó de mi conciencia con exclusividad, como para que me desentendiese de una vez por todas de las joyas fue una chica “manager” en

calidad de azafata. Vestía de azul clarito, igual que el personal de vuelo de las líneas Varig, por cierto, y desde el primer momento advertí que mis posibles insinuaciones, por periféricas y metafóricas no menos inequívocas, estaban limitadas por la presencia del empleado jefe, cuya única función era la de hacerme comprar algún trozo de los pedruscos de toda aquella cantera. Andrea era de una perfección pasmosa, al menos en el envoltorio de vestimenta en que en aquella ocasión se mostraba. Un poco así, como para que la inutilidad de mis pretensiones hubiese encontrado una justificación aliviadora, me puse con ese frenesí del aturdido a intentar descubrir cualquier rotura de su armonía, cualquier abandono de la altísima coherencia que se compendia en su cuerpo. El vendedor se apercibió de mi preferencia y -- parece que le estoy viendo -- aventuró unas cuantas tentativas más, ya falto de convicción [me dijo que lo podría pagar con cualquier tarjeta, a plazos, como quisiera...] y acabó por tirar la toalla. Andrea que, como digo, vestía falda, chaquetilla y zapatos azul clarito, y camisa blanca, a mi pregunta y tan sólo, me había dicho que se llamaba Andrea. La morfoternura de las parábolas a las que tendía su carne me recordaba a María Manuela de Sousa, si acaso, más en fino por parte de Andrea. Fue un golpazo lo que aquella mujer me propinó; un tumulto de instancias anhelantes y, al mismo tiempo, tan desvalidas. Le hice ver al vendedor que desde que había llegado Andrea había perdido yo el... ya poco interés que me inspiraban las joyas; y que era Andrea, únicamente Andrea la que me interesaba. Era una forma de declarar brutal y expresivamente a Andrea mi concernimiento y a la vez cumplir con cierto requisito de cortesía profesional al decirlo en presencia del, en cierta medida, responsable de la situación laboral de Andrea. El vendedor-jefe, no sé si por despecho o

porque era la pura verdad, y en todo caso por buscar de enfriarme los ardores de mi entusiasmo tan “at first sight”..., se me queda mirando fijo y sonriente y me dice que Andrea tiene tres hijos. Andrea no dijo nada. Ancló su vista, fija en los ojos míos, como queriendo significar cualquier cosa, todas las cosas. En aquella inspección de urgencia, la última ya, me hundí en la evidencia de que aquella mujer era un portento de criatura: canela clarísima su pigmentación; dientes limpios como marineritos blancos alineados, y una baya rajada por boca. Me hubiera quedado con ella, por el rato que fuera, desprendiéndome del equivalente al precio de la más preciosa de aquellas piedras. Me fui de allí con el mismo dinero en el bolsillo, con el que entrara media hora antes; pero lo que sí percibí que se me había escapado a torrentes era un capítulo larguísimo de anhelos perteneciente al libro de mi vida.

La tarde de aquella jornada supongo que la pasaría, al menos buena parte de ella, quiero decir, sentado en la terraza del “Bolero”. No tengo nada especial redactado al detalle en mis notas de aquel viaje, excepto algunas puntualizaciones muy en clave; muy para ser entendidas y desarrolladas en virtud de una sola palabra, o de una frase corta. Una de las jugarretas con que se encuentra el escritor es precisamente la volatilización de ocurrencias que en un principio le parecen inamovibles, imborrables de la memoria. Pero la voracidad destructora, igualadora mejor dicho, del correr de las cosas sucediéndose lamina a ras de aniquilación aconteceres que en un momento nos parecieron que asomaban su pináculo de especificidad. Recuerdo con claridad terca la sensación de bienestar advenido, como postizo, que me produjo el hecho de que allí en Río, y entonces, en el mes de julio me hallase en plena estación invernal, con una temperatura ideal, entre los 20 y los 25 grados. También

recuerdo de alguna tarde que se tornó cárdena, con lloviznas a rachas fuertes, y durante las cuales el único cambio en el curso de acción consistía en sentarme en la parte alta del “Bolero”, en la terraza elevada y techada, en vez de hacerlo bajo los toldos de la superficie del paseo propiamente dicho. Allí el camarero Ramos, mi amigo del año anterior, me iba sirviendo algún que otro postre de fruta; o alguna que otra cerveza si de lo que se trataba era de hacer una comida en regla. El sistema, además de mantenido, lo habían perfeccionado. Los desayunos eran copiosos y salutíferos. La mesa rodante que el camarero introducía en mi apartamento a la hora señalada rebosaba de zumos de frutas y de bollería selecta, sin hablar de la selección entre té, leche, café, etc. No necesitaba nadie esgrimir dotes de psicólogo, ni de adivino, para comprobar que mi vida allí en Río estaba vencida del lado de la despreocupación y de la flexibilidad; y por ello uno de los camareros ya se había permitido elegirme el jugo/zumo de papaya como el más reconstituyente del consumo de energía generado por los encuentros con las garotas de turno. Luego, a lo largo del día, solía hacer una sola comida más, a eso de las 16:00; y si acaso, en plan de sentada en alguna terraza, otro pequeño postre antes de retirarme. El “Bolero” se fue imponiendo más y más en mi preferencia. Las otras terrazas eran muy parecidas: “Maxim’s”, “Mirage”, etc., con un tipo de prestaciones equiparables. La verdad es que aquella visita mía a Río de 1979 no podía cargar la baza en ninguna manifestación o aspecto concreto: era el preámbulo de lo que a continuación seguiría: Paraguay, Uruguay, Chile, Ecuador, etc. Río había sido mi gran descubrimiento, y sentir que seguiría ahí, a mi disposición para un buen número de años por venir, me liberaba en cierta medida de acometer con codicia apresurada cualquier actividad. Desde la

terraza del “Bolero” veía a la gente hacer footing/jogging por toda la línea curva de alfanje de Copacabana, entre los hoteles Meridien y Río Palace. Me prometí que en alguna visita posterior y exclusiva a Río me llevaría mis zapatillas deportivas y haría lo mismo que los cariocas: saludar la mañana con unos cuantos kilómetros de ejercicio. Hay mucha gente joven en bañador o en pantalón corto con el torso al descubierto que viene a ser igual. Me había ya dado cuenta de que la playa de Copacabana rebosaba de gente jugando en la arena: Redes de volley-ball por todas partes; bancos y anillas para gimnasia, ejercicios de abdominales y de fuerza, etc., pero que los bañistas que realmente entrasen en el agua eran los menos. La resaca se hacía notoria sobre todo en la parte de playa comprendida entre los hoteles Meridien y Othon, y que tan sólo en el restante tramo de su arco rompían las olas con más docilidad. Desde la terraza del “Bolero” observaba muchas cosas, todo bajo un aspecto de prepotencia placentera. España había encauzado su transición. Nuestra nacionalidad propiciaba ahora una holgura magnánima de crédito. Se podía decir: Soy español, de España, de la Península Ibérica, con la total seguridad de que las palabras se escuchaban y caían en el lugar de las cosas con peso. Brasil era algo distinto de todo lo anteriormente conocido por mí. Me engolfaba en la evidencia de las manifestaciones que justificaban lo que estoy diciendo. Brasil era un gigantesco vástago desglosado de Portugal; era lo que conformaba el *iberismo* de Iberoamérica. A Brasil debíamos la escrupulosa propiedad del término Iberoamérica, a medio y luminoso camino entre la perversidad imbeciloide y de intención sesgada del término espurio “Latinoamérica” y la del si se quiere más bien restrictivo, excluyente, “Hispanoamérica”. Si en las demás

repúblicas de habla española uno se encontraba en “las Españas”, en Brasil yo me encontraba en la segunda Iberia.

Las chicas compartían con uno un rato de lecho por conveniencia, por la contraprestación que debe seguir a todo servicio; y también por el deporte de la curiosidad; por conocer qué podía venir de Europa, ya que el grado de originalidad revolucionaria que se les pudiera desprender del mundo “hispanico” del continente en que se hallaban más bien podía considerarse escaso. Supongo que en aquellas tardes en que el ojo del cielo mostrase su gesto huraño, el elemento merodeador de las terrazas -- vendedores, chicas, limpia-calzado, etc. -- disminuiría consecuentemente. Tengo ciertas notas primorosas incorporadas a mi cuadernillo de urgencia: “Mujer de la serpiente”. Se trataba de una mujer que se dejaba ver por las terrazas, con una serpiente al cuello. Era tal el respeto que me propiciaba dicho animalito, que nunca llegué a preocuparme por el tipo de mercadería que vendiese, si es que vendía alguna; o de evangelio o lema que difundiera. “Trabajadores encima de los camiones”. Ya recuerdo. Se trataba de que vi pasar por entre la línea de playa y el paseo, a lo largo de uno de los carriles de la Avda. Atlántica..., vi pasar a un camión con toda su caja llena de hombres musculosos, forzudos que parecían, en negro y en marrón, estar arrancados de un friso de partenón moderno; probablemente viniesen de la zafra, cual fuerza de trabajo de África que hubiera encontrado asiento definitivo en el Nuevo Mundo. Pasaron aireando gorros y ringleras de dientes en subitáneos lampos de albura. Se les escuchaba contentos, parecían alegres, realizados; acaso se dirigían a una favela, acaso a un alojamiento más urbano. Y yo allí, resguardado por todas las formas y realidades que el progreso ponía a disposición del afortunado. “Bichos raros: tíos con pelo rubio larguísimo, en

bicicleta, contra tráfico”. Nada que aclarar. Lo dicho se explica por sí solo. Brasil abundaba en una amplísima coloración humana, igual que sus canteras: el tipo nórdico para quien todavía resultaba elegante dejarse el pelo largo, amarillo ondeante; en clave más o menos macarra, más o menos hortera, por lo que explicito de su andar en bicicleta en dirección prohibida. Otra modalidad la componen los vendedores de barquillos, que los mantienen calientes mediante un pequeño horno u hogar alimentado por trocitos de leña, y que se halla dentro del tambor cilíndrico.

Las mañanas las solía ocupar en bajarme a la piscina y en pasear por la ‘promenade’ empedrada de la playa y por los alrededores del hotel Palace, sobre todo comprobando precios y constatando la clase predominante de productos en venta, que con mucho eran las piedras: piedras preciosas en su versión de joyería; o piedras más al natural, esa suerte de formaciones extravagantes, caprichosas y siempre llamativas que justificaban que los establecimientos en que se hallaban en venta se identificasen como “Gema”... con prefijo inequívoco, y seguido de algo. Abundaban los tenderetes o puestos de calle con la típica mercadería de las camisas, sandalias, gorros, bermudas, etc. El cambio del dinero no se efectuaba en los Bancos propiamente dichos, sino en casas de cambio; medida que yo siempre interpreté como que los Bancos no podían atender materia tan insegura y tan escurridiza como la sempiternamente semoviente cotización del \$ USA; y que por eso se lo dejaban a ese tipo de establecimientos más maniobreros. La piscina, situada dentro del recinto interior formado por uno de los frentes de los apartamentos y el lateral del Hotel Copacabana Palace, tenía en su parte delantera la barrera de la pérgola del comedor de la terraza, y de esa manera quedaba absolutamente protegida

dentro del claustro de las edificaciones del propio complejo hotelero, sin dejar de ser algo completamente al aire libre. Servicio de hamacas, bar, restaurante, etc., todo lo imaginable [Años más tarde encontraría en Bangkok este tipo de prestaciones llevado a su más alta consecuencia de refinamiento y profesionalidad].

La nota que dejé recogida en la hojita con membrete del Hotel no admite dudas: “Chica argentina: Majestuosa por la playa”. Lo recuerdo como si se tratara de ayer, de ahora mismo. Yo, con toda seguridad, iría de pantalón corto, con sombrero de sol y gafas y estaría viendo cosas; mejor, permitiendo que el tráfico habitual y soberano de la asiduidad carioca me dejara en mi conciencia lo que tuviese a bien quedarse adherido a ella. Había yo salido del recinto de la piscina y me hallaba contemplando las figuras de las hojas de los ‘almendoeiros’, estos árboles tan característicos del trópico, que hacían un ruido como de mazazo leve y chasquido pronunciado al caer; y que ya en el suelo, por su forma verdosa y curva, podían pasar por lagartos grandes y mansurriones. Había yo comenzado a andar hacia la derecha, o sea hacia la calle R.F. Mendes, pero muy lentamente, con esa indolencia del que todo lo tiene hecho y no espera nada especial, ni a favor ni en contra, de lo que ya considera suyo. En un ámbito poblado aquí y allá, antes, ahora y dentro de un rato por criaturas sobresalientes, por féminas bípedas, persuasivamente atractivas, la clave de excepcionalidad advenida para hacer desdeñable siquiera por un momento todo lo demás..., tiene que formar por sí sola una categoría. Pasó con un bañador blanco, de una pieza. Se trataba de una hembra gloriosamente proporcionada, más bien alta, muy esbelta y en la que las cotas de sus perfiles, las aristas de sus límites se compensaban con una proporción congrua de ‘morbidezza’. La

seguí, mudo y electrizado por aquel cuerpo de inacabable e inabarcables magnetismos; mecánicamente, como engolfado en ese dejarme llevar. Podía ser de cualquier parte..., lo más seguro es que fuese, bueno, pues de Brasil. El cromatismo de su textura, el aderezo de la pigmentación de su gesto cabía perfectamente, se podía alojar con toda propiedad en el concierto de etnias de la escala visible de Río de Janeiro. La fui diciendo cosas, en la convicción de que si era brasileña, antes o después contestaría, concertando de esa manera tácita pero elocuente su nivel de expectativas, acaso de exigencias, a mis disponibilidades. Bueno, yo qué sé. Pensaba que nada podía perder; pensaba que la peor de todas las decisiones es no tomar ninguna decisión; pensaba... o no; no pensaba. Seguí diciéndola cosas con el más conciliador de los ademanes, como estrenando asombro, vertiendo perplejidad, conjeturando futuribles, a lo largo de la línea de establecimientos junto al Copacabana Palace Hotel... puesto que ella se iba encaminando hacia la calle Rodolfo Dantas, ... pero sin mirarme, sin contestarme. Tuvo que recibir algún “toque de llamada” desde algún compartimiento oculto de su solidaridad, algo así como condescendiendo a satisfacer tanta curiosidad mía, con tan poco suyo; como si con tan sólo unas migajas que pudiera yo considerar como mi festín, se librara de mi anonadamiento. Al fin, cuando en tono de patológica angustia la pregunté que de dónde era, se dignó mirarme una centella de segundo, un conato de viraje, un esbozo de comunicación dedicada, y me dijo munificente en su opulenta generosidad: “Argentina”. “Oh, argentina”, dije yo. Me quedé clavado y vi cómo se alejaba doblando la esquina. Siempre que pienso en esta mujer innominada por mí, quiero decir de nombre absolutamente desconocido, surge el fragmento “A un ideal” del *Azul...* rubeniano.

Quedan unos cuantos apuntes más en mi pequeño haz de notas. El optimismo que me prestaba la opulencia de mi forma física y mental me tuvo que empujar inexorablemente a suponer que la memoria integraría, completaría toda la pieza verídica de realidades que yo me hacía la ilusión de asegurar con toda la integridad de detalles, mediante el retal de una simple palabra. No sé lo que significa “Carla”, así sin más en mis apuntes; y un poco después, “Call Carla’s no.” Tuvo necesariamente que tratarse de una de las chavalas del año anterior, la que formaba pareja con Jussa. “Las garotas de antaño se han ido”, apunto asimismo junto al nombre de Carla. Probablemente aquéllas fuesen también andanadas de cortesía que yo disparase a las chicas de mis encuentros eróticos del pasado. Probablemente este tipo móvil y volatilizable de garotas, como Ivette, como Carla, como Jussa, se extrañarían de que alguien como yo deseara hacer un seguimiento ulterior de... alguien como ellas entre tantas otras. Probablemente, qué sé yo!

Los restantes dos o tres días más en Río tuvieron que conformarse a este esquema vacacional: asunción de lo que había significado Río desde el momento en que a bordo del Concorde, y con la impagable compañía del multimillonario Sr. Edson Queiroz, había desembarcado el año anterior; y afianzamiento de las realidades adquiridas con vistas a estancias exclusivas allí, en Río, en el futuro. Sigo, para terminar, espigando en las *notas* que dejé escritas en las hojitas de 8 x 10’5 cms. de junto al teléfono: “Locura del último día: 6 chicas”. Veinte años justos después de los hechos, que es cuando estoy redactando esto, prefiero transcribir literalmente la anotación tal y como aparece, mejor que hacer que prevalezca mi incredulidad sobre lo portentoso de mis supuestas prestaciones. Pero si lo

tengo escrito es que así ocurrió. Hay cosas que recuerdo con una nitidez insultante...

Era ya casi de noche con toda seguridad del último día de mi estancia en Río. Había yo bajado a la pérgola o restaurante acristalado entre el paseo de la calle y la piscina, no sé si a cenar; o que simplemente transitaba por allí. Lo reconstruyo con una envidiable clarividencia: dos chicas se me cruzaron, el típico par, la consabida pareja o binomio en donde si la percepción subitánea advirtiese la carencia de algo por parte de alguna, ello quedaba de inmediato compensado y asistido por los atributos de la otra. Aquellos encuentros encerraban una desquiciante carga de belleza, como la explosión de un acertijo en el que todo se tratara de premios. Era cosa de mirarlas, de mirarnos, provocar una ligera detención, consolidar el proyecto comunicativo por medio de la persuasión de una sonrisa..., y la epifanía mostraba sus efectos mágicos acto seguido. Se llamaban Beatriz y Fernanda y eran las dos en extremo preciosas; como digo, compensadas, como combinadas en sus atributos respecto de la consecución de un paradigma de aventura, de carne animada..., última ya en aquella segunda excursión mía a Río. Me subí con ellas a mi apartamento, y por un prurito terco de especificación creo que sólo me dio lugar a follarme a Beatriz, después de jugar con las dos; después de acicalar el castillo de fuegos artificiales de mi retórica y de mi desprendimiento. “Beatriz y Fernanda” justifican una línea, ellas solas, en mis notas. ¿Por qué ellas sí, de manera tan palmariamente monográfica, y otras no? Lo ignoro. Las amé con ahínco como despedida, como traca final, como remate de faena, como el brindis de un “más difícil todavía”. Si otras chicas -- lo tengo asimismo consignado -- elogiaron el estado de mis dientes, Beatriz y Fernanda alzaron a categoría las anteriores anécdotas. Sí, creo que sólo me follé a Beatriz, pero

jugué con las dos; picoteé en las dos; las ahormé tanto con mis caricias como con la presión voluptuosa y encendida de mis palabras. No podía ser casualidad: Sonia e Ivette; Carla y Jussa; Beatriz y Fernanda..., compaginaban el repertorio de esencias y de existencias como para colmar las expectativas de aventura espiritual del más exigente e insaciable de los temperamentos. Seguro que aquel último día había sostenido cuatro batallas previas en el diseño azimutal de mi singladura, seguro. Seguro que mi necesidad de conocer a ninguna mujer nueva era prácticamente nula. Seguro que mis ganas eran más bien escasas. Pero también estoy seguro de que mi curiosidad por lo que se me antojaba idéntico y cambiante..., mi curiosidad no había mellado ninguno de sus filos originales. Y Beatriz y Fernanda se habían cruzado en mi estela, en la ineluctabilidad de mi órbita, y yo no me había podido negar. Las hice un regalo soberano; las dejé embalsamadas en poesía, regadas por mi semen generoso, enaltecidas por la afirmación ejecutiva que hice de sus realidades. Ellas, que no pidieron nada, ¿qué hubieran podido pedir?

Dos días antes había yo reservado billete aéreo para Asunción (Paraguay). El recepcionista Branco, un gran tipo, ya lo dije, joven, sonriente, de una profesionalidad difícilmente superable, me había regalado un primor de arrequive, un engarce de la lengua portuguesa cuando en la conversación que sostuvo con las líneas aéreas de que se tratare, y creo que eran las LAP, las Líneas Aéreas Paraguayas, al colgar con el fin de conceder unos minutos de gestión a la empleada que fuese, y que ésta nos devolviera la llamada con la información definitiva, Branco, como reproche al cúmulo de explicaciones innecesarias que había tenido que dar, me dijo que la señorita en cuestión no

estaba muy *esclarecida*: “Maravillas de la lengua, a cargo de Branco, recepcionista” -- dejé yo anotado.

La mañana que siguió a la noche en que estuve con Beatriz y con Fernanda en mi Apartamento del Copacabana Palace Hotel, volaba yo a Asunción. Me despedía de Río con la ingenua (por sabida) y petulante (por evidente) seguridad de que volvería, sí, ... de que volvería.

Melania; Mechi: Asunción (Paraguay). Guía de la excursión a Punta del Este: Montevideo (Uruguay), julio 1979. Ana María [Asunción, Paraguay]: Alcalá de Henares, verano 1994.

Directamente, quiero decir volando desde España y sin ninguna otra estancia intermedia, estoy seguro de que nunca hubiese visitado Paraguay. Pero estar ya en Suramérica, concretamente en Río; tener a Santiago de Chile como el eventual destino más alejado; disponer de todo el tiempo del mundo, y encontrarse en la ruta de mis escalas naturales... Decidí acercarme a aquel dúo de países en “uay”, aunque tan sólo se tratara del paquete turístico alojado en sus respectivas capitales y que a mí pudiera ilustrarme. Ya digo que en aquella ocasión mi último destino de referencia lo constituía Chile, y más concretamente Lucía Martín Letelier. Pero ya habrá podido observar el lector, si su proclividad hacia las cosas curiosas así se lo ha propiciado, que una vez en Chile el ritmo de mi turismo vivencial y de aventura quedaría aminorado, o al menos conformado al paradigma institucional de una sola chica; y que todas las manifestaciones de mi actividad se encauzarían conforme a un esquema familiar, tan rico en garantías de corte tradicional como acaso carente de sorpresas espirituales. Y puesto que Paraguay y Uruguay estaban ahí, naturalmente interpuestos entre mis geografías de despegue y de llegada, ¿por qué desaprovecharlos? En el lenguaje interno que en clave de picardía me dedicaba a mí mismo, estoy seguro de que dicha decisión de corretear un poco por varios países antes de recalar en Chile se conformaría a la fórmula expresiva de “ir desnatao” por lo que se refiere a mis recursos generativos; y por otro lado

Chile podría sentirse receptor y beneficiario del limo que se me adhiriese en mi peregrinaje previo.

Mi conocimiento de Paraguay era muy desproporcionado: directamente, lo que se dice directamente, ni aun en las cuestiones literarias, o histórico-artísticas, podía yo blasonar de un grado que pasara de mínimo. Como para tantas otras realidades, el contacto que durante mis años en USA y Canada sostuve con elementos del estudiantado y del profesorado hispánico, me sirvieron derivadamente para crearme una “base de datos” todo lo elemental que fuere pero siempre susceptible de consentir enriquecimientos ulteriores. No había leído nada de Augusto Roa Bastos, probablemente el patriarca en vivo de las letras paraguayas. Había picoteado en un librito de cuentos recopilado por Hugo Rodríguez Alcalá, para uso de Universidades y centros de habla inglesa..., y no recuerdo más. Paraguay, eso sí, había capitalizado alguna realidad socio-política que gozaba de gran nombradía y que era de conocimiento público a nivel mundial. Por ejemplo, que su régimen de Estado seguía acomodado a la modalidad de dictadura presidencialista, personificada por el Sr. Stroessner; y que, aunque dulcificada por el tono de la época y por las características étnicas del país, la filiación totalitaria a lo nazi de su gobierno [prácticamente inamovible en razón del apoyo del mayoritario partido “Colorado”], se había traducido en que Paraguay sirviera de refugio ideal a eso..., a nazis escapados de Europa tras la caída del Tercer Reich, etc., etc. Estas realidades conformaban una argamasa noticiable tan de consumo popular que hasta un producto para las masas como el cine se había ocupado del tema y hasta se lo había apropiado a efectos de la confección de guiones. Luego ya, por inevitable erudición histórica, proveniente de mis años de colegial, sabía de la así

llamada Guerra de la Triple Alianza, una sanguinaria contienda durante los años 1865-1870 en la que lucharon coaligados, de una parte, Argentina, Uruguay y Brasil, nada menos; todos contra Paraguay al que dejaron diezmado de material humano, sobre todo de varones; y al que arrebataron un buen pedazo de territorio. Más tarde, a lo largo de un buen tramo de los años 30, Paraguay y Bolivia sostendrían la conocida como Guerra del Chaco en la que, según entiendo, no hubo claros vencedores ni vencidos, sino un combate nulo por el que cada país se anexionó la mitad del territorio en litigio.

Bueno, ¿y qué?, podía preguntarme yo y de hecho me lo preguntaba. Paraguay en aquel momento de 1979 seguía disponiendo de más de 400,000.- kms² para algo más también de tan sólo tres millones de pobladores. ¡Sería por espacio! Otra cosa es cómo se lo repartieran y ésa no era precisamente mi incumbencia. Junto con Bolivia formaba el único otro país que no disponía de salida al mar, teniendo que servirse de las redes fluviales interiores, tanto para verter al Atlántico por el sur, como para conectarse con la cuenca amazónica por el norte. Asunción, la capital, con unos 500,000 habitantes se asentaba en la parte suroccidental de la nación, junto al río Paraguay que dirimía la frontera también con Argentina. No hay que ser un geo-politólogo de fuste para apreciar que la situación de una capital en cualquiera de los extremos o bordes absolutos del país [y más como en el caso de Asunción, orientada hacia el ámbito más acogedoramente desarrollado y más consustancial con el progreso, como lo era el sur] tiende a dejar desatendidos, y convertidos prácticamente en páramos, los espacios restantes. De Asunción para el norte entendí y entiendo que el mayor conglomerado humano no pasa de los 50,000 habitantes, y acaso sea Concepción la única ciudad en la que concurra dicha

característica. Paraguay -- insisto -- con su capital ubicada junto a una línea absoluta de frontera, recortaba decididamente las posibilidades de hacer turismo radial. Y, en fin, lo que más cercano sentía yo a mi temperamento; el material de sutura que más me relacionaba a mí con Paraguay era... ¡cómo no!, la música, su música de arpa, y las melodías clásicas sobre los pájaros “chogüi” y “campana”, y las historias de amor junto al lago de Ypacaraí.

Así que con estas alforjas de disposición de espíritu me encontré en el aeropuerto Stroessner, único acceso por aire al país. Nada más descender y entrar en las dependencias de los servicios aeroportuarios una profusión formidable de fotografías y murales, planos y cartelones se esfuerzan por informar al viajero de que un nuevo aeropuerto, también con el nombre de Stroessner, se halla en proceso de construcción. En uno de los mostradores de asistencia al turista me hice con varios programas de publicidad nacional; uno de ellos, el así titulado “Paraguay: tierra de paz y de sol”, no deja lugar a dudas: el tono en que está redactado rezuma esa prepotencia paternalista tan típica de las dictaduras ejercidas sobre un colectivo relativamente pequeño de nacionales. Con todo, es una hojita muy completa y muy informativa. Veamos algún ejemplo: “Hoteles. El sistema de alojamiento en el Paraguay se compone de hoteles, moteles, residenciales y pensiones. Los precios del hospedaje varían según la categoría de los establecimientos”. Una manera muy galana de decirlo todo sin decir nada [A continuación tanto el lector como yo entraremos en detalles sobre el tema]. “Panorama general. Al Paraguay se lo llama con toda justicia ‘Oasis de paz en América’. En todo el territorio se disfruta del trabajo fecundo y creador, el progreso y el optimismo. La cordialidad es un patrimonio peculiar que

distingue al hombre paraguayo. La naturaleza ofrece una viva atracción, a través de verdes valles, rumorosos arroyos, serranías, aire puro y sol tropical”. En definitiva, pensé yo, un paraíso para el turista. El cambio de la moneda nacional “guaraní” respecto del dólar USA es estable, y lo mismo puede predicarse, por consiguiente, de los demás valores. Una peseta corresponde a dos guaraníes, lo cual facilita los cálculos de gasto y de proporciones. Me doy cuenta de que los precios son más bien caros. Lo que trascibíamos sobre el alojamiento comienza a manifestarse en el sentido de que los hoteles, además de escasos y caros, estaban todos ocupados; sin plazas; así que hay que acomodarse en casas particulares que se ofrecen oficialmente para el efecto. Hechas las, según mi entender, oportunas averiguaciones, me metí en un taxi y nos dirigimos a las señas de una familia. Aquel primer intento resultó frustrado porque el caballero que me atendió, culto y algo redicho, pretendía cobrarme el doble de lo normal por el hecho de que una habitación dispusiera de dos camas y yo, de momento, ni hubiese querido compartirla con nadie bajo ningún concepto, ni tampoco era aquél el caso, ya que no existía cliente alguno potencial para el disfrute de aquella segunda cama. Así que nos marchamos de allí, a una segunda dirección, la de don Pedro Ortiz Molina, coronel del ejército, retirado, en la calle Hernandarias 1157, ligeramente al NO de Asunción. Allí sí que me quedé. Pactamos el precio de 1,200. guaraníes (no se olvide: 600 pts.) por el alojamiento y el desayuno, precio más bien caro a standards españoles, ya que por aquel entonces yo pagaba unas 400 pts. diarias por mi habitación del hotel Casablanca en Granada [Como veremos enseguida, los opíparos desayunos que la señora de la casa se dispuso a prepararme equilibraban, si acaso, la relación calidad-precio]. Creo que aquella primera jornada no

dio más de sí: Había salido de Río de Janeiro temprano en la tarde; las dos horas y media aproximadas de vuelo y estos pequeños trajines de desembarco, orientación y búsqueda del alojamiento empujaron el día hasta las colgaduras de la oscuridad. En el reverso de la tarjeta del señor coronel Ortiz tengo apuntado textualmente: “Santiago Ramírez: taxista que me trajo del aeropuerto. Me debe unos 200 guaraníes”. Curioso: no tengo idea de qué iba la cosa, ni el menor atisbo de reproducir los hechos. Probablemente se tratara de que no tenía cambio, y yo acaso le pagara con un billete de \$ USA. Tuvo que ser algo así; o que me dejara su dirección con el fin de que yo le contactara para mis desplazamientos por Asunción. Lo que sí recuerdo es que se hizo de noche; que yo estaba cansado, y que me quedé en la casa hablando con la señora.

Me parece que fueron tres las noches que hice en Asunción. Aquella primera mañana al levantarme empecé a tomar nota de pequeños detalles. Por cierto que seguí usando las hojitas para anotaciones de junto al teléfono, con membrete del Copacabana Palace Hotel. Tengo escrito: “Sistema de ducha y de tubo de goma para el agua caliente”. No puedo precisar a qué dirección apunté este comentario, aunque supongo que al de la restricción o salvaguarda ahorrativa de los recursos en las casas particulares. Una vez acicalado pasé a las dependencias más domésticas de la casa, es decir, comedor, etc., con el fin de saludar a quienquiera se hallase allí; y al llegarme hasta la cocina me encontré a la señora, esperándome junto a una mesa que por sus provisiones más parecía un banquete para media docena de comensales. Nos saludamos protocolariamente, y se quedó conmigo todo el tiempo que duró mi desayuno. Hice los honores a los productos más digestivos, como los zumos y los demás líquidos que normalmente se implicaran, como la leche, o el té, o

el café..., junto con alguna pieza de bollería o de pan tostado; y sin embargo desestimé amablemente otro tipo de comestibles, como cierta clase de embutidos, huevos duros, etc., consintiendo tan sólo en probar un poco de queso. Era evidente que la señora se había querido lucir conmigo..., y lo había conseguido. La dije, no obstante, que para los días siguientes que fueren, que... por favor, no se molestase en todo aquel despliegue de cosas -- y aquí venía lo más delicado -- que en su mayoría ni me gustaban ni probablemente las comiera jamás, sobre todo habiendo abundancia de vituallas más apetecibles. Así quedamos a satisfacción de ambos. La señora me presentó a la sirvienta, Beba, la cual se ofreció a lavarme y plancharme cualquier cosa que necesitara. Visto así, las 600.- pts. diarias iban encontrando cada vez mejor ajuste y justificación.

Esa mañana, y siempre según mi costumbre, contraté los servicios de un taxi para que me diera una vuelta panorámica por la capital y, de la manera más afín con las particularidades y propensiones que fueran surgiendo, me sirviera de guía cultural y vivencial. Tengo registrado en mis notas: “Taxista Cano: amigo, Juan Bautista Noguera”. El nombre del taxista no reviste problema. El segundo nombre tuvo que tratarse de alguna relación de la que nos serviríamos, acaso, más tarde para la consecución de entradas a un espectáculo de música y canciones guaraníes. Es muy poco lo que recuerdo, y también escasas las notas recogidas en dos únicas hojitas. El taxista me llevó a una concentración o poblado de indios puros, y a mi pregunta sobre si sus condiciones experimentaban discriminación o detrimento respecto de lo considerado normal para el resto de la población, Cano me dijo que los indios eran “muy letrados”, como significando, bueno, creí entender, algo parecido a lo que se afecta a los gitanos en España, que reclaman especificidad de

costumbres y de origen cuando deciden hacer lo que les da la gana; pero luego reclaman asimismo su puesto y su entidad dentro de la sociedad en la que están inmersos con el fin de recabar de ésta las ventajas y las mejoras que el progreso lleva consigo. Probablemente en el caso que nos ocupa y que reseño se tratara de los indios Maka, cuya población conjuntada se asienta en una zona del este de Asunción, como refleja el plano de uso turístico que estoy manejando. Desde luego que los taxis son más bien caros. La gasolina está a 96. guaraníes el litro (48 pts., recordemos). Los teléfonos sólo tienen cinco cifras, de manera que en el más positivo de los supuestos, al no alcanzar los 100,000.- ello daría menos de un teléfono por cada cinco habitantes: por ejemplo, el “fono” del Sr. coronel Ortiz, mi casero, registraba el número 81987. Lo que se dice del idioma en la hoja de información turística recogida en el aeropuerto es verdad: “Los idiomas nacionales son el español y el guaraní, siendo el español de uso oficial. Todos los paraguayos hablan ambos idiomas salvo muy raras excepciones”. No se aclara el sentido de dichas excepciones, aunque según entendí el dato se refería al hecho de que algunos blancos no hablasen guaraní. En un país como Paraguay los ramalazos de europeísmo puro resaltan aún más. Junto con el tipo de chica que va de lo absoluto indígena a la mezcla normal, se da la rubia de ojos azules, como si se tratara de alguien trasladado ex-profeso de su lugar de origen en Europa; puras arias, bien por el ramal latino o por el más característico germánico. Hay una foto, en uno de los programillas en color, “Paraguay: Rutas turísticas” en la que, descontando el esperable grado de convencionalidad y estereotipo del caso, se refleja muy bien esta faceta sobresaliente de la mujer paraguaya: Aparecen varias chicas, en traje de baño, sobre una plataforma de madera junto al lago Ypacaraí. Lucen

bikinis, de color predominantemente azul, y que confrontados al color café de sus carnes, bien por condición original de su etnia, o bien por mutación devenida por efectos del sol, con un pelo negrísimo, seno más bien breve bajo la pieza superior del bikini, es el caso que conforman un ejemplo válido e imperecedero para la memoria mía de lo que yo entendí ya para siempre como canon de la belleza de la mujer paraguaya: chasis europeo, morenía tropical, gesto amalgamado entre la reflexión hacia lo indígena y la altivez exigente del futuro. Me fijé en que hay muchos chavales que trabajan de limpiabotas, sobre todo en el aeropuerto; y también me fijé en el hecho de que en frutas Paraguay nada en la abundancia. El pomelo está por todas partes, y hasta quiero recordar que por las calles se veían de vez en cuando alguno de ellos rodando o simplemente tirado junto al adoquín de la acera, sin mostrar señales de deterioro. El taxista, pasado un buen rato de recorrido, me llevó a una cafetería del centro de Asunción donde servían unos estupendos zumos de frutas, a un precio razonable. Tenía aquel establecimiento una especie de barra cuadrada con banquetas. Una vez que hice, por así decirlo, este primer consumo turístico, le dije a Cano que me llevara a algún sitio de confianza donde pudiera conocer a... Lo entendió a la perfección, y debió de hacer sus cálculos en el sentido de venderme un producto por bastante más de su valor...

Me dijo que sí, que conocía un buen sitio y que hasta allí podíamos dirigirnos. Muy bien. Llegamos. El taxista se bajó y me dijo que le esperase en el coche; que tenía que asegurarse del todo. Pensé que si se tomaba todo aquel tiempo en..., casi con toda probabilidad, urdir con la gobernanta o persona que fuere la estrategia respecto del cobro de los servicios que se me prestaran, y aprovecharse en la proporción que fuese del precio total que yo acabara pagando..., si ello era inevitablemente

imaginable, no era menos cierto que el hombre me dejó allí, dentro de su taxi, sin la menor suspicacia de que yo le pudiera husmear en ningún sitio. Regresó Cano y me dijo que no había problemas: que me acompañaba a saludar a la señora, y que me esperaba luego allí fuera, todo el tiempo que hiciera falta. Eché cuentas mentales y percibí que despachar a aquel taxista para tener que servirme de otro una hora más tarde no era rentable. Así lo acordamos. La señora de la casa usó conmigo un gran ceremonial. Me dijo que en aquel momento sólo podía presentarme a dos chicas, y que el precio sería 7,000.- guaraníes. Mentalmente lo consideré caro, pero en otro fogonazo de síntesis no dejé de percatarme de que dicha noción de carestía podría quedar matizada por muchas cosas que... se desarrollarían a continuación. Esgrimí mi mejor retórica para desestimar la compañía de una de las chicas y quedarme con la otra. Me pasaron a una habitación grande. Se trataba de una casa ampulosa, con detalles de buen gusto. Era imposible encontrar cualquier signo externo de otra cosa que no fuese una residencia; una casa con detalles señoriales: techos altos, habitaciones espaciosas.

Se llamaba Melania la chica con la que compartí casi una hora de compañía; ella fue mi primera hetaira en Asunción. Era morenita, no muy alta, algo bajita, bailarina de ballet folklórico. La entré fuerte por el lado de la retórica galante, de la poesía, del término castellano especioso, y creo que acerté. Lo pasamos bien. Melania era culta, respondía muy bien a mis suscitaciones espirituales, a mis requerimientos psico-somáticos en clave rumbosa, exótica, de caballero andante capaz de soltar cualquier suma de dinero por una contraprestación emocional. Al despedirme la dueña me dio una tarjeta: Victoria Duarte. Comisionista. 18 c/ Dr. Montero y Río de la Plata (Barrio

Sajonia)... Teléfono... Cano me esperaba, y de manera oficiosa creí descubrir en su rostro la seguridad de que a él le llegarían un puñado de guaraníes por mi expansión espiritual. Tengo una nota: “El pescado, rico”. Tuvo que tratarse de la comida. Casi con toda certeza que invitaría a Cano, y que al pedirle yo que me indicara un sitio donde sirvieran buen pescado, el hombre acertaría y así lo registro. Después de comer sí recuerdo que Cano me acompañó a la Agencia Lion’s Tours, donde a través de un tal Carlitos, un chaval avisado, sagaz y desenvuelto para su edad, que no pasaría de 16 años, conseguí una entrada para un show artístico de música, canto y baile aquella misma noche. Por más vueltas que le doy no derivo ninguna otra relación con el apunte que conservo en la hojita de notas: “Sr. César Adorno, Lion’s Tours. Edif. SEGESA”.

Regresé a mi alojamiento para dar fe de vida, saludar a los señores y echarme la siesta. A la hora que fuese me fui al teatro y resultó todo como me lo había anticipado: una preciosa producción de folklore paraguayo, quizás estereotipado a standards nacionales pero enormemente representativo y panorámicamente válido para mí: las canciones del “Pájaro Chogüí”, del “Pájaro campana”, “Ypacaráí”, etc., aderezadas, adobadas en las especialísimas vibraciones de la música de arpa; del colorido de los atavíos de los indios. Precioso, ambientador, oportuno. Nada podía ilustrarme tanto como aquel espectáculo. Probablemente se tratara del Teatro Municipal, en la calle Chile, entre los vértices de las E. Ayala y Benjamín Constant.

El desayuno de la que sería mi segunda jornada completa en Asunción se atuvo a las instrucciones que yo les había pasado tanto a la señora como a la sirvienta Beba. La señora me acompañó, charlando y hablando de lo que yo había hecho el día anterior. Me reía interiormente y al tiempo deploraba que no le

podría yo dar la versión escueta y real de lo que constituía la base para mi estado de ánimo, que hubiera venido a ser algo parecido a esto: “Señora, ¿cómo quiere Vd. que me encuentre, bien comido, bien follado, con buena salud, con dinero, y amenizado por un precioso espectáculo de música, de canciones y de folklore paraguayo?” Quiero recordar que fue allí mismo y entonces mismo cuando sopesé fechas y actividades y decidí que me gustaría volar a Montevideo al día siguiente [18 de julio observo por la primera fecha de la factura del hotel de Montevideo] El señor coronel hizo por teléfono unas indagaciones preliminares y consiguió mi reserva en regla, a falta de que yo me pasara para efectuar el endoso y la formalización correspondiente. Otro enorme blanco para aquel día en cuanto a detalles menudos. Prácticamente y en síntesis lo tenía todo hecho. Me quedaba repasar los aspectos buenos ya conocidos e insistir en alguno. Sabía dónde tomar zumos estupendos y comer exquisito pescado.

Decidí probar otra chica. ¿Debía la nueva dirección al taxista Cano también; o se trató de algo que ya por mi cuenta averiguara? Ni idea. No reviste importancia alguna. El caso es que me dirigí a un domicilio donde había varias chavalas. Me quedé con una morena teñida de rubia que dijo llamarse Mechi. Era un primor de desenvoltura y de saber estar. No dejó de echarme piropos. Cuando la dije que yo tenía 43 años, ella, que tenía 19, me dijo que vivía con un japonés de 45 y que encontraba fascinantes a los hombres de esa franja de edades, y que en todo caso doblasen la de ella. Mechi era una consumada cortesana: segura de sí misma, educada, persuasiva y... sin lugar a dudas, bonita, sensual, con un elocuente desenfado y una apasionada parsimonia. Pero lo que mejor recuerdo de ella; lo que justificó la ocupación de varias líneas en mi *vademecum* de

notas de urgencia fue su frondosísima y extensísima pelambrera: era un bosque negrísimo que la acolchaba todo el frente de las ingles. La dije que me fascinaba aquel atributo suyo: ella ni se lo creyó ni se lo dejó de creer; sólo que antes de introducirse se imponía una manipulación dirimente, orientadora en el sentido de dejar expedito el camino, como de desbroce de direcciones. Una vez dentro de ella, la almohadilla triangular concertaba la cópula con restregones de refrendo. ¡Preciosa mujer y precioso encuentro! Fue Mechi de quien tuvo que venir la información que aparece en mis notas: “*Dado rojo*: boite con elección de chica”. No llegué a ir allí ni a ninguna otra parte. Creo que el resto de aquel día lo pasé asistiendo a otro espectáculo musical; recogiendo el billete de las líneas uruguayas Pluna, para retirarme a descansar.

El día de mi partida de Paraguay, y por todas las cosas que inmediatamente pasará el lector a conocer, resultó ser el más largo y el más adensado de acontecimientos; en pocas palabras, el más significativo, el que ha venido conservando su proyección a lo largo de todos estos años. En resumen el asunto es como sigue: El avión de las líneas uruguayas Pluna que debía transportarnos a Montevideo no pudo realizar el vuelo, ya que después de despegar, y a causa de un desperfecto material conocido de antemano, tuvo que regresar al aeropuerto de Asunción. Hasta que se nos proveyó con otro avión ya por la noche, para llevar a cabo dicho vuelo, nos tuvimos que quedar en la ciudad. Por esas cosas inexplicables de la casualidad o mejor dicho, del azar magnánimo, yo acerté a caer bajo la tutela de uno de los pasajeros paraguayos, don Emilio Duarte Pallarés, doctor en Derecho, Gerente de la empresa Atalaya de Inmuebles S.R.L. Loteamientos, y para más señas multimillonario al estilo y manera en que dicha condición concurre en las personas de estos

países de la América hispana en quienes concurre. Con el fin de no perdernos en la secuencia de las cosas es inevitable adelantarnos ligeramente. Al regreso de mi viaje total por América del Sur, una vez que tuve tiempo de conjuntar la redacción de los datos esenciales y comprometidos, yo escribí a las líneas Pluna:

UNIVERSIDAD DE GRANADA DEPARTAMENTO DE
FACULTAD DE LETRAS FILOLOGÍA INGLESA

Alcalá de Henares (Madrid)
22 de agosto, 1979

Sr. D. Eugenio Sclavos
Director, Central de Pluna, Líneas Aéreas Uruguayas
Avda. Agraciada esquina Colonia
MONTEVIDEO, Uruguay

Referencia: Vuelo 704 de PLUNA,
Asunción-Montevideo
17 de julio, 1979

Muy Señor mío:

Ajeno a posiciones subjetivistas, y mucho menos a demagogias de frívolo oportunismo sensacionalista, considero asunto de solidaridad humana, de universal ciudadanía la denuncia de unos hechos que incumben directamente a la compañía uruguaya PLUNA. Hablo como Doctor en Filosofía y Letras, Profesor de Universidad, y también como jurista, de un lado; de otro, como viajero por más de cuarenta países, y específicamente como usuario del transporte aéreo durante

veintiséis años. El crédito que puedan merecer mis palabras lo hago depender de las premisas anteriormente expuestas.

Soy uno de los desafortunados pasajeros del vuelo PLUNA 704 Asunción-Montevideo, día 17 de julio, 1979. Acabo de regresar a España después de un viaje por Suramérica, y por eso le escribo ahora. Paso a referir los hechos.

Efectivamente, el vuelo estaba previsto para las 10:40 am. Sin embargo en el aeropuerto se nos dice que se sigue la política de citar a los pasajeros con media hora extra de anticipación, además de la hora y media preceptiva en vuelos internacionales. De manera que nos encontramos con la primera descortesía de PLUNA al no tener en cuenta el valor del tiempo de los pasajeros puntuales. Con todo, a eso de las 11:15 am. embarcamos. Y ya acomodados en el avión, comenzamos a sufrir una irritante espera que se prolonga inexplicablemente. Más inexplicablemente aún debido a los rumores contradictorios que empiezan a circular entre el pasaje, de supuestas informaciones técnicas oficiosas facilitadas por algún empleado de PLUNA. Pido por favor prensa, y me cercioro de la casi insalvable dificultad de conseguir a bordo un diario bien de Paraguay o de Uruguay.

Pasada la primera hora de espera, se anuncia que se nos va a servir la comida. Al acabar la comida (almuerzo) son ya casi dos horas de espera las que obran, y el estado psíquico del pasaje se va deteriorando inevitablemente por momentos. De pronto, suena el altavoz de cabina de tripulación. Parece que nos habla el capitán. De manera confusa, equívoca y hasta incoherente se nos comunica que la demora está siendo ocasionada por un fallo técnico del avión; que se ha procurado subsanarlo durante el tiempo de la espera, sin conseguirlo; que se ha entrado en contacto con el aeropuerto de Carrasco para recibir

instrucciones; y que las instrucciones recibidas de Carrasco son, en efecto, *que se despegue y que se lleve a cabo el vuelo con especiales precauciones*. En este punto la alarma y la estupefacción crecieron hasta cotas imprevisibles. ¿Cómo entender que una avería técnica del avión pueda subsanarse con las instrucciones venidas de Montevideo? ¿Cómo entender que el capitán de la aeronave (o quien hablara) anuncia al pasaje que *el avión se dispone a despegar a pesar de tener una avería*, avería que, por otra parte, no nos dicen en qué consiste, para, siquiera, poder decidir nosotros? Confieso que tales extremos me han sido inéditos en los 26 años referidos de experiencia de pasajero aéreo.

No obstante, lo más desconcertante de todo, repito, era *no saber a qué atenerse*, carecer de elementos de juicio para tomar una decisión, la que fuere. Por supuesto que después de las palabras dirigidas al pasaje, el grado de alarma y de desconfianza se multiplica. Como cada cual podía, comenzamos a preguntar a las azafatas y a una especie de comisaria de tierra de PLUNA *qué era lo que en realidad ocurría*. Se nos dice que, en efecto, el avión tiene una falla técnica, pero que no debe haber motivo grave de alarma; que se han recibido instrucciones de volar nada más que a una altitud máxima de 2.000 metros, y que vamos a realizar el vuelo sin más demoras.

¿Hay imaginación capaz de hacerse cargo del panorama y calcular el grado de pavor que nos estrujaba? ¿Se pueden concebir maneras más efectivas de aterrorizar a un pasaje que mediante las explicaciones del capitán y las explicaciones de las azafatas? No obstante, *después de más de dos horas de espera dentro del avión*, en un estado de zozobra insólita, y con el alma hecha pedazos (y no sin que antes un pasajero, el Dr. Duarte Pallarés, de Asunción, pidiera bajarse del avión imperiosamente,

como después nos enteramos), en estas circunstancias, digo, se toma la trascendental (y supongo que inolvidable, para la historia del transporte aéreo civil) decisión de despegar. Y despegamos. Aterrados, desquiciados, con el sistema nervioso hecho pedazos. El avión despega, e independientemente de unos ruidos que en tales circunstancias le suenan a uno extraños, no bien hacemos ganar unos metros de altura cuando nos anuncian que regresamos al aeropuerto de Asunción.

Lo primero que yo pensé es que íbamos inminentemente a explotar en el aire y que no nos daría tiempo posible a aterrizar. Confieso tener un corazón en estado normal, pero también confieso que los minutos que transcurrieron hasta aterrizar han sido los más espeluznantes de mi vida, los más apocalípticos, los más inenarrables. Una vez en el suelo, nos pareció a muchos que habíamos nacido por segunda vez.

Y ya con la perspectiva que da el tiempo y con los ánimos tranquilizados, me pregunto: ¿Cómo es que se pueda jugar impunemente con la vida de un pasaje? ¿Cómo es que se pueda hacer depender la seguridad de un vuelo de las instrucciones que emitan a más de 1500 kms. de distancia? ¿Cómo se nos puede someter al riesgo innecesario, en condiciones límites, de un despegue y de un aterrizaje en cuestión de minutos, por la incompetencia, por la imprudencia temeraria de quien sea? Porque resulta que, ya en tierra, se nos informó cumplidamente de que la avería técnica en cuestión consistía en la fisura o quiebra de una de las capas del parabrisas de la cabina de tripulación; y que nada más emprender el despegue se rompieron las otras capas del parabrisas, amenazando con una despresurización inmediata de la aeronave y la catástrofe consiguiente. *¿Qué hubiera ocurrido de haberse terminado de romper el parabrisas en pleno vuelo?*

Repito: Humana y jurídicamente creo que ha lugar a una indemnización por varios órdenes de conceptos: tanto por someter a un riesgo certísimo la vida de un pasaje, como por la pérdida de diez horas de tiempo, toda vez que nuestra llegada a Montevideo se efectuó diez horas después de lo previsto; así como por el cambio de avión: nuestro billete era para un Boeing 727 y el avión que finalmente nos transportó fue uno del tipo Viscount, de hélices, que prolongó la duración del vuelo (por la noche, además) en más de una hora; como por el hecho de haber llegado destrozados, física y psíquicamente, a Montevideo, habiendo perdido nuestras conexiones programáticas de toda índole para el día, y un montón de etcéteras que en comparación con los hechos que conforman la peripecia central, poco añadirían al asunto.

Así, creo que esto, de un lado, me da derecho a una indemnización o compensación personal, como pasajero; de otro, me permito sugerir la sanción disciplinaria reglamentaria a los responsables de que el avión despegara. Vuelvo a insistir en que este trance es insólito en la historia de la aviación civil que he vivido directamente, y estoy seguro de que una imprudencia temeraria de este calibre contempla la correspondiente sanción en el reglamento de IATA o del organismo nacional o supranacional que fuere.

En todo supuesto, el hecho merece ser difundido por agencias, compañías aéreas, organismos públicos, y en general, por todos los medios que tienen relación con el turismo internacional. Así es de razón que he tenido el ciudadano deber de expresar ante Vds.

Atentamente

Tomás Ramos

A esta carta mía nunca recibí contestación. Al año siguiente, y en vista de la llamada por respuesta de los de Pluna, decidí escribir a IATA, enviándoles fotocopia de mi carta a Pluna. Su acuse de recibo, lacónico y contundente, por previo, cerraba cualquier procedimiento ulterior:

IATA
QUALITY IN AIR TRANSPORT

International Air Transport Association
26, CHEMIN DE JOINVILLE
P.O. BOX 160. 1216 COINTRIN-GENEVA. SWITZERLAND
TELEPHONE: (022) 98 33 66 - TELEX 23391 - CABLES:
IATA GENEVA

Mr Tomas Ramos Orea
C/ Paseo de la Estación, 16
Alcala de Henares (Madrid)
Spain

31 July, 1980

Dear Sir,

This is in reply to your letter of this month to the Director General regarding flight 704 operated by Pluna.

As this airline is not among the member carriers of IATA, I am sorry to advise that the Association is not in a position to be of assistance.

Yours faithfully,

(Mrs.) Suzanne Rollier
Information Assistant

La verdad es que, pasados los hechos relatados, y siguiendo yo con vida, era más una pura cuestión literaria que otra cosa lo de referirse al tema. Había sido una aventura desagradable; en definitiva se había resuelto sin más implicaciones penosas; en mi caso concreto, todo ello había sido ocasión para que yo conociera a gente ilustrativa, etc., y así, el móvil más esencial que había presidido mi determinación de relatar la realidad en la forma en que lo hice..., el móvil, digo, o acicate había sido el literario. La implacable perspectiva de 20 años justos -- estoy escribiendo ahora esto a la altura del mes de mayo de 1999 -- me hace ver el tronco de los acontecimientos podado de las pequeñas excrescencias emocionales.

Efectivamente, uno de los pasajeros..., acaso el único, que pidió que le dejaran descender del avión con el parabrisas rajado, antes de que éste realizara el despegue del aeropuerto Stroessner, para volver a aterrizar a los pocos minutos, fue el antes reseñado don Emilio Duarte. Tuve la fortuna de caer junto a él al regresar a la sala de espera. Probablemente conociera muy bien la percalina, ya que -- según tendríamos ocasión larga y distendida de charlar -- solía viajar con frecuencia entre Asunción y Montevideo. El caso es que, de momento, el pasaje quedó surto y a la espera de noticias allí en el vestíbulo del aeropuerto Stroessner. Se sucedieron las conjeturas, las llamadas, las exigencias de que se nos informara al pasaje de la manera más fehaciente con el fin de saber a qué atenernos. Nos llamó nuestra atención algo inequívoco: sobre la zona de estacionamiento de las pistas se había montado un castillete de andamios y pudimos ver que unos operarios habían quitado por completo el parabrisas rajado y antiguo del avión, y se aprestaban a colocar uno nuevo. De ahí nuestro esperado estupor y nuestras cábalas: ¿Qué hubiera ocurrido de haber continuado volando? Las

especulaciones, huelga decirlo, eran libres y se hinchaban conforme al temperamento del dicente o manifestante. Yo me encontré arropado por la gratuita munificencia del señor Duarte, quien, pasados los primeros ratos de confusión y de disparos de conjeturas para todos los gustos, comenzó a dejar sentir la preeminencia de su condición de multimillonario. Me dijo que le acompañara al “down-town” y que como estaba ya en contacto con las autoridades del aeropuerto, que no había problema y que seríamos los primeros en conocer lo que fuese. De momento el vuelo quedaba cancelado hasta... la reparación del parabrisas, o hasta la reposición de un aparato distinto, supuestos todos que tardarían unas cuantas horas en el mejor de los casos.

Emilio Duarte era un hombre corpulento, bien parecido. Cuando salimos de las dependencias del aeropuerto, nos esperaba un coche Mercedes, con chófer. Emilio me permitió ir en el asiento delantero y nos encaminamos a la empresa de la familia Duarte. Se trataba de un edificio que albergaba las oficinas de Atalaya de Inmuebles, que, como su nombre indica, era un negocio inmobiliario que tenía necesariamente que mover un volumen cuantiosísimo de capital. Las oficinas estaban montadas con todo lujo, a todo trapo, y en el rostro, aun en el gesto de todos y de cada uno de los empleados afluía una sumisión respetuosa, rayana en lo reverencial. A nuestra entrada se originó un pequeño revuelo: habían trascendido las noticias de que un vuelo de Pluna hacia Montevideo no había podido efectuarse; pero lo que no sabían era la decisión acertada que había tomado Emilio Duarte al exigir que, ante las condiciones defectuosas ya reseñadas, le permitieran desembarcar antes de que el avión acometiera las primeras maniobras preparatorias del despegue. Un equipo de azafatas de la empresa se puso solícitamente a nuestra disposición, con el ofrecimiento de

bebidas y cualquier otro tipo de refrigerios. Lo primero que hizo Emilio fue pasar a saludar a su hermano mayor que además de Presidente del negocio ejercía visiblemente como cabeza de clan. Era un hombre amable que me trató con deferencia al enterarse de mi condición de universitario y a punto, también, de conseguir mi segundo doctorado. Charlamos allí un buen rato y luego, siempre a bordo de Mercedes nuevo y grande -- creo que se trataba de un 250 SL de gasolina -- nos trasladamos a la residencia familiar de Emilio. Su mujer era una madraza que acaso no pasara de los cuarenta años pero que había adquirido la típica obesidad de la indolencia. Uno de sus hijos, el niño, intimó conmigo de inmediato, y hasta me puso en evidencia por dirigirme expresiones de cariño con toda la buena fe de su puerilidad, pero que sonaban a disparates graciosos; me decía que se quería venir conmigo a España, y que... qué pena que no fuera yo su papá! Se encaprichó de una cazadora-sahariana que llevaba yo puesta, un pingajo multi-usos que sin embargo demostró sus funciones polivalentes. De buena gana se la hubiera regalado, pero era el caso que la necesitaba más que ninguna otra prenda o que ningún otro adminículo que portara yo en mi ligerísimo equipaje. La madre reía aquellas ocurrencias inocentes, con cachaza benévola, repantingándose en el sofá donde ya estaba instalada. Creí captar la clave del ambiente. Emilio estaba casado tal vez por cumplir con una convención social; pero el poco caso que en el fondo parecía dedicar a su consorte exteriorizaba a las claras que habían constituido una situación de entendimiento y respeto, y que cada cual dejaba hacer al otro lo que le diera la real gana, guardando las formas y manteniéndose fieles a unas pautas de convivencia y urbanidad de cara a la galería. Me invitaron a comer y a todo lo que se me pudiera antojar dentro del esquema en el que necesariamente nos

teníamos que mover hasta que nos avisaran para ir de nuevo al aeropuerto. La casa de Emilio era la mansión típica del prócer adinerado, sin restricciones de espacio ni de prestaciones en países con muchos kilómetros cuadrados de territorio y con pocos habitantes. Emilio tenía servidores por todas partes. El dinero movía servicios, voluntades y adhesiones. Y todo, al menos, parecía de buen grado y acaso lo fuera.

Se nos unió un colaborador de Emilio a quien éste había encargado la pertinente conexión en Montevideo; como digo, todo en plan de gran señor. Nos sentamos a charlar y yo, sobre todo, a beber exquisitos zumos de pomelo que la servidumbre se aprestaba a servirme. Emilio pertenecía, obvio es decirlo, al partido en el poder y regidor de la política de Paraguay en los, por entonces, más de treinta últimos años. El partido *colorado* sostenía al Presidente Stroessner contra viento y marea, y para cualquier visitante como yo, aun sin esgrimir sagaces análisis, se le hacía evidente que Paraguay, en América del Sur, era lo que había sido Portugal..., o España en Europa: una autocracia paternalista, quizá como la forma intuidamente más oportuna de hacer practicable la convivencia. Emilio era un “colorado” acérrimo. A través de sus juicios se me patentizó que, una vez más, el comunismo era el monstruo innombrable del que se valía el gobierno para tener a raya a sus opositores. Yo siempre pensé que estos hispanoamericanos... un buen pedazo de razón sí que tenían; sí que les asistía: Habían visto el ejemplo de Chile en donde para extirpar la aventura allendista habían tenido que implantar al depredador militarista de Pinochet. Habían visto..., yendo un poco más lejos en el tiempo, el ejemplo de España: para evitar la desazón propagadora y despersonalizante del stalinismo nos tuvimos que hacer cargo casi durante cuatro décadas del maridaje de los sables y las cruces del franquismo;

de los uniformes y de las sotanas. Pues bien -- supongo que pensarían estos prójimos -- si ahora tenemos un sistema original y paternalista de autocracia, ¿para qué permitir un orden de cosas que irremediamente desencadenaría una dictadura represora, revanchista y sin miramientos? Emilio hablaba maravillas del Paraguay. A medio plazo el progreso técnico y material que él vaticinaba, según sus cálculos, rayaba en lo extraordinario. La presa de Itaipú, o sea, el estrangulamiento del río Paraná un poco arriba de Iguazú, aunque de capital consorciado, iba a permitir a Paraguay exportar energía eléctrica como para beneficiarse de cuantiosos beneficios económicos. El país estaba también construyendo un nuevo aeropuerto que, ni que decir tiene, llevaba inexcusablemente el nombre de Stroessner. Yo tímidamente arañé en el tema de si había oposición en el país; de si Stroessner era unánimemente tenido como caudillo por antonomasia... y esas cosas. Me dijo Emilio lo que se dice en estos casos: que la oposición no constituía un elemento inestabilizador para el “Oasis de Paz” con que, ya vimos, se apellidaba El Paraguay. Con todo, Emilio no descartaba un relevo presidencial en la política de la nación, si con ello se aprobaba la asignatura de maquillaje que el concierto mundial exigía al menos a los países con fuerte tradición presidencialista; relevo que en todo caso se conformase siempre a los esquemas del partido *colorado*.

Una llamada telefónica cortó nuestras disquisiciones y nos anunció que era ya hora de encaminarse hacia el aeropuerto. Me despedí de la señora; cambié expresiones de cortesía neutra delante de todos con la servidumbre, pero en un momentáneo desglose puse un billete de guaraníes, equivalente a unos cinco \$ USA, en la mano de la doméstica que me había servido los zumos a mí en particular y el resto de las cosas a los demás

comensales; hice unas cuantas cucamonas al hijo de Emilio, el cual siguió dedicándome expresiones como “papá” y cosas así que, de no estar todos en el secreto sobre el efecto magnético y exótico que mi personalidad debió de producirle, pudieran haber parecido altamente embarazosas y comprometidas. El mismo Mercedes que nos había traído del aeropuerto nos devolvió a él. Ya era casi de noche. El avión que se nos destinaba ahora era un cuatrimotor de hélices, motores Rolls-Royce, tipo Vanguard que, por ser de las LAP mereció todo el encomio de Emilio Duarte. La verdad es que en los años sesenta yo había volado más de una vez en estos aparatos, con capacidad de hasta cien plazas, y que alcanzaban una velocidad de crucero de entre 500 y 600 kms. hora. Y así fue. Como el lector habrá podido informarse en razón de mi carta de reclamación y protesta, el viaje se prolongó una hora más de lo que normalmente hubiera necesitado un Boeing 727. Ya en el aire yo me dejé llevar, más a conciencia si cabe, en todos los sentidos. En un momento dado mi espíritu decidió apercibirse de que ya habíamos rebasado el espacio aéreo del Paraguay y nos disponíamos a sobrevolar la lengüeta nororiental de la provincia argentina de Corrientes.

Desde entonces, hasta hoy que estoy escribiendo esto, han transcurrido casi veinte años y en todo este tiempo la proyección psico-física del Paraguay no volvió a interferir con el mundo de mi relación excepto por lo que respecta al verano de 1994. Resulta que dentro del amplio concierto de lazos hispanoamericanos, el gobierno de España venía sufragando la estancia, en la ciudad de que se tratase, a una serie de colectivos profesionales e intelectuales de distintas repúblicas de habla íbero-americana. Aquel verano de 1994 les tocó el turno a un estamento que, pertenecientes al campo poroso de las Humanidades, tuvieran que ver de alguna manera con el

menester de las labores de archivo; y de tal forma que por estar en Alcalá de Henares el Archivo Central de la Administración Pública, este grupo de iberoamericanos [la gran mayoría, mujeres; y que yo sepa, una de ellas de Brasil] tuvieron a mi ciudad natal como el lugar de la realización de sus cursos. Con la debida antelación mi amigo nicaragüense don José Jirón, bibliófilo de Rubén Darío, me había alertado sobre una señora, amiga suya, perteneciente a dicho grupo de elegidas, y a la que recibí en un principio en Granada, y días más tarde, ya en plena estación de verano, en Alcalá de Henares.

Los vasos comunicantes de nuestras frecuentes charlas; la dimensión espiritual, el remozamiento de mis vivencias hispánicas que supuso mi encontrarme y mi departir con este pequeño ejército de estudiosas, sobre todo alrededor de una buena mesa, quizá merezcan en el estadio oportuno de estas Memorias la correspondiente reseña. De momento, lo que me interesa recoger aquí es que mis amigas más habituales fueron, además de la señora nicaragüense, otras de Guatemala, de Perú, de El Salvador, de Honduras, y de Brasil, una por cada uno de estos países respectivos; y que por mis oficios, por la esgrima tan socorrida del principio de que “los amigos de mis amigos”..., conocí a la paraguaya Ana María Argüello. Ello ocurrió más bien al final de los cursos, pero aun así me dio tiempo a coincidir en una de las casi habituales comidas en el restaurante Oliver’s de enfrente de mi domicilio en Alcalá de Henares, con que solía yo homenajear a mis invitadas del mundo hispánico. Se trataba, quiero decir Ana María, de una señora de unos 35 a 40 años; de una morenía guaraní que se alzaba a categoría en razón de su larguísimo pelo, oscuro como una endrina y reluciente como un óleo en el que un sol tropical se hubiera incrustado. Fui a buscar yo un día a Silvia, la nicaragüense, a la puerta del edificio de los

Archivos en Alcalá de Henares, y vi a una mujer de pie en uno de los vértices, bajo el dintel del atrio, y me dije: “¡Vaya pedazo de mujer!” Días más tarde, y más que nada por los desinteresados oficios de Patricia, la hondureña, Ana María, a ruego mío, se adhirió a una de nuestras comidas y tuve ocasión, al menos, de hacerla llegar algo de la sintonía de las vibraciones que, a su presencia, convocaba en mí mi pasado y único viaje al Paraguay de 1979. Ana María se hospedaba en Madrid, y después de cada ciclo diario de clases subía al autobús que el Ministerio había puesto a disposición de ellas y del personal que quisiera trasladarse; se iba a su hospedaje y no regresaba a Alcalá hasta el día siguiente. Deseé celebrar con ella alguna velada más, pero la incompatibilidad de horas y de servicios dieron al traste con mis previsiones. Llegamos a hablar, creo, una sola vez más por teléfono, como despedida, antes de que ella se volviese a Paraguay. Yo la escribí, qué duda cabe, y ella con bastante tardanza me contestó de esta forma conmovedora, como hecha de claroscuros, de despegues emocionales y de reflexivas represiones. Me resultó muy mortificante, muy lírica. Se trata de una cartita de una hoja, en papel timbrado y con sello en relieve y redondo que dice ‘República del Paraguay’ y que circunda el orlón del escudo nacional [Copio lo más significativo].

‘Ministerio de Educación y Culto’ Archivo Nacional de Asunción. Dirección.

“Apreciado y distinguido Doctor:

Recibí su carta, la cual me llenó de emoción.

Aprovecho la oportunidad para expresarle mi agradecimiento por su atención; además quiero decirle que es Usted una persona admirable por su amabilidad, elocuencia y cultura.

Posiblemente yo, viaje nuevamente a España... haré lo posible de ponerme en contacto con Usted cuando llegue a su país. Desde Asunción y de mi persona reciba Usted un fuerte apretón de manos.

Gracias.

Ana María Argüello”.

Precioso, ¿verdad? Una rotunda mujer; una esplendorosa mujer; un “pedazo de mujer” como observé que la hondureña Patricia, por oírmelo a mí con tan irrefragable convicción, también lo decía ella misma, como entusiasmada del hallazgo expresivo. Nunca jamás he vuelto a saber de Ana María. Claro que era madre de familia, dos hijos, y que estaba más o menos enredada entre las telas mejor o peor tejidas del matrimonio, a la manera como en el entonces de 1994 y en el allí del Paraguay lo entendieran. El país había traspasado el “stroessnerismo” hacía años, pero ello no quería decir nada especial; muy al contrario, para un observador de la vieja Europa ello muy probablemente significara que el paisanaje, el personal tenían que ponerse a hacer ejercicios de democracia partiendo desde cero; y eso, en sitios con una tradición tan arraigada de lo contrario, resulta penitencial. No, no he vuelto a saber más de Ana María. No obstante, la estela de su perfil y la bellísima planta de su morenía guaraní prolongándose en la memoria mía es el patrimonio del Paraguay que obrará siempre conmigo.

En efecto, aquel vuelo de 1979 entre Asunción y Montevideo, en vez de la hora y media que hubiera durado a bordo de un reactor, duró dos horas y media. No había problemas. El cuatrimotor ni se estremeció. Había completamente oscurecido. Llegamos al aeropuerto Carrasco de Montevideo a eso de las diez y media de la noche. Estaba

lloviznando. Pero hasta allí también alcanzaba el largo brazo del poder de Emilio Duarte. Las llamadas desde su casa habían producido el estupendo efecto de que un amigo suyo, un notario o “escribano” como dicen allí, nos estuviera esperando con un espacioso coche... ¿Se podía pedir más? Como mi plan era el más poroso de todos, el más muelle y acomodaticio, pues... seguí dejándome llevar. Estoy seguro de que algo tuvimos que hablar durante el vuelo, en el sentido de que yo estaba de turista por allí, y que tres o cuatro días en Montevideo era todo lo que me proponía de estancia. El amigo de Duarte nos llevó al Hotel Victoria Plaza, uno de los más céntricos y clásicos de Montevideo, en la Plaza Independencia, más bien en la parte suroeste de la capital, en una protuberancia que constituía el espigón de cierre de la Bahía de Montevideo en su vertiente sur. Aquella nuestra noche de llegada quiero creer que no dio para más; que cada cual se fue a su habitación sin que mediara una despedida en regla, pero sin que tampoco pudiera deducirse del contenido de nuestra conversación porosa y abierta a las cualesquiera ocurrencias que la dinámica de las cosas por venir pudiera depararnos. A todo esto, del cotejo de fechas tal y como quedan consignadas en mi carta al Director de Pluna, de un lado; y de otro, en la factura que providencialmente conservo del hotel Victoria Plaza, se deja sin justificar una fecha. Efectivamente la factura del hotel indica con claridad tres noches: 18-19-20 de julio. Pero la noche del 17 también la pasé en Montevideo. ¿O es que lo que quedaba de aquella noche del 17 al 18 nos acomodamos en lugar distinto del Victoria Plaza, para ya a partir del 18 alojarnos en dicho hotel? Lo menos sinuoso, para lo que aquí se trata, es suponer que la fecha de salida de Paraguay, tal como se indica en la carta, está equivocada, y que donde dice 17 debe decir 18. Voy a operar tan sólo, y como hipótesis de

trabajo, con estas premisas de forma que la fehacencia prestada por las cifras de la factura del Victoria Plaza sea la única a tener en cuenta. Así pues:

19 de julio. Lo primero que hice fue conseguirme un buen plano del país y de la capital. La verdad es que los 176,000.-kms² que justificaban la superficie de Uruguay pueden considerarse como un trocito, esmerado y cuidado, del gran hermano gigante hispánico de Argentina en la que Uruguay apoya todo su lado occidental. Uruguay es culto. Ya los libros de Literatura de nuestro Bachillerato estaban llenos de nombres de poetas y de autores, en general, con notoriedad perfectamente acrisolada. Eso para mí constituía un lugar común y respecto de lo cual, por sabido, no había nada que insistir. En Uruguay, además de Montevideo, había media docena de ciudades dotadas de aeropuerto, prestando así al país una nervadura equilibrada de comunicaciones y de vertebración geopolítica. Y por otra parte, las lacras de los vecinos le alcanzaban a Uruguay en su correspondiente proporción. Por ejemplo: Las fechorías de los “montoneros” peronistas, que desencadenaron los años de las dictaduras militares argentinas, tuvieron su réplica en el movimiento “tupamaro”, una partida de piojosos terroristas uruguayos que de esa manera reivindicaban su parentesco de estilo y de formas de vida de los argentinos. Uruguay, en suma, siempre nos ha parecido a algunos europeos como un paisito, filial de Argentina, en pequeño, en fino, y en discriminante. Su población, algo más que la del Paraguay, pero sin llegar tampoco a los tres millones y medio, de los que más de uno se concentraba en Montevideo. Hay unas cuantas, más bien pocas, cosas que he querido rescatar de Uruguay como materia noble y adecuada para el menester de mis Memorias, y una de ellas fue que habiendo indagado probablemente en el mismo hotel por un

sitio clásico e indiscutiblemente bueno para comerse un churrasco a la brasa, alguien bien informado me recomendó... un lugar, un restaurante..., o acaso una zona del puerto. Con el plano ahora delante de mí, tuvo que tratarse de alguna de las calles que acababan intersectando la Rambla Franklin D. Roosevelt, que corre paralela a las Dársena I y II. Casi con toda seguridad que aquello constituyó mi comida de hora tardía acostumbrada. Estaba cerca del hotel y me encaminé andando. Llegué a una especie de restaurante o figón. Había unas rejillas de hierro abiertas en ángulo, quiero decir como en forma de tienda de campaña, de varios metros de extensión, sobre cuyas pendientes se extendían los variados trozos de carne a mayor o menor distancia del campo de brasas de debajo. Yo simplemente pedí un buen churrasco, muy pasado, y lo que me llevaron a la mesa resultó ser uno de los manjares más conseguidos que yo nunca hubiera hasta entonces, ni he hasta ahora, paladeado. ¿Cómo lo hicieron? Ahí radica la mano maestra en la actividad que fuere. El cocinero se dio maña en darme un trozo de carne pasada, pero jugosa; un pedazo de solomillo “a la brasa” de un fuego calculado, pero conservando su propio caldo, el aroma líquido de su exudación. Me pusieron un vaso de vino que parecía sangre de toro a punto de coagularse, de tan espeso y rico como estaba: le encontré sabor áspero de un Rioja entero, con un punto de acidez sentido allá, allá... al final, casi por detrás del paladeo. Lo demás, pan y postre, igualmente en su punto. Uno de los pedazos de carne más representativos de la degustación de toda mi vida. El que me informó y me dirigió a este sitio sabía lo que hacía. Aquello sí encarnaba con dignidad la nombradía del producto de res del cono sur americano; sus pastos, la sazón de sus asados bajo la denominación que en cada caso pudieran adoptar. Como en otras parcelas de la humana experiencia, en esto de los platos

característicos uno ha hallado el punto de sabor óptimo fuera de su lugar supuestamente de origen por antonomasia: si de “pizza” se trata, nada como la de Lino’s en Kingston, Ontario (Canada) dejando muy por detrás a mis intentos en la propia Italia; si hablamos de carne, el churrasco que pedí en Buenos Aires en 1978 no puede compararse, por su parquedad y por su carencia de elementos extraordinarios, al trozo opulento y sabrosísimo de Uruguay, al que me estoy refiriendo; ni tampoco a un solomillo soberano que me comí en Francia, cerca del Canal de la Mancha en 1973; ni a los que luego me comería en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, en cualquiera de las numerosas visitas que dediqué a este lugar caribeño a partir de 1983, en un restaurante de la Avda. Independencia, que, eso sí, con el nombre “El rancho argentino” hacía honor desde el extranjero y acreditaba la bondad de la denominación de origen.

Después de comer me retiraría al hotel a lavarme y a ordenar mi curso de acción. No me quería ir de Uruguay sin follarme a alguna chavala que en la modalidad del alquiler tanto allí como en Argentina las llaman “yiras”, como tan profusa y universalmente lo exterioriza el tango. Probablemente preguntara a un taxista, el cual me condujo a unos apartamentos, por alrededor de los cuales circulaban chicas, de buen ver algunas. Abordé a una delgadita, pero con talle atractivo y con busto proporcionado. Se trataba de ocupar la habitación grande o apartamento por el tiempo que uno quisiera; creo que lo mínimo era una hora. Valoré siempre este encuentro mío como uno de los más neutros. La chica, de nombre olvidado..., acaso, acaso... Delfina, no era antipática y era bonita. Lo único que yo quería era charlar con una chavala, hacer una cala en el mundo de las putas de Uruguay y no marcharme de allí sin echar una firma. Hablamos de literatura. Era culta y..., bueno, no tuve nada que

reprocharla; no guardo hacia ella ningún pensamiento negativo. Simplemente que la cosa no dio más de sí.

Regresé al hotel y tenía un recado en Recepción para que ya, en cualquier momento, entonces mismo, subiera a contactar a Emilio Duarte a su cuarto. Bueno, ¡qué sorpresa!, pensé; a ver de lo que se trata. Llegué y estaba Emilio con el señor notario, o escribano, de la noche anterior, el cual había pensado en llevarnos al teatro, muy cerca de allí, a presenciar *El Mercader de Venecia*. ¿Shakespeare en Montevideo? ¡Wow! ¿Por qué no? Por lo demás, Emilio y él trataban de negocios, lo suficientemente distendidos y generales como para que hasta me preguntaran mi opinión en algún respecto. Emilio, sin ostentación, no podía ocultar su condición de magnate. Pidió un whisky, que se lo llevaran a la habitación, y que nosotros pidiésemos lo que quisiéramos. Yo cumplimenté con un zumo de naranja o de pomelo, y el señor escribano con un café. Emilio pagó con dinero USA, pues él no entraba en cambio de pesos a \$ o al revés, y simplemente daba dólares USA y cuando la cantidad así lo justificara recibía los pesos de vuelta. Le sorprendió lo bien que hacía yo de memoria las conversiones entre la moneda USA y los pesos y/o guaraníes uruguayos y paraguayos. Supongo que Emilio nunca había calculado ninguna operación cambiaria que incorporase ningún vehículo instrumental de pesos/guaraníes respecto de los dólares. Hablaba con una prepotencia natural, que se podía tolerar. Decía invertir en obras de arte, Pintura sobre todo, y según me pareció entender el señor escribano era su enlace comercial entre, al menos, los dos países Paraguay y Uruguay; una especie de abogado, agente comercial, y fedatario, todo en una pieza, hombre de confianza, algo así como explorador de un paraguayo mesopotámico respecto de cuestiones adelantadas hasta las líneas de costa de

Uruguay, Argentina y Brasil en todo el inabarcable sur oceánico. Con esa naturalidad tan privativa de quienes pueden permitírselo nos decía Emilio que una visita inesperada que había hecho, así como por equivocación, a no sé qué marchante en cuadros, le había costado no sé cuántos cientos de dólares, ya que no pudo negarse a adquirir una obra. Y lo grande es que lo contaba así, como queriendo y asumiendo de buena fe que el curso de los acontecimientos radica en un golpe de timón del puro azar que según apunte allí... o allá, pues eso, le podía costar mil y pico de dólares. Una joya de hombre.

El Teatro Solís estaba allí mismo, en un vértice de la Plaza Independencia. Nos acomodamos en el patio de butacas, y la versión de la obra de Shakespeare, a cargo de un tal Eduardo Schinca, me pareció buena, muy a tenor de los decorados. Shakespeare -- ya lo sabemos -- es un texto puro, y presenciar la escenificación de sus obras las más de las veces las perjudica, estropea el efecto de química intransferible que ejercen sobre el lector. No recuerdo ahora mi valoración concreta a aquella dramatización de *El Mercader de Venecia*, pero no alberga mi memoria ninguna instancia negativa. Conservo un programa del acto, y en cualquier supuesto ello dice mucho de la inquietud de un pueblo que en su repertorio cultural de un julio de 1979 incluía a Shakespeare. Al final de la representación sí que me despedí de ambos amigos. En las horas intersticiales de aquel día había yo madurado mi plan: el día 20 quería yo volar a Santiago de Chile; me había enterado de que había vuelos y lo único que tenía que hacer era reservar y confirmar billete al día siguiente por la mañana. El resto del día lo emplearía en hacer una excursión a Punta del Este. Me despedí, como digo, de Emilio y del señor notario; un par de prohombres, cada uno en su estilo. De su liberalidad se aprovechó, sin proponérselo, mi alma. Ellos

se ilustrarían, me imagino, de alguien como yo que ha estado siempre y sigue estando matriculado -- tras sufrir infinitos exámenes -- en las asignaturas de vivir y de dejar vivir.

El día *20 de julio* iba a ser definitivamente mi última jornada entera en Uruguay. Reservé mi billete para la fecha siguiente a Santiago de Chile con tan sólo una escala técnica en Buenos Aires [en la que, se dirá en su momento, ni siquiera bajé del avión] y quiero creer que con la línea estrella holandesa KLM. El resto de aquel día 20 lo tenía a mi completa disposición. Alguien del hotel ya me había sugerido: “¿Por qué no va Vd. a ver Punta del Este?” Pues claro. Además, y aunque parezca que he esperado demasiado para mencionar el asunto, en mi anticipación sobre Uruguay había un tema que desde el mismo momento en que se produjo había empapado mi curiosidad y conmovido mi conciencia. Era lo del avión siniestrado en Los Andes; aquél que llevaba a Santiago de Chile a un equipo de jugadores de rugby, uruguayos, y que por una cadena lamentable de fallos humanos y de imprevisiones se estrelló contra una de las muchas crestas nevadas andinas, concretamente el pico Tinguiririca, y allí aguantaron, echando mano de los cadáveres del accidente como fuente de nutrición. La aventura dio la vuelta al mundo. Se escribió una novela, originalmente en inglés, *Alive*, por un tal Paul. Que yo sepa, se hicieron dos versiones cinematográficas: una, la primera, mejicana, algo rústica pero con materiales de mano más genuina, y creo que un buen guión. La segunda, norteamericana, con mucho mayor lujo de efectos especiales, pero que no supera, a mi leal saber y entender, el impacto primario, emocionante y novedosísimo del trabajo de los mejicanos. ¿A Punta del Este? Pues claro. Me habían dicho también que en una localidad cercana, de nombre Casapueblo..., aunque sobre ello, a fuer de

honrado, nunca conté con datos terminantes..., que cerca de Punta del Este se conservaba una, ¿cómo decirlo?, casa-museo con restos, motivos y recuerdos de aquella gesta de supervivencia de los uruguayos en Los Andes.

Me apunté para una excursión en autobús para aquel mismo día a primera hora de la tarde. Éramos tan sólo una docena de turistas y contábamos con dos guías. No es presuntuoso por mi parte, pues tampoco requirió de mis habilidades, si las tuviere, ni de artimaña alguna el monopolizar para halago e información mías a una de las guías turísticas, una chica joven, rubia, bastante bonita y proporcionada; lo que se dice un típico vástago europeo de criollismo puro sin mezcla aparente de indigenismo platense. Flotábamos a nuestro antojo en el autobús y la guía y yo ocupamos dos de los asientos delanteros. Charlamos, como puede suponer el lector más perezoso en suponer cosas, prácticamente de todo. En un momento dado, y después de haber peinado algunos temas de literatura, de turismo en general, de viajes, etc., encontré la que me pareció la ocasión justa de introducir el tema del accidente del avión que, no se olvide, databa de 1972, hallándose Chile bajo la Presidencia constitucionalmente democrática de Salvador Allende. Cuando la comenté que aquel asunto me interesaba mucho; que una de las razones por las que yo estaba en Uruguay era la de recabar personalmente algún dato que en todos los años ya transcurridos no hubiese perdido significación, ni, por otra parte, transcendido a la información convencional que en su momento tuviéramos los europeos... La guía me dejó explayarme con mis primeras rondas de razones y justificaciones sobre mi interés por aquel acontecimiento. Y en un momento dado, crítico, sin igual, cuando llevado de mi natural deseo de especificar algún detalle, de concretizar algún dato..., cuando la

pregunté si ella había conocido, también personalmente, a alguien de la expedición, o si en el grupo de jóvenes alguien, alguno..., ese tipo de cosas por las que uno quiere que su interlocutor declare el grado de protagonismo que le corresponda..., cuando algo de eso, más o menos pormenorizado, más o menos conjuntado la pregunté, la guía, suspendiendo todo discurso, mirándome un segundo, luego bajando los ojos, me dedicó por respuesta una secuencia de sollozos acompañados de los regueros del doble hontanar de sus lágrimas. Me quedé suspenso y mudo, y cuando ella se recuperó me dijo que una de las víctimas era un primo hermano suyo. Aquel nimbo de desvalida orfandad, de rediviva tristura que esmaltó el bello rostro de la guía ha permanecido en mi memoria todos estos años, y puedo vaticinar sin violencia alguna de principios que seguirá inmarcesible a lo largo de todo el porvenir.

La excursión continuó según los parámetros convenidos. Lo de Casapueblo se trataba de un complejo de edificios blancos, un poco a estilo Gaudí, junto al mar, sito en Punta Ballena, unos kilómetros antes de llegar a Punta del Este. Parece ser que por expreso deseo de algunos de los supervivientes del accidente aéreo, en algunas de las dependencias de aquel complejo se había montado un museo, ya dije, con restos, motivos y testimonios relativos a la gesta. El mapa del que yo me servía incluía un cuadrado separado, con una reproducción de semejante singularidad urbanística y rememorativa.

Punta del Este carecía de ambiente entonces. No olvidemos que nos hallábamos en pleno invierno. Se nos mostraron a efectos turísticos las infraestructuras propias para el rendimiento de unas prestaciones de centro playero con Casino. Punta del Este a Montevideo venía a ser lo que Mar del Plata a Buenos Aires; y Benidorm, y una docena más de localidades

veraniegas neurálgicas levantinas, a Madrid, sólo como ejemplo. En la misma y propiamente dicha Punta del Este, geográficamente considerada, desde la que se divisa la orla de playas que respuntan el litoral del Río de la Plata y el del Océano Atlántico, allí, digo, nos llevaron a una especie de terracita promontorio, en el que confluyen las calles 2 de febrero y Solís, y desde donde se percibe estar circundado completamente por el mar, debido a que la elevación hace invisible el trozo anterior del istmo. Para mí la tarde se llenó de conversación. Tanto en el merodeo turístico que llevamos a cabo por la ciudad-balneario, y sobre lo cual no recuerdo nada reseñable, como en el viaje de regreso, yo cargué fuerte mis bazas y prácticamente me adueñé de las guías, extrayéndolas el jugo de sus opiniones y de sus valoraciones. Uruguay, de nuevo, me pareció un paisito filial de Argentina: en sus éxitos, en sus problemas, en el diseño de su proyecto de vida en común. Los más pudientes, por eso de apuntarse un tanto de exotismo, se trasladaban por el este al vecino Brasil. La guía [no la rubia que co-protagoniza esta viñeta por las razones conocidas, sino una morena chispeante y con gracejo decididor] me hablaba de sus excursiones a Porto Alegre, un poco, me dio la impresión, por blasonar ante mí de versatilidad turística.

Eso creo que fue todo. No tengo ningún otro apunte, excepto una notilla, un apéndice al final de una de las hojitas del Copacabana Palace Hotel de Río de Janeiro en la que, un poco desglosado de cualquier contexto, cito lo que parece ser que me dijo el taxista Sousa, el que me acompañó en mi búsqueda de Sonia y de Ivette, y que más o menos rezaba que “si yo continuaba con mi buena salud, podría continuar ganando dinero y éxitos en la vida”. Una preciosa reflexión.

El día 21 de julio estaba previsto que yo volase a Santiago de Chile y así tuvo que ser.

Lucía: Chile, verano (en España), 1979

El 21 de julio de 1979 despegué del aeropuerto Carrasco de Montevideo a bordo de un avión de la KLM rumbo a Santiago de Chile. Se trataba de un viaje proyectado desde el periodo navideño y de Año Nuevo inmediatamente anterior durante el que se acomodara mi segunda visita a Chile. En esta tercera, como si dijéramos “la de la vencida”, mi previsión iba enteramente lastrada con el monotema de Lucía Martín Letelier, lo más parecido -- puestos a buscarles parecidos a las realidades -- ..., a una novia, o por lo menos amiga estable, un sí es no es institucionalizada. Aquella visita a Chile quedaba presidida por un panorama monógamo, con la carga de pros y contras que dicha particularidad encerraba para mis inquietudes y para mis acrisoladas tendencias. Desde mi viaje anterior, en primer término, y a través de la correspondencia a que hubiera lugar, yo había “quedado” con Lucía en dedicarla una estancia todo lo larga que la ocasión requiriese; sin prisas; sin más compromiso que el de estar con ella; “estarnos” los dos, el uno para con el otro. Muy bonito sobre el papel y muy prometedor. A mi favor contaba el hecho de que yo quería conocer algo más del país de Chile; de eso no había duda. Y Lucía poseía un cochecito VW, todavía en uso aceptable, que nos podía llevar a cualquier rincón. Por ese lado mi viaje -- percibía yo -- repartía protagonismo entre Lucía y la realidad geográfica de Chile como tal; y ello extendía los recursos de interés que de otra forma se hubieran visto menguados. Y puesto que Chile y Lucía iban a estar allí; puesto que mi verano me permitía el disfrute sin restricciones de por lo menos dos meses enteros, seguidos, continuados..., los indiscutibles, los antonomásticos de julio y de agosto, pues... me lo tomé a lo grande y decidí templar la pieza con escalas previas

en Brasil, en Paraguay y en Uruguay antes de poner rumbo a Santiago; y todo ello conforme a la más escrupulosa de las lógicas y a la más armonizada de las logísticas, ya que alcanzaba de nuevo Suramérica por Río de Janeiro, y entre esta ciudad y Chile los dos países desinenciados en “guay” caían justo en mi camino sin ninguna violencia de principios ni distorsión geográfica. Se trataba -- como quedó explicitado plásticamente en otro lugar -- de llegar sedado y “desnatado” a Chile.

Pues bien, con ese equipaje de perspectivas y con el cúmulo de obligaciones cumplidas que uno dejaba a la espalda, me encontré volando hacia Santiago de Chile, desde Montevideo, aquel 21 de julio de 1979. La escala técnica de menos de una hora en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires la cumplimenté sin bajar del avión. Excepto por lo que se refiere a la cuestión personal del encuentro con mi primo Jorge, tan escaso era el interés que en aquellos momentos suscitaba Argentina en mí. No, no descendí del avión. Fue una satisfacción testimonial que le concedí a mi espíritu. Quería llegar a Chile “no contaminado” por las vibraciones de ámbitos poco gratos. Y así creo que llegué: con un panorama limpio de miasmas. Probablemente aquel mi tercer viaje al país araucano fue el que menos notas escritas generó. Fue como una demostración, a lo vivo, de que con la compañía estable de una mujer hay instancias que pierden vigor; disposiciones de ánimo que amainan sus ímpetus; en una palabra, se ablanda uno al compás muelle de la situación general en que se desarrollan los acaeceres diarios. No puedo estar seguro ahora de lo que sentía entonces; ni puedo acertar con la etiología, pero sin duda que la pequeña glotonería acomodaticia de contar, al menos en teoría, con una mujer para uso y consumo personales mellaría los filos de mi curiosidad respecto de situaciones que hubiesen merecido la consecuencia

de una glosa escrita. Pero dentro de la cápsula de pareja en la que, por mor de Lucía, obviamente yo me encontraba, supongo que no hallaría disposición de ánimo para escribir cosas, bien porque la tibieza muelle de la situación así me lo propiciara, bien porque pensara yo que mi memoria y los cuatro papeles, quiero decir tarjetas postales o recortes publicitarios de los parajes visitados, me serían suficientes para reconstruir el pretérito, cualquiera que fuese la época en que me dispusiera a acometer la tarea. Y es ahora, hoy, en este momento cuando me percató con toda la rotundidad simplona de los hechos irrefutables..., me percató, digo, de que no hubieran estado de más algunos respuntes documentados. No guardo registro de hoteles y vacilo en dar por sentado que me marcharía al Foresta, el hotel de mis dos anteriores estancias, y que una vez allí...

Ya con plenitud de situación en la memoria sí tengo afincado el registro de que Lucía me llevó a su casa de la calle Campos de Deportes, 55. Se trataba de un edificio grandazo y algo antiguo, perfecto para el verano pero algo frío y desangelado para el invierno. Y no se olvide que entonces en el hemisferio sur nos hallábamos en invierno. Recuerdo con esa tozudez rebelde de las patentizaciones incómodas que alguna mañana sentí yo la desazón propia de salir de la cama con resolución y tener que lavarme mitad arrugado por el encogimiento. Lucía me colocó una estufilla pequeña que a duras penas compensaba lo inhóspito de la situación. Lucía era entonces el único miembro de todos los Martín Letelier que vivía en aquella casa: Los padres se hallaban en Constitución, con la hija mayor, Teresa, y los hijos de ésta; su hermana Chabela en su casa con su familia en Santiago; el hermano pequeño, en su propia casa también en Santiago, con su mujer y con un niño de pocos meses; Eduardo, en España pero, según me contó Lucía, a

punto de llegar a Chile. En este viaje mío y no antes tuve yo conocimiento consciente de que había otra hermana más, Carmen, casada con un italiano, Antonio, y que vivían en Madrid. Así, los hermanos Martín Letelier eran seis nada menos: Los dos varones, Eduardo y otro más pequeño, Juan Roberto, el casado con Jenny, una preciosa chica rubia y esbelta, y padre del bebé de pocos meses; y las cuatro hembras: Teresa, Carmen, Lucía, y Chabela.

Lucía estaba apercebida de que mis intenciones eran viajar por Chile lo más posible, y a ello dedicamos los siguientes días. La economía del país comenzaba a recuperarse, después de la yugulación de los recursos y de las carencias sufridas durante el “allendismo”. Lucía me llevó a un taller donde todavía recauchutaban los neumáticos: por una cantidad módica le revisaron el calzado al VW: un parche por aquí; una cubierta sustituida por otra recién recauchutada, y un cambio en equis dejaron al escarabajo listo para emprender la ruta. Decidimos bajar todo lo que pudiéramos hasta..., hacia la Tierra del Fuego, es un decir. Los viajes imponen su ley inexorable; normalmente suponen el doble del gasto inicialmente previsto, y se autolimitan a la mitad del desarrollo, en días y en espacio, también diseñado en un principio. A mí Chile mentalmente me atraía por igual, tanto por el sur como por el norte. De buena gana hubiera tirado hacia arriba de Antofagasta, hasta la región de Atacama, para que Lucía pudiera testimoniar la percepción de lo que constituiría para mí recordar el desierto de justo... diez años antes en Africa, en la travesía del Tanezrouft. Pero la ruta del norte, por lo que parece, y salvadas mis asunciones literarias gratuitas, presentaba problemas logísticos y según Lucía había que descartarla...

Bueno, me dije, ¿y a mí qué?, si todo me era desconocido y sobre el papel igualmente interesante. Desde el momento en que decidimos tirar para el sur comenzamos a esmaltar de puntos de visita nuestra posible trayectoria. Las carreteras de Chile estaban hechas, lo que se dice, una pena. La lengüeta de territorio alargado que conformaba al país sólo daba para una vía asfaltada central que prácticamente terminaba en Puerto Montt, a 1,050.- kms. de Santiago. Pero es que el estado de la superficie era lamentable: Había kilómetros y kilómetros en que los conductores, sobre todo camioneros, se cambiaban de mano porque la que les correspondía, en su sentido de marcha, tenía el piso tan deteriorado que no había manera de sostener el vehículo rodando por encima de baches y hoyos. El “estado de la cuestión” era tan conocido por todo el mundo en general que, por supuesto, no existía ninguna sanción práctica instrumentada por la autoridad competente contra los conductores. La época de Allende había dejado al país en ruinas; y lo que no habían hecho los políticos se habían encargado de ejecutarlo los terremotos y algunas de las lindezas geofísicas que azotaban a buena parte de la costa del sur de Chile, formada por un verdadero encaje de flecos entrelazados de islas. Se hablaba de no sé cuántos años aún sólo para reparar la carretera “longitudinal”. Existía, al parecer, un solo servicio bueno de ferrocarril, a lo largo de una vía y a bordo de un tren construidos por una empresa japonesa. Entiéndase esto del tren como simple referencia de comparsa, ya que quedaba fuera de nuestra incumbencia.

Así que hacia el sur; hasta donde llegáramos. La primera escala consciente fue Parral, patria chica de Pablo Neruda. Tras las oportunas indagaciones alguien nos condujo a lo que había sido en su tiempo una casa y de lo que ahora quedaba el sitio, el solar, en proceso de convertirse en el hogar de una familia de

profesores. Se nos dijo que allí había nacido Pablo Neruda. Era evidente que el régimen de Pinochet no propiciaba ensalzamiento alguno institucionalizado de la figura del poeta; antes bien, supongo que lo contrario. La gente, además, parecía “pasar” de temas así. El “allendismo” les había traído al “pinochetismo” y sospecho que con la aventura de la subsistencia del día a día tenían más que suficiente, como para enredarse en filigranas estéticas. Sí percibí que, *grosso modo*, la figura del autor del *Canto general* estaba amortiguada por una como convención tácita a nivel de Estado; cosa para mí doblemente atractiva ya que en mi calidad de turista español, quiero decir de la Madre Patria, me podía permitir todo tipo de exteriorizaciones de mis preferencias literarias.

Alguien nos habló de una anciana, mitad derelicta, mitad solitaria, que era tía de Neruda y que habitaba en una chabola..., allí, y en tal dirección. Fuimos a verla. A duras penas nos entreabrió unas maderas que servían de puerta a la covacha donde la pobre mujer se resguardaba. Los remilgos que yo esgrimí al principio dejaron paso a una vehemente voluntad de sacarle una fotografía a la vieja, y así, mientras yo empleaba mi tono más conciliador en hacer que entornara la hoja de tablas que servían de entrada al paupérrimo habitáculo, pudo disparar Lucía la cámara y alcanzar a dejar fijado la mitad de un rostro como de pajarraco ganchudo, entre asustado y amenazador. Pero lo más sobresaliente, lo que me ha quedado adherido a mi conciencia es el tremendo parecido de la tía con el sobrino: es el mismísimo perfil de leve distorsión aquilina de Neruda el que conformaba los rasgos de doña Brígida Reyes Parada. La testimonialidad de los genes celebraba respecto de la anciana una de las más portentosas mostraciones [A nuestro regreso días más tarde a Santiago, me hice con un ejemplar de la revista *Paula*, de fecha

martes 17 de julio 1979, en el que, como al unísono de mis inquietudes y como si hubiéramos estado auscultando, cada cual por nuestro sitio, el mismo tema, había salido un amplio reportaje sobre “el mundo de la infancia de Neruda”]

Un poco más abajo llegamos a Temuco. Allí también rastreamos lo que buenamente pudimos sobre Neruda, que, si mal no recuerdo, se redujo a la constatación del sitio donde se había levantado la escuela a la que asistiera el poeta en su infancia. Ahora Lucía y yo teníamos fijo y decidido viajar por la llamada región de los lagos, uno de los parajes más pintorescos de todo Chile. Saliendo de Temuco y siempre hacia el sur, la primera etapa de la que guardo un registro que se ha mantenido indemne a lo largo de los años, es la que celebramos en el Hotel Antumalal, en el distrito de Pucón, en la esquina oriental del lago acaso del mismo nombre; acaso más probablemente, como el de la ciudad de Villarrica al otro lado, justo en el extremo de poniente. Conservo una tarjeta comercial de los dueños del establecimiento, Enrique y Alicia Pollak. Aquel hotel constituía una antesala válida del ambiente recoleto, agreste, bellissimo y sosegado de aquella región. Hicimos una sola noche. No se olvide que estábamos en invierno y que la masa de turismo que normalmente justificara la existencia de sitios así, ahora no parecía acudir a lugares tan característicamente vacacionales, en el sentido más tradicional del disfrute de sol y de zambullirse en las aguas.

Luego recuerdo que llegamos a Osorno; que fuimos a visitar a un primo de Lucía: Raúl, un hombre dispuesto, activo y emprendedor que trabajaba en la Banca Nacional y le habían trasladado con un puesto de relativa importancia al sur. Disponía de un *todoterreno*, y un día nos llevó, junto con su mujer y dos de sus chavalas, a una excursión al campo. Probablemente por

aquel entonces había leído yo la parte de las “memorias” de Neruda conocida como *Confieso que he vivido*. Es cierto que hay términos del idiolecto chileno con los que yo me había familiarizado en mis dos viajes anteriores; pero nunca había disfrutado de la compañía de gente chilena culta y comunicativa con los que probar un peloteo de sentidos y de vocablos, en plan distendido y sin prisas. Raúl y su mujer me prestaron la cobertura para permitirme divagar tanto respecto de las expresiones chilenas que me resultaban especialmente simpáticas, como para comprobar en vivo la realidad de otras voces. Neruda y todos los autores chilenos hablan hasta el hartazgo de la flor del copihue, una plantita trepadora, de flores rojas o blancas [“el copihue rojo es la flor de la sangre; el copihue blanco es la flor de la nieve”, escribió Neruda]. Y fue en aquella excursión, en los campos, en las laderas de los caminos que atravesábamos en el *todoterreno* de Raúl cuando ví las florecillas aquellas. El término “huaso”, en el sentido de “campesino”, “rústico”, “hombre del campo”, en oposición al habitante de una urbe, sonaba divinamente cuando Lucía lo pronunciaba en su acepción diminutiva “huasito”. Era natural y esperable que la coincidencia de un grupo de chilenos suscitase entre ellos los giros conversacionales afines con su expresividad. La interjección “¡pucha!”, en el sentido de rotundidad asertiva o derogativa, también la sentía yo como resueltamente privativa del habla chilena: “¡Pucha con estos pelaos de argentinos!”, por ejemplo.

Y por cierto, ahora que hablo de los argentinos, el gran tema que Chile y Argentina tenían por entonces entre manos era el contencioso respecto de las aguas de soberanía de tres islas con las que materialmente terminaba el territorio de América del Sur, bastante por debajo del Estrecho de Magallanes, en el Canal

de Beagle: Picton, Nueva, y Lenox era el nombre de dichas islas, y su existencia constituía un caso práctico elementalísimo de Derecho Internacional: La soberanía sobre la superficie insular llevaba consigo la de la porción de agua circundante que correspondiese, y esa extensión que cada una por separado significara se multiplicaba por muchos cuando consideradas como archipiélago, porque en tal supuesto el área de influjo marítimo incorporaba la soberanía sobre la totalidad de una de las entradas del citado Canal de Beagle. Como en tantos otros casos, los medios de comunicación aireaban para el gran público lo que el tema albergaba de anécdota, mientras que la carga categórica permanecía operativa tan sólo en las mentes de los responsables políticos a gran escala. El espíritu nacionalista chileno se sentía enardecido y conjuntado ante lo que entendían como agresión del vecino grande y prepotente de Argentina. Eventualmente nos enteraríamos de que la mediación del Vaticano distendió los ánimos y logró que las cosas no pasaran a mayores.

Después de Osorno, y tras las oportunas averiguaciones y ponderaciones con Raúl, decidimos acercarnos al Hotel Ralún, frente al estuario Reloncaví que a modo de pasarela del Golfo de Ancud penetraba en tierra firme al noreste de Puerto Montt. Aquélla fue, sin duda, la excursión más emocionante y la que más altura de miras turísticas compendió. De momento, llegar allí concertó alguno de mis descubrimientos más lúdicamente definitivos sobre la personalidad de Lucía. Vayamos por partes. Desde Osorno la única ruta a seguir era la “carretera panamericana” que bordeaba el lago Llanquihue hasta Puerto Varas para recorrer toda la ribera del sur de dicho lago, llegar a Ensenada y torcer ligeramente ahora hacia el sureste. Si las carreteras principales de Chile se hallaban en estado penoso, las

otras, las secundarias, las que en un programa turístico oficial recibían los graciosos nombres de, o bien “camino consolidado”, o “camino secundario”, ésas, ni existían. Me recordaban mi travesía de Islandia en 1964, seccionando el curso de los riachuelos que se cruzaban en la ruta. Pero lo más pintoresco -- y esto ya se refiere a una de las anticipadas características de Lucía -- es que, ante la ausencia de señales y la inexistencia de trazados de asfalto, el motorista se encontraba constantemente ante un tenedor de posibles direcciones, por lo menos un bivio, y ... bueno, “¿Qué hacemos, Lucía? ¿Por donde quieres que sigamos?”, solía yo preguntarla, ya que desde un principio ella prefirió que yo me hiciese cargo de la conducción. Si hay algún coche manejero, ése es el VW clásico, el escarabajo. Lo de menos es que yo hubiera viajado en modelos así en Finlandia, en Islandia, etc. En los momentos en que yo preguntaba a Lucía que... por dónde quería seguir, que a mí me daba igual porque lo tenía todo hecho y no podía materialmente perderme porque cualquier dirección contenía la misma cantidad de sentido que cualquier otra; cuando yo conscientemente le preguntaba eso a Lucía..., cuando ella decía “vayamos por aquí o por allá porque”..., cuando resultaba que habíamos errado y debíamos retornar al punto de partida, quiero decir al espacio desde el cual yo la había preguntado que... por dónde, pues entonces Lucía aseguraba muy seriecita que era culpa mía lo de nuestra equivocación, porque ella “ya me lo había dicho”. Yo me descojonaba de placer al reproducir mentalmente lo que sería tener que vivir “institucionalmente” con alguien en quien concurren tan singulares valoraciones. Pero como comprobaba que no; que yo no tenía más obligaciones que las que me dictara mi natural cortesía, pues ahí cargaba yo la baza, exacerbando una de las cotas extremas del posibilismo

imaginario, para engolfarme a continuación en el beatífico alivio que me suponía la realidad.

Conque era mi culpa el hecho de que no acertáramos con la dirección propuesta, porque “ya me lo había dicho ella”. Muy bien. Que tome nota el lector en lo referente a que algunos hemos preferido equivocarnos solos y también acertar solos. Con todo, el trayecto se fue doblegando a la progresiva competencia que también nos dimos maña en desarrollar. El cochecito, sin pedirle nada extraordinario, respondía. Fueron varias las ramblas pedregosas o lechos de río que cruzamos. Ahí pisaba yo fuerte. Mi rodaje en Islandia me servía invariablemente de pauta, y creo honradamente que arranqué del fondo de la aquiescencia de Lucía una puntuación sobresaliente. No sé si nuestro camino se plegó rigurosamente a lo que decía el folleto oficial de Ralún sobre *cómo llegar*: “Por tierra, tomar la carretera Panamericana Sur hasta Puerto Varas y de ahí, seguir 50 kilómetros hasta Ensenada. De Ensenada seguir hacia el sur a la vera del río Petrohué y, justo a los 30 kilómetros, se encontrará con las bellísimas instalaciones de Ralún”. El lugar donde se asentaba este complejo turístico y sus prestaciones, cumple reconocer que estaban a la altura de las expectativas más exigentes y exóticas. Se trataba de un hotel, pues tal era el nombre por el que se le conocía, el Hotel Ralún. Pero claro que incorporaba en su entidad una serie de peculiaridades enormemente atractivas. La montaña y el lago del estuario, a la espalda y enfrente de la edificación respectivamente, otorgaba al emplazamiento la típica y ortodoxa dimensión del ámbito bravío, de señorial desglose de las instancias urbanas del ruido y del tráfico, y le concedían el marchamo recoleto de lo que no está en el camino de nada, sino que hay que desviarse de todo si uno quiere encontrarlo. Lucía y yo vinimos a ser los receptores de un conjunto de cualidades que

concurrían en aquel momento en Ralún. Era invierno y parecía que por motivos de política nacional, de orgullo hacia el turismo, aquel establecimiento permanecía abierto aunque..., aunque fuese tan sólo para ocuparse de nosotros, los dos únicos ocupantes aquel día, según todos los indicios. A rachas, Ralún consentía un correlato con Nuestra Señora de El Paular, en la sierra madrileña: la diferencia estribaba en lo montaraz del acceso, y en el aislamiento cargado de lirismo como cómplice. Sí, creo que aquella noche fuimos Lucía y yo los dos únicos huéspedes en todo el complejo, y creo también que se nos hicieron los honores. El gerente, a poco de cambiar unas elementales rondas de saludos, debió de percatarse de la excepcionalidad de que una chilena de Santiago, y un español de Madrid, llegasen hasta aquellos parajes; y como no tenía nada mejor que hacer, supongo, nos pidió que le dejásemos acompañarnos durante la cena, cosa que me agradó sobremanera. El hombre quiso hacer de mí la antena receptora y al mismo tiempo el portavoz difusor de las excelencias del Hotel. Y acertó. Porque nadie más limpio de prejuicios o de posiciones mentales condimentadas de antemano que yo, para valorar lo objetivamente bueno. Hicimos un pequeño acto de protocolo en la elección del vino: el sumiller nos dio a probar muestras de la enoteca privada del Ralún, y nos quedamos con un tinto cuya calidad yo automáticamente establecía mediante la adecuación o no al tipo de vino español en la misma línea de características. El hotel disponía de circuito cerrado de T.V. No hicimos caso de ella porque los videos al efecto carecían de interés. Recuerdo que la chimenea de leña de la habitación que se nos asignó en primera instancia, no funcionaba. Por más que se intentó conducir el tiro por su conducto supuestamente normal, algo maléfico hacía que se revocase y nos metiera en la estancia

sabanazos de humo. Menos mal que todos nos lo tomamos en plan deportivo, y con un cambio de habitación conjuramos aquel revés tan inoportuno que, en el fondo, venía a ilustrar el nivel de tanteos y de aprendizaje en que la empresa turística chilena se desarrollaba aún. Recuerdo, como uno de esos pivotes que emergen de la superficie lisa de mucha desmemoria, recuerdo nítidamente que la estancia en Ralún, todo incluido, o sea, una cena, una noche y un desayuno, me costó \$ USA 50.-, que entonces era dinero, y que sin embargo yo consideré absolutamente congruo y representativo del valor de lo disfrutado.

Después de Ralún quise yo continuar más hacia el sur, por lo menos pasar a la isla Chiloé. No recuerdo ninguna expectativa concreta, y mucho menos por parte de Lucía que, excepto por Santiago y Constitución, desconocía por completo el resto de Chile. Debí de tratarse de un deseo mío lo de penetrar algo más hacia el sur; acaso pensara yo encontrarme con alguna manifestación geográfica extraordinaria causada por los terremotos; ¡yo qué sé! El caso es que dimos la vuelta, alcanzamos Puerto Montt, bajamos hasta Maullin y allí cogimos el ferry para Ancud. Fue una excursión anodina y carente de interés. Retengo el hotel de Ancud, de una grave adustez. El tiempo había empeorado: hacía frío y llovía. Yo tuve que usar el elemento más de invierno que me había llevado: un chubasquero, además de la chaqueta ligera pero de abrigo por debajo. Sí, recuerdo el hotel de Ancud, con un pasillo como de cristaleras a uno de los lados. Por servidumbre del horario del ferry llegamos ya tarde, y enseguida nos dimos cuenta de que allí no se nos había perdido nada. No había tema más que para pasar la noche y poder decir que habíamos estado; y marcharnos. Seguía

lloviendo y puedo decir que la visita a Ancud constituyó el pasaje más bajo de mi relación con Lucía.

Al día siguiente nos dimos prisa por coger el primer ferry disponible y así lo hicimos. Pero surgieron desajustes con las maniobras de aproximación a la zona de embarque; recuerdo vagamente que el coche no quiso arrancar en un momento dado, y que hubo que ensayar alguna solución de emergencia, como dejarlo rodar cuesta abajo... marcha atrás! El ambiente frío, plomizo, lluvioso y en extremo desapacible conformó con inusitada intensidad el diseño de horas bajas al que me he referido antes. En un instante concreto algo sucedió entre Lucía y yo, como para provocarme a mí la expresión “me carga” respecto de tal o cual cosa o realidad. ¡En qué hora se me ocurrió tal comentario! Yo, obvio es decirlo, estaba en el secreto suficiente de los términos proscritos en el español de Chile, y por ahí no había problemas. El español de Lucía era de amplio espectro porque su padre era español, de Burgos, y casi todos sus hermanos habían vivido o vivían aún en España. De forma que no había lugar para la extrañeza en lo tocante al uso del idioma y a la valencia de las palabras. Pero la malignidad impensada de ciertos retazos de significado, alentados por la proclividad hacia una perversión del ambiente y del estado de ánimo fueron causa bastante para que la expresión “¡me carga!”, inocua en otras circunstancias, se llenase de connotaciones ásperas que la pobre Lucía encontró ofensivas y aplastadoras, como muy colisionantes dentro de nuestras mutuas percepciones. ¡Qué le vamos a hacer! Una vez a una chica colombiana de alterne se me ocurrió decirle que con la ropa que llevaba tenía aspecto de cabaretera, cuando -- entendía yo -- un vestido normal le había supuesto una perfecta envoltura de señorita capaz de superar los más exigentes exámenes de civilidad. ¡Ppphhffuuu! No saben

Vds. la que me armó por lo de “cabaretera”: parece que en Colombia -- siempre según ella -- el término *puta* viene a ser un piropo comparado con el de *cabaretera*. Bueno, y a mí ¿qué? La situación con Lucía me cargaba, a pesar de todas las contemplaciones posibles, y lo único que estaba en nuestras capacidades era dejar que el asunto fuese superando el encono y limando sus bordes. Terminada la travesía del ferry, nos encontramos de nuevo en tierra, si no firme... firme, sí más soldada a la que pudiéramos entender como masa continental consistente. Yo siempre imaginé que a partir de Ancud hacia abajo, al morador de aquellas latitudes le debe de estar asaltando la duda constante de si el trozo de tierra desvertebrada sobre el que se halla flotando se desglosará y se alejará, a la deriva, de un momento a otro por el océano Pacífico. Los flecos de tierra, taladrados por incontables entradas de agua que forman la parte más meridional de Chile siempre me han invitado a pensar en la posibilidad de un desgajamiento y fuga de sus jirones, mar poniente adentro.

Habíamos alcanzado el punto más meridional de nuestro viaje, a casi 1,200.- kms. de Santiago, y se imponía regresar. El plan era ir a Constitución y pasar allí unos días antes de subir definitivamente a la capital. No sé las jornadas que emplearíamos en llegar a Constitución, o mejor dicho, Contitución, como pronunciaba Lucía, con una supresión total de la *ese*; probablemente hiciéramos una noche en Osorno para despedirnos de Raúl. Lo que sí recuerdo es que en un momento del viaje el VW cogió un bache de esos con bordes cortantes, de esos que hacen sonar los dos tiempos del paso con intensidad seca, y de los que uno se espera lo peor. Lucía dijo que conocía muy bien a su “autito” y que pensaba que aquel hoyo lo había roto. Nos oprimió un silencio amenazante, esperando en vilo y

en suspenso la demostración de la consecuencia de aquel golpe tan encanalladamente traicionero. El “autito” siguió rodando sin que percibiéramos anomalía alguna, y el asunto quedó en la retaguardia del concernimiento. En todo caso, si la cubierta se hubiera rajado o dañado sólo era cosa de cambiarla; y si se hubiera abollado la llanta, todavía más razón para tratar de llegar a Constitución por todos los medios y hacer que un mecánico la enderezase. Milagrosamente el VW aguantó aquélla que, según Lucía, presagiaba ser su última ordalía.

La jornada antes de llegar a Constitución hicimos noche en un lugar precioso, un hotel de la localidad de [Nuestra Señora de] Los Ángeles, no muy lejos de unas cataratas que forma el río Laja, tributario del más caudaloso Bío-Bío. El ruido de fondo del desplome continuo del agua, a modo de batacazo retumbante, amortiguado por el mantener cerrado en todo momento las ventanas de la habitación, sin dejar de constituir un elemento totalmente contrario a los principios del descanso, era algo que sin embargo podía dispensarse por el asentamiento caprichoso del hotel y la majestuosa hipnotización que suponía mirar la impetuosidad de las aguas formando el estruendoso doblez de la caída.

Por fin llegamos a Constitución, lugar donde se encontraban los bosques madereros de don Eduardo Martín. La casa familiar constaba de dos pisos amplios, digamos de unos 200 metros por cada nivel y terrazas superiores; la típica edificación de pueblo, robusta y espaciosa, construida sin escatimar medidas. Constitución era entonces una ciudad de unos 15,000.- habitantes, de clase media mayoritariamente o, como en el caso de los Martín Letelier, productores de madera, con su residencia primera y principal en Santiago. Los días en Constitución fueron calmos, quiero decir por ausencia de

cualquier tipo de desplazamientos como aquellos a los que nos habíamos visto sometidos Lucía y yo durante las jornadas anteriores. Pero al mismo tiempo yo no dejé de mantener mi espíritu alerta. Las charlas con don Eduardo conformaban todo un tratado de sociología. Era un hombre al que su familia reverenciaba con una mezcla de respeto y de cariño, eso con que los ingleses isabelinos tanto gustaban de dirigirse a la realeza. “Dreaded dearest”. Había sido un anti-allendista acérrimo, y allí, frente a los bosques madereros de su propiedad, bien fácil era comprobar la coherencia de sus asertos. Es muy bonito hablar sandeces teorizantes sobre tal o cual opción de gobierno y/o sobre tal o cual modalidad de convivencia; pero que de la noche a la mañana te venga una concepción política a decir que te vayas despidiendo de tu propiedad porque “el Estado” la necesita..., bueno, estoy seguro de que algunos que ahora se la cogen con un papel de fumar perderían los buenos modales si se hubiesen hallado en el pellejo de... don Eduardo Martín, por ejemplo. Allende había sido el demonio, el anticristo para la industria; y los productores, los empresarios le habían contestado tanto con una huelga salvaje del transporte como con un boicot a los servicios y a las prestaciones con que el mismo gobierno contaba para hacer frente a sus propios gastos. Allende había sido un iluminado para unos cuantos: entonces, allí en Constitución, hablando con don Eduardo recordé a aquella chica a la que había encontrado en mi primera visita a Chile de marzo de 1978, y que parecía devota de don Salvador hasta el éxtasis. Este tipo de hombres, valiosos sin discusión, suelen arrojar tan tremendo maniqueísmo de valoraciones, según que el criterio del que opina oscile hacia una banda u otra. Estaba visto que a los totalitarismos marxistoides había que arrancarlos con bulldozers; y por mi parte yo estaba viendo que Chile en aquellos

años funcionaba cada vez mejor. Por otra parte, yo era turista y lo primero de lo cual tenía que sentirme consciente era del hecho de que yo carecía de elementos de juicio para meterme en retóricas de demagogo del signo que fuere. Lucía en eso me agradaba sobremanera, porque intentaba ver las cosas con sus propios ojos y no con los de la propaganda. Recuerdo oírla referirse al cataclismo de perplejidad y de disgusto que le advino al país un día después de que se consolidara el gobierno de Allende, en que las tiendas dejaron de vender la mayor parte de los productos en cuya abundancia habían nadado... unas horas antes! Sí, me refiero a que la gente iba a comprar leche, pollo, vituallas variadas y resulta que no había; o que en el mejor de los casos estaban racionadas. Yo siempre he pensado que el mejor socialismo es el que reparte y pone a disposición del pueblo la mayor cantidad de riqueza. Ahora bien, el régimen que se dedica concienzudamente a destruir las formas de producción; a socavar las motivaciones y los incentivos del trabajo... y luego pretende apuntarse el tanto benemérito de haber intentado repartir equitativamente la mierda y la pobreza, “¡pa su puta madre!”.

En Constitución fuimos un día de visita a casa de unas amigas de la familia de Lucía que vivían todavía más en el campo, junto al río Maule. Se trataba de las hermanas Castillo, tres hermanas, agraciadas aún, señoritas polivalentes, más o menos de la misma edad que Lucía y con las que, o por lo menos, quiero decir con alguna de las cuales hubiera yo encontrado fundamento para una zona de fricción espiritual mutua, de no hallarme bajo el palio monógamo de mi incumbencia hacia Lucía. Pasamos la mayor parte del día charlando, picando cosas y sorbiendo zumos. En una incursión que hice por dentro de la casa me encontré con una zona de la servidumbre donde dos chicas, huasitas, con algo de cara de

mapuches, tímidas y como segregadas conscientemente y a sabiendas del mundo de los invitados, se dedicaban a lavar platos y a cuidar de la infraestructura de los cacharros y cosas de comer, de las que nosotros dábamos cuenta. Podrá pensar el lector -- yo, sin ir más lejos, en su caso -- que dicho detalle no parece incorporar ningún elemento reseñable o esencial para el relato. Pero yo conservo con todo el frescor sostenido de lo reciente aquella doble valencia social; aquel mundo de nosotros, los señoritos [y yo todavía más como invitado] y el estamento de las fámulas. Aquellas chicas, con rostros de araucanitas, no denotaban ni tristeza ni rigor: sólo sorpresa al verme merodear fuera del ámbito de *los míos*.

En Constitución desde el primer momento se nos asignaron a Lucía y a mí habitaciones contiguas, independientes aunque comunicadas por una simple puerta. Hay cosas que no se olvidan. En esas horas tempranas en que la conciencia descansa en cualquier cosa, de tan blando y hacedero que parece todo, la cercanía de “Lui”, allí mismo, a cuatro o cinco metros escasamente, puso a mi espíritu en un aprieto. Levantarme a iniciar yo los rezos del misterio glorioso me parecía..., bueno, me sabía un poco a incontinencia. En esto, como en todo, la intuición de las mujeres, cuando las cosas funcionan con normalidad, suele arreglar la situación. Oí que la puerta divisoria se abría y que “Lui” asomaba primero la cabeza, luego el cuerpo... y ya toda ella. La dije la verdad, eso, que no podía dejar de pensar que ella estaba allí, tan cerca, pero que había sentido yo vacilación en levantarme y en dirigirme a su lecho, a saludarla, a darla los buenos días, a... “Tienes que hacer frente a las cosas”, me dijo con un mohín muy zalamero y muy comprometedor de sus labios, al tiempo que me ponía los brazos

sobre los hombros, y luego sobre el cuello, y nos empujábamos los dos...

En Constitución alguna de aquellas noches encendíamos la chimenea y yo ejercitaba los típicos manejos de preparar el fuego, darle luego vueltas al tuero; en una palabra, alimentar la fascinación que dicho entretenimiento ha ejercido sobre mí desde siempre. Lo que me había advenido en el hotel junto al salto del Laja, en lo tocante al magnetismo producido por la sinfonía monocorde del estruendo del agua en su desplome, ahora me ocurría con el fuego, ante el que me sentía hipnotizado por las infinitas variaciones que consentían las llamas sucediéndose, lamiéndose en subidas y bajadas. Una mañana Lucía me llevó a la línea de playa frente a la así llamada “Piedra de la Iglesia” cuya fotografía ya me había hecho llegar en nuestra correspondencia previa un año antes. En un momento dado de nuestro paseo, y al transitar por una barriada de hotelitos pequeños, Lucía me dijo: “Mira, aquél que va cruzando la calle por allá... es mi antiguo marido”. El muchacho, me pareció observar, tenía una cara modélica de buena persona. No quise que Lucía me adentrara en el conocimiento de detalles. Según colegí, se había tratado de un emparejamiento en el que... fallaron las previsiones logísticas de todo tipo. Ahora él vivía con una “huasita” joven y -- según Lucía -- sumisa hasta límites de esclavitud. ¡Qué suerte! -- pensé --, sin atreverme a exteriorizar ante Lucía aquella musitación.

Otro día conocí al “tío Enrique”, caballero ejemplar, magistrado, elegante y cuidado en el decir, y con quien conversé técnicamente sobre aspectos de Derecho civil, pues no en vano estaba yo dando los penúltimos toques a mi Tesis doctoral *La esencia negocial del matrimonio*.

A todo esto, Eduardo hijo, mi amigo de Facultad, se había venido a pasar las vacaciones de verano españolas, y coincidimos un par de jornadas en Constitución. Me encantó que regresáramos juntos a Santiago. En un punto de la ruta nos paramos a comer: Se trataba de un figón o restaurante rústico de carretera, como metido junto a un puente sobre un río que en aquel momento llevaba muy poca agua. Imposible recordarlo y una verdadera pena. Acaso se tratase del río Lircay, un poco pasado Talca; o del río Tena, algo más arriba de Curicó. El sitio, rústico en extremo, como digo, disponía de la especialidad de un tipo de pescado, el peje-rrey, como se aprestó a llamarlo Eduardo, algo parecido a un lenguado, y al que hice los honores, comiéndome una doble ración. La compañía de los dos hermanos Martín Letelier, Eduardo y Lucía, me producía una de las más armónicas y placenteras sensaciones. Entre nosotros campeaba amistad y concernimiento en la proporción congrua y adecuada para que nos sintiéramos distendidos, cada cual en su papel. Con el transcurrir del tiempo y con la sucesión de situaciones, Lucía, medio en broma, medio en serio, me llegó a reprochar, como dolida, el hecho de que yo me refiriese a ella como “la hermana de mi amigo Eduardo”, anteponiendo, según sus mecanismos de valoración emocional, la incumbencia de mi amistad hacia su hermano, comenzada en 1976 en Granada, a la entidad concreta y privativa que ella, como mujer, significare para mí. Claro que yo me daba mi mejor maña a través de mis más esforzados recursos dialécticos, en contrarrestar aquella visión suya; pero era muy cierto que la realidad de Eduardo me servía de magnífica válvula de escape.

Eduardo traía de Europa la mentalidad “progre” y librepensadora o llámeselo como se quiera, pero siempre en el sentido de aquello que no está muy a favor de *las derechas* o de

régimen alguno autoritario. Traía, digo, la impresión de que el “sistema” de Pinochet era algo desafortunado; algo que “ya no se llevaba”; que no era popular entre las democracias así llamadas “occidentales”. Y acaso estuviera en lo cierto. Pero aquí el testimonio de Lucía venía a ilustrar la otra cota o plataforma de perspectiva del asunto, y que no era sino el hecho de haber vivido allí en Chile, día a día, ambas situaciones. Todo lo que de bonito, en teoría, y de progresista con arreglo al canon formal y abstracto hubiese tenido el estado de cosas en la época de Allende, quedaba matizado y menguado por la penuria real de medios con que los habitantes se encontraban en el desarrollo de sus funciones normales. Y al revés: La misma gente constataba que las cosas con Pinochet funcionaban mejor; que las tiendas estaban llenas de los productos habituales, y que no había que hacer cola para comprar un litro de leche y ordalías por el estilo. Otra cosa muy distinta es la impopularidad y el rechazo que inspiraba aquel levantamiento militar; aquella devastación llevada a cabo por las fuerzas armadas, y la prepotencia de Pinochet en el desempeño de su cometido como Jefe de Gobierno golpista.

De nuevo en Santiago, tampoco conservo ahora registro alguno sobre el hotel en que me hospedara durante los nunca más de seis o siete días últimos y definitivos de mi estancia en Chile. Mi natural querencia por el Foresta me invita a pensar que aquél fuese el sitio. Por otra parte, entre mis papeles aparece un programa de mano de publicidad del Hotel Santa Lucía, junto al cerro del mismo nombre, y también muy céntrico. Como digo, creo que se trató de seis o siete días más que, junto con los ya pasados, llegarían a un máximo de tres semanas; o sea, diez jornadas menos del mes originariamente propuesto, cumpliéndose así el fatídico... o no, tal vez glorioso principio de

que los países, los lugares turísticos suelen producir cansancio antes del término que habíamos previsto como ideal antes de ponernos en camino. Algo de eso tuvo que ocurrirme en Chile. No, no creo que mi estancia total rebasara las tres semanas, tiempo en todo caso más que considerable para saber a qué atenerse respecto del asunto que uno se trajera entre manos.

Aquellos últimos días fueron los más... ¿cómo decirlo?, familiares, sociales; los días en que prácticamente me dejé llevar por las cualesquiera sugerencias que se le ocurriesen a Lucía. Por nuestra parte, por parte de nosotros dos, cuando estábamos solos seguíamos concurriendo en nuestro restaurante favorito que ahora más que nunca, casi con toda seguridad, creo que se trataba del Venezia, en el número 200 de la calle Pío Nono, cerca del Cerro San Cristóbal. Otras veces iríamos a cualquier churrasquería acreditada. En todas estas ocasiones Lucía desplegaba la segunda de sus incomprensiblemente nefastas características, que no era otra sino la de dejarse parte de la comida que había pedido. ¿Se acuerda el lector de lo relatado tocante a equivocarse el camino cuando íbamos en coche, de excursión, y había que elegir entre un ramal u otro sin señalización alguna, y Lucía aseguraba que el error se debía a mí después de haber decidido ella? Bueno, pues a eso me refiero. Aquello tenía hasta gracia porque -- descontando el sentido incruento de su naturaleza -- ponía al descubierto una de las parcelas más innegociables, más inabordables del alma femenina en la que radicaba una parca cantidad de absurdo mágico; y más que nada, porque todo quedaba dentro de los confines subjetivos de valoración de los protagonistas que éramos nosotros y sólo nosotros, sin ningún asomo de transcendencia lesiva. Pero el asunto de la comida encerraba un núcleo axiológico de muy distinta entidad y que precisamente vulneraba de manera frontal

una de las apoyaturas más decisivas de mi cosmovisión. Pedir un plato, digamos, de dos huevos fritos con ración de jamón para dejarse sin comer uno de los dos huevos fritos y media ración de jamón, era demasiado para mis tragaderas. Sobre todo, y a más abundamiento de criterio, cuando precisamente, y acaso con toda intención, la carta o menú incluía el plato de “un huevo frito y media ración de jamón”. Toda mi potencia discursiva, presunta o supuesta; toda mi capacidad de raciocinio se estrellaban contra la impía cerrazón de Lucía: “Es que yo como menos que tú” -- repetía. Intenté por todos los medios hacerla ver que el parentesco, la relación coherente entre lo que decía y la realidad del asunto era infinitamente más endeble que la afinidad o parecido que pudiese predicarse entre mis cojones y una mata de geranios, por poner un ejemplo. Apelé a lo que yo, conforme y con arreglo a mi mejor y más leal saber y entender, consideraba como fundamentación axiomática de todo principio silogístico. Pero... ¡quién, ni por éstas! A mi cautelosa y conciliadora indagación sobre el *por qué* de que Lucía eligiera un filete de 300 gramos para dejarse en el plato, sin comer, como desperdicio para tirar, 150 gramos, o sea, la mitad del filete pedido, toda su respuesta era que ella no tenía tanto apetito como yo; que ella comía menos que yo, y que yo comía... más que ella! Muy bien. Sobre ese tipo de cosas el subconsciente iba tejiendo su cimentación de realidades, su nervadura de supuestos, y que en todo caso apuntaban una enésima vez más a la diferencia entre... predicar y dar trigo; entre la coincidencia, más o menos prolongada, de romance, y la convivencia mediante protocolo documentado ante la sociedad y con el tufo tremendo de la obligatoriedad.

Una tarde nos reunimos con Pepín, el arquitecto tripudo y culto, y Cecilia, su mujer. Formaban una pareja poco

convencional y pasaban por ser uno de los núcleos de amistad más acrisolado y más antiguo de Lucía. Eran..., bueno, habían sido y seguían siendo furibundos anti-allendistas. Vendían el pintoresquismo de decirse palabras en francés, entre ellos, sobre todo en lo referente a ilaciones expresivas momentáneas, como de cederse un adminículo de la mesa; o darse un recado; o apercebirse de cualquier detalle súbito y absolutamente intrascendente para la marcha y el contenido esencial de la situación; en suma, cuatro boberías de cortesía inmediata con las que, sin embargo, -- tal pensaba yo -- era como si no renunciaran a una reivindicación de parentesco con una cultura, la francesa, que en el cono sur de América se sentía como fundamento rancio y aristocrático del saber y de la sensibilidad. Por supuesto que a mí me parecía aquello una perfecta majadería, pero en razón de que eran buenos amigos de Lucía y también de que, honradamente, a mí me dispensaron una acogida sin reservas, bueno, pues en razón de todo ello yo no coloqué ninguna de aquellas bobadas en el capítulo de los débitos. A Neruda le tenían en entredicho y al mismo tiempo ponderaban sin reservas a Alexis St. Léger, más conocido como Saint John Perse, entre otros autores franceses. Con todo, me regalaron dedicado “cariñosamente” *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* [Bandido chileno injusticiado en California el 23 de julio de 1853], de Pablo Neruda. Santiago: Zig-Zag 1966.

Lucía y yo solíamos visitar a su hermana Chabela [Isabel, no se olvide] y a su marido Augusto. Éste era productor de vino, dueño de viñedos, y un fervoroso pinochetista: Cuando veía al general dirigirse por T.V. al pueblo, se extasiaba y repetía acompañándose de un auto-estimulante asentimiento: “¿Tenemos o no tenemos Presidente?” Una de estas veces yo cometí la inoportuna torpeza de intercalar alguna pulla crítica o

comentario de matiz a las expresiones proferidas por Pinochet, a lo que Augusto me miró lleno de condescendencia, y no sabiendo decidirse o bien por castigar aquel atentado mío tan anti-patriótico; o bien, por sentir conmiseración por la tremenda ignorancia, pues no podía ser otra cosa, que me había impulsado a pronunciarme de aquella manera. Yo contuve como pude la risa y me prometí muy seriamente no despertar más suspicacias en tal sentido. Sí, Augusto se quedaba arrobado cuando escuchaba al otro Augusto, al poderoso. En lo referente al conflicto con Argentina por lo de las islas del ya mencionado Canal de Beagle, Augusto gustaba de repetir que en caso de confrontación bélica, los chilenos, él el primero, iban a penetrar hasta Buenos Aires y a “sacarles toda la mugre” a los prepotentes de sus vecinos, expresión que a mí me fascinaba por su rotundidad inapelable, pero que como valoración objetiva ni siquiera por parte de su familia recibía total aquiescencia, de tan sabedores como eran todos de que a pesar de las buenas intenciones, Argentina duplicaba a Chile en potencial armado, como la prensa internacional había señalado con todo lujo de detalles.

Por aquel entonces Augusto y Chabela tenían una niña de pocos meses, y otra de unos cuatro años, llamada Andreíta. Una mañana que nos llegamos allí Lucía y yo ví que Andreíta entraba al trapo de mis martingalas de juego, y armé un verdadero estropicio en la casa, persiguiéndola y diciéndola: “¡Qué mona; qué mona eres!”, con toda clase de variaciones sobre el mismo tema y que a la criatura le parecían, y con razón, inusitadas, sorprendentes, venidas como eran de un castellano viejo de España, experto en todo este sistema de cuchufleterías. Andreíta se agarraba a un cojín que llevaba consigo y se quedaba doblada de estupor, de risa y de no se sabe qué... cuando la encontraba en

el pasillo y la lanzaba lo del “¡Hhhuuyyy... qué mona, qué mona; qué mona eres, Andreíta!” La chiquilla lanzaba chillidos taladrantes, pero al mismo tiempo que se escapaba, miraba hacia atrás y me esperaba para que no la perdiera de vista. Un cuadro. Lo mismo que muchos años antes había hecho en Colmenarejo con las niñas de Pepe Sanz Honrubia, marido de la prima de los Arribas. Una jornada memorable sobre la que hacía descansar yo alguna posible explicación etiológica respecto de la noción de “pasarle bien”; de la broma, la risa y la diversión. Lucía, en su papel de tía normal, acostumbrada a ver a su sobrina, se unía a mí con moderación, y como testimonio expresivo del arranque de cariñosa ternura que Andreíta le despertaba, solía decir con acento puntualizante, como de repiqueteo saltarín, solía decir... “Me da el nervio”..., en la línea de lo que en España entenderíamos por... “¡Es que no me puedo aguantar... Me la comería a besitos!”

Por otra parte, los hijos, niña y niño, de Teresa, la hermana mayor de los Martín Letelier, eran majos sin desperdicio. La niña era muy seriecita y parecía disfrutar jugando con sus cosas; pero el chico, Juanito Ramón, además de despejado, era muy comunicativo y gustaba de andar con los mayores. Una vez le oí decir el término “harto” en su acepción de *bastante, con holgura*, y el empleo perfecto que hizo de dicha voz en su contexto adecuado enriqueció mi conocimiento de los matices que el castellano consentía en boca de hablantes hispanoamericanos. Y por si se me escapara para no regresar el saco de las cosas que apresé y que ahora quiero rescatar, diré que el chileno se complace con la expresión “cualquier cantidad de”..., en el sentido español peninsular de “muchísimo/s”, “a montones”: Ejemplos: “Por la carretera venían cualquier

cantidad de coches”; “en el mercado había cualquier cantidad de banastas de fruta”, etc.

La hermana segunda en edad de los Martín Letelier, Carmen, se hallaba entonces en Santiago con su marido Antonio, de prosapia italiana: formaban una pareja singular. Carmen, madre de tres o cuatro chavales/as ya mayorcitos era una hembra en toda regla, cuya única asignatura parecía ser la de agrandar y hacer feliz al marido. Una vez la oímos decir que ella se sometería a cualquier tipo o proceso de... mejora, galvanización o arreglo corporal si ello llevaba consigo el posible enardecimiento ilusionante que produjera en Antonio; se había comprado un aparato vibrador para el supuesto fortalecimiento de los senos. Probablemente, de las cuatro hijas que concurrían en la familia, Carmen era la más española, la más temperamental, la menos predecible. Se habían juntado tal para cual, y según pude colegir eran una pareja de manirrotos que tan pronto nadaban en la abundancia como a continuación rozaban la indigencia. Pero también según todos los signos externos parecían estar enamorados el uno de la otra y viceversa, y eso era motivo de bendición.

Una noche habíamos salido Lucía y yo junto con Carmen y Antonio, y Augusto y Chabela a una especie de feria, porque recuerdo que nos acomodamos bajo una carpa enorme y allí nos sirvieron el tipo variado de refrescos y/o bebidas espirituosas que fueren. Antonio, con la mejor voluntad, de ello estoy seguro, me puso en un conato de brete al sugerirme en voz alta, así, dentro del esquema general de la conversación, que... por qué, por qué no empaquetaba mis cosas en España, vaya, bueno, no se refería al día siguiente ni a una semana después..., pero cuando fuere, más bien pronto, cuando encajara, lo antes posible..., que por qué no empaquetaba mis cosas en España y me trasladaba a Santiago

a explicar Literatura, dando por sentado que me recibirían con los brazos abiertos y que me sentarían en una buena cátedra, etc., etc. La verdad es que me dio un buen susto y a duras penas aderecé unas cuantas razones objetivas e incontestables desde mi perspectiva personal, aunque no coincidiesen necesariamente con la suya, ni acaso con la de la familia entera de Lucía. Por mi mente, igual que si se tratara de esa compactación de motivos que se convocan en la antesala de la muerte..., por mi mente cruzaron miríadas de líneas de pensamiento que, conjuntándose, vinieron a formar unas cuantas, pocas pero suficientes, trenzas de raciocinio. Yo había alcanzado hacía ya más de año y medio el *status* de funcionario en España en mi calidad de docente-investigador del Ministerio de Educación y Ciencia como profesor numerario en una Facultad Universitaria, y esos empleos de una vida no está bien que uno los tire por la borda sin haberlos hecho ni siquiera la cata. Además, Chile, sin ser chileno; o sea, sin haber nacido en Chile, siempre me ofrecía el mismo tremendo panorama: un precioso país encajonado entre el Pacífico y Los Andes. Las motivaciones para trasladarse a vivir allí deberían ser en extremo y absolutamente especiales. ¿Se afectaban a mí tales incentivos? Claro que no. Así que superé la sugerencia entusiasta de Antonio argumentando la verdad: que un hombre se debe a su trabajo; y que yo acababa de asegurar el mío, y que no estaba en condiciones de pensar en nada que no fuese perseverar en el programa en el que me disponía a adentrarme. Otra cosa sería -- supongo que dije -- la capacidad de movilización de Lucía.

Uno de los detalles intrascendentes que sin embargo recuerdo es que, asimismo, fui al cine dos veces con Lucía: Una de las películas, brasileira, giraba en torno a una “heroína”, de nombre Francisca da Silva que de esclava se había erigido en

favorita del... que mandara, fuese virrey u otra titulación ostentadora de autoridad. Era una absoluta bobada superficial y de una supuesta gracia que rayaba en lo sandio. No obstante, Carmen, la hermana de Lucía, al saber que por sugerencia suya habíamos asistido a dicha proyección, celebró mucho la decisión nuestra pues según ella se trataba de algo magnífico y con una estupenda música, que no era sino una cancioncilla volandera y necia. Bueno. Pues ya ven Vds. a lo que me refiero en lo de guiarse uno por los criterios valorativos de ciertas mujeres. La otra película, australiana, en inglés original y con subtítulos, sobre la fiesta de fin de semana en el domicilio de un chico joven: Mack's party... Raymond's party, etc [póngase el nombre que se quiera], o sea, "El guateque de Mack"..., "El guateque de Raymond"... fue una gozada para la que yo sí que me sentí especialmente preparado. Se trataba de la típica reunión de *week-end* en la que todo el mundo acaba borracho, y una vez que han medio perdido la conciencia, comienzan a despelotarse. Yo, ambientado en ese estilo de cosas durante más de once cursos académicos en Inglaterra, USA y Canada, conocía muy bien los fundamentos de todo aquel proceder y estoy seguro de que en las secuencias donde la gente reía yo no observaba nada especial; y justamente al contrario. Recuerdo que uno de los protagonistas de la película, pasado el rato protocolario del calentamiento, entre achuchones y porfías consiguió llevarse a una de las chicas a una habitación contigua y colocarla en posición encima de la cama, al tiempo que procedía a un desabrochado de sus pantalones y a un despojarse ya como podía apresurada y desordenadamente del resto de la ropa tanto suya como de su compañera. Ante los remilgos de ésta en el sentido de que se entretuviera el chico en caricias, en razones y en ringorrangos, éste con gesto decidido la montó y sin más preámbulos lo único

que ya pronunció con voz enérgica y turbada por el deseo fue: “¡First, the organ!”. No se me olvida aquella simple y cortante frase, en la que sin embargo se compendia toda una pauta de comportamiento; todo un manual de actuación en casos así. Con pocas cosas podía estar yo más de acuerdo que con aquella forma de actuar del follador de la película: y es que cuando a uno le agobia la inmediatez mareante del deseo, cualquier cosa que no sea zambullirse de lleno en el alivio es pura necesidad. Sí, señor: ¡Lo primero, el órgano; lo primero, el priapo metido en su sitio, y luego,... a seguir hablando!

Otro día, ya muy al final de mi tiempo en Santiago, en un anaquel del cuarto de Lucía en su casa de la calle Campos de Deportes, ví un libro de Khalil Gibran, *El Profeta*. Conocía yo alguna cosa de aquel escritor libanés, desde mis años en MSU, en East Lansing, Michigan, USA, o sea, desde el principio de los sesenta en que un conserje de la Biblioteca de dicha Universidad donde yo profesaba, y libanés asimismo, me lo había recomendado enfervorizadamente. Luego, en Canada tendría ocasión de encontrarme con tal o cual mención, tal o cual cita circunstancial. Pero he aquí que en Santiago de Chile, en agosto de 1979 y en casa de Lucía es donde abro el libro por el capítulo que “el profeta” dedica al matrimonio: Tanto me subyugó la simplicidad radiante y original de aquellas sentencias que no llegaban a ocupar una página grande entera, que decidí incorporarlas como “Lema” a la entrada de mi Tesis doctoral *La esencia negocial del matrimonio*, y respecto de la que ya me encontraba en fase de cerrar los últimos detalles y proceder a fijarla en su redacción definitiva. El fragmento o viñeta es como sigue:

LEMA

“Luego Almitra habló de nuevo y dijo:

¿Y qué del Matrimonio, Maestro?

Y él respondió diciendo:

Habéis nacido juntos y juntos permaneceréis para siempre jamás.

Estaréis juntos cuando las blancas alas de la muerte dispersen vuestros días.

Sí; estaréis juntos aún en la callada memoria de Dios. Pero dejad que haya espacios en vuestra compacta unidad. Y dejad que los vientos de los cielos dancen entre vosotros. Amaos el uno al otro, pero no hagáis del amor una atadura; dejad más bien que haya un mar meciéndose entre las costas de vuestras almas.

Llenaos mutuamente las copas, pero no bebáis de una sola copa. Compartid vuestro pan; pero no comáis de la misma tajada. Cantad y danzad juntos y estad gozosos, pero conservad cada uno vuestra soledad.

Hasta las cuerdas del laúd están solas aunque vibren con la misma música.

Dad vuestros corazones; pero no en prenda.

Porque solamente la mano de la Vida puede contener vuestros corazones.

Y estad juntos, pero no demasiado juntos: porque las columnas del templo guardan distancias, y el roble y el ciprés no crecen el uno a la sombra del otro”.

Khalil Gibran, *El Profeta*. Traducido por Jorge Sarhan de la Oficina ‘SALUA’ de Cultura y Estudios Árabes. (Buenos Aires: Editorial y Librería Goncourt, 1972), pp. 23-24.

Ante el encuentro con este texto tan preñado de oportuna belleza para el diseño de los designios míos de estudioso yo me preguntaba maravillado por los caminos inescrutables del suceder de las cosas. Como si se hubiera tratado de un motivo gratuito de justificación de mi viaje, el bondadoso azar me regalaba aquella formidable coincidencia, para recordarme, supongo, que aun en Chile un universitario español, castellano para más señas como yo, encuentra pábulo y substancia para el trabajo que cuatro meses más tarde justificaría en Granada la obtención con *sobresaliente* de su título de Doctor en Derecho.

Por fin un día percibí con ese golpazo inapelable de la “ley de la evidencia” que mi tiempo en Chile se había terminado y que tenía que salir de allí lo antes posible. Lucía lo comprendió y me ayudó a discernir entre las variantes para mi vuelo de regreso a España. Consulté con una Agencia de Viajes de confianza y me indicaron que para la fecha en que yo quería salir, que era ya, de inmediato, al día siguiente, lo mejor era un vuelo vía Guayaquil (Ecuador) con las líneas Braniff. ¿Guayaquil, Ecuador? -- me dije. La verdad es que no había pensado nunca, quiero decir de momento, visitar Ecuador, pero dadas las circunstancias, y puesto que el regreso desde Chile a España incluía en todo caso un enorme tramo de territorio suramericano... bueno, pues Guayaquil, Ecuador. Desde allí, ya veríamos.

Salí de Santiago de Chile un día de agosto de 1979 con la seguridad, como así ha resultado, de que aquella mi tercera visita al país iba a ser la última. Me sentí congruente conmigo mismo; percibí que no había escatimado horas de vuelo para encontrarme en la tierra de la araucanía; y si la primera vez se trató de un impulso motivado por la carga exótica en lejanía e interés del destino, la segunda y la tercera habían tenido a Lucía

como fanal teleológico y romántico. No podía quejarse, nunca imaginé que se quejaría, y jamás tuve noticias de que se quejara. Pensé que muchos de los hispanos con los que hasta entonces había compartido flujo psíquico, conversación, etc. en mis viajes por el continente suramericano (argentinos, paraguayos, uruguayos, sobre todo) eran algo fantasiosos en lo tocante a las supuestas maravillas de sus países respectivos. Los más normales hasta aquel momento, los chilenos.

El intercambio de incumbencias entre Lucía y yo siguió su curso en España, a lo largo de algunos años y de variadas ocasiones, como procuraré compendiar a continuación. Tuvo que ser en la estela de ese mismo verano de 1979 cuando Lucía vino a España. No se olvide que su hermano Eduardo seguía residiendo establemente en Fuengirola (Málaga) donde trabajaba como abogado para una multinacional inmobiliaria; que Carmen y Antonio vivían en Madrid, como haciendo de España el punto cordial y armónico entre Italia y Chile. Lucía, que yo recuerde, vino a Granada, con la particularidad de que su estancia coincidió con la reforma que se estaba acometiendo en mi alojamiento habitual, el Hotel Casablanca, cuyo propietario, don Diego González de la Cruz, me había acomodado en uno de sus pisos, a una calle escasa de distancia del hotel, y hasta que se acabaran las obras. Lucía se alojó conmigo unos pocos días aunque me es imposible precisar duraciones y fechas concretas. Sí permanece viva la excursión que hicimos con Carlos Benito y la entonces su mujer, Cathy, la norteamericana, a “Los Nogales”, aquel rústico ventorro, pasado Gójar, junto al río Dílar. Probablemente se tratara de septiembre y de los días preceptivos en que yo tuviera que estar en Granada para la labor de exámenes, etc. Luego, con toda certeza Lucía se vino conmigo a Alcalá de Henares, a mi casa, hasta que comenzara el curso, y

yo, sobre todo, me embarcara en rematar mi Tesis doctoral de Derecho, circunstancia que acaso Lucía aprovecharía para bajar hasta Fuengirola y quedarse con su hermano Eduardo hasta el momento de regresar de nuevo a Chile, aprovechando casi con toda seguridad algún vuelo *chárter* que arrancara de Málaga.

Desde Alcalá hicimos salidas, más que nada por la provincia de Guadalajara, de esas que a mí me reconciliaban con el patrimonio tan cercano y tan exótico al tiempo de mi geografía familiar: por ejemplo, Lupiana y su célebre casa señorial, como de familia patricia romana, a modo de quinta o villa termal, me pareció una visita de obligado cumplimiento. Otro día nos fuimos hacia el pantano de Tamajón y conseguimos encontrarnos en medio de caminos ásperos, espesados por las capas repetidas de hojas puntiformes desglosadas de los chopos en fase preotoñal. Impulsados por el espíritu lúdico y enardeciente que nos prestaba nuestra disposición de ánimo para con el mundo y para con nosotros, recuerdo que se nos ocurrió echar un polvo a lo bucólico, con vulneración consciente de todas las reglas de la civilidad y, más que nada, de la comodidad. Quise yo reproducir alguna pirueta literaria que se me pasaría por la cabeza y ensayamos una penetración, quedándome yo sentado en un escalón de tierra, apoyándome en una especie de pared, de manera que mi torso y mis muslos formasen un ángulo de unos 100 grados, y colocando a Lucía encima de mí a horcajadas dándome la espalda, con el fin de solazarme con holgura con la magnificencia de su busto. Se deslizó las bragas; yo me había quitado previamente los pantalones por completo..., y después de algunas enojosísimas tentativas volví a la realidad de la que nunca debí haber salido, a saber: que soy hombre de prestaciones normales y civilizadas, y que hacer ciertas cosas sin cuarto de

baño al lado es engañarse y darse uno de bruces con toda la estupidez a cuestas.

Creo que fue en aquella visita suya cuando me regaló una magnífica bufanda, hecha por ella misma, de lana de color de miel, gorda, y que había traído para mí. La conservo y la uso con especial delectación. Por cierto que de aquella primera época nuestra, bueno, quiero decir prioritariamente significativa del año 1979, conservo una fotografía suya, de estudio, en blanco y negro. Los alrededor de 35 años de Lucía aparecen cuajados y esplendorosamente en sazón, y si menciono esto, que no deja de ser baladí, es porque en el apartado de fotos de amistades y de motivos del corazón que cada cual guardamos, la expresión de Lucía forma por sí sola una categoría independiente y separada de los contenidos que concurren en muchos de los gestos y de las mostraciones en los rostros de otras mujeres que esmaltan mi rosario lírico. No dejará nunca de constituir una verdad incontestable el hecho de que Lucía fue la mujer que en todo momento desempeñó el cometido de referente institucional, con un esquema decididamente entroncado en un diseño de familia, guarnicionado por la tradición y proyectado hacia módulos de previsible estabilidad. La otra única foto que me dejó y que conservo de Lucía la muestra con blusa a rayas blancas y encarnadas y pantaloncito negro como de baño, pelo corto y llameado, y metida en la playa con el agua hasta la espinilla. En esta foto Lucía, “Lui”, no parece tener más de 25 años y representa lo que me complace a mí suponer como paradigma de señorita casadera de la buena sociedad chilena, clase media alta.

La última vez que Lucía estuvo en España, que yo sepa, y que viniera a verme, data de 1993. Me llamó desde Madrid, y al día siguiente se pasó por mi casa de Alcalá de Henares. Era verano. En el momento de su visita se hallaba

circunstancialmente en mi piso Fernando Bartolomé Temprano, amigo de la infancia. Lucía, con sus 49 años según mis cálculos, todavía encarnaba a una mujer hermosa y entera; vaya, que se conservaba estupenda. Pero eso es lo malo, que el mundo está lleno de mujeres estupendas. Desde el pueblo burgalés de Caleruega, lugar de nacimiento de su padre don Eduardo, Lucía me escribió una postal fechada el 1-8-93: “Te encontré muy bien pero siempre solo con tus libros”..., me dice. Bonita y femenina contradicción. La compañía de los libros es la que precisamente cuesta procurársela uno; las demás compañías le pueden surgir al tonto más tonto aparentemente gratis de momento. Lucía me dejó su tarjeta con su última dirección. Quiero recordar que me dijo que la casa de Campos de Deportes la habían vendido. Ella se había mudado al barrio bonito y residencial de Las Condes. Desde Chile seguro que pensará en la buena suerte en que su vida se ha arropado. Por lo que a mí respecta, tuvo un marido y me tuvo a mí como admirador romántico y galante, español. ¿Qué más podría desear una mujer sensata en la vida?

Con quien sí que seguí viéndome hasta, digamos, finales de los años ochenta, fue con Eduardo. Separado de su consorte inglesa, en uno de sus viajes a Chile encontró a una compatriota, Patricia, con la que vivió varios años en España hasta su regreso definitivo a Chile. Yo alcancé a visitar a Eduardo y a Patricia en su piso de San Pedro de Alcántara. Patricia era una adorable y bella criatura, buena cocinera y enamorada de Eduardo. Un hallazgo y un éxito para ambos. En la visita que me hizo Lucía en 1993 me informó de que todos los Martín Letelier habían regresado a Chile. Las condiciones económicas habían mejorado y el país se hallaba preparado para absorber sin forcejeos ni problemas a gente cualificada como Juan Roberto y Eduardo; o como Antonio, el marido de Carmen.

Pasada la época de mis viajes, la estela de testimonialidad que ha dejado Chile en mi espíritu siempre ha sido de nota *sobresaliente*. Dondequiera que *lo chileno* haya interferido en mi vida, bien se haya tratado de personas concretas, bien de instancias referenciales, puedo decir que ha mantenido la alta estima que mi conciencia le otorgó a raíz de mi primer encuentro en marzo de 1978, y aun descontando, por abundar en la misma línea de valoración positiva, al elemento humano con el que coincidí en mis años universitarios de América del Norte. Los chilenos Gonzalo y Pilar Retamal, a quienes conocí en Bristol (Inglaterra) a principios de 1982, y a los que dos años más tarde volvería a encontrar en Honduras, mantenían el nivel de exigente excelencia del nacional chileno culto. Tengo, si acaso, pendiente un encuentro personal con el profesor Waldo Ross, durante bastantes años en Canadá amigo mayor de mi dilecto y fraternal colega almeriense Emilio Barón. Waldo Ross, natural de Valparaíso, profesó, como digo, muchos años en Canadá; y también en Alemania y en otros bastantes sitios. También reside temporadas esporádicas en la Costa del Sol de la Andalucía española. Hemos intercambiado noticias, alguna que otra carta, y comentarios. Con fecha 9 de julio 1993, y con matasellos de Berlín, recibo una misiva suya, de la que entresaco estos párrafos cordialísimos:

“Distinguido Profesor:

Emilio Barón ha tenido la gentileza de hacerme llegar el artículo de Vd. 'Granadinismo en el Caribe' ..., hay en él muchas cosas que me traen recuerdos inolvidables.

Conocí personalmente a J [osé] Á [ngel] Buesa cuando él era director de Publicaciones de la Universidad Nacional Pedro Enríquez Ureña en Santo Domingo... Emilio Barón me había hablado mucho de Vd. y con gran elogio... Pero la primera noticia que tuve de Vd. no fue a través de colegas, sino a través de su compatriota Petra Fuentes que era mi estudiante. Petra me facilitó un libro de Vd... Petra sentía una gran admiración por Vd...

Yo paso largas temporadas cerca de Málaga (en Torre del Mar) y espero que algún día nos podamos encontrar”.

Pues bien, hasta ese día cuya anticipación espolea a mi espíritu, a través y en la persona de este epígono de la amistad y de la esperanza solidarias, vayan mis más encendidas presunciones, mis más fervorosas instancias desiderativas hacia el país de Chile y sus gentes.

**Mónica: Puerto Áyora, Isla Santa Cruz, Galápagos;
Azafata TAME: vuelo Baltra-Guayaquil (Ecuador)
1979; María Isabel: Santo Domingo (República
Dominicana), Quito (Ecuador) 1993; España 1994.**

En el espectro total de mis viajes y en las expectativas que normalmente se proyectan respecto de los países y lugares que uno se propone explorar, acaso ninguno como Ecuador en lo tocante a la descomposición entre el escaso interés que gratuita e injustificadamente me despertara de antemano y el muy considerable juego de engranajes vivenciales que desde el primer momento de mi visita inicial, y luego durante quince años 1979-1994, mantuvo con plena vigencia en el espíritu mío. Mi primera relación con algo, o en este caso alguien, que en la medida que fuere llevara consigo la realidad de Ecuador, se remonta a la época de inmediatamente después de acabar yo el Bachillerato y de hallarme en el primero o segundo curso de carrera; en todo caso antes de mis primeros veinte años. Se trataba de una chica, quiero creer -- acaso más por mi voluntad de salvaguarda de su persona -- que de nombre María, y que como invitada de aquella familia de catalanes, los Colomé, que vivían en la calle del Carmen Calzado, de Alcalá de Henares, se hallaba allí accidentalmente durante algún tiempo. Yo jugaba al ajedrez con Francisco Colomé, ingeniero que por aquel entonces trabajaba en HICESA, una de las primeras fábricas en Alcalá dedicadas a la fabricación de hilo y derivados; como si dijéramos, un transplante en pequeño de la producción textil catalana. El caso es que por esas cosas que pasan, y bien por el hecho de que yo me acercase alguna vez por casa de los Colomé con el fin de echar una partida; o de alguna de las veladas domingueras, con

baile incluido, que tenían lugar en el Casino y a las que yo solía acudir..., el caso es, como digo, que me presentaron a María; que me dijo que era ecuatoriana, y que desde entonces hasta el momento presente en que escribo esto, y salvando el vano de los aproximadamente cuarenta y cinco años, sigo creyendo que fue a través de María como Ecuador dejó de ser una página pasada por alto dentro del libro personal de mi vivencialidad geográfica.

Aquella chica, probablemente algo mayor que yo, tenía... algo; la recuerdo como... diferente, interesante, hasta donde dicho término pudiera tener sentido para un chaval de menos de veinte años sin apenas autonomía de actuación como para poner a prueba la adecuación entre el interés supuesto que alguien pudiera despertarle y la realidad de los hechos. No era bonita, eso bien lo tengo conservado en los ficheros de la memoria. María era alta, espigada, de tez como tirando discretísimamente al oscuro del mestizaje originado allá, quién sabe en qué estratos pretéritos de su prosapia. No era bonita, no, en el sentido revisteril o cinematográfico y fácil del término. Mostraba como un respingo leve en el gesto, una contrahechura armónica en su boca, si es que estas parejas aparentes de contrarios se pueden encapsular en la misma instancia. Pero era interesante, y de una educación tan esmerada y convincente que mis expectativas de estar en el mundo, de que se contara conmigo como varón núbil y en los primeros estadios de su andadura de hombrecito, todo eso con María encontraba pábulo suficiente y satisfactoria substancia. Los registros que conservo de aquella ecuatoriana, María, son ciertamente escasos pero definitorios, significativos. Una tarde fuimos al cine en Madrid. Preservo la precisión espiritual de que con tal mujer yo no podía de ninguna manera optar a ver alguna película frívola de consumo de complacencia inmediata pero volandera, y fuimos a una sala del barrio de

Chamberí o Quevedo, o por ahí, a “Los traperos de Emaús”, un film francés que cumplimentó el trámite de eso, de ir al cine. Un refresco o cualquier batido en alguna cafetería de por allí terminaría de formalizar el protocolo de nuestra cita.

Tuvo que ser por personal homenaje a María por lo que yo confeccioné un pequeño vademécum de historia natural, literaria y geográfica de Ecuador, que milagrosamente conservo, en cuatro hojillas escritas a mano, plasmado uno de los textos en el reverso de un impreso de los que usaba mi padre como ficha para asegurado al Instituto Nacional de Previsión, y cuya fecha se indica por medio de la matriz “de 194...” Ni que decir tiene que se trata de un papel ceniciento y reciclado. Pues bien, en el reverso, carente de impresión alguna, enumero nada menos que lo que parecían ser entonces los 18 Departamentos o provincias ecuatorianas con sus respectivas capitales, además de permitirme una nota de *addenda*: “A 80 kms. del Cotopaxi y 30 de Quito, obelisco [punto exacto por donde pasa la línea ecuatorial]”. El restante despliegue de erudición que anoté pacientemente incluía apartados sobre vegetación, fauna y literatura, junto con otros personajes históricos de acreditada nombradía, y detalles variados sobre algún que otro punto geográfico. Absolutamente asombroso. Una pequeña obra de romanos a la que mi entusiasmo y mis deseos de halagar a María pusieron alas. Con toda seguridad, que para la información geo-política y de ciencias de la naturaleza, en general, usé la *Geografía Universal* del Instituto Gallach. Tomo IV. Barcelona 1953; y para los detalles literarios supongo que tendría un espectro de fuentes más amplio de donde elegir, aunque por dichas épocas acaso echase yo mano de los Apéndices de A. Herrero Miguel a lo que [como versión ampliada de *Outlines of the World's History* de Edgar Sanderson] publicó Sopena en 1942 como *Historia de la*

Civilización; y a los cinco tomos de la propia *Nueva Enciclopedia Sopena*, de 1953, herramientas todas ellas absolutamente caseras pero que para el desempeño de mi cometido me servían de sobra. De esas características, tanto en intención de calidad como en extensión temática, son los apuntes de erudición con los que yo quise festejar a mi amiga María, creyente convencido como era yo desde siempre del principio de que “geografía es amor”, y de que la mejor embajada o vado espiritual para establecer una cabeza de playa en el santuario de la otra parte, es el de exteriorizar el interés, la incumbencia vivencial que el país de nuestro referente femenino, Ecuador en este caso, haya despertado en nuestra conciencia. María me regaló seis fotos, cinco de ellas en formato reglamentario de postal, con el soporte de la cartulina preceptiva, de otros tantos motivos sobresalientes de la geografía y el ecosistema ecuatorianos: La que reza “Yambo” mostrando lo que parece ser un embalse o sector ancho de un río no la he podido identificar bajo dicho nombre; otra, “Cascada Inés María” asimismo la he dado por ilocalizable; la que muestra el salto Agoyan, formado por el río Pastaza, sí está detalladamente documentada; luego, las dos postales restantes corresponden a los picos volcanes Pichincha y Cotopaxi, respectivamente; y la fotografía tiene en su reverso, escrito por María, la leyenda: “Nevados: Chimborazo y Carihuairazo - 5,111 metros”. Pues ya ve el lector cuál era el original regalo que me había hecho María y que yo con tan esmeradísimo cuidado y devoción guardaba.

En mi primera y única visita a Argentina, en marzo de 1978, y como ya dejé reseñado en el lugar correspondiente o viñeta de estas Memorias, coincidí con aquellas dos hermanas ecuatorianas, y con el americano guapete y borracho que andaba detrás de una de ellas, también bajo el mismo régimen de

encuentro fortuito de todos con todos en Buenos Aires, después de haber venido cada uno de nosotros de nuestro respectivo punto de origen. El caso es que en mi condición de compañero accidental y turista, y al mismo tiempo por echarle una mano al yanqui en su pretensión de quedarse solo con una de las hermanas, con la que parecía haber conectado más, tuve la ocasión volandera de hablar con la otra hermana, que igualmente me pareció... si no superdimensionadamente bella, sí lo bastante atractiva como para hacerme pensar. Según mis cálculos aquellas hermanas eran las segundas muestras absolutas de representación femenina del Ecuador con las que yo me había encontrado. Y tengo que reconocer que mi conciencia experimentó como un forcejeo de incredulidad, como de preguntarse si en dicho país, y siempre en razón de las expectativas tan poco halagüeñas que yo había desplegado respecto de él, ... si en Ecuador podían darse individualidades tan bonitas y tan invitantes. Hablamos muy poco; sólo me dijeron que eran de “la costa”, no recuerdo si de Guayaquil o de algún otro punto; y desde entonces ya se me hizo muy patente la formidable fractura, la enorme diferencia que podía establecerse sin violencia alguna de principios entre la gente de la costa, en general, como más abierta, más mundana, más progresista y emprendedora; y la de “la cordillera”, personalizada en bloque por Quito, la capital, como una forma de ser mucho más adusta, mucho menos aperturizada, mucho más tradicional en el peor y más retrógrado sentido del término. Para mis entendederas y para las instancias que a mí me parecían comportar algún valor, la diferencia que entrañaba dicha dicotomía venía a traducirse en que la mujer de Guayaquil compendiaaba todos los elementos, atributos y mostraciones más solicitados por alguien que como yo se acercara al país para hacer la oportuna cala del turista.

Los últimos días de agosto y primeros de septiembre de ese mismo 1978, y después de pasarme estudiando alemán ocho semanas en el Goethe Institut de Berlín, me fui a Moscú a retomar mis vivencias soviéticas y a poner un broche de oro al cupo vacacional de aquel año portentoso. Lo que me acaeciera en Moscú, casi con exclusividad monográfica en razón de la bellísima y hechicera Tania, ha quedado cumplido en la oportuna viñeta de mis Memorias. Tan sólo recordar aquí..., recordarme acaso que en aquella estancia de una semana en Moscú conocí al diplomático Marcelo Arboleda, en cuya compañía y en la de otros comensales tuve la señalada fortuna de contactar con Tania y sentar las bases de nuestros ulteriores encuentros. Se trataba sin duda alguna de un hombre singular: Llevaba varios años trabajando en el servicio diplomático de Ecuador en Moscú; por lo visto, se había matrimoniado con una soviética y separado posteriormente; hablaba el ruso a la perfección, y cuando yo, en un pequeño aparte durante una de las sobremesas, le hablé “en hispánico”, y él allí en Moscú probablemente a muchas galaxias de pensar en español, y todavía a más distancia de suponer que alguien le hablaría de su tierra y de sus gentes,... aquel hombre corpulento, chato, cargadamente indio, con la cabeza grande y cuadrada, pelo negrísimo y como con lustre de brillantina reciente, cuando Marcelo me oyó soltar con congruencia nombres de literatos y motivos de la historia del Ecuador, como mi tarjeta de presentación..., aquel hombre replegó velas, compactó todos sus recursos, reunió toda su voluntad y todo su entendimiento para hacerse cargo de que tal vez yo, en aquel momento, en toda la ciudad de Moscú y entre sus ocho millones de habitantes, fuese yo el único o uno de los pocos, poquísimos, que le ponía un gigantesco espejo delante, con sus señas de

identidad desplegadas en toda su magnificencia. En mi cuarto y último viaje que hasta el momento he realizado a la todavía entonces URSS, el de 1983, traté de conectar con Marcelo Arboleda, pero se había ido, lo habían trasladado. Nunca olvidaré a aquel individuo, de tan singular valía, de tan original moldura.

El vuelo de Braniff de alrededor de cuatro horas, de Santiago de Chile a Guayaquil en agosto 1979, probablemente lo pasara yo, al menos un buen tramo, sopesando, intentando mediante un juego caprichosamente adivinatorio penetrar en el acierto o no de haber elegido Ecuador como el país inmediato donde acomodar mi turismo vivencial y de aventura. Y me iría asimismo aseverando el exiguo bloque de conocimientos, tan pintorescamente desigual, preguntándome si mis únicos referentes de María; de las hermanas de Buenos Aires; de Marcelo, el diplomático de Moscú..., preguntándome si aquel heterogéneo y desparramado caudal que yo había incorporado a mis vivencias en latitudes de mi tiempo y de mi espíritu tan irrepetibles, tan anecdóticas, si aquello todo junto podría formar un plinto de experiencia, un precedente orientador respecto de lo que estaba por venir en la más absoluta de las inmediateces, en cuestión del rato que faltase para tomar tierra en Guayaquil. Creo que fue más o menos así como fui entreteniendo los ocios de mi vuelo.

El aeropuerto de Guayaquil está, prácticamente, dentro del casco urbano, lo cual, exceptuando la aprehensión que produce volar a ras de los tejados, tiene la ventaja de que los traslados hasta el centro de la ciudad podrían hacerse a pie en caso de emergencia. Guayaquil en 1979 rebasaba los 800,000.- habitantes y desde luego y a todos los efectos era el primer nudo de comunicaciones del país. Desde entonces aprendí para

siempre que para los ecuatorianos “Guayaquil es *la costa*, y Quito es *la sierra*”. Me fui a hospedar al Hotel Humboldt Internacional, en el Malecón Simón Bolívar, con vistas al río Guayas. Conservo un folleto, o mejor, una octavilla a modo de programa de mano de publicidad e información sobre el Hotel Humboldt, en cuyo reverso se reproduce un plano de esa parte central de la ciudad de Guayaquil, y me causó impresión comprobar la semejanza entre la plasmación de la situación del Hotel que se hace en dicho programa, y la fotografía que en papel cuché, colores blanco y negro rigurosos, reproduce la *Geografía Universal* Gallach de 1953. Guayaquil se asienta en la ribera derecha, o sea del poniente del río Guayas que a pesar de distar ya 50 kms. de la desembocadura conserva aún la anchura y el empaque de estuario, con más de mil metros entre las márgenes. El Hotel me gustó: Incorporaba entre sus particularidades una especie de ampulosidad algo desgarbada, y una gran comodidad de acceso, junto con la relativa mengua de tráfigo que significaba tener todo un frente asomado al río, sirviendo de formidable colchón acústico. Era ya de noche cuando consideré terminado el menester de tomar posesión de la habitación, lavarme, colocar las cosas más imprescindibles y disponerme a dar una vuelta. En la Recepción del hotel me recomendaron que, si iba andando, no me alejara mucho, ya que el espacio de los malecones, en general, no era de los lugares más seguros. Con todo, decidí salir a merodear un poco. Recuerdo que aquella ciudad, efectivamente, me propició una sensación intensa de concentración humana poderosa, abigarrada, empapada en el vaho de toda la masa acuosa que la bordeaba. Los típicos signos externos de las urbes compactadas con gran movimiento de comunicaciones, con transacciones comerciales y dinámica generalizada, a saber, suciedad en forma

de montones de basura sin recoger, montículos de detritus en cangilones, contenedores, etc, pendientes de ser procesados por los servicios públicos..., todo ese tipo de impresiones me llenaron la vista y me colmaron de olores y de interpretaciones emocionales la conciencia. El ángulo que formaba el suelo de la calzada o calle y las paredes de los edificios, o las vallas de demarcación levantadas, estaba lleno de papeles, cartones, desperdicios que se transformaban en un ejército de cuerpos móviles y atropellados cuando la brisa los desperezaba de su letargo... Me fue difícil precisarlo..., pero al fin comprobé que sin duda se trataba de una rata, un enorme bicho que enredó entre la basura y que al desglosarse de un montón de broza se identificó por su correteo buscón, tirando de un rabo larguísimo, levantando su giba, arrastrando su pavorosa y proverbial repugnancia. Más elocuentemente que todos los repertorios informativos aquella rata compendió de golpe la realidad de una ciudad portuaria, dentro de la concepción de cierta incuria y desarreglo que la cosmovisión hispánica suele incorporar en sus manifestaciones. En vista de que campar solo por mis respetos no parecía, en efecto, muy recomendable quiero recordar que regresé al hotel y que di la jornada por concluida.

El día siguiente decidí emplearlo sobre todo en el diseño o montaje de una buena excursión. Bien fuese a través de la publicidad convencional para turistas que hallara yo en el hotel; bien por la información proporcionada por una obra tan excelente como la *Panam's World Guide*, cuya edición de 1978 tal vez ya la hubiera yo adquirido, el caso es que las opciones que normalmente se le parecían ofrecer al viajero animoso y sin estrecheces de economía eran, de un lado, visitar las Islas Galápagos; y de otro, acometer un viaje de alrededor de cuatro días por el río Napo y adentrarse en la selva o “Jungla

amazónica” como rezaba el anuncio del programa, todo lo prudencialmente requerido para menesteres así. Pregunté en el hotel y me recomendaron varias Agencias de viaje. Conservo la tarjeta comercial de Coltur: Ecuatoriana de Turismo; así que deduzco con plena seguridad que fueron ellos con quienes llevé a cabo mis gestiones. Recuerdo algo confusamente además algunos “tira y afloja” respecto de ciertas opciones. Lo primero de todo fue desistir del programa “Aventuras en la jungla Amazónica” al enterarme mediante consultas personalizadas y concretas que la travesía Napo arriba no carecía de interés, pero que solía resultar incómoda las más de las veces por la cantidad de mosquitos con los que tenía uno que habérselas; y que por muchos ungüentos, repelentes y palmetazos de que uno se sirviera siempre se llevaba las de perder. Bueno, deseché completamente, y no sin remordimientos, la excursión, ya que los términos con que la anunciaban en castellano y también en inglés, con todo lujo de detalles, guardaban el venenillo de lo exótico. Consistía en hacer el viaje en el “Flotel” Orellana, un Hotel flotante de tres pisos supuestamente dotado de todo el confort imaginable. Pero los mosquitos y la serie de desplazamientos, primero hasta Quito, y después y siempre en avión hasta los lugares de embarque en el río Napo, con arreglo a los días de excursión estipulados, recargaban insalvablemente la complejidad de aquella excursión y, como digo, desistí por completo.

Me quedaba la opción más atractiva y más natural al mismo tiempo, la de las Islas Galápagos, que la veía estructurada en unos tramos de acción claros, definidos y lineales. Comprendía un solo vuelo de ida y otro de vuelta, y tal fue la opción que acaparó ya monográficamente mis expectativas. Pero la cosa no era tan fácil como mentalmente se me había planteado

en un principio. Por detalles que se le irán desglosando en su momento al lector, yo pude percibir que los ecuatorianos eran bastante gitanos y chalanos en el asunto del dinero; o sea, gente de la que uno más bien no debería fiarse. Mis primeros tanteos lo único que pusieron de manifiesto fue que los de la Agencia que fuere [y creo que todavía no había entrado en contacto con Coltur] querían a toda costa colocarme una excursión en barco larguísima y costosísima que en mi caso, para mi desgracia o por mi suerte, quedaba descartada automáticamente por mi aversión a los barcos, y en el caso que nos ocupa, a una travesía completa de más de dos mil kilómetros. No, barco de ningún modo, les dije: Ni regalado. Y creo que se lo dije con tal rotundidad que a partir de ahí comenzaron a sondear el terreno en lo relativo a los pasajes de avión. Me dicen que no hay billetes, bueno, lo típico en estos casos, que todas las plazas están vendidas y que... Quiero creer que cuando conservo yo la tarjeta de Coltur es porque acabé concertando con ellos mi vuelo a Galápagos. Pero lo cual no fue sin que, de alguna forma, les pagase un precio extra por el favor. Sin tanta desfachatez sí me dijeron que había siempre unas plazas en reserva hasta última hora..., y que esa “última hora” se trataba de una expresión flexible en razón de... muchas cosas. Yo pensé que estar en Guayaquil de paso y encontrar una excursión a las Galápagos de tres noches, a mi medida, bien podía merecerse la flexibilidad de un precio extra, y no dudé en aceptar. Allí mismo, en Coltur, concerté con la señorita que me atendió un “sight-seeing trip” de Guayaquil aquella misma tarde, cuando ella terminara su trabajo. Era cosa de hacer un poco más de gasto turístico y de paso charlar con una mujer muy guapa como era Katbe Touma Abuhazar que a la hora prevista se presentó en mi hotel con un coche de su compañía. La verdad es que no recuerdo nada reseñable de

Guayaquil, porque más que mirar a las cosas que según las valoraciones establecidas pudieran resultar de relevancia para un turista como yo, fui atendiendo más a lo que me contaba la Sta. Touma. Me dijo que era palestina y cargó mucho las tintas sobre el tema de la discriminación perversa y sostenida que su pueblo, siempre según ella, había sufrido y seguía sufriendo a manos de los israelitas y de las potencias occidentales que les habían ayudado a entronizarse en un territorio que les pertenecía a ellos; a los palestinos quiero decir. Yo me hice el tonto, como correspondía a un tema que había ya oído comentar un millón de veces y lo seguiría haciendo [no digamos cuando unos cuantos años más tarde visité Israel, y luego Jordania, etc.] Aventuré tímidamente algo así como que Jordania disponía de una inmensa porción de territorio deshabitado donde unos cuantos millones de palestinos podrían instalarse. No le hizo ni pizca de gracia a la Sta. Touma mi sugerencia y opté por no insistir. Como digo, aquella excursión de noche por Guayaquil careció de interés especial; tan sólo que volví a percatarme del empaque algo sucio y destartado de la ciudad, más que nada por toda la línea de muelles de carga a orillas del río Guayas. Los 20.- \$ USA que le regalé a la Sta. Touma los consideré como una gratificación por sus oficios con el pasaje de ida y vuelta a Galápagos, y de reconfirmación de mi vuelo de Guayaquil a Caracas, de regreso a España; y al mismo tiempo, y con toda intención, tampoco quería regalarla nada por nada, en un plan que muy probablemente, tratándose de una mujer temperamental como ella, hubiera mal interpretado como soborno, o simplemente como contraprestación por un proyecto de otro tipo de servicios.

Al día siguiente, con la aquiescencia del hotel, me dejé allí parte del equipaje que no necesitaría en Galápagos. Se

trataba de que a mi regreso de las islas permanecería un solo día más en Guayaquil, hasta mi vuelo hacia Madrid, vía Caracas, de la posterior fecha. Las líneas TAME (algo así como Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos) eran las encargadas de los vuelos a Galápagos. Usamos un cuatrimotor de hélices que hizo el trayecto con toda normalidad en alrededor de dos horas. Aunque la capital administrativa, Puerto Baquerizo, se halla en la isla San Cristóbal, la más oriental de las cuatro únicamente habitadas, es sin embargo Santa Cruz, en el centro del archipiélago, la que ofrece con mucho el espectro de intereses turísticos y científicos más desarrollado, y dentro de ella la ciudad Puerto Áyora, al sur absoluto, la que asienta el núcleo urbano y hotelero más significativo de todo el conjunto. Y allí era precisamente donde nos dirigíamos. Ahora bien, de momento el aterrizaje se efectuaba en un pedacito de islote que se encuentra al norte de Santa Cruz, a modo de lobanillo o escrófula que le hubiera salido, y separado de ella por un canalillo de mar de menos de medio kilómetro. Pues bien, era allí precisamente, en aquella islita, de nombre Baltra, donde el gobierno ecuatoriano había construido el entonces único aeropuerto de todo el archipiélago. Según mi creencia fue más tarde, en 1986, cuando Ecuador dotó a Galápagos del segundo aeropuerto, instalado en Puerto Baquerizo Moreno, capital administrativa -- como dijimos -- sita en la isla San Cristóbal. Estos datos, sin ánimo de exhaustividad rigurosa, ni de conciencia errónea, los extraigo del número January 1988, corroborado por el de April 1999, de *National Geographic Magazine*. El avión aterrizó allí, un pedrusco prácticamente, una verruga desbastada para la instalación del aeropuerto y cuatro casetas más de asistencia a los viajeros. La islita, al parecer, en régimen de base militar aloja a todos los servicios y prestaciones de las Fuerzas Armadas de las

Galápagos. Nos dispusimos todo el pasaje a esperar que estuviese operativo el ferry que nos salvara el brazo estrecho de mar y nos dejase en la tierra firme de Santa Cruz.

Al aire libre cada cual supongo que procuró hacerse con la situación que le rodeaba. Estábamos, con toda evidencia, sobre una islita que por las características del terreno había consentido la construcción del aeropuerto en su superficie. Con un americano que parecía servir de guía a un grupo de viajeros cambié impresiones. Me preguntó si había yo reservado alojamiento en Puerto Áyora, y es curioso que no recuerde si en Guayaquil me lo habían hecho o no. De todas formas, me habló de un tal Jimmy “Piris”... “Peris”, ... “Pires”..., yes, “Piires”... “Oh, you mean *Pérez*”... claro, hombre, Jimmy Pérez, a cargo del hotel Solymer, una especie de coordinador de las plazas hoteleras de la isla. El transbordador nos recogió y nos pasó a la punta más septentrional de Santa Cruz. Las cosas se iban poniendo en su sitio. El pequeño islote Baltra parecía presentar características geológicas más fiables que ningún otro punto. Toda su superficie utilizable se había empleado en la construcción del aeropuerto que con sus aproximadamente 2,500 metros de pista podía hacerse cargo de cualquier jet convencional.

Una vez en Santa Cruz se me fueron aclarando las cosas. La llegada a nuestro destino, Puerto Áyora, justo en el extremo sur, debajo verticalmente de Baltra, por supuesto que se hacía en autobús por una carretera de tierra que, bajando un poco en sesgo hacia el oeste por Santa Rosa hasta el centro de la isla, torcía de nuevo al este hasta el villorrio de Bellavista, para ya caer en plomada hasta Puerto Áyora. La pista, aunque naturalmente de tierra, estaba suficientemente cuidada y servía para su propósito; y su trazado, desde el ferry de Baltra hasta la Academy Bay,

donde se abrigaba Puerto Áyora, ya entonces con más de 3,000.- habitantes,... la ruta, digo, bordeaba un nódulo volcánico central con la elevación del Cerro Crocker de 864 metros como el principal promontorio de Santa Cruz. El viaje duraba cerca de hora y media. Alcanzamos Puerto Áyora y, como dije, bien porque lo hubiera ya concertado en Guayaquil -- que no creo --, bien por indicación directa del americano con quien conversé en Baltra; o bien porque preguntara nada más bajar del autobús -- que creo que sería lo más probable -- el caso es que caí en el Hotel Galápagos, en el extremo de una especie como de ensenadita, muy cerca del agua.

Nada más llegar, una sucesión de aspectos inusuales me pusieron en la pista de que más allá de la literatura archiconocida sobre las Islas Galápagos; de todos los datos y detalles de erudición accesibles mediante la consulta de cualquier repertorio de geografía o de periodismo de investigación turística..., más allá, digo, de toda la teoría con la que uno pudiera haber entrado en contacto por métodos convencionales, el hallarme allí, en Puerto Áyora, en el Hotel Galápagos [y acaso podría haberse tratado de cualquier otro, pero para mayor abundamiento de vivencias éste añadió particularidad a mi estancia] sustituyó con novedad y con la frescura de una fuerza desconocida, a todo prejuicio, a todo conocimiento más o menos fundado con que yo me hubiera acompañado previamente. El propietario se presentó a mí, bueno, nos presentamos. Se trata de un norteamericano, . Forrest Nelson, supongo que uno de los muchísimos yanquis que eligieron en su momento buscarse otra forma de vivir fuera de los USA [Este hombre, según fui entendiendo paso a paso, se había establecido allí, en Puerto Áyora, y había tomado como compañera -- él no mencionaría nunca “su mujer”, que yo recuerde -- a una nativa, con seguridad que trasplantada desde el

continente. Pero de todo ello se hablará a su tiempo] Mr Nelson me dio la bienvenida y acaso me extendió una acogida algo más detallista y alejada de lo convencional al comprobar que yo era español, es decir... ecuatoriano también, en régimen subsidiario del alma hispánica, de lo que de español encierra lo ecuatoriano, y viceversa, por eso de que la lengua es la sangre del espíritu; y al mismo tiempo el lustre que mis años de anglista habían dejado y seguían dejando, de momento para dirigirme a Mr Nelson en inglés polivalente y holgado, digo que todo ello quizás animara al dueño del Hotel Galápagos a dispensarme una cordial acogida, aunque con algo de cautela y vigilancia por lo que en los dos días sucesivos ocurriría. El hotel se componía de bungalows separados, además del edificio principal donde tenían lugar todas las comidas y menesteres de sociabilidad. Recuerdo que el propio Mr Nelson cogió una carretilla de esas de la construcción, convencionales, y transportó en ella mi equipaje, un bolso, hasta mi caseta. No había llaves; quiero decir que el hotel no disponía de llaves para los respectivos apartamentos o bungalows. Cuando a mi requerimiento de que se me entregara mi llave, Mr Nelson me dijo que allí no había llaves; que el hotel no disponía de llaves; que las puertas podían quedarse abiertas y que “keys are the only things that get lost” (“lo único que se pierde son las llaves”); cuando el hombre acompasaba lo que decía con lo que hacía, es decir, llevarme en carretilla el equipaje, mostrarme mi habitación y darse la vuelta, percibí que una dimensión de convivencia, o bien desconocida, o bien olvidada, me estaba invitando a dejarme conducir con arreglo a sus pautas. Me quedé solo y saboreé aquella cuota personalísima de vivencialidad. La habitación era rústica pero con todo lo necesario. No hay cortinas. Mr Nelson me había indicado ya algo sobre el particular, que junto con mi diligencia por ambientarme lo antes

posible, me hizo poseedor de prácticamente todo lo que era necesario saber. Las luces, una hilera de bombillas a lo largo de las pasarelas intercomunicantes de los bungalows y el edificio principal, parecen estar siempre encendidas. Hay plena luz del día y los bulbos lucen. En cada habitación el hotel deja una palmeta con la que abatir algún animalejo intruso. Ya he visto arañas. Pero hay realidades que si enunciadas sin más invitan a representarse un cuadro de valores resueltamente distinto a como efectivamente son cuando experimentadas por derecho. Las arañas que vi en mi habitación ni siquiera me infundieron la dosis congrua de repulsión o de temor como para que las machacara a golpes de palmeta.

Me arreglé un poco y me dirigí al edificio central. Comencé a ver la mayor cantidad de lagartijas y lagartos que nunca jamás hubiera visto ni viera con posterioridad. Salían de todas partes y se paseaban con plena tranquilidad por las piedras que formaban las pasarelas o paseos elevados. Uno fijaba la vista en una figura quieta, como impresa en la superficie de una roca, y de pronto ésta se movía a otro lugar, y quedaba sustituida por otra u otras largartijas, de la familia, supongo que con el número de nombres exacto previsto por los naturalistas. Mr Nelson me informó de que en las islas Galápagos se hacía la vida con arreglo básicamente al sol; de momento, las comidas se sirven a las 07:00; 12:00 y 19:00 respectivamente, concediéndose unos minutos de cortesía de retraso, cosa que me pareció muy bien. El hotel rogaba que los comensales expresasen su voluntad de asistir o en su caso de faltar a cualquiera de las pitanzas con el fin de no desperdiciar productos alimenticios, caros de disfrutar allí; además de evitar el gasto por una consumición no realizada, ya que la Administración del hotel separaba el coste del alojamiento y el de las comidas, cosa que también me siguió

pareciendo bien. Mediante un toque de campana desde el centro del espacio, equidistante de todas las cabinas, se convocaba al refectorio. Aquel ambiente era lo más parecido a lo que imaginativamente yo entendía como Edad de Oro, en que no se distinguía lo privativo de cada cual de lo de los otros. Y también, como he dejado dicho más atrás, era una realidad que se posaba en todo el volumen que mi persona desplazase; se sentía en peso, en dimensión; era una evidencia de tenor incontestable; se daba por sabido. Salir uno de su cuarto y comulgar con la irrefragable seguridad de que nadie iba a interferir con la propiedad privada era algo señaladamente original y revelador.

Tuve la afortunada ocurrencia de escribir una serie de notas en el reverso de dos cartulinas turísticas, “The Exciting Galapagos”, proporcionadas por el hotel y que, aunque escuetas e insuficientes, me están ayudando a reconstruir la secuencia de sucesos que tuvieron que ver conmigo. Guardo por suerte el billete o boleto de fecha 14-8-79 que al precio de \$ USA 6.- permitía la entrada a “las reservas y parques nacionales”. Probablemente mi segundo día de estancia, y que dedicaría íntegramente a andar por allí y a familiarizarme directamente con las cosas, correspondería a dicha fecha señalada en el salvoconducto. Recuerdo con toda precisión que me acerqué hasta la “Estación Científica Charles Darwin”. Todo el camino estaba plagado de lagartos, lagartijas, y de esas familias de reptiles allegados. Asimismo las iguanas, como lagartos grandazos o caimanes pequeñitos, ya se dejaban ver por todas partes, pero con aire absolutamente inofensivo; animalitos feos como ellos solos pero pacíficos increíblemente: Uno los miraba y no se sabía nunca si estaban durmiendo o estaban devolviendo la observación. Por las laderas de los malecones subían y bajaban cangrejos, en un interminable desfile placentero. Parecía

como si allí un segmento del Arca de Noé hubiera encontrado el paraíso, de acuerdo con el hombre; nadie les perseguía, nadie les intimidaba. A los durmientes, turistas o no, nos despertaban los pájaros y la luz. En la Estación vi a dos tortugas gigantes, completamente, desmesuradamente grandes. Un animal que daba la impresión de poder estar así, quieto, dentro del caparazón, durante una larga serie de años. Era curioso: Yo allí, a un metro escaso de aquellas criaturas, separado por una valla de señalización de espacio más que de limitación de movimientos, o mucho menos de obstáculo a que nadie o nada se trasladase de lugar. La pajarería es impresionante: algunos protagonistas se posan y se cagan encima de las tortugas gigantes, ante la parsimoniosa indiferencia de éstas.

Regresé al pueblo, y al pasar frente a una casa a cuya puerta se hallaba una señora isleña, escuché por la radio la canción de Camilo Sesto “El amor de mi vida... has sido tú”, a lo que con todo el entusiasmo que permitía la ocasión entoné yo una réplica superpuesta, como en busca esperanzada de una aquiescencia, de un acuse de recibo de mi exhibición. La señora se sonrió, asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Supongo que no tendría elementos de juicio que exteriorizar para hacerse cargo de mi persona. Por todas partes se veían iguanas, iguanitas campando con la más envidiable de las tranquilidades: cantidad de iguanas en el paseo de cemento hacia el muelle, en la Bahía de la Academia. Seguí andando hasta detenerme frente a un hombre que se ocupaba en fabricar módulos rectangulares, de cemento y arena, para la construcción. Empleaba una máquina matricera, de mano, que sacaba el molde húmedo y que a continuación él colocaba a secar en un apilamiento allí al lado. Me interesó comprobar el enorme valor que tenía necesariamente que adquirir en aquellas islas el cemento por la cantidad...

medida y aquilatada, exigua según mi corto y leal entender en materias tales, que el hombre mezclaba con la arena y con el agua. Cada saco de cemento, según me contó, tenía que justificar cierto número de módulos, y ello era a base de conjuntar la mayor cantidad posible de arena con la cantidad mínima e imprescindible de cemento para que la pieza, una vez seca, no se desmoronase. Charlé gustosamente con él y me explicó, muy comunicativo, que el cemento allí era un artículo de lujo carísimo; y que todos los materiales de construcción tenían que llevarse del continente; de ahí el tremendo cuidado con su utilización y lo parco de la proporción de cemento en la producción de la argamasa para piezas de albañilería. Por el contrario, quedé sorprendido del precio más que razonable, tirando a barato, de cierta fruta, y encuentro en mis notas: “4 sucres (=10.- pts.) un kilo de plátanos y naranjas”. Pregunté por el señor conocido como Jimmy Pérez y me dirigieron a su Hotel Solymar. Se correspondía con un hombre enormemente cordial y de gran predicamento en la isla; un promotor turístico establecido y respetado. Me invitó a sentarme en su terraza y me festejó con un postre abundantísimo y riquísimo de helado. De pronto vi que una iguana negra y grande, de unos 60 cms. de larga, se arrastraba hasta él. Me dijo que no me inquietara; que tenía algunos animalitos a los que cuidaba con especial atención; a ésta se aprestó a darla un succulento plátano que la iguana comió diligentemente, aunque con gesto abúlico, de su mano. Me dijo el Sr. Pérez que las islas abundaban en ratas y pensé en un tipo de roedores como aquella muestra grande que había visto en la Isla de Pascua la Navidad anterior. Conversamos sobre bastantes cosas. Me informo de que el turismo estaba controlado por ingleses y norteamericanos mayormente; que las islas incorporaban como una de sus características más chocantes la

del cambio de temperatura en el curso de unas cuantas horas, como si la corriente de Humboldt que las afecta se cargara caprichosamente de alternancias térmicas. A pesar de lo que le conté de mi aversión a subirme en un barco, el Sr. Pérez me recomendó que hiciese la excursión a... [aquí carezco de recibos, registros o información] creo que a unos islotes llamados Plaza..., que el barco era muy cómodo; que sólo eran dos horas de travesía de ida y otras dos de vuelta, y que al ser prácticamente navegación de cabotaje..., que la embarcación no se movía, y que iba a constituir una experiencia única en mi vida. Aun a costa de vencer una gran renuencia, acepté, en parte por cumplimentar aquella dosis de crédito que el Sr. Pérez me endosaba; y también porque era a través de sus oficios como adquiriría yo el boleto de la excursión, con todas las prioridades del mundo.

Aquella noche durante la cena en el hotel pude cerciorarme con más parsimonia del diseño familiar de Mr Nelson. Él se encontraría sobre los sesenta años, de complexión recia, pelo completamente blanco, apostura “easy going” aunque con traza como de cierto señorío, como sabedor de la ventaja del cambio de la divisa social USA en un país subdesarrollado de Iberoamérica como Ecuador. Y eso está por encima de cualquier acto de voluntad. Hay realidades que se sienten impuestas, marcadas a fuego natural, con las que uno convive en la más entrañable de las comuniones. Y supongo que para . Forrest Nelson ser norteamericano USA y residir en un corpusculito de territorio ecuatoriano como las Galápagos le prestaba todas las premisas válidas para que su conciencia de superioridad se explyase hasta las cotas impuestas únicamente por la proporción y el buen sentido. La ecuación vendría a ser: materia prima USA en decadencia más aditivo ecuatoriano perteneciente

al 25% de la valoración superior, igual a producto razonablemente satisfactorio. La mujer de Mr Nelson tendría entre 30 y 35 años y desde un principio la encontré callada, discreta y atractiva. En una sola ocasión oí a Mr Nelson referirse a ella por el nombre de... Una verdadera pena no recordarlo. Por ese tipo de envoltura fónica que con tozudez cordial se resiste a desglosarse definitivamente de nuestra retentiva, sí tengo grabado que se trataba de un nombre de dos sílabas, muy español, muy establecido, muy normal..., como, ... dejémoslo en Rosa como hipótesis de trabajo, porque creo que era Rosa, y en caso de que durante la redacción de esta viñeta no me sacuda un resplandor más exacto del recuerdo y me traiga recuperado el nombre indiscutible de aquella mujer..., quédese con Rosa. Rosa iba y venía por el hotel, ocupada en las labores propias del cuidado de la comensalía. Era evidente que a ella correspondían las tareas de la intendencia, sin que su ademán exteriorizase ningún signo de autoridad gratuita o caprichosa, sino una ajustada conciencia de su condición de consorte de un buen amo, junto al cual ningún temor de presente ni de futuro podría prevalecer en su contra. Desde el momento de mi llegada noté que me miró con algo de curiosidad. Claro que me informé del hecho de que viajeros españoles a las Galápagos no abundaban. Pero lo que sí era cierto del todo es que en aquel hotel pequeño y familiar no solían tener cabida grupos numerosos, sino que más bien se dedicaban al turismo individualizado.

En ese mi segundo día tuve ocasión de saludar a un hijo del Sr. Nelson, un joven característico americano, con todos los “tics”, gestos, probablemente involuntarios y endémicos, de prepotencia y de solvente determinación, quiero decir, como dando por hecho que todo tendría que producirse con arreglo a las expectativas que su cultura y sus esquemas hubieran previsto.

Es curioso: Dentro de los planos de situación absolutamente distintos e incontestables, este muchacho, Mr Nelson junior, llamémosle así, me recordaba al otro norteamericano anterior con el que coincidí en Buenos Aires haría entonces algo menos de año y medio, con motivo de la compañía compartida con las hermanas ecuatorianas “de la costa”. Sí, muy curioso lo de los ramales de afinidad soterrada que pertinazmente taladran y taladran instancias de ámbitos heterogéneos para venir a encontrarse en una especie de convocatoria espiritual de reconocimiento y afirmación de sus parentescos solapados. Aquellos dos jóvenes yanquis me inspiraron toda una teoría de claves afines. Éste de ahora, Nelson junior, se había traído a su novia, una chica... típica norteamericana, desenvuelta en todo aquello cercano a su incumbencia e interés, y totalmente fuera de juego en el resto de manifestaciones en el que todos en un momento u otro nos encontramos inmersos. Por aquella época una chavala USA que no fuese..., bueno, eso que con término insolidario y poco piadoso entenderíamos como fea, pues resultaba graciosa, “good-looking”, bien parecida, y tales evidencias atributivas mi espíritu no tenía el menor empacho en reconocer en la novia de Nelson Jr. Pero dentro del régimen de curiosidades que me he puesto a declarar, también interpreto como “curioso” el hecho de que nada más tener ocasión de cambiar unas cuantas palabras con todos los de allí, con Forrest, con su mujer, y con la pareja de jóvenes, tuve la impresión fundamentada de que veían en mí a alguien no clasificable; no manejable. Probablemente me oyeran hablar con Mr Nelson de mis años en el continente norteameriano, y de que no tenía intenciones de regresar nunca más; o sea, alguien que habiendo estado en posesión del privilegio mirífico de vivir en los USA había renunciado libremente a dicha bendición por encontrar a

todo ese sistema de cosas “not good enough”, como decimos en inglés; y al mismo tiempo era español, culto, pudiente, con mi filosofía de valores totalmente establecida y sin necesidad de que nadie, sobre todo en territorio ecuatoriano, me mostrase ninguna pauta, porque allí en Galápagos yo era muy superior a todos ellos; porque concurrían en mí los resortes norteamericanos, y los estilos de vida hispanos más que nada incorporados a través del manejo de la lengua y de los incontables recursos que la “sangre de mi espíritu” hispana me ofrecía en tierras de Ecuador.

Aquella noche ocurrió que buena parte de esa fundamentación espiritual de que mi alma podía hacer gala se vio cumplimentada con la presencia de un joven italiano que también vacacionaba allí y se hospedaba en el Hotel Galápagos. Este chico, creo que de nombre Antonio, se había llevado una guitarra y rasgueaba algún retazo de melodía de consumo habitual. ¿Se imagina el lector? Conecté con él inmediatamente en el tema del canturreo, y aquello fue otro motivo más para que los señores Nelson, la mujer ecuatoriana del mayor, y la novia americana del hijo me mirasen con redoblado concernimiento. Mi despliegue de facetas, que no era sino la inevitable y gloriosa simplicidad de pertenecer a una misma tradición clásica, mi herramienta en registros líricos, en ritmos, en letras de las canciones [recuerdo que me detalló Antonio alguna palabra de Nicola di Bari] en lenguaje y en tiradas de versos del “dolce stil nuovo”..., todo ello propagó un aura de alarma en aquella buena gente: en el elemento ecuatoriano porque, de momento, Rosa se percataba de que alguien como yo, independientemente de valoraciones positivas o negativas, no caía frecuentemente por allí; y en el elemento USA porque constataron que no había nada que me pudieran enseñar.

A todo esto, durante la cena había yo reparado en una jovencita, con carita de niña, que lógicamente tenía que estar relacionada con la empresa del hotel. Ayudaba a Rosa en los menesteres domésticos, pero más de una vez, sobre todo al final de la cena, y cuando se imponía la recogida completa de los cacharros, etc., era entonces cuando se detenía a escuchar las letras de las canciones en español que a fuer de archiconocidas y transitadas, Antonio mejor o peor acompañaba con su guitarra. No conservo detalles pero tuvo necesariamente que tratarse de algún inefable bolero universal, tal vez alguna cosa de Frank Sinatra..., y en lo privativamente iberoamericano, pues acaso lo más contiguo, lo más cercano a Ecuador lo constituyera alguna cosa de Perú, y como ya se sabe que en esto de la música se pueden pasar por alto las diferencias sobre cuestiones geopolíticas, sospecho que melodías como “La flor de la canela”, por decir lo más aséptico, no empeorarían los sentimientos nacionales hacia el país de los incas, por la inveterada disputa sobre límites. No, aquella chavalilla, cuyo nombre no sé si ya aquella noche le pregunté, no creo que pensara en términos que no fuesen de exclusiva complacencia venida de mis canturreos, generada por mi infatigable despliegue de facetas del “latin lover” sólo que de España, y debido a mi edad ya de 43 años, barnizada con un toque de “carroza” o clásico sin tiempo.

Al día siguiente, en el muellecito de la Academy Bay de Puerto Áyora nos embarcamos para la excursión, quiero creer que a las Islas Plaza, promontorios muy cerca de la costa de Santa Cruz de la parte este. Si, como creo, se trataba de las así llamadas Islas Plaza, según el texto de un bonito folleto turístico están a dos horas de travesía, “siendo éste uno de los lugares más interesantes del Archipiélago, por las numerosas colonias de lobos marinos, los que nadan al encuentro de las embarcaciones.

También podrán admirarse mansas iguanas de tierra que acuden a dar la bienvenida al viajero, pinzones de Darwin, gaviotas, piqueros, pájaro del trópico de rojo pico con elegante y larga cola”..., etc., etc. Esto y muchas cosas más es lo que dice el programa, que no hace al caso ya que tengo bastante con preservar lo más saliente de aquella excursión. Navegábamos en un barco pequeño, suficiente sin embargo para acomodar en régimen de desplazamiento diurno, a unos cuarenta pasajeros. El efecto no tardó en producirse, quiero decir, de mi propensión al mareo. El mar estaba normal para aquellos acostumbrados a moverse en él, pero horriblemente inquieto para mí, aunque creo que no hubiera significado gran diferencia, porque una vez que una percepción se aloja en la conciencia con carácter indefinido, cualquier dosis de recuerdo, por mínima que sea, desencadena el proceso de repulsa con toda la virulencia posible. Si bien la navegación era de cabotaje, quiero decir que nunca estaríamos alejados de la línea de costa de Santa Cruz más de dos o tres kilómetros, los movimientos de oscilación, cabeceo, mecimiento, tumbos y la secuencia proverbial de particularidades locomotrices que las cosas experimentan sobre el agua se fue cumpliendo de acuerdo con la más temida de las anticipaciones. Me tomé dos biodraminas con el fin de atontarme un poco y hacer que mi organismo fuese lo menos vulnerable a las acometidas patológicas que siempre buscan los vados sanos y al mismo tiempo más desarbolados de nuestro organismo. Además, mientras que duraba la travesía conseguí sentarme en lo que creí centro geométrico de la zona de pasajeros, donde con todo el rigor matemático debería experimentar el menor recorrido de movimiento oscilatorio de la nave. No faltó la nota desenfadada, y esta vez a cargo de uno de los muchachos de la tripulación, quien al verme los síntomas de cara cérea, me sugirió que me

pusiera a pensar en la compañía... no sé cómo lo dijo, pero muy expresivamente, sí, eso, que me imaginase que me hallaba con la mujer de mis sueños y que... entonces no habría lugar para el mareo. Recuerdo distintamente que la comida la sirvieron en el barco, en uno de los atraques. Y también que desembarcamos en algún lugar de aquellas Islas Plaza. Pero el espectáculo esencial se divisaba desde el barco. En efecto, iguanas, cangrejos, lobos marinos [difícil para un lego distinguirlos de las focas], gaviotas, pájaros grandes, pelícanos, etc. Todo aquello en cantidades abrumadoras, variadísimo, un trozo de planeta convertido en una especie de zoo particular. Ahora bien, aquella portentosa mostración de bichos tanto de tierra, como de agua, como anfibios me puso una vez más en la senda de ciertas evidencias, la más abultada de ellas: la de que hay cosas, realidades, criaturas que están mejor como normalmente están, y que no resulta oportuno el hecho de que queramos cambiar esa disposición ordenada. Cuantas veces hemos visto en fotografía o en película a estos animalitos de las focas, de las morsas, de los lobos marinos y demás parentela, nos ha agradado la congruencia de su hábitat, sus proporciones, sus enormes familias, lo bien que llevan su condición de... animales grandes, de lo que son; lo bien que contribuyen al equilibrio ecológico, a la sopesación ambiental..., y no hemos abrigado ningún sentimiento o deseo de que las cosas dejaran de ser lo que son y de la manera como nos han resultado familiares. Pero de cerca, y sólo como ejemplo, el olor de los leones marinos [o lobos, que ya no estoy seguro, aunque me da exactamente igual] es apestoso, horrible; son una masa de varios cientos de kilos impregnados como de brea, excremento y cualquier cosa que hieda; huelen fatal y eructan muy cómicamente, haciendo de su existencia una de las realidades más disparatadamente

incompatibles con las nuestras. Sin embargo, y por lo menos en aquellas colonias que visitamos, son pacíficos. Una norteamericana gorda y fea para más señas se arrojó en traje de baño entre unos cuantos de estos bichos, siguiéndoles en sus evoluciones juguetonas junto al barco, en una pequeña hondonada de agua no del todo sucia. La verdad es que la virago yanqui hizo la mar de bien su numerito en medio de aquellos bichos bigotudos, regoldantes, apestosos, y en una cala o poza de agua fría.

Las otras dos horas de regreso a Puerto Áyora no arrojaron ninguna novedad. Yo me marchaba a Guayaquil al día siguiente por la mañana. Iban a ser, pues, tres noches y tuve el convencimiento de que aquí en Galápagos había sido yo más afortunado con el cálculo del tiempo que en la Isla de Pascua (Chile) donde, en parte y subjetivamente por mi desconocimiento, y por razones objetivas de que a causa de la frecuencia de los vuelos no era posible una estancia en Rapa Nui de menos de cuatro noches, comprobé que un par de días bien aprovechados se podían haber hecho cargo de la oferta turística. En Galápagos tuve la satisfactoria impresión de que había acertado con la ecuación correcta entre tiempo y menester viajero.

Llegué al hotel un poco antes de la hora de cenar. Mr Nelson estaba acabando una partida de ajedrez con Antonio, el chico italiano. No parecía pasar ninguno de un nivel muy discreto de aficionado. No obstante, no dije nada ni me permití hacer análisis sobre la posición ni alusiones a la, por otra parte y como digo, calidad elemental de juego que esgrimían los adversarios. Hice tiempo mirando detalles en el salón. Hay acaeceres sorprendentes. Acaso recuerden mis lectores que en Chile, en casa de Lucía, me había topado con un texto de Khalil

Gibrán sobre el matrimonio de su obra *El Profeta*, que incorporaría yo como “Lema” para mi Tesis doctoral jurídica. Pues bien he aquí que entre los libros de una bibliotequita muy simpática que tenía allí el Sr. Nelson, encuentro *Alive*, de un tal Paul, sobre el accidente del avión uruguayo cargado con un equipo de rugby que iban a disputar un partido en Santiago de Chile, y que se estrelló contra el pico Tinguiririca de Los Andes; y los sorprendentes sucesos que tuvieron lugar. Pues bien, yo conocía al dedillo la aventura por la prensa y por una película mejicana que había visto en Granada precisamente, pero no había tenido oportunidad de asomarme a lo que parecía ser la primera y fundamental versión literaria, en novela, a cargo de un periodista anglo-parlante, como digo, de apellido Paul. En aquel rato sorbí, absorbí el texto; me percaté de la oportunidad de aquel autor que, con la guía de los testimonios de los supervivientes y su propio oficio había conseguido un texto de lectura fácil, bien documentado, y que se había vendido satisfactoriamente. [Por cierto que tiempo más tarde me encontraría en España con la traducción ¡*Viven!* de dicha obra]

Nos llamaron a la mesa. Cambiamos algunas palabras, pocas, durante la cena. Les informé de que por la mañana tenía que hallarme en la parada de autobuses que me llevara hasta el canal de Baltra para de allí, ya en la islita, coger el vuelo de regreso a Guayaquil. El Sr. Nelson padre instruyó a su hijo respecto de trasladarme en un botecito de remos, atravesando un trozo de la bahía y ahorrando un buen tramo de camino por tierra. En eso quedamos. Terminada la cena, el Sr. Nelson, que debió de verme interesado mirando el tablero cuando estaba jugando con Antonio, me pidió que disputase con él una partida de ajedrez. Por muy lego que pueda ser algún lector, es sabido que por tratarse de un juego-ciencia de reflexión, el ajedrez ha de

jugarse con un reloj que limite el tiempo que cada contendiente se administra como mejor convenga a sus capacidades. Nada de ello era factible allí, y simplemente nos pusimos a mover las piezas concediéndonos el presumible lapso proporcional y equiparable de tiempo entre uno y otro. Yo hacía montones de años que no practicaba, pero eso no le hacía al caso. Advertí desde un principio que aquella partida rústica, espontánea y amistosa como era, serviría al Sr. Nelson en caso de ganar él, para desmontar un poco así, con método tan simple como elocuentemente objetivo y desinteresado, mi aureola de cliente inusual; o de personaje fuera de lo común, siempre en el supuesto de que alguno de los allí presentes me hubiera concedido en su fuero interno alguna valoración positiva. Lo percibí claramente en la intención de Mr Nelson. Quiero recordar que la partida fue birriosa, elemental y desprovista de concepciones y realizaciones combinativas y de buen juego. En un momento dado mi contrincante hizo una tontería... más, pero probablemente tan palmaria como para que yo me apercibiera, y mediante el movimiento consecutivo de dos peones centrales le ejecutara una horquilla o “pantalones” ganándole una pieza. A partir de ahí todo lo que se suele hacer en estos casos es cambiar material y llegar a un final resuelto. Y así fue. El hombre, cordial, aunque con viva cara de disgusto, acusó recibo de su derrota, me dijo que yo había jugado muy bien [imagínese el lector su nivel de juego!] y que tal vez en el futuro nos encontráramos de nuevo para seguir midiendo nuestras fuerzas. Mi paupérrima victoria hizo subir los enteros de mi cotización personal. Antonio se aprestó a rasguear la guitarra y yo le acompañé con mi voz por las cualesquiera latitudes musicales que él decidiera llevar sus... conatos de música. Recuerdo que me dediqué con intención monográfica a una serie de canciones

españolas, bullangueras y pachangueras algunas; otras, más clásicas. Sólo con Camilo Sesto y con Julio Iglesias, y “El Puma”, y alguno más me sobraba repertorio. La chavalilla de la noche anterior volvió a aparecer y ya resueltamente se quedaba allí de pie frente a nosotros, escuchando y asintiendo, como asombrada. Estaba ayudando en la cocina, posiblemente con la preparación de las vituallas del día siguiente. Una de aquellas veces en que pasó por allí la pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Mónica. Desde luego y por lo que se ve yo la había hecho la mar de gracia, y la empatía que según pude colegir se había gestado en ella en los dos días anteriores ahora se estaba exteriorizando sin recato alguno. Hubo un momento en que la sala quedó desocupada de comensales: Tan sólo permanecía yo que había retomado el hojeo anhelante de *Alive*, y las pasadas de Mónica hacia la cocina y regreso al comedor a traer algo, o a hacer que traía algo, que para el caso es igual. En uno de aquellos regresos de la cocina le dije a Mónica que yo me marchaba de Galápagos al día siguiente, y que me iba a retirar a mi cabina o caseta, y que... ¿por qué no iba a verme cuando acabara con sus menesteres domésticos? Se quedó mirándome, fijó un segundo después la vista en el suelo, se sonrió y me dijo que... ¡bueno!, que iría a verme cuando acabara su trabajo, y antes de volver a su casa...

La estoy viendo, y eso que han pasado veinte años justos. Vestía una blusa blanca y pantalones como de lona fina, y sandalias, todo muy “casual”, muy de todo tiempo y para toda estación. Me fui a mi bungalow y esperé. Esperé más de treinta minutos, y acaso más de tres cuartos de hora. La interpretación de todos y de cada uno de los ruidos que llegaban a mí me producía un desgaste emocional tremendo, una devastación de mi sistema neurovegetativo. Conforme me pareció que

disminuían los sonidos del ámbito circundante, fuese como algún silbido venido del mar, por lo menos del otro lado de la bahía; fuese algún cerrar de puertas..., o lo que pudiese interpretarse como funcionamiento de un motor, de súbito comenzó a señalarse cada vez con más nitidez el chancleteo, o simplemente el paso, de alguien que se acercaba por la pasarela de cemento hacia mi “bungalow”. Se hizo el silencio. Yo dejé de respirar con el fin de no distraer ni la más mínima capacidad de escuchar. Golpearon quedamente la puerta y como un autómatas me erguí y acudí... Era Mónica...

“Pasa, Mónica -- dije --, ya sabes que según el señor Nelson aquí nadie cierra las puertas porque las únicas cosas que se pierden son las llaves”... La dimensión de Mónica se había agigantado resueltamente mediante aquella decisión tan libre y consecuentemente tomada de ir a mi habitación. Su desenvoltura me cautivó, sin que por ello perdiese yo por un momento el norte de la situación, a saber: que entre ella y yo se había formado como una bonita burbuja de encantamiento imantado, cuya única consistencia era por mi parte una disposición de curiosidad lírica sin límites, y por parte de Mónica, supongo, yo qué sé, la oportunidad que se le presentaba de poder hablar con alguien inusual; escuchar de mí noticias de lejos, de España, de América del Norte, y prestarle a ella las alas virtuales para trasladarse a otros ámbitos de convivencia, a otras dimensiones de mayor entidad que las proporcionadas por aquel enclave pequeñito de Puerto Áyora, dentro de una isla del Océano Pacífico, desde la cual, de momento, para trasladarse al territorio continental de Ecuador necesitaba una serie compleja y sostenida de trámites y de gastos intermedios. Yo debí de representar para Mónica una pieza inédita de hispanismo redentor, de alguien que le llevase información de allende los Andes y por el lado de las tierras, de

los países y de las masas de cosas que formaban los modelos sociales producidos y mantenidos por los más prósperos. Mónica había tardado más de lo que yo calculara porque había ido a su casa a cambiarse. Ahora vestía falda, y en vez de blusa, dos tirantas en equis que se anudaban por detrás, por la espalda, la cubrían el torso. Lo único que no había cambiado era el calzado: seguía llevando las graciosas sandalias con que la había visto en el comedor. Yo no pude esbozar ningún plan, ni tampoco lo tenía de antemano, pero era el caso que me marchaba al día siguiente y que una preciosa chavala estaba allí, conmigo, sentada ahora con las piernas cruzadas, en postura de loto, encima de mi cama. Me contó que Rosa era su tía, y que “el señor Forrest” era muy bueno; que su madre, la de ella, vivía allí en la isla, pero que el tiempo que pasaba en Santa Cruz, que lo hacía coincidir con sus vacaciones del colegio, a veces en Guayaquil, a veces en Quito, o tal me pareció entender..., que todo aquel tiempo ayudaba a su tía Rosa..., que el señor Forrest era muy bueno. Una retahíla más o menos rigurosa, más o menos aproximada, de cosas me pareció entender, sí, de la pequeña y vivaracha Mónica. Capté sin duda que Mr Nelson era el protector de todos, y que su negocio, el hotel Galápagos, daba cobertura empresarial y laboral a la familia de Mónica; al tiempo que él, en la mejor y más inveterada línea de jubilaciones de los ciudadanos yanquis, recordemos, se había retirado a esta parte de Ecuador, había tomado a Rosa como compañera, al parecer con todos los predicamentos y bendiciones legales, y que..., bueno, ahí estaba todo funcionando... Me acerqué a ella y al tiempo que la besaba, suave, como queriendo tan sólo señalar con mi acción la latitud exacta de nuestras bocas, nada más; como queriendo hacerla saber que yo besaba y que su boca entonces, o cuando fuese, con respecto de mí, y por su parte cuando hubiese sido,... que su boca

era el repertorio de mi principal norte lírico..., pues, al tiempo que jugaba con su boca en una pasada templada y conciliadora de mis labios medio silbadores, medio quedos, siempre lúdicos, la desabroché el lazo de su corpiño que se hallaba, como dije, a su espalda. Se quedó con el torso al descubierto y pude apreciar en el espacio semi oscuro de la estancia que se trataba de dos volcancitos que apenas emergían de la tabla de su pecho, y acompañé a tal constatación de una caricia exploradora. Mónica se dejaba acariciar tan curiosa seguramente como yo de saber hasta qué cota de intimidad llegaríamos los dos. Pero todo sin la menor crispación, porque por mi parte la dialéctica estética que primaba en mi conciencia era de deportividad, de aventura poética; y por parte de Mónica, también, supongo, porque bien hubiera estado así ya anteriormente con algún varón; o bien, más improbablemente, estrenase conmigo ese tipo de incursiones hacia los parajes exóticos y tantalizantes de la condición humana, en cualquiera de los dos casos, digo, porque dejaría que yo descubriese mis intenciones... que tiempo tendría ella para propiciarme o para desaconsejarme...

Unos golpes pausados en la puerta y una voz comedida pero llena de decisión, la de Rosa, nos sacó de nuestros menesteres, y a mí, al menos, me dio un buen susto. La tía, a través de los conductos que hubieren sido, pareció haberse dado cuenta del impacto emocional que mi presencia significó en Mónica, y bien porque la hubiera visto, o porque se lo hubiera imaginado, el caso es que se acercó hasta mi caseta, requiriendo a su sobrina a que volviese a casa. Es reseñable que en el tono de Rosa percibí yo un combinado de autoridad, porque en definitivas cuentas se trataba de su sobrina, pero al mismo tiempo una deferente compostura por tener muy presente que Mónica estaba conmigo, con un caballero turista español, y que

nada en el mundo le daba a ella ni a nadie pie para inferir gratuitamente que yo hubiera vulnerado ni en un adarme el código de la cortesía, de la leal convivencia. “Voy ahorita mismo” -- contestó por toda respuesta Mónica, al tiempo que se ajustaba las dos bandas de su justillo y se las volvía a atar mediante lazo a su espalda. Ya con cierta prisa nos intercambiamos recados y datos: ella me dio una foto que llevaba preparada, tamaño carnet, blanco y negro, con su nombre: Mónica. Me pidió que la escribiera a aquella dirección, que allí siempre sabrían de ella. Ya no recuerdo si yo llegué a entregarle alguna tarjeta mía. Más bien creo que no, de tan natural como los dos entendíamos que fuese yo el que tomase la iniciativa desde España, ya que ella carecía de medios para moverse de donde en cada momento estuviera, y se hallaba a expensas de su familia. Nos despedimos. Se acercó a mí, se apretó contra mí, poniendo su preciosa cabeza de melena larga y ligeramente ondulada sobre mi pecho y abrazándome. Luego salió ligera de la caseta. Oí su secuencia de pasos; inmediatamente después, una voz distinta: Su tía se había quedado esperándola, pero no percibí tonos agrios ni destemplados. Rosa debió de comprender que su sobrina y yo no habíamos transgredido ningún principio “social”, pues que su petición de que Mónica se reintegrase con ella había sido cumplimentada por los dos, por mí sobre todo, con la más deportiva de las puntualidades.

Amaneció la jornada siguiente con la sobrecarga de motivos que le asaltan a uno en el momento de dejar una situación recién estrenada y en la que sin embargo ya no nos es dable intervenir con ninguna otra actuación. Recogí el equipaje que me había llevado de Guayaquil y me encaminé al comedor del edificio principal. No sé si había concertado el desayuno a esa hora anticipada. Desde luego, mi cuenta ya había

quedado saldada la noche anterior, pagada directamente en dólares USA, pues que así convenía al Sr. Nelson y a mí no me importaba. El hijo apareció a los pocos minutos, emitió un gruñido por todo saludo y salimos del hotel hasta un embarcadero pequeño. Allí había una barquita de remos: subimos y ante mi vacilación aprensiva a sentarme sobre la tabla llena de salpicaduras de agua, el joven, que todavía ofrecía una cara como de disgusto por haber tenido que interrumpir su rato de cama, o simplemente modificar su horario con el fin de atender a un cliente del hotel de su padre, el joven, digo, muy a la americana, con un gesto práctico y muy válido de hacer lo que sea con tal de obviar el problema, se quitó el pingajo de camisa “T-shirt” que llevaba encima y me secó el asiento de mi parte del botecito. Ni siquiera me ofrecí a remar. Dejé que lo hiciera él. Estaba claro que me había tomado un punto de ojeriza. Muy probablemente no había entrado en su panorámica el hecho de encontrarse con un español a quien le importaban tres pollas todas las consideraciones altisonantes sobre la democracia y sobre la bondad prepotentes y bienhechoras del pueblo de los Estados Unidos de América, por ejemplo; porque yo todo eso me lo sabía, lo había celebrado y sufrido; lo había pagado a satisfacción de ellos, y ahora, quiero decir entonces, allí en Galápagos también por ejemplo y sin ir más lejos, yo había estado atendiendo tan sólo a los dictados de mi estética. Probablemente Mr Nelson junior había sospechado algo sobre la connivencia emocional entre Mónica y yo, y estoy seguro de que su fuero interno lo desaprobaba. Hasta sospeché que él había intuido que, de haberme quedado más días, a través y por medio de mis canciones a varias bandas, en varias lenguas..., de mi despreocupación por la suerte que pudieran correr las iguanas pasados un billón de años, y de las palizas que sin duda hubiera

propinado al ajedrez al bueno de su padre, ... estoy seguro, digo, de que hubiera temido que yo hubiese iniciado un abordamiento hacia su novia, cosas todas ellas empecatadamente falsas, irreales, quiméricas y gratuitas, pero que yo, desde mi plataforma de conocedor de lo que piensan algunos yanquis, podía leer en el trasunto de la expresión de mi ahora marinero remador. Por suerte la travesía duró tan sólo unos minutos. Fue acercando la barquita hacia la tarima de maderas elevadas que servía de pasarela, y antes de que tocara con la quilla me di el gusto de demostrarle que estaba vivo y operante, pegando un salto y salvando el vano con plena agilidad y con ademán de soltura y suficiencia. Volvió a dar un gruñido, un “bye” escueto, se puso a remar de nuevo hacia el hotel y yo eché a andar hacia el lugar de encuentro con el autobús donde ya se encontraban un buen número de turistas, de éstos que se lo toman todo con mucho tiempo de anticipación. El viaje hasta el ferry, sin ningún detalle reseñable. Una vez en Baltra, la mayoría de nosotros, mientras esperábamos a que nos llamasen para ocupar el avión, nos quedamos allí, al borde del canal. De pronto varias miradas, varios ademanes y brazos apuntando hacia el agua..., señalaron algo. Yo vi como una aleta que asomaba por encima del color más que verde, marrón, de la superficie, y que se deslizaba con la autonomía y seguridad de todo aquello que se desenvuelve en su medio. Nada más ver la aleta, y desde mi desconocimiento, pensé que se trataba de...

--“That’s a manta” [Es una manta] -- dijo un americano con esa seguridad inconfundible y desinteresada tan típica de estas gentes, y que tanto agradezco, porque ahí sí, ahí reconozco yo que la cultura pragmática yanqui habla con propiedad cuando tiene que hablar.

El avión de regreso a Guayaquil, también de TAME, se llenó absolutamente. Acaso se tratara del mismo cuatrimotor de hélices, con capacidad para unas cien personas, tipo Vanguard, dotado de estupenda estabilidad, y que nos había traído hasta Baltra. Tan repleto iba que por quedarme para el embarque al final, como suelo hacer, los únicos asientos disponibles estaban situados en la cola del avión, en una especie de *chesterfield* redondo, donde también se acomodaban las... me parece, dos únicas azafatas de vuelo. Hay detalles que marcan, que ganan adeptos, que le hacen a uno tomar partido, superar neutralidades, militar bajo unas siglas espirituales. Pues bien, según nos íbamos acercando a Guayaquil la cabina de tripulantes pasó el aviso de dejar de moverse por el avión, ocupar cada cual su sitio y abrocharse el cinturón. Las dos azafatas se trasladaron al pequeño "hall" de la cola y se sentaron. La que cayó a mi lado era extraordinariamente bonita: con una morenía desenfadada y espontánea; con el toque leve, levísimo de un mestizaje bien asumido, formas de proporcionada abundancia dentro de un educadísimo encofrado... como digo, se sentó a mi lado, y en un momento cualquiera, al pegar el avión un bajonazo y sufrir la ley del péndulo con más impío rigor allí en la cola, la tomé la mano firmemente a la azafata, la cual, sin retirarla, me miró, se rió y me devolvió mi iniciativa con un mantenimiento de la situación, continuando su sonrisa de comprensión, pero sin soltarse de mí ni aun cuando yo, como excusa, y por si mi arranque pudiera haberse tomado como atrevimiento extemporáneo, la dije que había sido un acto mecánico que nada tenía que ver con la reflexión. Ella, por toda contestación se aseguró más su mano dentro del asimiento de la mía, y así seguimos. Dio tiempo a que me contara que quería estudiar Derecho y especializarse en Internacional. No llegamos a decirnos nuestros nombres. Era

absolutamente preciosa, desenvuelta, joven, preparada, insobornable a las melindrosidades como lo hubiera sido rechazar el apresamiento de su tierna y templada mano por un pasajero medroso de los aviones, como yo. Una bella chica. Una gran mujer. Aterrizamos. Nos despedimos. Nos fuimos cada uno por nuestro lado. Y hoy, veinte años justos después de habernos encontrado la dedico este voluntarioso homenaje, con la esperanza, esa tropía gratuita, optimista e irrenunciable de la condición humana, de que en alguna constelación de eones se encarnen los plasmas de nuestros espíritus.

Llegué al hotel Humboldt. Habían custodiado celosamente mis cosas y hasta me habían reservado “mi” habitación de días atrás. Buena gente. Sin problemas. En realidad se trataba de pasar un día más tan sólo en Guayaquil. Subí a mi cuarto y procuré tranquilizarme, de forma que el agolpamiento de presagios, de instancias desiderativas y de criaturas de la conciencia no me produjeran un trauma insalvable. El peso responsable de lo que dejaba atrás y la parábola proyectiva y potenciada de eso mismo, junto con componentes más o menos realizables, más o menos ilusorios, me hacían sentir cargado de incumbencia, de ganas de vivir y de hacer cosas; me señalaba el único camino para zafarme de la insatisfacción. Me puse a mirar la fotillo de Mónica: conjuntaba un aire de colegiala reflexivamente coqueta, por un lado; y de gesto que no hubiera madurado la intención exacta de su pose, por otro. Más allá del dintorno de esmerada corrección de sus facciones el buen observador podía detectar un punto de encuentro anterior en que lo europeo y lo aborígen indio habían concertado sus componentes, sus proporciones y sus resultados. En aquella primera foto lucía pelo que descansaba en sus hombros, con un adornito -- broche u horquilla -- en el lado derecho. También,

por el cuello un collar de algo que casi seguía exactamente la línea de abertura de su camisa o blusa, y del que pende un dije o medalla. Imposible de precisar. Los 3'5 x 3 cms. de la cartulina no dan para más. Hasta ahí mi cándida y espontánea valoración de aquella primera fotografía de Mónica.

He dicho en algún otro lugar que básicamente hasta los viajes que acometí a partir de 1980, por una laxitud mal entendida, por un cálculo de futuro poco riguroso, o por lo que fuere, pero siempre escorando del lado del descuido o de la excesiva confianza en la memoria, es el caso que dejé de tomar las notas pertinentes que me permitieran apuntalar el curso de mis ocurrencias. Así con Guayaquil. Era sólo cuestión de pasar un solo día más, y sospecho que, aun tocado del fervor de confeccionar un diario minucioso, aquel día no hubiera arrojado más datos de interés que lo que ahora restituyo en bloque. Guardo el recorte de un periódico, acaso *El Comercio* de Quito, o más probablemente alguno directamente editado en Guayaquil, con un anuncio turístico publicitario muy prometedor y muy garbosamente explicitado. Transcribo lo más reseñable: “*A bailar en el barco*. Sensacional espectáculoailable a bordo de la motonave Abdón Calderón. Navegue durante cuatro horas a través del Río Guayas y el Estero Salado, disfrute del espectáculo de Guayaquil nocturno y de la iluminación de los barcos en Puerto Marítimo. Deliciosos platos. Entrada S/150.- ... Sábado 25: Gran Excursiónailable a Puná”. Hasta aquí el anuncio que celosamente conservo en un trozo recortado de periódico, de papel de baja calidad, en vías de adquirir un color progresivamente pardusco, aún más si cabe por la erosión de estos veinte años. Desde luego, tuve que encontrar sugestiva la redacción publicitaria de dicha oferta turística, aun cuando, como me atrevo a asegurar ahora, no estuviera yo en disposición de

acometer ningún recorrido en barco ni tampoco mi ánimo para asumir un proyecto de aventura improbableísima a base de “bailables”, etc. Con todo, cada vez que vuelvo a leer esta oferta turística destaco el interés y la originalidad que deja trascender, permitiéndome aclarar que la localidad Puná se halla en el extremo nororiental de la isla del mismo nombre, en mitad del Golfo de Guayaquil. Decididamente, y con independencia del inviable encarte de fechas, renuncié a excursión alguna. Supongo que descansaría del tremendo madrugón de Puerto Áyora de aquella mañana; que leería algún periódico; que echaría cuentas mentales del fabuloso recorrido que había dejado detrás de mí..., de la sucesión de mujeres, de lugares y de fechas con los que había henchido un poco más la nómina de mi alma. Probablemente haría un recuento de todas las chavalas a las que me había tirado, y estoy seguro de que me trabucaría, y de que en esos retrocesos y continuaciones de marcha hacia delante encontraría mi conciencia pábulo y motivos tanto de satisfacción como de crítica mortificante..., porque la verdad es que había sido un gran viaje: Brasil, Paraguay, Uruguay, Chile, y ahora ya a punto de concluir,... Ecuador. La catarata de nombres y de convocatorias de los bultos animados de sus personas me asaltaban: Beatriz, Fernanda, Andrea..., bueno, Andrea, no; sí y no, porque fue una musa de visión y de pensamiento, inasible en la coyuntura en que me tocó cruzarme con ella. Y no digamos de la argentina que hizo aquel surco tan espontáneo, tan violentamente lírico sólo con pasar por delante de mí en la playa de Copacabana. Claro que se trataba siempre de dimensiones distintas: la imperturbable imagen aristotélica de materia y forma, conjuntándose mutuamente. Todo ello en Brasil. Luego, Melania; Mechi..., estas dos en Paraguay; la bella guía, rubia y llorosa, entre Montevideo y Punta del Este, ésta, claro, como

referencia ideal de otros temas. Más tarde Lucía en Chile. Bueno, Lucía aquí no contaba; quiero decir que contaba tan por encima de todo, que no había que hacer actos de memoria para que su realidad se propiciase. Lucía estaba ahí, ¿no es eso más o menos lo que se desprende de la institución; de los usos y las costumbres? Y en Galápagos, Mónica, el último y sorprendente interrogante que desplazaba masas y masas de pensamiento mío y que probablemente ocupara aquel rato que pasé en mi habitación del Hotel Humboldt de Guayaquil la tarde de mi última jornada en Ecuador, antes de emprender el regreso definitivo a España, vía Caracas, al día siguiente.

Más por un guiño de coherencia estética que por otra cosa, y sin gran convicción, hice un intento de procurarme compañía femenina. Bajé al Hall del hotel y justo en un pasillo o galería contigua de la calle se hallaba la entrada a lo que parecía una discoteca o antro por el estilo. Me percaté de que merodeaban desde y hasta allí la típica clientela de chicos y chicas adolescentes. Algunas de las chavalas, francamente atractivas. Por ese juego de conjunciones tan acomodaticias y tan de circunstancias, me vi hablando con el que parecía ser portero de la discoteca, o al menos ejercía control de la admisión del público. Algo tuve que decirle. Recuerdo que el hombre, muy en plan del que quiere vender un producto malo, aun a costa de desacreditar otros evidentemente mejores que están ahí delante, el hombre, digo, -- parece que le estoy viendo -- me encareció que dejara de mirar a aquellas chavalas jóvenes que pululaban por allí [repito, algunas de ellas preciosas y por las que hubiera contraprestado yo un Potosí], porque él me podía proporcionar una, bueno, varias, pero sobre todo una mujer, una chica estupenda. ¿Probabilidades de que esto fuera razonablemente real? Casi con toda seguridad que ninguna -- pensé. Pero no tenía

nada que perder y le pregunté que cuál era su plan. Me dijo que me esperase en mi habitación, y que todo lo más dentro de media hora la chica llegaría allí directamente. Yo había hecho todo ya por aquel día, y retirarme al hotel significaba que no saldría de allí hasta la jornada siguiente, para dirigirme al aeropuerto. Así que me subí y me articulé de nuevo la composición de lugar de que no tenía nada que perder y que igual que una sola opción entre infinitas a veces parece sobrepasar a todas las demás para hacernos una mala pasada, también puede darse una circunstancia en que la misma opción aislada y excepcional nos arregle la vida. Pasó media hora; pasaron tres cuartos de hora; una hora; una hora y cuarto..., y media, y ya algo así como dos horas después de que mi cambio de impresiones se celebrase con el “janitor” de la discoteca fue cuando oí que alguien llamaba en la puerta de mi habitación. En todo aquel tiempo de espera mi mente había pasado de la iracundia más encrespada a la constatación de la realidad, con su semblante hosco, y si por un buen rato especulé con el más desabrido de los recibimientos, y la más categórica y energuménica de las expulsiones, cuando llegó la chica, por cierto ni guapa ni fea, ni muy joven ni muy mayor, ni con pinta de portar dulzuras de vestal, ni tampoco gestos o ademanes de mercenaria antipática, yo, que estaba medio dormido y ya sin ganas de nada, la recibí con toda la amabilidad de la que disponía, y la vine a contar una piadosa mentira, a saber: que en el intervalo de las dos horas transcurridas habían pasado cosas y que yo era una persona muy distinta de la que estoy seguro que comportaba dos horas antes. Creo que habíamos hablado de unos 30.- dólares USA por el servicio. Hice un esfuerzo porque me entendiera. Creo que acerté en las razones que aduje: la di dos o tres dólares que tenía sueltos, más que suficientes para dos carreras de taxi, y que en

todo caso constituían un diez por ciento de penalización por no haber hecho uso de la prestación anticipada, como justo castigo o multa por haber arriesgado mi atención y mi tiempo con cosas así y haber perdido. La chica se fue, si no contenta al menos libre de frustración; y yo me quedé. Seguí metido en la cama y esperé el nuevo día...

Blanco absoluto de sucesos hasta mi traslado al aeropuerto de Guayaquil. Recuerdo la sala de espera como de una pieza, muy despejada, no muy amplia pero manejable, con uno o dos *stands* para venta de prensa y chucherías. Me acerqué al primero de estos kioscos o tiendecitas, y al comprobar que en las cristaleras se exhibían folletos, postales y cosas así, pregunté por un mapa de Ecuador, lo mejor que tuvieran. No disponían de nada de eso en aquel momento. Le dije a la señora que iba a ver si en algún otro punto del aeropuerto podía encontrarlo, y que si no, que volvería a hablar con ella. Nada: Curioso y decepcionante, pero no lo tenía nadie. Volví a la señora del primer quiosco, que se destapó como una mujer expresiva y enterada. Me dijo que fechas más tarde venían artículos de venta y que entre los respuestos se encontrarían sin duda mapas, planos y más libros turísticos. No sé cómo llegué al estado de ánimo que me propiciara hacer lo que hice, y que no fue otra cosa sino que le dejé pagado a la señora un mapa de Ecuador al precio que según ella los vendía normalmente, más el franqueo. Por supuesto que si cuento esta minucia es porque bien puede imaginarse el lector que el monto total de aquel servicio no llegaría a más de 500 ó 600 pts. actuales, de 1999, y que accedí a seguir la sugerencia que me dio la buena señora. Nunca llegué a recibir tal envío. Este detalle de mezquindad gitana se incardina -- bien lo comprobaría yo años más tarde -- con otra serie de sucesos a expensas de gentes ecuatorianas muy

distintas, muy separadas entre sí, y en latitudes temporales ampliamente escalonadas y con independencia inencontrable de personalidades. En su momento, y al tenor de lo que se vaya relatando, espero dar cuenta de todo. Sólo apuntar ahora, y como anticipo, que en el temperamento del ecuatoriano parece haber tomado carta de naturaleza cierta propensión a la chalanería, a la gitanería fullera y despreocupada de cumplimientos y de observancias de pactos y convenios.

A falta de otra ocupación más exigente me senté en uno de los espacios, decidido a esperar mi vuelo, para el que aún debía de faltar casi una hora. En un momento dado reparé en que -- ahora lo veo más claro -- junto a un bulto de equipaje que había permanecido allí, a dos o tres lugares de donde yo me encontraba, se había acomodado una mujer; no, una chica, vestida más bien con tonos oscuros, quiero rescatar de la memoria. Éramos las dos únicas personas en una fila de cuatro o seis asientos, y... No podría decir quién de los dos vulneró esa delgada lámina de seclusión consigo mismo y avanzó hacia el otro un proyecto comunicativo de charla, de intercambio de comentarios. Se trataba de Yvonne Barona, una joven de Guayaquil, que estaba esperando asimismo el vuelo a Los Angeles (California). Dispusimos de más de media hora para conversar, tiempo más que suficiente para que yo al menos me fijara en muchas cosas. La primera fue que Yvonne, sin ser absolutamente bonita en esa línea inequívoca de percepción inmediata e indiscriminada, poseía una moldura atractiva, tirando hacia lo abundoso, pero sin por ello vulnerar las proporciones acompasadas y armónicas. Y lo más decisivo desde mi plataforma calificativa lo fui encontrando en gradación paulatina pero siempre creciente, en lo adecuado de su expresión. Yvonne se expresaba con envidiable justeza y hasta

con elegancia. Nunca, a menos que faltara libre y conscientemente a la verdad, podría decir que aquella chica era indiscutiblemente bonita, pero lo que sí aseguro es que nuestra conversación constituyó un elemento concluyente para el entusiasmo decisivo que mi alma entera se sorprendió dedicando a Yvonne. Sí, la recuerdo muy vivamente en la captación en bloque de todo su perfil: Vestía algo de oscuro, casi negro, por arriba; y su falda era también de tono gris claro. Llevaba zapatos abiertos, tipo sandalia, cómodos y recios. No recuerdo cuál de nuestros vuelos se efectuó primero, probablemente el mío. Nos hicimos el consabido intercambio de direcciones y una vez más me quedé acompañado tan sólo de mi más inmediata incumbencia. A lo largo de todo mi viaje de regreso a España sospecho que dediqué bastantes pleamares de pensamiento a Yvonne. Hasta entonces Ecuador me había proporcionado atisbos, conatos de romance, pero seguía siendo un país elusivo en lo que yo entendía por certificar mi alianza con un encuentro total con alguna de sus mujeres. Recorrí mentalmente la singularidad de mis merodeos líricos, tan distantes entre sí, tan variados y tan imposibles de reducir a un solo módulo identificativo. Lo de María de mis años universitarios novicios fue lo que únicamente pudo ser: un hueco por donde mi curiosidad pudo asomarse, breve y sucintamente, a un capítulo de exotismo geográfico. Mi encuentro en Buenos Aires con las dos hermanas ecuatorianas “de la Costa”, tan sólo año y medio atrás, fue como un aviso, el anticipo de una premonición. Lo de Mónica, bueno, no acertaría a esbozar ni siquiera una semblanza, tan acusada era su carga de surrealismo inopinado; tan frágil parecía la posibilidad de comunicarme con ella, mediando un continente y un océano y parte de otro. Pero Yvonne era lo más real y lo más presumiblemente verificable. Y además, en nuestro

rato de conversación distendida pero interesadamente exploratoria a la vez, me había ido mostrando una talla más y más persuasiva de mujer interesante. En las líneas, acaso páginas, que siguen pretendo hacer el seguimiento, hasta el final, de este carril de vivencias ecuatorianas que arrancó del encuentro con Yvonne Barona un día de agosto de 1979 en el aeropuerto de Guayaquil (Ecuador)

Tengo aquí delante de mí una carta de Yvonne, del 28 de junio de 1983, fechada en Los Angeles, Calif. USA. Está muy bien trazada, con letra elegante y entera y redacción pasablemente correcta. Entresaco lo más ilustrativo:

“Estimado Tomás:

Aunque un poco tarde, porque he recibido tu libro hace un año, quiero agradecerte por el gesto que has tenido en enviármelo y haberte acordado de mí, después de tan largo tiempo.

Como recordarás hace casi cuatro años (en agosto harán cuatro) que nos conocimos en el aeropuerto de Guayaquil y yo te conté que venía a los Estados Unidos por asuntos médicos que ya los solucioné, pues bien desde aquellas fechas, me encuentro aún en Los Angeles, ya que luego de resueltos mis asuntos con el hospital decidí quedarme un tiempo para aprender algo de inglés y saber si me podía acostumbrar y pues algo he aprendido de inglés y me he adaptado bastante bien... Tu libro me lo mandó mi padre por correo.

En fin, te he conversado algo de mí y espero tener la satisfacción de saber algo más de ti también y de todo lo que me quieras conversar.

Estoy a la orden acá en Los Angeles y mi dirección va en el sobre. Contéstame.

Tu amiga ecuatoriana Yvonne”.

Así pues, yo, con toda naturalidad habría escrito a Yvonne previamente, como no podía haber sido de otra forma, y además le había enviado un libro de poemas, supongo que tendría que tratarse de mi *Penúltimas palabras*; todo ello a Guayaquil, en la suposición de que ella habría regresado a casa. Por esas mismas fechas de la carta recibí de Yvonne una postal, también desde Los Angeles, que por los términos del texto tuvo que cruzarse con mi respuesta a su ya citada carta de 28 de junio, y respecto de lo cual, es decir, respecto del hecho de que no la contestara inmediatamente y ella, alarmada, curiosa, egoísta o simplemente femenina me instara a hacerlo mediante esta tarjeta, no encuentro más explicación sino que tuvo que tratarse de que yo me hallara de viaje por aquellas latitudes de verano. En fin, su postal resumida dice así:

“Recordado Tomás:

Acabo de recibir tu libro de poesías... Pero si puedes, por favor, contéstame la carta que te envié. Y si es posible mándame una foto que yo gustosa lo haré también. Gracias por el libro.

Yvonne”.

Ya digo que para tranquilidad y descargo míos, la respuesta que esperaba Yvonne acaso hiciese días que estuviera en su poder. Lo que sigue ya es puramente literatura, si es que todo este pasaje desde el principio absoluto contuvo alguna vez

componente alguno que no fuese literatura. El caso es que allá por septiembre de 1985 recibo una carta de Guayaquil con fecha 30 de agosto. Es larga y explicativa, difícilmente resumible, y toda ella de un enorme interés:

“Amigo Tomás:

Doy contestación a tu carta recibida en julio del presente, tuve el atrevimiento de abrir esta carta con dirección en Ecuador, para que sea enviada a Yvonne a Los Angeles ya que no has recibido contestación de ella parece que por algún tiempo. Bueno, lamento decirte que ella se casó en Los Angeles, cambió de dirección, y vive allí con su esposo [un hispano]... tus cartas no le llegaron. Soy Patricia hermana menor de Yvón, soltera, vivo con mis padres, trabajo como secretaria en una oficina de un abogado. Yvón, como nosotros llamamos a mi hermana no sabe de esto, pero no te preocupes, que ya le notificaré... Me gustaría saber de ti, cuántos años tienes, *estado civil*... [siguen muchas cosas más] Siempre me ha interesado Europa y algún día que tenga dinero me gustaría recorrerla, más aún si tengo un amigo donde llegar que no me cueste estadía mejor, como en tu casa yo tendría en España, dirás para tus adentros “pero que conchuda o atrevida es, ni siquiera la conozco y ya se quiere invitar a mi casa”. Repito tengo curiosidad por saber de ti... mejor serías me enviaras *una foto*, la próxima semana me entregan unas mías, luego te la enviaré.

Cómo fue tu amistad con Yvón, sólo por carta? Cómo así le escribiste tanto tiempo? Nunca me habló de ti. Es halagador tener un amigo que le escriba a una por

tanto tiempo, pero una lástima que sólo sea por cartas. Deseándote lo mejor se despide con un ‘hasta pronto’ tu nueva amiga

Patricia”.

La carta es muy de compendio, muy de no dejar un solo cabo suelto y de pretender por todos los medios saber a qué atenerse. A mí me agradó sobremanera. Yo no estaba en disposición de decirle a Patricia que hay muchos hombres, de profesión estudiosos humanistas, entre ellos yo, para quienes la literatura es una versión aumentada, intensificada y ennoblecida de la realidad. No, no se lo dije; probablemente no lo hubiera entendido. De ahí, que yo disfrutara íntima e intensamente con su frase... “Lamento decirte que ella se casó”... ¡Qué va, hombre; nada de lamentos! Muy bien hecho por parte de Yvonne, y mejor hecho aún por parte de todos nosotros. Así todo se queda en familia. Yvonne, virtualmente real, ha dejado paso a Patricia, realmente virtual. Magnífico juego de regates y de driblajes emocionales. Y antes de ninguna otra reflexión lo que sí está claro es que una chica de Quito no escribiría una carta así, tan suelta, tan invitante, tan desinhibida. Esta vez mi respuesta se produjo a vuelta de correo. Guardo una copia al carbón del texto a máquina, lo que prueba que puse mi voluntad de fijación de los términos, con el fin de poder referirme a ellos en caso de gusto o necesidad. La incorporo íntegra:

Paseo de la Estación, 16
ALCALÁ DE HENARES (Madrid)

Tel: 91-889 07 33
91-88914 59

Alcalá de Henares, 12 de sept. 1985

Querida amiga Patricia:

Tu carta, que recibí ayer mismo, fue una fragante y maravillosa sorpresa de esas que a uno le regala la providencia por algo bueno que hemos tenido que hacer sin acaso habernos dado cuenta de ello. Voy a procurar satisfacer la curiosidad de tus preguntas, no sin antes agradecerte la espontánea y acertadísima iniciativa de contestar mi última carta dirigida a tu hermana Ivón, Ivonne.

IVONNE: nos conocimos, por puro azar, sólo durante una media hora, en el aeropuerto de Guayaquil. Yo venía de un viaje de turismo por parte de Suramérica y, después de visitar Galápagos, tomaba el avión en Guayaquil hacia Europa, etc. Tu hermana volaba a Los Angeles y, como te digo, de manera espontánea, comenzamos a hablar en la sala de espera del aeropuerto, hasta que la salida del vuelo de uno de los dos interrumpió nuestro reciente y frágil encuentro. Todo esto ocurría en el verano de 1979. Nos escribimos mutuamente un par de veces, hasta que, como tú muy bien sabes, mis últimas tres o cuatro cartas en estos pasados años quedaron sin respuesta. Su matrimonio explica, al menos, la razón de ese continuado silencio. Deseo a Ivonne suerte, salud y felicidad. Me pareció una mujer interesante. No podría decir ni menos ni más.

En cuanto a tus preguntas sobre mí, paso a contestarte lo mejor que pueda, sin hacer de ello un curriculum vitae completo. Por supuesto, soy español, nacido aquí en Alcalá de Henares el mismo día - 29 de septiembre - y a unos cien metros del lugar donde nació Miguel de Cervantes. Te cito a nuestro primer escritor español sólo porque en una de sus obras de teatro, cuando un personaje pregunta a otro: “¿Qué edad tiene vuesa merced?”, este último le contesta: “La que conviene”. Permíteme que no sea más explícito en cuanto a mi edad; si algún día hay

razón suficiente para ello, es mejor que lo descubras tú misma. Es el único privilegio que te suplico que me concedas de todas tus preguntas. Estoy soltero y, como verás por mi carta, pertenezco al mundo de las Humanidades. Pasé diez cursos académicos en U.S.A. y en Canada explicando literatura española en Universidades. Cuando regresé a España me ofrecieron un trabajo en la Univ. de Granada (Sur de España, Andalucía) donde explico Literatura inglesa (especialidad de mi primer doctorado en Filología inglesa en Madrid) También soy jurista (doctor en Derecho por la Univ. de Granada) y en un momento quise trabajar en la práctica de la abogacía -- Derecho matrimonial civil, campo en el que tengo publicadas varias monografías --, pero no me dejaba ningún tiempo libre y desistí por completo de ello. Comprenderás ahora que las épocas en que no hay clases en la Universidad (verano, Navidad, Semana Santa) las suelo pasar aquí en mi casa de Alcalá de Henares, donde tengo la dirección más segura. He visitado algo así como unos cincuenta países.

Pero yo creo, sin embargo, que lo que te he dicho no es lo más importante de mi personalidad, ni mucho menos. Lo que a mí me emociona es, como en tu caso, intentar jugar (deporte cósmico, magnífico) a imaginarme cómo eres, criatura a la que el imparable destino ha puesto en la órbita mía de tan elegante y espontánea forma.

Por ello, y en razón de la cordura y de la ecuanimidad, creo que son suficientes explicaciones por ahora. Te envió una fotografía mía y espero la tuya con toda rapidez, inmediatísimamente. Yo no te pregunto nada, de momento; lo que quieras contarme es suficiente para empezar. Cuando reciba

tu respuesta a esta carta mía de ahora, inauguraremos una nueva andadura en la aventura del espíritu.

Recuerdos afectuosos

P.S. Tu hermana me escribió el teléfono de vuestra casa 38 74 12. Si no recibo indicación tuya en contrario, infiero que sigue siendo el mismo. - -

A la vista está que yo cargué la baza fuerte en literatura, para que Patricia tuviese la seguridad de que yo disponía de recursos de todo tipo para llegar a donde ella quisiera y para jugar a lo que ella también prefiriese. Un precioso aerograma, con todo el formato exterior plasmando en color detalles y perspectivas de la ciudad de Guayaquil, me llegó a mí de Patricia, fechado el 20 de octubre /85:

“Querido Tomás:

Me he demorado en contestar tus cartas (Sept. 12) y la otra de este mes [así pues, la escribí una vez más, acaso incluyendo alguna foto o papel pendiente]... explico que no son los correos de fiar [¿?] entre Ecuador y España. En estos días estoy en vísperas de mi cumpleaños octubre 28/1955... Por el momento me despido con un abrazo, Patricia”.

Bueno. Ya intervienen como substancia epistolar el “querido” del encabezamiento y el “abrazo” del cierre. Patricia era 19 años más joven que yo, y algo más joven también que su hermana Yvonne [Yo hoy, con cerca de 63, me represento a una y otra hermana bogando en mitad de los cuarenta, y simplemente, a falta de disponer de una fórmula mágica de la

que obviamente no dispongo..., en razón de que mis legítimas propensiones me orientan hacia la carne animada de muchas menos lunas, de muchas menos muescas de estaciones dejadas por sus pieles..., bueno, lo que digo es que si el mundo no es del todo bueno, desde luego que se puede empeorar, y en tal caso lo menos malo es dejarlo como está]

El 26 de sept. de 1986 Patricia fecha otra carta suya acompañada de dos fotografías:

“Querido Tomás:

Recibí tus cartas Agosto 26 y Septiembre 2, gracias por los intentos que hicistes (*sic*) por llamarme, la mejor hora que me puedes encontrar en casa es a partir de las 6 pm. que regreso de la oficina... Estoy enviando dos fotografías para que tengas una idea como soy... Espero la tuya inmediatamente ACTUAL no 3 años ni 1 año atrás, de *cuerpo entero* y a *colores*... Saludos y abrazos hasta pronto,

Patricia”.

Venga. Aquí ya se aclaran las cosas casi definitivamente. De momento, por los términos literales que me pone, yo debí de enviarla alguna foto, de entre los variados modelos tipo carnet, ninguno por lo visto reciente; y de ahí su petición. Las dos fotos de color en que aparece Patricia, en ambas con amigos, y en una de ellas hasta también con su mamá, me muestran a una chica..., mejor dicho, a una mujer hecha y derecha, de treinta años. ¿Atractiva? Sí. ¿Deseable? Pues también. Pero en mi opinión y apelando a los tribunales más insobornables de mi estética, con encantos de menores quilates que los de su hermana Yvonne. Ni siquiera descarto que este juicio valorativo estuviera propiciado

por el magnífico e irrevocable hecho de saber a Yvonne por encima ya del bien y del mal, en su cápsula de matrimoniada y no computable a ningún efecto práctico. Ahora bien, lo que sí que me alarmó decididamente fue ver en una de las fotos que Patricia está fumando; sí, fumando, con un cigarrillo en la mano, y con una cara -- y esto ya son figuraciones mías --, con una cara como de haber estado sujeta a dicha actividad el tiempo suficiente como para no tener intenciones de dejarlo; no sé, se nota, se percibe una desenvoltura en ciertos ademanes, en ciertas y concretas ejecuciones. Ya. Así que Patricia tiene toda la pinta de ser una fumadora empedernida. ¡Pues qué bendición de fotos que me han permitido entrar en conocimiento de tal realidad!

El 28 de octubre de ese mismo 1986, cumpleaños número 31 de Patricia, le envié un telegrama con “Felicidades”, y según unos papeles que no encuentro..., y un pique de memoria que obstinadamente se empeña en dar crédito a lo indemostrable, puedo, quiero asegurar que telefoneé a Patricia, muy probablemente desde Alcalá de Henares durante alguno de los tramos no lectivos de mis obligaciones con la Universidad de Granada. Hay un detalle que terca y distintamente sigue salvaguardado en mi memoria y es el de que yo mencioné el tema del tabaco y lo innegociablemente incompatible que devendría cualquier conato de convivencia y al nivel de intensidad que fuere, mediando el hábito de fumar por parte de mi pareja. Recuerdo que Patricia se percató de la decisiva relevancia que tenían en mi vida detalles así, y hasta me hizo gracia que la chica se disculpara... de no disculparse! Me dijo algo así como que no lo sentiría como algo leal el decirme entonces que iba a modificar su hábito arraigado de fumadora por hacerme creer que pretendiese ganar méritos ante mi criterio. Eso lo recuerdo muy bien. Ahora ya en mi carpeta de

correspondencia salto a una carta de Patricia, aún en Guayaquil, de 16 de mayo de 1990:

“Querido Tomás:

Aprovecho que una amiga mía muy querida viaja a Alemania, donde su hermana casada con alemán, para enviarte estas pocas líneas... te sorprenderá que te escriba después de casi dos años... Me gustaría saber si te has casado o no, si no lo has hecho aún, me gustaría decirte que estoy pensando viajar a Europa por junio o julio... y me agradaría visitarte 10 ó 15 días... pero luego te confirmaré cuando voy... Me gustaría saber si aún está pendiente tu invitación. Bueno, querido Tomás, me despido por el momento deseándote muchos éxitos como siempre, y que Dios te bendiga. Tu amiga aunque lejos, te envía un fuerte abrazo” [A continuación, de nuevo su dirección postal específica y su número de teléfono]

Bien. Para empezar, esta carta llegó a mi poder el 11-2-91, y en sus márgenes tengo hecho un apunte sobre la diferencia de siete horas con Guayaquil y los prefijos internacionales. Lo cual, bien pensado, me da pie para conjeturar razonablemente que debió de ser entonces, en el periodo no lectivo debido a exámenes en la Facultad y que yo pasara por Alcalá de Henares, cuando yo celebré la conferencia de que antes he hablado. Ahora lo veo con claridad. [Por aquella época yo tenía en mi conciencia ya toda una historia de comunicación fallida con Mónica, como veremos en su momento; como asimismo veremos, al cierre definitivo de las vivencias que justifican esta viñeta mía de Memorias sobre Ecuador, que el funcionamiento telecomunicativo de Ecuador y de los ecuatorianos significó

buena parte de mis frustraciones] Nuestra conversación telefónica así, y casi con toda seguridad, se produjo en febrero de 1991 como contestación oral a su, por el momento, última carta reseñada... y... con fecha 1 de octubre de ese mismo 1991, y a los servicios de Correos de Alcalá de Henares, recibo un Fax de don Luis E. Barona r., padre de Patricia:

“Estimado señor Ramos: Su dirección se me había traspapelado. Hoy la he encontrado y esta es la dirección de Patricia Barona Jurado [a continuación, unas señas en Milán, Italia, y teléfono]. Atentos saludos”.

De verdad que este fax fue un documento a través del cual pude configurar la hombría de bien de aquel señor, a quien imaginaba yo guardando la retaguardia y cuidando de los menesteres de sus niñas... Este señor se había encargado de enviar a Yvonne, a Los Angeles, mi libro de poemas. Este señor ahora, en razón del conocimiento que tuviere -- y que yo desde siempre celebré -- de la correspondencia y andanzas de Patricia, se encargaba amablemente de facilitarme su dirección en Italia. Desde aquí mis respetos renovados por tan señalado caballero. Yo, un poco abrumado por este baile de direcciones y conatos de direcciones; de viajes proyectados y abortados; de fechas trabucadas, enderezadas y vueltas a tergiversar, me quedé surto, a la espera de lo que pudiese acontecer. Si Patricia estaba en Europa, el hecho de contactarme adquiriría rango de simple bagatela. Así que esperé y prácticamente me desentendí del asunto. Transcurrió la friolera de casi dos años antes de que recibiera, fechada en Milán 23 de agosto 1993, pero franqueada y echada en España:

“Recibe un cariñoso saludo desde Italia de tu amiga ingrata ecuatoriana pero que siempre te recuerda a través de tus gentiles/cordiales cartas. Me gustaría verte algún momento que estés libre de tus clases [A continuación, dirección completa y teléfono]. Un abrazo. Patrizia”.

La postal, como digo, está echada en España, igual que la varias veces citada carta de 11-2-91. Se nota que Patricia se servía de alguien que viajase, de paso o no, por España con el fin de franquear la correspondencia, echarla y ganar alguna fecha. La dirección que me da ahora, así como el teléfono, son distintos de los facilitados por su padre casi dos años antes, lo cual no tiene nada de extraño. Esta postal de Patricia desde Milán [observe el lector que se firma Patrizia, con *zeta*, a la italiana, de tan fuerte como debió de calarla el ambiente] fue con toda probabilidad la pequeña pieza epistolar que más me tranquilizó. No pude por menos de soltar un típico... “hhuuffhh” de complacencia y alivio. No tiene desperdicio. El tono, el contenido y otra vez el tono evidencian que está “in full swing”; o sea, en plena ambientación. Se permite auto-inculparse de “ingrata” cuando nada más grato para mí que constatar que estaba haciendo lo que estaba haciendo. Luego, además, el acorde tan femenino, como de condescendencia auto-concedida, “me gustaría verte algún momento que estés libre”, cuando a ella le constaba que nadie más fácil ni más abordable que yo... ¡Hhuuffhh..., qué bien! ¡Qué tranquilidad! Seguro que Patricia encontró un haz frondoso de realidades, y sólo con que se entretuviera percatándose de las posibilidades, reales o presuntas de cada cosa, estoy convencido de que tendría entretenimiento para largo. Con sus casi 38 años en 1993 Patricia quedaba rotunda y plenamente muy fuera de la franja de edad que con

arreglo a los principios de Confucio entiendo como razonable, deseable y conseguible en toda aquella mujer respecto de la que yo aspire a celebrar cualquier instancia de compañía y/o de intimidad. Y, ¿por qué no también? Yo, en su lugar, aspiraría a un, si no colegial, por lo menos a alguien que no la sacara 19 años como yo. Y todos tan contentos. En el momento en que esto escribo Patricia sale al encuentro de los 44 años. Una preciosa edad.

¿Colofón? No he vuelto a saber nunca nada más de esta mujer. A raíz de su tarjeta del año 1993 sí recibí, sin esperármelo en absoluto, y en España, creo que desde Valladolid, una llamada telefónica de una chica que decía estudiar Derecho y que por lo visto había conocido en Italia a Patricia, y ésta le había dado mi número. La facilité unos datos que me preguntó sobre Derecho civil, bueno, concretamente sobre mis propios trabajos, pues según parece, eso sí, Patricia la había hablado encomiásticamente sobre mí. Pero al decirla yo que se trataba de artículos en tales y cuales revistas, esta chica -- cuyo nombre no llegué siquiera a conocer -- ..., esta chica pareció decaer en su entusiasmo. Entiendo que se había figurado que yo era Presidente de alguna Audiencia Nacional, o temas parecidos. Con todo, y como intercambio convencional y hasta mecánico, de cortesía, me dejó un número de teléfono de Valladolid. Unas semanas más tarde, y supongo que con la excusa cumplida de preguntar por algo que tuviera que ver con Patricia, llamé al dicho número de Valladolid. Me dijeron que allí nunca había vivido ninguna persona en quien concurriese, ni de lejos, ni una cualquiera de las características que yo mencionaba. Hasta hoy.

El siguiente ramal ecuatoriano con marchamo lírico corresponde a Mónica, la chavalilla de Puerto Áyora, de las Islas Galápagos. Y debo confesar que buena parte de la avidez con

que me apresto a escribir sobre ella la encuentro justificada en el portentoso rosario de tropicónes epistolares, ensayos de comunicación frustrados, engarces de espacio y de tiempo rotos, desalientos y repuntes de esperanza que han acompañado los más de 16 años en que, con luces y con claros, con desapariciones y epifanías siquiera espiritualmente ilusorias, con renunciaciones que me parecían definitivas y con renovados espoleos de suscitación..., los más de 16 años, digo, en los que Mónica constituyó un bulto de realidad dentro de las dimensiones contenedoras de mi alma. Cuándo exactamente se produjo mi primera iniciativa hacia Mónica, no lo sé. Supongo que sería, más bien, inmediatamente después de mi visita a Galápagos y subsiguiente regreso a España. Una vez más carezco de detalles documentales, al menos en la medida en que todo el tiempo que fuere después de producirse los hechos, ahora mismo en que esto escribo, echo en falta los descansillos en las largas escaleras de acontecimientos. Me he referido a ello en muchas ocasiones pero sin que el fenómeno haya disminuido un punto de su portento, de su desquiciante realidad; y ello es la fragilísima virtualidad de la que pendían mis relaciones epistolares y conectivas con gentes de ciertas latitudes y de ciertos países. Ese concepto sólidamente asentado de una dirección fija, real, estable a la que llegan, antes o después, todas las bandadas de instancias comunicativas, como palomas mensajeras al mejor y más seguro refugio de la atalaya original..., ese dar por sentado que un principio general y solidario en competencia y responsabilidad se hace cargo de actividades tales como el correo, etc., etc... todo ello quiebra pasmosa y calamitosamente cuando uno de los términos de la relación resulta ser..., en este caso concreto, Ecuador. Uno llega a percibir en ese sistema no plasmado de signos que pueblan el éter, que conforman la textura de las almas,... uno llega a

sospechar que las fuerzas de la perversión están dedicadas “full time”, o sea, a pleno rendimiento, a jornada completa, a trastornar los designios y los programas de los espíritus buenos; porque de otra manera no se entiende la fabulosa orquestación de instancias equívocas, de proyectos malversados que tienen lugar en algo tan... teóricamente simple como es el correo entre dos personas.

Supongo que tendría que ser durante lo que quedara de 1979, o acaso ya, con una dimensión estrenada, la de haber superado mi Tesis doctoral de Derecho a primeros de febrero de 1980, a partir de estas fechas cuando le escribiese yo a Mónica. Lo más fácil del mundo: Un nombre y unas señas, siempre en opinión personal suficientemente especificada. Mónica -- eso sí que lo recuerdo bien -- no me había dado su apellido, mejor dicho, a mí no se me había ocurrido preguntárselo, porque era tan inequívoca la dirección, tan palmario el hecho de que en el Hotel Galápagos de Puerto Áyora, Islas Galápagos, Ecuador, sólo había una Mónica que... Pues bien, aquel detalle mínimo y previo constituyó el primero de una larga serie de encallamientos. El caso es que ya en el trimestre inicial de 1983 recibo una carta franqueada en Alemania y que por su lúcida y amable concisión la traslado íntegramente:

“Sr. Ramos: Por equivocación me ha llegado esta carta dirigida a una Sta. Mónica. Yo también me llamo Mónica y mi amigo Jack Nelson de Galápagos ha creído que era para mí y me la ha enviado inmediatamente. Como se dará cuenta la he abierto y leído, y al darme cuenta de la equivocación no me queda más que enviársela a Vd. de regreso pidiéndole disculpas por la indiscreción.

Si le ayuda en algo a encontrar a la Sta., en Santa Cruz vive una jovencita con el mismo nombre. Es la hija de la Sra. Angermayer que dirige el pequeño hotelito del mismo nombre en Puerto Áyora.

En un principio pensé enviársela a ella, pero podría haber traído más confusiones al no dirigirse la carta a Mónica Angermayer. Espero que esta información le sirva de ayuda en alguna forma. Sinceramente. Mónica Coronel S.”

Como digo, una amable y lúcida carta, enviada con remite de Freiburg, y a la que inmediatamente contesté con mi agradecimiento por su diligencia solidaria, y sin que, y por otra parte, supongo, dejara yo de traslucir un deje de lírica contrariedad por no haber tenido oportunidad de conocer a esta segunda Mónica durante mi corta estancia en Ecuador.

Las conjeturas se me agolpaban. Desde luego, y para empezar, el hecho de que mi carta se dirigiera a una Mónica, sin más, por muy inequívoco que a mí me pareciese el nombre, no debió de constituir evidencia suficiente para los circunspectos de los señores Nelson, senior y junior, que por lo visto no llegaron a imaginarse, no pudieron imaginarse que entre la Mónica del Hotel Galápagos y yo pudiera haberse constituido una soldadura de incumbencia emocional. De nuevo, la chatedad uniformista de ciertas culturas, si estupenda para resultados generales, fulmina inmisericordemente cualquier supuesto de excepcionalidad. También, y siempre según la carta, la Mónica hispano alemana era según parece amiga del hijo de Forrest Nelson, de nombre Jack, el cual no estaría en disposición de dispensarme ninguna flexibilidad de juicio como para relacionarme con la Mónica... mía. Pero, ¿era, podía ser correcta la fecha de 1983? Ahora, a

pitón pasado, me parece una enormidad que tan sólo para enterarme de que Mónica se llamaba Angermayer, y de que no había recibido mi carta, eso, hubiera costado más de tres años. Yo saqué la conclusión de que “mi” Mónica tenía un padre de prosapia alemana, pero que no parecía ejercer ningún protagonismo en aquella época [bien por deceso, bien por simple separación o desaparición]; y que Mónica vivía con su madre que, a su vez y asimismo se dedicaba a labores turísticas, regentando el hotelito de que me hablaba la señora o señorita Coronel. ¡Qué bonita complicidad de cruces de nacionalidades, de encuentros de intereses multi-étnicos convocados en aquella ciudad de Puerto Áyora!

Con toda necesidad, y ya con su apellido Angermayer, yo tuve que enviar a Mónica la carta devuelta y supongo que con otra nueva carta explicitando la peregrinación a que la escasa entidad imaginativa de los “americanos” del hotel Galápagos había sometido a mi misiva original. La primera y memorable carta que recibí de Mónica trae fecha, en Quito, de 4 de febrero 1985. Ocupa dos hojas, por una sola cara, de 28 x 15 cms., de papel comprado expresamente para menesteres de correspondencia femenina, con un borde color crema y otro ribete interior de tono marrón más oscuro; un perrito como persiguiendo a una mariposa, y florecitas a lo largo de todo el pie de la página. Está escrita a mano y tengo que apelar a una muy buena porción de la entereza de mi ánimo para releerla e incorporarla una vez más, siempre una eternamente penúltima vez más a la linfa de mis emociones. Mena sin desperdicio, veta diamantina, carbón puro sin escorias. Traigo la carta entera a estas páginas, con la esperanza técnica de que una fotocopia y posterior escaneo puedan hacerse cargo satisfactoriamente de la reproducción:

Quito 4 de Febrero de 1925.

Tomas: Te escribo esta carta por que estoy
alegre de escribirta.

Quiero decirte que estoy muy apenada
porque cuando yo me fui a
Galapagos me entregaron la carta
tuya, era muy tarde yo estuve
en Quito estudiando, yo me se
porque te estoy escribiendote sera
porque siento algo por ti.
Tomas, yo ~~habia~~ aceptado tu
invitacion a Espana como me
entregaron la carta tarde me
muy apenada porque tu
dejaste de escribirme pero havia
tu vez que te vuelva a escribir
yo pensaba que yo tenia 18 años

~~pero yo tengo 16 años pero en
Octubre cumpla 17 años~~
Tomas espero que te acuerda me
dejes de escribir.

Tomas: si tu quieres verme ven
a Quito que yo estoy en Quito si
tu recientemente estas interesado por
mi pues yo en realidad quiciera
verte de nuevo.

Yo me recuerdo cuando tu estabas
tocando la guitarra en
Hotel Galapagos yo ~~te~~
quede viendo yo ~~te~~
estuve enamorada de ti sera porque
da de ti



Tomas: yo quisiere saber si tu
no me olvidaste. Yo quiero que
tu vengas a Luuto estare muy
contenta de verte de nuevo.

Tomas si tu vienes a Luuto me
tendrias que hablar yo quiero
ser tu amiga esperad que tu
no estes casado sino me
pondre muy apenada Tomas
espero tu contestación pronto.

Espero que estes bien en España
que estes bien de Salud y que
te encuentres alla, hasi lojala
que no me olvides, asi se
despide tu recordada amiga
Abónica Amyermeyer.

Hasta Pronto Tomas.

Tomas como yo me tenia tu
numero de telefono y or no podia
hacer una llamada alla.
Mandame en la contestación tu
numero de telefono.



Bien. Hasta aquí, la carta; y a partir de aquí la locura, la cargazón de concernimientos y de incumbencias. No hay una sola frase de Mónica que no levante un sobresalto emocional en el ánimo mío. Lo primero de todo, bueno, lo primero no, lo primero y lo segundo y el resto de la secuencia ordenativa es que. ... Pero vamos a ver..., si me está diciendo que ahora tiene 16 años, ahora, quiero decir en febrero de 1985, pero que en octubre de ese mismo 1985 cumple 17 años. Luego en Agosto de 1979... ¡no puede ser..., no puede ser, pero sí tiene que poder ser, por mucho que a mí me brinquen y chirrien los mecanismos de la lógica! ¡En agosto de 1979 Mónica no tenía aún 11 años, y estuvo conmigo, sentada en mi cama, con el corpiño quitado! Ya me parecía a mí que sus dos exaltaciones de..., sus dos conos rematados de pezón testimonial no alcanzaban el marchamo de la plena pubertad. Pero de ello hacía la friolera tremenda de casi seis años... seis años que se nos habían metido por entre los intersticios de nuestra eternidad tan sólo en este primer lance de una carta, de una inicial comunicación, de un santo y seña por parte de Mónica... ¡Asombroso revulsivo que vino a reforzar el trasfondo, la placenta metafórica del tiempo! Seis años como un chascar de los dedos, como si nada... “que pasados los siglos, horas fueron”. Me adjunta una segunda foto, también como de carnet y en blanco y negro. No parece la misma; no se parece en nada a la anterior. Ahora, con el pelo tan sólo hasta la línea de arranque del cuello, y con un gesto reflexivo y como taladrador de estancias ulteriores, Mónica da la impresión de mostrar un fecundo panorama de pubertad; como si sus servidumbres mensuales hubieran irrigado su mirada, su semblante entero, de fecundidad virtual, de ovulación responsable. Las particularidades expresivas de la carta exacerban el arranque de ternura solidario que su lectura comporta. Desde aquí mismo y

desde este momento me comprometo a intentar por todos los medios al alcance de la técnica, reproducir en forma final gráfica los entrañables dibujos, con aires de garabatos, que adquieren muchas de las palabras que me escribe Mónica.

Sin embargo, todo lo que de concierto congruente pudiera esperarse de una relación como la que se estableció entre Mónica y yo, quebró, se partió en pedazos. Empecé a ver claro. La niña Mónica parecía provenir con toda seguridad del cruce de un alemán con mujer ecuatoriana; y además, según cuenta, está por turno tanto en Quito como en Galápagos, supongo que en la temporada vacacional por lo que se refiere a Puerto Áyora. Como digo, aquí las secuencias temporales, los conceptos del antes y del después pierden su sentido. Mónica confunde mi actividad de cantarín con la de guitarrista, que pertenecía al chico italiano que también se hospedaba en el Hotel Galápagos en agosto de 1979. Absurdo o no, desmedido o no, fundado o no, ... confieso que una estocada de celos me taladró toda mi realidad viva al brotarme la devastadora sospecha de que Mónica, al confundir lo que yo hacía, estaba dedicando todos los términos de su carta al muchacho Antonio.

Llamé a capítulo a mi sentido común y conseguí tranquilizarme mediante el planteamiento de que Mónica tenía fotos mías, y que lo visual siempre se imponía a los planos tal vez amontonados de la memoria. Ahora está en Quito, por lo que parece, durante el curso académico, y me tantaliza con la proverbial prueba femenina del típico “si tú realmente estás interesado por mí”... Pues sí, vida mía, alma mía, mi pequeña gran locura de geografía y exotismo más allá de lo telúrico, Mónica en una palabra: Yo estoy más que interesado por ti; estoy subyugado, sucumbido al magnetismo hechicero de tu personalidad..., pero por desgracia todo eso, quiero decir todo

eso sin más, por sí mismo, sin otras alianzas, no funciona. Yo tenía entonces 48 años, triple justo que la edad de Mónica; y en modo alguno mi visión cósmica rechazaba dicho algoritmo de proporciones. Pero de eso a plantarme en Quito, así por las buenas, ante el “personal ecuatoriano”, como el caballero andante que viene a cortejar a la niña Mónica de 16 años..., pues hay una pavorosa diferencia. “Si tú vienes a Quito me tendrías que *habisar* (sic)”. Bueno, obviando el acaso sorprendente menester que se encofra en el enunciado verbal que tan graciosamente me espeta Mónica, precisamente la actividad de comunicación entre España y Ecuador es una de las fabulaciones más quiméricas que le puedan acechar a uno.

El lector no guardará pereza en imaginarse el intenso y decidido despliegue que tuve que hacer yo respecto de mandarle a Mónica toda suerte de teléfonos, tanto de Alcalá como de Granada, tanto míos como de mi hermana; tanto los de la Facultad en Granada como el del Hotel Casablanca; y también el telex de Correos, con instrucciones de cobro revertido en cada caso. Porque lo penitencial del asunto es que Mónica, en la dirección que me da en Quito, no tiene teléfono, o por lo menos no me lo menciona; parece que vive en casa de una familia o lo que sea, más bien... lo que sea. Con todo, yo necesariamente tuve que conseguir que alguna carta mía le llegase, y con fecha ahora de 20 de junio de 1985 recibo la siguiente de Mónica:

Quito 20 de junio de 1985

Recordado Tomás.

Como estas?

Recien recibo tu linda carta que tanto esperaba realmente - fue una sorpresa muy grande para mi, al tener otra respuesta - tuya otra vez, realmente ya no esperaba tener noticias tuyas pero así es lavida y en alguna forma tu recibistes mi carta - y llegó tu contestación a mis manos; pues me alegra oír algo más de tí, el tiempo a corrido velóz y ya no soy una chiquita como antes ya cumplí 16 años y el 3 de octubre cumplo 17 años aun que tú no lo creas pero es la verdad, yo pienso que tu crees que tengo más años. No sé porque tu piensas así pero - algún día nos vamos a encontrar entonces tu te vas ha dar cuenta sobre la edad que tengo.

Tomás dime que piensas de mí? cuales son tus planes conmigo?
todavía piensas como antes?
Bueno lo que yo más quiero es que tu vengas al Ecuador, verte
nuevamente aunque sea por un corto tiempo, entonces nos -
podríamos conocer un poco más; entonces supieramos mejor que-
hacer. En la primera carta que me enviastes a Galápagos que -
todavía la conservo y también en tu última carta tu me dices
lo mismo tu piensas que yo debo ir a España tu me lo propo -
nes, Pues eso yo creo que no va ha ser tan fácil para mi ya q
que yo todavía soy menor de edad, mis padres tuvieran que
saberlo porque yo no sé que tu piensas sobre mí; tengo enten
dido que tu vas a pagar todos los gastos, como son los pasaj
jes de ida y vuelta la estadía allá, como tu debes imaginarte
yo estoy ilusionada con viajar donde tí, y conocer otro país -
Bueno escribeme lo más pronto posible y con mucho sentido -
ojalá me comprendas si?
Esto es todo por ahora y quedo ansiosa de recibir tu pronta-
carta. Porque verdaderamente estoy pensando en tí no sé por -
que

Respecto a la foto ahora no he podido pero en la próxima -
te la envío y muchas gracias por tu fotografía creeme que te
en la foto estás casi igual a lo que te conocí, talvez un -
poquito te has cambiado.
Dime que edad tienes estoy muy curiosa en saberlo.

Tu amiga que te recuerda mucho.

Mónica Angermeyer

Chao bye

Nota. Tomás como todavía no puedo arreglar mis papeles yo
sola, ayudame tu como abogado ha realizar mis papeles porque
yo no sé nunca he salido del país.
MI DIRECCION ES ESTA: ahora estoy en Guayaquil.

Balsamos 211 y todos los santos
sur.

URDESA

Hay detalles argumentales nuevos, como la mención de “mis padres”, y también lo de que ahora me da una dirección de Guayaquil pero asimismo sin teléfono, lo cual echa por tierra cualquier pretensión comunicativa. Por lo que parece, mis razones seguían centrándose en lo único que estaba plenamente en mi mano: invitarla a venir a España con todos los gastos más que pagados, en plan princesa, etc., etc., a lo que Mónica correspondía con lo que ya me había participado respecto de que hasta que no cumpliera los 18 años de mayoría de edad seguiría dependiendo de la autoridad paternomaterna, o de la instancia superior que fuese. Bueno, pues un capítulo más de mareo de la perdiz, me dije. Lo único que conservo es el resguardo de una carta mía certificada, a Galápagos, de fecha 25 de septiembre 1985. Y ya con fecha de 12 de mayo 86 me escribe Mónica desde Quito:

Quito, 12 de Mayo de 1.986

Señor

Tomás Ramos

Presente:

Hola Tomás, como estás, espero que te encuentres bien seguramente cuando resivas esta carta va a ser una grande sorpresa para tí, pues me disculpas por no escribirte antes, están de acuerdo que yo me vaya sola a España por eso no me he podido decidirme que tu me propusistes, pero al fin como ya pronto voy a tener mis 18 años entonces pa podre hacer mi propia desición. Por eso he pensado ahora en escribirte para que sepas que yo siempre me acorde - de tí, todos los momentos estabas en mi pensamiento, sin embargo no te escribí ya que era muy pequeña.

Espero tu pronta contestación, saber como estas en todo el tiempo que hemos dejado de escribirnos, por mi parte estoy muy bien ya sabes extrañándote.

Bueno yo te diré que me encuentro bién he pasado algunos meses en Quito por eso te escribo ya que me voy mañana a Galápagos a pasar una penqueña temporada, me envias tu carta a la Isla Santa Cruz; dime tú recibiste mis dos fotos la una era pequeña de mi cédula y la otra te mande despúes de un poco tiempo en es foto tenía 17 años y meses, comunicame si recibiste ya que no recibí contestación alguna.

Será difícil para tí si me llamas a Galápagos por Ietel porque espero escuchar de tí tu respuesta.

Me despido con mucho afecto.

Atentamente,

Mónica Angermeyer.

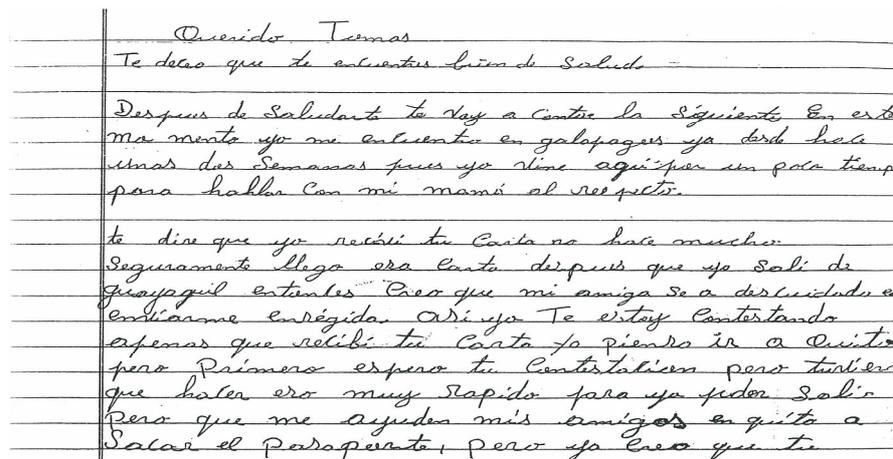
PD: te envió una foto

Tengo la copia-resguardo de un telegrama mío en el que por desgracia no se ve la fecha, a la dirección de Quito y con el texto:

“Teléfono tuyo imposible llámame cobro revertido”...

Pero, nada, ni caso. Continuaba el apabullante diálogo para besugos o de sordos en el que yo tomaba parte por inercia estética, en plan zombie. El asunto me recordaba el juego de los prestidigitadores en razón de las tres variantes, sean cartas, unidades de alubia, chapas o cualquier adminículo. Quito, Guayaquil y Galápagos, las tres localidades combinadas, encontradas, neutralizadas producían una perfecta inaccesibilidad de resultados.

Pero había que seguir. Yo estaba dispuesto a todo. No era momento de abandonar. Otra carta sin fecha de Mónica infiero, en razón de su contenido y por lo que me dice, que debe de tratarse de septiembre de 1986, ya que me dice ser “todavía (sic) menor de edad” y que yo tengo que “esperar por lo menos un mes”. Ahora me sugiere comunicarme con ella nada menos que a través de la Agencia de Viajes Coltur [la misma con la que tuve yo que ver en Guayaquil] en Quito:



Querido Tomas
Te deseó que te encuentres bien de salud -
Después de saludarte te voy a contar la siguiente En este
momento yo me encuentro en galapagos ya desde hace
unas dos semanas pues yo vine aquí por un poca tiempo
para hablar con mi mamá al respecto.
te dice que yo recibí tu Carta no hace mucho
seguramente llega era carta después que yo salí de
guayaquil entonces creo que mi amiga se a desolado en
entonces me entregó a ti yo te estoy contestando
espero que recibí tu Carta ya pienso ir a Quito
pero primero espero tu contestación pero también
que haber era muy rapido para yo poder salir
pero que me ayudes mis amigos en Quito a
salir el paraguato, pero yo creo que te

especialmente tus cartas que ayudaron también
para arreglar mis papeles ya que todavía soy muy
de edad Entonces me parece que tu tener que esperar
por eso pues la menos sea mas corto que tener este
lista que yo pueda salir a España así te das
cuenta que difícil es poder ponerse contacto contigo
por eso es que todos los días han estado tan
largo la foto que me pides en tu última carta pues
que mala suerte tengo que ser perdi todo en mi
viaje a la y me salieron muy bonitos todas las fotos
que me tengo en quito ultimamente así como dices que
estas impaciente porque no recibes mi foto así por la
menos te mando una foto que es de mi cedula
que me me temo en hacer un error pero
todas maneras me das a ver pronto personalmente
pero si tu quieres para que sea mas rapido puedes
hacer una llamada con este telefono que 548 215
que es una compañía que llama Cultus antes
que me llege la carta entonces tu me puedes
dejar saber cualquier cosa por que ellos me van
a pasar este mensaje aquí a galapagos.

Esperando tu carta
y tu llamada a Quito por Cultus
me despido hasta que pronto volver
a vermas Masida

Dentro de la más absoluta de las confusiones, algo me iba quedando claro, y es que Mónica iba a cumplir 18 años en octubre de 1986, y que cuando la había conocido en Puerto Áyora en 1979 tenía diez para cumplir once dos meses más tarde. Bueno: otra carta más y nueva pérdida de cuenta de la nomenclatura de direcciones huidizas y teléfonos volátiles. Me entero por una tarjeta de visita/comercial que me adjunta Mónica, que su dirección en Quito corresponde a la de un matrimonio que parecen regentar una residencia, "Casa Paxi". Fabuloso, inconcebible, fantasmagórico. Sigamos. Fechada en Quito, 28-05-87, recibo de Mónica (pero escrita por una amiga, por las razones que se explicitan en el texto) la siguiente carta:

Quito - 28-05-87

Querido y Recordado Tomas

Como estas?

Fue para mi una alegria recibir noticias tuyas, estoy muy contenta te recuerdes de mi. Hace una semana recibí tu carta, ha demorado seis meses, es por esto que no te escribí antes.

Me he dado cuenta lo buen hombre que eres. Gracias por llamarme, lo que sucede es que ya no vivo en esos telefonos y mi amiga Lily está en Galápagos entonces espero me disculpes.

Te contare que he cumplido 18 años y ahora si estoy dispuesta a viajar a Madrid y estar junto a tí. Como antes no me decidía comprendeme ha sido un poco difícil para mi tomar esta decisión, me doy cuenta que tu me quieres apesar de que no me has visto desde hace mucho tiempo, pero ahora ya soy toda una mujer ya no una niña no se como voy a sentirme estando allá.

Pero vale ir para comenceros los dos de lo que queremos, Quiero ir me.

Ahora tuviera que esperar primero tu contestación para sacar mi pasaporte

mi pasaporte y otros papeles que necesito.
El ticket de avión y la visa espero que tu me
vayas a ayudar en todo. Envíame una carta para
yo llevar a la embajada y de tener la visa
que certifique voy donde tú en calidad de
familia. Para el pasaje tuviera que mandarme
como tú me ofreciste porque yo no tengo
suficiente dinero como para hacer ese viaje a
España. Así escríbeme pronto pero antes de eso
me llamas por teléfono a este número 237-195
es más seguro, pero lo haces inmediatamente
apenas recibas mi carta. Y si puedes envíame
el ticket, así pero abierto, caso que me
llegue y yo lo haga confirmar acá ya
que tal vez en España puede ser más barato.

Ojalá que tenga suerte esta vez que no
llegue a pasar como en esta última vez esta que
tu carta me llegó después de medio año, pues
que mal servicio de correo tenemos en este país.

Mi amiga Liby te envía saludos ya que
siempre le he hablado de ti.

Espero tu llamado entre 7 a 8 por la noche
y la carta.

Muchos cariños y besos

Te recuerda

Monica

P.S. Una amiga mía me escribió porque yo me
hice un poco de daño en mi mano derecha.

El teléfono que me sugiere compruebo que corresponde a la “Casa familiar” del matrimonio de Quito anteriormente citado, y... Me adjunta una nueva foto, la tercera y última que recibiría de ella. Se trata de una cartulina en blanco y negro de 13 x 9 cms. ¡Tremenda chiquilla! En ninguna de las tres fotos por separado se parece a las otras dos. Lo mismo que la edad de Mónica fue una realidad que se me iba desvelando mediante sus cartas sucesivas y mis cándidas conjeturas, su rostro, tal y como se justifica en las fotos constituye otro sin igual proceso de misteriosos interrogantes. ¡No parece la misma! -- me repito. En esta tercera es donde, con excepción de la primera, refleja una cara más niña, más primorosamente juvenil, con una preciosísima sonrisa, asomante de la hilera, algo sin pulir pero igualada, de los dientes de arriba, con un atisbo de gracioso hiato entre las palitas centrales y los contiguos de uno y otro lado. La foto que me envió en segundo lugar, y que según las cuentas correspondía a sus 16 años, es la más cuajada de gesto, la más adensada, la menos infantil. Sí, cada una de las fotos parecía contener a una persona distinta; a alguien que tuviera muy poco que ver, o nada, con la pretendida identidad anterior.

La carta de 28 de mayo citada, con todo, o mejor dicho, a pesar de todo, contiene alguna clave dilucidadora. Mónica con los 18 años cumplidos parece estar en disposición de tomar decisiones, de declarar preferencias que, sin embargo, parecen albergar un tufillo de información mal digerida; como si alguien, algún elemento extraño la hubiese estado dictando parte de los contenidos de su proceder libre. Lo del billete abierto, aparte y además de lo que cada cual quiera creer, es tan sólo una instancia desiderativa y gratuita. Los billetes pre-pagados se envían con una fecha concreta de utilización, en principio. Independientemente de que ninguna Agencia expide

normalmente billetes así [no parece factible prepagar algo cuyo valor reside en la fecha de su utilización, sin fijar precisamente esta fecha], mucho menos se podría haber visualizado tal supuesto con Ecuador. Enviar un billete válido para “fecha abierta” era tanto como pagar un billete y no poder saber si éste llegaría a ser utilizado jamás por la persona correspondiente, y para el vuelo correspondiente Quito-Madrid, además de consentir otras negociaciones irregulares y fraudulentas. Mónica había oído campanas pero no sabía de qué sitio golpeaba el badajo. Otro punto que me hizo cavilar fue el hecho de que la carta traía franqueo de Perú. Por supuesto que podía tratarse de que la amiga de Mónica hubiese viajado a Perú y desde allí hubiese echado la carta, lo cual, y siempre en razón de la malísima fama de las comunicaciones postales del Ecuador, habría significado, acaso, cierta mejora en las expectativas. Pero yo más bien pensaba que una cosa así podría asimilarse a lo de “salir de Málaga y entrar en Malagón”, y otros aforismos por el estilo, tan poco alentadores. Y en resumen constituía un motivo más de recelo.

Aquel verano de 1987 fue la traca final de todo el asunto. Elaboré una carta de invitación con membrete en los términos convencionales y completos: “Que invito a la Sta. Mónica Angermayer a venir a España con todos los gastos por mi cuenta, y por el periodo indicado, en principio, por las fechas de validez del billete aéreo que asimismo corre por mi cuenta”, etc., etc. Envié la carta por correo certificado a las tres direcciones de Galápagos, Guayaquil y Quito, un ejemplar a cada una, con fecha 19 de junio. Miguel Ballesteros, de Meliá, reservó un billete cuya fecha de utilización para volar desde Ecuador a España podíamos ir manteniendo y flexibilizando desde aquí, aunque nada más alejado todo ello del impracticable lance de

enviar un “billete abierto”. Recuerdo que en una guía universal de hoteles que obraba en el hotel Casablanca de Granada, descubrí que el Solymar de Jimmy Pérez, en Puerto Áyora, disponía teóricamente de un número de *telex*. Además del telegrama convencional que envié a Mónica a su dirección de Quito, “Billete Iberia dispuesto”..., etc., y al observar que desde Alcalá de Henares no se podía cursar ningún telex -- cosa que me llenó de frustración --, ni siquiera un telegrama a Galápagos, con el fin de que la dirección de Puerto Áyora quedase cumplimentada igualmente, me acerqué a la Oficina Central de Correos de Guadalajara, donde sí que había servicio de telex, para siempre una vez más comprobar que el número susodicho, perteneciente al hotel Solymar, no funcionaba; era eso, un número; una ficción; algo que la distancia se encargaba de reducir a la no existencia, a la no operatividad. Porque, a todo esto, yo nunca supe en ningún momento concreto dónde se hallaba Mónica ni a través de qué número de teléfono específico y real podía yo comunicarme directamente, por medio de nuestras voces, simultáneamente. Todo inútil. Aquí, de casualidad, en mis carpetas amontono los textos de los telegramas que cursé a Mónica a todas las direcciones teóricamente cubiertas por los servicios de telecomunicación; con los mensajes definitivos y concluyentes. Cifra y compendio ya de todo lo anterior y de todo lo posiblemente venidero, le envió a Mónica la siguiente carta:

“Alcalá de Henares 29 de julio, 1987

Querida y añorada Mónica:

Desde que recibí tu carta de 28 de mayo pasado (con sellos de Perú, me parece. ¿Estabas en Perú?) he sufrido mucho por no poder comunicarme contigo normalmente. Hasta

entonces, como sabes, había usado varios teléfonos y varias direcciones: Galápagos, Guayaquil, Quito... Nunca estabas en el sitio pensado, y los números de teléfono que me ibas dando resultaban fantasmales, inexistentes. Nada descorazona tanto, nada entristece tanto como ver que la conexión con la persona querida, recordada y deseada... es imposible. Conseguí, por fin, hablar contigo, sólo cuando tú me llamaste. Después, he querido decirte que tu billete estaba ya preparado. La compañía Iberia me informa que te ha estado telefoneando al no. 237-195 de Quito, para decirte lo mismo: que tienes ya el billete.

Pero resulta que llamo hace unos días a dicho no. 237-195, y me dicen que hace tiempo que ya no estás allí y que no saben nada de ti; que creen que estás en Galápagos... Desesperación !!! Intento telegrafiar a Galápagos, pero no es posible por no ser estación telegráfica. (Y el billete de avión te espera) Intento mandar un télex y encuentro en una guía mundial de hoteles el no. 2303. Intento poner el telex y me dicen que no funciona, que deberían ser cinco cifras en vez de cuatro, y... que no funciona (Y el billete de avión te espera). Ayer te mandé el tercer telegrama a tu dirección de Quito -- donde me dicen que no estás ya !! -- de todos modos con la esperanza de que "alguien" caritativo te informe...

Mónica, niña mía, amor mío..., ¿no tienes una dirección fija; una dirección que, aunque no vivas en ella, puedas, sin embargo, de vez en cuando preguntar si hay algún recado (mensaje) para tí? Me siento muy desgraciado, luchando contra la fatalidad, contra fuerzas superiores a mí, como invisibles, como del destino negro.

Cuando tú llegues yo debo ir a recibirte y a recogerte al aeropuerto, y necesito saber con cierta anticipación cuándo llegas exactamente, porque de otra manera puedo estar fuera de

Alcalá algunos días y puedes tú llegar precisamente en esos días y no tener a nadie que te reciba. Por supuesto, la compañía Iberia tiene la recomendación de comunicarnos (a la agencia de Alcalá y a mí) el vuelo que eliges, pero tú se lo debes recordar, porque para ellos es muy barato y muy fácil hacer uso del télex.

Te ruego otra vez que me llames a cobro revertido a mi teléfono 889 07 33 (no olvides que hay siete horas de diferencia). Precisamente este fin de semana, 1 de agosto- 3 de agosto voy a estar fuera de casa. Acaso sepas que los vuelos de Iberia Quito-Madrid son los jueves (llegada el viernes a Madrid y dos escalas) y los domingos (llegada el lunes a Madrid y una escala). Lo que debes hacer lo primero es contactar con Iberia en Quito, ya que ellos se han informado de que se han puesto, o sea, se han intentado poner, en contacto contigo en los nos. 237-195 y 542-663, y si nadie contesta, o si nadie da razón de ti, van a creer que no somos de fiar: Pueden hacer que perdamos el billete: y fíjate cuántas cosas se pueden hacer con dos mil trescientos dólares U.S.A. que ha costado!!

Amor mío: espero verte pronto. Tengo muchos deseos y mucha impaciencia por verte y por estar contigo”

Se acabaron las notas de mis carpetas. Se acabaron los papeles de Mónica. ¿Para qué más conjeturas? Siempre me temí lo peor: que a Mónica la hubiesen “aconsejado” todo este batiburrillo de proceder tan laxos y tan fuera de la responsabilidad de las gestiones ortodoxas. Como carezco de pruebas a favor o en contra de estas presunciones o sospechas indiciarias no es de recibo cargar la baza en la presunta realidad que soporten. Para 1987 ya habían venido invitadas por mí a España diversas amigas de la República Dominicana y de Brasil; y más tarde lo haría alguien de Nicaragua, y alguien aún más de Brasil. Así que el tema de los billetes pre-pagados y las demás

gestiones eran cosa de rutina por lo que a mí respecta. Mónica debió de enredarse en la pequeña maraña de opciones que se desplegaban ante su voluntad. No pudo ser y además no fue. La comunicación con Ecuador -- fuera de la virtualidad clara de haberme transportado de nuevo hasta allí --, una quimera tantalizante. Las distancias, letales. Los mundos, divididos. “Todo te lo tragaste, como la lejanía./ Como el mar, como el tiempo. Todo en ti fue naufragio!”

Pues no. Quiero decir que la bellísima cita de Neruda, sí; pero que en “mi” historia con Mónica todo no fue naufragio ni mucho menos. El increíble botín literario que me ha impulsado, que me impulsa en este instante a escribir y a mover, a transvasar y remodelar ingentes cantidades de alma, ¿qué es sino la más hermosa de las recompensas; la más generosa de las contraprestaciones? Dentro del juego de mis adivinanzas Mónica constituyó una personalidad proteicamente intuida, hechiceramente anticipada, siempre en magníficos parámetros de potencialidad para encofrarse en categorías de actos. Mónica comportó una enardeciente desgarradura para mi ego; una insania lírica, un bello reclamo de eternidad. Me conformo con que alguna pluma del vuelo de la aventura de su vida lleve mi nombre.

Una fecha de enero de 1993, terminada ya mi vacación en la República Dominicana, acaparadora de las fiestas navideñas y del Año Viejo, a punto de salir ya del aeropuerto de Las Américas de Santo Domingo hacia Madrid, y en espera de la llamada del vuelo de Iberia, reparé en dos chicas que estaban sentadas cerca de donde me encontraba yo, de pie ya probablemente, en proceso de dirigirme hacia donde se iba formando un buen trozo de cola. Por supuesto que desde que se produce el primer anuncio sobre la salida de un vuelo hasta que

todos los pasajeros han recibido su tarjeta de embarque en el punto de control de acceso al pasillo elevado..., puede transcurrir una media hora, casi siempre más. En cualquier caso, y entonces, suficiente para que yo me quedara mirando a las dos chicas, a una de ellas sobre todo, que me había devuelto y sostenido la mirada y me esbozaba un... proyecto, un orto de sonrisa. Me acerqué, con mi bolso de mano como único equipaje. La que me sostuvo la mirada fue quien propició que esa finísima y espiritual membrana que distingue la seclusión, de la comparsa; el mutismo, de la conversación..., dejara de interponerse entre todos nosotros.

Se trataba de dos ecuatorianas, empleadas de Iberia en Quito y que ahora esperaban una conexión también con Madrid, acaso en el mismo avión en el que yo iba a subir; acaso tendrían que permanecer en Santo Domingo hasta el día siguiente si las plazas de mi vuelo estuvieran cubiertas. Ellas, como “de la casa”, tendrían que aguardar hasta el último momento. Servidumbres del trabajo que, naturalmente, recibía la justa contraprestación de que sus billetes... ya no sé si les salían absolutamente gratis o suponían unas pequeñas y simbólicas tasas. ¡Ecuadorianas! -- dije yo. En aquellos pocos minutos que estuvimos charlando supongo que me daría yo maña en exteriorizarles mi beneplácito por conocer a las terceras o cuartas personas, me refiero como de mi incumbencia privativa, de Ecuador. A ver, a ver..., parecía querer yo compendiar los datos de la lección que mentalmente me estaba tomando: María; las chicas de Buenos Aires; [Marcelo Arboleda, el diplomático de Moscú... no; aquí se trata tan sólo de mujeres] Mónica; las hermanas Yvonne y Patricia Barona, de Guayaquil, ... bueno, si es que algunas de las cuales marcó un surco perceptible, siquiera mínimamente homologado, en el panorama de mis relaciones

con los demás. Creo que fue mejor que no hubiera entonces tiempo más que para intercambiarnos unas cuantas frases impresionistas, aprovechando la bonanza compartida de nuestra primera percepción.

Aquella, hacia la que con carácter monográfico vertía yo mi conversación, me pareció agraciada. Sentadas como estaban, con gesto algo doblegado por el cansancio, no fue materialmente posible incorporar a mi conciencia ninguna otra inspección pormenorizada. La ropa de entretiem po que llevaba encima, tipo de blusa o cazadora holgada, amplia, de esas que recubren la camisa o prenda más ajustada al cuerpo, tampoco me permitió mensurar el volumen de su torso. La impresión, en general, fue razonablemente agradable; la voz y los recursos expresivos de esta chica denotaban a alguien educado y de esmerada sensibilidad... La fila de viajeros de mi vuelo había sido engullida ya en sus dos terceras partes por el control que conducía al túnel elevado, así que consideré oportuno ponerme en cola. La ecuatoriana me apuntó su nombre y señas en un trocito de cartón y yo le dí una tarjeta mía con todas mis variadas direcciones y demás detalles...

Se llamaba María Isabel y lo que sí recuerdo con caracteres distintos y bien dibujados es que la escribí un aerograma: pensado, rezumando ambigüedades líricas por donde se lo cogiera, y al mismo tiempo -- y ahí está lo que cuenta -- sin poder restañar un hecho envolvente de emocionada autenticidad, de transcendido interés. Fechada en Quito el 13 de marzo de ese mismo 1993 recibo una carta de María Isabel, que paso a reseñar, citar y transcribir en parte, no sin antes declarar que entre esta misiva de María Isabel de marzo de 1993 y la que, según mis papeles, con fecha 14 de septiembre de 1994 justifica su postrer contacto epistolar conmigo, esta chica en dicho

aproximado año y medio hizo gala de una primorosa voluntad expresiva; acaso, la más lúcida y sostenida correspondencia que haya tenido yo en mi entera vida. De todo ello, y con las vicisitudes de aciertos y de decaimientos que me depare mi pluma, quiero dar cuenta a continuación. Pero de momento, y para comenzar por el principio, vayamos con la carta de 13 de marzo de 1993:

“Recordado Tomás:

Para qué voy a mentir que me encantó recibir tu carta, que aunque tú dices “cartita”, para mí fue una sorpresa inmensa...

... empezaré nuevamente mis clases de francés y de órgano. Me compré hace poco este teclado y estoy fascinada con él. Adoro la música. Yo toqué en la Orquesta Sinfónica Juvenil de Quito durante cinco años y estudié doce de violín...

Es posible que en Semana Santa vaya por allá pues me voy a Grecia y tendré que parar de ida y vuelta en Madrid así que te telefonearé y me encantaría verte”...

Esta primera carta de María Isabel Holguín, pues tal es su nombre, iniciaría una de las secuencias epistolares -- ya lo dije -- más frondosas y de más entidad que yo hubiera nunca protagonizado en toda mi vida. No aspiro a que esta declaración se incardine en las rampas superiores de las medidas de valor de quienes me lean, sino que más bien sirva para reiterar mi vocación de recuerdo, mi voluntad de aquiescencia con aquella aventura comunicativa que se prolongó terca e ilusionadamente durante más de un año y medio. Huelga decir que a cada carta de María Isabel seguían las respuestas mías, diligentes, puntualísimas, en las que, junto con las cualesquiera cuestiones

inevitables de halago y cortejo intimistas, sospecho que haría yo pivotar mis argumentos más centrados en el tema de que María Isabel, con el fin de podernos encontrar, viajara de momento a España en su condición de empleada de Iberia, y al abrigo de tarifas y costes decididamente reducidos, y de los que, en todo caso, me haría yo cargo.

En una siguiente carta fechada en Washington DC, USA el 11 de abril -- siempre y hasta que no se explicita otra cosa, de 1993 -- me dice:

“Estimado Tomás:

En primer lugar quiero disculparme por no haber ido pero, una amiga que iba a acompañarme, me falló y me dio un poco de flojera de viajar sola [a Grecia]

Te cuento que vine por el feriado a Washington en vista de que mi hermano trabaja acá. Él es diplomático de carrera y está asignado en la Misión del Ecuador ante la OEA...

Espero y tengo confianza en que seguiremos escribiéndonos y manteniendo contacto. Me encantaría que me visites en Ecuador. Yo vivo como te dije, en un piso con una amiga y mi hermano menor pero siempre habría un espacio para ti si te apetece”.

Como podrá observar el lector, esta carta contiene gran cantidad de material logístico; parte, tácito; parte, expreso. Me anuncia la posibilidad de un viaje para informarme más tarde de que no lo ha hecho porque una amiga la ha fallado. ¡Pues qué bien! He ahí un tipo de cosas que no es ni lejanamente probable que me ocurran a mí porque lo que, en principio, ni siquiera me planteo es lo de viajar acompañado. Me informa de que tiene un

hermano diplomático en USA y de paso aprovecha para enviarme desde allí dos comunicaciones: la carta que estoy reseñando y una bonita tarjeta postal de Annapolis, la capital de Maryland. Y ya, como cifra y compendio de lo que a cualquier mujer en su tesitura puede ocurrírsele, pues me hace saber el consabido y esperado “me encantaría que me visites en Ecuador”. No está nada mal. Y yo por mi parte confieso que me lo estaba tomando en serio. Mi correspondencia con María Isabel se desarrollaba con arreglo a pautas precisas, de compartida incumbencia, de creciente concernimiento; y la diligencia e intensidad que yo desplegaba en mi función de corresponsal podía considerarse como para nota. Por ejemplo, dichas carta y postal de María Isabel desde USA desencadenaron nada menos que tres respuestas mías espaciadas convenientemente en los días 20, 22, y 27 de abril, con la pretensión táctica de que le fueran llenando prácticamente todo su tiempo. Su carta siguiente está escrita el 18 de mayo, echada en Barajas (Madrid) el 24 y recibida por mí el 27. Se le habrá evidenciado al lector el hecho de que alguien como María Isabel tenía el pequeño privilegio de servirse de los vuelos de Iberia para encargar a quien fuere que le franquease y echase el correo en el mismo aeropuerto de Barajas, con un ahorro probablemente de más de una semana, amén del nunca improbable extravío de la carta. En fin, en ésta última suya me habla de las “cosas tan lindas” que la escribo... “Un compañero mío que va para Madrid es quien ha depositado esta carta en el correo. Así que como verás mi correo viene a ser más expreso que el tuyo, je, je. Casi, casi, de puerta a puerta”. Se trata de una carta de cuatro hojas, en papel amarillo de cuadraditos azules, con membrete de Cogecomsa, S.A. [Compañía General de Comercio] y en la que me dice muchas cosas, en tono suelto, discursivo, navegador por latitudes de

confianza conversacional y de participación y transvase de vivencias. Me vuelve a decir: “Ojala tú vinieras a saborear muchas bellezas que este país [Ecuador] ofrece”. Supongo que en mis respuestas anteriores forzaría mi dialéctica para hacerla ver que un viaje para encontrarme con ella en su país, cuando era ella quien, en su capacidad de empleada de Iberia, disponía de esa flexibilidad, acaso adoleciera de inmadurez, de falta de sazón. Me dice que tiene 25 años y que “como una curiosidad verdadera que siento por conocerte, también me gustaría saber tu edad”... “Sigo pensando que eres un tipo encantador... con lo lindo que escribes puedo ver que eres un hombre culto y de buenos valores”... Esta carta la contesté el 1 de junio, y hasta el 22 del mismo mes recibo otras dos cartas de María Isabel desde Quito, y una postal desde Bávaro Beach, en la República Dominicana; cosas todas a las que respondo inmediatamente.

En las cartas, razonablemente extensas para una mujer, insiste en el tono de complicidad persuasiva, y me cuenta muchas, muchas cosas... “Estuve en Playa Bávaro, en República Dominicana, el fin de semana pasado. Te envié una postal [a Granada], pero me temo que quizá no llegue a tus manos pues, en tu última carta, me dices que para el día 15 de este mes regresas a Alcalá de Henares”... Sí, la tarjeta llegó a mi poder cuando fuere, y de esta noticia lo reseñable es la intención, acaso inconscientemente tácita, de hacerme saber que su oficina de Iberia en Quito de vez en cuando aprovecha algún vuelo conveniente para pasar un par de días en la República Dominicana. Luego me habla de cuando nos conocimos en Santo Domingo; de lo que ella pensó de mí; lo que yo, al parecer, la dije de mi visita anterior a Galápagos y Guayaquil... “que habías estado en Guayaquil y Galápagos, que conociste una chica de Guayaquil que te gustó o algo como que te habían gustado las

chicas de allá (un poco bandido)”... Andando el tiempo yo celebraría dicha expresión de “bandido” recordándosela a María Isabel, y la fascinación idioléctica que su expresividad me producía. Sí, me sigue hablando de cantidad de cosas; de que aunque le dije que mi edad era “la que convenía”, como leyera yo en Cervantes, que ella, especulando con que ya en 1961-1962 había sido profesor de Universidad en USA, pues que calculaba que tendría unos 57... Exactamente. “Esto no quiere decir que luzcas de esa edad, no, no, estás muy bien, al revés luces de 40 a 45”... ¡Toma piropo!

En la de 17 de junio arrecia el acorde intimista, esperable, amablemente femenino... “no sabes cuántas ganas tengo de verte”... “Ójala pudieras venir... Anímate”... “Cuento los días y las horas para volverte a ver o simplemente recibir noticias tuyas... Estoy tan feliz de escribirme contigo que ya no me dan ganas de salir con amigos que me invitan. De una forma u otra me has ilusionado mucho”... Bueno, verá el lector que la temperatura iba subiendo con cada entrega epistolar. Y la verdad es que yo encontraba congrua y justificada la línea de emocionalidad que María Isabel propiciaba. Tengo la seguridad de que yo, al comprobar que se trataba de alguien receptivo que sabía apreciar cualquier manifestación voluntariosa de la estética, me esmeraba con mi literatura. Vivía la literatura epistolar; proporcionaba la suficiente llamarada para que la materia combustible del ánimo de María Isabel se pusiera a arder.

Aquel verano de 1993 había diseñado yo actividades viajeras por Extremo Oriente y que comencé a materializar tan pronto como liquidé el último trimestre lectivo de Granada, y dejara salvaguardados mis intereses en Alcalá de Henares. Para

nuestro cometido de ahora baste reseñar algunos párrafos de cartas de María Isabel en las que acusa recibo de mis escritos:

“Quito, 19 de julio 1993

Querido Tomás: Recibí tus cartas desde Thailandia y Filipinas...

Qué lástima saber que se te complicaron las cosas para venir acá. Yo por mi parte me ilusioné con la idea de tu venida”

“Quito, julio 28 de 1993

Querido Tomás:

Hoy recibí tu carta desde Corea... Me encantó charlar el jueves anterior contigo...

A veces me pregunto, por qué un hombre tan encantador no se ha encontrado con una pareja aún... ...recuerda que yo siempre te tengo en mi mente y mi corazón”

Bueno. Estas pequeñas citas de las cartas de María Isabel ilustran con creces el estado de la cuestión. Yo, efectivamente, llevé a cabo un viaje ambicioso colmado, por si fuera poco, de encomiendas profesionales en el campo de los Estudios Hispánicos, conectando intereses de gentes en Filipinas, Korea y Thailandia. De todo ello, si llegare el caso, se dará oportuna cuenta en las viñetas correspondientes a dicha latitud cronológica. Aquí, tan sólo destacar que tuve la conciencia y la disposición logística de ir escribiendo a María Isabel desde cada uno de mis tres destinos en Extremo Oriente. La charla a la que se refiere María Isabel en su carta de 28 de julio la tuvimos que celebrar después de mi regreso por el Far East, y hallándome ya

en mi casa de Alcalá de Henares. Es obvio que no distingo ninguna línea temática específica; ahora bien, las más de 25,000.- (VEINTICINCO MIL) pts. que reflejan el recibo de Telefónica, que conservo, sí tuvieron que permitirme hablar un ratito. En sus anteriores entregas epistolares María Isabel me había estado “amenizando” con una formidable y penitencial salmodia de viajes a Europa que nunca llegaba a materializar; de posibles, virtuales, inminentes traslados de su división de trabajo con Iberia a otras localidades, hasta otros países (Venezuela, por ejemplo) que tampoco acababan por cuajar; de planes que se enredaban tanto en la problemática personal de ella como de los imponderables de Iberia, etc., y que no la permitían disponer de su tiempo ni de una autonomía de un par de semanas seguidas para hacer con su persona lo que le diera la real gana. En fin, lo normal en estos casos; unos por otros, la casa sin barrer. Lo portentoso de mi cuota de independencia se agigantaba aún más cuando la enfrentaba a la cantidad de variables en danza con las que los demás tenían que lidiar; y lo que es peor -- y tal me parecía ser el supuesto de María Isabel -- ... cuando los problemas externos dejaban de serlo, era tanta la inseguridad y la vacilación que había ella acumulado en su conciencia, que por propia inercia se sentía incapaz de hacer lo que fuere. Porque entre otros detalles, a María Isabel no le hubiera costado ni le costaría un céntimo ninguna actividad que hubiese tenido que ver con el hecho de encontrarnos.

Decidí meter el bisturí en aquel forúnculo y dejarme de paños calientes. Si en nuestra conversación telefónica le participé a María Isabel mi deseo de ir a Quito, o hasta de los detalles de mi fecha de llegada y horarios, no lo tengo rescatado en mis registros. Tampoco le hace al asunto. El caso es que decidí ir a Quito a ver a María Isabel; a demostrarla y

demostrarme a mí mismo que cuando las cosas alcanzan una máxima dimensión, un recorrido límite, hay que encararse con ellas, “and by opposing, end them”. Conecté con Miguel Ballesteros de, entonces, “Viajes El Corte Inglés” de Alcalá de Henares, el cual me agenció un billete con fecha de salida el 20 de agosto con destino a Quito, y escala técnica y única intermedia en Santo Domingo. Podría obviar detalles de mi vuelo si no fuera porque en cada traslado; en cada perforación que hacemos en las longitudes ulteriores de nuestros afanes no es posible que no nos ocurra algo; que algo del trasiego espiritual en el que hacemos desenvolverse a nuestra voluntad no acreciente el limo de nuestra experiencia.

Llegué al aeropuerto de Las Américas en Santo Domingo y me sentí raro al no salir de él; al tomarlo en esta ocasión como escala técnica para limpieza, repuesto de combustible del DC-10, desembarco y recogida de nuevos pasajeros para Quito. Merodeé por las galerías comerciales y me gasté un puñado de \$ USA en la compra de un perfume y de un cachivache de orfebrería y decoración para María Isabel. Ahora, mi compañero de asiento hasta Quito llevaba el *Hola* entre otras lecturas y me la prestó. Se trataba de un misionero, de paisano, amenísimo y lúcido, el cual me recordó que Quito se hallaba a 2,800.- metros de altitud, cosa que me sobresaltó, al yo haber dado por hecho, y sin molestarme en comprobarlo, que eran justamente mil metros menos. Aunque no eran comparables a los 4,000- del aeropuerto de La Paz (Bolivia), aquello de la altitud no dejó de hacerme cavilar...

La llegada a Quito por aire la considero memorable. Quito está estirado a lo largo de muchos kilómetros, subiéndose también en y por entre los montes. El Pichincha es el más cercano. El avión tiene que dar varios rodeos para enfilarse la pista justo desde el lado contrario desde el cual se la divisa. El avión

va entrando por los vados o amplitudes que las cimas de Los Andes van dejando entre sí. Impresiona, repetimos, la suerte de suaves regates que el DC-10 tiene que ejecutar hasta encontrarse en el corredor de descenso directo al aeropuerto Mariscal Sucre que se emplaza prácticamente en medio de la ciudad de Quito, y ésta en medio de los macizos, cobijada en el regazo del volcán Pichincha...

Me despedí con un fuerte y espontáneo abrazo de mi buen amigo el misionero y previos los trámites de mostración del pasaporte y cambio de algunos dólares por sucres [1.º dólar = 1,920.- sucres en aquel momento] me dirigí al hotel Chalet Suisse. Supongo que lo había seleccionado por su situación y por pertenecer al grupo IAPA, respecto del cual los socios contábamos con un trato ligeramente más ventajoso. De camino hacia allí, reparo en que los hombres dicen “mijita” a las chicas, como piropo “in itinere”, igual que el taxista que me llevaba al hotel. Me instalo, me lavo, me aseo y llamo a María Isabel. Me cita en una cafetería-restaurant donde me dice que nos reuniríamos con otras amistades. Sin duda alguna me quería presentar “en sociedad”. Era ya de noche y se había producido la fatídica realidad de siempre: que llevaba diez y seis horas de trajín desde que hubiera salido aquella mañana de mi casa de Alcalá de Henares camino de Barajas; que estaba cercano al desplome, y que cuando esto ocurriera quedaría convertido en algo inservible, inoperante; pero que al mismo tiempo, mientras que eso no se produjera, y como impelido por toda la energía concentrada que me hubiera asistido durante el día entero, parecía vivir con redoblada fuerza, me preparaba a seguir viviendo... aquellas dos... o tal vez tres horas más que tenía delante de mí para cumplimentar el menester de sociabilidad con María Isabel y el grupo de amigos suyos.

Llegué al sitio y casi de manera automática se produjo el reconocimiento. Tras una brevísima ronda de presentaciones, me quedé como inserto entre dos amigas de María Isabel; de esa forma tan suelta y tan espontánea se superaba cualquier monopolio de acaparación por parte de nadie; dispensaba yo mi presencia en proporciones equitativas y, sobre todo, me proporcionaba a mí mismo una atalaya excepcional desde la cual hacer calas psicológicas en aquel corte de sociedad quiteña. No se podían pedir gollerías: con excepción de un par de chavalas, una que se hallaba con su acompañante, y una de las amigas de María Isabel que se había sentado al lado mío..., el resto no despertaba la fruición de mi curiosidad por adentrarme en sus vivencialidades. María Isabel me había hecho ya el artículo; por lo tanto, no encontrándose materialmente junto a mí, sino más bien propiciando que yo me explayara con sus amigas, ella recibía la mejor y mayor parte del botín en razón de la aquiescencia y complacido entusiasmo que éstas me dispensaran. Yo sabía que mi tiempo de fortaleza y operatividad se estaba acabando: eran ya casi diez y siete horas las que llevaba en pie, y había que rematar dignamente. Fui afortunado al caer en aquel restaurante-pub junto a aquellas dos amigas de María Isabel, tan receptivas y tan ávidas de saber qué clase de espécimen personificaba yo. Cargué con firmeza la baza en la expresión culta de corte áulico, al tiempo que empecé a celebrar algunos de los términos idiolécticos del ecuatoriano de Quito. Al saber ellas que llevaba yo en pie tantísimas horas, aplicaron a dicha jornada mía tan trabajosa, tan penitencial y larga el vocablo “tenaz”, que me encantó: Tener un día agotador, “tenaz”.

Llegó el momento de recogerse: Hice un despliegue elegante e inofensivo de mi intención de pagar todo el gasto que

hubiéramos originado los diez o doce clientes que llenábamos la mesa grande; al tiempo que sacaba del bolsillo, con distraída indolencia, un buen fajito de papel moneda, dólares USA, sucres y hasta pesetas. No quita lo cortés para lo valiente, y en aquel momento me pareció oportuno hacerles ver a aquellos chavales que si me sobraban años también me sobraban decisión y cartera para hacer un viaje de un montón de horas hasta Quito con el propósito de saludarles y regalarme el gusto de invitarles a todo lo que se hubieran tomado. No me permitieron, claro, más que correr con los gastos de las consumiciones de María Isabel, de sus dos amigas, y de lo mío, que creo que se trató de un zumo grande, doble o triple, de frutas.

El día siguiente 21 de agosto 1993, sábado, lo dedicamos por entero a actividades... institucionales dentro de un formato altamente familiar y protocolario. María Isabel me presentó a su mamá, una señora “palancosa” [según María Isabel, en el sentido de hacer o tener palanca; es decir, alguien más o menos influyente que cuenta con ciertos medios] y aproximadamente de mi edad, acaso algo más joven, educada y receptiva. Andaba en un coche Peugeot de tamaño medio, que para Ecuador representaba la mostración de un status de clase social alta. Madre e hija me acompañaron a cambiar más dinero: como era sábado, uno de los pocos lugares disponibles al efecto era la Agencia Casa Paz con oficina en la sede del Hotel Colón. En aquel momento me pagaron el \$ USA a 1,905.- sucres, quince menos que el día anterior en el aeropuerto. María Isabel -- no se me olvida -- al verme sacar un billete de \$ USA 100.- me dijo que esa cantidad en Ecuador “era dinero”. Los padres de María Isabel se habían separado, y la madre se hallaba matrimoniada en aquel entonces con don Humberto Vacas Gómez, un intelectual, además de periodista y diplomático, de primera magnitud. Me

habían preparado una excursión en coche que duraría prácticamente todo el día. Me sentí honrado profundamente. Recogimos, primero, a Pancho, el hermano menor de María Isabel y también hijo de la misma mamá; y a continuación nos encontramos con el Sr. Vacas, a partir de ahora, con el fin de expeditar el relato, y porque expresamente así me lo pidió él, Humberto. Se trataba de un magnífico señor de ya ochenta años cumplidos y que, no obstante, se mantenía erguido con elegante apostura. Condujo la señora todo el camino y la excursión nos llevó hasta la ciudad de Cayambe (sin acento en la *e*, como yo incorrectamente la pronunciara hasta entonces), a unos 70 kms. al noreste de Quito. Entre Humberto y yo casi inmediatamente se creó una corriente de intelectualidad compartida, muy cálida, muy frondosa, casi cómplice. Había ejercido años atrás de... ya no sé si me dijo... de Embajador en la República Dominicana y/o asimismo de Ministro de Cultura en el propio Ecuador. Era un hombre culto, con el que fui hablando de literatura y comentando cosas que tuvieran que ver con el mundo de las letras; de giros y de expresiones: “andar mano” (Ecuador); “entrar mano” (República Dominicana); “meter mano” (España) fue uno de los ejemplos más plásticos que ilustraron la variedad idioléctica. Precisamente aquel mismo sábado 21 de agosto el periódico de mayor tirada de Quito, y supongo que del país entero de Ecuador, *El Comercio* publicaba un artículo de Humberto, “Respetabilidad por decreto”, de comentario sobre la política nacional, y de tono muy crítico, con prosa brillante, cargada de intencionalidad elástica. He aquí un párrafo:

“El actual Congreso en nombre ha funcionado prácticamente todo el año pero nada de positivo ha dejado al país. Sin embargo sus miembros se preocuparon de

aumentarse las dietas y para recibirlas son un modelo de cumplimiento. Además, algunos de ellos han demostrado una desaforada ambición para alcanzar privilegios de todo tipo y ahora quieren conseguir una ‘respetabilidad’ por decreto, que nunca la tuvieron ni la tendrán”

¡Qué lástima! -- pensaba yo -- que una pluma inteligente gaste su cálamo en tan irremediables y tan sabidas realidades. Me llevaron a comer a una especie de finca o casa de campo que hacía de restaurante. Allí aprendí la palabra “guachalá” que según Humberto correspondía a una gran propiedad rural, [en realidad una enorme hacienda o caserío o pequeña población unos kilómetros al sur de Cayambe, muy cerca de la carretera y del ferrocarril, y por donde más tarde pasaríamos de regreso a Quito], y de ahí había terminado por denotar cualquier entidad rica, costosa, opulenta; por lo que -- y esto era lo que a mí más me interesaba -- cuando alguien que solicitaba algo quería destacar lo razonable, lo menguado, o simplemente lo esperable de su solicitud y pretensión, como razón última justificativa apelaba a la expresión “Yo no te pido guachalá”, i.e. no te pido nada exagerado; no te pido un imposible. Me encantó el giro y me apresté a emplearlo en cuanto me encajara. Y hablando de giros, el diminutivo se usa por doquier: “un besito” como despedida de conversación; “todito”. El ecuatoriano suele incluir muñones epentéticos en algunas formas verbales: así, *asomaraste* por *asomaste*, *llegaste*. El influjo chileno se ve en expresiones como “cualquier cantidad”, “pucha”, etc. Ecuador se apoya en Colombia por el norte y en Chile por el sur. Sigo creyendo que Ecuador mira más hacia Chile que hacia otro cualquier país del continente. A los peruanos no les han perdonado que éstos se aprovecharan de los ecuatorianos para

sajarles toda la parte suroriental del país; algo así como compensación por la derrota que Chile les infligió a Perú y a Bolivia juntos. El término *chévere* es asimismo usual. Seguimos intercambiando información Humberto y yo: “Huambra” es chico, chaval, en quechua. “Dame trayendo” es la forma cortés de pedir algo = “Tráeme tal o cual cosa, por favor”.

Comimos muy bien, como digo; y con dignidad terminante que excluía cualquier iniciativa en contrario, Humberto no me permitió pagar; intento, cuya inutilidad no por suficientemente sabida por mí de antemano, no dejara yo de esgrimir... Pasamos por criaderos de rosas. Según me aseguraron, Ecuador es uno de los grandes exportadores de flores, por sorprendente que pueda parecer. Es curioso pero no me acuerdo de si me llevaron al “Monumento Ecuatorial en la mitad del mundo”. Acaso comenzáramos la excursión así: visitando el Monumento; siguiendo luego hasta Otavalo, y regresando a Quito por Cayambe. Más tarde María Isabel me contaría que ella y su verdadero padre, que también vivía en Quito, mantenían cordialísimas relaciones, como si nada hubiera ocurrido; y que al mismo tiempo sentía por Humberto un enorme respeto y una afectuosísima admiración.

El día siguiente, domingo, fue un día extraño, cargado de presentimientos y de diseños que no terminaban de concretar su dintorno. María Isabel me había dicho que tenía el compromiso ineludible de “un matrimonio”, pero que dos amigas suyas -- una de las cuales ya me había cumplimentado el día de mi llegada... y cuyo nombre quiero creer que era Silvia, así pues, Silvia, sí, Silvia Crámer según mis notas -- estarían encantadas de acompañarme; que cuando nos pareciera bien, que nos quedásemos en su casa, en la confluencia de la Paul Rivet con la James Orton, y por cierto a no más de unos mil doscientos

metros de mi hotel Chalet Suisse. Muy bien. Así lo acordamos. Horas más tarde descubriría yo que María Isabel no había sido requerida por ningún “matrimonio” amigo, como me habían hecho captar mis entenderas; sino que había asistido de invitada a una boda. ¡Pues qué bien: Haberlo dicho así para que yo lo hubiera entendido!

La tal Silvia estaba buenísima y su realidad, siempre una vez más, volvió a perpetuar el mito atosigante de la amiga. ...de nuestra amiga original. Silvia sintió por mí desde el primer momento una desazón, cortés y comedida, como sabiendo que se trataba de algo de María Isabel, pero desazón al fin, de que no hubiera sido ella la criatura cuya imantación hubiese justificado mi presencia en Quito. Era expresiva; tenía un chasis compacto pero de proporciones correctas; más aún, plenas de armonía. A mí me gustaba pero, ¿qué hacer? A ella y a otra amiga las llevé a comer al lugar que prefirieron, y creo que mi charla cubrió a Silvia de todo el muestrario de evidencias respecto de que yo podía ser el hombre de su vida; sólo que las cosas estaban dispuestas en un escenario concreto, y con arreglo a una pauta concreta; y el cambio de papeles, acaso, allí y en aquel momento hubiese resultado abusivo. Silvia me gustaba y en honor a la verdad desarrolló una portentosa función de “alter ego” de María Isabel. Recuerdo con cierta flaqueza de memoria que Silvia me trasladó a casa de María Isabel; que estuvimos hablando un largo rato; que llegó la amiga con la que vivía María Isabel, creo que de nombre... también Silvia, sí, Silvia Hontanera aparece en mis apuntes; que Silvia Crámer se marchó y que yo permanecí sentado plácidamente, descansando en una especie de habitación grande y fresquita de la planta baja de la vivienda de María Isabel y la Hontanera; que hablé algo con esta última, pero no mucho [Recuerdo de ella expresiones como “qué bestia” y

“definitivamente” como pleonasmos de introducción y/o terminación del juicio o turno dialogal; que vi a una señora india pura, quechua, o lo que fuere, que trabajaba allí de doméstica y tenía consigo a su hija, por nombre Albita, una chavalilla de unos 10 años: Ambas me saludaron con pudor lacónico... y desaparecieron por las dependencias interiores] Probablemente el cansancio acumulado del viaje... junto con mi aprehensión por los 2,800.- metros de altitud me seguían pasando factura. Una vez que Silvia se retiró yo me quedé supongo que solo, excepto por la señora doméstica y su niña que nunca interfirieron. Me quedé solo en una penumbra plácida, en soledad intimista, arropado por una “cobija” o colcha...

¿Hasta qué punto me gustaba María Isabel? Creo que intentando contestar a esta pregunta entré en un estado de medio amodorramiento. Llegó María Isabel, charlamos de cosas... de cosas de hombres y mujeres. Es tremendo. La mujer de apariencias de vida más pacífica, más bonancible, no deja de albergar un formidable cúmulo de frustraciones, de temores, de limitaciones, que irremediablemente catapulta y activa respecto del hombre que en cada momento sea el último, el más inmediato, por reciente, en el panorama de conciencia. No recuerdo lo que dijimos. Yo había sentido una llamada en las profundidades de mis convicciones. Aquella visita mía a Quito había cumplido a la perfección su cometido con solamente lo que llevaba protagonizado. Había asestado un tremendo golpe de altruismo lírico a las conciencias de aquellas criaturas, y nunca nadie podría achacarme cicatería en el despliegue de mis recursos. María Isabel trabajaba al día siguiente ya lunes. Quedamos vagamente en que nos telefonearíamos por la tarde, ya que ella hacía jornada completa y disponía tan sólo de alrededor de una hora para comer. Por mi parte yo podía hacer

un buen número de cosas: descansar; pasear; echar un vistazo a alguna librería y ver de encontrar el libro que fuere con las traducciones del inglés, de Aurelio Espinosa Pólit, sobre todo la de “The Hound of Heaven” de Francis Thompson, citada por don Valentín García Yebra en su *Teoría y práctica de la traducción*, y que tan amablemente me sugirió en la correspondencia que celebramos a raíz de enviarle yo mi *Antología opcional de poemas emocionales ingleses*, etc., etc. ¡Oh, sí, por cosas no me faltaría entretenimiento, no! En eso quedamos, es decir, casi en nada.

Lunes 23 de agosto. Guardo el recibo de los tres desayunos continentales que efectué en la cafetería del Chalet Suisse. Aquella mañana no fue excepción: Debí de tomarme absolutamente lo mismo las tres veces: 4,500.- sucres del principal, más 20% de impuestos; total, 5,400.- sucres, algo así como \$ 2,75.-, unas 475 pts. del momento en que esto escribo, julio 1999, y que para 1993 en Quito [“uno de los lugares más baratos del mundo” según María Isabel me comentaba por carta] pues no estaba mal; quiero decir que nada de regalos. Creo que me levanté pronto: me hallaba incurso en un desasosiego de ideas, en uno de esos típicos ramalazos de inquietud que no podía ni siquiera sospechar qué solución final se decidiría a tomar. En la cafetería del hotel, sentadas en un nivel superior, como si se tratara de un entresuelo, había dos chicas, desayunando también; una de ellas, realmente guapa; morena, acaso chola, apretada de carnes, con un jersey encarnado, seno erguido y torneado, abundoso. Pensé cándidamente que era la mujer más atractiva que había visto en aquellos dos días y medio en Quito. Peloteé en mi cabeza con los principios generales supuestamente incontestables de que la mujer “de la Sierra” difería de la “de la Costa”. Y era verdad: Guayaquil me puso

ante los sentidos un panorama de aperturismo que en Quito no parecía posible; sencillamente, no existía. Salí del hotel. Me había echado también al bolsillo la tarjeta con aquella dirección en Quito del matrimonio presuntamente de holandés y nativa, donde Mónica se había hospedado en algún momento. Bandadas de reflexiones presagiosas me zarandeaban. De vez en cuando me recordaban que estábamos a 2,800. metros, y que ninguna emoción fuerte, por “poética” e inmaterial que pudiera parecer, me convenía. Abordé a un taxista y le dije que cuánto cobraba por una hora de trajinar de un sitio para otro. Me costó arrancarle al tío gitano una respuesta; y eso que se lo puse fácil al concederle un margen por arriba y por debajo de hasta mil sucres. El fulano engrosaba la lista de chalanos y desaprensivos que tanto parecen abundar en la sociedad de buscavidas de los ecuatorianos. Al fin me dio un precio aproximado, muy a regañadientes, y en vista de que yo estaba dispuesto a marcharme a dar el trabajo a otro taxista. Le dije que me llevara a la primera de las dos direcciones: calle Ulloa 1710 y Cuero y Calcedo: allí ya no vivía nadie: se trataba de hacía ya... seis, siete, ocho años, según se considerase todo el tiempo a partir de 1985 en que Mónica se comunicó conmigo; allí no había nadie; nadie conocía a la tal familia. Venga, vámonos a la segunda dirección, le seguí diciendo al taxista: calles Navarro 364 y La Gasca. Tampoco: el supuesto negocio de casa de huéspedes había desaparecido sin dejar rastro. Tuve el alivio, si se puede llamar así, de que alguien de una vivienda contigua me dijera que sí, que allí había existido un negocio de huéspedes que respondía al nombre de la tarjeta, pero que de eso ya hacía mucho tiempo... Bueno, no tanto, respondí yo: siete, ocho años tan sólo. Me volvieron la espalda, como dejándome por loco, por imposible. Me anegué en un raptó de orfandad espiritual, tan

típicamente concentrado; tan inconsolablemente cierto. Mónica se había interpuesto ahora, y ya mi asunto con María Isabel carecía de fundamento; se desmoronaba por segundos. Pensé en volar a Guayaquil y buscar a Mónica; y en todo caso, siempre desde Guayaquil, hasta Galápagos, si es que estuviera allí. Pero todo aquello sonaba a puro desquiciamiento; a rotura de los diques de contención del criterio... a serio disparate, rayano en la insania. Lo primero de todo, no tenía forma congruente de ponerme a averiguar si Mónica se hallaba en Quito... o yo qué sé dónde. El procedimiento apuntaba a comunicarme con Galápagos, dando por descontado lo enormemente engorroso que hubiera sido llamar a Galápagos y tratar de indagar acerca de su paradero. No en vano nuestro último contacto databa de 1987. Y si con mucha suerte allí me dicen, o me lo dice ella misma, que sí, que está en Puerto Áyora; o que está en Guayaquil... y levanto la liebre; y me identifico... ¿y qué? ... ¿qué voy a hacer? Había consumido tan sólo tres noches en Quito y sin embargo ya lo tenía todo hecho; mi conciencia había alcanzado su punto de saturación, más allá del cual era imposible el avance. Llevaba conmigo todo el pequeño conjunto de documentos y credenciales de viaje: pasaporte, billete, etc. Le indiqué al taxista que me condujera a la Avda. Amazonas, a la sede de las líneas Iberia. Había hecho un cálculo de tiempo y me percaté de que aún podía. Con un fondo de zozobra por la posibilidad, aunque improbableísima, de encontrarme con María Isabel, ya que sus oficinas eran las interiores, de administración y contabilidad según ella me había dicho..., con un punto de medroso azoramiento me dirigí a una de las mesas para el público. La cosa no pudo ser más simple: me informan de que para el vuelo del mediodía había plazas a Santo Domingo y me reservan una; me preguntaron si quería adelantar el vuelo desde Santo

Domingo a Madrid, en la misma cantidad de días, tres o cuatro, en que había adelantado mi salida de Quito. Les dije, estúpidamente, que no; que dejaran mi regreso desde Santo Domingo sin tocar [En el lugar que corresponda se informará de lo errado de aquella decisión mía, ya que al no poder conciliar mis restantes jornadas de vacaciones en Santo Domingo, anticipé desde allí mi regreso a Madrid, y fue entonces cuando me penalizaron con 13,500.- pts. que, no obstante, me parecieron un regalo en comparación a la penitencia mortificante que me hubiera significado permanecer a remolque en la República Dominicana]

Serían entonces las 10:30 am. El avión despegaba teóricamente a las 12:20. Me quedaba el tiempo justo. El taxista me devolvió al hotel. El muy “bandidito” de él, que me pedía en un principio el doble o el triple de la carrera, pretextando que el taxímetro no funcionaba, y que lo dejaba “a mi conciencia”, se avino a una cantidad generosa, creo de unos 30,000.- sucres, alrededor de \$ USA 16.- El hombre había acabado por portarse bien y la contraprestación era conveniente para él y asumible para mí. Pedí la cuenta en el hotel y los muy “bandiditos”, aun a pesar de que el día de mi llegada habían hecho el correspondiente apunte, se “olvidaban” ahora del descuento preceptivo -- simbólico, más bien, pero descuento -- que a los miembros de IAPA nos correspondía. Me lo aplicaron un poco así como dispensándome un privilegio, que ellos sabían que no era tal. Con esa dosis de recuerdo que los del hotel me regalaron tan gratuitamente sobre el carácter algo borde y gitanesco de los ecuatorianos respecto del dinero, liquidé el tema del alojamiento. Bajé el equipaje a Recepción y pregunté por una buena tienda de flores, la mejor si era posible, y que no estuviera muy lejos. Me indicaron una cerca, creo que en la confluencia de las calles

Cordero y Juan León Mera, “Orquídea”, y hacia allí me encaminé. Mientras me preparaban la cantidad más grande de rosas que se pudiera manejar en forma de ramo, probablemente noventa o cien rosas junto con la guarnición y acompañamiento de otras flores y ramaje a modo de séquito envolvente..., mientras que preparaban eso dos personas muy concernidas de la premura e importancia del asunto, yo redacté una nota y la dirección y teléfono para su entrega. Supervisé personalmente que todo el mazo floral quedara compactado, sujeto, cubierto y apto para el traslado hasta el domicilio de María Isabel. En la nota me refería a todas las mujeres de la casa: María Isabel; su amiga Silvia; la señora india y su hijita Alba. Había para todas. Era consciente de que les estaba pagando a los de la floristería bastante más de lo que hubieran cobrado a un ecuatoriano, pero la mercancía era la mejor que se podía encontrar en cantidad y calidad; ello me constaba. Yo, tras las experiencias tan poco edificantes con los ecuatorianos en cuestiones de dinero, no dejaba de albergar algún recelo de que las flores no llegasen a su destino. Así, dije enfáticamente a la Dirección de la tienda que a tal y cual hora llamaría yo a los interesados para enterarme de si el envío había alcanzado a sus destinatarios, dándoles a entender como que volvería yo a la tienda a resarcirme convenientemente de su incumplimiento si tal fuera el caso. Por supuesto que aquella gente no se figuraba que yo salía del país una hora más tarde. Me aseguraron con graves aseveraciones y reverencias que mi encargo se llevaría a cabo según mis instrucciones. Les ayudé a sujetar y a fajar todo el ramo de forma que por mucho que se zarandeara, en el peor de los supuestos, no se desmembraría. Regresé al hotel, recogí mi bolso de viaje, me metí en un taxi y llegué al aeropuerto. Había ya una formidable cola para acceder al vuelo IB 6630 para Santo Domingo. Me sobraban algunos

miles de sures y decidí gastarlos en sellos para filatélicos. Compré sellos, muchos sobres de sellos. En Granada, y hasta en Alcalá de Henares, tendría ocasión de obsequiarlos. Tras el pago de \$ USA 25.- por la tasa de salida del país por aquel aeropuerto, traspasé hasta la zona internacional. Cuando ocupé mi asiento en el DC-10 de Iberia sabía que había dejado Ecuador para siempre. Tres días, algo menos, fueron los que dediqué a Quito. Creo que fue un acierto, un arranque de precisión y de decisión marcharme de la manera en que lo hice. En aquellos momentos las explicaciones hubieran sido inútiles, premiosas y embarullantes.

En Santo Domingo tracé el borrador de la carta que enviaría a María Isabel ya desde España. Esta vez habían sido menos de tres días en Ecuador. Igual que en Bolivia, tampoco me había atrevido por miedo a la altitud ni siquiera a contemplar la posibilidad de haberme ido a follar por ahí, y eso que oí comentar a alguien que el distrito rojo o “red zone” correspondía a la parte de Quito donde se hallaba el hotel Chalet Suisse. Sí, es muy curioso. Que yo sepa, hasta entonces, no me había llegado a tirar nunca a una chica ecuatoriana.

El asunto “María Isabel” siguió durando un año más; un entero y largo y frondoso año más en el que pareció compendiarse todo lo humano y lo divino; lo real y lo fingido; todo. Y sin embargo ya llevaba marcado el signo del acabamiento y del “not applicable” desde el comienzo de su gestación. María Isabel y yo nos escribimos montones de cartas, que conservo; montones de faxes, que también conservo. Me envió una preciosidad de foto, tamaño grandecito: “Para Tomás: Con todo el cariño y respeto al que se ha hecho acreedora, tu encantadora personalidad y tu bellísima forma de escribir. María Isabel”. Yo por aquel entonces, aunque por poco tiempo más, seguía dispensando visitas de relajo y de despreocupación a la

República Dominicana, y aquel punto era el ideal para comunicarme con María Isabel. Como digo, nos intercambiábamos ingente cantidad de literatura; proyectos de encontrarnos en alguna localidad de la isla caribeña, que no cuajaron por la natural complejidad del juego de coincidencias; y sobre todo porque a mí no me seducía la idea ni poco ni mucho. Yo había ido a Quito, en una visita fulgurante y heroica de tres días, y con ello había evidenciado la calidad de mi disposición y los quilates de mi responsabilidad. A lo que no me podía negar era al hecho de que María Isabel quisiera venir a España, invitación que yo le había estado haciendo por activa y por pasiva desde el principio de conocernos. Por fortuna para mí, el proceder de romántico desprendimiento que yo había enarbolado respecto de María Isabel, justificaba el hecho de que yo hubiese dimitido de tomar decisiones ejecutivas, y que las sugerencias las materializara ella como mejor le pareciera, desde su privilegiada plataforma de aprovecharse de cualquier vuelo propio de Iberia, y de contar con la inundante evidencia de que todo el tiempo que estuviera conmigo se encontraría exenta de pagar un... solo sucre.

Y así fue finalmente. Dejándonos en el camino verdaderos primores de literatura, y por mi parte todo lo que mereciera el elogio de María Isabel a mi “bellísima forma de escribir”; dejándonos innumerables tomas y dacas, tiras y aflojas respecto de la viabilidad de nuestros haces de virtualidades, el once de abril de 1994 recibo en Granada el telegrama siguiente: “Llego Granada vuelo VO 231 19 horas el 12-04-94. Saludos M Isabel”. María Isabel llegó. Yo la recogí en el aeropuerto y pasamos en Granada un par de días. En el reverso de una foto que yo la hice, con la Alhambra al fondo, escribió: “Para que no te olvides de mí. Esta es una fotografía de mi paso por la bella Granada donde

nos vimos después de tanto tiempo”. María Isabel hizo un par de noches en Granada, en el hotel Casablanca, donde yo me hospedo, y el 14, temprano, salimos para Alcalá de Henares en mi coche; y de esa manera contamos con casi doce horas para ver y comentar las realidades más reseñables, [incluyendo una diestra foto que me sacó teniendo por fondo el antiguo número 68 de la calle Mayor, donde yo viera la luz, a unos 150 metros de las casas notables de don Manuel Azaña y de don Miguel de Cervantes] antes de que la llevara al aeropuerto de Barajas en las primeras rampas de la madrugada del día 15 con el fin de que tomara su avión de Iberia de regreso a Ecuador.

Dos únicas cartas más me cursó María Isabel después de vernos en Granada y en Alcalá de Henares. La verdad es que yo había jugado muy fuerte con aquella chica, y ella había quedado desarmada, postrada, desbordada por toda mi actuación. En mi conciencia hacía mucho tiempo que se había fraguado irrevocablemente el axioma primero y principal de no tocar a María Isabel; el guiño estético que mi intuición me había dedicado pasaba porque yo hiciera lo que tenía que hacer y efectivamente hice: comenzar el asunto en plan ascético y terminarlo en plan místico. No llegué a tocar, ni a besar, ni siquiera nada de nada a María Isabel. Por esas secretas revelaciones que sólo se producen al final de un proceso de preñez reflexiva y de constataciones epifánicas, había arribado yo a la gozosa conclusión de que tal era el procedimiento con María Isabel. De esa manera no cabía posibilidad para la frustración; si acaso, para la inenarrable perplejidad; para una sempiterna cavilación; pero no para el sentimiento de fraude. La literatura no se mezclaba con la convivencia. María Isabel me había colmado como corresponsal, pero yo no estaba enamorado carnalmente de ella. Por eso yo me hallaba satisfecho de toda mi

aventura espiritual de más de año y medio con esa mujer: Había conseguido llegar a no besarla; a no tocarla siquiera. Fue una batalla de contención y de restricción sublimadas de la que salí triunfante, exultante, gozoso. Supongo que María Isabel tuvo que captar que entre nosotros ya no existía más que el recuerdo, ese vaho de la conciencia plácida o voluntariosa que de vez en cuando no se opone a que sintamos el ancla de nuestro concernimiento echada sobre algo, alguien...

En las dos últimas cartas de María Isabel a mí, de abril y septiembre de 1994, respectivamente, sus términos directos e irreductibles a nada que no sea convencional y mostrenco, adquieren la típica categoría de las cosas que, por intratables, han de respetarse a distancia. Por otra parte, yo todavía alcancé a dedicar dos visitas más, dos únicas visitas más -- las últimas hasta el momento en que esto escribo -- a la República Dominicana: la primera de ellas, irrelevante para el tenor de los hechos que aquí nos importan, a continuación de mis tres días en Quito, y antes de regresar a Madrid. La segunda, en la Navidad de ese mismo año. No cabe duda de que el demonio enreda y de que cualquier masa o curso de agua cuyas entrañas hayan permanecido habitualmente tranquilas, pueden verse súbitamente perturbadas por algún remolino atípico... Era una noche de aquel diciembre de 1994 y ocurrió que en el Hall espacioso del Hotel Lina, en la Avda. Máximo Gómez de Santo Domingo, coincido con un matrimonio de turistas, ya entrados en años, y que resultan ser de Ecuador. Él, don Rodrigo Moreno Heredia, doctor abogado en Bahía de Caráquez, probablemente después de Quito y Guayaquil la ciudad más conocida de todo el país, y la localidad de costa más natural y más frecuentada por los quiteños... ¡Cómo evitarlo! Surgió entre nosotros la más distendida de las conversaciones. A fin de cuentas se trataba de

un prohombre, cuyas noticias y cuyas reflexiones sobre Ecuador no dejaban de contener el lógico interés para mí. Pero ya he dicho que el demonio enreda, y esta vez lo hizo bajo la especie de propiciarle al bueno de don Rodrigo informarme de que... Humberto Vacas Gómez había muerto. Yo, ¡qué iba a hacer!, tomé buena nota y dejé que nuestra conversación se desarrollara por los demás cauces. Y el único punto sobre el que me permití insistir, y ya en tono libresco y profesional, fue en la tremenda ilusión que me haría obtener alguna edición, obra, libro, suelto, o lo que fuere o fuese, en donde se contuviera la traducción de Aurelio Espinosa Pólit del poema "The Hound of Heaven" de Francis Thompson... y cuyo asedio me había yo decidido a llevarlo a término con éxito de una vez por todas. Nos hicimos intercambio de direcciones y de toda esa serie convencional de parabienes e instancias desiderativas, y cada cual siguió su camino. Nada más llegar a España, de un lado, lo primero que hice fue escribir una nota de pésame a María Isabel. Supongo que ya aquello quedó marcado por una abultada carga de torpeza. A pitón pasado todo es muy lógico y muy deducible. Y como si el castigo hubiese ido pisándole los talones a mi exceso de ¿qué? de oficiosidad tal vez, pues también resulta que recibo esta carta del Sr. Moreno Heredia, que por no tener desperdicio transcribo íntegra:

DR. RODRIGO MORENO H.
ABOGADO
BAHÍA DE CARÁQUEZ
Of: 690404 - Dem. 690116

Bahía de Caráquez, 9 de Enero de 1995.

Señor Doctor
TOMAS RAMOS,
Madrid,
ESPAÑA.

-
Estimado amigo:

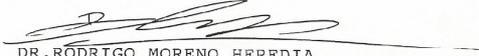
Tanto para mí, como para mi señora, fue muy grato conocerle a usted en Santo Domingo, aún cuando sea por breves momentos y lamentamos no haberle encontrado en los días siguientes, hasta nuestro retorno al Ecuador.-

Su encargo está ya en trámite, pues encargué a mi hija política, residente en Quito, para que vaya personalmente a la Biblioteca de los Jesuitas, donde está la del Padre Espinosa Pólit y me consiga una copia de la traducción de ese poema que usted desea. Creo que, en unos días más, tendré ese poema y le enviaré por correo certificado a su dirección.-

Y ahora una explicación y una petición para que me perdone si he cometido un error, al decirle que ya había fallecido el distinguido periodista señor HUMBERTO VACAS GOMEZ. Seguramente fue un "lapsus de memoria", pues días antes había fallecido un periodista llamado Humberto VARAS y se debe a esto mi grave error y el haberle causado a usted un mal momento cuando recibió tan infausta noticia.-Otra vez más, mil perdones por tan fatídico error.-

Le envío un recorte del Diario El Comercio de Quito, del día 7 de Enero de este año, en el que aparece un artículo de Humberto Vacas Gómez con lo cual comprobé y me sorprendí tremendamente por mi error y muy mala información dada a usted, pero sin ninguna mala intención.-

Reciba un afectuoso saludo.


DR. RODRIGO MORENO HEREDIA

Nota: Le incluyo una tarjeta con mi dirección. Allí falta agregar sólo: ECUADOR, Sur América.

Remite de Bahía de Caráquez, Ecuador, Sur América:
DR. RODRIGO MORENO HEREDIA
Correo: Apartado No. 13-02-608.-
Bahía de Caráquez,
Rep. del Ecuador,
Sur América.

DR. RODRIGO MORENO H.
ABOGADO
BAHÍA DE CARÁQUEZ
Of: 690404 - Dem. 690116

¡Cagada sobre cagada! Una vez que se rompió la amarra de la contención y del tino... ¡era tan fácil rodar por el despropósito inoportuno! Escribí de nuevo a María Isabel una nota, disculpándome por..., bueno, por haberme dejado impregnar de información errónea; y al mismo tiempo celebraba que todo hubiera sido una equivocación, un maligno malentendido, ya que, por supuesto, deseábamos todos muchos años más de vida al patricio de Humberto.

Acaso -- de esto ya no puedo porfiar con garantía --, acaso hasta le enviara yo a María Isabel fotocopia de la carta de don Rodrigo a mí, con las explicaciones que ha podido ver el lector. ¡Cagada sobre cagada! El buen criterio de María Isabel hizo que, concluido definitivamente nuestro asunto vivencial, tuviera el acierto de no continuar la comedia de errores. Además, y esto sí que creo que tuvo relevancia..., además de toda esta sarta de tergiversaciones, supongo que a María Isabel le quedó claro una realidad: y ello era que yo seguía yendo a la República Dominicana en busca de entretenimiento garantizado, establecido y fácil; y que ella había pasado al panteón de los decesos. Por otra parte, la carta transcrita de 9 de enero 1995 del Sr. Moreno la contesté dos veces: el 9 de febrero y el 13 de junio siempre de 1995. Nunca más se supo de este hombre. Muerto para la comunicación. Nada de nada, por cazurra o interesada que parezca la expresión. Los tan socorridos principios de que el

correo en Ecuador era un desastre oficialmente reconocido, no llegaban del todo a justificar aquel total silencio de desaparecido, de finiquitado. Puestos a conjeturar filigranas de diletante desocupado, hasta me figuraba que mi indiscreción en hacer saber a María Isabel y a su familia la fuente de mi desinformación habría acarreado un roce de enemistad entre todos ellos; que Humberto podría conocer de antemano a don Rodrigo y podría disponer de razones para encontrar lógico el deseo de que este último le considerase muerto. Bueno. La mente, en su menester de coneja paridora, puede generar el cúmulo de sandeces rebuscadas, de desatinos alquitarados más insalvables del mundo. Don Rodrigo, después de proporcionar la ocasión para tan desafortunado y tremendo enredo, no volvió nunca más -- como digo -- a dar señales de vida. Así cortó por lo sano y por lo directo.

Pero las pinzas a veces reservan inéditos apretones de sus tentáculos, así como las agujas pueden colocar sus puntos de sutura definitivos en las circunstancias más imprevistas. Ya en Granada, y mecido en la dinámica normal del curso académico, un día, creo que de 1996, y mientras concurríamos al Club de Ajedrez los amigos de costumbre, di con el pleno convencimiento de que José María Cabrera Bonilla era de Ecuador. En su calidad de asistente esporádico él, resulta que habíamos hablado muchas y variadas veces, pero siempre sin que nuestra temática de interés común formase una argamasa de continuidad. Yo sabía que era oriundo de un país hispanoamericano del Sur, pero -- insisto -- la generalidad de nuestras charlas esporádicas no me había empujado a que, por mi parte, encontrase de especial entidad el hecho de que José María fuese de uno o de otro sitio. Un día salió el tema de su procedencia ecuatoriana. ¿Por qué aquel día y no otro cualquiera

de los muchos en que nos poníamos a charlar? No lo sé ni le hace al caso. Sí recuerdo que después de dicho dato, y del rodaje afectivo que habían experimentado nuestras charlas a lo largo de ya bastante tiempo, me sentí impulsado sin violencia alguna de principios a contarle mis viajes a Ecuador, probablemente aprovechando de paso la circunstancia de que Nené, uno de mis dos sobrinos, había viajado allí por el puro placer de subir completamente hasta la cima del Chimborazo. Nada más entrar en conocimiento de la profunda incumbencia que tenía para mí el tema de la traducción de Aurelio Espinosa Pólit, José María tomó nota del asunto y me dijo que iba a hacer una gestión por medio de un hermano suyo que pensaba venir a España en tal y cual fecha. No había pasado un mes cuando José María me hizo entrega en el Club de un fajito de hojas de fax con la traducción completa, acompañada del texto en inglés, de “The Hound of Heaven” de Francis Thompson, por el jesuita ecuatoriano. Por lo visto, el hermano de José María sí que tenía un sentido muy directo de dónde hallar ciertas cosas: Recibió el recado de España; se encaminó a la Biblioteca correspondiente: fotocopió la parte requerida y a continuación envió por fax una a una las páginas. La traducción, pues, finalmente se hallaba en mi poder, por un golpe de buena voluntad y de diligente fortuna que terminó prevaleciendo sobre todos los entresijos anteriores, viciados de inoperancia conformista.

Hoy, cuando esto escribo, 12 de julio 1999, reparo en que Mónica Angermayer debe cumplir 31 años en este próximo octubre. Y he mandado un aerograma a su nombre y a su dirección en Galápagos: no para resucitar fantasmas ni para pretender que lo ido revoque su condición de tal. No. He escrito preguntándola y preguntándome si aún vive; y asegurándola al mismo tiempo que hay realidades para las que nunca es tarde,

como la propensión poética de permanencia transcendida. No podía ser de otra manera. La ambiciosa parábola de desvelos y de trueque de vivencialidades que durante veinte años mi alma ha venido celebrando con Ecuador merece, cuandoquiera su comba de caída se produzca, contar con un referente en el que ondea el signo poético de la excelencia.

ÍNDICE

| | |
|--|------------|
| Rokia: Dakar (Senegal); Sonia e Ivette; Carla y Jussa: Río de Janeiro (Brasil): marzo 1978 | 1 |
| Delia: Buenos Aires (Argentina), 1978 | 63 |
| Isabel Undurraga: Santiago de Chile, marzo 1978 | 107 |
| Cargadoras de fardos: Frontera Zapana-Desaguadero entre Bolivia y Perú, marzo 1978 | 141 |
| Lucía; Gabriela: Santiago de Chile. Patricia: Isla de Pascua. Niña de Bogotá. Chica suiza en el avión de Regreso. Navidad 1978-Año Nuevo 1979 | 176 |
| Andrea; chica argentina innominada; Beatriz y Fernanda: Río de Janeiro (Brasil), verano 1979 | 247 |
| Melania; Mechi: Asunción (Paraguay). Guía de la Excursión a Punta del Este: Montevideo (Uruguay), julio 1979. Ana María [Asunción, Paraguay]: Alcalá de Henares, verano 1994 | 271 |
| Lucía: Chile, verano (en España), 1979 | 310 |
| Mónica: Puerto Áyora, Isla Santa Cruz, Galápagos; Azafata TAME: vuelo Baltra-Guayaquil (Ecuador), 1979; María Isabel: Santo Domingo (República Domini- cana), Quito (Ecuador), 1993; España, 1994 | 349 |



TOMÁS RAMOS OREA (Alcalá de Henares 1936) es doctor en Filosofía y Letras desde 1961 por la Universidad de Madrid, y doctor en Derecho desde 1980 por la de Granada (filólogo entre juristas y jurista entre filólogos). Y desde siempre, poeta. Pasó los veranos enteros de 1957 y 1958 en Oxford (Inglaterra) trabajando de obrero manual polivalente y versátil, y practicando y aprendiendo más inglés. Dio clases de lengua y literatura españolas en un Instituto de Segunda Enseñanza de Market Harborough (también en Inglaterra) durante el curso escolar completo 1959-1960. Ya con el título de Doctor – y al tiempo que estudiaba con avidez – profesó en Universidades USA y canadienses, 1961-1971. Además de un libro de memorias *Un castellano en Granada* sobre sus menesteres como docente–investigador en el Departamento de Filología inglesa de la Universidad de dicha ciudad en España, y de un volumen de *Prosas cosmopolitas*, el resto fundamental de su producción creativa en prosa, hasta el momento y en

razón de los diez libros ya aparecidos, se acomoda bajo el título general de *Mujeres, lugares, fechas...*, sobre viajes de aventura por más de 70 países y/o parajes de las cinco partes del mundo. Su novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* discurre, asimismo, sobre asuntos y peripecias de una excursión por Bulgaria, Turquía y Rumanía.

Sabedor de que sólo en la palabra radica la realidad de las cosas, Tomás Ramos Orea, tras muchos afanes, ha conseguido cerrar las dos mitades – viajes y Literatura – de su círculo vital, al otorgar cobertura literaria a las situaciones cuya geografía emocional constituye el objeto de su obra.

Su entera producción poética se contiene, hasta la fecha, en el volumen *Poesía (Reunida y ordenada, 1954-2007)*, Madrid : 2008.

Tomás Ramos Orea está dejando su impronta en la narrativa de viajes, aventuras y encuentros (Memorias); en la creación poética; en la traducción de textos poéticos ingleses; en la crítica y el ensayo literarios, y en la metodología valorativa en la enseñanza e investigación de la literatura, de un lado; junto con la investigación jurídica, de otro, constituyendo con estos cinco campos de señalada independencia entre sí –y acaso con exclusividad en toda España, que sepamos– uno de los muestrarios más completos de producción académica en nuestro país.

ISBN: 931544